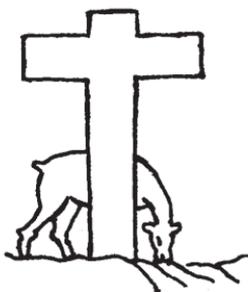


# Vida Sobrenatural

---

---

REVISTA BIMESTRAL  
Año LXXX. Volumen CI  
Enero-Diciembre, 2000  
Números 607-612



SICUT CERVUS AD FONTES

SALAMANCA

**VIDA SOBRENATURAL**  
**REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA**

Fundada en 1921 por el Siervo de Dios P. Fray Juan  
González Arintero, O.P.

Director: *Fray Pedro Fernández Rodríguez, O.P.*

Secretario: *Fray Pedro Blanco García, O.P.*

Apartado 17

37080 SALAMANCA

Teléfono 923 21 50 00. Fax 923 26 54 80

*Nihil obstat:* Fray Armando Bandera, O.P.

*Imprimi potest:* Fray Manuel F. Santos Sánchez, O.P.  
Prior Provincial

*Imprimatur:* Ilmo. Sr. D. Joaquín Tapia Pérez,  
Vicario General del Obispado de Salamanca

**DONATIVOS PARA EL SOSTENIMIENTO**  
**DE LA REVISTA EN 2000**

España . . . . .	2.000 ptas.
Europa e Iberoamérica . .	20 \$ USA (Aéreo, 30 \$ USA)
Otros países . . . . .	25 \$ USA (Aéreo, 35 \$ USA)
Número suelto . . . . .	500 ptas.

---

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### El Jubileo, un tiempo de gracia

Estamos en los umbrales del tercer milenio y surgen por doquier reflexiones milenaristas con perspectivas apocalípticas. Pero, Jesucristo dijo que no sabía ni el día, ni la hora, del fin del mundo y la Iglesia no ha recibido ninguna revelación al respecto. Lo único que sabemos es que la escena de este mundo deformado por el pecado pasa y se transforma mediante la gracia en la nueva tierra y en los nuevos cielos y que la purificación del mundo, cuando llegue, será un día de salvación para los buenos. Mientras, los cristianos vivimos en este mundo con la esperanza del cielo, advirtiendo que nos hallamos ante el nacimiento de una nueva época.

Sabemos que nuestra sociedad está enferma y herida por diversas formas de egoísmos, odios, disgregación y tantos otros conflictos; la curación de todo esto exige justicia, pero sobre todo necesita misericordia y perdón; en este amor está nuestra esperanza. El hijo pródigo y su hermano mayor son figuras emblemáticas de nuestra sociedad, caracterizada tantas veces por la dureza del corazón, que nos impide reconocer la paternidad divina, fuente de fraternidad y misericordia. El indiferentismo religioso, característica de la frustración actual, no nos devolverá un corazón sensible ante la presencia de Dios Padre, cuyo amor misericordioso nos entrega a su Hijo Jesucristo. Por otra parte, la religiosidad no encarnada en Cristo, emotiva, con marcas orientales, tiende sólo a satisfa-

cer necesidades psicológicas y termina creándose un dios a medida del hombre, reduciéndose todo al final a autorredención gnóstica.

En comunión con el Papa Juan Pablo II, nosotros presentamos el gran Jubileo de los 2.000 años del nacimiento de Jesucristo, que tendrá lugar sobre todo en Tierra Santa, en Roma y también en todas las Iglesias Locales, como un acontecimiento espiritual y encuentro con la gracia de la conversión. Por eso, con la llegada del Jubileo esperamos un tiempo donde los hombres vuelvan a Dios sus mentes y sus corazones. La finalidad del Jubileo o Año Santo es redescubrir, primero, la singularidad de Jesucristo y de la salvación cristiana y, segundo, su consecuencia, es decir, la Iglesia, que no es una oficina de servicios religiosos y demás prestaciones sociales, sino comunidad de evangelización y de la celebración de la fe, que vence al demonio, al mundo y a la carne. El fruto será un orden social basado en la justicia e inspirado por la caridad. En definitiva, la justicia y el amor están unidos a la conversión, exigida para lucrar la indulgencia.

### *Viaje a las raíces del Jubileo*

El 29 de noviembre de 1998 Juan Pablo II, en el atrio de la Basílica de San Pedro, Junto a la Puerta Santa, entregó la Bula de convocación del Jubileo del año 2.000 a los Cardenales Arciprestes de las Basílicas de San Pedro, San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y al Abad de San Pablo Extramuros. El mensaje es idéntico al de otros años santos: ¡peregrinemos a Roma en camino de conversión y recibamos la indulgencia! El 1 de enero de 1300 el pueblo romano corrió masivamente a la Basílica de San Pedro a lucrar la indulgencia; por lo cual Bonifacio VIII el 22 de febrero de 1300 publicó la bula del primer Jubileo, año de gracia y de gran perdonanza.

Europa nació peregrinando a los santuarios donde también nosotros podemos refrescar la memoria de nuestras raíces y recuperar el sentido de la vida y la puerta que nos permita salir de las tinieblas del pecado. Recorramos los itinerarios de la fe en Jerusalén, en Roma y en nuestra propia

ciudad; cada diócesis debe ofrecer una vía sagrada donde se pueda apreciar el patrimonio que la memoria cristiana ha dejado en la historia; es preciso cultivar la estética de la nueva pastoral del Jubileo, abandonando métodos estériles y promoviendo verdaderos guías espirituales de los espacios y tiempos de salvación, de las obras artístico-religiosas, fruto de la fe de nuestros antepasados, de manera que el Jubileo sea una renovación de la vida cristiana y una ocasión para dar razón de nuestra fe.

La peregrinación está de moda, como se ha comprobado en el año santo compostelano; la movilidad humana es un dato constante en el pueblo de Israel y en el hombre actual, sin olvidarnos de los emigrantes, refugiados y desplazados por las guerras y demás injusticias humanas. Venid, subamos al monte del Señor. Peregrinar no es viajar, sino descubrir los caminos de la fe, es decir, mostrar la historia de la salvación en su geografía, donde tantas conversiones y vocaciones eclesiales se han gestado. La palabra “Sal de tu tierra y vete a la tierra que yo te indicaré” nos saca de nuestro letargo posconciliar y abre nuestros ojos a este nuevo areópago del evangelio. La verdadera peregrinación es una gracia del Señor, un kairós o tiempo favorable. El cristiano va en pos de Jesús, negándose a sí mismo y llevando su cruz. La peregrinación es como un sacramento para el cristiano, pues en el camino se encuentra a Dios.

La Tierra Santa, cuna y meta de los cristianos, geografía e historia donde fue realizada la reconciliación del hombre con Dios, no puede convertirse en un museo, sino que los cristianos deben seguir estando presentes; hace cincuenta años en Belén había 6 mil cristianos de 8 mil habitantes; hoy hay 12 mil de 40 mil habitantes; los cristianos en Tierra Santa, la mayoría absoluta de procedencia árabe, tienen una vida difícil y muchos se han visto obligados a emigrar; la presencia del Papa en Tierra Santa el 25 de marzo del 2000 será un signo de paz y reconciliación entre árabes y judíos. En Roma, ciudad del vicario de Jesucristo y capital de la unidad visible de los católicos donde se esperan 30 millones de peregrinos, se están preparando los itinerarios del apóstol Pedro, desde la cárcel Mamertina al Vaticano; del Apóstol Pablo, desde Tre Fontane

a la Basílica de San Pablo; del Trastévere cristiano; de las Catacumbas o la Iglesia de los mártires; de los monjes, frailes y santos que testimoniaron la fe en Roma: Benito de Nursia, Francisco de Asís, Domingo de Guzmán, Catalina de Sena, Ignacio de Loyola, Felipe Neri, etc.

### *El Jubileo, memoria y fiesta*

El Jubileo es una invitación extraordinaria a la fiesta nupcial entre Dios y el hombre, que es el misterio de la Encarnación del Verbo; Dios por amor se hizo hombre para que nadie se pierda y todos tengamos vida eterna (Jn 3, 16). Es una fiesta tantas veces deseada por Dios Padre, donde los hijos dispersos por el pecado vuelven a la casa familiar mediante la conversión del corazón y el perdón. Es Dios quien viene a buscar la oveja perdida, a sacarnos de la esclavitud de nuestros pecados; ésta es la gran diferencia entre el cristianismo y la religiosidad natural, pues ésta es una búsqueda humana de Dios. Durante el Jubileo dejemos reposar nuestra tierra, sin caer en nuevos activismos; recorramos las vías del Evangelio más que los caminos del mundo.

Pero necesitamos prepararnos para la fiesta, no sólo con buenas intenciones, sino con una buena inversión en la formación de los guías espirituales que van a llevar adelante el Jubileo. Una vez más la credibilidad de la Iglesia se juega en la fidelidad del anuncio y en la seriedad del testimonio; responder con justicia y amor a las cuestiones éticas planteadas en nuestro mundo es la sal de la tierra que impide su corrupción por el pecado. El Jubileo, buena noticia para todos los hombres de buena voluntad, no podemos improvisarlo quienes preferimos la acción al discurso y el testimonio a la argumentación. Descubramos modelos de peregrinación donde se anuncie el Evangelio y se ofrezcan formas de espiritualidad cristiana y de evangelización itinerante, reinstaurada en la Iglesia por santo Domingo de Guzmán y sus hijos. La identidad de la Iglesia no se puede resolver en una frívola adaptación al mundo.

El objetivo principal del Jubileo es confirmar y fortalecer la fe y el testimonio de los cristianos; por tanto, se trata de sus-

citar en cada cristiano el anhelo de la santidad, mediante la conversión que se manifiesta en la plegaria y en la acogida solidaria del prójimo. Vivir el Jubileo es vivir con gozo nuestra fe en el mundo actual, de modo que aparezca ante el mundo una Iglesia joven, que anuncie a Cristo vivo con signos creíbles, como son la unidad y el amor; pero cuando entramos en el campo de la vida espiritual encontramos dificultades objetivas, pues no todos los hombres y mujeres están acostumbrados a recorrer estos caminos de la vida sobrenatural.

Si los tiempos son malos es porque los hombres somos malos, de modo que si los cristianos comienzan a ser levadura, sal y luz, el mundo lo advertirá. Por eso, si queremos una nueva cultura para el tercer milenio es preciso poner las bases de un dialogo iglesia-cultura, es decir, los creyentes en Jesucristo debemos hacernos presentes en el mundo de la cultura, promoviendo medios cristianos de comunicación, nuevos foros donde se anuncie a Jesucristo en el respeto de la libertad y de las características de una sociedad pluralista en la que vivimos. Abramos los ojos a las nuevas manifestaciones de vida cristiana que el Espíritu Santo ha suscitado últimamente en la Iglesia, y no perdamos tiempo mirando las ruinas producidas por las ideologías de los mismos cristianos en el inmediato posconcilio.

Transcurramos el Año Santo unidos al papa Juan Pablo II, quien está dando su vida por la Iglesia, sirviendo al Dios vivo. El Señor nos sigue regalando su vida extraordinaria para que podamos prepararnos a lo que venga después de él, de modo que así como las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, tampoco prevalezcan contra cada uno de nosotros. La sangre de Cristo no ha sido derramada en vano y Dios purificará al mundo en el momento oportuno; nosotros mantengámonos protegidos por la fe y defendidos por la palabra de Dios y los sacramentos de Jesucristo. ¡La Virgen María, Madre y Señora Nuestra, nos proteja en el nuevo año, Año Santo, a toda la familia arinteriana!

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.  
*Director de Vida Sobrenatural*

# El Jubileo en torno al corazón de Pedro

La palabra jubileo en su raíz latina expresa alegría interior y también exterior, pues es liberación de la esclavitud de la injusticia y del pecado; pero Jubileo procede del hebreo “*Jobel*”, que es el nombre del carnero y después del cuerno o trompeta (*sofar*), con el que se anuncia el año jubilar en el día del perdón (*Yom Kippur*). La Iglesia Católica comenzó a utilizar la expresión año santo para referirse al Jubileo en 1470, con el sentido de año de gracia y de la plena reconciliación del género humano con nuestro Redentor.

El año jubilar tiene su historia en el Antiguo Testamento. El número 7 es sagrado en la Biblia: en el A. T. el día séptimo o “*shabbath*” recuerda que Dios es el Señor y que fue Él quien nos liberó de Egipto; en el N.T. el Domingo o Pascua es el Día memorial en el que Jesucristo nos regaló con su sangre y resurrección la vida eterna; el descanso y la santificación dominical es muy saludable, pues el trabajo nos puede engañar, haciéndonos creer que todo depende de nuestro esfuerzo.

Siete semanas da origen a Pentecostés y siete años al año sabático, en el cual descansa la tierra y se hace la remisión de las deudas, no apremiando al prójimo; y siete veces siete años da origen al año jubilar o 50 años. “En el día de la expiación haréis resonar el cuerno por toda vuestra tierra” (Lev. 25, 9). Las deudas se perdonan y los esclavos quedan libres; las tierras vuelven a sus primeros dueños y no se trabaja durante todo el año. Jesucristo vino “para anunciar un año de gracia del Señor” (Luc. 4, 19), una buena noticia. Hoy se cumple esta Palabra, si hoy escucháis su voz; no es una cuestión cronológica, sino la presencia de la acción salvadora de Cristo. Es un año de gracia o un paso del Señor, es decir, un *kairós*, hora

favorable y día de salvación (2 Cor. 6, 2); es la plenitud de los tiempos (Gal. 4, 4), que da origen a los últimos tiempos (Heb. 1, 2), es decir, el tiempo de Cristo, el tiempo de la Iglesia. La justificación nos fue merecida por la Pasión de Cristo y se nos concedió en el bautismo; pero la recepción adulta de esta gracia implica la acción del Espíritu que mueve nuestra voluntad para que asienta libremente.

La Iglesia comienza a celebrar oficialmente el año jubilar en 1300, señalando el ritmo de cien años; el 27 de enero de 1343 Clemente VI pone el plazo bíblico de los cincuenta años y el 29 de abril de 1873 Gregorio XI pone el plazo de los 33 años de la vida de Jesucristo, en orden a que todos pudieran celebrar al menos una vez en la vida el año santo; Pablo II en 1470 puso el plazo de 25 años para los años santos. En 1933 Pío XI celebró por primera vez el año santo de la Redención y en 1983 lo hizo Juan Pablo II. En la historia de la Iglesia ha habido 25 Años Santos ordinarios y 13 extraordinarios, entre ellos tres marianos, los años 1904, 1954 y 1987.

El gran Jubileo del 2000 ha comenzado en la noche de Navidad de 1999 con la apertura de la Puerta santa en la Basílica de San Pedro; al día siguiente se abrirán las puertas santas de San Juan de Letrán y de santa María la Mayor; pocas horas después, según el calendario, se abrirán el Santo Sepulcro en Jerusalén y las basílicas de la Anunciación en Nazaret y de la Natividad en Belén. El 18 de enero se abrirá la Puerta Santa de San Pablo Extramuros, con el comienzo del Octavario de oraciones por la unidad entre los cristianos. Y terminará el Gran Jubileo en la Solemnidad de la Epifanía del 2001.

¿Cuáles son las intenciones del Jubileo del año 2000? *Primera*, su carácter ecuménico. Corramos todos los cristianos desde nuestras comunidades a la fiesta nupcial de Dios con el hombre, misterio de la Encarnación, llevando lo que nos une, y si mantenemos la mirada en Cristo, recibiremos el don de la conversión y el regalo de la comunión en su Iglesia, fruto del Espíritu. No olvidemos que las separaciones han sido motivadas más por cuestiones humanas, que por verdaderos motivos de fe.

*Segunda*, el Concilio Vaticano II. El Concilio, no el posconcilio, es una Palabra de Dios para la Iglesia de nuestro tiempo, por eso hay que partir de su recepción plena en nuestras mentes y en nuestros corazones en conformidad con la interpretación de la Iglesia, unida al Papa Juan Pablo II. Y el Concilio nos envía a anunciar a Jesucristo a todas las gentes, convocando a la conversión utilizando un lenguaje existencial y personal, para superar el juridicismo en conceptos de pena temporal y eterna, reparación, satisfacción y el contexto espacio-temporal en las realidades del cielo y del infierno. Nos movemos en la dimensión del amor y de la vida eterna.

En el Jubileo encontramos signos exteriores, como la peregrinación, la puerta santa, las obras de misericordia, pero las realidades interiores son las fundamentales, como la conversión del corazón, la confesión, la comunión, la oración al Padre misericordioso y la profesión de fe. Ésta es la verdad fundamental: el perdón divino descende sólo sobre el corazón convertido.

### *1. Signos personales*

El Jubileo es tiempo de renovación cristiana en el nivel personal como bautizados mediante: a) la conversión y los frutos dignos de penitencia; puntos de partida y de llegada del Jubileo son los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía; b) el encuentro con el amor de Dios Padre y del prójimo en Cristo; c) el encuentro con la Iglesia, con la que se entra en comunión rezando por las intenciones del Papa; d) el anuncio del reino de Dios a todos, recordando que tenemos que tratar a los demás como queremos que nos traten ellos, que es el resumen de la ley y los profetas (Mat 7, 12); es fácil lamentarse sobre cómo está el mundo, pero no sirve para nada bueno, pregúntate mejor. ¿Qué haces tú para cambiar el mundo? e) la esperanza en la vida eterna o vida divina, que ha entrado en el tiempo.

El tiempo es un regalo estupendo de Dios; pero hay que aprovecharlo, pues no es el tiempo el que pasa, somos nosotros los que pasamos. Pero el regalo del Jubileo es recordarnos que

por la Encarnación de Cristo la eternidad entró en el tiempo y el tiempo debe entrar en la eternidad, es decir, nosotros debemos entrar en la eternidad y vivir ya la vida eterna. ¿Qué es la gracia sino el inicio de la vida eterna, como dice Santo Tomás de Aquino?

La preparación para el Jubileo nos invita a meditar sobre la perspectiva escatológica, es decir, sobre la meta final de la historia humana. Debemos estar convencidos que nuestra meta es el cielo. En este contexto es preciso hablar de los novísimos: muerte, juicio, cielo e infierno, que no son motivo de psicosis o angustia, sino una invitación a la esperanza teologal y a ser responsables en el uso de nuestra libertad, pues todo en la vida tiene consecuencias.

La *muerte* es condición humana, nacemos, vivimos y morimos. Contamos sólo con un breve espacio de tiempo. Y después de la muerte viene la llamada escatología intermedia antes de la resurrección del cuerpo al final de los tiempos, es decir, con la muerte se descompone el cuerpo, pero el yo humano subsiste y el creyente sabe que su relación vivificante con Cristo no se destruye con la muerte<sup>1</sup>. “El que cree en mí, aunque muera, vivirá”. “Dichosos los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, sí, que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan” (Apoc. 14, 13).

De aquí surge el respeto a los restos humanos, como se atestigua en el ritual de exequias y en la veneración de las reliquias de los santos, “a las cuales nunca les falta la presencia del Espíritu Santo, el cual concede vida en los sepulcros de los santos”<sup>2</sup>. La incineración, costumbre masónica, no está recomendada por la Iglesia, sino tolerada sólo cuando no hay menosprecio del cuerpo, ni negación del dogma de la resurrección de la carne.

Inmediatamente después de la muerte, en la presencia de Dios, veremos con claridad la verdad de toda nuestra vida, y según nuestra aceptación o negación de Dios nosotros mismos

1. Cfr. SAGRADA CONGREGACIÓN DE LA FE, *De quibusdam quaestionibus ad eschatologiam spectantibus*, 17-V-1979. AAS 71 (1979) 941.

2. SAN PAULINO DE NOLA, *Carmen XXI*: citado por Juan Pablo II en la Audiencia general del 28-X-1998.

nos situaremos en el cielo o en el infierno, o en el purgatorio<sup>3</sup>, si resta algo por purgar. Dios no condena a nadie y quiere salvar a todos. Esto es el *juicio* particular, que con el juicio final al final de los tiempos, es una llamada a la conversión y al temor de Dios, que siempre acompaña a su amor y plena confianza en que nos salvará. Esto nos invita a tener misericordia del prójimo para ser al final juzgados con misericordia.

Después de la muerte estamos por encima del espacio y del tiempo, es decir, en la dimensión de la eternidad. Por eso el *cielo* no es un lugar, sino un estado o condición de vida consistente en una relación viva y personal con la Santísima Trinidad, con la Virgen María y con los santos que se caracteriza por el pleno deleite de la posesión de Dios, que obtendrán quienes hayan aceptado a Dios y se hayan abierto al amor del prójimo. El cielo es el fin último para el que todos hemos sido creados. Tanto el cielo, como el infierno, pueden adelantarse parcialmente en este mundo, como estamos acostumbrados a experimentar y decir hasta en el mismo lenguaje. ¿Quién no ha tenido momentos ya en este mundo de cielo en la celebración eucarística o en la vida de una verdadera comunidad, por ejemplo, y también de infierno después de haber pecado o en momentos de purificación, cuando no aceptamos que nuestro judas nos suba a la Cruz?

El *infierno* es consecuencia posible del pecado, que es abuso humano de la libertad. Dios es misericordioso y quiere salvarnos a todos; pero somos libres y el hombre lamentablemente puede rechazar la salvación de Dios. No es un castigo de Dios, sino la consecuencia de las opciones tomadas por nosotros durante la vida, pues cada uno será juzgado según sus obras. El pecado se vuelve contra el hombre y, por eso, el pecado es también un error y una frustración y el infierno total vaciedad y soledad de una vida sin Dios. La redención es una

3. En los comienzos del siglo XII, algunos teólogos, retomando las reflexiones de los Santos Padres sobre la suerte de los difuntos, afirmaron la posibilidad de purificarse en el más allá (el purgatorio); nacería así una enseñanza teológica, que recibiría su sanción dogmática en el Concilio de Lyon de 1274, premisa indispensable para considerar las indulgencias cual medio de sufragio.

oferta de Dios, pero nosotros debemos aceptarla. La sentencia divina ratifica la opción del hombre.

Una advertencia final, sugerida por el discípulo del P. Arintero, R. Garrigou-Lagrange en el prólogo de su libro *Las tres edades de la vida interior*: “Muchos piensan: basta salvarme, no necesito llegar a ser santo de altar y hacer milagros. Pero para salvarse es preciso emprender el camino de la santidad, porque los que están en el cielo son sólo los santos”. Así que estamos llamados a ser santos y a ser purificados en el purgatorio de esta vida o en el purgatorio de la otra.

## 2. *Signos eclesiales*

Es tiempo de memoria, de esperanza y de perdón, es decir, de peregrinación, que nos impulsa a salir de nuestras comodidades hacia la evangelización; de combatir contra el demonio, que busca nuestra ruina; de pasar por la puerta santa a la visita de los trofeos apostólicos y de oración por la que se recibe la indulgencia, redescubriendo la belleza del perdón gratuito.

La *Peregrinación* manifiesta nuestra condición de estar en camino, pero hay muchos modos de caminar, en torno a uno mismo, y en busca de Dios. Ahora bien, Dios se ha hecho camino en Cristo para que pasemos a la otra orilla y ayudemos a otros a pasar a la vida eterna. En el Antiguo Testamento se habla de peregrinar a lugares sagrados, Betel, Silo. Jesús sube con sus padres a Jerusalén. Las peregrinaciones medievales a Santiago, Jerusalén y Roma, nueva Jerusalén, se visitan los trofeos de los apóstoles Pedro, Pablo<sup>4</sup> y Santiago. Peregrinar evoca el camino de la fe que hace el creyente, fundado en la vigilia, la plegaria y el ayuno, hasta llegar a la plenitud de la edad en Cristo (Ef 4, 13).

Por eso, los jóvenes irán en marzo a Galilea y en agosto a Roma; el 23 de marzo será el encuentro con el Papa en el

4. “Aquí se encuentra incontaminado el depósito de la fe; aquí está la fuente de la unidad sacerdotal; aquí están las llaves del reino de los cielos y el sumo poder de desatar y atar; aquí se custodia aquel tesoro inexhaustible de la Iglesia que son las santas indulgencias, de las que es dispensador el Sumo Pontífice” (BENEDICTO XIII, *Bula Redemptor et Dominus Noster* de 1724, convocando al Año Santo).

Monte de las Bienaventuranzas; allí se celebrará la Eucaristía. “Id a Galilea y allí me veréis”. *Ga-al* es rodar la piedra; ir a Galilea es ver que alguien nos mueve la piedra y vemos al Señor. Y cada comunidad peregrinará a la catedral o a un santuario de su diócesis, después de la celebración del sacramento de la Penitencia y de una vigilia de oración ante el Santísimo; al llegar a la Catedral se celebrará la eucaristía y se profesará la fe, cantando el Credo.

El *combate contra el demonio* es el contexto en el que presenta el año santo de 1750 el papa Benedicto XIV. “Ea, pues, sacerdotes y ministros de Dios, tocad las trompetas e intamad esta guerra espiritual contra los enemigos de la Cruz de Cristo.

Con las vigiliass, las oraciones, los ayunos, las limosnas de las personas piadosas y las obras de cristiana humildad y misericordia se destruye el tiránico dominio de la humana avidez y se fortalece y dilata el reino de la caridad hacia Dios y hacia el prójimo. Aquéllos, pues, que se dirigen a esta piadosa guerra tienen que ir armados con la Cruz de Cristo y recogidos en la entera armadura de Dios, para que los enemigos que están al acecho, no tengan posibilidad ninguna de hacerles daño”<sup>5</sup>. Esta perspectiva se vive advirtiendo la enorme fragilidad moral en la que vivimos los hombres y la urgente necesidad de la gracia de Dios para superar nuestra precariedad y los combates de los enemigos de la vida cristiana, el mundo, el demonio y la carne.

*Puerta Santa.* En las murallas de Jerusalén que miran al Huerto de los Olivos está cegada la Puerta Dorada, que es la puerta que, según la tradición, se abrirá cuando vuelva el Mesías. El primer Papa que abrió la Puerta Santa de San Pedro fue Alejandro VI en 1600; en el Jubileo de 1423 Martín V abrió la Puerta Santa de San Juan de Letrán. Abrir la puerta significa poder dar un paso adelante, pasar del mundo a la Iglesia, del pecado a la gracia, adhiriéndose al bien, confesar a Cristo, Señor y Salvador, que es la Puerta por la que accedemos a Dios Padre (Jn. 10, 7). “Aquí está la puerta del Señor, por ella entrarán los justos” (Salmo 118, 20). El primero que pasará la Puerta

5. BENEDICTO XIV, *Bula Peregrinantes a Domino*, 5 de mayo de 1749.

Santa será el Papa e inmediatamente mostrará a la Iglesia y al mundo el Santo Evangelio, luz para todos los hombres.

### 3. *Las indulgencias*

La *Indulgencia*, uno de los elementos constitutivos del Jubileo, año de completa remisión de los pecados, es un signo de la plenitud de la misericordia de Dios Padre; Cristo es la indulgencia y la propiciación por nuestros pecados (1 Jn. 2, 2). La indulgencia, que se refiere al perdón de las penas debidas por los pecados, no es algo exterior y automático, sino interior y responsable. Dice Juan Pablo II que la indulgencia representa al Padre Misericordioso cuando no sólo perdona al hijo pródigo, sino que también lo reviste y celebra una fiesta. La primera indulgencia concedida por un Papa es de 1091 y la indulgencia plenaria fue relacionada por Bonifacio VIII con el Jubileo de 1300<sup>6</sup>.

La indulgencia, que tiene su origen y sentido propio en el sacramento de la Penitencia o en el campo de la conversión<sup>7</sup>, presupone aceptar por la fe estas realidades importantes:

*primera*, existe en el misterio de la Iglesia un tesoro inagotable de la fe y de la gracia, merced a los méritos de Jesucristo, de la Virgen María y de los mártires y demás santos, que la Iglesia dispensa a los fieles en el contexto de la comunión de los santos<sup>8</sup>; hay personas que dejan una estela de santidad: las

6. Sobre las indulgencias, cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn.º 1471-1479.

7. Cfr. B. POSCHMANN, *La Pénitence et l'Onction des malades*, París 1996, pp. 200-201.

8. "Habiéndonos Cristo rescatado al precio no de cosas corruptibles como el oro y la plata, sino con su sangre preciosa, ha fluido a la Iglesia un tesoro inagotable, enriquecido además por los méritos de la bienaventurada Madre de Dios y de todos los elegidos... En verdad ha dispuesto que este tesoro... fuese dispensado a los fieles por medio del bienaventurado Pedro, poseedor de las llaves del cielo y todos sus sucesores en la tierra; y ha establecido que por motivos justos y razonables viniese misericordiosamente repartido, sea de manera general que especial, sea a favor de una total o parcial remisión de la pena temporal contraída con los pecados, a aquellos que verdaderamente se arrepienten y se confiesen" (CLEMENTE VI, *Bula Unigenitus Dei*, 1345, convocando al Año Santo).

lágrimas de Santa Mónica, los mártires de la Cruzada española, la M. Teresa de Calcuta, el P. Pío de Pietrelcina, etc.;

*segunda*, las consecuencias del pecado, que son la herida en las potencias humanas (inteligencia y voluntad), la culpa o privación de la comunión con Dios y la pena, eterna (infierno) y temporal (purgatorio). La herida y la culpa (eterna o temporal) y la pena eterna se curan o se perdonan por la conversión y el Sacramento de la Penitencia, pero las penas temporales por los pecados hay que purgarlas en esta vida o en la otra; es decir, la absolución no remedia todas los desórdenes originados por el pecado, de modo que hay que reparar y expiar los pecados mediante la satisfacción<sup>9</sup>;

*tercera*, el perdón gratuito de Dios implica como consecuencia necesaria la reparación, la expiación y el cambio real en la vida o renovación de la propia existencia, mediante la purificación de los apegos al mal y la satisfacción de las penas. La purificación debe ser completa y esta doctrina se expresa en la realidad del Purgatorio.

Después del pecado mortal hay que reedificar la vida espiritual y esto exige algún tiempo, y no es suficiente el perdón sacramental, que es gratuito y se da en un momento. Por ejemplo, la curación de las heridas exige tiempo, la reparación del mal ejemplo dado, la satisfacción de las penas temporales y el mal inferido a la Iglesia. Además, hay que tomar decisiones a veces muy costosas, como huir de las ocasiones, cambiar de trabajo. En este contexto, se comprende cómo la indulgencia es una ayuda que concede la Iglesia, que nunca nos abandona, para la plena conversión, no una sustitución fácil de la conversión. Rezar para obtener la indulgencia es entrar en la comunión de la Iglesia y de los santos y sentirnos ayudados y protegidos sobrenaturalmente.

A esta purgación se refieren en la Penitencia Canónica de los seis primeros siglos, cuando solamente se podía confesar una vez en la vida, las prácticas penitenciales que a veces duraban años antes de ser reconciliados con la Iglesia y participar en la comunión eucarística. En el siglo V, en Roma, el Miércoles

9. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n.º 1459.

de Ceniza se entraba en el *Ordo Poenitentium* y el Jueves Santo se celebraba la reconciliación de quienes habían cumplido la penitencia. En el Concilio de Toledo del 589 se constata la presencia de la penitencia privada, una de cuyas formas fue la penitencia tarifada, con la absolución sacramental. Después, cuando se comenzó en el siglo XI a absolver antes de cumplir la penitencia se comenzó a separar el perdón de la culpa y pena eterna de la necesidad de purgar las penas temporales.

Estas diversas formas históricas del Sacramento de la Penitencia han influido en los conceptos de pecado grave o mortal y en la frecuencia del sacramento; pero siempre han tenido en cuenta la pena debida por el pecado, que hay que saldar para ser readmitidos en la comunión de la Iglesia. La apostasía, el homicidio y el adulterio no eran los únicos pecados mortales, ya San Pablo tiene listas amplias de pecados, que impiden la vida eterna.

En el ritual del Sacramento de la Penitencia anterior al Vaticano II, el sacerdote rezaba después de la absolución: “La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, los méritos de la Bienaventurada Virgen María y de todos los santos, el bien que hagas y el mal que superes te sirvan para remisión de los pecados, aumento de gracia y premio de la vida eterna. Amén”.

Las tres disposiciones fundamentales para obtener la indulgencia jubilar, que no se puede ganar más de una vez al día, son según la Penitenciaria Apostólica:

a) la confesión sacramental y por tanto una verdadera conversión del corazón y perdón al prójimo;

b) la participación en la comunión eucarística,

y c) la plegaria participando en el lugar de la peregrinación en una celebración litúrgica o en un ejercicio piadoso, o las oraciones del Padre Nuestro, Ave María, Credo, Señor mío Jesucristo por las intenciones del Papa, mostrando así nuestra comunión eclesial; la peregrinación puede ser a Tierra Santa (visitando individualmente o en grupo el Santo Sepulcro o las Basílicas de la Natividad en Belén o de la Anunciación en Nazaret, y participando de una celebración litúrgica o un ejercicio piadoso o un tiempo de adoración o meditación, concluyendo con el Padre Nuestro, el Credo o una invocación a la

Virgen María); a Roma (visitando una de las cuatro basílicas patriarcales, la de San Pedro (profesión de fe), la de san Juan de Letrán (adoración eucarística), la de Santa María la Mayor (el rosario) y la de San Pablo extramuros (oración ecuménica), o las Basílicas de santa Cruz o de san Lorenzo, las Catacumbas o el Santuario del Divino Amore con las condiciones antes mencionadas); a la propia Iglesia Catedral o santuarios designados por el Ordinario del Lugar con las condiciones aludidas.

En cada lugar se puede lucrar la indulgencia jubilar añadiendo una obra de misericordia, como visitar a hermanos enfermos, reconociendo a Cristo presente en ellos (Mat 25, 34-36), o realizando algunas iniciativas que favorezcan el fin del Jubileo, como absteniéndose de cosas superfluas durante un día, como la bebida, el tabaco, la televisión, o dando una limosna proporcionada a los pobres o a una causa de carácter religioso o social, o dedicando tiempo a testimoniar la fe en público, siempre cumpliendo los requisitos ya sabidos y se trate de algo que cueste y sea signo del amor a Cristo y adhesión a su voluntad. Antiguamente la peregrinación era un verdadero ejercicio de conversión, se dejaban todas las cosas y a veces hasta se perdía la vida; en el siglo XIII era un modo de cumplir la satisfacción del sacramento de la Penitencia; verdaderamente el Jubileo es entrar en la dimensión de la vida eterna, cuando todo se vende y se da a los pobres.

La indulgencia plenaria no significa que si uno muere después de recibir esta indulgencia vaya al cielo directamente, pues una cosa es la oferta de la Iglesia y otra la recepción personal, y ésta depende de las disposiciones espirituales de cada uno. Pero sí es cierto que es posible conseguir en esta vida la purificación total y reparación completa de las consecuencias de nuestros pecados y poder ir directamente al cielo.

La doctrina sobre las indulgencias nos habla del misterio de la Iglesia, como depósito de la gracia y comunión de hermanos, y de las consecuencias amargas y nefastas del pecado. Que Dios nos conceda el don de amar la Iglesia y de odiar el pecado, temiendo el pecado como el verdadero mal en el que podemos caer en esta vida. El dogma consolador de la comu-

nión de los santos y su contrario la potencia del pecado y de los pecadores. La Iglesia con su intercesión nos ayuda a purificarnos de toda mancha de pecado, pasando por el crisol. Moisés intercedía por el pueblo y entonces vencía; el nuevo Moisés, Cristo, intercede por nosotros y en Él está nuestra victoria.

La indulgencia se puede obtener para uno mismo y también por los difuntos, no por otras personas vivas<sup>10</sup>. Alejandro VI concedió la indulgencia plenaria en sufragio por los difuntos a cuantos visitaran con devoción las basílicas romanas señaladas y depositaran una limosna en la basílica de S. Pedro para su reparación. Los que se purifican en el purgatorio están en comunión con los hermanos del cielo y con los hermanos de la tierra, pues la misma Iglesia es triunfante, purgante y militante. Rezar por los difuntos es prueba de caridad sobrenatural, de fe en la vida eterna y expresión de comunión eclesial en la fe.

La crítica de Martín Lutero contra las indulgencias en las 95 Tesis fijadas el 31 de octubre de 1517 en la puerta de la Iglesia del Castillo de Wittemberg se basaba en su interpretación de que el Papa vendía por dinero las indulgencias o como si defendiera que se podían sacar las almas del purgatorio con dinero; Lutero negó el depósito de gracia en la Iglesia. A este respecto respondió el Concilio de Trento: “Las indulgencias son muy saludables para el pueblo cristiano y están en un error cuantos piensan que son inútiles y que no pueden ser concedidas por la Iglesia”<sup>11</sup>.

El problema es la cuantificación de las indulgencias, y el aumento de las prácticas indulgenciadas refleja que a veces se puso la importancia en las condiciones externas y no en las disposiciones interiores y sobre todo en la necesidad de la conversión; es esencial no separar nunca la indulgencia del contexto de la conversión del pecador que vuelve a Dios Padre misericordioso. Por eso, hoy día se han reducido los ejercicios piadosos con indulgencias y a partir de la Constitución *Apostólica Indulgentiarum Doctrina* de 1967 se habla sólo de

10. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n.º 1032.

11. *Decretum de Indulgentiis*, 4-XII-1563: Denzinger, 989.

indulgencia parcial y plenaria; ésta se puede ganar sólo una vez al día.

#### 4. *Frutos del Jubileo*

Entre ellos mencionamos: la purificación de la memoria, el recuerdo de los mártires y algún gesto en pro de la justicia en la tierra.

La *Purificación de la memoria* implica un acto valiente de humildad para reconocer los propios pecados y pedir perdón y también para decir la verdad en un mundo donde son mayoría los cobardes; en este sentido, mencionamos a los mártires de nuestro siglo, por ejemplo, los de la Cruzada española, los que pagaron con su sangre su adhesión a Cristo. El Jubileo pasa siempre por el examen de conciencia y la conversión, recordando nuestros pecados, verdaderos antitestimonios en la misión de la Iglesia, y anunciando que nuestra vida es vida de santidad.

Es verdad que la historia de la Iglesia es una historia de santidad, pero también es una historia de pecado en algunos de sus hijos. Por el vínculo que nos une al pertenecer a la Iglesia Católica somos, en algún sentido moral, portadores de las glorias y de las miserias de los católicos que nos han precedido en la fe, aunque la responsabilidad de los pecados siempre es personal. Además, también nosotros hemos pecado y podemos caer en los pecados de nuestros antepasados, si no reconocemos sus errores.

En consecuencia, el Primer Domingo de Cuaresma del 2000 el Papa en una celebración solemne pedirá perdón a Dios y a los hombres por los pecados cometidos antes y ahora por los católicos. Esto no significa negar nuestra fe en la santidad de la Iglesia, pues son sus hijos los que se manchan con el pecado, no ella. Pero la Iglesia asume los pecados de sus hijos y los pecados de todos los hombres, como hizo Cristo en la Cruz, y pide perdón a Dios Padre por ellos; es una lectura espiritual y mística de la historia de la Iglesia, que supera el mero dato empírico. Juan Pablo II está recorriendo el camino hacia la unidad de todos los cristianos, de todos los hombres, en el

amor; cargando sobre sí las culpas de todos como un cirineo. No haya miedo en perder la estima de la propia historia. Nosotros seguimos confesando la fe en la santa Iglesia. Bien sabe Juan Pablo II que el pedir perdón es un paso para el don de la reconciliación.

Será una forma de mostrar hoy la fe cristiana, entrando en el ejemplo del Siervo de Yahvé que da su vida por sus amigos y enemigos, cargando con los pecados de todos. Asumamos el Cordero de Dios del Nuevo Testamento frente al macho cabrío expiatorio del Antiguo Testamento; alguien tiene que asumir la vocación del Cordero de Dios para que no nos veamos en la necesidad de excluir al macho cabrío de la comunidad. La Cruz no es castigo, sino acto de amor. Pasemos del Dios omnipotente, que es verdad, a la realidad del Dios Crucificado, que es el camino de Cristo y el nuestro. Estamos en el tiempo de la paciencia de Dios hasta cuando se muestre la omnipotencia divina. El corazón del Evangelio es el perdón y la compasión, es decir, perder la vida para encontrarla eternamente; no se trata de acusar y condenar, sino que cada uno cure su memoria y se encuentre con su pecado para poder salir de él. Levantaos los que ahora pedís perdón, porque seréis perdonados. El rostro humano, débil, es el rostro de Dios; el rostro de la Iglesia, débil, es el rostro de Cristo<sup>12</sup>.

*La memoria de los mártires.* Ellos, que anunciaron el evangelio dando la vida, manifiestan también la santidad de la Iglesia; son las pruebas de que es posible el más grande amor y nos recuerdan que la perspectiva martirial entra en la vida normal de todos los cristianos, llamados a dar la vida por el anuncio del evangelio y perdonando a quienes no saben lo que hacen. Son muchos los cristianos que en este siglo han sido mártires del comunismo en España, en Rusia, etc., de la masonería, en México; del nazismo en Alemania; del fanatismo en países musulmanes y de las luchas triviales en África. El martirio muestra la fortaleza de la fe en la debilidad humana y cómo la vida no termina, se transforma.

12. Puede leerse la Catequesis de Juan Pablo II sobre la actitud penitencial de la Iglesia al umbral del Tercer Milenio, pronunciada el miércoles, 1 de septiembre de 1999.

Las nuevas esclavitudes de los hombres y las injusticias en el mundo son un escándalo especialmente para los cristianos, que deseamos no sólo la ética de la justicia, sino sobre todo la ética sobreabundante del amor; por eso el jubileo precisa de *algún gesto por un mundo más solidario en favor de la emancipación de hombres necesitados de liberación*. El Jubileo exige un cambio de vida en nosotros, no dando un valor absoluto a los bienes de la tierra, superando la tendencia al dominio y posesión de las cosas; el Jubileo es una invitación a hacer justicia. “La tierra no puede venderse para siempre, pues la tierra es mía, ya que vosotros sois para mí forasteros y huéspedes”, dice el Señor en el Levítico 25, 23. Es una vergüenza para nosotros que realidades como solidaridad y voluntariado hayan sido monopolizadas por los no cristianos, que convierten la caridad en filantropía, secularizando los valores evangélicos<sup>13</sup>.

Por eso, es preciso probarse en los bienes y manifestar el amor real haciendo algo por una mayor justicia en la tierra. No se trata de arreglar todos los problemas del mundo, porque pobres siempre los tendréis con vosotros, sino de arreglar lo que está en nuestras manos y así ser nosotros cristianos verdaderos, es decir, no ser hipócritas, ni tampoco fanáticos. El crecimiento en la fe implica el crecimiento en la caridad, que se manifiesta en la transformación social y cultural del medio en el que se vive.

María es la mujer del silencio y de la escucha; la mujer dócil a las inspiraciones del Espíritu; por ello es invocada por todas las generaciones bienaventurada. Ella, peregrina de la fe hacia Jerusalén, proteja a todos los peregrinos del Jubileo del 2.000. “María, Madre del redentor, la humilde sierva de Nazaret, que hace dos mil años ofreció al mundo al Verbo Encarnado, orienta hoy la humanidad hacia Aquél que es la luz verdadera, que ilumina a todos los hombres”<sup>14</sup>.

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.  
*Director de Vida Sobrenatural*

13. Cfr. P. J. CORDES, *Chi ha amati per primo*. Paoline. Roma 1999.

14. *Tertio Millennio Adveniente*, n.º 59.

# ¿Hay que reformar el Sacramento de la Penitencia?

## Notas para una reflexión

Este artículo nace tras una interesante conversación, mantenida por un grupo de sacerdotes amigos, entre los que estaba el director de esta revista, *Vida sobrenatural*. En un próximo artículo, que será publicado en estas mismas páginas, os hablaré más detenidamente de dicho grupo, por ahora baste con comentar que se trata de unos curas a quienes nos une el haber estudiado teología espiritual, unos en Roma y otros en España, y que nos juntamos una vez al año para mantener viva nuestra amistad y fraternidad sacerdotal, al tiempo que nos intercambiamos experiencias, trabajos, bibliografías, etc.

Pues bien, este año, en el mes de julio, cuando nos reunimos en la hermosa ciudad de Vigo, entre las muchas cosas de las que hablamos, una fue de la confesión. A nadie le resultará extraño, siendo, como era, uno de los puntos a tratar dentro del año del Padre, tercero en el camino de preparación para la celebración del Jubileo del 2000. Y, por supuesto, hubo polémica. Nos enzarzamos en una discusión acalorada sobre lo que se debía hacer, sobre las dificultades que tiene la gente para confesarse, del provecho que se saca de ello, etc.

Quien firma este artículo, hace ya tres años, concretamente en noviembre de 1996, defendió una tesis doctoral sobre la cuestión de la necesidad de la confesión de los pecados en la celebración del Sacramento de la Penitencia; por eso en un momento de la discusión se me pidió de forma expresa que opinara. De hecho yo estaba callado, escuchando con atención lo que se decía, y experimentaba una vez más algo que ya había sentido en circunstancias parecidas a ésta, debido, sobre todo,

a que a lo largo del curso 98/99 había tenido muchos encuentros con sacerdotes de mi diócesis (Madrid), pues se me había encargado que fuera por las vicarías, arciprestazgos y parroquias para hablar del asunto.

¿De qué me daba cuenta? De que muchas de nuestras propuestas quieren resolver los problemas que la gente tiene a la hora de confesarse, pero sin una reflexión lo suficientemente serena acerca de los planteamientos sobre las que descansan, y, lo que es peor, sin pararnos a discernir todas las consecuencias que conllevan, tanto para la pastoral como para la teología del sacramento.

Tras mi intervención, el padre Pedro Fernández, me pidió que le escribiera algo para la revista; he aquí, pues, el resultado de mi reflexión. Ésta tiene detrás, como fundamento, en primer lugar, el trabajo de mi tesis doctoral. En segundo lugar, lo que la experiencia de esos encuentros con sacerdotes me ha ido enseñando y haciendo descubrir sobre las formas de plantear pastoral y teológicamente las distintas dimensiones de la Penitencia. Y, en tercer lugar, lo que he seguido pensando, desde la reunión del mes de Julio, sobre lo que allí dije a mis compañeros, todos ellos sacerdotes y también licenciados o doctores en Espiritualidad.

Como sé que me dirijo a un público familiarizado con las fuentes, o sea con la Escritura y con los documentos más básicos del magisterio de la Iglesia, he preferido no incluir ni notas ni citas. De hecho no hay ninguna que haya sido buscada *ex professo* para este trabajo. He preferido fiarme de la memoria; así el artículo, más que una exposición erudita, puede tener la forma de una intervención en una conversación larga y sosegada. Busco con ello que el lector también se ponga a pensar y que pueda sacar más consecuencias de aquéllas a las que mi pobre limitación ha sido capaz de llegar. Si lo consigo o no, ustedes deberán decirlo. Espero sus sugerencias.

### 1. Necesidad de una reforma

Cuando se celebró el Concilio Vaticano II, en la constitución sobre la sagrada liturgia (*Sacrosanctum concilium*) se

hablaba de que con el transcurso del tiempo se habían introducido en los ritos de los sacramentos y de los sacramentales algunas cosas que ahora oscurecen su naturaleza y su fin; además, era necesario adaptar otras a las necesidades de nuestro tiempo. Formulado este principio, unos números más adelante se proponía la reforma del sacramento de la Penitencia en los siguientes términos: “Revisense el rito y las fórmulas de la penitencia, de modo que expresen con mayor claridad la naturaleza y el efecto del sacramento” (n. 72).

Desde entonces se ha mantenido vivo el debate para determinar qué cosas de las introducidas en los ritos sacramentales, oscurecían la naturaleza y el fin de la Penitencia, y también cuáles había que adaptar a las necesidades del hombre actual.

Era necesario hacer un profundo discernimiento para elaborar una propuesta de renovación que concretara lo que había dicho el Concilio. Como resultado de dicho discernimiento, no pocos apuntaron hacia el momento de la confesión de los pecados y a la forma cómo ésta se realizaba, como uno de los elementos oscurecedores de la naturaleza y el fin de este sacramento y también como una de las cosas que más urgentemente había que adaptar a las necesidades de nuestro tiempo.

No les faltaba razón a los que apuntaban en esta dirección. Sin duda, muchas personas, cuando se *van a confesar*, van con la mentalidad de ir a descargar un paquete de ropa sucia, buscando una limpieza ritual y acallar el peso de sus conciencias, y no ven más utilidad en este sacramento que la de *lavarse*. Además, la preponderancia, que teológica y pastoralmente se ha dado a este momento de la celebración, ha hecho que el penitente piense que su deber se limita a *decirlo todo*, con eso basta. Poder celebrar y experimentar la misericordia de Dios, el abrazo misericordioso del *Padre*, la acción salvadora del *Hijo* que nos carga sobre sus hombros y nos devuelve al redil de su *Iglesia*, la transformación con la que una vez más el *Espíritu* renueva la vida del bautizado y le rehabilita para seguir avanzando en el camino hacia la plena comunión, en definitiva, hacia la santidad; todo esto son cosas que, por lo general, resultan extrañas y no forman parte del campo de vivencias espiri-

tuales que se esperan de este sacramento. No digamos el hacer viva y presente la mediación de toda *la comunidad eclesial*, su intercesión eficaz y su oración constante en favor de los bautizados-pecadores, que luchan contra el pecado y contra las consecuencias negativas que éste siempre conlleva. Hablar de estas dimensiones, como propias de este sacramento, es para muchos creyentes como hablar en chino.

La situación, por tanto, es muy grave. Reducir el sacramento de la Penitencia a una única dimensión empobrece de tal modo la vivencia espiritual que su práctica llega a ser deformante.

## 2. *Dos interpretaciones del magisterio sobre la confesión que desvirtúan su sentido*

La conclusión que acabamos de exponer ha llevado a algunos teólogos y, sobre todo, a muchos pastores a pensar que si se ha individuado la causa de tantos males, lo mejor es arrancarla de raíz, y recuperar así esas zonas ensombrecidas por un modo de celebrar y vivir obsesionado en exceso por la necesidad de confesar todos los pecados.

En este punto, sin embargo, el magisterio de la Iglesia ha venido de forma continua y sin fisuras, a revalidar toda la doctrina sobre la necesidad de la confesión.

Para muchos la postura tomada se convierte en una de las pruebas de que la Iglesia, que dijo que era conveniente renovar para adaptarse a los tiempos, luego, como en otras muchas cuestiones, ha echado marcha atrás sin ser valiente a la hora de llegar hasta las últimas consecuencias de sus propios planteamientos. No faltan incluso los que apuntan a que se trata de un modo de mantener vivo el poder sobre las conciencias individuales, con la clara intención de seguir manipulándolas desde la sombra.

Y si unos piensan así, otros piensan que la revalidación de la doctrina más tradicional, la defendida y aprobada en el concilio de Trento, viene a probar que mejor es no cambiar nada. Que, si no, la gente se arma un lío y, al final, con eso de que Dios es bueno y nos perdona siempre, pues para qué hay que

confesarse. Piensan, entonces, estos últimos que es preferible seguir machacando en el tema de que la Iglesia manda que hay que confesarse, y, por supuesto, de todo, y dejarnos de complicaciones.

### 3. *Una propuesta de lectura diferente*

Nos gustaría situarnos, en cambio, entre aquellos que, estando de acuerdo del todo con el diagnóstico conciliar, acogen la insistencia del magisterio de nuestra *madre y maestra*, la Iglesia, como un reto para seguir profundizando en algunas cuestiones que, quizás por las prisas de tener que concretar una reforma, se estudiaron con cierta precipitación o, al menos, sin alcanzar a vislumbrar todas sus consecuencias.

Esa reflexión más serena nos ha llevado a caer en la cuenta de algunas otras dimensiones, tan importantes como aquellas que oscurecía la práctica de la confesión tradicional, y que, olvidadas, podían también llegar a desvirtuar, más aún, a pervertir la naturaleza y los fines propios de este sacramento. Con lo cual, es verdad que se podrían haber reformado los ritos y, en teoría, se habrían adaptado a las necesidades del tiempo presente, pero, a lo mejor, se habría dejado de celebrar y vivir el sentido cristiano de la Penitencia y de la Reconciliación, que es, en definitiva, de lo que se trata.

### 4. *El misterio que se celebra*

En estos momentos nos parece que, lo que nos tenemos que preguntar no es cómo podemos celebrar mejor, sino qué celebramos y qué misterio salvífico se hace presente y se actualiza cuando la Iglesia celebra este sacramento.

La respuesta seguro que la sabemos todos. La Iglesia no celebra otra cosa en sus sacramentos sino *el Misterio Pascual*, o sea que Cristo, entregando su vida por amor al Padre, nos ha reconciliado con Él, con nosotros mismos, con los hermanos y con el resto de la creación, haciendo de nosotros una humanidad nueva, unificada por la caridad y que camina hacia la plenitud del Reino, el mismo que Cristo instauró con

su persona. Y esto lo realizó de una vez por todas, ofreciéndose en la cruz y al resucitar y ser exaltado a la derecha del Padre, desde donde no cesa de interceder por nosotros.

Hasta aquí todos estamos de acuerdo. Donde, sin embargo, no es tan fácil el acuerdo cuando llegamos a la cuestión de explicar el modo cómo esa salvación se realiza o se nos aplica, y cuando hablamos de las consecuencias prácticas que conlleva la forma en cómo quedamos liberados del pecado y de la muerte.

Aquí hay que dar muchas cosas por supuestas; nosotros, para ir al grano, diremos simplemente que Jesús en su predicación reveló que el problema del pecado del hombre radica en el corazón: *Del corazón del hombre salen...* Y nosotros constatamos cada día las consecuencias concretas que se derivan de ese corazón dominado por el pecado:

*Endurecido por la soberbia, encerrado en sí mismo por la avaricia y la codicia de los bienes materiales, debilitado por la lujuria y las pasiones de la carne, incapacitado para amar por la envidia y el odio hacia los otros, herido por la ira y el rencor que no paran de pedir venganza por el mal sufrido, esclavizado por la gula y por el afán desmedido de comodidades y seguridades que nos atan a las cosas como si fueran dioses, y, por último, desarmado por la pereza que nos hace ser negligentes en la búsqueda del bien y en la lucha en favor de la justicia, con lo cual terminamos aceptando como irremediable lo que sabemos que con esfuerzo y lucha se podría cambiar.*

De todo esto nos ha librado el Señor. Pero su liberación no es una imposición, hay que *querer ser liberados*. En este *querer* juega un papel determinante el reconocimiento del propio pecado, como la causa de nuestros males más radicales y más profundos. La denuncia de nuestra soberbia, de nuestra avaricia, etc., como cadenas que nos atan y nos impiden ser libres, será el único modo de poder abrirnos para acoger una palabra, una propuesta, una invitación que nos anima a caminar en libertad. Por eso Jesús, como todos los profetas, acusan al pueblo de sus pecados. Tratan de iluminar ese misterio *del corazón de piedra*, para que se pueda convertir en un *corazón de carne*, en un corazón vivo, rescatado de la muerte. La luz

salvadora de la palabra profética nos lleva, pues, a entrar dentro de nosotros mismos y a *conocer y reconocer* la raíz de nuestro mal más radical, el pecado. Y, desde aquí, reconocido el propio pecado, es como se hace posible que la acción de Dios vaya *restaurando y regenerando* en nosotros nuestra condición de hijos, nuestra imagen y semejanza con el ser de Dios, nuestro ser hermanos, nuestra condición de criaturas, etc. Nunca se nos impondrá nada, siempre se respetará nuestra libertad hasta las últimas consecuencias. Y el único aliado que encontrará el Señor en esta obra de la salvación, será *una voluntad* que, iluminada por la luz de la verdad, *aborrezca el pecado y se someta libremente* al querer de Dios, aceptándolo como camino de *regeneración y renovación (de vida nueva)*.

#### *4.1. Dios libremente ha decidido salvarnos, nosotros "libremente" debemos aceptar su propuesta*

Es precisamente cuando hablamos de *la necesaria colaboración y cooperación* del hombre en la obra de la salvación, cuando tocamos el punto nuclear de la doctrina de Trento sobre la cuestión de la justificación. Y recordar esto nos lleva a descubrir una de esas dimensiones del sacramento de la penitencia que podemos fácilmente olvidar cuando hablamos de resituar la importancia y la necesidad de la confesión de los pecados.

Nos puede pasar, a la hora de hablar de que Dios es misericordioso y que perdona siempre, que se nos olvide hacer mención de que ese Dios que nos salva, no es un tirano que impone el salvarnos. *Dios es Padre* que sale a buscarnos, que nos entrega al Hijo, que nos envía su Espíritu, que no cesa de enviarnos profetas,... pero *podemos*, y de hecho lo hacemos, *decir que no*. Ésa es nuestra mayor grandeza y, mal usada, la fuente de nuestra perdición. Dios nunca desistirá de seguir atrayéndonos hacia Él. Nos ha hecho saber por medio de su Hijo que siempre está dispuesto a perdonar y que, cuando vuelve el hijo a la casa paterna (atraído no precisamente por las razones más nobles y más filiales, sino sencillamente porque tenía hambre), no le recrimina nada y le abre gustoso las

puertas de su casa. Sin embargo, *nunca nos obligará* a volver en contra de nuestra voluntad, seremos nosotros quienes deberemos decidir el regreso.

Algunos, a la hora de reflexionar sobre esta dimensión, dirán que la voluntad humana está tan enferma y tan debilitada por motivo del pecado, que no será capaz de hacer una cosa así. La doctrina del concilio de Trento, apoyada en la revelación y en la experiencia acumulada gracias a la lucha seria y constante de sus hijos contra el pecado, afirma lo contrario: El hombre ha podido quedar debilitado, condicionado por su historia de pecado, de forma que se ve inclinado a hacer incluso el mal que no quiere, pero continúa siendo libre para poder oponerse y luchar, siempre ayudado y sostenido por la gracia, contra las pertinaces atracciones del pecado, y para reparar, movido por la esperanza de la vida futura, las consecuencias negativas que el pecado produce siempre en la vida presente.

Esta dimensión no la deberíamos olvidar nunca y mucho menos cuando estamos tratando cuestiones relacionadas con el Sacramento de la Reconciliación y de la Penitencia, pues en él *celebramos no sólo el perdón reconciliador de Dios, sino que hacemos asimismo vivo y presente el modo y la forma como el Padre ha dispuesto liberarnos del pecado y de sus consecuencias.*

#### 4.2. *Dios es capaz realmente de redimimos*

Otra dimensión muy relacionada con este tema de la salvación y del modo como Dios ha pensado llevarla a cabo, es la de *la verdad de la redención*. Hemos ya apuntado algunas cosas con respecto a ello, pero conviene hacerlo de un modo más explícito.

Cuando se proclama que la voluntad del hombre, debilitada y herida por el peso de los pecados, se vuelve incapaz de hacer nada para cambiar realmente, de forma indirecta estamos afirmando que a Dios lo único que le queda es darse por vencido, y únicamente, como prueba de su bondad, hacer la vista gorda o, como mucho, revestir externamente al pecador de una nueva vestidura, pero dejando intacto el interior pecador y el corazón endurecido del hombre.

Con ello, a lo mejor sin darnos cuenta, estamos diciendo que Dios, primero, en realidad no es Dios, y segundo que no es salvador, pues no salva al hombre de su pecado, simplemente no se lo imputa o no le juzga por ello.

Dios es Dios, y como es Dios puede hacer incluso lo que a nosotros nos parece imposible. Puede hacer que de un hombre ya anciano y con una mujer estéril, nazca y se genere una prole tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Puede hacer que se abran las aguas del mar para que los suyos pasen por terreno seco. Es capaz de hacer brotar manantiales de la roca. Suscitar jueces valerosos de las familias más insignificantes de las tribus de Israel. Conducir a su pueblo por medio de un rey que ni siquiera era capaz de sostenerse en pie con una armadura guerrera. Así otras muchas cosas, hasta llegar a lo que el Ángel le dice a María en la anunciación: "Para Dios nada hay imposible". ¿Cómo vamos a excluir del campo de posibilidades de la acción de Dios, el que pueda hacer *nacer de nuevo* al hombre, si decimos que en sus manos está el poder de *hacer nuevas todas las cosas*?

Dios es Dios y puede cambiar el corazón del hombre. Ahí está la numerosa legión de testigos, de creyentes, que *habiendo escuchado la Palabra de la Verdad la han acogido con gozo en su corazón y han permitido que ésta diera fruto abundante*. De hombres y mujeres que, *abandonado ese proceder inútil heredado, han caminado por las sendas del amor y la justicia, dando muerte en ellos al pecado*. Personas que, *iluminadas por la luz de la fe*, han vivido en *novedad de vida* hasta alcanzar la meta de la santidad. Seres de carne y hueso que *lavados en la sangre del cordero* no han querido mancillar la vestidura blanca de su bautismo y han sabido perseverar en las buenas obras. Y todos ellos, como dijo Pablo, también dirían: *No he sido yo, sino la gracia que actúa en mí*.

Una gracia que, como vemos, *realmente transforma*, que de verdad nos hace caminar de forma distinta a la anterior, cuando no aceptábamos esta verdad salvadora. Una gracia que nos lleva a comportarnos de un modo nuevo por completo, no siguiendo ya la atracción de nuestros egoísmos, sino el criterio de la Palabra de Vida. Resumiendo, porque somos

*criaturas nuevas*, podemos vivir con absoluta y definitiva novedad.

Perseverar en esta nueva vida, ser fieles a la novedad del estilo evangélico, supone un combate constante, pues la seducción del pecado, la fuerza de nuestra debilidad (valga la paradoja), nos va a llevar a mantener una actitud de *vigilancia continua* (ya nos lo avisaba Jesús en el Evangelio). La salvación, podemos decirlo con toda claridad, no es algo mágico, algo que se realice de hoy para mañana, requiere *esfuerzo*. Para perseverar en él, no nos faltará el aliento y la fuerza del Señor. Contamos con la esperanza última y definitiva de lo que nos aguarda, ella hará que demos por buenos todos los sacrificios. Asimismo el ejemplo de otros hermanos y contemplar los resultados de santidad que dio la gracia en los que ya llegaron a la meta, harán que no nos falten estímulos para proseguir cuando las tentaciones arrecien contra la casa. Por último, la intercesión firme de la Iglesia, de todos sus miembros con Cristo a la cabeza, harán que comprendamos que en esta lid no estamos solos; y que, *si no nos salvamos solos e individualmente sino formando un cuerpo*, tampoco en la lucha contra el pecado y contra las consecuencias del pecado estaremos solos, sino que toda la Iglesia actuará en favor nuestro y nos hará sentir su cercanía y su compromiso con cada uno de nosotros.

¡Qué triste sería, por tanto, que una comprensión deficiente del misterio de la salvación, nos llevara a banalizar la necesidad de estar atentos y luchar perseverantemente contra nuestros pecados, evitando así seguir siendo dominados por ellos! *El modo de celebrar y de vivir el sacramento de la Reconciliación y la Penitencia, habrá de favorecer esa lucha y acompañar eclesialmente ese esfuerzo, para que el pecador no quede desarmado e inerte, "solo", en un combate que ha de durar toda la vida.* Además no podemos dejar de denunciar esa dinámica perversa del propio pecado que, o bien hace caer al pecador en la desesperación ante la imposibilidad de verse libre de sus ataduras, o bien le oscurece la conciencia para narcotizarle, impidiéndole caer en la cuenta de la grave situación de peligro en que se halla y de las nefastas consecuencias que siempre comporta. Por eso mismo conviene ser muy prudentes a la hora de

valorar la importancia y la necesidad de un elemento tan delicado de este sacramento, como el de la confesión. Es verdad que no se puede ni se debe absolutizar, pero, desde luego, tampoco se lo puede obviar.

#### 4.3. *La salvación es una tarea eminentemente eclesial*

No quisiéramos alargar en exceso esta reflexión. Consideramos que estos puntos pueden servir para hacer comprender que estamos tratando y tocando temas de una extremada trascendencia, y que, sin embargo, no siempre se les ha prestado la suficiente atención, antes de proponer modos concretos para renovar la celebración del cuarto sacramento. Permítanos el lector acabar aportando una última dimensión que a nuestro juicio, tampoco ha sido tratada suficientemente.

Cuando hablamos de la salvación, sabemos y recordamos muchas veces que *la Iglesia es en Cristo sacramento universal de salvación para todos los hombres*. También decimos que *la Iglesia celebra y actualiza para nosotros ese misterio de salvación mediante la predicación y los sacramentos*. De hecho a la Iglesia la llamamos madre porque es ella la que, fecundada por el poder de Dios, no deja de engendrarnos a la vida de la fe y la que con toda propiedad nos da a luz para la vida nueva, que recibimos cuando quedamos definitivamente incorporados a Cristo (como los sarmiento a la vid).

Sin embargo, a la hora de presentar el papel concreto de la comunidad eclesial en el sacramento de la Reconciliación y la Penitencia, descubrimos que se quiere hacer de la Iglesia, por una parte, como una especie de garantía exterior de una cosa (el arrepentimiento) que sucede única y exclusivamente en el corazón del penitente, lugar donde sólo Dios es capaz de entrar; y, por otra, como una administradora ciega de un beneficio (el perdón de Dios), que parecería como que pudiera aplicarlo de un modo indiscrecional.

No es extraño que haya personas que digan saber estar perdonadas porque se arrepintieron de corazón de las cosas malas que hicieron, y que, por tanto, si acuden al sacramento, es para celebrar ritualmente con los demás o ante los demás, ese don

que se percibe como recibido directamente de Dios, sin que haya tenido que ver nada en su consecución la Iglesia. Desde luego, en una postura así, se está lejos de creer que los signos que forman parte de la celebración ritual del sacramento, expresan, contienen y realizan aquello mismo que significan; el perdón se consigue en otro sitio, y ahora tan sólo se trata de expresar ritualmente lo que ya es un hecho: que Dios me ha perdonado.

Podríamos explicar y comentar aquí muchas cosas sobre la economía sacramental, pero no queremos cansar al lector con cuestiones que le son de sobra conocidas. Simplemente decir que esta observación nos lleva a caer en la cuenta de hasta dónde se puede desvirtuar el sentido de la celebración de un sacramento, cuando no reflexionamos lo bastante sobre las consecuencias de ciertos planteamientos, por mucho que los queramos revestir de modernidad.

El otro efecto de no ser consecuentes con lo que sabemos del papel de la Iglesia en el misterio de la salvación es, como ya decíamos, pensar que la Iglesia es una dispensadora ciega e indiscriminada de la gracia. Porque *la Iglesia, dirigida por el Espíritu Santo, como madre, no cesa de exhortar a sus hijos a la purificación y a la renovación para que brille con mayor claridad la señal de Cristo en el rostro de la Iglesia*; por ello no puede dejar de iluminar y ayudar en concreto a cada uno de sus hijos en esta tarea.

Para muchos sería suficiente que la Iglesia predicara la renovación y exhortara a la purificación de sus miembros y luego, al final, diera una palabra que garantizase ritualmente el perdón de Dios. Pero no es así. La Iglesia, como de verdad es madre, engendra vida desde dentro. Ella, en sus entrañas, nos da la vida y nos alumbra realmente. Por eso, cuando en el sacramento de la Reconciliación, como madre y maestra pide a sus hijos que abran el corazón, para que ella pueda aplicarles la medicina más adecuada, no está invadiendo terrenos que no le corresponden. De hecho, este sacramento no es el lugar propio del adoctrinamiento, aunque se puedan enseñar y aprender muchas cosas, sino *el lugar donde los hijos permiten a la madre que ésta les pueda aportar esa luz que es Cristo y que*

*resplandece sobre la faz de la Iglesia.* La celebración sacramental es, pues, el momento en el que el penitente puede experimentar que no está solo, que *la Iglesia* quiere ayudarle y fortalecerle con sus consejos y con propuestas para perseverar en el camino de la vida nueva retomada. Incluso, puesto que se trata de un sacramento, gracias a la Iglesia, todos los esfuerzos del penitente: su sincero arrepentimiento, el dolor de sus pecados, el propósito de una vida nueva, etc., quedarán incorporados definitivamente al misterio redentor de Cristo. Y, además, gracias a esa potestad salvífica que el Señor resucitado confió a los apóstoles (*a quienes les perdonéis los pecados...*), la palabra del perdón, pronunciada por el ministro de este sacramento, devolverá la paz al corazón arrepentido y le introducirá de nuevo en la plenitud de la comunión con Dios y con los hermanos; será, por tanto, palabra eficaz y necesaria, no mera corroboración notarial de un hecho producido y causado por otras vías.

No tener presente de forma suficiente esta dimensión ha llevado a muchos a creer que la Iglesia quiere invadir el sacrosanto templo de las conciencias para manipularlas. Entenderlo, desde la perspectiva eclesiológica que el Concilio Vaticano II ha subrayado con tanta fuerza, nos ayuda a descubrir que en verdad la Iglesia es madre, y que si nos engendró a la vida de los hijos de Dios por medio del bautismo, también, por medio del sacramento de la Penitencia, renueva la vida de la gracia en aquellos hijos suyos que cayeron de nuevo en el pecado (o cuya caridad se debilitó por las faltas y pecados más ordinarios), y les ofrece los medios más aptos a sus circunstancias para poder perseverar en el camino hacia la santidad, al que todos hemos sido llamados.

¡Ojalá que estas reflexiones nos ayuden a seguir pensando porqué el magisterio de la Iglesia sigue acentuando algunos elementos del modo de celebrar y vivir este sacramento, y porqué éstos no pueden ser olvidados ni infravalorados a la hora de plantear una eficaz renovación de los gestos y los ritos que forman parte de su esencia.

CARLOS AGUILAR GRANDE, Pbro.  
*Madrid*

# La cena del Señor

Los cuatro evangelios narran que Jesús, acompañado de sus discípulos, subió a Jerusalén con ocasión de la fiesta de Pascua y celebró con ellos una cena. Pero mientras los tres sinópticos subrayan, o dan a entender, que aquella cena era la de Pascua, la cena que todos los judíos celebran en el plenilunio de la primavera, recordando su liberación de la esclavitud de Egipto, el cuarto evangelio, el llamado de Juan, dice que fue antes de la fiesta de Pascua (Jn 13,1).

Los tres sinópticos dicen, además, que durante aquella cena, Jesús pronunció unas palabras sobre el pan ázimo y sobre el vino que no se encuentran en ningún ritual, ni nadie antes las había oído<sup>1</sup>. Por su parte, la tradición Pablo-Lucas refiere que, a las anteriores palabras, Jesús añadió: *Haced esto en memoria mía* (1 Cor 11, 24-25; Lc 22,19).

Cuando nosotros hoy celebramos la Eucaristía repetimos dichas palabras y en el momento de la comunión se proclama: *Dichosos los invitados a la cena del Señor*. Las preguntas obvias son: ¿Qué cena celebró Jesús con sus discípulos?: ¿la de Pascua?; ¿una de despedida?; ¿una cena fraternal igual a las que celebraban asociaciones piadosas judías?; ¿un rito nuevo desconocido? ¿Quiénes participaron?

El rito que los cristianos celebramos, eje de nuestra fe y de nuestra vida, ¿es actualización de la cena que Jesús celebró, en la que había de ser su última noche, y respuesta a su mandato o es un rito nuevo característico de los cristianos por el que nos distinguimos de otras religiones que tienen también sus ritos característicos?

1. Cfr. Mc 14,22-23; Mt 26,26-28; Lc 22,19-20.

A éstas y otras preguntas se tratará de responder a lo largo de este año en esta sección. Las respuestas, que brotarán de la simple exposición de los hechos, habrán de servir para comprender el misterio que celebramos, la Eucaristía, para purificarlo de adherencias extrañas y para vivirlo en la ilusión y quehacer de cada día.

## I. LA CENA DE JESÚS

El cuarto evangelio habla de varias Pascuas celebradas por Jesús durante su vida pública<sup>2</sup>. Pero de estas celebraciones no queda rastro alguno en los evangelios, como tampoco de las que celebraría con su familia durante su adolescencia (Lc 2,41 s) y juventud, y de las que después celebraría con sus discípulos.

Los sinópticos relatan una cena con ellos la última noche de su vida y los tres dan a entender que fue la cena ritual de Pascua.

### 1. *Los hechos*

Estos ocurrieron, poco más o menos, así: Jesús y sus discípulos habían venido desde Galilea y se encontraban en Betania, una aldea distante unos tres kilómetros de Jerusalén, la aldea de los amigos de Jesús, Lázaro, Marta y María. Había empezado la primavera y la luna estaba próxima a llenar. Cuando llenara comenzaría la Pascua.

Los discípulos preguntaron a Jesús: *¿Dónde quieres que hagamos los preparativos para que comas el cordero pascual?* (Mc 14,12). Desde los tiempos del rey Josías (s. VII a.C.), la Pascua sólo podía comerse en Jerusalén, por eso envió a dos de sus discípulos con una señal para encontrar la casa donde habrían de hacer los preparativos.

2. Jn 2,13ss; tal vez 5,1; 11,5 con 12,1. 12 y 13,1ss. En Jn 6.4, relato de la multiplicación de los panes, se hace la precisión cronológica: *“estaba cercana la Pascua, la fiesta de los judíos”*, pero no se dice que Jesús subiera a Jerusalén.

Estos eran un tanto complicados y llevaban evidentemente su tiempo. Cuando cayera el sol y en el cielo de la tarde aparecieran las primeras estrellas, todo debía estar a punto para la celebración.

Ese momento era el comienzo del día judío y de la Pascua. Así que los discípulos salieron temprano de Betania, en las primeras horas todavía frescas y silenciosas de la mañana, subieron hacia Betfagé para después bajar por la ladera del monte de los Olivos que mira a Jerusalén, cruzar el torrente Cedrón y subir a la ciudad.

Siempre que he estado en Jerusalén he hecho este camino y he procurado que quienes venían conmigo vivieran esta emotiva experiencia, pues hace recordar y vivir la subida de Jesús por quizá el mismo camino, aunque sean distintos las higueras y los almendros que ahora lo flanquean y el polvo que levantaban nuestros pies.

Ya en la ciudad, los dos discípulos tuvieron que comprar el cordero en el mercado de los animales y tal vez regatear el precio, sacrificarlo en el templo después de la oración del mediodía, en uno de los tres turnos del sacrificio ritual, y asarlo luego en casa. Pero, además, tuvieron que recorrer el ruidoso mercado en que se convertían las estrechas calles de la ciudad baja para comprar el vino, los panes ázimos, las hierbas amargas, el “haróset”<sup>3</sup>, el aceite para las lámparas...; es decir, todo aquello que era indispensable para celebrar con alegría, y de acuerdo con la tradición de los mayores, la gran fiesta de la liberación de Israel.

Es evidente que tenían que preparar también la sala, con la mesa, los divanes, los cojines, las lámparas, aunque, como era costumbre en Jerusalén, estuviera previamente dispuesta para recibir a los peregrinos. Y tal vez, aprovechando algún momento de los pocos que tuvieran libres, tomaron un baño ritual<sup>4</sup>.

3. Especie de mermelada hecha con higos o manzanas, almendras o nueces, canela y vino, cuya finalidad es hacer más pasaderas las hierbas amargas que han de comerse. Simboliza el mortero para los ladrillos que hacían los hebreos en Egipto.

4. Cfr. Jn 11,55; 13,10.

Todos estos preparativos les ocuparían la mañana entera y el resto del día hasta el atardecer, por lo cual no pudieron volver a Betania, aunque el evangelio diga que *al caer la tarde fue él (Jesús) con los doce* (Mc 14,17). Lo natural es que, terminados los preparativos, aguardaran en la sala, encendidas las lámparas, porque la tarde estaba cayendo y Jesús no tardaría en llegar con los demás.

Por los relatos pudiera parecer que esta cena era una de esas cenas rituales de las que antes se ha hablado, una cena como las que celebraban los esenios de Qumrán, según muestran los rollos del mar Muerto<sup>5</sup>. Pero las palabras que cierran el relato nos devuelven al ambiente y la celebración de la Pascua: *Cantaron los himnos y salieron hacia el monte de los Olivos* (Mc 14,26). Estos himnos son los salmos del “Hallel” (Sal 115-118) que se cantaban en esta fiesta al terminar la cena. Cuando cantaron los salmos, Jesús también los cantarían, abandonaron la sala, cruzaron la muralla por una de las puertas de la ciudad baja y se dirigieron al lugar adonde Jesús solía retirarse cuando estaba en Jerusalén. Era ya la media noche.

## 2. *El relato de Juan*

Ya se ha dicho que para el cuarto evangelio la cena se celebró antes de la fiesta de Pascua. Dada la extensión limitada de este artículo, no podemos analizar el relato, pero sí conviene subrayar que las diferencias que existen entre las diversas narraciones obedecen a un enfoque distinto del mismo acontecimiento.

Los sinópticos destacan que fue una fiesta de Pascua: *El primer día de los Ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual... llegado el atardecer... recostados y comiendo...* (Mc 14,12. 17-18 par). Debido a la gran afluencia de peregrinos, el sacrificio de los corderos, aunque hubiese tres turnos, no podía celebrarse en las pocas horas de la tarde después de la oración del mediodía, por lo que se permitía adelantarlo al día anterior y,

5. Cfr. *Textos de Qumrán*, edición de Florentino García Martínez, Trotta, Madrid 1993; Flavio Josefo: Guerra Judía II, 8.5.

por tanto, quienes hubiesen sacrificado en este día podían celebrar ya la Pascua.

El cuarto evangelio, en cambio, donde se llama a Jesús *el Cordero que quita el pecado del mundo* (Jn 1,29.36), presenta la cena como de despedida, no habla de la Eucaristía y pone su acento en la muerte de Jesús.

En todos estos relatos, más que una crónica o visión histórica del hecho, encontramos una intención teológica o catequética. Hay coincidencia en la presentación del mensaje, pero su enfoque es distinto. La perspectiva de los sinópticos es la de un “Seder”, es decir, de una cena ritual de la Pascua en la que se establece la nueva alianza en la sangre de Cristo, mientras que la del cuarto evangelio es la del sacrificio del cordero: a la misma hora en que eran sacrificados en el templo los que aquella noche habrían de ser comidos en la cena, Jesús moría en la cruz; era el Cordero de la nueva Pascua<sup>6</sup>.

Así, pues, lo que al parecer pretenden los evangelistas con sus relatos es presentar a la comunidad cristiana, para confirmar su fe, el hecho salvífico en su momento histórico, pero visto desde perspectivas distintas e interpretado a la luz de la fe pascual.

### 3. *Los comensales*

Es natural que nos preguntemos, y no por mera curiosidad, quiénes participaron en aquella cena. Lo que se lee y se dice generalmente es que, además de Jesús, sólo hubo presentes en aquella sala los doce apóstoles. Esto es también lo que, al parecer, dice la letra de los relatos. Mas esto indica, por una parte, que no se leen los evangelios y, por otra, un desconocimiento del judaísmo y del ambiente y costumbres de aquel tiempo, sobre todo las relacionadas con la Pascua.

Marcos y Mateo escriben que, llegado el atardecer, Jesús y los doce se pusieron a la mesa y, comenzada la cena, Jesús denunció que uno de ellos, uno presente también en la sala, lo

6. SERRANO, V.: *14 de Nisán*. CEJC, Madrid 1981, 39.

habría de traicionar (Mc 14,17 s; Mt 26,20 s). Lucas no precisa el número de comensales, pero dice que *cuando llegó la hora se puso Jesús a la mesa con los apóstoles* (Lc 22,14). Tampoco Juan, que habla sólo de discípulos, precisa el número (Jn 13,5).

La condición peculiar de esta cena y las diferencias en los relatos plantean varias preguntas, una de las cuales es si estuvo presente Judas Iscariote; la otra, si, además de los doce, hubo otras personas.

En cuanto a la presencia de Judas, una lectura superficial de los evangelios respondería afirmativamente<sup>7</sup>. Si con Jesús han subido a Jerusalén los doce, está claro que también subió Judas y estuvo presente en la sala. Sin embargo, hay algo raro y muy extraño en los relatos para afirmar rotundamente su presencia: que Jesús haya denunciado al traidor y no se produjese una reacción airada de los demás discípulos. No se percibe tensión alguna y todo discurre después como si nada hubiera pasado. Es la razón por la que algunos niegan su presencia.

Mas si no podemos afirmar con certeza la presencia o ausencia de Judas en la cena, sí podemos asegurar la presencia de otras personas, aunque nada digan los evangelios. Contra su silencio, están las costumbres judías, según las cuales y de acuerdo con el ritual de la Pascua, la celebración era familiar o de un grupo, sin excluir a las mujeres. Hay que tener en cuenta también el comportamiento de Jesús que en todo momento aparece como fiel cumplidor de las leyes y costumbres de su pueblo.

A esto tenemos que añadir datos que proporcionan los mismos evangelios. Igual que había enviado a los doce, Jesús envió a setenta y dos discípulos a anunciar la venida del Reino (Lc 10.1). Estos y otros discípulos subieron con él a Jerusalén para celebrar la Pascua y le aclamaron al entrar en la ciudad (Lc 19,37-40). La madre de Jesús y las mujeres aparecen al día siguiente en el calvario junto a la cruz (Jn 19,25; Lc 23,49).

Todos estos se encontraban en Jerusalén aquella noche: ¿los había despedido Jesús para comer el cordero y celebrar sólo con los doce una fiesta que tenía tan profundas raíces y

7. Cfr. Mc 14,18.20; Mt 26,23-35; Lc 22,21; Jn 13,21.26.

tanta resonancia en el pueblo?; ¿despidió a su Madre?; ¿despidió a las abnegadas mujeres que le habían seguido y servido? Si Jesús los despidió ¿dónde celebraron la Pascua su Madre, las mujeres y los discípulos que habían venido con Él desde Galilea? ¿Dónde celebraron la Pascua que todo judío, incluidas las mujeres y los niños, y aun el más pobre, han de celebrar?

Aquella noche, en aquella sala y en aquella cena se encontraban, conforme a las costumbres judías y a las viejas tradiciones, además de Jesús y los doce, María, su madre, las mujeres que siempre acompañaron al grupo de discípulos y algunos de éstos que vinieron con Él desde Galilea. Podemos imaginar a ellos recostados a la mesa y a ellas atentas al servicio y a los detalles de aquella cena que tan profundo significado encierra para todo judío.

Para mayor abundancia, hay otros datos que confirman lo anterior: el relato de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-32) y el de la elección de Matías para ocupar el puesto dejado por Judas (Hch 1,15ss.).

En el relato de los discípulos de Emaús, hay que recordar, en primer lugar, que eran judíos y vivían en Judea y que Jesús había desarrollado su ministerio sobre todo en Galilea. No hubieran podido reconocer a Jesús en el compañero de camino, al partir el pan, si no conocieran ya este gesto de Jesús por haber participado en la cena de Pascua, la única que refieren los evangelios.

En el de la elección de Matías se lee que Pedro puso como condición o requisito que los candidatos los hubieran acompañado *todo el tiempo en que vivió entre ellos Jesús, desde el bautismo de Juan hasta su ascensión* En este espacio de tiempo está la cena de Pascua. Al menos los dos candidatos, José Bársaba y Matías, estuvieron presentes en dicha cena, aunque el relato deja entrever que hubo también otros discípulos.

VICENTE SERRANO, Pbro.  
Madrid

## Testigos

# San Jaime Hilario Barbal, mártir

*Primer mártir canonizado de la guerra civil española, el 21 de noviembre de 1999; con él fueron canonizados otros ocho hermanos de Turón con el P. Inocencio, pasionista que, en la víspera de su aprehensión, se hallaba presente para la atención espiritual del colegio.*

El martirio es el testimonio supremo de la santidad. El martirio no es acto que se realiza en un momento y en circunstancias determinadas. Suele ser la consecuencia y culminación del currículum vital vivido en plenitud con la práctica heroica de las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Digo plenitud porque los mezquinos con Dios no son aptos para el Reino. La verdad está en el Evangelio: “El que no es fiel en las cosas pequeñas no puede serlo en las mayores”; el que se niega a Dios en lo poco, es imposible que sea generoso en lo mucho, lo de más valor en este mundo es nuestra vida recibida de Dios, y a quien, a veces, nos cuesta tanto devolvérsela cuando nos la pide.

El martirio no es sólo un hecho pasado. Sigue y seguirá siempre presente en la vida de la Iglesia. Por ser una realidad presente, el Concilio Vaticano II escribió muy de intento “que los mártires no sólo dieron en el pasado, sino también hoy, testimonio de una fe lúcida y victoriosa, aquella fe que hoy es capaz, como lo fue siempre, de vencer al mundo. ¿No podemos decir que el siglo que estamos a punto de acabar pueda llamarse, de verdad, siglo de los mártires?

La vida y el final de la vida del Hermano Jaime Hilario no fue otra cosa; una vida de fe plena que le llevó a no poder disimular su condición de religioso, de consagrado a Dios, como se verá a continuación. La prueba la tenemos en que, en el

mismo juicio, pasó delante otro miembro laico de la Congregación religiosa, disimulando su condición como empleado del convento. Le salieron 20 años. El abogado defensor de nuestro mártir tenía la fundada esperanza de poderle librar de la condena mortal con el mismo pretexto. Cuando, después del interrogatorio volvió a reunirse con sus hermanos en el barco, dijo: “Con este abogado no nos entenderemos nunca. Yo diré siempre la verdad” y fue condenado a muerte sólo por ser religioso. Los demás salieron libres aquel día.

Después de estas primeras consideraciones, vamos a exponer algo sobre el juicio, la pasión y la muerte de nuestro mártir. Puede parecer raro que se presente la biografía de una persona principiando por su fin sin que figure ni su adolescencia, ni su edad madura, ni otras circunstancias de su vida. Me ha movido a ello el hecho de la reciente canonización del 21 de noviembre; es motivo de más peso conocer la noticia de su apresamiento, juicios y ejecución de la sentencia. Lo demás, el curso de su existencia, se puede dejar para más adelante.

Traigo, en primer lugar, dos testigos irrecusables: el autor directo de la ejecución del mártir y el testigo presencial perteneciente a la religión mahometana.

### 1. *Encuentros providenciales*

#### a) Un testigo presencial

Llegaban seis, pero en aquella sala eran muchas más las miradas que los recibían, miedosas en los niños, inquietas en las mujeres, interrogativas en los hombres. ¿Es casa de cristianos?, suelta el cabecilla a manera de saludo. –Para servirles en lo que buenamente se pueda, ataja, serena ya, la madre. –Pues mire Vd., venimos de alto y de lejos y están nuestros estómagos más bajos de los talones. –Nunca esta casa ha rehusado pan y vino al mendigo o al visitante. –Pero, por favor, ¿quiénes son Vds.?, corta decidido el padre. –¿Quiénes somos? Pues los salvadores de España. Después de batirnos bravamente en Francia contra los fascistas alemanes, volvemos a la patria para acabar nuestra obra. –¿Ustedes no han oído hablar de los “maquis”? –Vivimos lejos de toda ciudad, dice el padre.

Y salta Rabás: –Sí, así sois tratados por Franco y su cuadrilla las honradas gentes del pueblo. No les interesa que os enteréis de ciertas cosas. Media montaña es nuestra. –Bueno, se interpone conciliador el intelectual, no venimos aquí en plan de asustaros. Nuestros camaradas de Francia repondrán pronto las cosas en su puesto, antes mismo de que vosotros os hayáis dado cuenta. –¿Y en qué podemos servirles sin comprometernos?, pregunta la madre. –Pues nada, señora, en rehacer nuestras agonizantes provisiones. Y distrayendo luego la atención hacia la serie de caritas blancas que no se atrevían a respirar, ante el aspecto de los forajidos: ¿sois todos de la familia?, inquirió el caballero. –Sí, repuso la madre, y aún falta uno, que tenemos en cama, por estar algo enfermito.

–¿Enfermo?, articuló el cabecilla. La suerte ha visitado esta casa, señora, pues soy médico. Doctorado en Barcelona por más señas. Vamos, no se diga que sólo hemos venido a pedir: ¡A ver el pequeño! Mientras tanto los otros podrían rellenar las mochilas, señalando a los cuatro hombres del séquito... Medio ganada por la insistencia del insospechado doctor, la madre se adelanta hacia la alcobita y detiene un momento afuera al militar para prevenir al hijito... Pronto las gruesas lentes del médico se cruzan con los ojos espantados del muchacho. A este doctor no lo había visto nunca. Sin decir palabra, ni pestañear, ni casi respirar, dejóse auscultar por aquel extraño médico vestido de soldado. Una palmadita cariñosa sobre la ardiente mejilla acabó la inspección. Sacó el doctor su bolígrafo y su carnet de recetas sin estrenar. Escribió cuatro rasgos ilegibles, entregó ceremoniosamente la receta y salió del cuarto. Sus hombres durante el breve intervalo no habían perdido el tiempo. Con las prisas que tenían los de la casa de quitárselos de encima, accedieron en darles cuanto pedían: panes, harina, chorizos y llenar de vino las botas exhaustas.

Iban ya a despedirse cuando el jefe quiso dar una última prueba de interés por tan generosa familia, recorriendo con su reflector los diferentes recuerdos del hogar. Imperturbable y silencioso paseó su foco sobre los cuadros religiosos, el Santo Cristo, fotos de primera comunión... hasta que tropezó con un marco que sobrecogió extrañamente a Rabás. Después de larga

y fija mirada soltó éste dirigiéndose a la señora: –¿Quién es este cura? –No es un sacerdote sino un religioso, un Hermano de las Escuelas Cristianas, rectificó ella. –¿De aquellos del cuello blanco?, inquirió el jefe. En Barcelona los conocí. –Y yo en Tarragona, completó tétrico y pensativo Rabás. –¿Es también de la familia? –Lo era, dijo la madre, melancólica. –¿Qué quiere usted decir con eso?, lanzó incontenible Rabás. –Pues que lo mataron como a tantos otros. ¡Es mi hermano!

Ante la valiente estocada, los cuatro hombres, ya cargados se escabulleron a la francesa. Rabás, más torvo que nunca, parecía tener brasas encendidas en los pies, mientras se le iban los ojos al retrato. Y el médico, cediendo a la vergüenza general, balbuceó media despedida y cerró la puerta tras de sí. La batalla moralmente había acabado mal. La culpa la tenía Rabás con su desafortunada pregunta. Pero nadie se atrevía a decirselo...

Caminaban ensimismados y silenciosos, cuando el médico, no aguantándose más, descubrió el pensamiento de todos. –Oye, Rabás, aquel retrato ha sido para ti un balazo. El aludido asintió, haciendo ademán de querer confidenciar sobre el asunto con el cabecilla. Los demás despistaron su curiosidad como pudieron. Y empezó el misterioso diálogo. –Jefe, tú que has tratado con ellos, ¿sabes si los muertos hablan? –Vaya pregunta. Yo jamás he oído a ninguno. –Pues yo sí, a ese fraile. –No puede ser. –Aquellos ojos hace días y años que los tengo metidos en la mollera y no hay quien los haga callar. –¿Pero y por qué? –Porque se me metieron un día que yo intenté cerrarlos para siempre con el fuego de mi pistola. –¿Con el fuego de tu pistola? –Sí, pues habían fallado inexplicablemente las dos descargas del maldito pelotón que estaba a mis órdenes. –¿Y tú lo liquidaste? –¡No me lo iba a dejar, con el forense y los guardias a cinco metros! Yo le clavé las balas, pero él me clavó los ojos, y ahí están siempre... –Mira que es fatalidad la tuya.

–Sí, no contentos de quemarme dentro, me los encuentro ahora fuera... Así como entre dos fuegos... Jamás lo hubiese creído... ¡Maldito el día!... Vamos aprisa jefe, aquella mirada me persigue y me acusa. Al día siguiente, al amanecer, la gente del pueblecito de Enviny oyó un fuerte tiroteo en la montaña

fronteriza del Pallars. Las fuerzas de Sort, avisadas por un espía, dispersaron el grupo de “maquis”, que huyeron otra vez a su madriguera francesa, abandonando armas y víveres.

b) El ejecutor de la sentencia

Tarragona convulsa, 18 de enero de 1937. Don José M.<sup>a</sup> Sastre Piqué, médico de turno, estaba de guardia por la tarde, en el Hospital de Tarragona. De pronto compareció el Comandante de las fuerzas de la Plaza, acompañado de su asistente, de raza mora. Los dos procedían de las Fuerzas Regulares de África y prestaban servicios en la Península cuando estalló el conflicto fratricida. Iban con ellos varios jefes civiles de las organizaciones obreras CNT-FAI. Entre el personal del Hospital estaba el Administrador, varios médicos y practicantes.

Alguien inició una conversación referente a los sucesos del día. El moro asistente comentó en voz alta e indignado el hecho. Dijo que había asistido en el “Monte de la Oliva” a la ejecución de un fraile y añadió textualmente en su pintoresco castellano de infinitivos:

“El hecho que he presenciado hoy no ser un fusilamiento y sí un asesinato. Yo ser moro y el fraile cristiano; pero reconozco que él ser un gran valiente y los que le fusilaron unos cobardes. El hombre estar derecho y de cara al piquete muy sereno y rezando sin hacer ningún movimiento. El jefe del piquete mandar: Apunten ¡fuego!. El piquete disparar desde unos cuatro metros. El fraile sereno, sin caer al suelo, rezando... Después el jefe ordenar de nuevo: Apunten, ¡fuego! El pelotón, cuyos hombres estaban temblando, disparar... El fraile mantenerse derecho, sin hacer ningún movimiento. Entonces los hombres del piquete marcharse corriendo y temblando. El jefe, pronunciando blasfemias y amenazas contra los hombres que huían, acercarse con visible miedo al pobre reo y dispararle a boca de jarro un tiro en la cabeza, que le mató”.

Y el moro repetía, exaltándose de nuevo: El hombre ser cristiano, yo ser moro, pero reconozco que él ser un hombre valiente y los otros unos cobardes sin corazón ni fe. En mi país,

cuando se castiga a alguien a ser colgado, si la cuerda se rompe y no muere, ya se ha cumplido la sentencia. Es que Alá no ha querido que muera. Y no le vuelven a colgar de nuevo.

Y cuando se manda fusilar no se pone más que una bala en cada fusil, y al disparar, si el reo no muere, tampoco se vuelven a cargar los fusiles, porque Alá no ha querido que muera. Y añadió como corolario: Si los “rojos” asesinan así a los hombres no poder ganar guerra. Esta explicación la sostuvo en alta voz ante todos los presentes, con muestras de viva indignación, y sin que nadie se atreviera a replicarle. Alguien insinuó que el fraile era sordo y, por no oír los tiros, conservaba la serenidad.

A lo que repitió el moro que esto no podía justificar el que los cumplidores de la ejecución se ejercitasen como se tira al blanco contra un pobre hombre, y que en su país sería considerado como una barbarie. En los siguientes días se comentaba esta muerte entre milicianos y gente implicada en la ejecución como un hecho sorprendente y sobrenatural.

## 2. *Apresamiento, juicios de Lérida y Tarragona, y muerte gloriosa del mártir*

Con otro Hermano se ponen en camino el 16 de julio para disfrutar de unos días en su tierra natal. Antes se detendrían dos o tres días en Mollerusa, lugar de gratos recuerdos. Esos dos días fueron los últimos en los que pudo gozar de libertad. El 18 se interrumpen todas las comunicaciones. Quedan bloqueados sin poder llegar a destino, ni volver a su origen. Ante esta imposibilidad hubiera sido capaz de intentar la odisea de rescatar su baúl: sus escritos, fruto de tantos años de paciente labor. De todo lo que leía y pasaba en su conciencia tomaba nota. De haberlo podido conservar nos hubiéramos encontrado con un verdadero arsenal muy valioso. Sólo se han podido conseguir unas 300 cartas dirigidas primordialmente a su familia y pocas amistades. En ellas inconscientemente quedó plasmada su biografía.

Entretanto llega la orden fulminante de abandonar el local, siendo acogido por la familia MIR que contaba un miembro

en el Instituto. En la antevíspera de su onomástica, cuatro milicianos lo sacan de la familia acogedora rumbo al ayuntamiento. Aunque, en principio, eran partidarios de darles el “consabido paseílo”. Largo interrogatorio a cargo de petulantés juececillos. El Hermano Jaime se mostró tranquilo sin ocultar lo que era. De allí, al calabozo donde, al llegar dijo a su compañero: “Hermano, cantemos un Te Deum, pues Dios nos ha hecho sufrir algo por Él”. Al correrse la voz por el pueblo de que había dos Hermanos en la cárcel llovieron los obsequios por el ventanillo. Pero hubo más: El Sr. Badía se presentó ante el comité y obtuvo para su casa la custodia de los dos Hermanos con la condición de que pagaría con su vida la fuga de los dos presos.

Cuál no fue su gozo cuando se encontraron en casa del Sr. Badía con otros dos Hermanos, entre ellos su Director, también destinado al martirio. Repetía muy a menudo estas palabras: “Sólo harán lo que el Señor les permita hacer y nada más. Pobrecitos, lo que hacen es por ignorancia. Una protección especialísima, que creían milagrosa, empezó para esta familia desde que hospedaron a los mártires. El solo buen olor de Cristo que les legaron valía ampliamente todas las molestias y peligros que se impusieron los de la casa en favor suyo.

El 24 de agosto llegó de Lérida una partida de milicianos que arrancaron de sus casas hasta 34 víctimas. El 27 ingresaban en la cárcel de la ciudad. No es objeto de estas líneas contar la vida heroica en las cárceles de esa época. Sería buen tema para tesis Doctoral que no se ha hecho, aunque alguien lo tomara en sentido malo, como queriendo reavivar la hoguera ya apagada.

Al Hermano Jaime le tocó vivir varios meses esa vida carcelaria, mal vestido, lleno de miseria, apretujado. Esta situación se prolongó casi 6 meses hasta que le llegó la hora del martirio. “Somos ovejas destinadas al matadero. No demos ocasión para que nuestros vigilantes blasfemen. Si Dios nos pide que seamos mártires ¿qué suerte mayor podemos deseñar? Adiós, ya no nos veremos más en este mundo”. Al entrar en la audiencia un miliciano, pistola en mano, dijo: “Éste déjalo para mí; es un fraile de Cambrils; lo conozco”. En la

audiencia se armó un respetable jolgorio a causa de la hilaridad de las respuestas del preso sordo que no captaba las preguntas que se le hacían. Ejemplo: “¿A qué partido perteneces? –“Yo segaba alfalfa”. Al cachearle el miliciano encontró el gran rosario que usaba: “Esto demuestra quién eres”. En la cárcel, sembrador de buen humor y de alegría. No demostraba su cualidad de artista al sacar la caricatura de algunos. Todo servía para aminorar las penas.

Tal vez los de Lérida, al ver un preso tan singular optaron por enviarlo a Tarragona por estar radicado en aquella demarcación. El 5 de diciembre salían de Lérida siete religiosos atados de dos en dos preocupados por las recientes “sacas”, pero esperanzados porque el traslado se hacía en pleno día y custodiados por la Guardia Civil. Pasaron las primeras 48 horas en la cárcel de Pilatos. Luego los llevaron al barco prisión Mahón. Pero en algo mejoraron: El clima y la comida debido a los delicados envíos de buenas y desinteresadas personas de la ciudad. El mártir rehusaba participar de la mejoría en la comida por no pertenecer a esa comunidad; pero los demás le forzaron a compartir, pues todos eran Hermanos. En la nueva prisión, el Siervo de Dios llevó siempre vida de piedad, caridad, paciencia resignada, y todo esto envuelto en una continua y admirable paz de espíritu y abandono total a la divina voluntad.

Su sordera le impedía tomar parte en las conversaciones, pero por su perspicacia, adivinaba los asuntos de que se trataba. Jamás se le oyó una palabra de desaliento, pavor o miedo a la persecución o a la muerte. Todo lo sufría con resignación apacible y hasta con alegría. Su Hermano de compañía y de colchón recuerda las bromitas inocentes que le solía gastar, claras manifestaciones de su tranquilidad y buen humor. Le fue anunciada la fecha anhelada de su juicio en los días en que todo respiraba muerte, pues casi todos los días salían sentenciados a la pena capital. Pareció, al contrario, que se regocijaba y realizaba un deseo íntimo largo tiempo esperado.

En la declaración del 1 de enero sólo fue preguntado por su filiación. El día 12 fue llamado para explicar la contradicción que parecía existir entre su condición de hortelano que aparecía en la declaración y la de religioso que aparecía en

otras partes. Contestó el Siervo de Dios que estando casi completamente sordo no podía ocuparse en otra cosa. Conclusiones del Fiscal: el detenido se afirma y ratifica en el contenido de la declaración que tiene prestada ante el juzgado de Lérida que se le acaba de leer, sin que tenga que añadir ni quitar nada más a la misma, aclarando por la contradicción que aparece ser hortelano y religioso; que el dicente fue primero religioso y después, como padece del sistema auditivo de una manera aguda, pues sin medio artificial no puede oír nada, solicitó y obtuvo la conformidad superior de quedarse en el convento como hortelano, pero que nunca llegó a tomar órdenes. Queda enterado del derecho que le concede el decreto de Consejería y de Justicia, del 5 de los corrientes a los efectos de defensa. Renuncia al derecho a verificarlo por sí, se afirma y ratifica con el Fiscal Instructor. Doy Fe. Siguen las firmas. Al día siguiente y a vista de crímenes tan execrables, saca las siguientes conclusiones con miras al próximo juicio:

- 1.º De las diligencias sumariales resulta que el referido procesado ha desarrollado actividades fascistas, coadyuvando con ello a la rebelión militar y fascista del 19 de julio.
- 2.º Los hechos relacionados constituyen un delito comprendido en el Artículo 1º del Decreto de la Consejería...
- 3.º De cuyo delito es autor el procesado sin que existan circunstancias modificativas de responsabilidad.
- 4.º Procede imponer al procesado la pena de muerte...
- 5.º No se formula pena de responsabilidad civil.

El Hermano Jaime Hilario firmó aquélla su ratificación, cuya mera lectura hicieron ante su deficiente oído y se negó a leerla dando esa prueba de confianza a su fiscal. Si se hubiese dado plena conciencia del escrito, ¿lo hubiera ratificado dada su extrema rectitud de conciencia? Antes de despedir al acusado se le advierte que el viernes día 15 se celebraría la vista de la causa pudiendo buscarse defensor si lo creía conveniente. El acusado respondió que no habiendo hecho nada

malo, buscar un defensor sería admitir su responsabilidad. A pesar de la resistencia que opuso, sus hermanos de Religión, presos con él, decidieron buscarle un defensor, dada su casi absoluta sordera.

Llamaron a dos o tres puertas que respondieron con evasivas. El señor Montañés aceptó por fin hacerse cargo de la defensa, personándose en el barco el jueves 14 al mediodía. Para facilitar la entrevista, después de algunas dificultades, se permitió acompañarse al acusado un Hermano como repertidor. El señor Montañés dijo que, a pesar de hallarse en vísperas del juicio, no había podido informarse de los cargos que hacían al siervo de Dios, porque el Fiscal no tenía ultimado el proceso. –No lo tenía ultimado, pero las conclusiones ya las había escrito “a priori” la víspera. Y así iba la farsa. Recomendó insistentemente el señor Montañés que dada su ocupación de trabajador que ganaba su vida con las tareas del campo no había necesidad de extenderse en otros pormenores para salvar su vida.

No le pareció bien al siervo de Dios esta proposición del defensor, sino que prefería decir toda la verdad. Encareció el señor Montañés que para mayor seguridad de éxito debía el Hermano Jaime Hilario acomodarse a los deseos del defensor, ya que esto no suponía ninguna claudicación de principios. Pero el siervo de Dios no iba a torcer ahora ni un ápice la recta espada de toda su vida. Allá la humana prudencia con sus distinguos, dimes y diretes. El Hermano Jaime Hilario en su afán de claridades y de martirio no admitió mixtificaciones ni componendas. Si alguna vez llegaron a deslizarse en su proceso no es a él a quien deben atribuirse, sino a la buena voluntad ajena o a su deficiente información doblada de ingenua fe. Prueba de ello es el tono decidido con que habló al llegar a la bodega del buque donde estaban los demás Hermanos: “Con este abogado no nos entenderemos nunca”. En cuantos sacerdotes y religiosos estaban en la cárcel siempre ha perdurado la convicción de que el Hermano Jaime sólo y exclusivamente fue condenado por ser religioso, aunque los Jueces de iniquidad no quisieron hacerlo constar públicamente. Aceptó con santa alegría esa muerte que quizás hubiera evitado con un

simple disimulo. Pero no quiso negar ni fingir cosa diferente de lo que era: religioso.

Sabían los presos del barco Mahón, tanto sacerdotes, religiosos como seculares que al Hermano Jaime se le había encarcelado por ser religioso. Y él no lo quería ocultar ni disimular, aún ante una muerte segura, que se le presentaba como un verdadero martirio. Una tal irreductible actitud del mártir frente a la verdad y a la muerte no es además sino el corolario de su vida y de todas sus cartas. Lo contrario sería más bien de extrañar. Las cuatro cartas de despedida dirigidas y escritas en la misma mañana antes de su ejecución a su padre y hermanos además de la dirigida a la familia que le favoreció en Mollerusa, escritas en la perfecta caligrafía inglesa usada en aquellos tiempos, demuestran una paz y tranquilidad a toda prueba. Por su trato, que personalmente han podido comprobar de sobra confesores y directores, poseía su alma temple de mártir, forjada como estaba en un alto espíritu religioso hecho de oración, apostolado, meditación y sacrificio.

### 3. *Proceso final*

15 de enero. Llega la policía. Grita dos nombres: Manuel Barbal Cosán. El otro, un religioso laical de otra Congregación religiosa. Se renuevan las escenas de las catacumbas, despidiendo a los atletas de Cristo: apretones de manos, lágrimas contenidas, resignación, gestos de esperanza. A todo correspondió el siervo de Dios con su frase significativa: "Adiós, hasta el cielo". Todos, siguiendo la convicción del señor abogado se pronunciaría sentencia absolutoria si no se podía probar que el Siervo de Dios era religioso. Aquí está el caballo de batalla: El H. Jaime Hilario, inflexible de no disimular lo que era. Lo vieron marchar con pena, pues era querido y admirado por todos. El Sr. abogado consiguió que el Hermano Sorribas acompañara a su defendido en el juicio como repetidor dada la condición de sordo casi absoluto y con la idea de hacerle desistir de su "tozudez". Pero ¡qué va! Su acrisolada rectitud durante toda su vida no iba a claudicar en el momento supremo.

Mientras juzgaban al religioso citado, según las indicaciones del defensor, trataron de disuadir al “reo” haciéndole saber la pena que se le pedía. Cogió un papel y resueltamente escribió: “Yo diré la verdad en todo”. Los detalles de este y último juicio poco añadirían al citado en líneas anteriores. Los intentos del abogado defensor fueron vanos ante la rectitud de su defendido.

El abogado defensor vuelve de Barcelona, una vez conseguido el indulto de parte de la Generalidad y se encuentra en el mismo tren con el letrado que firmó la sentencia de muerte.

Breve diálogo entre los dos.

–“Hoy te encontrarás fusilado a uno de tus clientes.

–¿Quién?

–¡Barbal!

–¡Imposible! Acabo de conseguir el indulto.

–¡Es tarde! ¡Ya está listo!

Y para acabar este episodio, veamos cómo se vengán los mártires. Si bien no pudo salvar de la justicia humana a su verdugo, logró cubrirlo ante la Justicia Divina, ya que murió plenamente reconciliado con Dios y con la Iglesia.

Fue tan digna e inaudita la conducta del mártir que se impuso a la misma admiración de los enemigos. Llegó a ser del dominio público la posición irreductible del héroe frente a su condición de religioso. Sus propios verdugos publicaron admirados que dicho fraile había sido un valiente. Los detalles del final y ejecución del Siervo de Dios ya quedaron reflejados en páginas anteriores.

Sólo nos queda constatar que en la Iglesia española tenemos una pléyade de mártires e intercesores, entre los cuales los primeros glorificados son estos diez que ahora suben a los altares. Quedan muchos otros que lo son y que los ojos humanos no los verán glorificados en la gloria de Bernini. Son tan mártires como los presentados en estas líneas. Ni nosotros los debemos olvidar ni ellos se harán sordos a nuestras peticiones. Tenemos una admirable multitud de intercesores en el cielo. Ellos no nos olvidarán. Acudamos a su intercesión.

HNO. RAFAEL PASCUAL REIG, F.S.C.  
*Paterna (Valencia)*

# El don de la oración en las almas pequeñas: sus grados de unión y transformación en Cristo

## VII. El Desposorio Espiritual

He llegado a leer que el desposorio espiritual es una “promesa”, para mí es algo más, es un Sí de entrega por parte del alma y por parte de Dios. El alma, como se ha visto, muere a sí misma para dar su espíritu al Amor. Es una entrega personal aceptada por Él. Esta aceptación la manifiesta Él por esa invasión de la Divinidad por la que se da al alma el Espíritu Santo. Se da como prenda y como arras del futuro matrimonio espiritual que ha de contraer con Cristo. El alma queda por estas operaciones divinas desposada realmente con Él aunque ella no lo entienda por los efectos purificadores que le siguen (de ello hablaré luego) como preparación para tan dicho matrimonio.

Dios entra en el alma en esta segunda morada por medio de un aluvión, digámoslo así, de gracia redentora e inmediatamente se ve como internada en una cámara de infinita oscuridad, aunque en realidad es de infinita luz, pero ella no percibe esta luz que la ofusca y la deja a oscuras y porque todavía no tiene bastante pureza, ni está fortalecida su vista interior para soportar tanta luz. Por eso aunque he dicho que entrar en esta morada, es entrar en el interior de Cristo, en su Corazón y en su alma (se entiende místicamente), donde mora el Espíritu Santo y donde reside la plenitud de la Divinidad, el alma no puede apreciar, ni gozar de estas riquezas de Cristo hasta que la nube de la Divinidad se vuelva luminosa. Digo mal, no es la nube la que se torna luminosa sino el alma que es trans-

formada por ella en luz y amor para ser admitida a esa unión matrimonial.

Las tres cosas más grandes que Dios obra en el hombre me parece que son: el bautismo, el desposorio y el matrimonio espiritual. A mí me han sorprendido tanto y llenado de tal admiración que quisiera darlo a conocer a las almas para que se den a amar fuertemente a Cristo y a sufrir por ÉI y lleguen a sentir y gustar lo que experimenta y saborea el alma más pequeña entregada al Amor. Todos los sufrimientos soporados por los mártires y por el mundo entero se tendrían en poco para lograr esta dicha. Y pienso que estas gracias no pertenecen a esa serie de gracias extraordinarias que Dios concede a sus Santos, ni a esa otra que indiqué antes de gracias actuales amorosas, sino que se debe al desarrollo de la gracia santificante.

Como es cosa natural que el naranjo florezca y dé naranjas, y el peral dé flores y sabrosas peras, así debe ser cosa corriente que la gracia y el amor al desarrollarse en el alma produzca el desposorio místico y la unión matrimonial. Pero tal vez me digan. Siendo esto así, ¿cómo es que tan pocas almas lo logran? Creo que es por falta de un ejercicio hondo de humildad. Muchas causas pueden influir para que se malogren los frutos de un árbol; una plaga de insectos, una helada, etc., no obstante, por ello no podemos decir que al árbol le faltó virtud para florecer y sazonar su fruto. Del mismo modo aunque la vida de Dios en todos nosotros tiene virtud para conducirnos a estas cimas no todos las alcanzan, porque en ellos encuentra obstáculos que se lo impiden.

Por eso urge proteger la semilla divina de la gracia sobre todo contra la plaga del pecado y el hielo del desamor y olvido de Cristo y nada me parece tan excelente para conseguirlo como una fuerte dosis, diría de conocimiento propio y abajamiento personal. El desarrollo normal de la gracia lleva naturalmente al florecimiento del desposorio místico cuyo fruto es la unión matrimonial. El desposorio implica la muerte de sí mismo. ¿Y estamos todos dispuestos a morir íntimamente por Cristo? Sin ello, sin que se deshoje la flor que ha de dar lugar al fruto, ¿cómo éste llegará a formarse? El fruto de

la gracia y del amor es el hacer de cada uno, un Cristo viviente. Para ser un Cristo viviente es necesario estar transformado en Él. Sólo el que se halla así transformado se puede decir que es otro Jesús.

### *Efectos que siguen a la muerte mística*

Los efectos que producen en el alma la muerte mística o de amor como consecuencia de éste que acabo de indicar y que me parece el más maravilloso de todos, la invasión de la Divinidad, son muchísimos. Mientras Jesús y los Ángeles sonríen complacidos al ver al alma llegar aquí, ésta se desconcierta al encontrarse sumida en la más espantosa oscuridad. Si entonces pudiera contemplar los misterios que en ella se han realizado también sonreiría tornándose su dolor en gozo. Pero no, todo permanece oculto a sus ojos.

Por un lado, silencio, despojo, aniquilamiento y oscuridad de tumba y, por otro, ignorancia absoluta. Comprende que su situación ha cambiado, una nueva fase descubre en su espíritu. Mas este cambio ¿a qué obedece? ¿es principio de una unión mas perfecta o es un fracaso? ¿le precipitará en la vida o en la muerte eterna? No sabe nada. ¿Será acaso ese estado tan extraño el de un alma en pecado mortal? Lo ignora. Examina su conciencia y ésta nada grave le reprocha. ¿Será que Dios la ha abandonado por culpa de sus miserias o de sus infidelidades? ¿O tal vez creyendo que Dios obraba en ella estará engañada o se deberá su situación a que el demonio se ha apoderado de su espíritu?

Cuántos interrogantes que le destrozan el corazón y a los cuales no puede dar respuesta. Nada sabe de sí, se encuentra enteramente perdida. Cuanto más busca la verdad más parece que le cercan las tinieblas. Ve deshechas todas sus ilusiones espirituales, cual flores marchitas que jamás podrán dar el menor fruto y se cree fracasada en el divino Amor. ¡Ah y esto que digo, nada es comparado con la realidad, con lo que aquí pasa el alma!; por todas partes le penetra la aflicción, su ser está sumergido en un mar de amargura. La violencia del dolor le obliga a guardar silencio. Está convencida de que nadie en

la tierra la puede aliviar ni comprender. Se halla tan sola que hasta los demonios parece que han huido de ella. Esto en vez de consolarla la aflige más, le ocurre que ya no se ocupan de tentarla, porque han logrado cuanto querían y ya sólo le falta morir para verse con ellos en el infierno.

Si quiere consolarse un poco mirando a Dios, la luz le hace comprender que todo eso lo tiene muy merecido. Esta luz le humilla en extremo, ¡Ah! no sólo le hace ver sus miserias y todo lo que ella es y merece, sino que parece la mete en el mismo infierno. Es luz aniquiladora, diríase que la penetra en todo el ser y la deshace hasta los huesos. Y en verdad lo que experimenta no tiene otra explicación sino que está metida en un infierno de amor, pero como entonces no siente las delicias de su amor sino sus rigores, de aquí que sufra y se angustie como si fuera a verse dentro de poco en aquel antro horroroso. Con el conocimiento que el alma tiene ya de Dios, sus ansias de amarlo y poseerlo, esto produce un sufrimiento que no tiene nombre.

Mas no es mi intento demostrar las angustias y penalidades que aquí soporta el alma, sino declarar cómo se ejercita en su oración y reacciona en medio de tantos tormentos. Ahora más que nunca se aprovecha de su título de niña, sabe que su Padre Dios, todo bondad, jamás deshecha a los pequeños, tiene experiencia que fiándose de Él, siempre acude a socorrerla y la saca victoriosa de todas sus pruebas, por eso se deja y abandona ciegamente en sus brazos. Ya no siente sus favores celestiales, mas no importa, está segura de Él. Esto le hace creer que el único tesoro que le queda es su oración y su amor, así aunque le parece que el demonio le ha arrebatado todos sus bienes, ve que todavía puede amar a Dios y adentrarse en Él; sabe que la oración es una arma tan valiosa que espera recobrar todo lo perdido.

Aquí todo es tiniebla y cerrazón; a pesar de ello se mete en el fondo y allí a oscuras busca a Dios. Cabalmente ahora cuando nada ve es más perfecta su contemplación. Su oración tenebrosa proyecta luz y amor a toda su vida aún sin que ella se dé cuenta. En realidad mientras pena por ver deshechos todos sus ensueños, sus ansias e ilusiones por llegar a la santidad, obra

con más rectitud que nunca mirando lo que es más perfecto para agradar a Dios.

Su amor también es más puro, huye más cuidadosamente de toda falta voluntaria y quisiera amar y crecer en el amor constantemente. Por eso en medio de sus torturas sigue cantando al Amor y aun piensa que si el demonio lograra hacerla descender al infierno continuaría cantando y glorificando a Dios, desde su lóbrega prisión, sin que ningún poder fuera capaz de mitigar su canto. La oscuridad tan densa que por todas partes la cerca, lejos de apartarla de Dios la une más íntimamente a Él. Por lo mismo que nada ve y en nada se puede apoyar busca más puramente a Dios en la fe. Todo en el alma es silencio y oscuridad; silencio de amor y oscuridad de fe y cuanto más se abraza el alma a esta silenciosa oscuridad tanto más segura va y tanto más halla a Dios, lo abraza y abisma en Él. ¡Oh maravillosa y divina tiniebla que pone espanto al demonio y al alma llena de bienes!. Cuanto el alma está más llamada a poseer con más plenitud a Dios en la luz yo creo que la tiniebla es más cerrada y horrorosa. No temáis, pues, almas pequeñas, perderos en esta tiniebla porque perderse en ella es encontrarse a Dios.

Quizá al leer estas páginas se piense que la oscuridad que soporta el alma aquí es igual que la que le cercaba en la primera morada, pero quien la pasa distingue una enorme diferencia. Allí la oscuridad se debía principalmente al fuego del amor y a la luz, aquí es la tiniebla de Dios, la tiniebla trinitaria, la luz que irradian los Tres al darse al alma que aun no está suficientemente purificada para soportar esa divina irradiación. Allí era el comienzo de la noche, brillaba el fulgor de la luna y las estrellas, aquí se halla la noche en la mitad de su carrera y ninguna luz del cielo viene a mitigar la oscuridad. Mas esta espantosa tiniebla es una defensa para el alma. En aquella semioscuridad los demonios la atacaban crudamente, como ladrones que apostados tras un árbol a la vera del camino asaltan a los indefensos transeúntes en la densidad de la niebla, les desconciertan y no saben por dónde anda ni cómo sorprender al alma. Por eso es cosa excelente no asustarse de la noche y adormecerse en Dios hasta que venga el claro día. Aunque la

verdad, al alma pequeñita la tiene el Señor tan metida en la niebla que piensa que ya nunca volverá a ver la luz hasta que amanezca el venturoso día de la eternidad. Y por poco que sea creo que dura años. Sólo de vez en cuando cruza un relámpago que la ilumina un instante para dejarla luego en la más lúgubre oscuridad. ¡Dichosas mis pequeñas hermanitas si al encontrarse en esta situación permanecen fieles a Dios, constantes en su oración contemplativa, recogidas en su interior, sin mendigar de las criaturas consuelos y alegrías, contentándose con este sólido y sabroso manjar que aquí les da el Amor.

### *Contemplación oscura*

Si el alma persevera en su oración verá que esa tiniebla que le cerca y le penetra hasta lo más hondo de su ser ya no es tan cruel y devastadora como al principio sino que poco a poco se va haciendo más suave y refrigeradora. El bienestar indecible que percibe le va aficionando a su oscura soledad y en ella se interna dulcemente; entonces sus potencias se quedan recogidas en Dios, siente su amorosa presencia y una cosa tan grande y tan espiritual le invade llenándola de paz, de satisfacción y amor, que no quisiera dejar por nada aquella sosegada oración. Nada distinto ve en su contemplación y, sin embargo, un conocimiento sabroso de Dios, de su bondad y de su amor infinito, parece que la saca de sí misma y la transporta al objeto amado. Por eso siente tales ansias de oración que al no poder estar horas y horas en ella como sería su deseo, le sobrevienen desfallecimientos íntimos que son como un verdadero martirio. Es la pena del amor no satisfecho que tanto agrada a Dios. Le agrada porque mientras tantos hombres entretenidos en sus cosas y en sus placeres se olvidan de Dios y le ofenden, hay un alma que se deshace de amor por Él. Es una verdadera reparación ofrecida a su justicia para que la misericordia se vuelque en el mundo a favor de esos seres desgraciados. Ese sufrimiento es tan grande que a veces le impide el trabajo y la actividad que desearía emplear por Dios y las almas.

Por eso cuando la obediencia le permite más oración sale de ella con nuevo brío. Entonces entiende que realmente es una

niñita que necesita descansar en Dios para hacer algo de provecho. Así la oración, la contemplación de Dios aunque sea en la oscuridad viene a ser como el respirar de su alma enamorada. A medida que la noche avanza, la nube se va volviendo luminosa, su misterioso resplandor comienza a vislumbrar que en lo más alto del espíritu brilla un radiante Sol. A sus fulgores divisa otra cima, otra cumbre más elevada, y comprende que a ella la conduce el Amor. Entonces comienza a admirar la belleza de la noche y a saborear de una manera nueva el contenido divino de la niebla. Ella se ha dado a Dios de un modo más íntimo, más divino, con una grandeza insospechada. Con razón dice San Juan de la Cruz “que para ir a donde no sabes hay que ir por donde no sabes”. Para llegar a esa unión que el entendimiento humano es incapaz de comprender, tienes que ir por un camino desconocido por el que nunca has andado. Por eso mismo, es necesario dejarse llevar de la fe y más cuando una está convencida de que en su vida espiritual no puede ocupar otro puesto que el de un inexperto y débil niño.

El alma va como a tientas, pero si se deja guiar por esa fe viva ella la conduce con seguridad a la hoguera infinita; aunque no vea a Dios, la fe amorosa se lo da tal cual es, poniéndola en comunicación directa con Él, como precisa para la perfecta unión. En este trato amoroso sin medios, sin intermediario alguno recibe tan sublime conocimiento y sabiduría tan sabrosa que parece estar buscando al mismo Dios y realmente así es.

Todo otro medio que no sea esta fe amorosa empequeñece a Dios y no nos lo puede dar cual es Él; por eso qué bien hace Dios en dejar al alma a oscuras despojada de todo lo que podría interponerse entre Dios y el alma. ¡Qué sublime es la contemplación oscura que nos deja a solas con Dios sin verse, pero cara a cara como pegado rostro con rostro! Así es como el hombre adquiere el mayor conocimiento que de Dios puede tener en la tierra, se lo infunde Él mismo de un modo escondido, pero real; el conocimiento trae más intenso amor y con él parece que su pequeño ser se funde con el Ser Divino transformándose el alma en amor y luz. Cuando el hombre se ha adiestrado en esta contemplación de Dios comienza a alborear el nuevo día.

Mirad qué Espíritu tan apocado tienen los que sin asirse de lleno a la fe andan buscando luces y comunicaciones sensibles siendo así que éstas lejos de aumentar nuestra capacidad para poseer a Dios nos la dejan más reducida. ¡Veis cuán provechoso es que Él interne al alma en esa cámara oscura del Corazón de Cristo! Viviendo ahí de Él aprende a ver a Dios. En ella penetran los rayos luminosos que irradia toda la Trinidad, el alma en la oscuridad ensancha sus pupilas y esos rayos van dibujando en la retina de los ojos de su espíritu de un modo indecible la imagen sin imagen del Ser de Dios de forma que nunca se borrará.

### *La alborada de una larga noche de amor*

El alma que aprendió a comunicarse con Dios a oscuras en el secreto del amor y que ya en lo íntimo de su ser lleva impresa la figura del Amado, se halla dispuesta para recibir las luces más estupendas y maravillosas del Ser de Dios, de sus atributos y misterios divinos y Él no se lo escatima. Los favores celestiales, que le había retirado comienza a concederlos con más abundancia y ahora ofrecen una particularidad, que ya no tienen el peligro de antes, porque el alma en cuanto hacen impresión en su ser, de cualquier forma que sea, inmediatamente se adentra en Él trascendiendo todo lo sensible porque está acostumbrada a esa magna comunicación de los dos a solas por la fe y todos los demás medios que le habían servido para llegar a Él se quedan fuera. Las luces distintas que con profusión se suceden la encienden en mayor amor y la hacen permanecer más unida a Él en el fondo. Sobre todo el Señor le muestra las riquezas de su Corazón. Muchas veces lo hace por medio de especies intelectuales que son verdaderas visiones de amor que la obligan a andar abismada en Él.

Pero la oscuridad de la noche no desaparece de súbito para encontrarse sin más en un espléndido mediodía. A veces se ve todavía días enteros en plena tiniebla, otras veces son ratos, en fin, van interpoladas las grandes luces y gracias, con penas oscuridades. Mas el alma se halla llena de felicidad, comprende que su noche fue una traza del Amor para unirla más

a Él. El Espíritu Santo con su dulce y sabrosa presencia le da a conocer que el despojo absoluto que le exigió era necesario para dejarla en suma pobreza, porque Él sólo quería ser su riqueza. Él había de enjorar a la esposa, ser su atavío y medio próximo para la perfecta unión.

El alma uniéndose al Espíritu Santo, por Él es unida a Cristo y por Cristo al Padre. Esto lo ve ella en una luz conmovedora sintiéndose sola con Él y de su corazón brota la gratitud y la alabanza de gloria porque en Ella el todopoderoso ha hecho cosas grandes. Parece que el mismo Dios pone en su boca un cantar nuevo de júbilo y alegría. Realmente es la salida de la noche. Fue noche de heroísmo; noche de *fe y amor* pero también de esperanza. Creyó a pesar de todo lo que sentía y veía, cantó al Amor en el dolor como en sus días más claros, gozosos y felices y esperó contra todo, esperanzada.

Ahora se siente pagada de todo, porque le sonrío el Amor y se encuentra más íntimamente unida a Él. Aquí la contemplación tiene inmensos goces para el entendimiento y la voluntad; mirando a Dios en ella misma se le presentan sus misterios de golpe con una claridad indecible y en esa misma mirada los abarca con simplicidad y sin trabajo, engolfándose en ellos, gustando la vida divina que encierran. Pero lo que más le llena de felicidad es que se le va haciendo habitual la contemplación del misterio trinitario. Es de un modo maravilloso inexplicable. Siente que vive con los Tres en lo íntimo de su ser participando de su misma vida divina. Ve que, Jesús, le va cumpliendo lo que dice en el Evangelio: “Si alguno me ama guardará mi palabra y mi Padre le amará y establcere-mos en Él nuestra morada”.

Esta unión inefable que con Él tiene, suele descubrirla al alma por alguna gracia sensible donde le muestra lo que en ella ha obrado. De un modo o de otro le hace patente y, así, el alma que se halla en este delicioso estado, tiene una certidumbre gozosa de Él: lo vive. Mas, a pesar de experimentar tan inefable dicha, no está libre de soportar grandes sufrimientos porque el Señor si la une a Sí por el Amor también se le asemeja por el dolor y la hace una víctima ofrecida al Padre con Él por los pecados del mundo, sobre todo tiene que soste-

ner tremendos combates con los demonios que la envidian y quieren arrebatarle su felicidad. A mí me parecen tales ataques extraordinarios y que Dios, sólo los permite en almas así fortalecidas por Él y pienso que Dios es grandemente glorificado en ello, y que sus victorias repercuten en toda la Iglesia.

La Virgen María como Madre buena viene a socorrerla de modo especial con su presencia sensible y sus dulces caricias. La intimidad que con Ella tiene es tanto más dulce y confiada cuanto más unida se halla a su amado Hijo. Le manifiesta su amor de mil maneras porque la ve verdadera copia de su Jesús inmolado por la salud de los hombres. Almas pequeñitas en las que Él vive y por las que Él continúa y hace actual en el mundo su obra redentora. ¿No es verdad que al lado de María bajo su mirada de sonrisa y de mimo el sufrimiento se vuelve más grato y deseable? ¡Ah, no es extraño que esté junto a ellas haciéndoles compañía como a su Hijo al pie de la Cruz en las horas amargas de la crucifixión! Sabe que también para ellas, es Madre y una Madre tan llena de ternura. ¿Cómo podrá apartarse del lecho donde sufren sus hijas más pequeñas?

Decía hace poco que ahora al recibir favores celestiales no tienen el peligro de antes. Es importante que los directores tengan presente, para poder dirigir bien las almas, el estado en que éstas se hallan. Los favores en la primera morada, como ya expliqué, pueden detenerlas por falta de desprendimiento y ser un obstáculo para escalar la cima. Hay que enseñarles a ir en fe y amor que es lo que transforma una vida al unirnos a Dios. En cambio, al llegar aquí, al pasar a la tercera morada que es cuando el Señor vuelve a conceder dichas gracias con más intensidad y frecuencia regalándola como a esposa, el alma puede gozar de ellas con agradecimiento aunque siempre sin desearlas, porque le ha quitado la capacidad de apropiárselas y así ¡para qué atormentarla exigiéndole que las deje si ya no puede detenerse sino que ellas le abren el paso y la introducen donde le espera el Amor! Nunca el alma tuvo tantos dones divinos y fue tan pobre. Su riqueza es el mismo Dios. Bien puede decir, jubilosa –Mi Dios y todas mis cosas. Poseyéndole a Él sólo, con Él lo tiene todo.

HNA. M.<sup>a</sup> CECILIA LARUMBE ARIZ, OP.  
*Pamplona*

## Información

# Calendario oficial del Año Santo

### *Diciembre, 1999*

24. Misa del Gallo. Apertura de la Puerta Santa en San Pedro.
25. Navidad. Apertura del Jubileo en Tierra Santa y en las Diócesis. Apertura de la Puerta Santa en Letrán y Santa María la Mayor. En San Pedro, bendición *Urbi et Orbi*.
31. Vigilia de oración para entrar en el 2.000 y bendición *Urbi et Orbi* después del *Te Deum*, en San Pedro.

### *Enero, 2000*

1. San Pedro. Jornada mundial de la paz.
2. San Pedro. Jubileo de los Niños.
6. Epifanía. San Pedro. Ordenaciones episcopales.
9. Bautismo de Cristo. Bautismo de Niños.
- 16-19. Posible visita del Papa a Ur de Caldea.
18. Apertura de la Puerta Santa en San Pablo. Celebración Ecu­ménica, también el día 25, conclusión del Octavario de oración por la unidad de los cristianos.
28. San Efrén. Divina Liturgia en rito sirio-oriental.

### *Febrero, 2000*

2. Presentación. San Pedro. Jubileo de la Vida Consagrada.
9. San Marón. Santa María la Mayor. Divina Liturgia en rito sirio-antioqueno.
11. Virgen de Lourdes. Jubileo de los enfermos y enfermeros.
18. Beato Angélico, O.P. en Santa María de la Minerva. Jubileo de los Artistas.
20. Jubileo de los diáconos permanentes.
22. Cátedra de San Pedro. Jubileo de la Curia Romana.
- 25-27. Congreso sobre la aplicación del Conc. Vaticano II.

*Marzo, 2000*

5. Domingo IX. San Pedro, Beatificación-Canonización.
8. Miércoles de Ceniza. Procesión Penitencial desde Santa Sabina al Cirio Máximo.
9. Los Jueves de Cuaresma. Adoración eucarística en la Basílica de San Pablo.
10. Los Viernes de Cuaresma. Vía Crucis y celebración penitencial en Letrán.
11. Los Sábados de Cuaresma y de los meses de mayo y octubre, santo Rosario en Santa María la Mayor.
12. Domingo 1.º de Cuaresma. Inscripción de los catecúmenos y Petición de perdón.
19. Domingo 2.º de Cuaresma. Primer escrutinio de los catec.
20. San José. Jubileo de los Artesanos.
23. Encuentro del Papa con 50.000 jóvenes del Camino Neocatecumenal en la *Domus Galileae*, en el Monte de las Bienaventuranzas.
25. Anunciación del Señor. Celebración en Nazaret en conexión con santuarios marianos del mundo para subrayar la dignidad de la mujer a la luz de María.
26. Domingo 3.º de Cuaresma. Segundo Escrutinio de los catec.

*Abril, 2000*

2. Domingo 4.º de Cuaresma. Tercer escrutinio de los catec.
9. Domingo 5.º de Cuaresma. Entrega del Credo y del Padre nuestro a los Catecúmenos.
10. Jubileo de los inmigrantes, refugiados y prófugos.
18. Martes Santo. Celebración comunitaria del Sacramento de la Penitencia con absolución individual en las 4 Basílicas Mayores.
20. Jueves Santo. Misa Crismal en San Pedro y Misa *in Coena Domini* en San Juan de Letrán.
21. Viernes Santo. Celebración de la Pasión del Señor en San Pedro y Vía Crucis en el Coliseo.
23. Pascua. Vigilia Pascual en San Pedro con la celebración de los Sacramentos de la Iniciación Cristiana de Adultos. Después de la Misa del día en San Pedro, bendición *Urbi et Orbi*.

30. Domingo 2.º de Pascua. Misa en San Pancracio de los neófitos adultos.

*Mayo, 2000*

1. San José Obrero. Jubileo de los Obreros.

*Junio, 2000*

1. Jueves de la Ascensión. Misa en San Pedro.  
4. Domingo 7.º de Pascua. Jubileo de los Periodistas.  
10. Vigilia solemne de Pentecostés. Plaza de San Pedro.  
11. Pentecostés. Jornada de oración por la colaboración entre las religiones.  
18. Santísima Trinidad. Apertura del Congreso Eucarístico Internacional.  
22. Jueves de *Corpus Christi* en San Juan de Letrán. Procesión eucarística hasta Santa María la Mayor.  
25. Clausura del Congreso Eucarístico Internacional.  
29. Santos Pedro y Pablo. Imposición del Palio a los Metropolitanas.

*Julio, 2000*

2. Domingo XIII. Misa estacional del Jubileo.  
9. Domingo XIV. Celebración del Jubileo en las cárceles.  
16-23 y 30. Domingos XV. XVI-XVII. Misas estacionales del Jubileo.

*Agosto, 2000*

5. Vigilia de la Transfiguración del Señor. Vigilia de oración en Santa María la Mayor.  
15. Asunción de María. Apertura de la XV Jornada Mundial de la Juventud.  
20. Clausura de la XV Jornada Mundial de la Juventud. Jubileo de los Jóvenes.

*Septiembre, 2000*

3. Domingo XXII. En San Pedro Beatificación-Canonización.

10. Domingo XXIII. Jubileo de los Profesores Universitarios.
14. Exaltación de la Santa Cruz. Procesión estacional de la Santa Cruz a San Juan de Letrán.
15. Apertura del Congreso Mariano-Mariológico Internacional.
17. Domingo XXIV. Jubileo de la Tercera Edad.
24. Domingo XXV. Clausura del Congreso Mariano-Mariológico Internacional.

*Octubre, 2000*

1. Domingo XXVI. Fiesta de la Protección de la Madre de Dios. Divina Liturgia en rito bizantino en Santa María de la Minerva.
3. Jornada del diálogo hebreo-cristiano.
7. Virgen del Rosario. Celebración del Rosario con Procesión de antorchas.
8. Domingo XXVII. Jubileo de los Obispos con ocasión de la X Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. Acto de confianza en la protección de María en el nuevo milenio.
- 14-15. III Encuentro Mundial del Santo Padre con las Familias. El 15 en la Plaza de San Pedro celebración del Sacramento del Matrimonio y Jubileo de las Familias.
- 20-22. Congreso misionero-misionológico internacional. El 22 Domingo XXIX, el Domund.
29. Domingo XXX. Santa Misa en el estadio olímpico. Jubileo de los deportistas.

*Noviembre, 2000*

1. Todos los Santos. San Pedro. Beatificación-Canonización.
4. Celebración en rito ambrosiano.
5. Domingo XXXI. Jubileo de los responsables de la política.
12. Domingo XXXII. Jornada de acción de gracias por los dones de la creación. Jubileo de los agricultores.
19. Domingo XXXIII. San Pedro. Jubileo de los militares y de la policía.
21. Presentación de María. Santa María en el Trastévere. Divina Liturgia en rito sirio-antioqueno.

24. Apertura del Congreso mundial del apostolado de los seglares.
26. Cristo Rey. San Pedro. Clausura del Congreso mundial del apostolado de los seglares.

### *Diciembre, 2000*

3. Domingo 1.º de Adviento. San Pablo extramuros.
8. Inmaculada Concepción. Santa María la Mayor.
10. Domingo 2.º de Adviento. San Juan de Letrán.
16. Celebración en Rito hispano-antiguo en Santa María la Mayor. Misa de la Expectación del Parto.
17. Domingo 3.º de Adviento. San Pablo extramuros. Jubileo de los Artistas.
24. Misa del Gallo en San Pedro.
25. Misa de Navidad en San Pedro. Bendición *Urbi et Orbi*.
31. Vigilia de oración para entrar en el nuevo milenio.

### *Enero, 2001*

1. San Pedro. Jornada mundial de la paz.
5. Misa y Clausura de la Puerta Santa en las Basílicas de San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y San Pablo extramuros. Y Clausura del Jubileo en Tierra Santa y en las Diócesis.
6. Epifanía. San Pedro. Clausura de la Puerta Santa.

## COMITÉ CENTRAL DEL GRAN JUBILEO DEL AÑO 2000

### BREVE COMENTARIO

El calendario ofrece las celebraciones que tendrán lugar en Roma y refleja el deseo de implicar a todos los sectores del pueblo de Dios. Por eso, se han previsto celebraciones especiales, distribuidas durante todo el año, para niños, jóvenes y ancianos; familias y mujeres; curia romana, obispos, presbíteros y diáconos; religiosos y seglares, obreros, estudiantes, profesores, emigrantes y otros.

Pero será también un Jubileo de carácter ecuménico, como se advierte en la apertura de la Puerta Santa de San Pablo extramuros el 18 de enero del 2000, con motivo del inicio del tradicional Octavario de oraciones por la unidad entre los cristianos. Igualmente, la celebración ecuménica de los nuevos mártires el 7 de mayo en el Coliseo. Una celebración muy significativa será, al comienzo de la Cuaresma, la procesión penitencial desde Santa Sabina al Circo Máximo. La petición de perdón a Dios y a los hermanos será el Primer Domingo de Cuaresma.

También nos hacemos eco del Jubileo de los Religiosos y Religiosas el 2 de febrero; de los enfermos, el 11 de febrero; de los obreros, el 1 de mayo; del clero diocesano el 18 de mayo; de los profesores universitarios, el 10 de septiembre; en este contexto aparecen el Congreso Eucarístico Internacional (18-25, Junio), la XV Jornada Mundial de la Juventud (15-20, Agosto) y el III Encuentro Mundial de las Familias con el Santo Padre (14-15, Octubre). El 8 de octubre será el acto de entrega confiada del Tercer Milenio a la protección de la Virgen María y habrá 5 ceremonias de beatificación.

Algunos ejercicios piadosos, como la Adoración Eucarística, el Vía Crucis y el Santo Rosario, caracterizarán el desarrollo del Año Santo en las diversas Basílicas de Roma. Además, todas las tardes, durante el Jubileo, tendrá lugar en la Plaza de San Pedro una plegaria comunitaria y el Santo Padre impartirá la bendición a los presentes.

La acogida de los peregrinos está confiada a la *Peregrinatio ad Petri Sedem* y a la Obra Romana de las Peregrinaciones. Existen dos libros: *Peregrinos en Roma* y *Peregrinos en Oración* publicados en español por Editorial Palabra. Paseo de la Castellana, 210. 28046 Madrid.

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.  
*Director de Vida Sobrenatural*

## Bibliografía

A. G. HAMMAN, *El martirio de la antigüedad cristiana*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1998. 216 pp.

Jesús anunció a sus seguidores que serían perseguidos por su nombre, porque “el mundo los odia”, pues su doctrina va contra los intereses egoístas y materialistas sin concesiones a la sensualidad. Y de hecho, ya a los pocos años de su muerte, los “nazarenos” tuvieron sus mártires: San Esteban y los dos Santiago. Más tarde, vino la persecución de Nerón que se llevó a los apóstoles Pedro y Pablo. Han confirmado con su sangre el mensaje que predicaban. La carta de San Ignacio de Antioquía a los fieles de Roma para que no intercedieran por él para librarle del martirio es la pieza más bella de la literatura postapostólica. Él dice que encontrará la verdadera vida sólo cuando sea pasto de las fieras, triturado como trigo de Cristo. La serie de mártires llena los tres primeros siglos que son los más gloriosos de la Iglesia, pues ésta da su medida más alta en los tiempos de persecución.

En estas páginas encontramos los tratados maravillosos de exhortación al martirio de Tertuliano, S. Cipriano y Orígenes. El autor en estas páginas, después de una breve introducción, se limita a transcribirlas. Así, pues, el lector no espere estudios teológicos sistemáticos sobre el martirio como podría dar a entender el título del libro, sino una simple traducción de unos textos conocidos, pero que merecen ser publicados, pues reflejan una tensión de fe heroica, pues los dos últimos estaban en medio de la persecución, expuestos a ingresar en las cárceles, que son para ellos como un “retiro” espiritual para prepararse a la gran prueba. Y declaran que el martirio es, como bautismo de sangre, superior por sus efectos al bautismo ritual del agua, el camino más directo para encontrarse con Dios después de la muerte es la efusión de la sangre en testimonio del mensaje evangélico. Ya decía Santa Teresa que los mártires conseguían el cielo “muy de barato”; por eso ella quiso de niña ir con su hermano Rodrigo, a tierra de moros para que los “descabezaran”. Esta mística del martirio se actualizó sobre todo en el siglo IX con los mártires de Córdoba, que se ofrecían espontáneamente a la muerte, desafiando a las autoridades. En estos tiempos de tibieza espiritual y de un cristianismo a la carta, el ejemplo de los mártires es el gran revulsivo, y por eso recordar sus gestas siempre hace bien.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

JAVIER GAFO (ed.), *La Homosexualidad: un debate abierto*, Desclée de Brouwer, S.A., Bilbao 1997. 14 x 21 cm. 267 pp.

El tema de la homosexualidad está en el punto de mira de muchas investigaciones de tipo moral, antropológico y psíquico. Es una cuestión que genera angustias, sufrimientos y hasta conflictos familiares y sociales. Por ello nos parece muy oportuna que se intente, como se hace en la obra presente dirigida por Javier Gafo, un estudio interdisciplinar sobre la homosexualidad.

Tras una rápida lectura, podemos dejar constancia del rigor con que se estudian los aspectos psicológicos, de comportamiento y sociales de la

homosexualidad. Y sobre todo hacemos memoria del trabajo del mismo editor, Javier Gafo, acerca de la doctrina católica sobre esta realidad, donde se hace un elenco muy extenso de las posturas y juicios que ha merecido a la Iglesia esta realidad humana.

Muchas personas tienen que enfrentarse con esta realidad –sean psicólogos, consejeros, pastores y confesores–, y a todos ellos les interesará conocer lo que hoy las diversas ciencias son capaces de aclararnos sobre la homosexualidad. Y no cabe duda que esta condición afecta poderosamente a la vida íntima y a la espiritualidad de estas personas.—A.O.

BERNARD SESE, *Pierre Teilhard de Chardin, Testigos*, Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao 1998. 210 pp.

Se ha definido al gran paleoantropólogo jesuita P. Teilhard de Chardin como un “cosmo-místico”, en cuanto que él, llevado de la teoría de la evolución a ultranza, descubre en la materia una tensión hacia el espíritu, y de éste hacia Dios: la *biosfera* se sublima en la *noosfera* para caminar hacia la “cris- tificación” del universo, hacia el Cristo universal y total, hacia el punto *Omega*. Esta intuición genial (más imaginativa que científica) surgió en él al leer el libro de Bergson, *La evolución creadora*, cuando hacía sus estudios de teología en Inglaterra en la primera década de este siglo. El filósofo francés E. Gilson califica las teorías de Teilhard como una “gnosis” panteísta, fruto más de la imaginación que de la razón, y de las ansias de conciliar la ciencia con la fe de la Iglesia.

Este hombre genial nació en una familia de la baja nobleza francesa profundamente religiosa, y educado en un colegio de los jesuitas, pronto en él surgió la vocación religiosa, entrando en la Compañía de Jesús a los 17 años. Al ser expulsada esta Orden religiosa de Francia, el joven jesuita fue destinado al Cairo, donde fue profesor de Física y Química, y en sus excursiones por El Fayum, descubrió su vocación de paleoantropólogo. Trasladado a Inglaterra para hacer sus estudios teológicos, entró en relación con el abate Bruil, gran investigador del paleolítico, y con él visitó las cuevas de Altamira y del Castillo en Santander en 1913. Pero al estallar la guerra europea de 1914 fue movilizado, y sirvió como cabo sanitario con gran valor y espíritu de sacrificio. Pero durante esos años de guerra aparecen ya sus atrevidas reflexiones sobre la evolución en busca de una síntesis entre la ciencia y la fe. En el fondo su ilusión es apologética, pues según él, el cosmos está en continua génesis, de modo que “la *cosmogénesis*, se manifiesta como *biogénesis*, luego como *noogénesis* para culminar en la *Cristigénesis*” (p. 24), por lo que da “culto a la *materia*, a la *vida* y a la *energía*” (p. 42), porque el mundo no es estático, sino que está en continua transformación, y el Universo es una comunión con Dios a través de la tierra, llegando a la idea del *Cristo cósmico*, pues “Cristo tiene un *cuerpo cósmico*, difundido en todo el universo”, y “la *encarnación* es una restauración de todas las fuerzas y potencias del Universo” (p. 51); y Cristo es el centro y el fin de toda la creación animada y material, porque por él todo es creado, santificado y vivificado. Así, Cristo es el “Alma verdadera del mundo” (escrito en 1918), y en su “Himno a la *materia* la llama “bendita”, pues es “el océano agitado por el espíritu”, y la *noosfera* es la envoltura pensante de la tierra, y “el Universo es una inmensa Hostia” (p. 66), pues “Dios se prolonga en la materia” (p. 67); y considera el *mal* como algo inevitable, sin tener que ver con el dogma

del pecado original, por lo que fue amonestado en Roma por las autoridades pontificias y las de su propia congregación religiosa. Por lo que es enviado a China, y allí participa en el descubrimiento del *Sinántropo* (p. 88), y declara que “el hombre es espíritu de la tierra” (p. 90), y que el amor es la mayor energía, lo que da origen a la evolución espiritual de la tierra para terminar “en el éxtasis en Dios” (p. 96); y el Cristo universal o total no se logra sino al cabo de la evolución universal (p. 119); y para descubrir a Dios en el mundo hay que amar al Universo (p. 130). Por lo que el P. Teilhard es un auténtico “peregrino de la evolución” (p. 113). A través de estas páginas se sigue la trayectoria de un genio inquieto y soñador. Pero a pesar de que no se le permitió publicar sus obras en vida, nunca quiso separarse de la Iglesia católica. Después de su muerte en el día de Pascua de 1955 en Nueva York, sus escritos fueron publicados por su secretaria, a la que había dejado como legítima heredera de ellos. En resumen, un hombre inconformista, inquieto y con sueños cósmico-religiosos, con un afán morboso de protagonismo y víctima del mito que él mismo se creó.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

KURT EGGER (Ed.), *Iglesia y minorías étnicas*, Desclée de Brouwer, S.A. Bilbao 1998. 16 x 23 cm. 190 pp.

El Instituto Diocesano de Teología Pastoral de Bilbao reúne en este volumen dos trabajos con con la común referencia al título. El primero es una Comunicación de Ángel M. Unzueta a la Segunda Asamblea Euménica Europea acerca de la reconciliación con el País Vasco y las posturas de esas iglesias. Es una reflexión personal, que quizá no todos compartan, pero que es fruto de una gran ecuanimidad e inspirado en una fidelidad a las exigencias concretas de los preceptos evangélicos del amor al prójimo y el perdón. El segundo es una recopilación efectuada por Kurt Egger de algunos documentos de las Iglesias locales respecto al acuciante problema de las minorías étnicas y culturales y las directrices evangélicas y de justicia que pueden proponerse como vías de convivencia pacífica. Sobre esta parte hay que advertir el lector que tiene una limitación espacial, pues se centra en las iglesias de Centroeuropa y de los Balcanes. Y es aquí donde se introducen algunos textos de la jerarquía eclesiástica en el País Vasco. Los documentos no se recogen íntegros, sino sólo en sus párrafos más doctrinales. Unas breves y oportunas introducciones a los documentos ayudan a situar el contexto histórico en que se produjeron esos documentos.—*A. O.*

BRUNA COSTACURTA, *Con la cítara y con la honda. Subida de David hacia el trono. Temas bíblicos*, Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao 1998. 255 pp.

La historia del rey David es fascinante. No hay ningún rey de la antigüedad que tenga una historia tan completa y variada, en la que se mezcla lo histórico con lo anecdótico y legendario, tal como aparece en el maravilloso primer libro de Samuel, en el que se recogen tradiciones con gran maestría narrativa. La idea central es que Dios escoge a los dos protagonistas (Saúl y David) para reyes de Judá e Israel con intervenciones carismáticas inesperadas, fuera de toda lógica racional. En estas páginas se narra la trayectoria de David antes de ser nombrado rey con sus peripecias como paje de Saúl, vencedor de Goliat, jefe de bandoleros, vasallo de un jefe filisteo, tratando de defenderse de la hostilidad del rey Saúl, que le perseguía con celos de

neurótico, ya que ve que el pueblo tiene más simpatía por el joven David que por él. Los relatos son encantadores con no poca dosis de folklore primitivo.

La autora –profesora de Exégesis del A.T. en la Universidad Gregoriana de Roma– describe y comenta los textos bíblicos (tomando como base la versión castellana de la Biblia de Jerusalén, aunque con muchas precisiones filológicas y bibliográficas), empezando por las relaciones de Samuel con Saúl, su protegido. Dios le eligió a éste, pero le repudió porque no cumplió la orden de exterminar a los amalecitas. El profeta aquí aparece cruel y fanático, como suelen ser los profetas del A.T. como Elías, pues el vencido no tiene derechos. El espíritu vengativo atraviesa la mayor parte de las páginas paleotestamentarias (“odiarás a tu enemigo...” según acusación de Jesús). La Religión paleotestamentaria es radical y esencialmente nacionalista y racista, con algunos vislumbres universalistas, como aparece en el libro de Jonás. La autora completa los relatos históricos con algunos Salmos, atribuidos al propio David, para crear un marco teológico apropiado. La victoria sobre Goliat, la unción de David, las persecuciones de David por Saúl, y el refugio de aquél en tierra de filisteos culminan con la elegía de David sobre Saúl y Jonatán después del desastre de Gelboe. Pero ahora se le abre a David la posibilidad de acceder al trono como sucesor de Saúl, porque así lo ha determinado un secreto designio divino según la interpretación del hagiógrafo. La exposición de los relatos es clara y no exenta de valores literarios dentro de la exégesis del sentido común sin meterse en demasiadas disquisiciones críticas sobre un original que ha llegado a nosotros muy alterado.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

A. HAMMAN - F. QUÉRÉ-JAULMES, *El misterio de la Pascua*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1998. 387 pp.

Traducido del francés por M. Montes, y enmarcado en la colección “Biblioteca Catecumenal”, que viene publicando Desclée, nos ofrece este libro un espléndido ejemplo de Homilias sobre la Pascua, seleccionadas con sumo acierto por A. Hamman, de la asociación J. P. Migne, autoridad mundial en esta materia. Hace de primera parte una larga introducción (pp. 7-31), en la que se ofrece la historia tanto de la Pascua Judía como de la Pascua Cristiana. Aquélla conmemora la salida de los israelitas de Egipto, y ésta asume todo el simbolismo encerrado en ella, a la vez que la enriquece al conmemorar el triunfo de Jesucristo sobre la muerte, que esclavizaba a la Humanidad entera. Su resurrección es garantía de la nuestra. La que pudiera llamarse segunda parte, doctrinal, recoge la colección de Homilias sobre la Pascua, a través de diecisiete autores, que forman un arco, cuyos estribos son Melitón de Sardes (s. II) y S. Gregorio Magno (s. VII). Y entre ellos van discurrendo autores tan célebres como Orígenes, los dos Gregorios (el de Nacianzo y el de Nisa), S. Juan Crisóstomo, S. Jerónimo y, naturalmente S. Agustín, que se lleva la parte del león, pues se consigna del mismo nada menos que doce homilias sobre la Pascua, entre las setentaicuatro que se le reconocen como auténticas. S. León Magno es el primero de los Papas que predica sobre la Resurrección, y con la elegancia conocida; también lo hace S. Gregorio Magno, tan amigo de la exégesis alegórica. En resumen: Se trata de un verdadero tesoro doctrinal de los siete primeros siglos de la vida de la Iglesia, que nos permiten ver el relieve que se dio a la fiesta de Pascua, tan subrayado incluso en la Liturgia actual, en la que hacen su presencia el

canto, el fuego, la luz, la homilía y la celebración de la Eucaristía en esa noche santa.—*P. Arenillas, OP.*

ANNE SEBBA, *Madre Teresa de Calcuta. Más allá de la imagen*, Ed. Herder, Barcelona 1997. 304 pp.

El funeral de la Madre Teresa de Calcuta fue el más ecuménico de la historia, puesto que en él intervinieron con sus discursos laudatorios los jefes del hinduismo, del budismo y del islamismo de la India, un país de 900 millones de habitantes, cuyos gobernantes declararon dos días de luto nacional por la muerte de una religiosa anciana y menuda de origen europeo por su excepcional obra de asistencia social entre los más pobres del país. Nació en Albania, de una familia católica profundamente religiosa (en medio de una población predominantemente musulmana), de ella heredó la solicitud por los más pobres de la sociedad. Su familia pertenecía a la clase media con profesión mercantil. Huérfana de padre, comprometido con el proceso independentista de su país (por lo que murió envenenado), a la sombra de su madre cultivó una piedad profunda vinculada a la iglesia parroquial. En ésta entró en contacto con un P. jesuita que les hablaba de las misiones en la India con sus problemas. Esto hizo surgir en ella la ilusión de ir como misionera a este gran país, por lo que ingresó en una Congregación religiosa irlandesa que tenía residencias en el gran país hindostánico. Y después de un año de noviciado en Irlanda, donde aprendió el inglés, fue enviada a sus 19 años como misionera a la India, en la región de Calcuta, la ciudad emblemática de la miseria. Allí ejerció como profesora de historia y geografía en el colegio de la Congregación a gentes de la clase media. Así transcurrió su vida durante 20 años, hasta que en 1947 concibió la idea de dedicarse a los más pobres de la región que se morían materialmente por las aceras de la gran ciudad, justamente el año en que la India consiguió su independencia con grandes conmociones sociales y muchas víctimas de la oposición entre hindúes y musulmanes.

Para realizar su idea consiguió que las autoridades eclesiásticas le concedieran abandonar su Congregación y fundar una nueva, dedicada exclusivamente a los más pobres de la región. Sus primeras colaboradoras fueron sus antiguas alumnas del colegio. Con ellas fue recogiendo moribundos, atendiendo a los leprosos, instruyendo a los niños, fundando residencias apropiadas a cada grupo social. Su obra de asistencia social fue tan relevante, que encontró ayudas de almas generosas de la clase alta de la sociedad y de las mismas autoridades municipales. Por los años sesenta la Congregación fundó casas por América, África, Europa y Asia, siempre en beneficio de los desheredados de la sociedad. En 1979 se le concedió el premio *Nobel de la Paz*, al recibir el premio, se opuso abiertamente al aborto y al control artificial de nacimientos, y renunció al banquete que se debía dar en su honor, pidiendo que su importe se lo entregaran para sus pobres. Con el dinero del premio construyó unos doscientos hogares para los leprosos.

La autora de esta excelente biografía es una periodista inglesa, de religión judía (p. 17), que con toda claridad y ponderación va relatando la vida de esta nueva heroína de la caridad (al estilo de S. Juan de Dios y de las religiosas del Cottolengo en Cáceres, que recogen a los abandonados de la sociedad). La autora recalca que “lo que impulsa a la M. Teresa (de bautismo Agnes o Inés) es una gran religiosidad y espiritualidad” (p. 16), pues para ella

“lo más importante es la motivación religiosa” (p. 17). El primer ministro comunista de Bengala occidental le dijo, con motivo del homenaje después de conseguir el Nobel de la Paz: “Usted ha sido hasta ahora la Madre de Bengala, ahora es la Madre del mundo” (p. 117). Pero otros la trataron de “demagoga, oscurantista y sirviente de los poderes terrenales” (p. 138), cuando, en realidad, ella siempre se opuso a la planificación familiar a base del aborto y del control artificial de nacimientos que proclaman los economistas y los gobernantes de los países superpoblados. Incluso alguno la llamó en un programa de televisión “ángel del infierno”. Como siempre, las grandes figuras de la historia son un signo de contradicción, porque se salen de la mediocridad. La M. Teresa de Calcuta ha cumplido al pie de la letra las palabras evangélicas: “He tenido hambre y me has dado de comer, he tenido sed, y me habéis dado de beber, estaba en la cárcel y me visitasteis estaba enfermo y me ayudasteis”... A través de la historia de la Iglesia nunca han faltado almas heroicas que han dado testimonio de entrega a los necesitados, por lo que constituyen la verdadera aristocracia espiritual de la sociedad. A través de las bellas páginas de este libro el lector podrá comprobar lo que es el Evangelio del amor vivido al pie de la letra.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

HERBERT HAAG, *Qué Iglesia quería Jesús?* Barcelona 1998. 156 pp.

El título explosivo y sensacionalista de este libro octavo, opúsculo de la edición castellana, no corresponde al del original alemán (*Worauf es ankommt*), pero refleja bien el contenido del mismo. El autor, antiguo profesor de la Facultad de Teología Católica de Tubinga, ha dejado sus planteamientos exegéticos reflejados en su colaboración del “Diccionario de la Biblia”, y se ha pasado con todo el bagaje a los esquemas protestantes. Porque empieza por afirmar que “Jesús no quería sacerdotes” (p. 13) al poner en marcha su movimiento espiritualista, a pesar de que eligió como colaboradores a los apóstoles y discípulos con poderes de “atar y desatar”. Y afirma que “en los 400 años primeros del Cristianismo no había sacerdotes, sino que los seculares (hombres y mujeres) elegidos por la comunidad presidían la Eucaristía (p. 13. *Sic.*), pasando por encima de todo lo que sabemos de la organización jerárquica de la Iglesia desde los apóstoles que nombraron colaboradores a *presbíteros* y *diáconos*, de la epístola a los Filipenses, las Pastorales, la carta de S. Clemente Romano, las afirmaciones de S. Ignacio de Antioquía (que supone son redactadas entre 160-170) (p. 103), en las que habla de los *obispos*, los *sacerdotes* y los *diáconos*, los escritos de Tertuliano, S. Cipriano, que suponen la constitución jerárquica de la Iglesia primitiva. El autor afirma que “el vicio capital de la Iglesia reside en su doble sistema estamental” (clérigos y laicos) (p. 42). Aunque declara que utilizar el texto de 1 Pe 2, 5-8 para fundamentar el sacerdocio común de los laicos es algo absurdo (p. 79), ya que son frases retóricas y metafóricas para encarecer la ofrenda espiritual de cada uno con sus oraciones. El autor niega la institución de la Eucaristía, pues recorta las frases de “cuerpo entregado por vosotros, y sangre derramada por vosotros”, y lo reduce todo a una despedida, en la que Jesús declara que seguirá espiritualmente con sus discípulos (p. 86). Total, que el autor no hace sino repetir lo que la teología protestante ha dicho desde hace cuatro siglos. Está en la línea del grupo “contestatario” teológico germánico con odio a la jerarquía romana, en la línea de Hans Küng, Drewermann y Heinemann, que quieren instalar en la Iglesia Católica un protestantismo

de “segunda clase”. Pero hay que agradecer al autor la claridad de sus afirmaciones sin eufemismos ni ambigüedades, de modo que el lector, si es católico, ya sabe a qué atenerse.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

JOAQUIM GNILKA, *Pablo de Tarso. Apóstol y testigo*, Ed. Herder, Barcelona 1998. 318 pp.

En esta excelente biografía sobre el apóstol de las gentes, el reconocido exegeta alemán utiliza principalmente los datos de las Epístolas paulinas, pero también a los *Hechos de los Apóstoles*, que son fundamentalmente históricos, pero idealizan las situaciones de los orígenes de la Comunidad de Jerusalén, aunque sin olvidar sus problemas y tensiones. Es una joya del Nuevo Testamento, pero el autor se permite alterar algunas veces la cronología del libro atribuido a S. Lucas. Por supuesto, que el autor al hablar de las Epístolas, las caracteriza como “paulinas y deuteropaulinas”, conforme al esquema generalmente admitido en la exégesis, aunque no deja de ser una hipótesis, pues los comentaristas bíblicos más que “exegetas” son “eisgetas”, pues introducen sus ideas preconcebidas en el texto sagrado, ya que la Biblia es una tienda de autoservicio, de la que cada uno escoge lo que sirva para apuntalar sus ideas. El autor destaca cómo Saulo de Tarso está en el punto de confluencia de dos culturas: la helénica y la judaica, aunque fundamentalmente es judío, y sólo indirectamente refleja ideas helénicas ambientales de tipo estoico.

Supone que el relato de la conversión de Pablo junto a Damasco está esquematizado e idealizado (p. 44), pero fundamentalmente es verosímil. Y en lo relativo a la predicación de Pablo, convertido en las sinagogas de Damasco, supone que es después de sus años de estancia en la Arabia nabatea (p. 49). Él era tan independiente, que al ir a visitar a Pedro a Jerusalén, no era para confirmar su Evangelio sino para intercambiar experiencias (p. 55); pero es de suponer que en los quince días que estuvieran juntos hablarían más que del tiempo y, Pedro le relataría sus experiencias con el Jesús terreno; pero para Paulo sólo le interesa el Jesús convertido en Cristo, ya glorificado. Dice que pronto Santiago, el “hermano del Señor (no apóstol) se convirtió en su rival (p. 56), y no quería aparecer subordinado a las autoridades de Jerusalén (p. 68).

En contra del relato de *Hechos* no cree que Pablo impusiera la circuncisión de Timoteo (p. 73), y por supuesto el autor considera el discurso de Pablo en el areópago como un montaje dialéctico del autor de los *Hechos* (p. 87) sin verosimilitud histórica. Supone el autor que la Asamblea de los apóstoles en Jerusalén fue después del segundo viaje de Pablo en el que fundó las iglesias en Macedonia y Grecia, lo que está contra la cronología de los *Hechos de los apóstoles* (p. 100); y supone que la prohibición de la fornicación alude a los matrimonios consanguíneos, lo que no deja de ser una hipótesis muy discutible. Incluso el autor cree que el enfrentamiento de Pablo con Pedro en Antioquía “prefigura la confrontación de la reforma protestante” (sic) (p. 102). Da por supuesto que Flp, Col y Flm están escritas en Efeso (p. 120), durante la verosímil cautividad efesina, no mencionada en los *Hechos*. Y da por supuesto que la intervención de Galión en Corinto tuvo lugar, no en la primera visita a Corinto de Pablo. Pero parece probado que Galión fue procónsul justamente entre 50-51 d.C., justamente cuando Pablo residía por primera vez en Corinto. Supone el autor que el mandato de que

las mujeres callen en la iglesia (1 Cor 14, 33b. 36) es una glosa intercalada (sic) (p. 165). Y da por supuesto que la iglesia de Jerusalén no aceptó la colecta llevada por Pablo (p. 292). Finalmente, dice que Pablo sufrió el martirio en Roma en el 56 d.C. después de los dos años cautividad (p. 302). Esto parece muy problemático. En la sección de “Pablo como teólogo” el autor hace una bella síntesis de los esquemas doctrinales del apóstol de las gentes (pp. 181ss). Total, una magnífica biografía del apóstol con sentido crítico profesoral sin hacer concesiones a lo sentimental. Se desentiende de lo ocurrido a Pablo después de la prisión romana dada la hipótesis de su martirio tan temprano.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

RUDOLF SCHNACKENBURG, *La persona de Jesucristo. Reflejada en los cuatro Evangelios*, Ed. Herder, Barcelona 1998. 459 pp.

En estas páginas el autor destaca en primer lugar que los cuatro evangelistas “nos dan una imagen diversificada, según el tiempo y las circunstancias, y lo histórico es elevado a la *imagen de fe* que cada uno refleja de manera distinta, pero que permite reconocer una convicción común de fe, que seguirá mostrando el camino a los sucesivos siglos hasta llegar a nuestro tiempo” (p. 9); y así “la fe y la historia fortalecen la convicción de los cristianos” (p. 10). Pero cada evangelista proyecta una imagen particular de Jesucristo, con todo “Jesús rompe y sobrepasa la historia” (p. 25), pues “la pasión y la muerte de Jesús está expuesta y pensada teológicamente según el ideal del Justo doliente, que es justificado y exaltado” (p. 29), sin que falte la perspectiva escatológica (p. 30), porque “los cuatro evangelistas no trazan imágenes del personaje Jesús, sino *imágenes de fe*, y al contemplar retrospectivamente a Jesús, retienen su actuación histórica y su camino hacia la cruz, y reflejan el esplendor del Resucitado y Glorificado” (p. 31). De modo que “el Jesús histórico, del que parten los Evangelios y sobre el cual reflexionan desde el punto de vista postpascual, queda reflejado en los cuatro Evangelios de manera distinta en cada caso, puesto que según la comprensión de los evangelistas, no se puede separar al Jesús histórico del *Cristo de la fe*, pero cada uno lo hace a su propio modo” (p. 33).

Pero según el autor, el primer evangelista Marcos, proyectó una *imagen de fe* de Jesucristo, que sirvió ya de modelo a los otros sinópticos y supone que “Juan es inconcebible sin el conocimiento de la tradición sinóptica, pero él se elevó intensísimamente sobre ella, y trazó una imagen de Jesucristo desarrollada desde la fe en Cristo, que sobrepasa con mucho el terreno histórico y que evoluciona teológicamente” (p. 35). En los Evangelios sinópticos la expresión “Hijo de Dios” no ha de entenderse en el sentido de identidad sustancial con Dios (p. 78), sino en sentido subordinado (p. 85) como “exaltado a la diestra de Dios” (p. 86). Y supone que la aplicación de Dan 7, 13 por Jesús ante el Sanedrim es creación de la Iglesia primitiva” (p. 91). Y en el Evangelio de Juan el “Jesús histórico ha quedado asumido por completo en la visión de fe postpascual, comenzando en la encarnación del *Logos* divino, y esta visión domina toda la actividad de Jesús en el ámbito terreno, porque Él bajó del cielo y vuelve a subir, y da testimonio de que lo ha visto y oído al Padre” (pp. 319-320). Y por eso “el Jesús terreno habla ya un lenguaje que sólo puede hablar el que ha entrado en el mundo celestial” (p. 320). Con estas claves hermenéuticas el autor aborda la problemática de los cuatro Evangelios en torno a la persona de Jesucristo en una exposición sólida de

maestro acreditado por tantas obras exegéticas publicadas en diversas lenguas.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

LUIS MARÍN DE SAN MARTÍN. *Juan XXIII*, Ed. Herder, Barcelona 1998, 478 pp.

La figura del “buen Papa Juan” es emblemática y tan original, que rompe con los moldes de los Papas de la época. Con su presencia oronda y rostro complaciente y satisfecho, contrasta con la figura estilizada y adusta del diplomático Pío XII y con la de su sucesor Paulo VI, con su mirada dura y rostro atormentado en un cuerpo frágil y desmedulado. Elegido en un laborioso cónclave en competición con el Cardenal armenio Agagianian después de tres días de votaciones (él mismo dijo a los seminaristas del Colegio armenio que su contrincante en las votaciones se turnaba “como dos garbanzos que suben y bajan en una caldera hirviendo”, p. 176, n. 20). Este modo de comportarse tan campechano, rompiendo con los moldes de la Curia, le atrae el desprecio de los puritanos; por eso le presentan como un Papa bonachón ingenuo que quiere gobernar la Iglesia como un cura rural. Pero esto mismo es lo que le atrae la simpatía de los que están cansados de los convencionalismos vaticanos cultivados por el Papa Pío XII y más tarde por Paulo VI. Es un nuevo aire refrescante que resulta positivo en la dirección de la Iglesia.

A través de las páginas de este libro aparece la figura de un hombre sencillo, pero no simplón, pues ya como profesor en el Seminario de Bérgamo se dedicó al estudio de la patrología y de la historia de la Iglesia. Y en plena crisis modernista un visitador le llama a la prudencia “en la enseñanza de la S. Escritura” que nunca enseñó (p. 87). En su Diario espiritual se refleja como alma selecta que ante todo busca la autenticidad sacerdotal. Como legajo apostólico en Bulgaria y Constantinopla trata de mejorar las relaciones con los ortodoxos (p. 109), y protegió a los judíos perseguidos durante la segunda guerra mundial, hasta tal punto que el Gran Rabino de Jerusalén le dio las gracias (p. 105). En Francia como Nuncio trata de hacer frente a De Gaulle que exigía la deposición de 30 obispos colaboracionistas y de tres Cardenales (p. 130), y también trató de amortiguar el problema de los “sacerdotes obreros” y la “teología nueva” (p. 131). En Venecia condenó el comunismo que es esencialmente ateo y anticristiano (p. 149). Alabó a Mussolini por el tratado de Letrán y por sus victorias en África (p. 156, n. 430).

Al ser elegido Papa, sus dos primeras preocupaciones eran introducir a San José en el Canon de la Misa y elevar la categoría litúrgica de la fiesta de la preciosísima Sangre (Testimonio del Cardenal Hume). Pero los Cardenales Ottaviani y Ruffini le sugirieron la convocatoria del Concilio (p. 244), en realidad Ruffini ya lo había propuesto a Pío XII en 1948, quien dio luz verde a la iniciativa, pero en 1951 la paró en seco. Ya Pío XI en 1923 había lanzado la idea, y había nombrado una pequeña comisión (p. 242).

El Papa Juan al fin se decidió tras consultar al Cardenal Tardini, Secretario de Estado (p. 248), pero creía que no duraría más de tres meses (p. 315), pues no tenía idea del terremoto que había provocado al soltar las fuerzas centrífugas de la Iglesia. Ya en la preparación del Concilio los cardenales König, Suenens y Alfrink rechazaron los esquemas preparados por la Comisión dirigida por el Cardenal Ottaviani, por considerarlos inactuales y demasiado conservadores (p. 256). A petición de los ortodoxos rusos el Papa no quiso que en el Concilio se condenara el Comunismo (p. 305).

El Papa, siempre optimista, no tenía idea de la crisis que habría de manifestarse en los años sesenta con la secularización de más de cincuenta mil sacerdotes, el vaciamiento de los seminarios y casas de formación religiosas, en un 90%, la desaparición del latín de la liturgia y de la formación de los clérigos, y la desaparición del canto gregoriano. Para unos es una liquidación por derribo (la “disolución del Catolicismo”, L. Bouyer), pero para otros es un “nueva primavera profética de la Iglesia” (Cardenal Tarancón). Otra gran aportación del “buen Papa Juan” fueron las grandes Encíclicas “Mater et Magistra” y “Pacem in terris”, de las que el autor de este libro no habla. Con todo, el libro es excelente y revela muchos datos para calibrar el alcance de la obra de “buen Papa Juan”.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

NORMAN LEWIS, *Misioneros. Dios contra los hombres*, Ed. Herder, Barcelona 1998. 245 pp.

El subtítulo del libro (“Dios contra los hombres”) refleja bien la orientación sectaria de este libro, pues según un periódico londinense es “un ataque mordaz contra los misioneros fundamentalistas norteamericanos”, pero también contra los misioneros católicos. El escritor inglés empieza por criticar a los misioneros anglicanos por su labor en la Polinesia arrancando a los nativos de su vida paradisíaca sin terrores sobre el más allá. Después ataca a los misioneros franceses en Indochina, y sobre todo, a los misioneros norteamericanos que bajo el pretexto de antropólogos y filólogos ejercen un proselitismo descarado religioso. Y en este mismo sentido ataca a los misioneros católicos que son según él cómplices de la campaña anti-indigenista de las fuerzas económicas brasileñas y venezolanas. Acaban con su cultura y modo de vida primitivos para imponerles una cultura occidental y unos principios religiosos alienantes. Es la conocida teoría del “bon sauvage” de J. J. Rousseau, que ya está un poco trasnochada.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

JUAN ESQUERDA, *Diccionario de la evangelización*. BAC, Madrid 1998. XXVI-804 pp.

Un gran libro. Llega en un momento bien necesario. Todo el mundo habla de evangelización, de su urgencia... Pero no siempre se tienen ideas claras. Creo que este libro puede prestar excelentes servicios.

El autor propone, bajo forma de diccionario, desde la A hasta la Z, los temas principales que han de ser tenidos en cuenta para un estudio global del tema, así como para el correcto enfoque de cada punto concreto. Ya se comprende que es imposible decirlo todo. Pero, ciertamente, este libro es de lo bueno que hoy tenemos a mano. La evangelización es problema pastoral de dimensiones mundiales; en él, hasta cierto punto, se compendia el ministerio de los cristianos a la hora del cambio de milenio, por el que estamos pasando ya.—*A. Bandera, OP.*

---

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### Cristianismo, año 2000

Después del efecto 2000 (millennium bug), bien está que nos preguntemos por Jesucristo, en su dos mil cumpleaños, y por el Cristianismo, que fue el regalo que Él nos dejó. En el último Sínodo de los Obispos europeos se percibió cansancio y miedo, mas también esperanza y entusiasmo de quienes han sido iluminados por la contemplación de Jesucristo. El cristianismo, con mil setecientos millones de bautizados, sigue creciendo paralelamente al aumento de la población mundial; el islam con mil cien millones de adeptos se está estabilizando y del mundo árabe ha pasado al mundo asiático (Indonesia, Pakistán, Bangladesh e India); el Hinduísmo, tercera religión mundial, se estabiliza incluso geográficamente (el 95% vive en India); el Budismo, cuarta religión mundial, está en franco retroceso. Si miramos en derredor, advertimos que la fuerza actual del Islam es una cuestión histórica y cultural, más que religiosa.

#### *Jesucristo, centro de la historia*

La respuesta de la Iglesia ante el milenio es el jubileo de los 2.000 años del nacimiento de Cristo. Los cristianos seguimos confesando a Jesucristo el camino, la verdad y la vida para todos los hombres; ésta es la singularidad y universalidad de Cristo y aquí se fundamenta la incuestionable verdad del

Cristianismo y su correcta relación con las demás religiones. Obligación de los cristianos es ofrecer la base teológica de esta cuestión, pues nuestro punto de vista no es una neutral comparación científica de las religiones. El presupuesto cristiano es que nuestra fe no es el resultado de la historia, ni tampoco expresión de una determinada cultura, sino revelación misma de Dios. Nosotros sabemos que Dios mismo nos ha hablado en Cristo y que su voluntad de salvación universal se realiza mediante la singularidad de Cristo. Es evidente, que nosotros no tratamos mediante el diálogo de convencer a los otros que nuestras doctrinas sean verdaderas, pues no está en nuestras fuerzas; se puede discutir sobre la esencia de una bombilla, pero para que ilumine hay que encenderla.

Y ¿cómo se encienden las doctrinas cristianas de modo que iluminen y atraigan a los hombres? He aquí el misterio de la fe, que es un don de Dios, y se transmite por la locura y la pobreza de la palabra evangelizadora. Jesucristo es una persona histórica concreta, no una idea. Por eso, nosotros llegamos al Cristo cósmico desde el Cristo histórico; no son dos realidades, sino dos aspectos de la misma realidad. Cristo, señor del cosmos, es el Cristo que nació en Belén, murió en el Monte Calvario y resucitó allí mismo donde fue sepultado. Y la Iglesia no es creación humana, sino presencia de Cristo en el mundo a través de la historia. Y en este sentido, la Iglesia es la misma ayer, hoy y siempre, siendo responsable de los éxitos y errores del pasado y de las esperanzas del porvenir. Por ello estamos obligados a mostrar su credibilidad, pidiendo perdón a Dios y a los hombres por los pecados y equivocaciones del pasado.

El Jubileo del nacimiento de Cristo es una buena ocasión para descender a las raíces de la fe cristiana, denunciando las simplificaciones, los prejuicios y las distorsiones que atentan a su identidad. En la vida de Cristo su muerte fue un escándalo y la Eucaristía, celebración de su muerte redentora, sigue escandalizando en una cultura que considera la vida como el máximo bien y la muerte como el máximo mal, y rechaza que Cristo haya presentado su muerte como fuente de vida, de salvación y de resurrección. En Cristo la muerte fue el acto supremo de su amor al Padre y al hombre; mas si nosotros negamos

la muerte defraudamos el valor de poder libremente aceptar la muerte como la donación suprema de la vida. La fiesta del Domingo no es sólo el triunfo de la vida sobre la muerte, sino la experiencia de cómo de la muerte brota la vida eterna.

*El Cristianismo, piedra de escándalo y de salvación*

Para muchos el cristianismo ya no es una verdad capaz de mostrarnos quién es Dios y quiénes somos nosotros en su presencia, sino una expresión cultural particular de la sensibilidad religiosa universal; con la teoría del evolucionismo se ha superado la doctrina cristiana de la creación del hombre y del pecado original, y con el final de la metafísica la fe cristiana se considera un mero discurso simbólico con el mismo valor de los mitos religiosos o una experiencia religiosa entre otras muchas. Se ha llegado, pues, a una homologación de las creencias y de las religiones, que ha originado una tolerancia generalizada, donde todos somos iguales. Con todo, el Cristianismo real no puede renunciar a su pretensión de verdad y de universalidad.

La modernidad y ahora la llamada posmodernidad han producido unos cristianos a veces replegados en sí mismos y miedosos ante la cultura; mas no tenemos que rechazar la modernidad, ni tampoco desaparecer en ella. Somos llamados, no a combatir al mundo, sino a transfigurararlo; no a condenar a los hombres, sino a anunciarles a Jesucristo que viene a salvarnos y sacarnos de la esclavitud del pecado. Al final del siglo XX ya no es preciso luchar contra las ideologías, sino saber confrontarnos con la indiferencia agnóstica, consecuencia del final del cristianismo de conveniencia social. Necesitamos una nueva estética pastoral y proyectos proféticos nuevos ante el relativismo que se ha impuesto en el derecho positivo y en la moral mediante el poder de las mayorías y la teoría del consenso; necesitamos la nueva evangelización, que no se apoya en recetas, ni en técnicas, sino en testigos santos y en verdaderos padres espirituales. Tenemos modelos contemporáneos, donde fijarnos: teólogos como Urs Von Balthasar y S. N. Bulgakov, mártires como Edith Stein y Dietrich Bonhöffer, místicos como Isabel de la Trinidad y

Teresa de Calcuta, dirigentes de Iglesias como Juan Pablo II y Atenágoras I.

En 1968 se anunció la muerte de la religión y hoy se constata la invasión de lo religioso con la explosión de las sectas y de los movimientos religiosos. En este contexto gnóstico, resalta cómo el verdadero cristianismo y el corazón de la revelación evangélica están en la fe como adhesión personal a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; donde toda la vida queda transformada e iluminada por el amor de Dios. ¿Por qué la teoría de la reencarnación es hoy moda? Quizá los cristianos no hemos hablado suficientemente de la muerte y de la condición del hombre posterior a la muerte; es verdad que hablamos muy poco de los novísimos. El Catecismo de la Iglesia tampoco se extiende mucho sobre la escatología.

De hecho, lo que explica que el cristianismo llegara a ser una religión universal fue su síntesis entre razón, fe y vida, tal como se expresa en su fórmula de presentación como religión verdadera. Ahora bien, en medio del relativismo y sincretismo que dominan hoy el panorama cultural anunciar que el cristianismo es la verdad, es una provocación; de aquí procede la crisis actual del Cristianismo, pues los problemas institucionales son ciertamente secundarios; en medio del pluralismo religioso actual el cristianismo se siente asediado en relación con su convicción de ser la religión verdadera. En consecuencia, el fortalecimiento actual del Cristianismo, como en la época de los Santos Padres, por ejemplo, será la coherencia entre el pensamiento y la acción, entre la ortodoxia y la ortopraxis, entre la fe y la esperanza. La razón auténtica es el amor y el amor es la razón auténtica.

### *Cristianos sorprendidos por la maravilla de la vida*

El verdadero cristianismo se descubre cada día, cuando un hombre o una mujer advierten su precariedad y se ponen a buscar el sentido de su vida, como el hambriento busca qué comer; y cuanto encuentran a Dios, se arrojan en sus brazos y ya no lo soltarán más, pues se han dado cuenta que la vida sólo está en Dios y sólo Él la da. Estamos pasando de una forma de cris-

tiandad a otra forma de cristianismo, donde la fe se vive en comunidad. Dios nos bendice hoy con pequeñas comunidades cristianas, donde las personas son acogidas, se encuentran y se ayudan y donde se lucha por vivir en la amistad del amor cristiano; pequeñas comunidades donde se celebran las maravillas realizadas por Dios para nuestra salvación en formas respetuosas con el misterio y no por ello desprovistas de luz y belleza; pequeñas comunidades donde se viven las bienaventuranzas y donde se gestan los nuevos cristianos preparados ascética y místicamente para las próximas guerras espirituales; el martirio de nuevo aparece en el horizonte de la vida cristiana.

Los cristianos necesitamos abandonar una cierta dispersión y superficialidad con la que hemos hablado y vivido a veces la fe y volver a las realidades fundamentales y esenciales. Hay una necesidad de poner orden en las palabras y hondura en las vidas. Pero antes de salvar las almas, tenemos que salvar las palabras de la fe y su verdadero contenido salvífico. Por ejemplo, en las catequesis y en las predicaciones se habla mucho de la humildad y poco de la aceptación de las humillaciones; se habla mucho de la conversión y poco de los pecados; se habla mucho de la caridad y no tenemos tiempo para el otro, etc. ¿no será que no se sabe de qué se habla? Hay que recuperar el lenguaje profético que es potente, sin quedarse en meras palabras gnósticas y pacificantes. Necesitamos mentes empapadas de fe y corazones ungidos por el Espíritu, capaces de gestar acciones que transformen la vida.

Los Santuarios marianos son lugares de lo esencial; espacios donde encontramos la gracia de Dios y, por ello, también las gracias que necesitamos. La forma de la vida moderna ha acentuado la afluencia de las personas a estos lugares de paz, armonía, oración. Todos buscamos la reconciliación con nosotros mismos, con los demás y sobre todo con Dios, último fundamento de la existencia humana. He aquí otra oportunidad providencial para la nueva evangelización a los pies de Nuestra Señora.

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.  
*Director de Vida Sobrenatural*

# Los gozos del cielo

Para hacernos una idea de la infinita cantidad y variedad de los gozos y alegrías que disfrutaremos eternamente en el cielo, hay que distinguir la diferencia que hay entre estos cuatro conceptos fundamentales: *duración*, *tiempo*, *eternidad* e *inmortalidad*. Veámoslo brevemente.

1. *Duración* es, sencillamente, la “permanencia en el ser”. Toda duración, en efecto, supone un ser existiendo actualmente. Mientras continúe en el *ser*, puede decirse de él que *dura*. En este sentido *duran* la *eternidad* (sin principio ni fin, sin antes ni después), el *tiempo* (con un antes y un después en movimiento) y la *inmortalidad* (con un comienzo y una sucesión inacabable que no terminará jamás). Sólo la nada no dura, sencillamente porque no existe, carece de ser.

2. *Tiempo*. El tiempo está íntimamente relacionado con las cosas *mudables*. Las cosas que se mudan o cambian pasan de un modo de ser a otro modo de ser. El tránsito de uno de esos modos al otro se realiza mediante un movimiento. Ahora bien, la medida de este movimiento es, cabalmente, lo que se llama *tiempo*. Por eso Santo Tomás, siguiendo a Aristóteles, define el tiempo diciendo que “es la medida del movimiento según el antes y el después”.

3. *Eternidad*. Los teólogos católicos, con Santo Tomás a la cabeza, han admitido la famosa definición de Boecio: “la eternidad es la posesión total, simultánea y perfecta de una vida interminable”. Constituye *un solo instante eterno*, sin comienzo, sin sucesión y sin fin.

La eternidad es propia y exclusiva de Dios, uno en esencia y trino en personas. Sólo Dios es eterno. Sólo Él permanece y dura en la zona de lo eterno, sin que ninguna criatura pueda

jamás entrar en esa zona de lo eterno, ni siquiera Cristo *en cuanto hombre*, porque *en cuanto hombre* empezó a existir en el seno de María: no antes. Cristo es eterno *en cuanto Dios* (es la segunda persona de la Trinidad), pero no en cuanto hombre, puesto que, como tal, *empezó a existir*, lo cual es incompatible con la eternidad que no tiene comienzo ni fin.

La eternidad *coexiste* en el tiempo, excediéndolo infinitamente. El tiempo *coexiste* con la eternidad, pero permaneciendo a infinita distancia de la misma.

4. *Inmortalidad*. Consiste en una duración incompatible con la muerte, o sea, en un modo de vida que tiene comienzo y sucesión, pero que no terminará jamás. *Coexiste* con la eternidad, pero sin invadir ni penetrar en la *zona de lo eterno*, que es propia y exclusiva de Dios.

Todos estos conceptos aparecerán más claramente aplicándolos a Cristo, a nosotros y a los bienaventurados en el cielo.

### *Cristo*

Sabemos ciertamente por la fe, que en Cristo hay *una sola Persona divina* (la del Verbo de Dios) en *dos naturalezas* perfectamente distintas: divina en cuanto Dios y humana en cuanto hombre.

Es evidente que por ser Persona divina y por su naturaleza divina está plenamente inmerso en la *zona eterna* propia y exclusiva de Dios; puesto que es el mismo Dios.

Pero su *naturaleza humana* empezó a existir en el seno de María, no antes; y todo lo que existe *habiendo empezado a existir* está fuera de la *zona de lo eterno*, que no admite principio ni fin.

El Verbo de Dios se hizo hombre en el seno virginal de María por obra y gracia del Espíritu Santo. Y al hacerse hombre adquirió la posibilidad de morir y, en efecto, murió crucificado para redimir a la humanidad. Pero, al tercer día, *resucitó* gloriosamente de entre los muertos y adquirió para siempre la *inmortalidad* venciendo con ello a la muerte. "Cristo resucitado ya no muere más, la muerte ya no tiene dominio

sobre Él" (Rom 6, 9-10). De modo que la mortalidad con que nació de María, se convirtió en *inmortalidad* por la *resurrección gloriosa* de su cuerpo, que dejó de ser mortal para adquirir para siempre una inmortalidad que no terminará jamás.

### *Nosotros*

Algo parecido ocurrirá con nosotros. Cristo es nuestra Cabeza y todos los miembros de su cuerpo místico correrán la misma suerte que Él.

En efecto: hemos nacido todos en el *tiempo* y con un cuerpo *mortal* y, de hecho, moriremos todos (aunque pueda haber excepciones [1 Cor 15, 51]) y todos resucitaremos como Cristo (dogma de fe). Pero al resucitar no asumiremos el cuerpo *mortal* que teníamos antes de morir, sino un cuerpo totalmente espiritualizado y dotado de absoluta *inmortalidad* (1 Cor 15, 35-58).

Ahora bien: ¿qué ocurrirá con este cuerpo resucitado? ¿A dónde irá en el momento de resucitar?

a) Puede ocurrir que vaya directamente al cielo, si está plenamente purificado y no necesita otra purificación.

b) Irá inmediatamente al Purgatorio si necesita todavía alguna purificación.

c) Descenderá inmediatamente al infierno si ha tenido la inmensa desgracia de morir en pecado mortal. Lo definió expresamente Benedicto XII (Denz. 530). No habrá reencarnaciones para nadie.

d) *En todo caso no entrará jamás en la zona de lo eterno* (que es propia y exclusiva de Dios) sino que permanecerá para siempre en la *zona de la inmortalidad*, que es la propia de los ángeles y de los cuerpos resucitados. En este sentido puede y debe decirse que los ángeles y los hombres bienaventurados *no son eternos*, aunque sean *inmortales* y permanecerán siempre en esa zona inmortal, *coexistiendo con la zona eterna de Dios* pero sin penetrar jamás en ella. En orden a la *duración* es igual en ambas zonas: ninguna de las dos terminará jamás.

### *Cómo funciona la inmortalidad*

La inmortalidad, aunque no terminará jamás (y en esto coincide con la eternidad) funciona de manera diferentísima a como funciona la eternidad. En efecto:

a) *La eternidad es un solo instante*, que no tiene comienzo, ni sucesión, ni fin. Ese único instante permanece, dura, pero *no transcurre*, abarcando total, perfecta y simultáneamente toda su duración eterna. Podría comparársela de alguna manera a un *reloj parado*: marca siempre la misma hora, porque no anda, no transcurre, no hay en ella ninguna *sucesión*.

b) *La inmortalidad en cambio funciona de manera diferentísima*. Tuvo *comienzo* (en el momento de la resurrección gloriosa) y hay en ella continua *sucesión* y transcurso de tiempo. Ello hace posible el *cumpleaños* del resucitado (cosa absurda en la zona de lo eterno); y así, el mismo Jesucristo en *cuanto hombre* ha cumplido ya dos mil años y seguirá cumpliendo años indefinidamente en virtud de su inmortalidad que no terminará jamás. Esto exactamente ocurrirá con todos los bienaventurados; aunque estos sucesivos cumpleaños no harán que ninguno de ellos sea más joven o más viejo que los demás, puesto que todos resucitarán en *edad juvenil* –como Cristo– y continuarán eternamente jóvenes aunque vayan cumpliendo incabables cumpleaños. Que los bienaventurados resucitan todos en edad juvenil y en ella permanecen eternamente lo enseñan la mayor parte de los Santos Padres, con San Agustín a la cabeza.

Las razones que impulsan a pensar en la resurrección juvenil de todos los bienaventurados son las siguientes:

a) Cristo, cabeza de la Iglesia, es el modelo y ejemplar de los resucitados. Pero Cristo resucitó en edad juvenil, hacia los treinta y tres años. Luego no sería congruente que la Cabeza del cuerpo místico fuese joven y los miembros de su propio cuerpo no.

b) La resurrección será obra perfecta, por ser obra de Dios. Pero la naturaleza humana alcanza su máxima plenitud y perfección hacia la edad de Cristo, ya que antes no se ha desarrollado todavía del todo y después empieza a decaer. Luego alrededor de esa edad conviene que resucitemos todos.

c) Dios añadirá lo que falta a los niños pequeños y reparará la decrepitud de los ancianos, volviéndolos a todos a la edad juvenil.

d) Esta juventud puede oscilar, sin embargo, en algunos años más o menos, para que la igualdad no sea absoluta en todos y la variedad añada un complemento de belleza en el conjunto.

e) Todos los bienaventurados resucitarán sin ningún defecto físico, sin la menor fealdad y con una hermosura física verdaderamente deslumbradora.

f) Los diferentes grados de gloria y de resplandor entre los bienaventurados no engendrarán ninguna clase de envidia, de emulación o de celos; pues la caridad perfectísima en que se abrasan todos ellos, hace que se gocen y alegren muchísimo de ver que algunos tienen mayor gloria que ellos, por haberla merecido en este mundo por su mayor santidad de vida. Aparte de que cada bienaventurado goza de manera tan completa y acabada su propia gloria y felicidad, que nada más puede apetecer o desear. Tiene repleta hasta el borde su propia capacidad de gozar.

### *La gloria del alma y la del hombre*

Ante todo hay que distinguir entre la gloria del *alma* y la gloria del *hombre*. La primera se salva íntegramente sin la gloria del cuerpo; pero la segunda exige esencialmente la gloria del alma y la del cuerpo, ya que ninguna de estas dos partes separadas constituyen al *hombre* compuesto de alma y cuerpo en unión substancial.

#### *1. La gloria del alma*

Se salva esencialmente con sólo la visión y el gozo beatíficos sin más. La visión directa y cara a cara de Dios “tal como es en sí mismo” (1 Jn 3, 2) llenará al alma de una felicidad innarrable, de la que en este pobre mundo no podemos formarnos la menor idea. Pero *sin perder un solo instante esta visión beatífica* –más aún, brotando precisamente de ella– no hay

inconveniente en añadir los goces complementarios relacionados con el cuerpo. No les concedamos, sin embargo, demasiada importancia a estos goces del cuerpo complementarios de la gloria del alma. Santo Tomás advierte profundamente que consistiendo la bienaventuranza esencial nada menos que en la posesión y goce frutivo del Bien absoluto e infinito, cualquier complemento corporal que se añada a esa divina fruición no significa nada. Es el caso de un multimillonario a quien se le regalan, además, algunos céntimos...

Sin embargo, en esta vida los goces del cuerpo glorificado pueden ayudarnos a imaginar un poco la variedad inagotable y la maravillosa intensidad de lo que gozaremos en el cielo por toda la eternidad. He aquí un breve resumen de los mismos, siguiendo las directrices de la Iglesia y las enseñanzas de los teólogos con San Agustín y Santo Tomás a la cabeza:

## 2. *La gloria de los cuerpos gloriosos*

### a) Las dotes

Recordemos en primer lugar las cuatro grandes cualidades o *dotes* del cuerpo glorioso. Todas ellas constan en la Sagrada Escritura.

a) *La claridad*: “Los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13, 43). ¡Espectáculo maravilloso! El cuerpo de cada bienaventurado brillará con su propio resplandor, unos más que otros según el grado de bienaventuranza que mereció en esta vida. Este resplandor variadísimos, aunque incomparablemente mayor que el del sol, no deslumbra ni molesta nada, sino, al contrario, llena los ojos de increíble suavidad y dulzura, como experimentó Santa Teresa cuando el Señor le mostró sus manos glorificadas (*Vida*, 28, 1-5).

b) *La agilidad* en virtud de la cual los bienaventurados pueden trasladarse con la velocidad del pensamiento a sitios remotísimos atravesando distancias fabulosas en un instante: “Pero los que confían en Yahvé renuevan sus fuerzas y echan alas como de águila y vuelan velozmente sin cansarse, y corren sin fatigarse” (Is 40, 41).

c) *La sutiliza*, en virtud de la cual el cuerpo glorioso *espiritualizado* (1 Cor 15, 44) secundará perfectísimamente los menores movimientos del alma procedente del dominio absoluto del espíritu sobre la materia que no le ofrecerá la menor resistencia.

Sin embargo, la salida de Cristo resucitado de su sepulcro sellado (Mt 27, 66) o su entrada en el cenáculo estando las puertas cerradas (Jn 20, 19-26) no fue un simple efecto de la sutileza de su cuerpo glorioso, sino un milagro realizado por el mismo Cristo, lo mismo que al nacer de la Virgen María (III, 57, 4 ad 2).

d) *La imposibilidad* es una gracia y dote de los cuerpos gloriosos que los hace del todo invulnerables a cualquier molestia o quebranto alguno. Los textos bíblicos son muy abundantes y expresivos:

“No padecerán hambre ni sed, calor ni viento solano que los aflija” (Is 49, 10).

“Ya no tendrán hambre, ni tendrán ya sed, ni caerá sobre ellos el sol ni ardor alguno; porque el Cordero, que está en medio del trono, los apacentará y los guiará a las fuentes de aguas de vida, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos” (Apoc 7, 16-17).

“Y la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo esto es ya pasado” (Apoc 21, 4).

## b) Los goces de los sentidos corporales

Además de las cuatro cualidades o dotes que acabamos de recordar, hay que tener en cuenta que *cada uno de los sentidos corporales* tanto *externos* (vista, oído, olfato, gusto y tacto) como *internos* (memoria sensitiva, imaginación, sentido común y facultad estimativa o instinto) tendrán sus goces apropiados con una intensidad y variación inmensa, de la que en este mundo sólo podemos hacer algunas razonables conjeturas ante la imposibilidad de describirlos tal como son en sí mismos. En todo caso, los goces de los sentidos corporales, como todo el conjunto de la gloria del cuerpo, será una mera redundancia y derivación de la gloria del alma que, como ya hemos dicho,

*no perderá un sólo instante la visión y el goce beatífico que constituye la gloria esencial del cielo.*

Puestos a imaginar algunos de estos goces de los sentidos corporales podemos hablar razonablemente de la siguiente forma<sup>1</sup>:

a) *Los ojos* contemplarán con indecible deleite la soberana belleza y resplandor de la humanidad de Jesucristo, con los cinco luceros de sus llagas en sus pies, manos y costado. Ello solo constituirá una alegría y gloria ocular verdaderamente inefables.

También la belleza inmaculada de la Virgen María arrebatará de admiración y de amor a los bienaventurados. Santa Bernardete en Lourdes y los niños de Fátima –que quizá no la vieron en todo el esplendor de su gloria, sino sólo en la forma imperfecta que sufre nuestra actual miseria y flaqueza– quedaron arrebatados en éxtasis al contemplar la celestial aparición.

Otra de las grandes alegrías que experimentaremos en el cielo será el reencontrar para siempre, llenos de felicidad y de gloria, a nuestros seres queridos que la muerte nos arrebató dolorosamente en este mundo: padres, hijos, hermanos, amigos íntimos, etc. Y esta alegría natural quedará sobrenaturalizada de tal modo que gozaremos más, muchísimo más por el hecho de verles bienaventurados para siempre que por los entrañables lazos familiares o de amistad que nos unieron con ellos en este mundo.

La vista de los demás bienaventurados, con sus cuerpos resplandecientes de gloria en tonos variadísimos y con exquisito lujo de matización según el grado de gloria del alma de cada uno, constituirá también un espectáculo grandioso, imposible de imaginar en este mundo.

Y luego la variedad inagotable de las criaturas todas, esparcidas por la inmensidad de los espacios. El bienaventurado podrá recorrer la Creación entera en todas direcciones, en excursiones maravillosas realizadas con el avión ultrarrápido

1. Véase nuestra *Teología de la salvación* (3.<sup>a</sup> ed. BAC 1998, n. 401-402) que recogemos a continuación.

de su propia agilidad. Y todo ello, repetimos, *sin perder un solo instante de vista la divina esencia*, objeto infinito que constituye la felicidad y la gloria esencial del cielo.

b) *El oído* percibirá las alabanzas que subirán hasta el trono de Dios de boca de los bienaventurados<sup>2</sup> y será recreado por armonías maravillosas, de las que las más sublimes de la tierra no son sino debilísimos ecos. San Francisco de Asís fue recreado en esta vida, en un éxtasis inefable, con un instrumento músico pulsado por un ángel, y creyó morir de felicidad y de gloria.

c) *El olfato* será recreado con suavísimos y fragantísimos perfumes, ya que ése es su objeto propio y de otra manera no quedaría beatificado.

d) *El gusto* tendrá sus deleites apropiados, aunque parece cosa cierta que los bienaventurados no comerán ni beberán, ya que ninguna necesidad tienen de ello, puesto que sus cuerpos no sufrirán jamás desgaste alguno y dependerán enteramente del alma que les comunicará su propia inmortalidad.

Sin embargo, algunos Santos Padres –entre los cuales San Agustín– y muchos teólogos, fundándose en los episodios evangélicos en los que Cristo resucitado comió con los apóstoles (Lc 24, 41-43; Jn 21, 12-15; Act 10, 41) llegaron a pensar que también los bienaventurados comen en el cielo, no para alimentarse sino para ejercicio y deleite del gusto. Pero esta razón no convence, ya que el sentido del gusto puede ser beatificado en su acto propio sin ponerse en contacto con alimento alguno, y es más natural que sea así dada la inutilidad de los alimentos en la vida bienaventurada. Como explica Santo Tomás, Cristo comió para manifestar a sus discípulos la realidad de su cuerpo resucitado, pero de ningún modo asimiló aquellos alimentos<sup>3</sup>.

2. Santo Tomás dice expresamente que en el cielo habrá alabanzas *vocales*, no porque Dios lo necesite, o sea más perfecta la alabanza vocal que la interna, sino para ejercicio del lenguaje y deleite de los sentidos (Suppl. 82, 4 ad 4).

3. SANTO TOMÁS, Suppl. 81, 4, ad 1.

e) *El tacto*, finalmente, gozará de deleites purísimos y delicadísimos, cuya verdadera naturaleza y alcance no podemos precisar en este mundo.

Esto es lo que la pobre razón humana en alas de fantasía, alcanza a discurrir en torno a los goces de los sentidos corporales en el cielo. Sabemos que serán intensísimos y enormemente beatificantes. Aunque –como ya dijimos– comparados con la gloria esencial del cielo, que es la visión y el goce beatífico de Dios, representan sólo unos céntimos regalados a un multimillonario; casi nada. Por eso hacemos nuestras las siguientes palabras del P. Ruiz Amado<sup>4</sup>.

“Aunque bien podrá ser que, como a los que están ardentemente enamorados se les hace indiferente e insípido todo lo que no toca o no dice relación a la persona amada, así los moradores del cielo de tal manera están sumergidos y anegados en Dios, que nada apetecen sino en Dios, conociéndolo en Dios, amándolo en Dios y gozándose de ello en Dios, y bañándose eternamente en aquel océano de gozo que de este conocimiento, amor y gozo de Dios rebosará y se derramará, no sólo en el alma, sino también en todas las potencias y sentidos del cuerpo resucitado y bienaventurado”.

ANTONIO ROYO MARÍN, OP.  
*Madrid*

4. P. RUIZ AMADO, *El cielo* (Barcelona, Aviñó, p. 77).

# Dolores Dávila Sestelo (Hna. Ángeles del Niñito Jesús)

Una cima del espíritu  
escalada por sendas de pequeñez

## I. TIEMPOS DE FORMACIÓN CRISTIANA

Probablemente en toda la historia de la espiritualidad no haya nada semejante a lo que se observa de manera patente en la vida de esta cristiana. En su primera juventud abrazó la vida religiosa; pero su estilo espiritual –‘el aire’, como ella decía– lo tenía perfectamente asimilado desde bastantes años antes, por extraño que esto pueda parecer.

Lo ‘pequeño’ se filtra por todas partes. Condiciona no solamente las actitudes, sino también la totalidad de la vida externa. Llega a crear todo un lenguaje, con el que –lo confieso– no me había encontrado nunca. Los diminutivos se hacen presentes con una frecuencia llamativa, y no son raros los casos en que dos o tres se acumulan en una misma palabra. A ello se añade otro detalle importante. Dolores Dávila Sestelo es gallega y conserva íntegro ‘el aire’ de su tierra; los diminutivos están expresados en formas gallegas.

El ‘Papasño’, que es Dios Padre, y la ‘Mamasiña’ María se encuentran en todas las páginas. ‘Jesusiño’ está presente poco menos que en cada línea. Éste es un hecho, bien singular en la historia. El desconcierto inicial pronto se transforma en pasmo ante la increíble riqueza de vida que se oculta detrás de todo este lenguaje, jamás usado para exponer profundas experiencias de vida y de santidad cristianas.

El nombre de religión es un indicio significativo: Angeles del *Niñito* Jesús. El ‘Niñito’ frecuentemente es un ‘pichuchín’,

o un 'pichuchiño', con quien 'Angeliños' tiene gusto en bromear, lo cual no impide que lo ame con locura y que esté dispuesta a soportar por Él cualquier clase de sacrificio. Las expresiones son siempre de pequeñez, de una pequeñez extrema, pero el contenido se sitúa al nivel de un heroísmo habitual. En 'Angeliños' expresión y contenido son inseparables, porque la expresión viene a ser una parte importante del contenido mismo.

Todo cuanto se refiere a Dolores Dávila está tan ensamblado en lo pequeño que, saliendo del marco de la pequeñez, uno mismo se incapacitaría totalmente para entenderlo. Y si alguien, al salir, quiere también sacar a Dolores Dávila del 'pequeñísimo mundo de su pequeñez', la deformaría por completo y, aunque se ocupase de hechos realmente ocurridos en la vida de ella, con toda seguridad ella no los reconocería como suyos.

Dentro del marco de pequeñez, tal como Dolores Dávila lo trazo y lo vivió, todo es perfectamente coherente. Quien lo contempla en su globalidad, se da cuenta de que no se trata de sentimientos pueriles, en los cuales las incoherencias y, mas aún, los vacíos son absolutamente inevitables; lo pueril no puede ser principio de una personalidad integrada e integradora.

Cuando uno se detiene ante esta 'pequeñez', que es Dolores Dávila, comprende que se trata de una pequeñez paradójica, con la paradoja del evangelio. Dolores Dávila posee una madurez cristianamente grandiosa, la cual, precisamente por ser grande, sólo puede ser expresada en la pequeñez: algo así como 'la fuerza se muestra en la debilidad' (2 Cor 12, 9), y la riqueza de la salvación en la pobreza del Salvador (cf. 2 Cor 8, 9).

He intentado dar un diseño, todavía muy impreciso, de la 'pequerrecha Angeliños'. Ello me crea el compromiso de mostrar con pruebas lo que aquí es simplemente afirmado. Confiamos que la 'pequeñísima Angeliños' guíe la mano que pretende dar a conocer su pequeñez, tal como ella misma la pensaba y la vivía, en la convicción de que esa pequeñez vale más que todos nuestros grandes discursos, ante los cuales ella se horrorizaba, como propios de 'mayorones' que a ella no le decían nada.

### 1. *Vida en familia y tiempo de colegio*

Dolores Dávila Sestelo nació en Vigo el 8 de Noviembre de 1899 y fue bautizada el 23, o sea, exactamente a los quince días de haber nacido. Sus padres fueron Angel y María Plantila, que tuvieron cinco hijas: Angelita, fallecida en la niñez, Concha, Dolores, Jesusa y María Teresa.

La educación fue esmerada, porque los padres, aparte de encontrarse en condición económicamente desahogada, pusieron gran empeño en cumplir sus deberes a este respecto. Los cumplieron para con todas las hijas. Sin embargo, no dejaron de mostrar una especial predilección por Dolores, conocida familiarmente como *Loliña*; ella misma se reconoce como el centro de la vida familiar. “En casa –dice– *Loliña* fue siempre el ‘chichí’ de todos. ¡Viva Jesús” (Autob., n. 50). De manera enteramente única, fue el ‘chichí’ de su papá, el cual tuvo manifiesto influjo en su vocación a la vida religiosa.

En la autobiografía, *Loliña* –que era ya Sor Angeles del Niñito Jesús– dice lo siguiente: “Papá me enseñó a querer al Corazón de Jesús y a la Virgen. Aún no sabía hablar y decíame: Di conmigo: Mamasiña, yo te quiero mucho, no me dejes hasta verte [¿verme?] junto a ti, hazme monja o hermanita. Nada entendía de esto, pero tocando palmaditas de alegría repetía: monjita, monjita. Desde entonces la Reiniña del cielo fue siempre mi Mamiña...” (n. 6).

Estos ejemplares padres ponían especial interés en la educación religiosa de sus hijas, sin presionarlas lo más mínimo en su decisión vocacional, como lo prueba el hecho de que cada una siguió su camino, sin necesidad de luchar contra obstáculos originados por gustos del padre o de la madre.

Desde la infancia, *Loliña* se caracterizó por una llamativa generosidad; todo lo suyo era para los demás, como si nada le perteneciera en propiedad. Con acento un tanto poético, una nota biográfica dice que lo más expresivo para definir a *Loliña*, ya desde sus primeros años, es “el símil del pájaro”. Y da la explicación siguiente: El pájaro, “siempre con los pies en el suelo o en una rama, está dispuesto a volar por las alturas con entera libertad, gozando del espacio”.

Loliña era efectivamente libre; no tenía apegos, y estaba siempre dispuesta a prestar unos servicios que felizmente se convertían en alas para volar, bien hacia lo alto, bien hacia quienes pudieran necesitar o desear alguna ayuda. Pero fijémonos: estamos todavía en la infancia de Loliña, y no tendría sentido pretender que aquella innata generosidad haya llegado, entonces mismo, a realizaciones de elevado contenido. Se trata únicamente de asistir al nacimiento de cualidades que tendrán después manifestación poco menos que ininterrumpida.

Hizo sus primeros estudios como pensionista en el colegio de las Hermanas de la Caridad. Ciertamente los estudios no eran su dedicación preferida. Ella misma se define como holgazana. Estando en el colegio, hizo su primera comunión el día de San José de 1907, cuando tenía poco más de siete años. “Desde entonces –dice– los dos nos quisimos tanto... Yo sentía su cariño por aquí dentro, y era tan distinto del de las niñas que ya no quise a ninguna por amiguita. En el Pichuchiño tenía todas mis delicias” (Autobiografía, n. 11).

La primera comunión produjo un cambio radical que afectó a todos los sectores de su vida. En cuanto a su espíritu, se advierte de inmediato que un tema, central hasta entonces, como había sido el Sagrado Corazón, desaparece prácticamente y deja el puesto al misterio de Jesús niño, en cuya comprensión Loliña continuará progresando hasta el fin de su vida.

En Loliña el misterio de la infancia de Jesús lleva el acompañamiento de una profunda devoción eucarística. Hay una especie de reflujo entre ambos aspectos del único misterio. La infancia de Jesús vivida con las características que destacan en el tiempo litúrgico de Navidad impulsa hacia la eucaristía, y ésta, por su parte, tiende a crear en el espíritu la atmósfera típica del tiempo de Navidad. Jesús Niño, sin sufrir cortes en su misterio, se convierte así en la nota configurante y unifican te de la entera vida de Loliña.

Como se puede comprender, las manifestaciones principales de todo esto han de ser buscadas en los años posteriores a la profesión religiosa de Loliña; pero su presencia se advierte ya desde la infancia. Es Loliña misma quien lo dice.

Inmediatamente después de haber informado sobre su primera comunión el día de San José, añade: “Al pasar por delante de Jesús para ir a la clase, no dejaba de asomarme a la puerta, hacerle un mimo con la cabeza y darle besitos por el aire. Dábame penilla verle encerradito en esa casita tan pequeña” (n. 12). Después, en conversación directa con Jesús, Loliña le dice: “Jesusiño, nunca vi la llave [del sagrario] puesta; si no te abría para que te escapases. ¡Con lo que me gustaban a mí las casas grandes, para correr y jugar de noche al escondite...!”.

Sobre su vida de colegiala, hay informaciones de carácter general que reflejan muy bien sus cualidades y, sobre todo, el espíritu que la animaba ya en aquellos años. Loliña era inteligente y captaba bien la enseñanza que le era impartida. Aparte del trabajo directamente escolar, aprendió los oficios que a principios del siglo XX se consideraban propios de la mujer; tocaba el piano y era excelente dibujante; de sus tiempos de religiosa se conservan, en el monasterio de Palencia, labores suyas, en las cuales, según se dice, hay muestra de cualidades pictóricas sobresalientes.

Por lo que se refiere al trato con sus compañeras, ella misma dice lo siguiente: “En el colegio nadita sufría, no porque fuera buena, no, era de lo malo. Lo peor es que pedía perdón por las niñas y las sacaba del cuarto de las ratas”, es decir, salía fiadora de las trastadas de sus compañeras. Loliña concluye el relato de este punto reconociendo que “todas me querían” (Autob., n. 50).

Lo más importante se refiere a su espíritu. Dejemos que Loliña siga informándonos. “Era muy mala –dice– pero nunca me castigaron. Como no hablaba, ¿pensarían que era muy buena? ¡Ay no, eso no! Es que mi Moniño por dentro me distraía mucho y no podía charlar con las niñas; pero con Él no cerraba el pico, todo se lo contaba. No le tenía ninguna vergüenza y hacía todas las pillerías que podía. Mientras comían las Hermanas, sin que me vieran, iba a la capilla. ¡Cuánto me gustaba, Nene mío, estar allí quietecita contigo! Pronto tenía que dejarte solito para que nadie se enterase” (Autob., n. 14). Cuando estaba segura de que nadie la sorprendería allí, su mayor gozo consistía en “jugar al escondite con Jesús” (p. 7).

Además de jugar al ‘escondite’ con Jesusiño, para mostrar efectivamente que en el trato con Él no se retraía por vergüenza, le hacía mil monerías. Yo –dice Loliña– “era un títere: le pellizcaba, arañaba, tiraba de la narizita, jugaba con Él a la pelotita, y no se enojaba, no, jamás”. Y dirigiéndose a Jesús, le pregunta: “¿Te gustaba mi cariño turuleque? ¡Vaya, sí, sí! Muy bien nos entendíamos sin tenernos nadita de vergüenza... Tan de veras nos queríamos los dos que deseábamos saber nuestros gustos, para mutuamente complacernos” (Autob., n. 28-29).

La atención de Loliña se centraba en su “Encantiño”; vencida de que lo tenía dentro de sí misma, vivía permanentemente envuelta en una atmósfera de amor. Este amor no tenía nada de sentimental. Ya durante los años de colegio producía en ella algo parecido a una habitual situación de *éxtasis*. Recordemos palabras suyas que han sido transcritas.

Como era callada, las Hermanas del colegio la tenían por buena, cosa que Loliña no admite. Pero precisamente al querer mostrar que era ‘malona’, descubre su secreto. ¿Por qué Loliña guardaba silencio? Escuchemos de nuevo sus palabras: “Es que mi Moniño por dentro me distraía y no podía charlar con las niñas” (Autob., n. 14). ¡Jesús la distraía por dentro! ¡Feliz distracción! ¡Una niña ‘distráida’ hasta el extremo de no poder charlar con otras niñas entre las cuales y con las cuales pasa su vida! Es una ingenuidad que se abre hacia el heroísmo, ya en aquellos años de niñez.

En Loliña la primera comunión fue una verdadera transformación de tal hondura que, empleando una expresión que a ella probablemente le disgustaría, imprimió a toda su vida una configuración mística. Loliña misma, comentando aquel acto, dice: “Jesusiño vino a mí. ¡Con qué hambre le comí...! Tan fuertemente le abracé en mi corazón, para que no se escapara nunca, nunca, que casi le espachurro. ¡Pobriño! Pero no, no. Es tan grande y chiquitín... Ocupándolo todo, desaparece. Lo que pedí, todito me lo dio. ¡Qué buenísimo eres! Desde entonces los dos ¡nos quisimos tanto!... Yo sentía su cariño por aquí dentro y tan distinto del de las niñas que ya no quise a ninguna por amiga. En el Pichuchín tenía todas mis delicias” (Autob., n. 11).

La intimidad con Jesús llena toda la interioridad de esta niña, la cual anda ya por altas cimas de santidad. Es una intimidad rica en contenido y, al mismo tiempo, está informada por las cualidades personales de Loliña, en quien no se sabe qué admirar más, si su desprendimiento de todo querer propio o el sentido lúdico que imprimió a todo su trato con Jesús. “El –dice Loliña– me quiere y yo, aun llenita de maldades, quererle mucho, muchino. ¿Verdad que sí, Jesuñño? Aunque le reñía y daba mordisquitos..., era todo de cariño. Jamás nos dimos el más mínimo disgusto” (Autob., n. 5).

Entre las informaciones contenidas en la documentación presentada, figura la siguiente: “Desde que hizo la primera comunión todo cambió en ella; sus gustos, sus actitudes, todo era para Jesús. Loliña murió y, si sacaba el genio, en seguida se reconciliaba. Era de un carácter fuerte y voluntarioso, pero la experiencia que tuvo de Jesús en la eucaristía hacía que se venciera a la menor indicación de que pudiera disgustar a Jesús (...). Loqueaba por la eucaristía. El sagrario era el jardín y cita de sus delicias, y ante él y en él se mostraba como verdadera niña jugando con su Chiquitín” (pg. 9).

Esta especie de omnipresencia de la eucaristía en la vida de Loliña hace que resulte un tanto extraño su absoluto silencio acerca del sacramento de la confirmación. Consta que lo recibió el 9 de Agosto de 1907, a sea, medio año después de su primera comunión. Quienes convivieron con ella saben que la primera comunión “marcó su vida”, mientras que de este otro sacramento dicen no haberla oído hablar. Advierten, sin embargo, que Loliña, convertida ya en Sor Angeles, mostró extraordinaria docilidad a la acción del Espíritu Santo en su vida (cf. p.8), y una fe profunda en que es el Espíritu Santo quien guía a la Iglesia. De todo ello se verán abundantes muestras cuando llegue el momento apropiado. Por ahora baste esta idea general.

Loliña, después de terminados sus cursos regulares, continuó participando en la vida del colegio hasta su entrada en religión. Fue en este tiempo cuando realizó otra serie de estudios entonces corrientes para completar la formación de una joven de su posición social y cuando se capacitó para otras

labores de índole cultural o acordes con su condición femenina. La información procede del P. Teódulo Peláez (cf. p. 10), el cual empezó a ser confesor y director de Loliña del curioso modo que ella misma detalla (cf. *Autob.*, n. 26).

## 2. *Con la mirada puesta en el convento*

En el primer encuentro con Loliña, el P. Peláez le prometió que la llevaría al convento, donde podría vivir enteramente libre de preocupaciones y dedicaciones mundanas: cosa que ella deseaba ardientemente. Para valorar exactamente lo que Loliña dice en la autobiografía, hay que tener en cuenta una información general, cuya exactitud está garantizada por la totalidad de una vida abundante en muestras de madurez.

La información a que me refiero dice lo siguiente: “A pesar de los años y estudios, ella seguirá jugando y saltando; más tarde, en la carta que solicita la entrada para religiosa, se expresará con términos que a nosotros actualmente nos sorprenden”. Loliña no era una chica simplona o melindre; más bien era madura, intrépida, sensata; pero la dimensión espiritual la cultivaba con especial esmero” y no tenía otra ilusión que la de “conservarse pequeña a sus propios ojos, a los de los demás y, sobre todo, a los de Jesús” (p. 10).

La voluntad de abandonar la familia para ingresar en convento fue ocasión de que Loliña hiciera cosas socialmente extrañas. Ella misma dice lo siguiente: “No sé qué tenía la calle, dábame mucho miedo; cuando iba sola, cerraba los ojos para que me guiase el Nene. Algunas veces hacíalo requetemal y tropezaba con la gente... Unos me reñían, otros me querían. Todo, todito, pagábalo mi Chiquitín... ¡Qué buen niño! Después de oírme tan panchamente, me decía: ¿Ves? Así tienes que hacer tú cuando te riñan: callar, callar y no llorar. Así me enseñaba en todas las cositas y, como le quería, hacíale caso. Mucho, mucho nos quisimos los dos siempre... Yo le cuidaba a Él y Él a mí” (*Autob.*, n. 26).

Caminar con los ojos cerrados puede parecer cualquier cosa, porque es un hecho desconcertante. Dado que la entera vida de Loliña muestra evidente y permanente madurez, hay

que reconocer en todo eso lo que se podría llamar exageración mística. Cuando la persona camina hacia la perfección, pero no ha logrado aún asentarse en ella perfectamente, comete excesos que ella misma evitará después. Recordemos algo de lo ya dicho. Loliña experimentaba que Jesús 'la distraía por dentro' y sentía su amistad con tanta fuerza que no estableció amistad con ninguna niña. Son datos bien comprobados a los que es necesario prestar atención.

A todo eso hay que añadir alguna cosa nueva que, sin duda, tiene relación con lo que ahora intento explicar. El día 8 de Agosto de 1918 falleció el papá de Loliña, la cual tenía entonces dieciocho años, es decir, se encontraba en la edad en que, cuando iba sola por la calle, cerraba los ojos. En este contexto, Loliña hace una referencia a su papá y dice: "Nos queríamos demasiado. Casi siempre íbamos juntos por la calle y rezábamos mucho" (Autob. n. 33). Esta compañía era insustituible. Además, Loliña no podía prescindir de su juego que ahora consistía en "marear al Encantiño". Lo mareaba –dice– "con tanto repetirle: Niñitín, a los veinte años al cielo o al convento. ¡Fíjate bien! (...). Ser todita tuya en un palomarcito (...). El tiempo pasaba (...). Ya no podía estar más en el mundo. Mis deseos de ser enterita de Jesús eran inmensos... La negrura de la tierra dábame miedo" (Autob., n. 34-35). Y porque le daba miedo, le hacía cerrar los ojos.

Loliña había alcanzado los veinte años. Ella misma dice que no podía permanecer ya más en el mundo. Quedaban únicamente dos soluciones: o morir e ir al cielo con Jesús o ingresar en algún 'palomarcito'. Su voluntad se inclinaba hacia la segunda.

Pero –dice– "el tiempo pasaba, era muy viejiña y nadie me decía qué años tenía" (Autob., n. 35). Después de tanto ponderar su exagerada edad de veinte años, comprende que es ella misma quien tiene que plantear el problema y plantearlo a la única persona que entonces podía darle una respuesta, es decir, a su mamá.

"Fui a mamá –dice Loliña– un día que estaba junto al jardín del Nene (teníale muy florecido) y le dije: Si quisiera ser monja, ¿me dejarías? Vete a enredar, decía. ¿Quién te mete a

ti en eso? Anda, mamasiña, dímelo y me voy. ¿Me dejarías? Dime un sí y te quiero. Si Dios te llama, aunque me cueste mucho, sí, te dejaré. ¡Ay, qué gustiño! No quise saber más. Se lo dije al P. [me imagino que se trata del P. Peláez], que me engañaba con tanta disculpa y ya todo lo arregló en seguidita. Sólo faltaba que viniera una carta del cielo con el permiso y pronto llegó. ¡Cuánto debo al Padriño! En el cielo le mostraré mi grande agradecimiento. ¡Oh, sí! Una de mis primeras caricias será para él” (Autob. n. 35). ‘El cielo de donde esperaba una carta’, pienso que es el convento en que deseaba entrar.

Sólo faltaba solicitar el ingreso y esperar la respuesta. Con fecha 24 de Marzo de 1920, Loliña escribió a la M. Abadesa de las Canónigas de San Agustín, que era hermana del P. Teódulo Peláez y que había recibido ya de éste informaciones acerca de la aspirante al ingreso en aquella comunidad. Siendo aquélla la primera vez que escribía y tratándose de un asunto tan serio como era la realización de su vocación, el texto de la carta resulta extraño y probablemente suscitó perplejidad en la destinataria. Loliña sigue siendo la de siempre y habla como habló siempre, porque tiene la convicción de que, a través de unas determinadas personas, su verdadero interlocutor es Jesusiño.

Sobre esta base, veamos el texto de la carta que dice: “El niñito Jesús me rapiñó; quiero ser toda suya. Madre, deseo ser siempre de Jesusiño en esa linda casa. ¿Me admitirá ahí? Seré buena y no haré renegar a las monjitas como aquí a las niñas. No le digo lo remalona que soy, porque se asusta y ya no me quiere. Me gusta mucho jugar, saltar como una niña de dos años: así dicen y tengo ya veinte. ¿Tendré la dicha de verme en ese cielito pequeño que ansía mi alma entera? Quiérame, Madre; arréglole enseguida todo con mi Nene, padriño y Mamá. Me cansé de estar quieta. Voy a columpiar al Niñín. Soy de Jesús y suya. Loliña” (pg. 71).

No es necesario detenerse a ponderar las singularidades de esta carta, que seguramente no tiene ninguna semejante en todas las que, en cualquier tiempo, hayan sido escritas para pedir la admisión en un convento. Por si los motivos de extrañeza fueran pocos, el 2 de Abril escribió una nueva carta que no pudo menos de acrecentarlos. Transcribo parte: “¡Qué

riquiño es [Jesús]! Si viera cuánto nos queremos... En Junio, ¿seré toda suya? Cuando lo pienso, me vuelvo loquilla de alegría y no puedo ser formal: salto, corro y abrazo a todos (...). En su carta, ni un beso envía para el Pichuchín mío. ¡Qué malona es! No la va a querer. Gracias que yo lo comí a mordisquitos y está tan contentito. Adiós, Madriña. Con grande cariño la abrazo. Me voy a jugar con el Niñito” (pg. 73).

El P. Peláez, previendo lo que podría ocurrir, había tranquilizado a la Superiora, que era hermana suya. En carta del 23 de Febrero le había dado amplia información sobre aquella joven, que sólo suspiraba por dejar ‘el mundo’ y ser admitida en la comunidad religiosa. Entre otra serie de cosas, le decía lo siguiente: “El carácter de esta criatura es la inocencia y el candor. Juega a las muñecas y salta a la comba en la calle; como si tuviera diez años. Por eso hace el efecto de que es tontina; no lo es, ni mucho menos, pero tiene el alma tan candorosa como de seis años”. “La hallo tan niña, no en edad (...), sino en sencillez e inocencia que me hace el efecto de que va a ciegas (...). Que no es para el mundo, lo veo clarísimo” (pg. 69). En carta del 9 de Junio vuelve sobre la misma idea, diciendo: “Dios quiera que nunca pierda el candor e inocencia, que es en ella el carácter dominante (...). La candidez me hace pensar que su vocación no es para las Adoratrices, sino para las Agustinas Canónigas” (pg. 74).

Los pasos siguientes fueron dados con rapidez. A la madre de Loliña le costó aceptar que su hija fuera religiosa; y, después de haber aceptado, pretendía que Loliña entrase en alguna congregación de enseñanza, con el fin de que no se alejase de su lado. Loliña no quería ni pensar en esto; sentía necesidad de un género de vida en que no hubiese trato con el ‘mundo’, para ella lo único apropiado era una vida ‘de clausura’. Es el P. Peláez quien informa sobre todo esto, en la citada carta a su hermana. La información es ampliada en otra carta posterior, fecha 9 de Junio; en ésta, el P. Peláez da una noticia que no sé si está relacionada con los planes de la madre. “Yo creía –dice– que iba a tener vocación de Adoratriz” (pg. 74). Pero pronto advirtió que Lolina se inclinaba “al retiro completo de las Agustinas Ganónigas”, a pesar de que el

conjunto de personas entre quienes se desarrollaba la vida de Loliña tomaban claramente postura “contra su vocación a Agustinas Canónigas” (Ib.).

Por fin, la voluntad de Loliña triunfó sobre “los mil decires” con que unos y otros la habían ‘mareado’. Es ella misma quien se expresa así y quien añade gozosamente: “Llegó mi gran día: 10 de Junio de 1920, octava del Corpus”. Pero ese día, que era el señalado para salir hacia el convento y que a ella la llenaba de gozo, causaba en la familia “una tristeza que espachurraba el corazón... Estaba tan parviña que no me daba cuenta de lo que pasaba (...). ¡Adiós Galicia entera! (...). Mamá, en el tren, todo el tiempo llora que llora. ¡Pobriña! Cuanto más la acariciaba el Nene más lloraba. En cada estación me decía: Vámonos, Loliña, ¿qué vas a hacer entre personas mayores? (...). Bajémonos aquí. ¿Quieres? Perdóname, mama-siña. ¡Cuanto te hice sufrir! Sólo, solito fue por Jesús; si no por nada del mundo me separaba de su lado. Las horas del tren fueron terribles. Todos los que venían allí eran contra mí. Nene mío, si no fuera por ti... Tu cariño todito me vino a mí. ¡Viva Jesús! Llegamos a Palencia a las dos o tres de la mañana del viernes ... Aquel mismo día, fiesta del simpático Corazón de Jesús, bien tempranito, entré con el Nene en este Jardín Agustiniانو” (Autob., n. 37-41).

Ya tenemos a Loliña en el monasterio por el que tanto había suspirado y donde permanecerá hasta el fin de su vida, una vida que se apagó para este mundo el 15 de Julio de 1988. Es el monasterio de Canónigas de San Agustín, de Palencia. Una cosa es de notar: Loliña llegó a integrarse perfectamente en el monasterio, que había sido objeto de sus ansias. Pero la adaptación fue difícil desde todos los puntos de vista. El P. Peláez, en la carta del 9 de Junio de 1920, citada hace un momento, habla de las dificultades con que jóvenes gallegas tropiezan cuando, para realizar su vocación, tienen que trasladarse a Castilla. “Lástima –dice– que las de aquí tengan tantas contras para ir a ésa [a Palencia]: el clima, la educación, el permiso, la sociedad en que aquí viven...”. ¡Todo son obstáculos!

Loliña, por su parte, lo dice con toda franqueza; en la autobiografía le dedica espacio más bien amplio. “Estaba

muy contenta –dice– pero todo me costaba mucho. ¡Esto es tan distinto! Las comidas no me entraban, empezando por el chocolate de la mañana que daba ganas de arrojar. Si no comía, como regalo me daban un huevo frito que ni verlo podía de tantos que nos daban en el colegio. Gracias a un Chiquitín que ponía bajo el plato y entre los dos comíamos cuanto podíamos. ¡Viva Jesús” (n. 42).

Durante el tiempo de postulante dice haber sido increíblemente mala –“es increíble lo malona que fui” (n.43)– tanto que hubieran podido expulsarla. Pero añade a continuación: “Ahora ya no lo soy tanto. Vi sus vencimientos y procuré responderles un poquitín. Si hacían mal las cosas, rompían algo y otras trastadas, me adelantaba a pedir perdón a la M. Maestra, como si fuera yo, y recibir por ellas la propinita”. Aun haciendo esto, o sea, continuando lo que había hecho ya en el colegio para sacar de apuros a otras niñas, añade: “las riñas y caras feas me dolían la mar” (n. 44).

Loliña habla también de otra falta de adaptación que se situaba a nivel más profundo. Recibió el hábito el día 19 de Diciembre de 1920. Antes hubo de hacer los ejercicios espirituales. Durante ellos –dice– “me hablaban de propósitos, de pasión dominante que no entendía, porque pensaba que eran todas iguales. Para verla rapiñé la libreta de conciencia de una novicia. Sólo vi garabatos incomprensibles. Jesuñño me acusó y me la quitó del bolsillo del mandilón. ¡Qué disgusto! (...). No me quedan ganas de volver a pecar (...). Tenía que corregirme... Jesusín encargóse de hacerlo todo Él sin trabajo ninguno. ¡Qué bien lo hiciste!” (n. 45).

Loliña no entendía aquel lenguaje y, después de rapiñar una libreta, tampoco logró entender. Lo que le ocurría era, en el fondo, lo que ella misma declara más en detalle, al hablar de su profesión solemne. “En ejercicios –dice– me dejaron sola con un libro (no sé el que era). Nada más lo abrí una vez, y leí eso que dicen muchos: estar a los pies de Jesús como la Magdalena. Nada, nada me gustó. Ni la sombra conozco de esa humildad; es muy fea para mí. Soy demasiado pequeña. Si me quedo a sus pies, tiene que inclinarse mucho para mirarme y se molesta. No, no. La humildad de los niños es de otro

color: quererte a Ti más que nadie. Cuanto más pegadita a Jesús, mejor. Yo sé que estoy con Jesús-Papá; me acurruco en su colihío y ojitos, con ojitos y boquita, con boquita, a lo calladito, querémonos los dos. ¡Oh qué cielihío pasamos los dos juntitos...! Él solo puede decirlo” (n. 69). Aunque estas aclaraciones se refieren a hechos, que sólo llegarán al cabo de cuatro años, creo que dan la verdadera clave para comprender la situación de Loliña durante los ejercicios que precedieron a su toma de hábito. Su interior no sintonizaba con lo que se le proponía y que era lo comúnmente practicado.

Narra otros episodios de noviciado. Llega, por fin, el momento de expresar la máxima dificultad de adaptación. “El noviciado –dice– está encima del coro. De noche, mientras todas dormían, me levantaba y con la cabeza en el suelo para estar más cerquita del sagrario, le contaba a Chiquitín todas mis cosillas. Sólo con Él tenía confianza. Esta tierra no era mi cielihío. Aquí el cariño a Jesús era muy distinto del mío: ni siquiera coger el Nene por los pelitos y hacerle monadiñas me permitían. Todo era pecado y falta de respeto, según ellas... Siempre dale que dale con mi mal espíritu... Si no se hace castellana y trata a Jesús como nosotras –me decían– no puede ser santa. Todo lo creía. Como no era capaz de complacerlas, poníame triste y las acusaba al Nene que me consolaba lindamente... El respetillo que las monjitas tenían a Jesús –ese cariño político...– dábame miedo. Al Chiquitín no le gustaba. ¿Cómo tratarlo así? ¡Si eres mío propio, el hermaniño de siempre a quien adoro, mi vidiña y mi todo! Tú eres, no yo” (n. 54).

Algo más adelante, y en relación con el mismo tema, dice: “Mientras las monjitas estaban en el refectorio, le llevaba la comidita a Jesús; en la reja del coro poníale el plato para que Él primero comiera lo que le gustase y después a mí me sabía rico. Cuando ellas terminaban de comer escapaba yo; así no ponían caras feas ni a Jesús ni me decían que le trataba como a un muñeco, como solían. Sí, en verdad es mi divino Muñequito, el lindo Jesusiño: siempre, siempre te llevo del alma en el fondo y te guardo constante cariño, para que nadie te me rapiñe” (n. 63).

La inadaptación tenía expresiones múltiples. Cuando era ya anciana, Sor Angeles de Niñito Jesús las resumió en párrafos impresionantes tomados de una cinta en que, sin que ella se diese cuenta, fue grabada una conversación suya. Veamos: “Me costó mucho, muchísimo hacerme al aire castellano. Lloré mucho. No te puedes imaginar. Todo era distinto para mí, completamente o en todo, en todo... Al principio era una negrura... Como no decía nada a nadie, sólo me veían llorar, por esto sería que decían que no tenía vocación” (pg. 27, n. 37). “Los confesores me han hecho sufrir mucho...” (Ib., n. 36). “Cuando al principio me querían mandar a casa, porque decían que no tenía vocación, yo me iba a la ventana de la celda y lloraba y decía a Jesús: Jesús, me dicen que no tengo vocación, me dicen que mande una carta a mi mamá que venga a por mí y le decía a mamá: aunque te digan que vengas, no te vengas, porque te irás sola; aunque me maten, yo no me salgo por nada. Entonces llamaron al P. Morán “(pg. 26, n. 35). De la intervención del P. Morán se hablará más adelante. Loliña le cobró gran cariño. Dice que fue el único Padre a quien se abrió. Él, por su parte, le dio esta gran con signa: “No digas estas cosas a nadie, porque te estropearán. Arréglate con Jesús y con el Espíritu Santo”. Loliña concluye el relato de la escena diciendo: “Sólo vino una vez” (Ib.).

Loliña sufrió. Ofreció los sufrimientos al Nene y logró integrarse plenamente en una comunidad, en la cual y desde la cual cumplió una misión providencial. Ella misma proclama el cambio. “¡Cuánto me costó acostumbrarme! No hacía más que llorar, y me decían que no tenía vocación. El Jesús castellano era distinto del Jesús gallego... Ahora cambió y es un cielo” (Ib., pg. 25, n. 15).

Concluyo esta parte de mi trabajo, señalando algunos hechos pertenecientes a la historia del año de noviciado; el primero sirve de enlace con los años de colegio. “Las novicias –dice Lolina– recreábanse charlando sentadas o paseando. Yo no; me cansaba (...); pero mostraba alegría, estaba con ellas sin estar: Jesusiño siempre me distraía” (n. 45). ¡Distracción extática!

Otro hecho importante es narrado por Loliña de manera muy escueta, diciendo: “Con permiso del Padriño, hice los tres

votos a lo calladito, y otro de no poner triste a mi Nene con pecado venial deliberado” (n. 46). ¿Consecuencia de esto? Escuchemos: “Ya no era la misma. Aquella Loliña se murió D.E.P. Ahora es Angeliños del Niñito Jesús. Nació bajo su cunita y por eso nos queremos tanto” (n. 47).

Cuando ya en el noviciado una vida religiosa alcanza semejantes profundidades, se puede conjeturar cuál será su riqueza al cabo de largos años vividos en fidelidad. Creo que Loliña es uno de los casos más evidentes de fidelidad a la vocación de santidad que Dios infunde en quienes reciben el bautismo. Loliña captó muy bien que la vocación bautismal es la entrada en un orden de existencia enteramente nueva, la cual consiste en vivir “como niños recién nacidos” (1 Pe 2, 2).

### 3. *Don Angel Dávila, educador*

En la vida de Loliña, la persona del padre tiene un relieve absolutamente singular. La singularidad de dar vida expresa una de las más altas modalidades de grandeza humana. Ahora, sin embargo, no se trata de esto. Mi intención es referirme únicamente al tema educación para que aparezca con la debida claridad el modo como este concreto padre que fue Angel Dávila cumplió sus obligaciones, en este campo, para con su hija Loliña.

Entre las diversas informaciones recogidas acerca del padre, veo una, la que está al comienzo, que no me parece del todo correcta. Se sugiere la idea de que la especial solicitud de Don Angel en la educación de Loliña tenía su origen en que el padre veía a la hija “inclinada hacia lo religioso con una predisposición privilegiada”. Este sería el motivo de dedicarle “tiempo con el fin de enseñarle a rezar, a tratar con Jesús y a sacrificarse por complacerle” (pg. 4-5). Según esto, la acción del padre estaría motivada por lo que él veía ya en su hija, a quien desinteresadamente quería ayudar, con el fin de que las proyecciones e inclinaciones de la hija llegasen a madurez.

Esta imagen de educación paterna es magnífica y ojalá se realizase siempre. Pero creo que no expresa bien lo que Don Angel hizo con su hija. Alguna otra información me parece

más exacta. Se dice, en efecto: “La vocación de Loliña nació ya de muy pequeña; parece que fue su padre quien se la inculcó desde la más tierna edad, cuando –según ella refiere– la invitaba a orar en estos términos: (...). Hazme monja o hermanita” (pg. 10). “Este papá que con tanto primor había formado el corazón de su hija Loliña, no pudo ver fructificar la vocación de su filliña, a la que tanto amaba” (pg. 12).

Esto me parece lo exacto. El padre se adelantó. La precoz vocación de Loliña es, indudablemente, un don de gracia. El padre, sin embargo, tuvo el mérito de que, antes de haber visto nada, introdujo en el corazón de su hija las disposiciones óptimas para acoger el don divino. Si no me engaño, el testimonio de Loliña en la autobiografía no puede ser entendido de otra manera. Todavía Loliña no sabía hablar y ya su padre la invitaba a invocar a la Virgen, diciendo con él: “Mamasiña (...), hazme monja o hermanita”. Loliña confiesa que “de esto no entendía nada”, a pesar de lo cual, “tocando palmaditas de alegría, repetía: monjita, monjita”. La Virgen fue siempre la “Mamiña”. Loliña, como hija, le ofrecía sus obsequios. “Le daba nísperos, cerezas y lo que a mi me gustaba (...). Más tarde todos los mimitos fueron para el Chiquitín” (n. 6).

Loliña, oyendo cosas del cielo, “deseaba que todos los de casa fueran allá, sobre todo papá al que quería más que a nadie”. Y enseguida dice la razón de esta preferencia en el amor. “El me compró al Nene y en la mesa me decía: esto me gusta mucho, y se lo doy al Pequeñito. ¿Tú qué le vas a dar? Yo callaba, y al llegar los postres todo se lo daba. Tan bien aprendí la lección que después me decían que al Nene le gustaba más comerlo por mi boquita (...). Con papasiño me enfadaba, porque a media noche iba a besarme, me tapaba y me hacía estirar. Si tenía penillas, me llevaba a su cama y, dormida a su lado, se quedaba contento”. Esto fue para Loliña una gran lección. Es ella quien añade inmediatamente: “Ahora hago yo lo mismo. Cuando estoy cansadita y tengo sueño, me acerco a mi Encantiño Hostia y los dos dormimos” (n. 15).

Otro ejemplo del padre sirve a Loliña para idear una manera nueva de ofrecer ‘monerías’ al Nene. “Un día –dice– papá a todas nos trajo huchas del Banco para que echásemos

las pesetas que nos daban”. Loliña comenta: “A mi nada bien me parecía que el Nene no la tuviera también” y, dirigiéndose personalmente al Nene, sigue hablando así: “Deja, yo te haré a ti una hucha más linda que todas y daré para tus cosañas las pesetitas que quieras. ¡Ya verás! Hícelo como le dije y hasta hoy no he dejado de darle moneditas... Son todas muy pequeñas: no mover las piernas estando sentada, coger bien los libros; en vez de pasmar, estudiar, no escribir la lección en la mano trampeando...; al llamarme mamá no decirle ‘ya voy’, sino ir corriendo, y así miles de cositas parecidas (Ahora [es decir, estando ya en el convento] son distintas). Todas le gustan mucho, porque se las doy con grande cariño” (n. 15).

Lamenta no haber sido jesuita “como su tiiño”, pero se consuela con esta reflexión: “Soy monjita y te quiero desde aquí, Jesusiño; te daré el mundo entero llenito de lindas almas, para que en ellas te glorifiques a tu gusto (...). En nuestros juegos siempre había para Él algunas moneditas. Si por allí veía niñas mayores, los dos desaparecíamos por encanto. ¡Viva mi Jesusiño adorado!” (n. 16). La formación en el espíritu de pequeñez, una de cuyas manifestaciones es el ‘juego con Jesús’, requiere también un acompañamiento de pequeñez. Loliña está presuponiendo que niñas ‘mayores’ respiran unos ‘aires’ en los cuales el juego infantil ya no es posible. Es un mundo en el que Loliña se siente incapaz de penetrar. Se aleja no por cobardía, sino por mantenerse en la ‘distracción’ con que Jesusiño la atrae. Es una ‘distracción’ a la que nos hemos referido ya varias veces.

Los efectos de la educación paterna se encuentran por todas partes, de modo especial en los comienzos de la autobiografía. “Voy a ser –dice Loliña– un capullito de Jesús, muy cerradito... Sólo me abriré a ti para que juegues deshojándome por las almitas. ¡Ay Jesusiño, Jesusiño mío! ¡Qué picarillo eres! Cuanto más te doy más quieres. Nunca se llena tu hucha. Las moneditas que te doy, enseguida las gastas. ¡Claro! Como tienes tantas cositas..., todas son pocas. Tampoco a mí me llegaban las pesetillas para comprarte churritos. ¿Te acuerdas, Moniño? En casa me decían que era lo que más gustaba al Nene, y al salir de clase se los llevaba fresquitos. ¡Me daba una

vergüenza ir cada día a la lechería a comprarlos! Si no fuesen para Ti, Jesúsín, no iba. ¡Ca! No, no. Ahora te doy bombones de papel negro, que son los más ricos. ¿Verdad que sí?” (n. 18-20).

Todo esto, con otras cosas que no es necesario transcribir, muestra cuán a fondo la educación paterna penetró en el corazón de Loliña hasta configurarlo en uno de los aspectos más característicos. Este modo de expresar a Jesús una ternura infantil, de ofrecerle obsequios infantiles, de emplear símbolos infantiles para dar rienda suelta a un amor heroico: todo esto tiene su origen –así, al menos, lo pienso– en la educación paterna. Loliña hace un resumen de lo que en su vida significaba esta característica de su piedad. El día –dice– lo iniciaba apremiando a sus hermanas Jesusa y M.<sup>a</sup> Teresa “para que fuesen a buscar al Chiquitín Hostia, y no cesaba hasta la noche en que peleaba por besar a mi Chichí, a papá y a mamá antes que ellas. ¡Perdóname, Jesusiño!” (n. 21).

A este Jesusiño, a quien ofrecía tantos obsequios para procurarle ganancia de almas, le tributaba también, a la sombra de su padre y en compañía suya, otras honras que la beneficiaban a ella misma. Loliña, en efecto, escribe: “Llenaba los bolsillos de peras e iba con el Pequerrecho, le sentaba en el colo y mientras él tocaba, yo comía. Papá, paseándose por detrás, se frotaba las manos de gusto, pensando en su Loliña. Y no, no. ¡Le engañaba! El que musiqueaba tan bien en el piano era mi Loliño” (n. 22). Ya no es Loliña quien actúa, quien hace las cosas. Es Jesús quien las realiza en ella.

El P. Peláez intentó apartarla de este trato infantil con Jesús. “Me decía el Padriño que hasta que no jugase [hasta que no dejase de jugar] y fuese formal, no podía ser monjita” (n. 34). Pero Loliña se siente totalmente incapaz de ser ‘formal’ a la manera que se le pedía. “Yo –dice– quería complacerle y casi no podía. Ponía las muñecas al sol para que se tostasen un poco y dejasen de ser rubias; quería que se pareciesen al Nene. Íbame a columpiar al Pichuchín mío; pasaba todo el tiempo cantándole eso que nos gusta a los dos: ¡Ay, meu Niniño... muíta paz pra mentras viva e teu coliño no ceo! Entonces nada de lo que decía entendía. Pero mi Pequerrecho, ¡vaya, sí, sí! Se le metió tanto en su cabecita... Hasta ahora ni por un momento

en toda la vida se alteró la paz en esta almita. ¡Qué bueníño, pero qué rebueníño eres con tu pequerrecha! Jesús riñó al Padriño en la escalera y nos dejó jugar a todo”.

¡Jugar con Jesús! Loliña nunca podrá prescindir de esto. Lo que de suyo es ocupación de infancia, para Loliña era el símbolo de una infancia espiritual, que no sólo había de permanecer, sino que debía crecer incesantemente hasta el último día de su existencia terrena. Esta existencia se prolongó hasta una avanzada ancianidad, y para la anciana el juego con Jesús fue también una ocupación deliciosa. En el origen de esta singular infancia se encuentra un don divino, ciertamente, pero también la eficacia de una educación que, tal vez, nunca padre alguno impartió en su familia. Recordemos: Loliña empezó a recibir esta educación cuando aún no sabía ni siquiera hablar.

Don divino y educación paterna asentaron en Loliña la invencible convicción de estar llamada a la pequeñez. Esta convicción la expresa muy bien comentando un hecho, de suyo trivial. Era costumbre que la novicia, al hacer la primera profesión, abandonase la celda que ocupaba en el noviciado, y le fuese asignado otro lugar en el monasterio. Loliña hizo su primera profesión el 21 de Diciembre de 1921. Pero –comenta– “no me llevaron a la celda, como suelen; dejáronme en el noviciado por mucho tiempo, para que fuese buena y creciese un poco, no crecí nadita; mi Amado me achicó más, y si crezco, me lleva al bodegón negro” (n. 60).

Don Angel continuó siendo el educador de su hija hasta una edad que no requiere ya esta dedicación. Hasta la muerte, ocurrida cuando Loliña estaba cercana a los dieciocho años, su padre la acompañaba en las salidas a la calle. “Casi siempre íbamos juntos por la calle y rezábamos mucho” (n. 33).

Loliña amó a su padre entrañablemente y dio a su amor una expresión que, en lo humano, resulta bien extraña. Cuando se hablaba del cielo, “decíanme cosas tan lindas que deseaba que todos los de casa fuesen allá, sobre todo papá al que quería más que a nadie.

ARMANDO BANDERA, OP.  
*Salamanca*

# La Cena del Señor

## II. El Seder

¿Cómo se desarrolló la cena de Pascua? Los judíos la llaman ‘*Seder de Pésah*’. Seder (orden) es el conjunto de ritos y costumbres que la regulan. No se puede asegurar que los ritos fundamentales de hoy estuvieran vigentes en tiempo de Jesús, pero serían parecidos, ya que los textos de la ‘*Haggadah*’<sup>1</sup> son muy antiguos.

Después de lo expuesto anteriormente sobre la presencia en la cena del Señor de otras personas, además de los doce apóstoles, no es ejercicio de fantasía e imaginación suponer que María, la madre de Jesús, también presente, encendería las lámparas de la sala cuando ya caía la tarde, como hacen hoy las madres de familia en los hogares judíos, y diría la bendición: *Bendito seas, Adonay, Dios nuestro, Rey del universo, que creaste la luz*. Desde este momento las lámparas de aceite, cuya luz temblorosa alumbraba la sala, iluminaron también los rostros de cuantos allí estaban reunidos y pusieron destellos de alegría en sus ojos y en su corazón.

El ambiente cálido y acogedor, verse rodeado de discípulos, de los que siempre le habían seguido, contemplar el brillo de sus ojos y la alegría de sus rostros por la celebración de la fiesta, no pudieron evitar los presentimientos que bullían en el corazón de Jesús y empezaron a brotar como de un hondo manantial: *He deseado ardientemente comer con vosotros este cordero pascual antes de padecer* (Lc 22,15).

1. *Haggadah*: en la tradición judía, ritual de la cena de Pascua en el que ocupa lugar central el relato de la liberación de Egipto. Los textos más antiguos que se conocen datan del siglo XIII, pero su contenido es anterior al siglo III.

Todo estaba preparado y todos estaban purificados (Jn 13,10). Era el momento de empezar la cena ritual.

### 1. *La cena ritual*

Siento que el límite de espacio no permita exponer con detenimiento el desarrollo de lo que sería aquella cena tan vinculada a nuestra fe y a nuestros sentimientos, tan llena de emociones, de sugerencias, de realidades.

Tras la santificación del nombre de Dios con que comenzaba el rito, hubo un lavado de manos sin pronunciar bendición por ser sólo lavado de limpieza. Después se sirvieron las verduras y Jesús pronunciaría la bendición correspondiente, rompería los panes ázimos y mostraría uno de los trozos a los presentes: *Este es el pan de la pobreza que comieron nuestros antepasados en Egipto.*

Cada cosa, cada gesto, cada palabra tenía en esta noche un sentido nuevo, más profundo, aunque todos conocían dichos gestos y dichas palabras. Les traerían los recuerdos del pasado lejano de su pueblo y despertarían sus esperanzas del presente. Un ayer que era historia y leyenda; un hoy cuajado de inquietudes y presentimientos; un mañana que nadie sabía cómo iba a ser. En la sala se oyó la afirmación de la eterna esperanza: *Somos siervos este año, mas el próximo seremos libres.*

Tal vez a Jesús le vino el recuerdo de otras Pascuas, cuando, siendo niño, José le contaría la historia maravillosa de un pueblo esclavizado en la tierra de los faraones y liberado por la mano poderosa de Dios, los portentos que Dios hizo, las duras vicisitudes durante la larga travesía del desierto hasta llegar a la tierra prometida. Al revivir estos recuerdos, su mirada se cruzaría con la de su madre, a la que también, en estos momentos, le vino el recuerdo de aquellas lejanas cenas de Pascua.

En esta noche era Jesús el que tenía que contar una vez más la vieja y repetida historia. ¿Les hablaría también de la necesidad de una nueva liberación que, como la antigua, habría de iniciarse con una nueva Pascua?; ¿les hablaría de un nuevo

éxodo por las tierras yermas, sin caminos, de otros desiertos?; ¿les hablaría de una nueva alianza? Nada dicen los evangelios, pero no cabe duda que Jesús explicaría el significado de los viejos ritos, de esos ritos que venían celebrándose desde tantas generaciones y habían alimentado el recuerdo y la conciencia de Israel: el sacrificio del cordero, el pan ázimo, las verduras y hierbas amargas... Sus palabras, como la pausada lluvia de la primavera, iban calando en los corazones.

Cuando Jesús terminó el relato, todos levantaron las copas<sup>2</sup> y cantaron los salmos del Hallel<sup>3</sup>: *¡Aleluyah! Alabad, servidores de Adonay, alabad el nombre de Adonay... Desde el levante del sol hasta el ocaso, sea alabado el nombre de Adonay...*

Al terminar el canto de los salmos y beber la segunda copa debía comenzar el banquete del cordero, pero antes tenían que hacer una ablución de manos que, con su bendición, indicaba el carácter religioso de la cena. Pero entonces ocurrió algo inesperado.

Según Lucas, se había suscitado entre los presentes una discusión acerca de quién de ellos era el más importante (Lc 22,24) Jesús se levantó y, sin decir nada, tomó el jarro y el lebrillo de las abluciones y comenzó a lavarles los pies y a enjugárselos con el paño que antes se había ceñido. Terminado el lavatorio, se recostó de nuevo en su diván y les dijo: *El más importante de vosotros sea como el más pequeño, y el que manda como el que sirve. ¿Quién es más importante: el que está en la mesa o el que sirve?; ¿no es el que está a la mesa? Sin embargo, yo estoy entre vosotros como el que sirve (Lc 22,26 s). Si yo, el Señor y Maestro, os he lavado los pies, lo mismo debéis hacer vosotros unos con otros. Os he dado ejemplo... Un esclavo no es más que su amo, ni un enviado más que quien lo envió (Jn 13,14-16).*

No es difícil imaginar los rostros asombrados y las miradas de aquellos hombres, pescadores del lago o campesinos de

2. A lo largo de la celebración hay que tomar tres o cuatro copas de vino rituales.

3. HALLEL significa alabar a Dios. Conjunto de salmos (113-118) que se cantaban en algunas solemnidades, especialmente durante el sacrificio del cordero pascual, en el templo, y en la cena ritual de Pascua, en las casas.

Galilea, al ver arrodillado a sus pies para lavárselos al que admiraban y llamaban Maestro, como tampoco el asombro que habría en los ojos y el corazón de la madre de Jesús y de aquellas mujeres que le seguían y le amaban. Se dice que un judío no debe permitir que un esclavo le lave los pies porque le humillaría; sin embargo, Jesús se arrodilló a los pies de sus discípulos, pies manchados con polvo de muchos caminos, y se los fue lavando uno a uno.

Comieron el pan ázimo y las hierbas amargas untadas en el “*haróset*”, lo que les hacía recordar el sufrimiento de sus antepasados durante los trabajos forzados de la esclavitud, pero vieron también en este gesto un símbolo de la vida, de esa vida de cada día, tejida de momentos amargos y de momentos alegres, de cielos que amenazan tormenta y de horizontes despejados y luminosos que despiertan esperanzas.

Trajeron luego el cordero y empezó el banquete propiamente dicho. Es una lástima que no conozcamos lo que hablaban, los comentarios que harían mientras lo comían y pasaban las jarras de vino. Sin duda, tomando pie de lo que se conmemoraba, comentarían lo que decía la gente, lo que podría oírse en las plazas y mercado, las esperanzas que estaban en el ambiente y en el corazón de todo judío: la de un Mesías, que no acababa de llegar, la de una liberación, ahora del poder romano, que tardaba. Y es de suponer que los dos que habían hecho los preparativos contarían su experiencia de aquel día: lo que habían visto, la animación de las calles, los numerosos puestos, las gentes venidas de todas partes: de Mesopotamia, Egipto, Grecia, Roma, gentes vestidas con ropas extrañas que hablaban lenguas extrañas. Contarían también la ceremonia del sacrificio del cordero en el templo y el canto de los levitas; cómo ellos encontraron ocupados todos los garfios donde se colgaban los corderos para desollarlos y tuvieron que colgar el suyo de uno de los palos que servían para estos casos. Así fue discurriendo el banquete.

Terminado esto, hubo un nuevo lavado de manos, ahora con agua perfumada para limpiarlas de la grasa del cordero, bebieron la tercera copa o copa de la bendición y cantaron la segunda parte del Hallel: *No a nosotros, Adonay, no a nosotros,*

*sino a tu nombre da la gloria (Sal 115,1)... Alabad a Adonay todas las naciones, aclamadlo todos los pueblos (Sal 1, 17.1)... Dad gracias a Adonay porque es bueno, porque su amor es eterno (Sal 1 18.1).* Con este canto concluía el “Seder”.

## 2. *Unas palabras extrañas*

En dos momentos de la cena, cuando rompió el pan y cuando pasó la copa de la bendición, Jesús pronunció unas palabras que no están en ningún ritual de la Pascua o en las costumbres de la fiesta: *Tomad, esto es mi cuerpo (Mc 14,22); Tomad y comed (Mt 26,26); Bebed, todos, esta es mi sangre, la sangre de la alianza (Mt 26, 27).*

La tradición Pablo-Lucas dice que, después de las anteriores palabras, cuando entregó el pan partido y la copa de la bendición, Jesús añadió: *Haced esto en memoria mía (1 Cor 11, 23-25; Lc 22,19)*. Ninguno de los presentes había oído antes semejantes palabras. ¿Recordaría alguno las palabras que Jesús pronunció en Cafarnaúm y provocaron la retirada y abandono de muchos discípulos? En aquella ocasión habló también de comer su carne y beber su sangre: *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna... Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida (Jn 6, 51.54 s).*

Por el texto de Pablo, el primer texto eucarístico que conocemos, anterior a los evangelios, nos damos cuenta de que tales palabras son, en realidad, un texto litúrgico que refleja el modo de celebrar la eucaristía por las primeras comunidades cristianas. Las palabras originales de Jesús no se conocen y tal vez nunca se lleguen a conocer.

Al pronunciar tales palabras, Jesús daba un sentido a aquella cena tradicional de Pascua. Algo parecido a lo que hicieron los hebreos con el sacrificio del cordero de los pastores nómadas y los panes ázimos de los agricultores. Lo que en éstos era un rito de los cultos de la naturaleza, se convierte en detonante y recuerdo de su libertad en el pueblo hebreo. Y lo que en éste es recuerdo y actualización de aquella gesta de la libertad, por la acción poderosa de la mano de Dios, se convierte, por las palabras de Jesús, en recuerdo y actualización de la nueva

Pascua, de una nueva liberación; la de la esclavitud del pecado y del mal por la sangre de Cristo derramada.

En las manos de Jesús, el “*pan de la aflicción*” se convierte en su cuerpo, pan de vida bajado del cielo que quien lo come no muere, sino vivirá eternamente (Cf. Jn 6, 48-58), y el vino de la copa de la bendición se convierte en sangre de una alianza nueva que, como en las antiguas alianzas, es derramada para establecer un pacto, aquí el pacto del perdón de Dios (Mt 26, 27 s).

Los textos no dicen si Jesús pronunció otras palabras ni si ofreció alguna explicación de las que acababa de pronunciar para que no hubiera los malentendidos y la interpretación literal de sus palabras como en Cafarnaum cuando el discurso del “*pan de vida*”. Sin duda, pronunciaría otras palabras y las reseñadas no sean sino una síntesis de éstas.

### 3. *La velada*

Cantada en la acción de gracias la segunda parte del Hallel, los salmos 115 al 118, la celebración ritual de la Pascua había terminado. Según Marcos, *cantados los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos* (Mc 14,26).

Sin embargo, Jesús y sus discípulos no salieron inmediatamente. Era costumbre prolongar la cena con la velada. El historiador judío Flavio Josefo escribe que, a eso de la medianoche, los sacerdotes abrían las puertas del templo para que quienes lo desearan pudieran pasar las horas siguientes hasta el amanecer rezando y cantando<sup>4</sup>. Jesús y los discípulos permanecieron en la sala hasta la medianoche y cuando salieron no se dirigieron al templo sino a Getsemaní, adonde Jesús solía retirarse cuando estaba en Jerusalén.

Es natural que durante la velada hablaran de lo que acababan de celebrar y de las antiguas tradiciones sobre la liberación de Israel, de las intervenciones maravillosas de Dios y de la dura marcha por el desierto hasta alcanzar la Tierra prometida, pero hablarían también de otras cosas. Por ejemplo, de

4. Antig. Jud XVIII, 2,2.

la situación que estaban viviendo, de los sentimientos del pueblo, de sus preocupaciones y de sus esperanzas en nuevas intervenciones salvadoras.

Jesús explicaría el sentido profundo de los ritos y de las palabras que había pronunciado en la cena y en aquella noche. Y, presintiendo que serían sus últimas palabras, abrió las compuertas de sus propios sentimientos que empezaron a brotar desde el hontanar de su corazón. Son las palabras, las maravillosas palabras, que se encuentran en el cuarto evangelio y que, a veces, tienen un aire triste de despedida, de despedida de los amigos que, si no le comprendieron del todo, Él sabía que le amaban<sup>5</sup>.

Es cierto que estas palabras, que inexplicablemente no se encuentran en los otros tres evangelios, no son las originales de Jesús. Cualquiera lo puede comprender. Pero deben ser la meditación, por quienes las oyeron, de aquellas palabras originales, transmitidas después a las comunidades y recogidas por el autor de este evangelio, a la vez un poeta y un místico.

Es posible que no todas fueran pronunciadas en el mismo lugar, en la sala donde habían estado reunidos, y que algunas lo fueran mientras se dirigían a Getsemaní, tras cruzar las estrechas calles de la ciudad baja. Jesús, después de las palabras de despedida y aliento, había dicho a los discípulos: *Levantáos y vámonos de aquí* (Jn 14, 31).

Así, mientras descendían por la cuesta que lleva hasta el Cedrón, una viña o el leve movimiento de las hojas de una parra rozadas por el viento de la noche, sugirió a Jesús la alegoría de la vid: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos* (Jn 15, 1-8).

Por el camino les fue diciendo: *Me queda muy poco de estar con vosotros... Igual que yo os he amado, amáos también entre vosotros. En esto conocerán que sois mis discípulos* (Jn 13, 33-35).

*Si me amáis, guardaréis mis mandamientos* (Jn 14, 15) *Y si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor* (Jn 15,10) *Os he llamado amigos... No me elegisteis vosotros a mí; fui yo quien os elegí a vosotros* (Jn 15, 15 s).

5. Cf. Jn 13, 31-17, 28.

Luego levantó los ojos al cielo y dijo: *Padre, ha llegado la hora... Yo te ruego por ellos... guárdalos... No te pido que los saques del mundo sino que los defiendas del Malo... Como tú me enviaste al mundo, yo también los envío al mundo* (Jn 17,1-2).

Así fue dejando caer sus sentimientos sobre el corazón de sus discípulos. Es muy probable que algunas frases no pertenezcan al contexto de la cena y que hubieran sido pronunciadas en otros momentos, o sean la experiencia que estaba viviendo, al fin del siglo I, la comunidad donde nació este evangelio, pero son fruto, sin duda, de la meditación de las palabras de Jesús en aquella noche<sup>6</sup>, palabras que deberían ser para nosotros objeto de meditación y de oración.

Cruzaron el torrente Cedrón y llegaron al huerto donde Jesús entró con algunos de los discípulos. Era ya la media noche. La luna llena envolvía con su luz pálida la ciudad e iluminaba los caminos que llevan hasta el valle. El silencio llenaba todo: la ciudad, el valle y la noche. Apenas era roto por el grito de algún centinela desde la Torre Antonia o por la voz lejana que llegaba de alguno de los campamentos que rodeaban la ciudad durante la fiesta.

VICENTE SERRANO

6. Cf. SERRANO, V.: *14 de Nisán, el último día de Jesús*, CEJC. Madrid 1981, 65-70.

## Testigos

# El joven Juan Roig y Diggle, Mártir

Al presentar al joven Juan Roig y Diggle como ejemplo de vida sobrenatural y mártir de la Fe no podemos menos de tener presente el texto de la Sabiduría, *consummatus in brevi explevit tempora multa* (4,13). A los diecinueve años durante los cuales se distinguió por una vida de piedad y testimonio de fe, que podemos calificar de heroica, mereció la corona del martirio, para el que que estaba psicológicamente bien preparado y santamente dispuesto.

Entre las numerosas víctimas de la persecución religiosa que asoló parte de España, entre 1936 y 1939, muchos cayeron con tales connotaciones de mártires de la Fe, que han propiciado la instrucción de los procesos canónicos correspondientes, algunos de los cuales han merecido ya la aprobación de la Iglesia.

La personalidad del joven Juan Roig, hijo de padre catalán y madre inglesa, forjada al alimón con un acusado sentido de militancia cristiana, de no escamotear jamás vida cristiana a ultranza, y al mismo tiempo de profunda vida interior de evocador sentido místico. Por tanto, el joven Juan Roig encarnó un ideal de joven cristiano en perfecta sintonía con la más pura actitud evangelizadora. Tiene, pues, plenitud de sentido para el cristiano de hoy.

\* \* \*

Hijo de Ramón y de Ester-Matilde, nació el 12 de mayo de 1917, y bautizado en la Parroquia de la Purísima Concepción de Barcelona. Recibió sacramento de la Confirmación el 13 de febrero de 1926, en la mencionada Parroquia. En el registro civil consta como Juan-Enrique, si bien entre sus más íntimos y conocidos era llamado John, como acostumbraba llamarle su madre, en inglés.

La familia tuvo además dos hijas, Beatriz y Lourdes. A los tres años lo matricularon en la Escuela Primaria para niños, parvulario entre las calles de Bruch y Provenza, y en 1921 ingresó en Colegio de San Jose de Cluny, ubicados ambos en el mismo barrio donde vivía la familia.

A los siete años hizo su Primera Comuni3n, junto con su hermana Beatriz, la mayor de los tres. A partir de entonces, la madre del ni1o percibi3 una profunda transformaci3n espiritual en el peque1o John.

Pas3 despu3 al Colegio de la Salle, de calle Condal. La madre le acompa1aba cada d3a al Colegio, y un buen d3a el peque1o le confi3 el deseo de ser misionero. La madre le arguy3 de que en Espa1a tambi3n hac3an falta misioneros. John call3 pero la semilla estaba destinada a dar sus frutos. A partir de 1927 inici3 los estudios de Bachillerato, en las Escuelas P3as de calle Diputaci3n. Dada la buena posici3n social de la familia, acostumbra3a a veranear en Premi3 de Dalt con sus familiares. En aquel ambiente se forj3 un grupo de amigos y compa1eros que participaban de las mismas inquietudes humanas y cristianas.

En 1934, el progenitor de John sufri3 una encerrona de materia econ3mica, por lo que la familia perdi3 su desahogada posici3n econ3mica, quedando reducida a una situaci3n de verdadera pobreza. Tuvieron que dejar su mansi3n situada en calle Mallorca, y buscar acomodo en un lugar m3s modesto, desde el que con su trabajo pudiesen hacer frente a las necesidades familiares, y en lo posible atender los estudios de los hijos. Por descontado, tuvieron que renunciar a las vacaciones en Premi3 de Dalt. John por su parte tuvo que dejar de estudiar en cursos oficiales, a fin de trabajar y colaborar en el mantenimiento de la familia. Pero no renunci3 a estudiar por libre. Abrigaba el proyecto de hacerse abogado para poder ayudar a los pobres. En aquella situaci3n, la familia se traslad3 al Masnou, en la marina, ocupando una modesta casa en la parte alta, e iniciando una nueva etapa en su vida, y que iba a ser la definitiva en la vida de Juan Roig y Diggle.

*En el Masnou.*- La pintoresca villa de El Masnou, con su tradición y orientación marinera, fue para Juan Roig como un cordial y acogedor refugio ante la dura prueba familiar. Tal vez el lugar le ayudó a mirar alto, y nuestro joven héroe supo aprovechar la sugerencia. De hecho el impulso y orientación apostólica que animaba su vida, no sufrieron merma alguna, y demostraron ser muy superiores a lo que podía esperarse de su prometedora juventud, y de las brillantes cualidades que la adornaban.

Su vida personal tuvo que desenvolverse en un estrato triple. Trabajo como dependiente en un almacén de tejidos, a base de jornada laboral, lo que ayudaba al sostenimiento de la familia. No quiso dejar sus estudios, y cursar la carrera de Derecho, que consideraba necesaria para su inquietud apostólica. Y un tercer elemento en línea de su orientación hacia el apostolado seglar, lo secundó uniéndose a la Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña, forjando una proyección social por la que sentía acendrada vocación y dentro de la Federación, pronto fue nombrado vocal de piedad, delegado de los vanguardistas, llegando a formar parte del Consejo de la Maresma.

Por otra parte, la vida espiritual de John iba robusteciéndose en gran escala. Podía parecer que externamente no había lugar para otras actividades, pero nuestro joven héroe encontraba horas para desarrollar una intensa vida de piedad. Misa y Comunión diarias. Confesión frecuente. Largos ratos de oración y meditación, con una concentración que sugería la de buenos contemplativos, y no pasaba desapercibida. Bien podemos asegurar que Juan Roig heredó con personal acierto, los postulados de la vida activa, con la profundidad de un talante contemplativo. Personas hay que recuerdan aún a aquel joven rubio, apuesto, al que veían pasar largos ratos en el templo, sumido en oración, y al que después veían entregado a los demás, derrochando actividad y simpatía, buscando el bien de sus almas.

La inquietud apostólica que siempre le animaba, le impulsaba a aprovechar todas las ocasiones que se terciaban a su camino, para llevar las conversaciones a temas relacionados con la fe. Siempre dispuesto a dar suelta al espíritu un tanto de predicador que llevaba dentro. En un encuentro con jóvenes

vanguardistas que tuvo lugar en Montserrat, expuso la profundidad de su fe cristiana con tal vitalidad, que para muchos fue un verdadero descubrimiento. Era un joven de fe, de mucha fe, y no lo disimulaba. Y además sabía transmitirla. No cabe duda que llevaba dentro un espíritu misionero, como de niño dijo a su madre.

La Iglesia y la sociedad española de aquellas décadas necesitaban jóvenes cristianos como John, capaces de promover una juventud valerosa, de signo cristiano y de alto valor humano. En los casos en los que se terció la ocasión, fue también impulsor de vocaciones sacerdotales y religiosas. Todo lo que llevaba sello cristiano y altura de miras, tenía cabida en su corazón.

Las horas de viaje en tren para ir cada día a su trabajo en Barcelona, le depararon a menudo ocasiones para elevar la conversación entre los compañeros de viaje a temas de moral social, y vigorosa espiritualidad del más puro humanismo cristiano. Dispuesto a defender siempre la causa y el honor de Dios, con el Magisterio de la Iglesia, se convirtió en un entusiasta propagandista de la doctrina social de la Iglesia, cuyas Encíclicas y orientaciones pontificias conocía, y daba a conocer a los demás, con admirable convicción y conocimiento. Algunas veces le costó alguna burla, moneda corriente en aquel entonces y ahora, pero a John esto le resbalaba, y no perdía ni la serenidad ni el entusiasmo. Nunca se afectó, ni acobardó. Esta actitud de saber enfrentarse valientemente, con gracia y energía, le acompañó hasta el final de su vida, y en la hora de la muerte.

Otro aspecto que cultivó con especial brío juvenil fue el de escritor en temas más o menos relacionados con problemas de sociología cristiana. No le atraía la literatura pura, sino el género literario didáctico, que le servía para suscitar entre los lectores reflexiones y comentarios sobre temas religiosos de mayor actualidad. A través de sus escritos podemos deducir que no le faltaba madera de escritor.

El Boletín de la Federación de Jóvenes Cristianos del Masnou, titulado *Mar blava*, fue un trampolín desde el que irradió una beneficiosa influencia orientadora entre los jóvenes de la Maresma. Además fue nombrado corresponsal de *El matí*,

desde el que daba a conocer las noticias más importantes de la vida local.

Algunos textos de contenido religioso permiten captar la fuerza y clarividencia de su pensamiento, más valioso todavía si tenemos en cuenta que no tenía estudios especiales de teología. Sobre el tema de la misión de la Iglesia, escribió: “Los problemas que ella ha de resolver en este mundo son innumerables, son todos aquellos que tienen algo que ver con la justicia y con esto queda dicho que difícilmente se le escapa alguno, pero el mismo Maestro divino tuvo cuidado de definir de una vez para siempre la prelación entre ellos: “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura”. La misión sustancial de la Iglesia, la específica, la directa, la que no puede dejar un solo momento, es salvar almas, edificar la Ciudad eterna de la humanidad glorificada. Todos los otros problemas, por importantes que sean, palidecen delante de éste”.

Tiene especial encanto el fragmento siguiente sobre la vida espiritual, tanto más cuanto que expresa el sentir de un joven estudiante y laico de diecinueve años. “Es evidente la necesidad que tenemos los cristianos de poseer el Espíritu Santo, que da fuerza y amor, porque es necesaria una extraordinaria fortaleza para mantener alejados a nuestros enemigos espirituales y materiales. Nos toca, pues, comprender la necesidad que tenemos de poseerlo porque es necesaria al mundo una gran dosis de amor entre los hombres y hacia Dios. Efectivamente: teniendo en cuenta que lo que mas abunda entre los hombres es el odio y la envidia; odio entre patrono y obrero, entre rico y pobre, entre partido y partido político, entre nación y nación, odio entre los laicos ateos y demás sectas contra los cristianos. A lo que se ha de llegar es a una paz verdadera, y ésta no vendrá sino por el amor sobrenatural. A vivir, pues, intensamente la vida sobrenatural. Lo que predomina en el mundo es naturalismo y materialismo, que significa desconocimiento de lo sobrenatural. A tales males tales remedios. Contra las teorías modernas, la vida sobrenatural, espiritual, de unión con Dios: ¡la vida interior!”.

Sobre el conflictivo tema de la adaptación de la Iglesia a los cambios sociales, escribió con agudeza: Estas evoluciones

son lentas, porque la cosa urgente, la cosa realmente necesaria, es sólo una, como dijo el Señor a Marta y María. Las otras pueden esperar, y si tardan en llegar, no es por pereza, por ineficacia de la idea divina que lleva la Iglesia al mundo, sino, por la resistencia que pone la materia humana a toda nueva realización de la justicia. Por otra parte es inútil querer precipitarlo antes de sazón: toda anticipación violenta de una mejora social es una flor enganchada al árbol artificialmente, que caerá marchita pocas horas después”.

Semejante faceta de escritor iba acompañada de notorias cualidades de orador. Sus intervenciones en público no pasaban desapercibidas, y aumentaron su popularidad, que si en algún aspecto le beneficiaron, por otra parte facilitaron a los enemigos de la fe cristiana el que pudiera ser más conocido y de fácil localización al llegar los días amargos de la persecución, de la que él acabó siendo una de sus víctimas.

Juan Roig cumplió en sus pocos años de vida apostólica, verdadera misión de propagandista entre los adolescentes del Masnou, que le recuerdan con admiración y cariño. Si para sus amigos jóvenes de su edad fue compañero excelente, y animador del sentido cristiano de la amistad, para los más jóvenes él actuó como guía y mentor, en la formación de la responsabilidad personal, y siempre desde luego con orientación cristiana. No fue empero su vida un montaje de actividad externa, sino un bíblico “jardín cerrado”, en cuyo interior cuidó con exquisito desvelo las virtudes teologales y morales, que se prodigaron en frutos de vida espiritual.

\* \* \*

*Virtudes cristianas.*- Cuando John Roig iba a cumplir sus veinte años, había alcanzado una madurez espiritual que personas cualificadas consideraron superior a lo que su edad podía dar de sí. Algo que no se improvisa. En cierta manera se le podía considerar como preparado para recibir la gracia del martirio. Era el resultado de una preparación que había precedido a base de intensa y sólida práctica de las virtudes propias de su estado. Dios llama al martirio a quienes en sus

juicios inescrutables estima conveniente, pero todo buen cristiano tiene que estar siempre preparado para secundar la llamada divina, si hiciera al caso.

Con el respeto debido al Magisterio de la Iglesia, a la que corresponde decir la última palabra, creemos piadosamente que el joven Juan Roig y Diggle ha sido uno de ellos. En una de las vigorosas alocuciones dirigidas a los vanguardistas, ante la revolución que se intuía, exclamó con una energía que brotaba espontáneamente de su corazón entusiasta: “Puede ser que entre vosotros haya algún mártir... No pasa nada, nosotros queremos una Cataluña roja, pero roja de sangre de mártires”. Bien podemos considerar el hecho como un arrebató de intuición profética, pero no cabe duda de que fue un aldabonazo que sirvió de aviso para las conciencias, ante el futuro que se avecinaba, y la realidad confirmó.

Dio John desde pequeño muestras de una fe adulta. Su misma madre lo constataba y lo comentó. Parecía el niño encarnar un corazón y un modo de ver las cosas como de hombre maduro. Supo hacer suyo aquel dicho que bajo un reloj de sol pregonaba: “Yo sin sol y tú sin fe, no valemós nada”. Sin cansancio proclamó y practicó John su fidelidad más absoluta a los postulados de la fe a lo largo de toda su vida. En consecuencia, manifestó siempre un profundo horror para todo lo que fuera pecado. En cierta ocasión, y en la intimidad, dejó entrever la idea de que estaría dispuesto a ir al infierno sin culpa, antes que disgustar a Dios con Voluntad plena.

Una intensa vida de fe conduce por necesidad a una sincera y honda vida de caridad, tanto en lo que respecta a Dios, como en lo que mira al prójimo.

Prueba de amor a Dios es la devoción a la Sagrada Eucaristía, Dios con nosotros. Juan Roig era no sólo de Comunión diaria, sino que afirmaba que cuando le era imposible comulgar, encontraba algo a faltar, y no acertaba a encontrarse a sí mismo. Aseguraba que no podía vivir sin la Comunión diaria. Cuando se desató la persecución religiosa y la recepción de sacramentos era prácticamente imposible, llegó a manifestar a su Director Espiritual, que, si fuera posible, estaba dispuesto a ir a pie hasta Francia, para poder comulgar. Amor y entu-

siasmo que tal vez le impidieron medir bien las cosas, pero no cabe duda de que llevaba consigo y expresaba una profunda caridad para con Dios.

Por lo que respecta al amor al prójimo, además de lo que significaba en su dedicación a la actividad apostólica, se proyectaba en muchas obras de caridad social. Dedicaba los domingos, ante todo a cumplir estrictamente con los deberes religiosos y familiares; después, el resto de la mañana, a visitar hospitales, personas enfermas o ancianos, consolándoles y animándoles, y si hacía al caso ayudándoles a prepararse para una buena muerte. En cambio, aprovechaba las tardes para instruir y orientar a jóvenes obreros, sobre la catequesis cristiana, y en especial la doctrina social de la Iglesia, materia en la que estaba sólidamente impuesto.

Es de notar que todo lo hacía con encantadora naturalidad, sin gestos llamativos, ni aires de autosuficiencia. Pobre como era, no podía ayudar con bienes materiales. Pero parafraseando a San Pedro podía decir: No tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo, una vida de fe y de amor compartida. El mejor regalo que se puede hacer a un corazón humano.

Pero estaba llamado a dar la nota más alta que puede darse. La de su propia vida. Los hombres veían su ejemplaridad en el trabajo, su constancia en el estudio, su fidelidad a la piedad y virtudes cristianas. La mirada de Dios fue mucho más allá, y le propuso algo más grande.

*En el ojo del huracán.* Esperada o no, temida siempre, y tal vez intuita, la revolución llegó y triunfó en algunas regiones de España, entre ellas, Cataluña. Y con la revolución llegó la persecución religiosa. Asaltados los templos en casi su totalidad, muchos fueron incendiados y profanados. Los edificios religiosos fueron desvalijados. Miles de sacerdotes y religiosos sufrieron la cárcel, y un gran número de ellos, asesinados. Lo mismo pasó a muchos laicos que sin más culpa que haber sido fieles a sus convicciones religiosas, o como se decía despectivamente, ser “gente de Misa”, padecieron también la cárcel, y no pocos fueron igualmente asesinados. Incontables quienes tuvieron que huir o esconderse. Entre ellos el padre de Juan Roig y Diggle.

Ante aquellos hechos, desconcertantes a más no poder, John estaba desorientado, y no acertaba a explicarse lo que ocurría. Seguro de su inocencia, y apoyándose en ser menor de edad, según la ley de entonces, se sentía a buen recaudo en plan personal. Como hijo de madre inglesa se le propuso salir de España. Hubiera sido relativamente fácil. Renunció a la posibilidad de salvarse a sí mismo, dejando a su padre huido, y a su madre y dos hermanas en aquella angustiada situación. Optó por sufrir la suerte de su familia y la de la Iglesia. En actitud de desagravio visitaba iglesias incendiadas. A impulsos del sentido de familia, acudía a los hospitales para ver si entre las víctimas había algún miembro de su familia. Por si fuera poco, se arriesgaba a llevar la Sagrada Comunión a personas que se habían ocultado a causa de la persecución. Buenos amigos le aconsejaron que fuera cauto, pues la persecución se cernía también sobre él. John, empero, sufría y rezaba, prodigándose todo lo que podía. Su madre le veía, al acostarse, rezar de rodillas y con los brazos en cruz, pidiendo a Dios por tantas necesidades.

La ausencia del progenitor escondido, acentuó más si cabe el sentido de responsabilidad de nuestro joven héroe, manteniéndose firme en el trabajo, y en cierto modo al frente de la familia.

Entre sobresaltos y esperanzas, llegó la noche del 11 de septiembre de 1936. Como de costumbre John se había recogido en su casa, con lo que su madre quedaba más tranquila. De repente un ruido de seco frenazo de coches ante la casa de los Roig y Diggle, alteró la serenidad nocturna. La madre se dirigió al dormitorio de John, y le dijo: "Ya están aquí. ¿Que hacemos?". La casa estaba rodeada y salir era imposible. Los porrazos a la puerta arreciaban. Menudeaban gritos y amenazas. John se decidió a bajar y abrir. Su madre quiso acompañarle. Bajaron los dos y abrieron la puerta.

Un grupo de energúmenos irrumpió en el zaguán, y a empujones llevaron a John a su dormitorio, le hicieron sentarse en la cama con los brazos en alto, mientras ellos se dedicaron a desvalijar la casa, acompañados de insultos a la madre y al hijo. De repente uno dijo: Vámonos. Y al ver que llevaban

consigo a John, la madre se abrazó a él diciendo: “No os lo llevaréis. ¿Qué mal ha hecho?”. Brazos fornidos y corazones sin piedad, arrancaron al hijo de los brazos de la madre, que entre lágrimas, apelaba a los sentimientos filiales y humanitarios de aquellos verdugos, que sordos a sus palabras se llevaron al hijo, quien a pesar del dolor que reflejaba su rostro ante el sufrimiento de su madre, en ningún momento perdió la serenidad.

Para John, el calvario adquiriría una nueva dimensión. Inútil pensar en un juicio justo. La sentencia estaba dictada e inapelable. Pero él estaba en Dios, y así se lo dijo a su madre en lengua materna, cuando lo sacaban: *God is with me* (Dios está conmigo). En la oscuridad de la noche desapareció el coche con los que acaban de robar a la familia Roig y Diggle su más preciado tesoro. La madre nunca pudo olvidar la voz del hijo que con marcada emoción y dulzura le dijo que se iba con Dios.

En aquellas horas angustiosas en que era interrogado mantuvo su imperturbable serenidad, a pesar de estar apuntándole con una pistola en la sien. Contestó a todo lo que le preguntaron, sin comprometer a nadie. Desde el momento en que se lo llevaron volvió a recobrar el equilibrio y dominio de sí, que le había caracterizado toda la vida.

*Consummatum est.*- John llevando la Sagrada Eucaristía de una a otra parte para consuelo y aliento de perseguidos, y comulgando él personalmente pocas horas antes de su sacrificio último y definitivo, no cabe duda que evoca la figura de un San Tarsicio. Su altar, con auras de calvario, fue un descampado a pocos minutos del Cementerio de Santa Coloma de Gramanet (Barcelona), rodeado y perfumado de pinos, cara al cielo cuyo azul se confunde con el mar, que tantas veces había contemplado con ensoñación el Siervo de Dios desde la altura de Masnou. Mientras pudo siguió catequizando pero su última y mejor catequesis fue la de su muerte. Cinco tiros, fácilmente equiparables a las cinco llagas de Cristo, segaron aquella vida joven y llena de promesas, en la que tantas esperanzas habían puesto muchos de los que le conocieron. “Que Dios os perdone como yo os perdono”, fueron sus últimas palabras. La sangre que fluía por tierra, era señal de que su alma acaba de

llegar a manos del Padre. Uno de sus asesinos confesó: “Aquél joven rubio era un valiente; murió predicando, diciendo que me perdonaba y que rogaría a Dios que también me perdonase. Casi me conmovió”.

Un vigilante que vio cómo lo pasaban de un coche a otro, dijo poco después a los tíos de Juan, que seguramente lo matarían, porque no dejaba de decir: “Viva Cristo Rey!”. Un testigo de su detención asegura que algunos de los que formaban la cuadrilla, no se atrevían a poner las manos sobre Juan, pero uno de los esbirros que se caracterizaba por su fiereza, les gritó: “Ya me cuidaré yo”. Pero el Siervo de Dios, real y verdadero eco del manso cordero llevado al matadero, no opuso resistencia alguna. Era su Getsemaní y se dejó llevar. Curiosamente, desde que los milicianos asaltaron el domicilio de la familia Roig y Diggle, hasta su muerte, su serenidad fue en aumento, y su valor ante la muerte, reflejo de la seguridad de la ayuda de Dios que le acompañaba. Ningún signo externo se vio, en el que se perdiese la tranquilidad de quien se sabía en las manos de Dios.

Conmovido el sepulturero, procuró que Juan Roig y Diggle fuese inhumado en condiciones que posteriormente pudiera ser localizado e identificado con facilidad, como aconteció dos años después. Sus restos mortales fueron exhumados y trasladados a un sepulcro personal, donde esperan el dictamen de la Iglesia sobre su martirio, y la resurrección universal de toda la humanidad.

El recuerdo que ha dejado a la posteridad es el de un joven íntegro, consciente y responsable siempre y en todo, acentuando el sentido cristiano de su vida. Por esto se le puede presentar como ejemplo de vida cristiana que supera lo normal. Ejemplo de joven, especialmente sensible para jóvenes, pero con garra suficiente para aprovechar a personas mayores. En espera del juicio del Magisterio de la Iglesia, se está construyendo el correspondiente proceso canónico, con la esperanza de que al llegar la hora de Dios, la figura de Juan Roig y Diggle complete su propia definición.

# El don de la oración en las almas pequeñas: sus grados de unión y transformación en Cristo

## VIII. Consecuencias del Desposorio Espiritual

### *Amor y sumisión a la Santa Iglesia*

Al hablar de la ayuda cariñosa de Madre que la Virgen María nos dispensa en nuestros combates a las almas pequeñas, me he visto con la mente iluminada por una nueva luz que me hacía conocer la grandeza del amor de Cristo al darnos en nuestra trayectoria de la tierra al cielo no sólo una Madre espiritual invisible, la suya, sino otra visible, también llena de ternura la Santa Iglesia. A esa luz he comprendido qué energía y valor recibe en sus luchas, el pequeño que vive sumiso y adherido por el amor a ella. Por esto antes de seguir adelante quiero decir dos palabras sobre el amor y sumisión a esta Madre que tan hondamente la llevo grabada en mi corazón.

La Iglesia mientras vivimos aquí abajo nos lleva en su seno como una madre al hijo de sus entrañas. Por tanto debemos estar tan adheridos a ella por el amor que su vida sea nuestra propia vida. Todo cuanto en ella ha depositado Cristo al hacerla Esposa suya y Madre nuestra, ha de tener su expansión en nosotros de forma que lo suyo sea enteramente nuestro y lo nuestro suyo. No debemos poner entre ella y nosotros ninguna barrera. La vida que parte de Cristo pasando por tan buena Madre, debe llegar a nosotros en toda su plenitud. El corazón de cada cristiano es como, un golfo que ensancha el mar misterioso de la Iglesia.

Unidos a la Santa Iglesia somos un Océano para Cristo donde Él deposita su gracia redentora. Aislados de ella, solos,

nos volveríamos laguna cenagosa. El amor establece una corriente maravillosa entre Cristo, nosotros y la Santa Iglesia. Ella nos da a Cristo y Él viviendo en nosotros nos comunica por su Divino Espíritu su amor y este amor transformante nos hace uno con Él y con toda la Iglesia, beneficiando a todos sus miembros y aumentando sus riquezas. Así todos estos tesoros son bienes comunes a Cristo, el alma y la Iglesia. El alma pequeña viene a ser por tanto un “arca viviente”, arca de oro de la Santa Iglesia donde ella deposita y guarda los tesoros que del Salvador recibe, y cuanto más se anonada en sí misma, más se dilata su capacidad de poseer, de modo que viviendo de ellos, lejos de consumirlos los acrecienta. Es como un banco de crédito que siempre negocia multiplicando los bienes de Cristo.

El alma que ama entrañablemente a la Iglesia, por ella ora, trabaja y se sacrifica; es un hijo en la Casa del Padre Celestial, en el reino de Cristo, y no un asalariado que egoístamente todo lo quiere para sí. Tiene su corazón dilatado para amar a Dios y al prójimo y la característica principal de este amor de hijo pequeño es la sumisión. Se somete dócilmente a la doctrina de la Iglesia y a todas sus disposiciones, todo lo que ella ordena le parece lo mejor porque en esta alma reina el espíritu de su Madre que es el Espíritu que le infundió su divino Fundador Jesús. Sus prosperidades le alegran y le alientan porque las mira como tuyas, y sus persecuciones, contrariedades y sufrimientos no la abaten porque tiene una fe firme, inquebrantable en la promesa del Salvador, de que las puertas del infierno, no han de prevalecer contra ella. Esta fortaleza y energía que Dios da a la Iglesia, sabe que el amor la expande a su vida toda; sus jornadas de lucha están amparadas y reforzadas por ese poder misterioso y secreto que le viene de esa buena Madre que vela por cada uno de sus hijos con tanta mayor ternura cuanto ellos son más pequeños y débiles.

La sumisión íntima y confiada filial en la Madre Iglesia la extiende a sus superiores, a quien, en nombre de Dios guían su alma, a cuantos tienen alguna autoridad sobre ella; sabe que sujetarse a ellos con fe y obedecerles es someterse a Cristo y a su Iglesia, es agradar a Dios, es abrir su corazón al Amor, es unir su voluntad a la divina. Por eso quería decir a las almas

pequeñitas que conceptuó indispensable en su vida espiritual la sujeción a su Director a fin de no hacer nada por propia voluntad sino que todo lleve el sello de la voluntad de Dios. Si el alma pequeña se queda sola, no porque pretenda guiarse a sí misma o que la dirija el mismo Dios, sino porque Él así lo ha permitido, no será fácil en abandonar las normas que anteriormente le hubieran dado, a no ser que vea que ya no le aprovechan o las circunstancias pidan otra cosa. Entonces lo hará con la libertad de los hijos de Dios no por gusto o capricho, sino buscando mayor perfección.

En caso de no tener un Director que satisfaga a su espíritu es preciso, en los casos importantes, pedir el parecer y consejo del Ministro del Señor y si lo hace con humildad encomendándose al Espíritu Santo no dudo que será iluminada, pues aunque no la conozca Dios hará que le dé una respuesta acertada según en cada ocasión lo necesita.

El niño de amor que es llevado como en brazos por Cristo y su Iglesia, más que dirección necesita humilde y sencilla sumisión. Por tanto aunque hubiese entrado en la tercera morada en la que Dios es todo, no tomará ninguna decisión sobre todo exterior sin contar con los que son para ella representantes de Dios y su Iglesia en la tierra. Esto dilata el espíritu, comunica valor y da mérito a nuestras obras. Las cosas nimias las puede solucionar el alma por sí misma a la luz de Dios y también esto es sumisión a Cristo y su Iglesia porque esa luz amorosa que en nosotros brilla ardiente, de ellos nos viene. No ha de olvidar el alma pequeña que el trato con los Superiores ensancha el espíritu o lo apoca. Si va a ellos por miras humanas, por simpatía u otros fines buscándose a sí misma, se incapacita para la gran obra que Dios desea realizar en ella; pero si va con fe, si prescindiendo de lo exterior, de todo lo que es criatura busca a Dios que se esconde en la persona del Superior, éste será un canal por donde la gracia de Cristo y su Iglesia se desborda en ella. Y no importa que el Superior sea de aspecto serio, severo, que al tres por dos reprende, y da desplantes sin ningún miramiento, antes mucho mejor.

Algunas quisieran que su Superiora estuviera fabricada en una confitería. Sólo cuando les sabe a caramelo quieren vol-

ver a ella. Si son tratadas con un poco de dureza se quejan llenas de angustia en vez de alegrarse de tener aquella ocasión de sufrir por Dios. ¡Qué pocos son los que saben hallar tras esa corteza amarga la dulzura de Cristo! ¡Y sin embargo es tan necesario, aunque cueste, para captar lo divino a través de lo humano contar con ellos para todo, someter nuestras actividades a su aprobación y no hacer nada a escondidas sin su licencia especialmente tratándose de religiosos! Para ello no hace falta una confianza sensible y afectuosa a su persona sino fe y amor: fe para ver en él a Dios y amor para renunciarse a sí misma y rendir su voluntad y parecer a la suya con sencillez de niño. Alejarse del superior es huir de la santidad, es poner un dique entre Cristo, la Iglesia y nosotros, para que, esa corriente de gracia, de luz y de amor, nos llegue a nuestra alma con la plenitud que había de hacernos felices en el tiempo y en la eternidad.

Nuestra sumisión a ellos, pues, ha de brotar de esa sumisión honda, amorosa y filial a la Iglesia si queremos conseguir las caricias y el mimo que en esta buena Madre ha puesto Dios para sus hijos más pequeños.

### *Los toques sustanciales en las almas pequeñitas*

Prometí antes hablar de los toques sustanciales y pienso que éste es el lugar adecuado para hacerlo, ya que suelen acontecer cuando el alma llega al grado de amor que voy describiendo. Por los toques sustanciales a mí me parece que el alma pequeñita recibe la plena transformación. Es un fenómeno tan grande, tan misterioso que no lo sabré explicar, aunque sucede sin nada de aparato con una sencillez que llena de admiración. Con su nombre lo indica: es un toque de la sustancia de Dios en la sustancia del alma.

Ocurren de súbito cuando Dios quiere, sin que la persona haga nada para tenerlos y pasan rápidamente, pero dejan el alma llena de divina riqueza. Me parece que podría dar a entender algo cómo esto es y de un modo gráfico sirviéndome de esos fenómenos de la electricidad que con frecuencia contemplamos en la naturaleza. Cuando dos nubes se hallan cargadas

de electricidad contraria, positiva y negativa, ambas se atraen fuertemente produciendo un choque que da lugar al relámpago y al trueno. Algo parecido sucede en el alma. A veces pienso que Él ha querido poner en la naturaleza un símbolo de lo que obra en el alma por la gracia.

Dios con infinito amor se inclina hacia ella como atraído irresistiblemente por el amor que ésta le tiene, al mismo tiempo el alma llevada por una fuerza superior que le da el amor que el Espíritu Santo ha puesto en ella, se lanza hacia Él produciendo ese choque o contacto misterioso que parece que lo íntimo del alma toca en el Ser amado. Así como al choque material le siguen los dos efectos dichos, el relámpago y el trueno, aquí también ese toque retumba en todo el ser mientras se origina una maravillosa iluminación.

A los misterios de Dios que entonces contempla el alma, les di el nombre de grandes visiones de fe. Cuando el relámpago ilumina el espacio por muy oscuro que esté la noche, se entrevé el paisaje que frente a nosotros se extiende, así por el toque divino entra en el alma una claridad de Dios tal que los misterios que entonces se presentan delante, aunque se contemplan sin que se descorra el velo de la fe, dan una evidencia y gusto sobrenatural que al alma le hace la sensación que los está viendo.

De igual manera como el trueno repercute en nuestros oídos y parece que hace temblar a las montañas, por el toque sustancial nuestras potencias y facultades se estremecen de júbilo y felicidad al sentir a Dios tan cerca percibiendo un sabor tan divino que me parece principio del goce de la patria eterna. Y no sólo las potencias y facultades interiores, hasta el cuerpo se regocija y toma parte en esta inefable dicha. ¡Qué grande es Dios en todas sus obras sobre todo en éstas que le salen tan del Corazón, tan de su infinito amor en ansias de comunicarlo!

Estos choques se repiten durante algún tiempo como preparación para el matrimonio espiritual con Cristo y lo realizan. Por eso pienso que no se dan en grados inferiores sino cuando ya está la sustancia del alma purificada. Existe una diferencia muy notable entre las grandes visiones de fe y las

intelectuales. En éstas parece que Dios desciende hasta el alma enpequeñeciéndose como hacen los maestros con sus parvulitos, que se abajan para ser mejor comprendidos. Así Dios por medio de especies interiores que no le pueden contener a Él cual es, instruye al alma y se hace entender por ella.

En las visiones de fe, el alma es elevada hasta Él. El objeto de estas visiones es siempre Dios, sus misterios, su verdad revelada, en una palabra la fe que subsiste en ella por la gracia y que entró en su inteligencia por el oído. En las otras puede variar hasta lo infinito. Lo que le da el carácter de visión a las de la fe, es el resplandor de Dios que circunda y penetra en su mente y corazón al ponerse por el toque en contacto con Él; por eso las verdades que como cristiano tenía dentro, son las mismas, pero el conocimiento y el modo de verlas, cambia muchísimo, es con una profundidad de belleza y de sentido divino que le llena de admiración, produciendo en el alma la contemplación extática. El toque pasa pero los efectos, esta contemplación perdura igual meses y meses con la misma intensidad. A esta contemplación la llamo extática porque el entendimiento parece que sale de ti y está tan absorto en lo que ve que entonces, aunque uno quiera, no puede obrar con él ni sacarlo de aquella luz.

Recuerdo haber oído que dichos toques, aunque al alma le parece que son de sustancia a sustancia no es ello posible, porque ninguna criatura siente por su sustancia. Convengo en que esto sea cierto; pero he de decir que si Dios se acercara al alma silencioso como una madre va a dar un besito a su hijito dormido en la cuna, ésta nada sentiría ni se daría cuenta de ello, como el niño que no habiéndose despertado ignora que haya sido acariciado. Mas Dios con los toques sustanciales besa al alma, despierta moviendo sus facultades y haciendo vibrar a todo su ser como ya he dicho antes y así el entendimiento se goza en ello porque tiene el conocimiento de la gracia que recibe y la voluntad percibe un sabor superior desconocido hasta entonces que nadie que no lo haya gustado lo puede imaginar, sabe a Dios, a divinidad y con esto está dicho todo. Así pues, no es la sustancia la que siente y por tanto muchos toques puede dar Dios sin que el alma lo sepa, más cuando, lo hace

estando los dos de acuerdo, en lo íntimo se experimenta un no sé qué, algo tan grande en un sentir no sintiendo que las potencias que lo gustan bien entienden desde donde parte aquella dicha que a vida eterna sabe.

¡Oh qué fe tan luminosa la del alma que así se acerca a Dios! De tres modos principalmente me parece que ilumina la fe, que aumenta su potencia de luz. Por la caridad, los dones del Espíritu Santo, y el resplandor de Dios percibido por los toques sustanciales. Esta potencia de luz no quita a la fe la oscuridad sino que le da al alma la evidencia de la verdad cual si la estuviera viendo y palpando. Señor, creo y cuanto más oscuro está todo más te amo y mejor te veo; así quiero verte siempre con los ojos penetrantes del amor.

Todas esas luces tan magníficas del Sumo Bien le dan a conocer al alma que Él es infinitamente más; un Ser que no puede ser comprendido por el entendimiento limitado del hombre, por eso ella no se aferra a las luces que aunque le descubren horizontes infinitos no son más que, como si dijéramos, unas vistas parciales de sus perfecciones y bellezas y así cuanto mayor conocimiento de Dios le dan y más la encienden en amor, más se abisma en la fe para abrazar y poseer al Todo.

De esta forma va el alma en claridad, dilatándose cada vez más su capacidad para conocer y amar a Dios. El alma ha de tener muy en cuenta que todas las luces que recibe por estuendas que sean no tienen por fin descorrer el velo de la fe o iluminar a ésta, sino dar a su entendimiento mayor conocimiento de Dios para que le ame más, porque en la tierra no se le puede ver, ni poseer por la luz distinta beatífica, sino por el amor en fe. Él, aquí abajo, es el Invisible que sólo se deja estrechar en nuestro seno por el Espíritu mediante los brazos de la fe y del amor.

HNA. M.<sup>a</sup> CECILIA LARUMBE ARIZ, OP.  
*Pamplona*

## Información

# La Orden de la Santa Trinidad y de los Cautivos, 1198-1998

### 1. *Un carisma*

Un carisma no se inventa: inventa. Inventa un modo de existencia coincidente con las grandes coordenadas de la historia de la acción de Dios en la humanidad.

Más que los modos de realizarse narcisísticamente el Espíritu Divino en la historia, los carismas responden a las líneas de acción en que Dios va perfilando una humanidad nueva, la auténtica, a través del tiempo y el espacio en una buena ontología. Porque no hay que olvidarse que Dios va haciendo al hombre en su dimensión y espíritu esencial sin otros objetivo y prurito que el de una buena realidad.

Si nos atenemos a los modos cómo ha ido recogiendo la Vida Religiosa las coordenadas del Espíritu Divino expresadas en el misterio de Cristo y su humanidad histórica de la Iglesia, tendremos que resaltar el espíritu de liberación que recoge de Isaías (61, 1ss.). Lucas para el Siervo de Yahvé, Jesús, situando la escena en la celebración del sábado, allá en la sinagoga de Nazaret, en una inauguración de misión similar a la que el autor de la *Narración Anónima*, de mediados del s. XIII, recoge para la vocación de Juan de Mata en su Primera Misa de París.

Leemos en uno y otro pasaje:

“Vino Jesús a Nazaret y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen de Isaías y leyó: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los

cautivos, y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4, 16-19).

“Juan Provenzal, maestro de teología en París, ordenado de sacerdote, invitó al señor obispo de París, al abad de S. Víctor y a su maestro Prevostino, en cuya dirección se había formado y enseñaba teología, a su Primera Misa. Al llegar el momento de la consagración pidió a Dios que le mostrara la religión que debía abrazar. Y al levantar los ojos al cielo contempló la majestad de Dios teniendo en sus manos abiertas a dos varones, de los cuales uno era negro y deforme y el otro, enjuto y pálido, en gesto de intercambio”<sup>1</sup>.

Habiendo compartido tal experiencia y mensaje inmediatamente con sus acompañantes de celebración, y confeccionada después una Regla que recogía tal cometido, se iniciaba en 1193 bajo la bendición del obispo de París la Orden de la Santa Trinidad y de los Cautivos; y tras dos viajes de Juan de Mata a Roma, Inocencia III la aprobaba solemnemente en Bula de 17 de diciembre de 1198<sup>2</sup>.

## 2. *Un “Ordo” y una Orden*

Un “Ordo”, o un Camino. Una Orden, o una Institución religiosa en ese Camino.

Situarse y situar una Institución en la urgencia Divina de la libertad y liberación de Cristo es lo que hace Juan de Mata ante el clamor de los cautivos que lo reclaman.

Para lograr una respuesta a tal situación establece el Fundador la acción dinámica de una Orden tejida con las tres coordenadas Divinas de la libertad, la dialogía y el amor que, como cuerda de tres cabos (Qo 5, 12), realizará la gran obra de la redención de cautivos durante los largos siglos de la esclavitud.

1. *Narración anónima*, de mediados del s. XIII, Biblioteca Nacional de París. Visión que puesta en mosaico por el Fundador en Santo Tomás in Formis, Roma, en 1208, se conserva actualmente en perfecto estado y simbolismo.

2. Conf. Bula *Operante divinae dispositionis*, Archivo Vat., vol. 4, fol. 126.

– La *libertad*, como primera categoría y valor, vendrá de Dios, en su Hijo redentor, y permeará todo el Orden de Juan de Mata: Todas las cosas, acciones y personas, en su núcleo más escogido, apuntado en la *tertia pars*, se reservan para la redención de cautivos, encarcelados por su fe en Cristo (Regla, 2). Las excepciones, moderaciones y adaptaciones diversas se harán en función de la redención de cautivos (Regla, *passim*). La oración común en la casa de la Santa Trinidad, por la noche, se hace por la paz de la cristiandad (Regla, 38).

La casa y comunidad está regulada de tal manera que la libertad psicológica, interpersonal, social y espiritual garanticen lo inmediato de la convivencia y lo final de la redención de cautivos (Regla, 20, 21, 22 y 23).

Los cautivos, sea de signo cristiano o moro, terminarán en este “Ordo” de Juan de Mata en su patria, familia y libertad (Regla, 2).

– La *dialogía* supone en la Regla de S. Juan de Mata un valor esencialmente axial. Nada se mueve en tal Institución que no pase por el eje de la comunicación. Comunicación tanto de signo particular como comunitario y carismático que se realiza todos los domingos en Capítulo Conventual; en el que el ministro a los hermanos y los hermanos al ministro se dan cuenta fielmente de los asuntos de la casa, de las donaciones, de las relaciones interpersonales y del tema fundamental de la redención de cautivos (Regla, 20, 22 y 23).

– El *amor* termina de robustecer y modelar este haz de valores con una veneración por los humildes (Regla, c. diversos), un respeto amoroso por los hermanos y una apasionada acción de liberación de los cautivos. Todo ello adobado en el culto, calor y bendición de la Santa Trinidad, en cuya casa, iglesia y Orden homónimas trabajan los hermanos de S. Juan de Mata. Trabajo activo, cuya instalación es dinámica, y cuya acción carismática les lleva al heroísmo de no ser ellos los que viven sino los cautivos en ellos.

Tal tensión y trascendencia redentora dura el largo período de la fricción del Islam con el Cristianismo, que va, en nuestro caso, del s. XII a principios de la Era Moderna. No hay que olvidar que ninguna sección de la Iglesia ha afrontado

más y más directamente la presión del Islam que la Orden Trinitaria.

Ciñéndonos a la obra esencial de la Orden, la redención de cautivos, apuntan los historiadores la cantidad de 85.000 a 90.000 cautivos rescatados por la Orden de la Santísima Trinidad a través de su historia. Entre ellos, no pocos religiosos de prácticamente todas las Órdenes, y el célebre Miguel de Cervantes.

### 3. *Una familia*

Ya en la fundación, Regla y acción primeras, Juan de Mata establece un “Ordo” integral. En la casa están los hermanos, con un hospitalillo adyacente de huéspedes, pobres y enfermos. En la acción de redención participan con los religiosos los bienhechores y las autoridades, más los moros y sus víctimas los cautivos. Y en el fondo y al final, las familias y casas que recogen emocionadas a sus seres queridos “martirizados”.

A este *equipo* de personas que forma inmediatamente la causa redentora no tarda en agregarse el grupo de mujeres consagradas, que ya a mediados del s. XIII forman la línea de retaguardia, formando enseguida el plantel de Monasterios tanto del trono antiguo como del Reformado, quienes, junto a la Tercera Orden acompañarán a los Religiosos en la ardua tarea de la redención de cautivos.

Con el abrirse de la Vida Religiosa femenina, van naciéndole al “Ordo” trinitario nuevas Instituciones femeninas, como en 1685 las Religiosas Trinitarias de Valence (Francia), en 1719 las Trinitarias de Sevilla, en 1762 las Trinitarias de Roma, en 1809 las Trinitarias de Mallorca, en 1880 las Trinitarias de Valencia y en 1885 las Trinitarias de Madrid. Todo un coro que canta la rica polifonía que se levanta de la libertad hacia el trono de la Santa Trinidad.

Los nuevos horizontes que han abierto los tiempos del Vaticano II han permitido ultimar este espíritu de Familia Trinitaria –frase que ya se usa en la Orden a mediados del s. XVIII, como puede verse en la *Crónica de Castilla del Orden de la Santísima Trinidad*–, con la integración más directa del

laicado trinitario. Todo ello hace que el sentimiento y realidad familiar del “Ordo” de Juan de Mata sea cada vez más evidente y eficaz.

#### 4. *Una mística*

La Orden de la Santísima Trinidad ha encontrado el camino del espíritu al llevar el carisma de la acción a la dimensión de la mística. La mística supone en el espíritu humano y en el alma de la Iglesia una eclosión: la eclosión del espíritu en el Espíritu. Hasta ese momento funcionan las cosas, instituciones y personas en plan doméstico. Desde él funcionan ya en tono mayor: en el tono del Espíritu.

San Simón de Rojas, San Miguel de los Santos, La Venerable Ángela M.<sup>a</sup> de la Concepción y, sobre todo, el Reformador de la Orden, S. Juan Bta. de la Concepción –como puede verse en sus obras, en reciente edición en la BAC–, sin olvidar la reflexión teológica posconciliar, han llevado el quehacer carismático de la Orden al hacer del Espíritu de Dios: del misterio de Dios Padre que en la historia del Hijo hace proceso Espiritual.

Aquí la Orden Trinitaria ha adquirido su verdadera investidura espiritual que la sitúa en la Orden de la Iglesia y de la humanidad.

#### 5. *Una muerte*

La muerte es uno de los entretenimientos más hondos de los humanos. Con la vida como un dato seguro se puede jugar a la muerte. Juego al que sometemos y nos sometemos fácilmente los humanos.

Diversas tentaciones de similitud con otras Instituciones Religiosas, más la intermitente desaparición del fenómeno de los esclavos, junto con la invencible tentación socio-política de ir a por lo Religioso y Religiosos, como vamos a ver ahora, llevaron a la Orden Trinitaria a lo que podríamos llamar de alguna manera la *muerte*.

–Desaparición en el s. XVI en las Islas Británicas; fácil de explicar.

–Supresión en 1782-83 en el Imperio Austro-Húngaro, obra del emperador José II, el llamado “sacristán”.

–Supresión en Francia, 1789, obra de su Revolución.

–Supresión en Polonia-Rusia, en 1866, bajo el zar Alejandro II.

–Pérdida de la mayor parte de los conventos en Italia con la invasión de los ejércitos napoleónicos, 1809-10.

–Supresión de la Orden en España con la desamortización del judío Mendizábal... en 1835.

Con tanta desaparición, supresión y pérdida sólo quedaban algunos conventos en Italia y el precioso convento español de Roma llamado por las dimensiones de su iglesia borrominiana: San Carlino.

¡Claro! frente a tal “muerte”, quedaba, como siempre, viva la línea femenina.

## 6. *Una resurrección*

### *Restauración*

De ese “resto” trinitario indicado comienza por los años 1870 la restauración de la Orden que va recuperando algunos conventos de España e Italia, fundando al mismo tiempo una serie de ellos en estos dos países y abriéndose a Norteamérica, Canadá, Francia, Hispanoamérica, Austria y Madagascar, permitiendo con ello una entrada en el s. XX con notables síntomas de vitalidad esencial trinitaria.

### *Renovación*

Pero lo más importante sucede en la segunda mitad de este siglo, cuando se realiza una renovación interna de doble origen: de signo carismático, con la reflexión que se ha ido haciendo del espíritu trinitario desde los años 1950; y de signo fundacional, con la vuelta a los orígenes con ocasión del Vaticano II, relejendo de una manera explícita y abierta el sentido original de la Orden, reestudiando en profundidad la Regla y el

destino único propios de nuestro “Ordo”, iluminando con una dimensión teológico-espiritual igualmente *propia* el quehacer y hacer de la Orden Trinitaria. La infinidad de trabajos diversos, más la readaptación de la acción, dedicándose a la atención de las cárceles, de los “gamines” de América y de los esclavos del Sudán, y el reforzar, como lo han hecho el último Capítulo y Asamblea generales –ésta abierta a toda la Familia Trinitaria–, el SIT, el movimiento de Solidaridad Internacional Trinitaria, avalan este renacer y “resurrección” de la Orden de la Santa Trinidad y de los Cautivos.

Terminamos con la pregunta que, presente en el ambiente, aletea ahora sobre estas líneas: Y ¿qué porvenir tienen en este momento histórico de Occidente, sin natalidad, sin religiosidad, sin vocaciones, sin tantas cosas... las palabras bonitas, las imágenes risueñas y los horizontes optimistas que se pueden ofrecer a las Órdenes Religiosas, a la Iglesia de Europa y a la misma humanidad?

Tales palabras, imágenes y horizontes, ¡ciertamente que ninguno! Pero la fuerza de la vida, la fe del alma de Europa y el Espíritu de la Divinidad, ¡ciertamente tienen sentido y porvenir...!

De momento tendremos que decir que tienen el sentido y porvenir de la Resurrección, que es el que hace la historia del espíritu de la humanidad contingente.

JOSÉ M.<sup>a</sup> ARBIZU, O.Ss.T.

## En la sintonía de un Sínodo “diferente”

Mi pensamiento se dirige a hechos cuyo comienzo nos hace retroceder algunos años... Eran los tiempos en que se preparaba la novena Asamblea General del Sínodo de Obispos, la que tuvo por tema la vida consagrada y se celebró en el Vaticano durante los días 2-30 de octubre de 1994.

Ya desde entonces empecé a pensar que el Sínodo-94 había de ser un Sínodo “diferente”. En la “diferencia” había, según mi opinión, un elemento positivo y otro negativo. Pensaba, en efecto, que aquel Sínodo iba a ser un Sínodo para la historia, es decir, que se destacaría entre los Sínodos de tema vocacional. Pero este Sínodo había tenido un mal comienzo.

### *1. Un escrito enviado a la Secretaría General del Sínodo*

Para exponer mi pensamiento escribí unas páginas con el título *Un Sínodo para la historia y un mal comienzo*. Redactado el escrito, lo envié a la Secretaría General del Sínodo. El Secretario General, el hoy Cardenal Jan P. Schotte me escribió una carta en términos duros y expresivos de su profundo desacuerdo en relación con mis puntos de vista. El reproche más fuerte se refería a la afirmación de que el comienzo llevaba muestras de que había sido dado algún paso en falso: que en el comienzo algo estaba mal.

El Secretario General, hoy Cardenal, no me daba ninguna razón, en virtud de la cual mi opinión debiera ser rechazada. Simplemente me mostraba su disconformidad y su disgusto que, a juzgar por el tenor general de la carta, se parecía mucho a indignación. Aquella carta no cambió mi modo de pensar.

Las cosas siguieron adelante. Cuando llegó la etapa previa a la celebración, o sea, el tiempo en que, de ordinario, tiene lugar la publicación del *Instrumentum laboris*, ocurrió algo llamativo: la publicación se aplazaba hasta límites totalmente desconocidos. Por fin, en los días últimos de junio fue publicado un texto que sirvió de hecho como *Instrumentum laboris*. El texto publicado, además de rebasar con muchos, las fechas reglamentarias de publicación, presentaba otra “anomalía”: no se parecía nada a los *Lineamenta*. Algo “anormal” había ocurrido: fue necesario cambiar el texto; a su vez, para realizar esta labor, fue necesario saltar las normas reglamentarias.

Repensando hoy todo esto, me parece claro que algo estuvo mal no solamente al comienzo, sino también en etapas posteriores.

## 2. *Hechos que claman. Páginas que guardan silencio*

Concluida la celebración de un Sínodo, lo ordinario es que al cabo de unos meses sea publicada su historia. En el concreto caso del Sínodo-94, la publicación se hizo esperar mucho más allá de todo lo previsible.

El libro impreso lleva fecha de 1998. Al final del libro aparece algo que encuentro en éste por primera vez en mi vida. En una tira adicional impresa es fijado el precio (85.000 Liras) y está señalada la fecha: “febbraio 99”, o sea, mes de febrero de 1999. Todavía esta fecha no sé cómo debe ser entendida. Durante algún tiempo fue del todo imposible conseguirlo. Se sabía que estaba impreso. Pero no llegaba a librerías, por muchas peticiones que se hicieran. Evidentemente, es tema sobre el que no tengo informaciones directas. Pero, a juzgar por lo que desde fuera era posible observar, estoy con la impresión de que la comercialización del libro no quedó expedita hasta fin de primavera o principio de verano del año 1999. Faltaba poco para tener que contar cinco años desde la celebración del Sínodo. En la historia de los Sínodos no hay nada que se parezca a esto ni de lejos.

Desde antes de la celebración del Sínodo, la elaboración de la historia había sido encomendada al P. Guisepppe Ferraro,

profesor de la Universidad Gregoriana, de Roma, y autor de numerosos y excelentes libros de exégesis, principalmente sobre los escritos de San Juan. Pues bien, este gran profesor fue sometido a limitaciones, cuyo alcance sólo él conoce, pero que indudablemente fueron rigurosas. Confieso que personalmente no puedo pensar en el tema, sin presuponer algún mandato muy tajante. Todo el trabajo tuvo que desarrollarse en una atmósfera inconfortable. El autor sabe, “ve” porque tiene los documentos delante. Pero no puede hablar. Se encuentra con un encargo cuyo cumplimiento le es vetado por quien se lo dio: al menos en el sentido de que tanto el encargo como el veto presuponen decisiones de un determinado organismo que es la Secretaría General del Sínodo, cuya “palabra” no surge de manera anónima. Para caso de este género, la voz de la Secretaría General es la del Secretario General.

Después de todo esto, creo que el texto redactado personalmente por el P. Guisepppe Ferraro se reduce a la dedicatoria: “Al Papa Giovanni Paolo II con affetto” y a la “Premessa”, que es algo menos de una página entre las no numeradas del comienzo. Como se comprende una página de este género no sirve más que para decir lo que hay que decir al comienzo de publicaciones semejantes. Hacer índices, corregir pruebas de imprenta fue labor que el autor hubo de cumplir, pero que ni a él ni a nadie permite dar una información ni expresar un juicio personal.

Para complemento, pongamos algo así como la ficha del libro. GUISEPPE FERRARO, S.I., *Il Sinodo dei Vescovi 1994. La vita consacrata e la sua missione nella Chiesa e nel mondo*. Edizioni La Civiltà Cattolica, Roma 1998. 16,30 x 23. 788 pp. 85.000 Liras.

No parece necesario hacer muchas reflexiones para comprender que entre el momento de dar el encargo y de permitir la publicación de este texto han ocurrido muchos hechos de los cuales no se dice nada. Entre esos hechos se cuentan los que pertenecen a la historia misma del Sínodo. De esta historia no se dice nada. Todo lo que se encuentra algo parecido a historia consiste en la inserción de los textos publicados en su día por “L'Osservatore Romano”, cuyas informaciones, como

regla general, se limitaban a los textos entregados por aquellos miembros del Sínodo que habían tenido alguna intervención. El resto del libro está dedicado a documentos. Proposiciones entregadas por el Sínodo al Papa para preparar la Exhortación, Alocuciones del Papa o fragmentos de algunas de ellas, texto de Lineamenta... Y, por último, el texto mismo de la Exhortación *Vita consecrata*. Todo muy abundante. Falta una sola cosa. Y da la casualidad que esa única cosa que falta es lo que el lector esperaba al ir en busca del libro.

### 3. *El mejor método para ocultar: escribir muchas páginas*

Confieso que hago una afirmación un poco dura. Pero me pregunto: ¿Para qué este libro, de extensión kilométrica, que no dice ni una palabra acerca del tema que debería desarrollar?

Ya se comprende que no hubo solamente mal comienzo. Al fallo inicial se añadieron otros de mayor entidad. No sé si el entonces Secretario General me dirigiría una carta, como la que de hecho me escribió. Tampoco necesito recibir nueva carta. Sólo digo una cosa: el hoy Cardenal Schotte sabe muy bien que “fue necesario” ocultar más de una cosa.

El intencionado silencio es cosa no sólo presumible, sino también comprobada. Para abreviar, me fijo solamente en la página 16. En esa página hay diversas informaciones históricamente válidas. Así, por ejemplo, sabemos que la última reunión de los expertos tuvo lugar el 7 de febrero de 1994. Pero, dicho esto, se da una gran salto. En esa fecha –se dice– los expertos entregaron sus respectivos textos y, gracias al empeño que pusieron en su trabajo, fue superada la dificultad de incorporar respuestas llegadas tardíamente. Gracias a ellos “fueron respetados los plazos” de preparación del *Instrumentum laboris* [sono state rispettate le scadenze]. Así, finalmente, el Secretario General pudo presentar el texto en la Sala de Prensa el 20 de junio de 1994.

Veamos en qué consiste el salto. En primer lugar el 20 de junio de 1994 queda ya completamente fuera de los plazos reglamentarios. Fue necesario recurrir al Santo Padre para pedir dispensa de Reglamento, la cual fue efectivamente concedida.

Se comprende que, habiendo de comenzar el Sínodo el día 2 de octubre, no se podía esperar a fin de junio para enviar el documento que servía de programa. Doy por supuesto que más de un miembro del Sínodo no pudo ni siquiera ver el texto antes de su llegada a Roma y, desde luego, nadie tuvo el tiempo para estudiarlo con calma. Para una parte muy considerable de miembros, los meses que faltaban eran precisamente los de verano. Creo que este dato excusa de cualquier comentario.

Comencemos aclarando. El 7 de febrero de 1994 tuvo lugar la reunión de expertos. Digamos claro: la última reunión de los expertos escogidos por la Secretaría General. A raíz de esa fecha y para explicar lo que en ella había quedado resuelto, la Secretaría General publicó en "L'Osservatore Romano" una información que no se encuentra en la página 16 de este libro. Según dicha información, los expertos habían resuelto los últimos problemas. A los textos presentados habría que hacer solamente algunas insignificantes enmiendas cuya redacción estaba ya convenida. Sólo faltaba insertar cada una de esas enmiendas en su propio lugar. Con esto, al cabo de unos días sería publicado el *Instrumentum laboris*. De haber ocurrido esto, el plazo de publicación habría sido el reglamentario. Pero la publicación efectiva tuvo que esperar otros cuatro meses: hasta el 20 de junio, ya fuera de plazo.

¿Qué ocurrió? ¿Por qué, cuando todo estaba a punto, fue necesario esperar cuatro meses? Se habla de retraso en la llegada de respuestas que era preciso incorporar. Pero esto no pasa de ser un recurso para abrir una puerta y salir. Aquellos expertos que lo tenían todo a punto el 7 de febrero, ¿no dieron acogida a las respuestas?

Digamos claro. El texto que la Secretaría General, asesorada por aquellos expertos quería publicar, fue rechazado. Entonces fue necesario comenzar un trabajo difícil y largo. Sería necesario encomendar a otros expertos la redacción de otro texto que sirviera como *Instrumentum laboris*. Es lo que sucedió. Y en esto transcurrieron cuatro meses.

Lo ocurrido entonces tuvo repercusión en las tomas de posición en cuestiones de doctrina. Quienes patrocinaban el primer proyecto de *Instrumentum laboris* se opusieron al

segundo. En la decisión de elaborar este segundo estaba virtual, pero claramente, precontenida la orientación que tendría la futura Exhortación, cuando llegase el momento de publicarla. Esto significa que la Exhortación tenía ya un considerable grupo de adversarios incluso antes de haber sido publicada, o sea, para entendernos de alguna manera, desde el 7 de febrero de 1994.

Nada extraño, por tanto, aunque muy lamentable, que la publicación de la Exhortación en nuestra lengua esté precedida de una presentación que la niega radicalmente. Ciertamente, se leen, a veces, palabras muy gratas. Pero la Exhortación queda anulada. Siempre hay alguna clave de lectura que permite reducir el texto papal a bondadosos consejos de un padre que busca el bien de sus hijos. Ejemplo de lo que estoy diciendo es la edición publicada por PPC, presentada [anulada] por el Prepósito General de los Carmelitas Descalzos, P. Camilo Maccise, que entonces era Presidente de la Unión de Superiores Generales, en Roma.

Concluyo diciendo que el Secretario General tuvo la honradez de presentar el texto alternativo como un texto valioso. Esto es muy de agradecer. Pero no es suficiente para rellenar el enorme vacío histórico en que nos encontramos. Los expertos que prepararon el texto desechado suelen ser muy expresivos en pedir explicaciones de cosas que ocurren en altos niveles. Respecto de lo que les ocurrió a ellos han guardado y siguen guardando secreto sepulcral. Los documentos existen. Algún día será conocida la historia.

ARMANDO BANDERA, OP.

## Bibliografía

NOTICIAS CRISTIANAS. C/ Maignon, 30-32. 08024 Barcelona.

Noticias Cristianas es una iniciativa editorial creada para ofrecer a los lectores literatura de espiritualidad cristiana. Está inspirada en la misma idea que animó a San Juan Bosco en 1853 a poner en marcha sus publicaciones *Lecturas Católicas*. No pertenece a ningún grupo o asociación y está integrada por seglares católicos, con sus responsabilidades familiares, laborales y sociales, conscientes de la urgencia de la nueva evangelización, una de cuyas formas más necesarias es la palabra escrita. Se han unido en este proyecto apostólico “para combatir el mal, no con la fuga por miedo a ser vencidos, sino como guerreros en el campo de batalla, sin ceder un paso, ni volver la espalda”, como escribía San Luis María Grignon de Montfort.

Los libros editados son clásicos, pero conservan toda su vigencia. Su estilo es sencillo y su lenguaje popular; pues se intenta hacer agradable la lectura de buenos libros cristianos. Cada mes se publican dos títulos, cuya amplitud es de 64 a 96 páginas. Ud. podrá suscribirse a toda la serie por 6.000 ptas. al año, recibiendo mensualmente los dos libros publicados, de tal modo que por 250 ptas. tiene en sus manos un libro, incluidos gastos de envío. Los ejemplares por separado cuestan 400 ptas. cada uno; pero si se adquieren lotes superiores a 10 unidades del mismo título se goza del 50% de descuento. Se trata de una novedad editorial que ofrece la posibilidad de hacer un buen apostolado cristiano fomentando lecturas espirituales.

Gracias al convenio con la Fundación benéfico social, de carácter profesional católico, Verge de la Gleva, creada en 1989, se destinan tres mil ejemplares de cada título al apostolado con personas necesitadas, por modo de donación sin costo alguno. Esta oferta se orienta a las misiones del tercer y cuarto mundo. Si desea más información sobre Noticias Cristianas o de la Fundación Verge de la Gleva, al servicio de los más necesitados, con especial atención a sus demandas materiales y a su formación cristiana, o si quiere participar en la distribución gratuita de libros a personas dispuestas a acoger la doctrina de la fe, puede enviar sus datos personales a la dirección arriba indicada, añadiendo el número del DNI, la fecha de nacimiento y el teléfono.

Esperamos que pronto se pueda publicar algún escrito del P. Juan González Arintero en esta benemérita colección de *Noticias Cristianas*. Los responsables de esta iniciativa han acogido con entusiasmo tal posibilidad. Que Dios bendiga estos trabajos para que produzcan frutos de vida perdurable.

He aquí algunos de los títulos disponibles en *Noticias Cristianas*:

*A Dios por el silencio*, de N. C.

*Almas perfectas*, de A. Saudreau.

*A prueba de santos*, de A. Saudreau.

*Atletismo cristiano*, de J. Torras y Bages.

*Camino estrecho y seguro*, de N. C.

*Consejos para tranquilizar la conciencia*, de C. G. Cuadrapani.

*Culto a la carne*, de N. C.  
*Dios abatido*, de Luis de Lapuente.  
*Dios humillado*, de N. C.  
*Espíritu de abnegación*, de N. C.  
*Horas Santas*, de José María Rubio  
*La muerte de cada día*, de N. C.  
*María la escogida*, de N. C.  
*Para Vivir feliz*, de A. Sylvain.  
*Rectitud de intención*, de N. C.  
*Religión demostrada*, de J. Balmes.  
*Sabiduría de los humildes*, de J. Torras i Bages.  
*Seguir a Jesús en la Cruz*, de N. C.

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, OP.  
*Director de Vida Sobrenatural*

CARLOS DÍAZ, *Apología de la fe inteligente* (Cristianismo y sociedad 52). Bilbao, Desclée de Brouwer 1998. 13 x 21 cm. 256 pp.

Carlos Díaz viene trabajando hace tiempo en tender puentes entre la fe y la razón, dos mundos que anduvieron en paz durante siglos, pero que, a partir de la edad moderna, parecen, cuando menos, ignorarse mutuamente. El lema de su pensamiento y, en concreto, de esta obra, sería el de una fe inteligente.

El cristiano empieza por no saber distinguir lo que en la formación de su inteligencia se debe a la fe y lo que se debe a la razón. Ambas han alimentado su persona y le han configurado en su existencia concreta. Y es que hay una continuidad perceptible entre ambas cosas, pues la razón se alimenta de la fe y la fe de la razón. Los diversos temas que el autor aborda en estas páginas son un comprobante de tal mutua imbricación. Así sucede con el "ánima naturaliter christiana", el personalismo comunitario, la comunicación y la oración, el esperar humano y el divino, etc.

Estamos ante un nuevo libro de Carlos Díaz, que está traspasado de su idealismo y su voluntad de dar con el punto de encuentro entre fe y razón. Sus páginas pueden ofrecer una dificultad al lector por lo fluido de las ideas y, simultáneamente, lo críptico de un lenguaje muy conceptualista, pero, si se pone algo de esfuerzo en romper esa costra de la expresión formal, uno queda compensado por lo sugerente y original de las ideas que aquí encuentra.—A. Osuna.

JOSEP VIVES, *Examen de amor. Lectura de San Juan de la Cruz*. 228 pp. CARLOS R. CABARRÚS, *La mesa del banquete del reino. Criterio fundamental de discernimiento*. 242 pp. Desclée de Brouwer, Bilbao 1998.

Dos libros de espiritualidad publicados por la misma Editorial casi a la vez. El primero comienza con una selección de poesías de San Juan de la Cruz; han sido seleccionadas con preferencia aquellas que tienen como fondo el amor; un amor que, en San Juan de la Cruz, tiene la peculiaridad de ser verdaderamente apasionado y, al mismo tiempo, mantener el dominio sobre el lenguaje que lo expresa. El autor hace notar con acierto que el pensamiento de San Juan de la Cruz recibió su original y más exacta expresión en el trato directo con personas o grupos de cuya atención espiritual se

cuidaba. En breves anotaciones, guiones... San Juan de la Cruz hacía como un primer apunte, desarrollado en conversaciones, pláticas... Otra anotación de importancia para quienes no están familiarizados con San Juan de la Cruz es que el magisterio de este gran místico no se compendia en las "nadas". Ciertamente, San Juan pide muchas renunciaciones, porque la unión con Dios requiere gran limpieza de espíritu; pero esas renunciaciones no pasan de ser el punto de partida para llegar a la cima del monte donde Dios lo es todo para la persona que se ha puesto enteramente en sus manos.

El segundo libro es una exposición muy ceñida de temas de espiritualidad ignaciana que se refieren principalmente al método. Para quien no está acostumbrado a tanto análisis, el método da la impresión de llevarse una parte demasiado grande. El autor intenta aligerar mediante la práctica del discernimiento; pero esta misma práctica debe ajustarse a una reglamentación tan precisa que el inexperto no logra liberarse del peso de lo metódico. El autor revela buen dominio de los temas, y pienso que su obra merece crédito entre las del género.—A. Bandera, *OP*.

ANTONIO LUIS CRESPO, *Celibato por el reino de Dios. Orientaciones educativas*. Ediciones EGA, Bilbao 1996. 170 pp.

El libro tiene una estructura un tanto especial. Al comienzo se encuentra un pasaje bíblico, dos páginas más adelante son indicados grupos de personas para quienes el libro será interesante. Viene después una *Aclaración importante*. José Román Flecha firma un buen Prólogo acerca del tema "Significado del celibato cristiano". Antes de entrar en materia, el autor escribe una Nota preliminar y una Introducción. El cuerpo de la exposición ocupa desde la página 33 hasta la 124. El resto contiene seis apéndices, bibliografía e índice. Pienso que la doctrina propuesta es valiosa y particularmente merecedora de atención. Pero el modo de hacer la exposición creo que necesitaría unos cuantos "retoques" para situarse en el momento presente.—A. Bandera, *OP*.

PEDRO ESTAÚN, *Gentes con ideales. Historias montaÑeras*. 180 pp. JOAN MARQUÈS SURIÑACH, *Dios en ti y tú en Dios*. Ediciones Palabra, Madrid 1998 y 1999. 496 pp.

Estos dos libros tienen en común no sólo el pertenecer a una misma editorial, sino también un cierto "espíritu". Los dos pueden ser considerados con razón como libros de espiritualidad. Las "historias montaÑeras" están configuradas de tal modo que el relato de los hechos es un especie de "envoltorio" dentro del cual se contienen ricas "esencias espirituales". La ascensión a las grandes alturas hace que la mente ascienda también: desde las realidades terrenas en que se sitúa para admirarlas en su majestuosa grandeza hasta Dios. Los relatos de ascensiones, ordinariamente, son los escritos por protagonistas de religiosidad profunda. La espiritualidad es una nota sobresaliente.

El segundo libro es de naturaleza estrictamente doctrinal. Por razón del esquema, se podría decir que es un manual de teología espiritual. El manual, sin embargo se contenta con una exposición fría de las realidades cristianas. En este libro, lo vital tiene un relieve manifiesto. No se trata simplemente de exponer, de dar instrucción sobre temas de espiritualidad. El libro se sitúa en las fuentes de la vida cristiana y hace sentir el gusto de

beber en abundancia. Es un libro, si se permite la expresión, profundamente místico.—A. *Bandera, OP.*

JUAN LUIS LORDA, *Avanzar en teología. Presupuestos y horizontes del trabajo teológico*. 1999. 244 pp. J. M. NICOLÁS, *Creer en la providencia*. Versión del francés por JUAN MANUEL BURGOS 1998. Ediciones Palabra, Madrid. 192 pp.

El primer libro contiene una serie de trabajos ya previamente publicados por el autor. Al ser ordenados en forma de libro pueden servir mejor a una finalidad didáctica, que se enmarca perfectamente dentro de los conceptos enunciados en el subtítulo. Creo que, dentro de este orden, sirve para una buena lectura que familiarice al lector con la situación existente. Para llegar al fondo y sobre todo a la solución de los problemas pendientes serían necesarios estudios más detallados.

El segundo libro expone sencillamente diversos temas de espiritualidad. El autor es un buen “maestro” que tuvo el acierto de consagrar parte de su tiempo y de su saber para prestar servicio a quien desea tomar en serio su personal santificación.—A. *Bandera, OP.*

LUIS DE MOYA, *Sobre la marcha*. Edibesa, Madrid 1996. 219 pp.

El autor del libro es un tetrapléjico que ama apasionadamente la vida. Ciertamente, sólo quien ame la vida y la ponga apasionadamente al servicio de los demás puede hacer lo que ha hecho y, de diversos modos, sigue haciendo Luis Moya. Después de todo la tragedia del accidente y del largo proceso de “recuperación”, si es que se puede emplear esta palabra, el autor aprendió a manejar el ordenador por métodos casi inverosímiles. De su fortaleza es buena prueba este libro. Su lectura no sólo confortará a quienes padecen una situación semejante en la que a veces desesperan, sino que será también un toque de atención para quienes dando por supuesto que la vida del tetrapléjico es inútil, lo toman como clamor en “demanda de eutanasia”. Un sencillo libro que en estos momentos merece gran atención.—A. *Bandera, OP.*

ANTONIO ROYO, OP., *Santa Teresa de Lisieux. Doctora de la Iglesia*. BAC Minor, Madrid 1998. 272 pp.

La santa de Lisieux no pudo ni sospechar la irradiación que su mensaje había de tener. Tuvo una cierta intuición de que la hora de su muerte iba a ser el punto de partida para cumplir su misión, una misión que, en su propia comunidad, había pasado casi inadvertida. Es conocida la anécdota de aquella Hermana que se preguntaba qué se podría decir de Sor Teresa a la hora de dar noticia de su muerte. Hubo y sigue habiendo mucho que decir: el influjo de Santa Teresa de Lisieux en la vida de la Iglesia es cosa evidente.

Reconocido este influjo, hay quienes se preguntan si lo que esta santa nos dejó da motivo para proclamarla doctora de la Iglesia. El autor de este libro, que conoce bien la persona y el mensaje teresiano, responde afirmativamente, alegando razones concretas. En la Iglesia, el doctorado no depende únicamente de la masa de escritos; el comportamiento o modo de vida es también una palabra muy elocuente, la cual, además, nos pone ante un dato capital para el cristiano. En efecto, Cristo nos habla no sólo con palabras que salieron de sus labios, sino también, y sobre todo, con los hechos o misterios

de su vida. El Vaticano II repite bajo diversas formas que la revelación cristiana está principalmente en hechos.

Una santa, por grande que sea, no puede dar la medida de Cristo. Hablando con propiedad, respecto de Cristo, “la diferencia de nivel” hace imposible cualquier “comparación”, en el sentido que nosotros damos ordinariamente a este vocablo. Pero esto mismo no impide que la vida santa sea, por razón de la sola santidad, una palabra “clamorosa”. La potencia del “clamor” se acrecienta cuando sale de unos escritos, compuestos para transmitir el “clamor”, aunque originariamente la persona no lo advirtiese.

Santa Teresa de Lisieux ha sido declarada doctora de la Iglesia. Jesús bendijo al Padre por los dones otorgados “a la gente sencilla” que, en su sencillez, toma la única postura razonable, para recibir la “instrucción” del Padre. No sé, pero pienso que ahora vemos la otra cara de las palabras de Jesús. La gente sencilla, después de haber acogido la “instrucción”, se hace capaz de transmitirla.—A. *Bandera, OP.*

J. PAREDES, M. BARRIO, D. RAMOS-LISSON, L. SUÁREZ, *Diccionario de los Papas y Concilios*. Ed. Ariel, Barcelona 1998. 732 pp.

Este libro es un “diccionario” con la lista de los Papas distribuidos cronológicamente, destacando su actividad y personalidad, seguida de una pequeña Historia de los Concilios ecuménicos. S. Ireneo, hacia el 180 d.C., nos da la lista de los doce primeros obispos de Roma hasta S. Eleuterio, entonces reinante. El nombre de “papa” se aplicaba a los obispos y a los abades de monasterios egipcios, pero al fin quedó reservado para el Obispo de Roma. Esta Iglesia fue fundada en la época apostólica, y no se sabe quién la fundó, aunque S. Ireneo dice erróneamente que la fundaron S. Pedro y S. Pablo; pero éste, cuando escribe a los romanos, se presenta como desconocido para ellos. Igualmente, cuando llega a Roma prisionero, según el libro de los Hechos. Las iglesias apostólicas nacieron paralelas y autocéfalas con alguna referencia a la Iglesia madre de Jerusalén. Pero a fines del s. I la Iglesia de Roma tenía prestigio por ser la de la capital del Imperio, y, así, se permite llamar al orden a la Iglesia de Corinto por sus desórdenes en contra de la jerarquía. Pero no tiene jurisdicción sobre ella, por lo que se limita a exhortarla. No aparece todavía la figura del Obispo en Roma. Tampoco en la carta de S. Ignacio a los romanos aparece la figura del Obispo de Roma, sino que va dirigida “a la Iglesia que reside entre los romanos y *preside en la caridad*”.

No obstante, la Iglesia de Roma fue extendiendo su jurisdicción a las regiones de Italia y Galia; aunque a mitad del s. II su jurisdicción no era aceptada por S. Cipriano en África. El autor de este “diccionario de los Papas” cree ver ya la supremacía apostólica de esta Iglesia, que empieza a llamarse “Sede apostólica” (p. 47) en el Concilio de Éfeso. Pero los ocho primeros Concilios ecuménicos fueron convocados por el emperador de Constantinopla, y presididos por un delegado suyo, desde el primero de Nicea, que fue presidido por Osio, que no era delegado del Papa S. Silvestre. A partir del s. XI los Concilios convocados por el Papa de Roma son más que ecuménicos, Concilios generales de la Iglesia occidental. Ya en el s. IV el Papa S. Dámaso quiso obtener de Teodosio el Grande la jurisdicción sobre las iglesias de Oriente, pero no lo consiguió, pues en el decreto por el que el emperador declara oficial la religión cristiana se dice que ésta es la representada por

Dámaso de Roma y Pedro de Alejandría, por igual. Por esta época el Obispo de Roma se consideraba como sucesor de S. Pedro. Y a finales del s. V el Papa Gelasio se apropió el título de “Vicario de Cristo”, que no fue reconocido por los obispos orientales. La Iglesia de Roma, a partir del s. IV se convierte en el patriarcado de Occidente al lado de los de Alejandría, Antioquía y Jerusalén, y en el s. V, también el de Constantinopla.

La mayor desgracia de la Iglesia romana fueron los Estados Pontificios desde el s. XVIII, aunque esto es ya el desarrollo del “Patrimonium Petri” o conjunto de grandes posesiones en diversas regiones de Italia, particularmente en Sicilia. La Iglesia ejemplar es la de la época de las persecuciones; con la paz de Constantino aspiró al poder y al dinero, lo que es una traición al Evangelio. Precisamente cuando la Iglesia perdió sus Estados Pontificios en el siglo pasado, recuperó prestigio, y hoy día está en el momento estelar de su historia en cuanto a prestigio moral entre todas las naciones. Durante el s. XI el Papa Gregorio VII se enfrentó con el cesaro-papismo del emperador germánico, pero frente a él instauró el papi-cesarismo, pues los papas se atribuyeron el poder de nombrar y de poner príncipes, reyes y emperadores. Es la mayor aberración desde el punto de vista evangélico. En esta línea destacaron Inocencio III y Bonifacio VIII.

Los autores de ese “Diccionario”, como católicos, tratan de atenuar estos grandes fallos, pero no callan las crisis del Papado a través de la historia. En este siglo todos los papas han sido de altura y ejemplares, aunque los autores de este “diccionario” se muestran demasiado vaticanistas, siguiendo la corriente de la papa-latría, que se ha puesto de moda en la última centuria, lo que no es evangélico. Demasiado exhibicionismo papal coreado por ciertos medios de comunicación.

Como curiosidades podemos apuntar que entre los 264 papas de la historia, 203 fueron italianos (106 romanos), 12 griegos, 4 siriacos, 12 franceses, 4 alemanes y 3 españoles. De ellos, renunciaron a su cargo 6 (S. Ponciano, s. II; S. Silverio, s. VI; Juan XVII, s. XI y S. Celestino, s. XIII). Dos papas fueron hermanos, y se sucedieron (s. VIII: Esteban II y Paulo I) (p. 100); y el primero que cambió el nombre fue Juan II (s. VI), porque se llamaba Mercurio, y no le pareció bien que un representante de Cristo llevara un nombre pagano. Hubo algún papa que fue elegido por unanimidad, como el inglés Adriano IV (s. XII). Celestino III fue elegido a los 85 años (s. XIII), y por su edad quiso abdicar, pero los cardenales lo impidieron. También el franciscano Nicolás IV fue elegido por unanimidad en el primer escrutinio e, igualmente Celestino V. En lo que va de siglo las elecciones más laboriosas fueron la de Pío XI, y la de Juan XXIII, quien fue elegido en la undécima votación. En las páginas de este “Diccionario” se trata con objetividad y gran respeto a las figuras del Pontificado romano, por lo que es un libro muy útil y recomendable a los lectores.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

---

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### Fátima, un signo del cielo en el siglo XX

Fátima tiene actualmente 8 mil habitantes y capacidad para albergar 10 mil peregrinos; pero indudablemente serán muchos más los peregrinos que visitarán a la Virgen blanca de Fátima, bajo la advocación del Rosario, el 13 de mayo del presente año, cuando Dios mediante se celebrará la beatificación de los dos pastorcillos hermanos, Francisco y Jacinta Marto, fallecidos respectivamente con 11 y 10 años en 1919 y 1920 y cuyo milagro necesario para la beatificación fue reconocido por la Iglesia el 28 de junio de 1999. ¿Estará también en Fátima con este motivo el papa Juan Pablo II, en el 83 aniversario de la primera aparición? Para el papa sería su tercera visita a Fátima; la primera vez, fue el 13 de mayo de 1982, cuando estuvo dando gracias al año exacto del atentado, del que salió gracias a la especial protección de la Virgen María; la segunda vez, en mayo de 1991. Posiblemente, esté también presente la tercera vidente, Hna. Lucía dos Santos (93 años), monja de clausura en el Carmelo de Coimbra.

*En Fátima todo es sencillo como el Rosario*

La primera vez que visité Fátima, durante los días 3 al 6 de julio de 1968, me impresionó por su sencillez; había poco

gente y la que había vestía con sencillez y en el mismo estilo rezaba, en la capilla de las apariciones; no eran muchos los comercios. Era un lugar de oración y lo importante era rezar el rosario, pues lo había mandado la Virgen María. Pero noté mucho frío en la explanada... Quizá el frío lo llevaba dentro, pues –ahora me doy cuenta– era el fatídico año 1968, cuando se desencadenó una especial lucha satánica contra la Iglesia, que todavía no ha acabado. La diferencia es que entonces muchos estábamos en el huracán del optimismo ingenuo posconciliar, y ahora intentamos entrar en la voluntad de Dios, aunque no siempre lo consigamos, pues somos pecadores. Fue tan grande la desacralización que cayó sobre la Iglesia entonces, que hasta para algunos cristianos perdió importancia el sentido de las seis apariciones de la Virgen María en Fátima, del 13 de mayo al 13 de octubre de 1917.

Sin embargo, la Virgen no ha dejado de atraer al pueblo cristiano sencillo en Fátima y las peregrinaciones han sido constantes, sobre todo en los aniversarios de las apariciones. Con Juan Pablo II Fátima ha recuperado más relevancia en la Iglesia católica, con sus visitas, no ya como simple peregrino; sabemos, por ejemplo, que la vida de Juan Pablo II es un regalo de la Virgen María en estos tiempos difíciles y estupendos que nos corresponde vivir. El mundo ha sido ya consagrado al Inmaculado Corazón de María y la Iglesia se encuentra en el año de la gran perdonanza jubilar. Pronto se piensa colocar al fondo de la explanada de Fátima la primera piedra de un enorme templo con capacidad para 10 mil puestos sentados, según proyecto del arquitecto griego Tombasis.

Fátima es la expresión del amor urgente de Nuestra Señora por la humanidad, que reclama oración de intercesión y penitencia por los pecadores. No debemos quedarnos en lo apocalíptico, es decir, en el catastrofismo. Lo importante es la urgencia y quién no advierte la necesidad de la oración y de la penitencia ante tantas violencias y ante tantas manifestaciones del pecado en los hombres y en la sociedad de nuestro tiempo; y ante tantas provocaciones al pecado por parte de las mismas mujeres, que siguen llamadas a ser pacientes constructoras del matrimonio, guardianas del hogar, catequistas

de sus hijos, columnas de las comunidades cristianas, consoladoras de los enfermos y tantas otras misiones. No se explica la historia de la sociedad y de la Iglesia sin la presencia activa de la mujer en ellas.

### *Los mensajes de Fátima*

Los mensajes del cielo son siempre mensajes de esperanza, aunque haya que pasar primero por la destrucción del pecado de los hombres. Es lógico, pues la sangre de Cristo no ha sido derramada en vano y seguirá realizando nuestra salvación, llevándonos por los caminos de la purificación y conversión. Las apariciones de la Virgen María, hoy tan frecuentes, son manifestaciones del amor misericordioso de Dios en la historia humana; son avisos del cielo para nuestra conversión; los llamados castigos divinos son siempre condicionales en referencia a nuestra conversión. Dios, nuestro Padre, no tolera nuestros pecados y está siempre dispuesto a perdonarnos cuando nos arrepentimos.

Los mensajes de las apariciones no se interpretan desde la revelación, que ya terminó con la muerte del último de los apóstoles, sino desde la profecía, que es un don permanente en la vida de la Iglesia, y tiene por objeto disponernos a los cristianos para las próximas batallas contra el pecado y los enemigos de la vida cristiana, el demonio, el mundo y la carne. En este contexto, Fátima ha tenido una excepcional importancia en el siglo XX, en orden a interpretar los fenómenos sociales y eclesiales en este tiempo acontecidos. Es decir, la profecía interpreta la palabra de Dios y los demás signos de la presencia de Dios en la historia, manifestándonos la santa voluntad de Dios.

El tercer secreto de Fátima no se ha revelado oficialmente, pues no se han querido anunciar catástrofes. Con todo, bastantes catástrofes hemos vivido ya en la humanidad en este siglo y en la Iglesia, sobre todo en el posconcilio. Mas no por ello Dios ha abandonado a su pueblo y ahí tenemos los cristianos hoy signos de la voluntad de Dios, por ejemplo, en los textos del Concilio Vaticano II y en la vida y pensamiento de Juan

Pablo II. Y ahí tenemos también tantos mensajes de la Virgen que nos invitan e impulsan a la conversión, a la oración y a la penitencia. Es decir, los mensajes son siempre un don divino para la salvación de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Pero ¿cuál es el corazón de los mensajes de Nuestra Señora de Fátima, Virgen del Rosario? Los contenidos más repetidos en Fátima son: la oración, la conversión, la consagración a María, la paz. En consecuencia, parece que lo fundamental del mensaje de Fátima hay que hallarlo en la transformación de nuestros corazones por la gracia de Dios y en la plena donación nuestra a los designios de Dios. Por otra parte, es la enseñanza de los videntes, con sus llamadas a la mortificación y a la oración por los pecados del mundo. ¡Qué profunda es esta llamada a seguir los pasos de Jesucristo cargando sobre nuestras espaldas el dolor de nuestros pecados y de los pecados de los demás! Éste es el sentido profundo del acto de la Santa Iglesia, cuando pide perdón a Dios y a los hombres por las infidelidades de sus hijos pecadores. Esto nos lleva a la cultura de la alteridad en la caridad, cargando con la cruz y aceptando ser grano de trigo, sin resistirnos al mal, sino asumiéndolo y destruyéndolo con amor en nuestros corazones.

### *Al final triunfará el Corazón Inmaculado de María*

El santo año jubilar es también tiempo mariano, tiempo privilegiado de gracia y de perdón. Ahí está María, la hija predilecta de Dios Padre; en ella se manifiesta el designio de amor divino sobre la humanidad. Habiendo sido elegida para ser Madre de Cristo fue elevada a la más alta dignidad y misión al servicio de la Iglesia. Este designio de amor se anuncia inmediatamente después del pecado original: el Hijo de María aplastará la cabeza de la serpiente. Y comienza su cumplimiento en la Anunciación, cuando María escucha aquellas benditas palabras: “Alégrate, llena de gracia”. El gozo de Dios Padre se comunica a María, en la que la abundancia de la gracia alcanza el grado máximo en una persona racional. En el rostro de María se refleja la infinita ternura del amor eterno, la faz misteriosa de Dios Padre.

“Mi madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen”, es decir, María es la madre más excelsa de Jesucristo. Nadie como ella escuchó palabras tan sorprendentes y nadie como ella las cumplió, en su seno, gestando al Hijo de Dios, y en su corazón, siendo madre, no sólo biológica, sino hija y madre misteriosa de Sión, madre toda ella de la Iglesia, el pueblo de la nueva y eterna alianza. El inmenso privilegio y la excelsa misión de ser la Madre del Hijo de Dios caracterizó a la humilde sierva del Señor. La madre no es sólo quien da a a luz al hijo, sino sobre todo aquélla que le cuida y alimenta en el seno del hogar y cuida de él hasta que se transforma en un ser adulto, capaz de distinguir el bien del mal; capaz de conocer y a amar la voluntad de Dios. Así nos trata a cada uno de nosotros nuestra Madre del cielo.

El Hijo de Dios se hizo hombre en la plenitud de los tiempos en las entrañas de la Virgen María, mostrando así a Nuestra Señora como el modelo de mujer querido por Dios. En ella y por ella ha acontecido el designio más grande de Dios en referencia a la humanidad. La paternidad de Dios se relaciona con su Hijo, Jesucristo, no sólo en el misterio eterno, sino también en el misterio de su encarnación sucedido en el seno de una mujer, María. Dios Padre se ha servido de una mujer, María, para engendrar a su Hijo en el tiempo. Aquí radica la grandeza de la Virgen María; aquí se fundamenta el poder de su intercesión por nosotros, sus hijos. Seamos todo para ella, quien entre lágrimas y dolores es toda para nosotros. Así, triunfará al final el Corazón Inmaculado de María, siendo todo para la gloria de Dios y para nuestra salvación ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, OP.  
*Director de Vida Sobrenatural*

# Una cima del espíritu escalada por sendas de pequeñez

Dolores Dávila Sestelo  
(Hna. Ángeles del Niñito Jesús)

## II. VOCACIÓN RELIGIOSA Y ESPIRITUALIDAD

Después de lo dicho, se comprende que en Lolña la vocación religiosa aparezca, en cuanto a lo exterior, casi como una realidad congénita. No se trata de negar, ni siquiera de sugerir dudas acerca de la índole gratuita de la vocación religiosa, sea en Lolña, sea en cualquier otra persona. Me limito a decir algo bien sencillo y evidente. En Lolña educación y vocación están vinculadas tan estrechamente que dan la impresión –sólo impresión– de constituir una única ‘pieza’.

### 1. *Decisión de renuncia a lo terreno*

Lolña, aun perteneciendo a una familia socialmente bien situada, no vivió nunca con criterios de sociedad. El modo como el P. Peláez la describe en sus cartas de información, dirigidas a su hermana, la abadesa de Palencia, son bien expresivas al respecto. Lolña es puro candor e inocencia. El P. Peláez para cerciorarse de la vocación de Lolña, le mandó poner por escrito las razones en que se apoyaba para mostrarse tan decidida en abrazar la vida de clausura.

Puesta a cumplir el encargo, Lolña comienza afirmando que el estado religioso la atrae con “un impulso irresistible” y, para que no haya duda acerca de su disposición, añade: “Tengo la certeza de ser llamada” a dicho estado (Carta del 23 de Febrero de 1920, pg. 70). Además, en el convento –dice– “me

veré libre de las mil ocasiones de pecado en que tan fácilmente caigo”. Tiene la seguridad de que en el convento será “más obediente, humilde y caritativa”; quiere consagrar lo que le quede de vida “a desagruar a mi Niñito de los sacrilegios horrendos de que es objeto su Corazón amante”.

El pensamiento central de Loliña está expresado en el párrafo siguiente: “Quiero, Padre, ofrecerme a Él toda entera por la salvación de los pecadores. Hacer lo que hace el Corazón de Cristo: salvar almas. ¿Por qué medios? Con mortificaciones, con sacrificios, con una vida que daría con alegría inmensa (...).

No se interponga Vd., Padre, entre Dios y yo (...). Tengo hambre, hambre de estar con Él a solas, sin el ruido mundanal que me da miedo distraiga mi alma toda suya”.

El P. Peláez había pedido a Loliña que le dijese también si la vida en el mundo le ofrecería alguna ventaja en orden a su propia santificación. Loliña responde que le cuesta creer que el mundo ofrezca ventajas a persona alguna y que, desde luego, a ella, no. “Difícil me parece las haya [ventajas] para nadie; lo que es para mí imposible, imposible”. En un breve escrito del 24 de Febrero, canta “el adiós eterno que [las monjas] dan al mundo, al que no volverán en la vida” (pg.71).

En la autobiografía, Loliña habla también de sus ansias. “Ya no podía estar más en el mundo; mis deseos de ser enterita de Jesús eran inmensos... La negrura de la tierra dábame miedo. Estaba hambrienta de verme a solas con mi Encantiño para quererle a mi gusto” (n. 35). Un indicio de que para ella el mundo era ‘negrura’ es que, cuando salía a la calle ella sola, iba con los ojos cerrados.

El P. Peláez, en las cartas que dirige a su hermana, abadesa del monasterio de Palencia para darle informes sobre Loliña, habla también del ardiente deseo que ésta tenía por apartarse de todo lo mundano. “Tiene dice- los ojos completamente cerrados, no entiende absolutamente nada de malicia, de diversiones de mundo. Para ella no es sacrificio dejarlo todo, porque no siente la menor afición a nada de la tierra; ni entiende que más adelante podrá ser sacrificio”(14 de Marzo, pg. 72).

Loliña tenía una vocación contemplativa a toda prueba. Se ha dicho ya que, en cuanto recibió los permisos para realizar el ansiado viaje a Palencia, no aplazó la fecha de partida ni un momento; tenía prisa de romper todos los lazos que la ataban al mundo. Hemos visto ya el relato que ella hace del viaje y la prisa que se dio para entrar en el monasterio a las pocas horas de su llegada. Informaciones del P. Peláez nos dan seguridad del empeño que Loliña ponía y la prisa que se daba en todo lo relacionado con su entrada en el monasterio. El P. Peláez le dio su aprobación para hacerse religiosa y, al mismo tiempo, dejó en mano de Loliña la fijación del momento en que había de solicitar el ingreso. Cuando Loliña se encontró en esta situación, “en seguida dijo: ‘pues esta misma tarde, si tengo tiempo’ (...). Si por ella fuera, iría en el primer tren” (14 de Marzo, pg. 73). Con vistas a fijar la fecha de entrada, el P. Peláez da a su hermana la completa seguridad de que la presteza no sólo no asustará a Loliña, sino que le dará verdadero contento: “No temas que se asuste si le dices que cuanto antes. ¡Qué más querría ella!”.

Todavía otro detalle. Loliña partió de Vigo el 10 de Junio de 1920. Pues bien, el P. Peláez escribe de nuevo a su hermana con fecha 9 del mismo mes y todavía no sabe que la decisión está ya tomada y a punto de ser ejecutada. Se limita a decir: “Tiene ansia de que sea pronto su entrada, y yo la detengo por ser demasiado cándida” (pg. 74). Para valorar este hecho hay que tener en cuenta una norma de comportamiento que destaca mucho en la vida de Loliña. El mismo P. Peláez da de ella este testimonio: “Una cualidad extraordinaria es la obediencia; no sabe dar un paso sin pedirme permiso” (14 de Marzo, pg. 73).

Loliña pedía permiso; quería hacerlo todo por obediencia. Pero, una vez recibida la autorización para partir, la cual le fue comunicada juntamente con la decisión de que todo lo demás quedaba a su arbitrio, supo dar el paso por sí misma, y lo dio con la máxima rapidez, tanto que el mismo P. Peláez pensaba que la estaba ‘reteniendo por ser demasiado cándida’. Cuando estas palabras fueron escritas, Loliña estaba a punto de subir al tren y ya no había modo de retenerla, a pesar

de que su obediencia era extraordinaria. Este hecho permite captar al vivo el ansia que Loliña sentía por retirarse del mundo y entrar en el convento, donde la esperaba su ‘Encantiño’ y donde ella sería “todita suya. Cuando lo pienso, me vuelvo loquilla de alegría...” (2 de Abril de 1920, pg. 73).

El ansia de partir y la alegría de entrar en el monasterio no impidieron que la adaptación a la vida monástica encontrase dificultades de diversa índole y que fueron ya expuestas. Entre todas ellas, había una especialmente seria, porque afectaba al fondo mismo de su espiritualidad. Se le dijo y se le repitió que aquel modo juguetón de tratar al Nene era irrespetuoso; para santificarse, el cariño a Jesús debía tener las expresiones comunes, las que eran conocidas y practicadas en la comunidad.

Loliña escuchó esto muchas veces. Pero nunca estuvo de acuerdo. Recordemos su juicio y el modo como lo expresa en la autobiografía. “El respetillo –dice– que las monjitas tenían a Jesús –ese respetillo político...– dábame miedo. Al Chiquitín no le gustaba. ¿Cómo tratarle así? ¡Si eres mío de siempre, el hermanillo a quien adoro, mi vidiña y mi todo! Tú eres, yo no” (n. 54). Para Loliña que hace ya vida de convento, el Chiquitín sigue siendo el mismo con quien se había encontrado en su tierra natal de Vigo. “Durmiendo venía a mí haciéndose el gallequito... Le cantaba en su lengua y tocaba las palmitas lleno de alegría; sí en castellano sólo sonreía como persona formal. ¡Oh qué moniño eres. Bien te entiendo” (n. 55).

## 2. *Una vocación encomiada e incomprensida*

Las dificultades en relación con la espiritualidad de Loliña continuaron existiendo e incluso se intensificaron. Habían transcurrido ya dos años de su llegada al convento. La Abadesa, M. Carmen Peláez, que había recibido de su hermano amplias y seguras informaciones sobre Loliña, dice de ésta: “Es una santita y está más en el cielo que en la tierra; nosotras no entendemos su lenguaje; pero demos gracias a Dios; es un alma extraordinaria” (Carta, sin fecha, de 1922). Así escribía la M. Carmen a la mamá de Loliña; en la misma carta añadía

la recomendación siguiente: “Guarde todo lo que escriba. Creemos es otra Bta. Teresita del Niño Jesús que acaban de beatificar”.

Grandes ponderaciones, pero el problema sigue en pie: ‘No entendemos su lenguaje’. Evidentemente, no se trataba del lenguaje escrito o hablado, sino de la realidad expresada, o más exactamente, del misterio de una vivencia cristiana que, por alcanzar una insospechada profundidad y conducir a una grandeza superior a todo pensamiento, sólo puede ser dada a conocer mediante el balbuciente lenguaje de la sencillez y de la pequeñez, revestidas de formas y proclamadas con símbolos verdaderamente infantiles: lo cual –pienso– no ha ocurrido nunca.

Pues bien, esta singular vivencia cristiana, este testimonio vivo de la cercanía de nuestro Salvador, que se convierte en presencia llena de ternura: todo esto, envuelto y presentado en ‘el lenguaje’ que le es propio, o sea, el de la sencillez y de la pequeñez, el que se comunica mediante las expresiones verbales, los gestos y los símbolos de los sencillos y de los pequeños, constituye el núcleo del mensaje que el Salvador mismo quiere hacer penetrar en la Iglesia y en la humanidad por medio de esta persona a quien conocemos familiarmente con el nombre de Loliña. En Loliña todo está al servicio de una sencillez profunda y de una pequeñez grandiosa.

Sencillez y pequeñez son conceptos y, sobre todo, realidades y misterios de gracia determinantes: informan el lenguaje hablado y escrito, las actitudes, los comportamientos, los servicios fraternos y el modo desinteresado, cordial, gozoso de prestarlos. Este es ‘el lenguaje’ que se nos pide entender. Ciertamente, no es fácil de entender y no tiene nada de extraño que las religiosas que acogieron a Loliña no lo hayan entendido, porque nadie hasta entonces lo había empleado.

Para no colocar toda la carga de un lado solamente, creo que es llegado el momento de hacer alguna aclaración. Loliña era persona realmente querida en el monasterio. Lo hemos visto ya en la carta de la M. Abadesa. Su testimonio es plenamente objetivo; prueba de ello son unas palabras que no fueron escritas para probar y que, por eso mismo, aportan una

prueba irrecusable. El P. Peláez, escribiendo a Loliña (1-X-20), le dice: “¡Cuánto me alegro de que siga contenta (...). ¿qué pide el Niñito en la comunión? Ser muy buena, muy obediente y que nunca salga de esa casita, donde todas la quieren de verdad” (pg. 78). Luego le niega permiso para ciertas penitencias que Loliña pedía hacer; y, en cambio, le propone otra de la que, sin duda, Loliña estaba necesitada. “Siga –le dice– muy alegre, muy contenta, siguiendo las bromas de las monjitas, sus hermanitas en el Niñito...”. Ya algo antes le había dicho: “Las monjitas te quieren mucho”. A lo cual sigue una recomendación parecida: “Muéstrate muy alegre con todas” (pg. 75).

La importancia de esta recomendación salta a la vista con sólo recordar las dificultades que Loliña experimentó al encontrarse situada en un ambiente de psicología tan distinta de la de su nativa Galicia. También Loliña necesitaba ‘aprender y entender otro lenguaje’: necesitaba dejarse modelar por maneras de trato fraterno que a ella no le eran familiares. Pienso que Loliña aprendió y entendió bien todo lo relacionado con este lenguaje, porque después ella misma habla mucho de respetar, más aún, de acoger el ‘aire’ de cada persona, es decir, su modo de ser, de reaccionar...

No eran solamente las religiosas del monasterio de Palencia quienes tenían dificultades para entender ‘el lenguaje’ de Loliña. El P. Peláez mismo parece haberlas tenido aún mayores. Escribiendo (14-III-20) a su hermana, que era Abadesa del monasterio, le dice sobre Loliña: “Tiene una voluntad excelente”, pero no dejarán de surgir numerosas dificultades “por no estar acostumbrada a pensar y hablar como persona mayor (...). Me encanta lo entregada que está a Jesucristo con la inocencia y candor de una niña; pero qué miedo me da el que más adelante reflexione y vea que entró sin darse cuenta de lo que hacía (...). Cuando le hablo es igual que si hablara con una criaturita de ocho años de edad (...). Lo único que me detiene es la falta de formación de su carácter; y esto no depende de su voluntad. Me obedecerá y no jugará más en la calle; pero sus nervios se lo pedirán y se sorprenderá (o la sorprenderán, porque ella no reflexiona tanto) saltando en casa”. Los hechos no confirmaron estos temores y desmintieron algunos de los

juicios apuntados en lo transcrito. Tampoco esto me extraña. El P. Peláez estaba inmerso en la situación y no podía contemplarla con la perspectiva histórica que hoy tenemos.

A juzgar por la autobiografía, el tiempo de postulante y los años siguientes transcurrieron en clima de serenidad y de gozo. Refiriéndose a su primera profesión, Loliña dice: “Llena de alegría profesé el 21 de Diciembre de 1921. Jesusiño podía jugar a su gusto con su muñequita...” (n. 59). Un dato clave para juzgar sobre la tónica de esos años es el modo de relacionarse con la M. Maestra de Novicias. Loliña dice que la quería mucho y añade una explicación muy suya: “Eternamente le estaré agradecida por los bombones de papel negro que en gran cantidad me dio y me da para mi lindo Nene (...). ¡Ay! Saben a cielo” (n. 57).

El año 1922 y en fecha desconocida, el P. Peláez dirige, desde Palencia, una breve carta a la mamá de Loliña y le dice: “No se puede Vd. figurar el consuelo que he recibido al ver a Loliña tan contenta y santita; es felicísima y estas buenas religiosas están encantadas con ella” (pg. 81).

Creo que con estos datos podemos hacernos una idea aproximada acerca de las relaciones entre la comunidad y Loliña durante los primeros años de la vida de ésta en el monasterio. La comunidad observa en Loliña cosas no comunes, que llaman la atención, que obligan a pensar, que imponen el compromiso de discernir. Loliña, por su parte, siente la necesidad y, el deber de adaptarse para entrar de lleno en el designio de Aquél que la llama a ser cada vez más pequeña y que, para ello, le pide despojarse de todo ‘querer propio’. El P. Peláez había expresado las exigencias de este desprendimiento: “que las monjitas crean que, teniendo a Sor Angeles [Loliña], tienen al Niño Jesús en el convento” (pg. 84). ¡Gran ideal! ¡Altísima cumbre! Recordemos que quien la señala había mostrado dudas de que fuera efectivamente alcanzada. No es necesario repetir sus palabras.

Una cosa es de notar. La víspera de la profesión solemne, o sea, el 23 de Diciembre de 1924, escribió a su M. Abadesa –el cargo seguía estando desempeñado por la M. Carmen Peláez– una carta en que ella misma propone, de otro modo, el ideal

señalado por su confesor-director. Entre otras cosas, dice: “Soy pequerrechiña y no tengo nadita. Mi Nene adorado y Mamá del cielo lo harán por mí [agradecer y todo lo demás] (...). Por amor de Jesús hágame prontito santa; no perdone medio alguno de hacerme sufrir (...). Si quiere complacerme, DESPRÉ-CIEME y haga que todas me humillen y nadie me quiera. ¡Qué gustiño! Así me parecería a mi Niñito, al único modelo que me propongo imitar (...). No tengo querer, ni gusto, ni... nada. Soy enterita de mi Encantiño para siempre” (pg. 86).

¡Admirable la transformación experimentada! ¡Perfectísima la santidad recibida! Todo esto lo hizo Dios en una joven de veinticinco años, la cual cierra así el primer cuarto, un poco rebasado, de su existencia terrena. Y, ciertamente, los años que le restan no van a ser ni menos transformantes ni menos santificantes. ¿A qué altura se halla la cumbre? Sólo Dios lo sabe.

En la autobiografía, refiriéndose a la profesión solemne, Loliña escribe: “Me casé con mi Amado, para no descasarme nunca jamás (...). Era tanto el amor que me daba Jesusiño, que aquí dentro no cabía y explotaba (...). ¿Lo ves, Nene mío? Ya no puedes decir que no te quiero...” (n. 71).

### 3. *En la encrucijada*

Loliña acaba de cantar su matrimonio, sellado con lo promesa de no descasarse nunca jamás. Antes de llegar a tan gozosa celebración ocurrieron cosas que es necesario conocer para valorar la ‘celebración misma’. Loliña se encontró en una encrucijada. Le fue otorgado el don de escoger la senda que conduce al monte santo, donde el Esposo estaba ya esperándola. Pero ahora, aunque seguros de llegar al monte del reposo, es necesario detenerse en la encrucijada y experimentar la ansiedad de quien, en un determinado momento, no sabe qué senda deberá escoger entre las varias que se le ofrecen a la vista.

El problema está muy bien planteado en el volumen de documentos. Aunque ya en el convento, Loliña seguía siendo una ‘niña’ que quería ser monja de clausura, sin abandonar su

fe infantil, sus juegos con Jesús y su alegría. En la motivación no había tozudez, sino gracia del Espíritu Santo que la guiaba por caminos que, no siendo frecuentados, a ella le parecían los únicos por los que le era posible andar.

Loliña tuvo que soportar el trasplante que la sacó de Galicia y la colocó en el páramo castellano, en el que está expresada no sólo la estepa campestre, sino también toda la serie de penosas adaptaciones que Loliña hubo de aceptar para integrarse en la vida común. De todo esto ya se habló, y no es necesario repetir. Pero conviene fijar la atención en un punto. Loliña era una persona espiritualmente original. La comunidad experimentaba algo así como desconcierto, porque las formas de la santidad en aquella joven estaban lejos de ser las más corrientes.

El tiempo pasaba, se acercaba la fecha de su primera profesión, la cual había de tener lugar el 21 de Diciembre de 1921. Los extremos del problema que la comunidad había de afrontar parecían claros. Por una parte, aquella joven religiosa daba la impresión de ser demasiado niña para tomar una decisión tan importante. Por otra, su candor y el ansia de vivir allí para siempre consagrada enteramente a Jesús no podían menos de merecer aprobación, por exigente que fuese el criterio de quienes habían de tomar decisiones al respecto. La situación era delicada; la comunidad la sentía también como embarazosa.

Para proceder con entera rectitud en un caso que ciertamente la requería, se pidió asesoramiento a una persona singularmente cualificada. La comunidad recurrió al P. Isacio M.<sup>a</sup> Morán, S.I., que desempeñaba el cargo de Maestro de Novicios; le pidió que examinase el espíritu de la joven religiosa y que, una vez formado su juicio, aconsejase a la comunidad lo que le pareciese más acertado.

El P. Morán cumplió el encargo con toda diligencia y dio a la comunidad el parecer que le era solicitado. No puede ser más elogioso para Loliña, ni más tranquilizante para quienes vivían en ansiedad. "Estoy admirado, dice. No he hallado en mi vida otra que se le parezca en sencillez, candor e infancia espiritual; excede a la Bta. Teresita del Niño Jesús. ¡Y qué humildad! Mándela escriba todo, pues esas gracias extraordinarias no

pueden quedar ocultas. El Señor concede esas gracias para demostrar su gran bondad. Es Sor Ángeles un alma extraordinaria. Déjenla estar con N. Señor en el coro cuanto más tiempo sea posible. No creo inconveniente baje a las tres o las cuatro de la mañana, algún día a las dos, y hacer la Hora Santa los primeros viernes de mes. No la obliguen a comer más de lo que pueda. El Señor dirige a esa alma por sí mismo. Den gracias a Dios por la santita que tienen en casa” (pg. 88).

Así se expresó el P. Morán, acerca de cuya santidad personal y competencia en temas de discernimiento espiritual puede verse el testimonio del P. Leandro Gallego, S.I., reproducido en página 15. Con este informe, totalmente positivo y sin tener noticia de él, coincidieron otros Padres que trataron a Loliña; todos dijeron de ella cosas enteramente semejantes. No me detengo a exponerlas para no alargar.

La profesión de Loliña estuvo en peligro también por otro motivo, del que ella habla expresamente. Dice así: “Unos meses antes de la profesión me salió un tumor en el cuello, y ¡qué guerrero! Así no me daban la profesión; tenía que ir a casa, como decían. ¡Qué miedo! Ay no, eso no. Salir de aquí, sólo en tajaditas para el cielo. En este tiempo, gran cantidad de monedillas de oro di al Niñín mío” (n. 58). Loliña piensa que en el origen de esto hay una intención del diablo –de Fañicas– que buscaba motivos para sacarla del convento. “Fañicas a todo trance quería sacarme de aquí, pero se fastidió. Jesús vence siempre. Un día de exposición se lo pedí a mi Encantiño Hostia y en seguidita, de repente, todo lo sanó y me puso muy rebién” (n. 59).

El dictamen del P. Morán y la gracia de esta sanación permitieron que Loliña hiciera su profesión en la fecha reglamentaria. “Llena de alegría –dice– profesé el 21 de Diciembre de 1921. Jesuñño podía jugar a gusto con su muñequita. Le pedía su cruz con todos sus dolores...” (n. 59). “¡Cuán buenñño es Jesús! Cumplió su palabra dándome el bulto que me había quitado. En seguida de profesar me lo devolvió, así como se lo pedí...” (n. 62). Pero ahora, una vez hecha la profesión, la vida religiosa de Loliña ya no corre peligro por motivos de salud. El horizonte está despejado. Loliña se entrega

cada día con mayor ilusión al querer de su Pichuchiño. Guiada por él y llevada por él, avanza rápidamente en el camino de la santidad.

#### 4. *Un temperamento para una misión*

Enuncio un tema que merece desarrollo largo en el que ya no puedo ni pensar; son ya demasiadas las páginas escritas y quedan todavía unas cuantas que, en ningún caso, pueden faltar. En Loliña, el temperamento, cultivado y desarrollado por la educación, tiene tal coherencia con su vocación divina que, si alguien juzgase las cosas por su sola exterioridad, pensaría tal vez que constituyen una pieza única.

El temperamento de Loliña comenzó a recibir el influjo de una educación paterna que se caracterizó precisamente por la presentación de temas cristianos, poniendo en primer plano las motivaciones típicas de una vocación religiosa. La educación de Loliña, desde sus mismos comienzos, está inmersa en lo profundo de este 'sector' de vida cristiana que es el propio de la vocación específicamente religiosa. Para Loliña el ansia de renuncia al mundo, que ella sintió tan vivamente, es el resultado conjunto del don divino de la vocación y de la educación recibida; de hecho esta educación estuvo desde su comienzo orientada a la vocación.

Esto da origen a una situación muy singular, que podría ser definida como de recíproca asunción: la vocación asume los contenidos y las expresiones propias de la educación, y ésta, por su parte, asume lo característico de la vocación. Miradas las cosas desde el plan de Dios, la educación se ordena y se subordina a la vocación, de modo que este orden no puede ser invertido. Siguiendo esta línea, se llega a la conclusión compendiada en el título de este apartado. Loliña recibió una educación cuya razón de ser está en la vocación y que tiene la precisa finalidad de servir a la vocación. Lo cual, dicho de otro modo, significa que Loliña tiene un temperamento puesto íntegramente al servicio de la misión que la vocación divina le encomendó.

Comprendo que esta ‘conclusión’ no puede ser entendida en todo su rigor lógico. No es posible ‘canonizar’ todas y cada una de las expresiones sensibles que Loliña dio al cumplimiento de su misión. En lo humano, nadie se libra de cometer errores; en la vida de cualquiera se pueden señalar desaciertos. Pero, aceptado todo esto como tributo que se cobra nuestra condición pecadora, tengo la persuasión de que el enfoque dado por Loliña a su vida es correcto. Pienso, efectivamente, que la pequeñez cristiana no sólo puede, sino que, además, debe revestirse de esas formas para expresar la presencia, la ternura, la ‘humanidad’ de Dios de manera coherente con esta ‘humanidad’. Dios quiere proclamar que su acercamiento a nosotros no tiene nada de impositivo. Él, como padre y amigo, quiere hacerse de nuestra condición para llevar a cumplimiento su designio, infinitamente misericordioso, de introducirnos en su propio misterio, dándonos participación de su naturaleza divina (cf. 2 Pe 1, 4).

Concluyo con un párrafo del volumen de documentos. “El 11 de Junio de 1920 [Loliña] traspasaba el portal de las Canónigas de San Agustín, de Palencia. Allí siguió la historia de su vida. Una historia inevitablemente escabrosa. Tenía razón su madre al preguntarle qué haría ella entre tanta gente mayor. Loliña era una ‘niha’ a sus veinte años y lo seguirá siendo a los cuarenta, sesenta y ochenta. No porque padeciera retraso psicológico alguno, sino por la actuación irresistible del Niño Jesús que la sedujo irreversiblemente. Será para siempre la ‘niña’, que ‘nada sabía’ y que ‘nada quería’ más que solazarse en un juego sin fin con su Pequerrecho. Y bien que lo iba a conseguir” (pg. 14).

Todo lo dicho hasta aquí sirve para encuadrar lo que falta por decir, su espiritualidad. Es lo principal. Ya no puede ser tratada con la extensión que de suyo merece, porque se llegaría a un número excesivo de páginas. Creo, sin embargo, que un trabajo de esta índole no exige una exposición completa, la cual sería más propia de una biografía o de una *Positio*. Para el fin que ahora se intenta basta dar una idea global.

### 5. *¿Infancia espiritual? 'Jugar con el Nene'*

En Loliña, la pequeñez y el juego son realidades, conceptos, vocablos que aparecen continuamente. Quien pretenda adentrarse en su espiritualidad ha de pasar por aquí. Sería quizá más exacto decir que deberá asentarse aquí.

Para un primer contacto con la espiritualidad de Loliña, me parece sumamente apropiado el concepto que se formó el P. José Fariña, agustino, el cual tuvo trato personal con ella ya antes de haber hecho su profesión solemne. La última carta que dirigió a Loliña lleva fecha 16 de Mayo de 1926. El 30 de Noviembre de 1936 el P. Fariña coronó su vida con el martirio; junto con otros 51 compañeros fue asesinado en Paracuellos del Jarama. Son varias las cartas en que habla del juicio que le merece, sea la persona de Loliña, sea su espiritualidad. Transcribo varios textos.

En religión Loliña era Sor Angeles del Niñito Jesús. Refiriéndose a una carta que recibió de ella expresa “la gratísima impresión” que le causó como venida “de ese verdadero ángel humano del Niñito Jesús. Su espíritu no hay que probarlo, porque lo evidente se prueba. Indudablemente supera en candor infantil a cuanto conozco aún por la historia de los santos. ¡Bendito sea Dios que les ha dado ese tesoro incomparable! Mucho ama el Señor a esa casa. Yo felicito a Vd. y a toda la comunidad de todo corazón...” (23-III-1924, pg. 123).

“Verdaderamente, mi querida hermana, el Dios AMOR es desconocido. Se conoce al Dios OMNIPOTENTE, al Dios TERRIBLE, JUEZ... Pero el Dios hecho Nene para como los nenes, morder nuestros carrillos, darnos palmadas, saltar, jugar, tener sus delicias con nosotros... ¡No se conoce...! Y es porque somos muy GRANDES; no somos niños. ¡Cuánto tenemos que aprender de Sor Angeles! Sus cartas son para mí un nuevo beneficio de Dios” (21 IV-1924, pg. 126). Por eso –añade– a Sor Angeles “es preciso SACARLE el tesoro que lleva dentro. Debe haber cosas preciosas de su vida desde pequeña” (Ib.).

El P. Fariña no se cansa de expresar su admiración. “Estoy chifladito con esa criatura; es un verdadero Angelito caído del cielo” (11-VIII-1924, pg. 128). “¡Qué criatura! (...). Yo creo que

Nuestro Señor quiere manifestar al mundo muy pronto los tesoros de su infancia, para robar el cariño de los hombres, agotando así su recursos, y me parece que el apóstol de esta devoción a Jesús Niño va a ser Sor Angeles. Estemos sobre aviso para que en su santidad no se mezcle ninguna nota que no atraiga las almas a Jesús (...). No privemos a la Iglesia de esos tesoros (...). La violencia que tiene que hacerse para escribir se resuelve en grandísimo mérito y en vencimiento propio que acelera la muerte de sus QUERERES Y NO QUERERES” (29-XII-1924, pg. 131).

El P. Fariña, ante algunas sospechas que sus cartas despertaban, hizo constar que él no tenía intención alguna de convertirse en director de Loliña. “Mi intento –añade– es que ella se exprese escribiendo, pues sus cartas, por sencillísimas que sean, son tesoros” (21-XII-1925, pg. 132). “No debemos indicar caminos; debemos examinar cuál es aquél por el cual la impulsa el Espíritu Santo y hacer que remueva todos los obstáculos que se oponen a la gracia (...). El Espíritu Santo es su maestro” (Carta sin fecha ni firma, pero escrita ciertamente por el P. Fariña a la M. Carmen Peláez, pg. 133). La carta termina pidiendo que se conserven todos los escritos de Sor Angeles que “serán verdaderas reliquias” y da ciertas normas para asegurar la buena conservación (pg. 134).

La última carta del P. Fariña dirigida a Sor Angeles lleva fecha 16 de Mayo de 1926. Le habla del Espíritu Santo sobre todo de sus dones de temor y de sabiduría, y concluye así: “Él sea tu maestro y DIRECTOR y te lleve al seno de su fuego donde te abraza eternamente” (pg. 135).

El pensamiento del P. Fariña es claro. Sor Angeles [Loliña] es una persona extraordinaria cuyos escritos hay que conservar a toda costa, porque en ellos palpita el mensaje de un amor divino que se acerca a la persona humana de manera tan sumamente entrañable que hasta hoy no ha sido conocida, porque ni siquiera se observa en la vida de los santos. Creo que en esto no hay la menor exageración. Ya antes, y de manera independiente, el P. Isacio Morán, al hacer el examen del espíritu de Loliña, se sintió maravillado de su “sencillez, candor e infancia espiritual” y no tuvo reparo en declarar: “Excede a la Bta.

Teresita del Niño Jesús” (pg. 88), la cual, entonces, era la ‘estrella’ más brillante.

6. “Para los Pequeños no hay noches oscuras”

El P. Fariña dio una especie de boceto acerca de la espiritualidad de Sor Angeles, en quien ve un instrumento de la providencia que nos llama a captar la entrañable ‘humanidad’ de Dios, que se nos acerca como Niño –¡como Nene!– y quiere relacionarse con nosotros como ‘Nene’.

Después de haber recibido esta orientación, acerquémonos a la persona para pedirle que hable. Escuchemos a Loliña. Es tanto lo que tiene que decirnos que casi no acabaríamos. Ella acepta decir tan sólo alguna cosa. Comienzo transcribiendo lo que Loliña dice a propósito de un encuentro con el P. Juan G. Arintero, un ‘santo’ de mi Orden, a quien conozco bastante, porque me fue encomendada la tarea de redactar la *Positio* para su beatificación y canonización. Escuchemos, pues, a Loliña la cual, además de definirse, da unas realistas pinceladas acerca del P. Arintero.

“A mí me dijeron que pasaría la noche oscura. Vino el P. Arintero, O.P. y yo le contesté que no: que para los pequeños no hay noches oscuras; éstas sólo son para derribar lo que construye el hombre, para convencerse que nada podemos. Pero el niño no construye y no puede nada; nunca se esconde Jesús de él y no lo pone en el cuarto oscuro... Por más que porfirmos, no me dio la razón. Yo le gritaba –estaba muy sordido– diciéndole que para los pequeños no hay noches oscuras; y él dale que te pego, y se marchó con la suya. Después se conoce que lo pensó y escribió: La galleguita tiene razón” (de una conversación grabada el 31 de Marzo de 1981, sin que Loliña se diese cuenta, pg. 25, n. 25).

Este pasaje es sumamente interesante por lo que dice y porque nos permite situarlo cronológicamente en los comienzos de la vida religiosa de Loliña. Doy por supuesto, aunque en el texto no consta, que la escena tuvo lugar cuando Loliña había hecho ya su profesión solemne. El encuentro mismo para tratar un tema así, la firmeza del lenguaje..., todo, en fin, obliga

suponer que se trata de una religiosa ‘ya hecha’, es decir, que había rebasado la etapa de votos temporales. Por parte del P. Arintero hay que añadir, por lo menos, una pincelada. Era un celeberrimo escritor místico, a quien era rarísimo que persona alguna, sobre todo siendo religiosa, se le opusiese con la irreductible oposición de que Loliña dio ejemplo.

Para valorar espiritualmente la escena, hay que prestar atención a la cronología. Loliña hizo su profesión solemne el 23 de Diciembre de 1924. El P. Arintero murió el 20 de Febrero de 1928, había caído gravemente enfermo el 7 de Enero. El encuentro, por tanto, no puede ser ni anterior a 1925, ni posterior a 1927. Loliña era una joven. Ya entonces tenía perfectamente asimilado su ‘sistema espiritual’ y se sentía con fuerza para defenderlo frente a las máximas ‘autoridades’ en teología mística. Era la comprobación práctica de otro principio de la espiritualidad de pequeñez. “Los pequeños lo pueden todo”. Dirigiéndose a la religiosa con quien conversaba, Loliña le dice: “Sé chiquitina y lo podrás todo” (Ib., pg. 24, n. 5).

Efectivamente, los pequeños lo pueden todo, incluso oponerse a grandes maestros y vencerlos en el propio terreno de ellos. Loliña da también la razón de esto. “Los pequeños –dice– no piensan. Jesús piensa por ellos (...). El secreto está en olvidarse uno de sí mismo, para vivir las cosas de Jesús. Que sea él quien viva en nosotros; entonces lo que hace Jesús en nuestras vidas no lo puede hacer nadie” (Ib., pg. 28 J n. 50 y 51). Con las ideas de Jesús –las ideas que se tienen cuando se deja a Jesús que sea Él quien piense– no hay maestro humano a quien no se pueda resistir, porque es Jesús mismo quien resiste. Ya se comprende que Jesús resiste no para aplastar, sino orientar la pobre mente humana hacia horizontes nuevos y más altos.

Es lo que Loliña hizo con el P. Arintero, y lo que el P. Arintero recibió agradecido, porque siempre valoró mucho el magisterio del Espíritu Santo a través de la gente sencilla. El encuentro de Loliña con el P. Arintero no es un mero episodio. Pienso que es algo así como un amplio ventanal desde el que entra en la vida de Loliña un torrente de luz. Me explico. El razonamiento hecho para fijar la cronología demuestra que el encuentro ocurrió por el tiempo en que el P. Fariña mantuvo

trato con Sor Angeles, de la cual hace encomios que pueden parecer exagerados. El informe dado por el P. Morán puede parecer tan exagerado o más, porque dice expresamente que en la vivencia de la infancia espiritual el ‘camino de Sor Angeles supera a la entonces Bta. Teresita del Niño Jesús’. A la luz del encuentro con el P. Arintero todos esos testimonios adquieren un valor verdaderamente incomparable, aunque nadie haya intentado dárselo.

Así se explica bien la insistencia con que el P. Morán y el P. Fariña recomendaron que se conservase cuidadosamente todo lo relacionado con Sor Angeles, de modo especial sus escritos. Por lo que el P. Fariña dice varias veces se sabe que Loliña, ya entonces, se ocupaba en escribir una autobiografía, que no llegó hasta nosotros.

Reflexionando sobre todo esto y sobre tantas cosas más de que la vida de Loliña está llena, se comprende, al menos, hasta cierto punto, que para los pequeños no hay noches oscuras. Una escena, entre las muchas descritas por Loliña, nos permitirá casi ver sensiblemente la verdad de sus palabras. Han pasado ya años de vida religiosa. Loliña nos habla un lenguaje típicamente suyo. “Mi corazón –dice– nunca llora. Sólo sube de él una alabanza larga, muy larga, de eterno agradecimiento al lindo Pequeñito de la Eucaristía. Nuestras comidas son breves. En seguida vuelvo a la reja del coro a recrear un poquitín al Pichuchiño mío. ¡Cuánto gozamos! Jugamos con la pelota que está en nuestro bolsillo y, a falta de piñones, con cacahuetes que nos dan muchos. Para alegrar a Jesusiño en las iglesias en que está solito, háblole por teléfono sagrariero. Le doy cada chillido... que ya. Y no se asusta nadita. ¡Mira qué cosa! ¡Gloria al buenísimo Jesús!” (Del informe sobre su vida que le pidió el P. Leandro Gallego, S.I., pg. 32). Realmente para quien habla así, no puede haber noches oscuras. Las muestras de este lenguaje son incontables.

### 7. *Ochenta años, sin cumplir uno*

‘Ochenta’ no es un número, sino un símbolo. En edad biológica, Loliña rebasó considerablemente los ochenta años.

Según el ‘espíritu’ de su vocación nunca llegó a cumplir uno. Durante la conversación grabada en cinta, sin que ella lo advirtiera, Loliña dijo: “Siempre soy pequeña. Por Navidad nazco con Jesús, y muero el Viernes Santo con él. Y así todo el año vivo muerta en Jesús, o sea, Jesús vive a través de mí, aunque sea así de turuleque” (pg. 26, n. 31).

Bien podemos decir que esta idea –este inefable don– llena la entera vida de Loliña. “Lo más grande es ser uno con Jesusiño, no dos ‘Jesusiño’. Angeliños murió. Sólo vive Jesusín” (Ib., pg. 24, n. 4). Esta desaparición personal, para que en su persona viviera solamente Jesús, tiene lugar en el comienzo mismo de la vida religiosa de Loliña. En la autobiografía dice que el día de su primera profesión (21-XII-1921), junto con los tres votos religiosos, hizo también, con permiso del P. Peláez, el voto “de no poner triste a mi Nene con pecado venial deliberado. Ya no era la misma. Aquella Loliña se murió: D.E.P. –Ahora es Angeliños del Niñito Jesús. Nació bajo su cunita. Por eso nos queremos tanto... Separados no podemos vivir” (pg. 55, n. 46-47. El P. Peláez habla de este voto en carta a Loliña, fecha 6 de Marzo de 1921; cf. pg. 79. –Lo cual quiere decir que el permiso le había sido solicitado mucho antes de la profesión). Razón tenían quienes examinaron el ‘espíritu’ de Loliña o se asomaron a él para proclamar que aquella joven era un ‘ángel caído del cielo’, que la comunidad debería alegrarse de contar con una santa, que deberían ‘sacarle’ las riquezas que llevaba en el corazón y conservar como ‘reliquias’ todos sus escritos...

Esta pequeñez, que llega hasta la desaparición de la persona, tiene multitud de manifestaciones, porque abarca todos los órdenes o sectores de la vida. Transcribo algunos pensamientos tomados de la cinta. “En la oración no hago nada; sólo me dejo querer por Jesusiño: soy su Jesusín” (n. 7). “Yo nunca medité, porque no puedo. Yo sólo sé ‘querer’, siendo sólo un Jesusiño” (n. 11). “Desde que nos hemos conocido, siempre nos hemos querido. Las cosas de Jesús –sus gustos y sus deseos– son los míos” (n. 12). “Yo ya no vivo; es Jesusiño quien vive en mí: sólo Jesús, el Hijo del Padre que tanto le quiere. Yo no soy nadie” (n. 13). “La presencia de Jesús en mí es continua;

no puedo vivir ni un segundo sin él. Así que no hago ‘actos’ de amor, ya que ello indicaría cesar algún momento. Y no. Mi vida es un ‘acto de amor ininterrumpido’ que quiero dure o no cese hasta la eternidad” (n. 33).

Un aspecto muy original de esta espiritualidad de pequeñez se refiere a las ideas. Loliña no tiene cabeza, no piensa. “Los pequeños no piensan. Jesús piensa por ellos” (n. 50). “Yo no pienso en la Trinidad. Sólo gozo con el ‘cariño’ del Padre, de Jesús y del Espíritu Santo. Por ellos hago loquerías (...). El secreto está en olvidarse (...) para vivir las cosas de Jesús: que sea él quien viva en nosotros...”(n. 51). “Yo soy Jesús: pensar como Jesús, querer con el querer de Jesús...” (n. 56). De aquí un acto típico de esta relación, tal como fue experimentada por Loliña: el diálogo. “A Jesús le digo las verdades y siempre me comprende; a las personas no se les pueden decir, porque las entienden al revés” (n. 55). “Yo no he podido dialogar con nadie; sólo contigo” (n. 27).

#### 8. *Primera comunión y Navidad*

La primera comunión de Loliña señala un momento verdaderamente transcendental en su vida. Era el día 19 de Marzo de 1907. Loliña se refiere a ella en multitud de ocasiones. “Desde entonces –dice en la autobiografía– los dos nos quisimos tanto... Yo sentía su cariño por aquí dentro y era tan distinto del de las niñas que ya no quise a ninguna por amiguita. En el Pichuchiño tenía todas mis delicias” (n. 11). Aquel día Loliña fue hipnotizada por Jesús. Dice ella misma: “Me di toda a él como muñequita desde que me hipnotizó, para que jugase y se divertiera conmigo, como lo hacía con él su Loliña” (*El color de la ceniza*, pg. 6).

Dirigiéndose a su confidente, a la única con quien puede dialogar y cuyo nombre me callo, Loliña rememora, intensificado, el lenguaje con que suele referirse a su primera comunión y, entre otras cosas, le dice: “Comulgando nos enjesusamos más que mirándole en persona. ‘El que me come vive por mí’. ¡Qué gustiño!” Y sigue: “Mira filliña, una mirada al sagrario, al Dios achicado, que está allí loqueando por ti, es lindísima

oración. No le pierdas de vista jamás. Para mí la linda hostia es el todo en todo. Sin Él y Mamasiña imposible vivir aquí abajo. Le miro, le gusto, le palpo en mis hermanitas y demás criaturas de la tierra; por eso las quiero tanto” (Ib., pg. 64).

Las últimas palabras de este segundo pasaje son más propias de época un tanto avanzada en la vida de Loliña. Pero las otras reflejan perfectamente la experiencia original, siempre ahondada, de la primera comunión. Basta ver cómo Loliña –‘la muñequita’– describe en la autobiografía las ‘monerías’ con que divertía a su Pichuchiño, desde que los dos empezaron a quererse con la intensidad iniciada el día de San José de 1907.

El comienzo del informe que le pidió el P. Gallego sobre su vida está inspirado también en aquel primer encuentro eucarístico. “Pídeme cuanto quieras, Nene mío, que te lo daré todo. Y si no, mira ¿sabes lo que pienso? Como todo es tuyo, ¿para qué pedírmelo? Coge de tu chiquita con toda confianza lo que te plazca, y no me pidas nada, porque me haré la sordita o entenderé al revés. Yo encantada siempre con lo que hagas. Todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío. ¿No te parece?” (pg. 29). Es tema que no se acabaría nunca. Baste añadir algún pasaje, tomado de la cinta y que, por lo mismo, pertenece al fin de la vida. “Nunca he negado nada a Jesús, aunque a veces reñimos...” (pg. 25, n. 20). “Jesusín siempre me complace. Pero yo nunca le niego nada. Le complazco en todo siempre” (pg.27, n. 38).

En la correspondencia con el P. Gallego, todo esto está repetidísimo. Anoto un detalle significativo. En la carta 53, Loliña escribe: “Agradecemos el libro de M. Maravillas. No nos parecemos. Ella es grande: una rosa abierta. Y Angeliños, chiquitina: un capullo cerradito, que sólo se despliega para perfumar al amado...” (pg. 216). ¡Perfumar al Amado! Es lo que Loliña hizo tantas veces a los pies del sagrario, desde el día de su primera comunión.

La conexión de la Eucaristía con el misterio de Navidad es evidente. Es prácticamente el mismo lenguaje el que sirve para uno y otro tema. Un ejemplo típico es la carta que Loliña escribe a su hermana María Teresa, con fecha 31 de Diciembre de 1924 (pg. 91). Recordemos algo que ya está dicho y que guarda

estrecha relación con todo esto. Loliña no cumplió nunca un año, porque ¡nacía en Navidad y moría el Viernes Santo! Fue siempre chiquitina y encontraba sus delicias en ‘jugar’ con el Chiquitín del sagrario, con su Encantiño... ¡Son tantos sus nombres! Ya no hay lugar a exponer esto algo en detalle. Como se comprende, es también en relación con Navidad cuando Loliña da rienda suelta a su entusiasmo mariano. La Mamasiña tiene que estar siempre presente. “Mi oración es estar con Mamasiña y Jesús; los dos son inseparables. Sin mamá no se puede vivir en la tierra” (Cinta, n. 9). Tampoco de esto puedo añadir más. Del inmenso material que debería ser utilizado, me limito a señalar, por vía de ejemplo, la carta 55 entre las dirigidas al P. Leandro Gallego (cf. pg. 217).

Loliña escribió un considerable número de cartas, en las cuales, además de la letra, podemos decir que está escrito también su espíritu. Los textos se convierten en reflejo del espíritu y hacen ‘ver’ cómo Loliña misma lo entendía y lo aplicaba en su propio comportamiento. Ahora no es posible intentar un estudio de estas cartas, que están saturadas de pequeñez, de sencillez, de humildad... Ellas son el claro espejo de una criatura transformada, que, en cierto sentido, ha dejado de existir, porque, aun viviendo en este mundo, sus criterios son totalmente divinos: estrictamente teologales.

Habría mucho que añadir, pienso, sin embargo, que las muestras son suficientes. Sería necesario también tratar otros temas: espíritu penitencial, sed de martirio, celo de las almas, sentido misionero de la vocación, particularmente de su propia vocación... Habría que decir algo siquiera sobre las grandes virtudes, especialmente acerca de las teologales. Para cada tema hay material abundante. No entro ya en nada, porque, a pesar de que nunca hice un trabajo de esta índole, tengo la impresión de estar excediéndome. Me dispongo, pues, a concluir.

### *Epílogo*

Escribo esto a fin de Julio de 1995. Mi exposición, como podrá advertir quien conozca un poco su vida, se ciñe princi-

palmente a los años juveniles. Así se advierte que, en Loliña, la santidad no es tan sólo algo que aparece al final de un largo y difícil proceso de santificación. Es, más bien, el ambiente que envuelve toda su existencia desde el principio. En Loliña la santidad no es tanto el resultado de un esfuerzo o la conquista de una difícil meta, cuanto la expresión de una perfecta síntesis entre dones humanos cultivados por la educación recibida y gracia divina comunicada e infundida por Dios, por el Padre, el cual nos santifica mediante los misterios de su Hijo encarnado, en cuyo nombre nos envía el Espíritu Santo, el cual, con sus inspiraciones podemos discernir el sentido de esos mismos misterios y dejarnos configurar por ellos.

Loliña se dejó formar. Expresó diciendo que había perdido su cabeza para discurrir en todo con la de Jesús. Así alcanzó una altísima forma de sabiduría. Jesús le concedió, efectivamente, la gracia de hacerla pensar como Él.

¡Loliña! Este trabajo no tiene otra finalidad que contribuir a que en ti sea glorificado Jesús que te descubrió sus secretos y tenía sus delicias en ‘jugar’ contigo. Aunque el trabajo no sea digno de ti y mucho menos de Jesús, te ruego que lo aceptes, que lo presentes a Jesús y que me alcances de él la inmerecida gracia de caminar por la senda de la pequeñez, sin tener cabeza propia, para que Jesús me guíe según su sabiduría, la que recibe del Padre y nos comunica mediante el Espíritu Santo, el mismo que en la plenitud de los tiempos descendió sobre María y que ahora tiene su morada en la Iglesia.

Y ahora, Loliña, después de haberte presentado mi trabajo, déjame recordarte lo que tú misma escribiste con inmenso gozo de tu corazón, pidiéndote que alcances para mi lo que tú gozaste y cuyo valor comprendes mejor que yo. “Dios –dijiste– es Amor, todo Amor, sólo Amor para su Angeliños. También yo soy amor, toda amor solito amor para ti, Diosiño” (Al P. Leandro Gallego, pg. 172). “Mamasiña (...) un abrazo muy apretado” (Ib., pg. 179).

ARMANDO BANDERA, OP.  
*Salamanca*

## La vida religiosa en el umbral del Tercer Milenio

La Conferencia Italiana de Superiores Mayores organizó unas Jornadas Nacionales de estudio y formación sobre vida religiosa bajo el lema “Entre Babel y Pentecostés. Hacia una nueva calidad de la vida consagrada”, habidas en Collevalenza los días 22 al 27 de noviembre de 1999, donde se trataron estos seis ámbitos: vocaciones y primera formación, formación permanente y de los hermanos laicos, ayuda fraterna, el ministerio del gobierno, la profecía constitutiva del carisma fundacional y su belleza, y la fidelidad creadora. La memoria y la esperanza en la vida religiosa no son posibles sin religiosos fundados en su consagración. Es lo de siempre, lo fundamental son las personas, no las comunidades.

Ésta es la pregunta hoy sobre la vida religiosa, ¿qué es lo que Dios nos anuncia a las religiosas y a los religiosos para vivir con realismo cristiano nuestra vida consagrada en nuestra historia, cuyo ámbito es la Iglesia en el mundo, es decir, cómo hacer visible eclesial o sacramentalmente nuestra vida en la sociedad? ¿Visibilizamos hoy los religiosos el evangelio con rostros que transparenten el gozo y la humildad de Jesucristo? ¿Goza hoy la vida religiosa de buena salud, es decir, cuál es el nivel de autoestima de la propia vocación en orden al pasado y al futuro, vale decir, conocemos la verdad de nuestra historia y tenemos la fecundidad necesaria en toda institución viva?

¿Somos capaces de entusiasmarnos con las glorias pasadas de nuestras Órdenes y Congregaciones, pidiendo perdón también por sus errores y pecados? ¿Somos una sociedad envejecida y estéril? ¿Nos estamos acomodando, situándonos en espacios de refugio y tranquilidad, de modo que nuestras

comunidades religiosas se van pareciendo cada vez a residencias de ancianos, cuyos únicos planes son alquilar o vender espacios conventuales para aumentar nuestro nivel de bienestar y hacer planes para retirarnos a nuestros cuarteles de invierno?

### *1. Respuestas desde la esperanza*

Llamado en cuanto cristiano a dar esperanza es una condición esencial hablar con esperanza sobre la vida religiosa; ahora bien, las virtudes teologales connotan siempre realismo y también gran libertad para denunciar las frustraciones y advertir los riesgos, siempre que no se siembre pesimismo y discusiones estériles, pues el realismo cristiano engendra necesariamente optimismo que nace de la fe en la presencia de Jesucristo en su Iglesia, como se manifiesta en los abundantes signos actuales del Espíritu que da vida en formas antiguas y nuevas de vida consagrada.

El optimismo cristiano se gesta discerniendo la ambivalencia de todo acontecimiento humano, pues hasta el mismo pecado ha sido ocasión del Redentor; basta profundizar en cada persona y en cada hecho para encontrarse con algo bueno. Ahora bien, esto no es posible sin la fe en Jesucristo y así llegamos a la pregunta fundamental del religioso. En este contexto, advertimos que hoy en Europa es urgente, no tanto preocuparse por la falta de vocaciones, cuanto anunciar la conversión y la esperanza a los que todavía viven en los monasterios. Es más urgente la calidad de nuestra vida religiosa, que un nuevo despertar vocacional.

Confesar la fe o anunciar la esperanza a los religiosos implica, en primer lugar, contemplar el rostro de Dios Padre, porque es el contenido supremo de nuestra vocación. De aquí se sigue el primado de la espiritualidad, como parte integrante de nuestra vida cristiana, o lo que es lo mismo la primacía de la santidad. Esto quiere decir que la organización o las funciones serán siempre secundarias, como se advierte en el deterioro que se origina cuando una Congregación vive preocupada de sí misma.

Confesar la fe o anunciar la esperanza a los religiosos implica, en segundo lugar, la capacidad de inclinarse con amor y simpatía sobre el hombre y la sociedad, siendo capaces de dar una respuesta potente a retos actuales como la inmigración, los nacionalismos, los jóvenes, a quienes hay que devolver la esperanza y abrirles el camino para que sean evangelizadores y constructores del futuro.

## 2. *Observando e interpretando los hechos*

Es indudable que hoy la Vida Religiosa ha mejorado en los niveles de bienestar y de una convivencia comunitaria en el orden natural, pero en el orden sobrenatural o espiritual se ha deteriorado mucho. Tal vez este dato explica que algunos se empeñen en decirnos que las cosas van bien, cuando lo que vemos delante es tierra yerma, esterilidad en las comunidades religiosas y carencia de impulso evangelizador en personas consagradas. Es cierto que ahora vivimos mucho más cómodamente que hace 30 años; esto es evidente: se pasa menos frío en invierno, se come mejor, se vive o se espera vivir pronto en celdas más cómodas, los superiores suelen ser más cercanos y normales, etc. Claro está, todo depende de donde se busca la vida; mas el Evangelio nos dice que ni las riquezas, ni los afectos, ni la comodidad, dan la vida, pues ésta se encuentra sólo en la Cruz de Jesucristo.

Entiendo que el origen de la situación en la que se encuentra la Vida Religiosa es el haber fallado en un principio que oí muchas veces en mi Noviciado: el espíritu sobrenatural; el mundo ha entrado en los monasterios y se ha sustituido la fe por la razón, que ha abierto el camino a las ideologías. Y resulta que mientras la fe une, las ideologías dividen. Una prueba evidente de lo que estoy diciendo es que el nuevo becerro de oro de la vida religiosa es el diálogo, la comunidad en estado de diálogo, la dinámica de grupos, que en el posconcilio ha ocupado el puesto de las antiguas coordenadas de la vida religiosa; el optimismo ingenuo ha sustituido al combate contra el pecado; la comunidad, a la consagración; las propias razones, a la obediencia humilde; el bienestar, a la pobreza

austera; la vida individual, a la castidad consagrada; la ley de las mayorías, a la búsqueda de la unanimidad; la palabra estéril, a la sencillez y potencia de los orígenes fundacionales. ¿Cuántas veces escuchamos hoy en nuestras comunidades la necesidad de no salir del combate espiritual, de entrar en humildad, del perdón, de poner la otra mejilla, del principio de autoridad, etc.?

Los supervivientes de la vida religiosa anhelamos salir de la confusión personal y social de Babel y poder descansar en la vida, gozo, fuerza y comunión de Pentecostés. Pero, ¿qué hacer cuando las personas están ya tan fragmentadas y las comunidades tan disgregadas, que ya no coincidimos ni siquiera en la apreciación de lo que es bueno y de lo que es malo? ¿Seguiremos cansando al personal hablando de la necesidad de dialogar, cuando ya ni los mismos significados de las palabras que empleamos coinciden? Los que defienden el diálogo, siendo coherentes, tendrían que dedicarse a redactar códigos de interpretación para poder entendernos. ¿No se han dado cuenta que en relación con ellos estamos algunos descodificados? En fin, menos mal que todavía hay algunos superiores con sentido común, y se dedican no a cansar con nuevos proyectos o planes, sino a facilitar la vida religiosa aumentando los niveles de comodidad personal y social.

Pero los que en los conventos intentan todavía vivir de la fe no pueden estar satisfechos, pues nuestra misión no es reparar ideas, ni tampoco alcanzar nuevas cotas de comodidad, sino transmitir la fe y gestar la vida cristiana en los demás. Lo que se observa es que muchas comunidades están divididas entre los que opinan que la respuesta es el diálogo, porque no nos conocemos, y los que piensan que la respuesta es la conversión, porque hemos pecado. En fin, ¿cómo saldremos de este *impasse*? En los siglos XV y XVI la respuesta fue la reforma, la descalced y las Congregaciones de Observancia, pero hoy ha faltado el discernimiento y la valentía. Y nos estamos acostumbrando a la mediocridad, que es cómoda y se adapta fácilmente a la cultura de la distracción, donde lo importante es que la gente esté entretenida; las preguntas últimas no están de moda. Los utópicos nos tachan de negativos, mientras que lo

único que hacemos es decir con realismo que algo nos está aplastando, pues el diálogo comunitario sólo es fructífero cuando nace de la comunión; no podemos poner el carro delante de los bueyes, es decir, la comunidad antes de la comunión.

No se trata de señalar culpables, que los hay, tampoco de lamentaciones, pues tenemos poco tiempo y no está bien perderlo; sino lo que intento es enfrentarme a los problemas con urgencia, pues disponemos ya de poco margen de acción y aquí viene la gran cuestión: encontrar el camino verdadero, tener el discernimiento auténtico para saber qué hay que hacer, pues después del Concilio Vaticano II lo que más ha faltado en los responsables de las instituciones antes pujantes y ahora enfermas ha sido el don del discernimiento. El gran problema de la Vida Religiosa en el posconcilio ha sido la falta muchas veces de superiores santos, avisados e ilustrados. La cuestión es saber hacer las cosas, es decir, no cansar al personal con medios, sino tener claros los fines.

### 3. *Caminos de discernimiento*

Lo bueno de la vida de fe, lo bueno de la Iglesia es que siempre estamos a tiempo, pues la misericordia de Dios es infinita y para experimentarla basta convertirse; por eso, la vida religiosa tiene remedio: basta una reacción enérgica y volver a creer que estamos llamados a ser santos desde la profecía de los consejos evangélicos. ¿Dónde buscar el don del discernimiento sino en la Iglesia, donde florece el Espíritu Santo en la Palabra, en los Sacramentos y en las comunidades que sin cesar continúan vivificando la esperanza del resto de Israel, de los pobres de Yahvé? Y hoy me fijo en tres fuentes de revitalización de la Vida Religiosa, caracterizadas por su fuerza profética, que son: la Exhortación Apostólica *Vita Consecrata*, el Segundo Sínodo de los Obispos Europeos y el Santo Jubileo del Año 2000. Ahora bien, se constata que uno de los síntomas evidentes de la enfermedad de la Vida Religiosa es la frialdad oficial o la poca sensibilidad espiritual que algunas Órdenes y Congregaciones Religiosas han mostrado ante estos acontecimientos eclesiales.

Si la respuesta a la situación actual de la vida religiosa es el don del discernimiento, tendremos que disponernos para recibirlo y en este sentido hay sólo dos caminos: la evangelización para los paganos y la conversión para los bautizados; el Cardenal de Génova dijo en el Sínodo Europeo que la misión actual en Europa no es bautizar a los convertidos, sino convertir a los bautizados y convertirse significa salir del pecado, y salir del pecado implica conocerlo para poder rechazarlo; pero este proceso sobrenatural se realiza en una comunidad cristiana. Es muy duro hablar de la necesidad de convertirse a los religiosos y a las religiosas; los llamados a evangelizar necesitan ser evangelizados. ¿Comprendes ahora por qué es necesario remover antes las aguas, a veces pútridas, en las que sobrevivimos? ¿Adviertes por qué sólo la guerra nos expulsa del desorden establecido? Ante esta realidad, comprendo que algunos digan que todo va bien y otros estén frustrados, porque la vida religiosa está como está, no porque el mundo esté mal, sino porque nosotros estamos mal.

De todos modos, no nos angustiemos, pues el Espíritu Santo sabía ya lo que iba a pasar después del Concilio Vaticano II y, por cierto, el mensaje estaba escrito. Quiero decir, que el Espíritu Santo va siempre por delante de los acontecimientos, no como nosotros que vamos a remolque de lo que pasa. En fin, no somos nosotros los llamados a buscar el remedio a la vida religiosa, sino que se nos ha dado y ya está en aquellas instituciones actuales de la Iglesia que aparecen hoy llenas de pujanza y esperanza. El cristiano se caracteriza por la escucha y por la visión, más que por la acción. Una vez más, Dios nos convoca a escuchar y ver lo que el Espíritu está construyendo ya en la Iglesia; no adviertes cómo hay una lucha sorda en la Iglesia entre las instituciones muertas y las instituciones vivas; es la lucha de siempre entre el bien y el mal; son los dolores de parto que experimentan los hijos de Dios en la construcción del reino. ¡Ánimo! No salgas del combate espiritual. Aunque haya ramas secas en nuestras Órdenes secas, las raíces siguen gestando vida.

#### 4. *La Exhortación Vita Consecrata*

El quicio de la vida religiosa es la consagración, sobre la cual se construye la comunión y se consigue la misión; no hay misión sin comunión, ni hay comunión sin consagración; como tampoco hay consagración sin comunión, ni misión. La Exhortación Apostólica, cuya relectura siempre es fecunda, habla esplendorosamente sobre este trípode que estructura la vida religiosa y nos hace ver cómo de la consagración nace la comunión, de la comunión la comunidad y de la comunidad la comunicación misionera. Pero entramos en el ámbito del misterio sobrenatural, donde no hay razones, sino fe, esperanza y amor en los niveles escatológico y después histórico.

Lo primero es valorar la vida religiosa en sí misma; si calificamos los religiosos, especialmente en tiempos de escasez clerical, como tropas de auxilio pastoral, olvidamos que el valor de la vida religiosa está en sí misma y su presencia es esencial en una diócesis pues se trata del testimonio más transparente del seguimiento de Cristo en este mundo. El religioso vive para Dios; su función eclesial está siempre en segundo lugar; el religioso se mide por su ser ontológico, no por la función que realiza; incluso, la función pastoral no es en absoluto necesaria. La vocación a la vida consagrada es la más pura, la más similar a la de Jesucristo, aunque el religioso pueda no ser el más santo, ni el más generoso. Si valoramos a los religiosos por lo que hacen, desaparece la visión y el pueblo cae en el aturdimiento espiritual; si seguimos valorando las personas por su rendimiento se pierde el misterio y comenzamos a confundir la solidaridad con la caridad y a un convento con una ONG.

El primer objetivo de la Vida Consagrada es visibilizar la consagración de Jesucristo, origen de los consejos evangélicos; por eso, la existencia del religioso es cristiforme, haciendo presente en la Iglesia, que vive en el mundo, la vida de Cristo. Manifestar la belleza de Dios en el rostro transfigurado de Cristo; visibilizar lo absoluto de Dios, pues el religioso manifiesta que Dios merece ser amado por sí mismo, sin mediación alguna. En segundo lugar, la vida religiosa es una escuela de vida cristiana, pues nos enseña a controlar las tres

pulsiones fundamentales de la vida humana: el deseo de riquezas, el apetito sexual y la autonomía. Y como el hombre tiende a la exageración por el pecado original necesita la terapia de los tres consejos evangélicos: la pobreza, la castidad y la obediencia. En tercer lugar, la vida religiosa es una estupenda contribución social, en el orden político y en el orden de las estructuras eclesiales, como antídoto al exceso, a la violencia y al poder absoluto.

Es lógico que haya carismas religiosos permanentes en la Iglesia, como las fundaciones de San Benito, San Bruno, San Francisco, Santo Domingo, San Ignacio, etc., porque se situaron en lo permanente del hombre creyente. Es lógico que las Órdenes y Congregaciones, si son fieles a sus orígenes en la Iglesia actual, sean en la Iglesia los principales radares del Espíritu y muestren la juventud espiritual que capacita para descubrir los nuevos caminos y signos de Dios en el devenir histórico. Las nuevas comunidades que se están gestando hoy nos recuerdan lo acontecido en los siglos XII y XIII; después de haber regenerado la Iglesia, vendrá una selección natural. La Iglesia es un cuerpo vivo, que va eliminando lo nocivo y acoge lo saludable.

El Centro Nacional de Vocaciones de Italia desarrolló del 3 al 5 de enero del 2000 el tema “Nuevas vocaciones para el nuevo milenio”, a partir de la experiencia posterior al Concilio Vaticano II, donde se concluyó la necesidad de un cambio cualitativo en la pastoral vocacional, basada en los instrumentos de la oración, el testimonio y la evangelización, los cuales entran en la relación gracia de Dios y libertad del hombre. El monasterio invisible en oración y la dirección espiritual ayudarán finalmente a la gestación vocacional encontrando el sentido de la vida en alguna de las tres vocaciones eclesiales.

La crisis vocacional, que prueba no sólo la carencia de valores religiosos en la sociedad actual, sino sobre todo el estilo de la actual Vida Consagrada, no se soluciona con fórmulas mágicas, ni con planes pastorales impertinentes, pues las vocaciones nacen sólo donde hay vida; mil velas apagadas no encienden ninguna y una vela encendida enciende muchas; hace poco se conoció una encuesta en la que se advertía cómo los jóvenes

que frecuentan los colegios religiosos en España admiran en general la vida religiosa, pero no se sienten atraídos a entrar en ella. La cuestión vocacional es una pregunta por el nivel de nuestra vida cristiana en las familias, en las parroquias, en las comunidades religiosas y en los grupos juveniles. Traer vocaciones de otros continentes para llenar puestos vacíos me parece un error; las vocaciones se traen sólo para formarlas, si fuera preciso, regresando después al lugar donde Dios las espera, sea donde sea. Lo que necesitamos no son vocaciones, sino misioneros, de cerca o de lejos, clérigos o seculares, para evangelizar tierras otrora cristianas y ahora paganizadas.

La respuesta vocacional estuvo antes, según dice la experiencia, en la Acción Católica, en las familias cristianas, y ahora en los movimientos eclesiales, es decir, las vocaciones sacerdotales, religiosas y matrimoniales, se gestan donde se intenta vivir la verdadera vida cristiana. Es decir, lo que necesitamos hoy para que surjan vocaciones es visibilidad comunicativa de la vida consagrada, con señales iluminadas y testimonios transparentes; las vocaciones cristianas se gestan sólo en la vocación fontal de Cristo y en la vocación fundamental de la Iglesia, sin olvidar los signos de los tiempos, como son la solidaridad ante los gritos de los que sufren y mueren por las injusticias humanas. Ahora bien, como vivimos en un mundo relativo y plural donde priva el consumo y la info y se carece de una cultura de la reflexión y de la vida como vocación permanente, si queremos que los jóvenes distingan entre una ONG y una Congregación Religiosa, aceptando la entrega definitiva, la ofrenda afectiva y las comunidades existentes, antes hay que evangelizarlos.

¿Cómo se justifica la pertenencia de religiosos o religiosas a movimientos eclesiales? *Vita Consecrata*, n° 56. Hay sacerdotes y religiosos que se acercan a estos movimientos porque en ellos todavía se intenta entrar en el combate espiritual y se enseña a entrar en humildad y en la voluntad de Dios, es decir, realidades fundamentales algo olvidadas en determinadas comunidades religiosas. Es curioso, mientras algunos cristianos se cansan buscando nuevas plataformas de diálogo con el mundo, éste se acerca a la fe cuando queda fascinado por la

limpieza de unos rostros que buscan verdaderamente a Dios en Jesucristo y en los más necesitados.

### 5. *El Segundo Sínodo de los Obispos Europeos*

El Sínodo Europeo, el último de los sínodos continentales (África, 1994; América, 1997; Asia-Oceanía, 1998), situado en el ámbito de la preparación para el Jubileo (*Tertio millennio adveniente*, 38), ha sido un examen de conciencia sobre la vida y la misión actuales de la Iglesia en Europa. Sigue en pie la gran cuestión: la visión del hombre gestada en la Ilustración sustituyó a la visión cristiana del hombre, lo cual ha originado una crisis de fe que actualmente se ha masificado y se presenta en formas radicales, ya individuales, los que viven como si Dios no existiera, ya públicas, el secularismo como distintivo de la vida socio-política europea; una consecuencia es el deterioro de los fundamentos de la vida moral en lo personal y social, como aparece en los abortos, divorcios, nacionalismos, etc.

Algunos han acentuado el contexto diferente del primer sínodo europeo de 1991 y el segundo, habido los días 1-23 de octubre de 1999, pues la explosión de la libertad recobrada con la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989 ha terminado en desilusión ante los nuevos muros culturales y económicos. La pregunta actual es la identidad europea, que se debate entre el poder económico y la dispersión cultural y religiosa. De todos modos, la descristianización ha progresado y nos encontramos ante un neopaganismo que exige la nueva evangelización de Europa, lo que no es fácil pues se han destruido los métodos tradicionales en la transmisión de la fe. En concreto, el catolicismo se percibe en Europa como diáspora. Además, está el pecado de la división entre los cristianos, la presencia premoderna del Islán, el despertar gnóstico de la espiritualidad, la hostilidad tradicional contra la fe cristiana del judaísmo y masonería, etc.

El segundo Sínodo Europeo ha sido una palabra de esperanza proponiendo la nueva evangelización y la búsqueda de formas de comunicación y diálogo con quienes no piensan, ni viven, como nosotros, sabiendo que hay confines que nos impi-

den pasar adelante. En este sentido, el Sínodo europeo ha mirado al laicado, acogiendo los movimientos eclesiales, como cuerpos evangelizadores y renovadores de la verdadera vida cristiana en comunidad. En este contexto, sería un error que los religiosos cayeran en la envidia de los laicos al ver sus movimientos pujantes y surgieran nuevos guetos, cuando lo que se trata es de escuchar y ver los signos actuales del Espíritu Santo en la Iglesia. No se trata de imitar, sino de percibir las actuales presencias del Espíritu Santo.

En este contexto europeo se ha iniciado una conversación sobre los católicos como minoría social; ahora bien, aunque los católicos seamos parte de los ciudadanos europeos, los valores que defendemos son para toda la humanidad, y defender valores irrenunciables no es integrismo, sino expresión del presupuesto de la verdad de nuestra fe; esto es un escándalo sobre todo para quienes no creen que se pueda conocer la verdad y todo lo reducen a opiniones. Por otra parte, la minoría católica aceptamos la ley de la mayoría, pero sólo en el nivel político, no en el nivel moral, porque éste lo determina Dios y no el hombre. Por eso, necesitamos saber si nos situamos en el orden del poder político, o en los niveles de la cultura o de la moral. El único espacio político que la Iglesia exige es la libertad de poder vivir como colectividad y poder anunciar su fe, lo cual está en perfecta consonancia con un estado democrático.

Y es preciso añadir que una minoría social que intenta extender sus valores en la vida ciudadana no es un riesgo para un estado laico, pues éste no es portador de una religión laica, sino sólo garante de libertad entre las diversas posturas culturales. Ésta es la cuestión. Europa después de la modernidad puede volver al catolicismo o seguir entrando en el relativismo nihilista. Es cierto, que el catolicismo representa una parte y no toda la sociedad europea, pero no podemos renunciar a la evangelización y esto no significa totalitarismo alguno, ni búsqueda de posturas hegemónicas; no podemos analizar con formas sociopolíticas la misión de la Iglesia.

Europa junto a sus tres santos patronos, Benito, Cirilo y Metodio, tiene desde el 1 de octubre de 1999 tres santas patronas, Brígida de Suecia, Catalina de Sena y Edith Stein, la judía

convertida al catolicismo al encontrarse con la verdad manifestada en Teresa de Jesús. Tres santas, que reflejan las vocaciones femeninas en la Iglesia, la esposa y madre, la virgen consagrada en el mundo y la intelectual que elige la vida monástica contemplativa. Ellas representan modelos de presencia femenina en la vida pública de la Iglesia. Sean ellas protectoras de esta nueva Europa que se está gestando de modo que se fundamente en valores humanos permanentes, cuya expresión más alta es la santidad, con tal que sea fruto de la locura de la Cruz. (cf. Ermanno Pavesi, *Follia della Croce o neurosi?* Piacenza 1999, una crítica psicoanalítica a Eugen Drewermann, *Funzionari di Dio. Psicogramma di un ideale*).

#### 6. *El Jubileo del 2000*

El siglo que termina ha tomado conciencia no sólo de la profundidad del mal, del miedo y la violencia que nacen del corazón del hombre, sino también de la grandeza de la salvación; el hombre ha descendido a los abismos de la muerte con riesgo de perder la esperanza, pero también ha experimentado que el amor, la potencia antagonista del exceso del mal, es más fuerte que la muerte. No hay verdadero progreso en la historia humana, pues ninguno puede impedir que Caín vuelva a matar a Abel, pero también el hombre está salvado en el símbolo real del Siervo paciente, el justo condenado, Cristo crucificado, que ha muerto para que tengamos vida. En la noche de las tinieblas de Getsemaní y de la violencia de nuestro siglo, brilla la luz victoriosa de la fe, que nos impulsa a confesar a Cristo y nos permite vencer al mundo. Nadie, ni nada, podrá impedir a una hermana o a un hermano en Cristo perdonar al enemigo y amar hasta dar la vida.

En el centro del Jubileo está la celebración de los 2.000 años del nacimiento de Jesucristo. Y surge la pregunta ¿quién decís que soy yo? Un joven que se desarrolló entre los suyos; un adulto que vivió en compañía de los discípulos y finalmente murió injustamente en la Cruz. Pero también Dios, a quien hay que contemplar en oración y sobre todo en adoración. Ponernos en presencia de Dios nos ayuda a conocernos y a

encontrar nuestro puesto en este mundo. El hombre actual comparte muchos puntos de la moral cristiana, como la no violencia y la solidaridad, pero necesita también abrirse a la transcendencia y recuperar realidades, como el pecado y la santidad. Muchos no han experimentado la fuerza del Catecismo, donde se anuncia que el hombre es sólo una criatura de Dios y que la libertad humana se apoya en la obediencia a Dios.

Jubileo es experimentar que Dios ha venido en la persona de Jesús a buscar al hombre y continúa buscándolo. Dios ha entrado en nuestra historia personal y social. Igualdad, justicia y liberación era el anuncio jubilar en Israel. Es de justicia pagar las deudas; pero también es caridad perdonarlas cuando el pagarlas suponen un sacrificio insoportable para hombres que sobreviven en la pobreza. Y en nuestro tiempo tenemos nuevos esclavos que liberar; el Jubileo nos abre a nuevos retos a la hora de reconocer los derechos humanos hoy más olvidados: los derechos a la vida, a la paz conyugal, al trabajo, a la fe profesada socialmente.

En este ámbito del mal y de la salvación, entre los que convive diariamente el hombre, se vive el Jubileo, como un tiempo de gracia para poner orden sobre todo en nuestros corazones y en nuestras mentes, para poder ser verdaderamente libres del pecado para gozar de Dios y de sus criaturas. Es tiempo de reconocer nuestras mentiras, nuestras injusticias, nuestros errores históricos; es tiempo de acoger el perdón que Dios nos ofrece, a quien no oculta sus pecados, y recuperar la esperanza, fundada en el Dios con nosotros. Aquí entra la teología del “*mea culpa*” que Juan Pablo II ha propuesto con valentía profética como tarea a la Iglesia con motivo del Jubileo (*Tertio millennio adveniente*, 33; *Bula Incarnationis mysterium*, 11). La Iglesia confiesa públicamente a Dios sus pecados públicos, no para ganar simpatías o cosechar críticas entre los hombres, sino para salir de nuevo rejuvenecida y fortalecida con el perdón de Dios. Estamos aprendiendo a ser cristianos, que es el mejor modo de evangelizar.

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, OP.  
*Salamanca*

# La Cena del Señor

## III. La Pascua Judía

En los capítulos anteriores traté de reconstruir la cena que Jesús celebró con sus discípulos en la noche de Pascua teniendo en cuenta los pocos datos que ofrecen los evangelios y, sobre todo, los ritos y costumbres de los judíos en aquel tiempo. Según esto, como se afirmó, Jesús en aquella noche celebró la Pascua como la celebraba su pueblo. Ocurriría esto hacia principios de abril del año 30 dC, el 14 de Nisán del calendario judío.

Para comprender mejor cuanto se dijo, es conveniente exponer, aunque se hayan adelantado algunos datos, cómo se celebraba la Pascua al principio del siglo I de nuestra era y el desarrollo que habían tenido sus ritos a lo largo de la historia.

### *1. La reforma de Josías*

Los ritos y costumbres en torno a la Pascua en tiempo de Jesús estaban vigentes desde la reforma de Esdras (s. V aC) Después de cien años del edicto de libertad de todos los deportados dado por el persa Ciro el Grande, una vez conquistada Babilonia (538 aC), el pueblo judío, bajo la dirección de Nehemías y Esdras, había logrado superar la profunda crisis abierta con la destrucción de Jerusalén y el templo por los babilonios y la siguiente deportación (586 aC), y reconstruir, en cuanto pudo, su vida nacional y religiosa. Empezó una etapa nueva en la que quedaron atrás definitivamente no sólo las antiguas estructuras políticas de la monarquía, sino también los inveterados vicios del pueblo.

A partir de esta reforma, bajo la influencia de la clase sacerdotal, a la que pertenecía Esdras, la celebración de la Pascua dejó de ser lo que siempre había sido desde los tiempos del nomadismo hasta los del rey Josías: fiesta de la familia o del clan. Con la reforma, se convirtió en peregrinación obligatoria de todo israelita a Jerusalén y en fiesta del templo.

Pero lo que en realidad hizo Esdras fue actualizar y llevar a la práctica la reforma religiosa que había proyectado el rey Josías, truncada por su temprana muerte en la batalla de Meggido (609 aC), al pretender cortar el paso al ejército egipcio del faraón Neko II.

Los israelitas, desde su entrada en Canaán, se habían sentido atraídos por la religión cananea y sus cultos de la fertilidad, apartándose de su Dios Yahveh. Fue el pecado que, junto con el de las injusticias sociales, denunciaron constantemente los profetas, tanto los del reino del Norte (Israel) como los del reino del sur (Judá). Israel sucumbió a la invasión asiria y la conquista de su capital, Samaría, significó el fin de su monarquía (721 aC). Las diez tribus que formaban este reino, a causa de las deportaciones y de la siguiente asimilación, desaparecieron.

El mismo peligro amenazaba al reino de Judá por la presión del imperio babilónico, el nuevo imperio que se había alzado sobre las ruinas del asirio. Para hacer frente a este peligro y ofrecer una mayor cohesión nacional, el rey Josías intentó forjar la unidad del pueblo en torno a un solo Dios, Yahveh, y a un solo templo, el de Jerusalén. Su reforma tenía, pues, una doble intencionalidad: política, al querer fortalecer la unidad nacional frente a la tendencia centrífuga de las tribus y el peligro real de los babilonios; religiosa, al combatir el politeísmo y los cultos cananeos, y destruir los muchos santuarios que había por todo el país. Para lograr ambos fines, impuso la obligación a todo israelita de subir a Jerusalén en las tres grandes fiestas de Pésah (Pascua), Sabbuot (Pentecostés) y Sukkot (Tiendas), que, en sus orígenes, fueron fiestas agrícolas de la siega de la cebada y del trigo y de la recogida de los frutos del otoño.

Quiso justificar la reforma y para ello se apoyó en el contenido de un libro, el Deuteronomio, que se dijo haber encon-

trado en el templo al realizar unas reparaciones. Aunque tal vez la realidad fuera distinta: que se compuso entonces por grupos religiosos afines al yahvismo, la religión de Israel, para apoyar la reforma. Sea de ello lo que fuere, lo importante es que dicho libro fue el determinante y el punto de referencia de la misma.

La temprana muerte del rey echó abajo sus planes. Los reyes que le sucedieron los olvidaron y el pueblo volvió a sus antiguas costumbres y a los pasados vicios, con las consecuencias apuntadas de la destrucción de Jerusalén y el templo, la deportación de la gente principal y de quienes pudieran ofrecer alguna resistencia, y la pérdida de la independencia.

De la Pascua en tiempo de Josías, dice el libro segundo de los Reyes que *no se había celebrado otra como aquélla desde el día de los Jueces que gobernaron a Israel, ni durante todo el tiempo de los reyes de Israel y de los de Judá (2 Re 23,22)* Esta Pascua, establecida definitivamente por Esdras, es la que se celebraba en tiempo de Jesús.

Congregaba a miles de peregrinos venidos de todos los rincones de Palestina, pero también de los lugares más apartados del mundo entonces conocido: Babilonia, Siria, Egipto, Chipre, Grecia, Roma. Todos los caminos que conducían a Jerusalén se llenaban de estos peregrinos de los que podía conocerse su procedencia tanto por su indumentaria como por su habla. Llegaban también muchos prosélitos, así como muchos mercaderes, pero éstos más interesados en sus posibles negocios que en el espíritu de la fiesta.

## 2. *Celebración de la Pascua*

Con motivo de esta fiesta de la primavera, las calles de Jerusalén se convertían en un ruidoso y variopinto mercado lleno de voces y de gentes. Todas las calles, sobre todo las más importantes, se llenaban de puestos en los que se podía encontrar las cosas más diversas, y naturalmente las necesarias para la celebración de la fiesta: especias traídas de Mesopotamia, peces del lago de Genesaret, harina de las montañas de Efraim, vino, mosto, verduras... También había puestos con adornos de

oro y plata, conforme a la última moda de Roma o Alejandría, e incluso algunos con recuerdos de Jerusalén. Pero no sólo había puestos en las calles, también, al parecer, se permitía en esta fiesta levantar tiendas en la misma explanada del templo.

Por las estrechas y empinadas callejas de la ciudad baja, entre los innumerables puestos que ofrecían su mercancía, podían verse, curioseando o comprando, judíos de otras naciones.

Algunos hablaban uno de los varios dialectos arameos; otros, la mayoría, hablaban griego; pero no faltaban los que hablaban árabe o el latín de Roma. Como tampoco faltaban los galileos a los que fácilmente se les conocía por su peculiar acento provinciano (Mt 26,73).

El mercado más visitado era, sin duda, el de los animales, cerca del monte del templo, donde había que comprar el cordero o cabrito para la cena. Los pobres solían regatear el precio. Los ricos, en cambio, no sólo no regateaban sino que compraban, además, otros animales para ofrecerlos en sacrificio en el templo.

Era natural que en aquella mañana que precedía a la fiesta, debido al ajeteo y preocupaciones por la preparación, nadie trabajase, aunque estaba permitido hacerlo hasta el mediodía. Sólo se permitía el trabajo a los sastres, zapateros y herreros para que pudieran atender a los peregrinos que venían de lejos y obtener así alguna ganancia. Mas al llegar el mediodía cesaba todo trabajo y un aire de fiesta invadía toda la ciudad y se reflejaba en los rostros.

Miles de judíos, cargados con sus corderos, cruzaban entonces las calles de Jerusalén, en camino hacia el templo, donde, después del sacrificio del mediodía, comenzaba el de los corderos pascuales. Este sacrificio, debido al número de corderos que había que sacrificar, se realizaba en tres turnos con un ritual especial durante el cual los levitas cantaban el "*Hallel*"<sup>1</sup>.

1. Flavio Josefo y el Talmud ofrecen una cifra fantástica tanto de los peregrinos que subían a Jerusalén en Pascua, como de los corderos sacrificados. Según estudios, la ciudad tendría entonces, dentro de las murallas alrededor de veinticinco mil habitantes, y unos diez mil en los campamentos que la rodean. De acuerdo con estas cifras sería el número de corderos sacri-

Terminado el sacrificio, el padre de familia y su acompañante o el jefe del grupo volvían a cruzar la ciudad hasta la casa o lugar donde estaba reunido su grupo llevando, envuelto en su piel, el cordero sacrificado. Todos iban de prisa porque la tarde estaba cayendo y era menester tener todo a punto para la cena. Los corderos se asaban en los patios de las casas o en las mismas calles o junto a las tiendas en los campamentos levantados fuera de las murallas.

Cuando el sol empezaba a ocultarse y en el cielo aparecían las primeras estrellas, comenzaba el día judío y comenzaba la Pascua. En la sala, preparada y adornada para la fiesta, se reunían los comensales, también las mujeres y los niños. Nadie, ni el más pobre, era olvidado en esta noche.

Las calles se iban quedando vacías, silenciosas como si la ciudad, de pronto, hubiese muerto. Pero Jerusalén no estaba muerta, vivía dentro de las casas donde las familias o grupos, recostados en divanes o cojines en torno a la mesa, se disponían a celebrar, a la luz temblorosa de las lámparas de aceite, la gran fiesta de su pueblo, la fiesta de su libertad. Mientras, la noche había ido cayendo y la luz blanca y fría de la luna llena empezaba a envolver el templo, los palacios de la ciudad alta y a derramarse por las estrechas calles de la ciudad baja.

Entre las lecturas, los comentarios y los cantos se recordaba que sus antepasados y ellos mismos habían sido esclavos en Egipto y alcanzado la libertad por la mano poderosa de Dios en una noche de primavera como aquélla. Mas ahora no eran los tiempos en los que, como dice el libro del Éxodo, había que comer el cordero de pie, con los lomos ceñidos, las sandalias puestas y un bastón en la mano como quienes habrían de comenzar en seguida una marcha incierta hacia la libertad (Ex 12, 11).

En estos años la cena era un banquete y los comensales se recostaban en divanes o cojines, con toda comodidad, sin prisas, como hacían los romanos y griegos en sus banquetes, para significar que, a pesar de estar su tierra ocupada por los romanos, ellos, los judíos, eran un pueblo libre.

ficados (Cf. J. JEREMÍAS, *Jerusalén en tiempo de Jesús*, Cristiandad, Madrid 1977, 96-102).

### 3. *La cena*

Se ha explicado ya la cena que celebró Jesús: una cena de Pascua que siguió el orden (Seder) o norma de toda cena judía de la Pascua. Nos hacía comprender lo que era aquella cena en aquel tiempo. Aquí se añadirán algunos detalles para una mejor comprensión.

Comenzaba el rito, presidido por el padre de familia o por el jefe del grupo o por el comensal más importante de un grupo de peregrinos, escanciando la primera copa ritual y pronunciando la bendición, primero sobre el día y luego sobre el vino.

Se bebía esta copa después de la bendición y se escanciaba la segunda, y tras la lectura de un relato *hagádico*, es decir no exactamente histórico, acerca de la liberación de la esclavitud y de la salida de Egipto de los israelitas, se iniciaba el canto jubiloso del *Hallel*. A continuación, pronunciada la bendición, se bebía la segunda copa. En esta parte del rito y antes del banquete propiamente dicho, se comía el pan ázimo, que rompía y distribuía el presidente, y las hierbas amargas.

Como preparación para el banquete, todos se lavaban las manos. Inmediatamente después empezaba la cena del cordero, una cena festiva que, como es natural, no tenía un tiempo determinado de duración. Terminada ésta, se llenaba la tercera copa o copa de la bendición, por ser la de acción de gracias, y se cantaba la segunda parte del *Hallel*. Al finalizar el canto se bebía dicha copa.

Concluida la cena, era costumbre prolongar la reunión hasta la media noche. Las personas mayores solían quedarse en la sala o comentando la ceremonia vivida o el relato del éxodo o algún pasaje de la Torá. Y, desde luego, la reunión invitaba a comentar las últimas noticias y los últimos sucesos. Los demás la abandonaban para ir en busca de sus amigos o para recorrer las calles cantando. Éstas se llenaban de nuevo con gentes que se saludaban y se felicitaban al pasar. Todos se sentían como si en aquella noche y bajo la luz de aquella luna se hubiesen liberado de la pesadilla de la esclavitud y hubiesen estrenado la libertad.

Conforme avanzaba la noche Jerusalén se iba quedando en silencio. También se apagaban las voces y se hacía silencio en las tiendas levantadas fuera de las murallas.

Pero cuando todo era ya silencio, desde el monte de los Olivos comenzaba a bajar la luz del nuevo día que iluminaba las colinas que rodean Jerusalén, hacía resplandecer los mármoles del templo y convertía en oro las viejas piedras de las murallas.

#### 4. *La celebración hoy*

Parecida a la descripción que se hizo en el cap. III de un *Seder* en el siglo I, es, en sus líneas generales, la que podría hacerse de una cena pascual judía hoy.

Año tras año los judíos siguen celebrando la Pascua, con los mismos ritos, en el plenilunio de la primavera. Es una fiesta tan actual hoy como ayer, y actual es también para ellos la liberación de la esclavitud y el éxodo hacia una tierra de libertad.

Me parece que puede interesar conocer cómo se celebra dicha fiesta hoy porque, al igual que lo expuesto, ayudará a comprender nuestra Eucaristía<sup>2</sup>.

Tiene dos momentos: el primero, en la Sinagoga, y el segundo, el más importante, en el seno de la familia, con lo cual se ha vuelto a los orígenes, a las costumbres anteriores a la reforma de Josías (620 aC), cuando la Pascua era celebración de la familia o del clan.

La Sinagoga está centrada en la lectura del *Cantar de los Cantares*, un poema que, por su contenido y erotismo, tuvo muchas dificultades para entrar en el canon de los libros sagrados que establecieron los rabinos, reunido, al final del siglo I en Yabné, una localidad cercana a lo que es hoy Tel Aviv.

Para salvar dichas dificultades, se le dio una interpretación alegórica y mística, según la cual Salomón o el amante sería Yahveh, y la Sulamita o la novia, Israel<sup>3</sup>.

2. Cf. V. SERRANO, *La cena pascual en el judaísmo*, Biblia y Fe 25 (1999).

3. Dentro del Cristianismo se dio a este libro igual interpretación alegórica y sus protagonistas son identificados con Cristo y la Iglesia o con Cristo y el alma. No veo razón para que tales relaciones hayan de expresarse con semejantes imágenes.

Esta relación amorosa comenzó, según el pensamiento rabínico, en el Sinaí cuando Yahveh propuso una alianza a Israel y éste aceptó su *Torá*.

Mas la que pudiera llamarse verdadera celebración de la Pascua está en los hogares. Consiste fundamentalmente en la lectura y actualización de la experiencia liberadora del éxodo y en la cena que evoca la primitiva cena del cordero antes de iniciar la salida de Egipto. El ritual de esta celebración se contiene en la *Hagadá* (narración) de *Pesah*, la pieza más popular de la liturgia judía. No es un relato histórico, conforme hoy se entiende la historia, sino la interpretación que los rabinos han dado a este acontecimiento. Por el orden que se sigue, se denomina “*Seder*”.

La celebración comienza en los días anteriores con los preparativos: limpieza de la casa y del servicio de mesa, y eliminación del pan con levadura. Esto tiene un claro significado: expresa el paso a una vida nueva, a una vida que renace con la fuerza de la primavera.

La madre y las hijas no acuden al servicio sinagogal porque su papel está en la casa, en tener todo a punto, acogedor y festivo, para cuando llegue el momento de ponerse todos a la mesa.

La sala donde se celebra el “*Seder*” está adornada e iluminada y los participantes visten sus mejores galas. Todo, personas y cosas, tiene un aire de fiesta.

Al caer la tarde, cuando todos están reunidos, la madre enciende las velas de los candelabros que adornan la mesa y, en una oración, pide que su luz se extienda a toda la tierra e ilumine a cuantos viven en la oscuridad o la esclavitud.

Antes del banquete festivo, tiene lugar la lectura del relato “*hagádico*” de la salida de Egipto, se comen las verduras y las hierbas amargas que recuerdan la estancia en el desierto, se beben dos copas de vino rituales y se entona una acción de gracias por los dones dispensados por Dios a Israel. A continuación se entona el principio del “*Hallel*”<sup>4</sup>, una de las partes importantes del “*Seder*”.

4. Se llama así al conjunto de los Salmos 113 al 118 porque las primeras palabras de todos son: *Hallelu-Yah* (Alabad a Yah = Yahveh).

Terminada esta parte ritual, se retiran los símbolos y da comienzo otra parte importante de la celebración, el banquete, que subraya la alegría comunitaria de ser un pueblo libre. Aunque el banquete, por sus orígenes y por su historia, es la cena del cordero, los judíos hoy no lo comen. La razón es que, desde la mencionada reforma de Josías-Esdras, el cordero había de ser sacrificado en el templo de Jerusalén, según se ha expuesto en el capítulo III; mas desde el año 70, en que el templo fue destruido e incendiado por las legiones romanas, al conquistar la ciudad, esta norma no puede cumplirse. Pero en el plato ceremonial que preside la mesa hay un símbolo que lo recuerda.

Finalizado el banquete, se llena una tercera copa ritual, copa de la bendición<sup>5</sup>. Por medio de una bendición se agradece a Dios todos los dones, incluido el don de esa noche.

La celebración termina con el canto o recitación de la segunda parte del “*Hallel*”.

El último Salmo, el 118, es un canto procesional y coral que recoge los sentimientos expresados en los salmos precedentes; empieza dando gracias a Yahveh y termina alabándole *porque es bueno, porque su amor es eterno*.

En el siglo I, como se ha dicho ya, la velada solía prolongarse hasta la media noche. Los discursos de Jesús en la última cena, según los relata el cuarto evangelio (Jn 13, 31-17, 26), son evocación de dicha velada. Hoy también suele alargarse la reunión con el canto de diversas canciones populares y la práctica de algunos juegos para mantener la atención de los niños.

El “*Seder*” se termina con una oración que expresa el compromiso de los participantes de llevar a la propia vida el mensaje de libertad que se desprende de toda la celebración, y de ayudar a que alcancen también la libertad cuantos sufran alguna clase de opresión.

VICENTE SERRANO, PBRO.  
*Madrid*

5. Cf. 1 Cor 10, 26.

# La muerte mística en la vida de Sor Rosa María March, OP. (1724-1775)

El P. Arintero incluía la *Muerte Mística* entre los fenómenos extraordinarios concomitantes de la contemplación<sup>1</sup>. Evidentemente, es el aspecto supranormal, fenoménico y perceptible de una realidad interior del alma<sup>2</sup>. En un artículo de esta misma revista del año 1982<sup>3</sup> recogí el testimonio de una dominica de clausura granadina (Sor Angustias Rozas), que describió en forma sorprendente el fenómeno místico extraordinario de la M.M. En estas páginas ofrecemos un caso muy semejante de otra monja dominica, Sor Rosa M.<sup>a</sup> March, que vivió también con sorprendente semejanza el mismo fenómeno.

### 1. Síntesis biográfica

Rosa M. March nació en la calle Sobrerroca, nº 19 de Manresa, el día de Santo Tomás (7 de marzo) del año 1724. Dotada de muy singulares dones de gracia desde su bautismo, comenzó a vivir desde niña fenómenos sobrenaturales que habían de conocer un desarrollo extraordinario en el curso de su heroica existencia. Muy niña aún, vio al Señor bajo la forma de un pequeño pordiosero. La Virgen María se le mostró también visiblemente en la capilla de la Virgen de Montserrat de

1. *La Evolución Mística*, BAC, 91, Madrid 1952, pp. 593-595.

2. Este es el aspecto en el que se fija preferentemente Alois M. Haas en el artículo *Mort Mystique del Dictionnaire de Spiritualité*, vol. X, cols. 1777-1790.

3. Sor María ANGUSTIAS ROZAS, OP., *Una gracia singular llamada "Muerte Mística"* LXII (1982) 312-314; *Acto de ofrecimiento victimal para la "Muerte Mística"* LXII (1982) 380-382.

su ciudad natal. A los 9 años recibió la primera comunión, distinguiéndose a partir de aquella fecha, por una fervorosa vida cristiana que se repartía frecuentando la Iglesia de Santo Domingo y la de los Padres de la Compañía de Jesús.

A la edad de 18 años, el día 30 de diciembre de 1742, ingresó en el Monasterio de Santa Clara de las MM. Dominicas de Manresa. Ya desde el Noviciado empezaron a manifestarse en ella señales de los caminos difíciles y extraordinarios por los cuales le iba a llevar el Señor haciendo de ella una de las más grandes místicas de su tiempo. El primero de los dones singulares consistió en un profundo recogimiento místico: “Es tal la bondad de Dios –confió a su confesor– que no permite me aparte un instante de su presencia”.

Profesó los santos votos el 31-XII-1743. Ya desde el Noviciado habían comenzado las grandes pruebas de origen diabólico que le habían de causar los más vivos sufrimientos. En efecto, esos fenómenos le procuraron fuertes contradicciones y contrastes de opinión y dolorosas perplejidades de parte de las autoridades.

El demonio la combatió con toda suerte de dolores, enfermedades y males extraños como se lee en las vidas de santos como el Cura de Ars y otros grandes vejados por el demonio. “Sólo en el día del Juicio se sabrá –dijo confidencialmente en cierta ocasión– lo mucho que padezco”.

Sor Rosa María daba detallada cuenta de su espíritu a su confesor, que era el Dr. Ignacio Cantarell, Deán de Manresa. Pero esto no bastó para que las autoridades se tranquilizaran acerca del espíritu que la dirigía. El ordinario de Vich, D. Manuel Muñoz y Gil, decidió intervenir en el asunto de la mística manresana. Sometió a Sor Rosa María a una incomunicación completa con la comunidad, encerrándola en una habitación del Monasterio. Con toda humildad aceptó la Sierva de Dios tal prueba, entrando en la prisión el 15 de octubre de 1748. Ocho meses duró el encierro, con grandes privaciones en la comida y durmiendo en el suelo. Entretanto el Sr. Obispo multiplicó las consultas y las observaciones de personas entendidas en fenómenos del mundo supra-normal. En esta terrible noche oscura, Sor Rosa María decidió llamar al abad de

Montserrat, Dom Argerich. Le abrió de par en par el alma. El ilustre benedictino quedó convencido del buen espíritu que guiaba a la monja dominica. El nuevo Deán, Dr. José Oms, que a la muerte del Dr. Cantarell había asumido el oficio de director espiritual comprobó también la acción de Dios en su hija espiritual. No se había contentado el Abad Argerich con aprobar el espíritu de Sor Rosa María, sino que envió un informe detallado al Obispo de Vich. Impresionado el Sr. Obispo por el dictamen del Abad de Montserrat y del Dr. Oms, revocó su mandato de prisión impuesto con una finalidad de discernimiento. Con ello, la atribulada religiosa pudo integrarse a su vida ordinaria.

Superada la prueba de las sospechas de la Jerarquía, la vida de Sor Rosa María conoció las más elevadas gracias de la vida mística. El Jueves Santo del año 1772 recibió el don del matrimonio místico. Recibió también el singular don de la Muerte Mística. Fue favorecida con las más extraordinarias gracias de visiones del Señor en los diversos misterios de su vida, de la Virgen María, los Santos, las Ánimas del Purgatorio. Tuvo el don de penetración de las conciencias ayudando a muchas personas a cambiar de vida por las manifestaciones que les hacía de su estado interior. Poseyó también el don de profecía.

Totalmente identificada con Cristo Crucificado en sus penas y dolores, entregó su alma al Señor la madrugada del 20 de mayo del año santo de 1775, el mismo en que murió también el gran devoto de la Pasión y doctor de la Muerte Mística, San Pablo de la Cruz.

## 2. *El don de la muerte mística*

El misterio de la personalidad de Sor Rosa María queda bien desvelado en las palabras que un día oyó el Señor: “Los que sabrán las penas que padeces por mi amor, no se extrañarán de las gracias que te hago; y los que sabrán las gracias que te hago, no se extrañarán de tus penas”.

La muerte señaló la hora de la gloria para Sor Rosa María. El mismo año de su muerte, Mons. Bartolomé Sarmentero, O.P., Obispo de Vich, dio orden con fecha del 29 de septiembre,

para que se redactara una completa biografía de la mística manresana. La llevó a cabo su propio confesor el Dr. D. Antonio Anglada, Deán de Manresa, el cual pudo realizar el trabajo teniendo ante su vista el detallado relato que de los sucesos de la vida de Sor Rosa María dejara su íntima confidente y religiosa del mismo Monasterio de Santa Clara, Sor Ignacia Durán. La biografía estaba terminada el año 1779<sup>4</sup>.

Dos años después de la muerte de Sor Rosa María se tomaron medidas para que el cuerpo de la Sierva de Dios no se confundiera en el futuro con los restos de otras religiosas del Monasterio. De este modo se manifestó la voluntad de transmitir a las generaciones futuras la fama de santidad dejada por Sor Rosa María. A los 111 años de la muerte de Sor Rosa María estaba intacto el nicho donde fuera sepultado su cadáver. El año 1886, estando de visita canónica en el Monasterio el Excmo. Sr. Dn. José María Morgadas, le manifestaron las religiosas el deseo de proceder al reconocimiento canónico de los restos de Sor Rosa María. Accedió el Sr. Obispo y formada la comisión jurídica que había de dejar constancia del acto, se llevó a cabo el día 17 de junio de 1886 la apertura del nicho que contenía los restos mortales de la Sierva de Dios. Todo se encontró en la forma en que fuera realizado el enterramiento del año 1775. El cuerpo estaba en estado de momificación. Llevado a cabo el reconocimiento de los restos de la Sierva de Dios fue de nuevo puesto en el nicho en que se encontraba. La comunidad ha mantenido siempre una gran veneración por aquel amado nicho de Sor Rosa María<sup>5</sup>.

Sor Rosa María dejó varios escritos que conservaban sus familiares. La guerra civil de 1936-39 causó la destrucción de todos los manuscritos. Pero se salvó de la persecución un

4. Lleva como título *Vida de Soror Rosa María March, Monja del Convento de Ntra. Sra. de los Angeles y Sta. Clara de la Ciudad de Manresa. Escrita de orden, y con expresa licencia del Ilmo. Sr. D. Fr. Bartolomé Sarmiento, Ob. de Vich, Año 1775*. El inédito se conserva en el archivo de las M. Dominicas de Manresa (Barcelona). Otro ejemplar se encuentra en el archivo diocesano de Vich.

5. La Comunidad de Manresa realizó una nueva exhumación de los restos el 25 de enero de 1982, trasladando los restos de la sierva de Dios a la iglesia conventual el 20 de junio del mismo año.

precioso Niño Jesús en talla, que acompañó a Sor Rosa María desde su entrada en el Noviciado hasta su muerte. Lo dejó, en recuerdo a sus familiares, que lo conservan con la máxima veneración, como preciosa reliquia de Sor Rosa María.

Esta religiosa de tan admirable existencia, experimentó el don de la Muerte Mística como fenómeno extraordinario. He aquí cómo lo describe su biógrafo Anglada: “Después de tres, o cuatro años de profesa, estaba un día muy recogida, en interiores coloquios con el Dno. Sor., pidiéndole muy encarecidamente se dignase enseñarle cómo había de vivir en la religión, para cumplirlo todo con agrado, y conformidad a la Dna. voluntad, y estando en esto dijo: Que vio al Dno. Jesús, y a la gran Reina M.<sup>a</sup> S.S. acompañados de muchos Stos. y Stas. que, como él, solemnizaban, y asistían al entierro de un muerto, cantaban Salmos, responsos, y absoluciones, y que, en ademán de poner sobre ella una púrpura negra, se le dio inteligencia, y conocimiento de que, le significaban su místico entierro, y cómo había de vivir místicamente muerta para todo lo del mundo, como si para ella no hubiese criaturas de la tierra, ni nada del mundo.

Después de pocos días se le volvió a representar semejante visión, y se le dieron los altos conocimientos de que, no había de vivir más en sí, ni para sí, y sólo en Dios, y para Dios; que, había de tener todos los afectos de su corazón sólo en lo superior y del cielo: que no había de salir a rejas y locutorios: que no había de tener más trato con criaturas, que, el espiritual, y provechoso, o por obediencia: que, como místicamente separada de su cuerpo mortal, desnuda de pasiones, viviendo sólo en espíritu, debería en adelante solamente conversar con su amado Jesús, con su S.S. Madre, y con los Stos. y SS. del cielo. Y de todos estos conocimientos, y enseñanzas, le nacieron aquellos tan admirables afectos, y deseos de ser de todos olvidada, y dejada como muerta; de callar, y sufrir sin queja cualesquiera vituperios, ofensas, desprecios, persecuciones, deshonoras, trabajos, y penas aunque, todos la pisasen: sin tener sentimiento, aunque, todo le faltase; sin juzgar ni pensar jamás mal de nadie, por mal que la trataran, o por mal que la correspondiesen; pues ya en adelante, no había de

esperar mejor correspondencia de las criaturas, que la que dan a los muertos, que presto quedan olvidados de todos; y con tal extremo procuró la ejecución de estos afectos, y deseos, que no sólo vivió como muerta para lo imperfecto y hasta de sí misma, sino que, los únicos cuidados de su corazón sólo eran de amar, servir y agradar, con tal cuidado y perfección a Dios, que pudiese llegar a merecer, que sólo su Dna Majestad fuese la vida de su alma y el alma de su vida”<sup>6</sup>.

Este testimonio es del mayor interés para identificar las características del fenómeno extraordinario de la M.M. No es únicamente la transformación interior que el alma vive, dejando de vivir para el pecado o para sí misma, comenzando una vida toda para Dios. Esto pertenece al orden de la conversión interior perfecta. Tampoco es del orden de la muerte mística o sacramental que acontece en el momento del bautismo, cuando el alma se une al morir de Cristo (Rm 6, 4). Tampoco es la muerte ascética por la cual el hombre muere en todo momento a los propios defectos (Col 3,5). No es la muerte apostólica descrita por san Pablo en 2Cor 4, 10-12). Es un fenómeno estrictamente místico con el acompañamiento de una experiencia extraordinaria en la cual se hace perceptible para el alma la gracia de la transformación interior, desde la vertiente negativa de la muerte a lo pecaminoso.

P. ANTONIO MARÍA ARTOLA, CP.  
Bilbao

6. Ob. cit. pp. 342-343.

# El don de la oración en las almas pequeñas: sus grados de unión y transformación en Cristo

## IX. El Matrimonio Espiritual

Por este tiempo el alma está tan encendida en amor que si fuera este fuego material parecería un ascua. Y no puede ser por menos, pues se va a unir en matrimonio místico con el Rey de reyes, el gran Señor del universo, con Cristo, el Verbo del Padre, por quien fueron hechas todas las cosas y por quien todas subsisten. Con Dios, que como dice San Juan es amor y el alma también en este punto debe estar ya hecha amor. Como el hierro metido en ardiente fragua se transforma en fuego y tal es la semejanza que con él tiene que participa de sus propiedades y se parece al mismo fuego; así el alma introducida en Dios por el amor y transformada en Él parece el mismo Amor. Y, sin embargo, esto no basta, el hierro en altas temperaturas se liquida; de manera parecida, pero en una esfera espiritual el alma tiene que sufrir aun una disolución.

Por eso en esta tercera morada las comunicaciones con Dios son muy fuertes, el Espíritu Santo se manifiesta en llama viva y la Divinidad parece que la invade no ya oscureciéndola, sino llenándola de luz y abrasándola en amor. Y hasta el cuerpo diríase que participa de este incendio pues todo le quema dentro, cual si fuera su corazón un carbón encendido. Aquí también acude la Virgen, siempre tan Madre, a socorrerla para que no desfallezca. Aunque su naturaleza está acostumbrada desde largo tiempo al trato con lo divino, todavía necesita de la suavidad y ternura de esta amadísima Madre para soportar esas operaciones íntimas y que tanto repercuten en el cuerpo

a pesar de su sencillez y simplicidad y que nadie los nota al exterior. Precisamente para esto porque es pequeña viene Ella para que todo quede entre Dios y el alma. Además la Virgen interviene y acompaña siempre al alma al efectuarse su matrimonio espiritual con Cristo, su amado Hijo.

### *Descripción del Matrimonio Espiritual*

Este enlace matrimonial supone la maravilla más estu-  
penda de la gracia y del amor, que es esa disolución que decía,  
de nuestro ser en Dios. Como se disuelve el granito de sal en  
el agua, así siente el alma que se disuelve su ser en Dios, en la  
Divinidad, por uno de esos toques sustanciales. Éstos se van  
repetiendo hasta producir este efecto. Entonces el alma queda  
hecha una cosa con Dios según el amor, el espíritu y el ser. Se  
hizo una cosa con Dios según el amor, ya en la primera mora-  
da, cuando dándose a Él se fusionaron los dos amores en uno  
solo, en el divino, que es el que obra y el que luce. En la segun-  
da morada se hizo una cosa con Él por el Espíritu con la muer-  
te mística cumpliéndose las palabras de San Pablo: “El que se  
acerca a Dios se hace un espíritu con Él”. Ahora interesa, cómo  
puede hacerse una cosa con Dios según el ser. Ciertamente,  
que no es haciéndose una misma sustancia con Él, entonces  
el alma sería Dios y esto no es posible.

En la naturaleza enseña la ciencia, que hay fenómenos físi-  
cos y químicos. Por el fenómeno físico (en el orden espiritual,  
el químico no existe) el ser no cambia de naturaleza sino de  
estado, de sólido en líquido, etc. Mas no todos los fenómenos  
físicos sirven para dar a entender mi pensamiento. Por ejem-  
plo, si arrojo en el agua un trozo de hielo al cambiar la tem-  
peratura se liquida; pero este líquido forma un elemento de la  
misma naturaleza. Por eso para dar a conocer esa operación  
íntima del amor tomé el simbolismo de la sal. Por la acción  
del agua ésta se disuelve sin perder su naturaleza de sal forma  
una sola cosa con el líquido. Es lo que acontece en el alma por  
la acción del amor respecto de Dios.

Esto no lo he aprendido en ningún libro o escuela, ni asis-  
tiendo a alguna Universidad humana, sino a la del Espíritu

Santo que está sobre todas las Universidades de la tierra. Quien enseña haciéndolo experimentar y vivir que también en lo espiritual por un fenómeno magnífico de infinitos primores el ser del hombre místicamente se disuelve en la Divinidad y sin cambiar de naturaleza ésta es modificada o mejor dicho divinizada. Y es necesario que esto se efectúe así: para que nuestros actos sean en cierto sentido divinos debe estar divinizado el ser, el hombre todo, hasta lo íntimo del alma. En ella radican todas nuestras actividades. Al ser sigue el vivir y el obrar.

El alma obra por sus potencias al modo divino por esta divinización que constituye esencialmente su unión matrimonial. Desde este momento y como consecuencia de que el granito de sal se disolvió en Dios, ella comienza a tener una persuasión íntima, gozosa de estar habitualmente en contacto físico con la Divinidad y siente en sí un lleno de grandeza que no es posible explicar. Siente una fruición constante de ese Bien que posee con Cristo y por Cristo y esto a pesar de los sufrimientos que pueda tener y de todas las contrariedades que trae la vida, porque nada de eso llega al fondo que parece que lo ocupa Él por completo. Todo sufrimiento pasa como deslizándose por la superficie sin calar adentro. Las riquezas y bienes de esta morada son incalculables, parece que todo se hace común entre el Esposo y la esposa.

La unidad que Cristo pidió para nosotros en la última Cena pienso que aquí se consuma. “Como tú Padre en mí y yo en ti que también ellos sean una cosa en nosotros”. “Yo en ellos y Tú en mí para que sean consumados en la unidad”. “Yo en ellos”, si Cristo no diera al alma por la gracia de esta unión una participación más copiosa de la Divinidad ¿cómo se comprendería este matrimonio espiritual? El matrimonio exige entrega mutua; en Cristo no hay más que una Persona y ésta es divina. Si Él entregara al alma sólo la Humanidad no habría entrega personal; luego es una realidad que el alma participa de la Divinidad según su capacidad y como criatura que es, quedándose así endiosada.

Veis el sol material, yo creo que de una manera o de otra todos los seres del universo participan de su influencia bien-echora, pero aquellos que se exponen a sus rayos reciben

mucho más copiosamente su luz y calor. ¿Qué sería si llegara a tocar al mismo astro? Así aquí cuanto más se acerca a Dios y se une a Él, más abundante es la participación de su vida divina. Pero cuando tiene la dicha de experimentar ese contacto permanente que es en el fondo lo que constituye la verdadera unión matrimonial, siente que todo un Dios Divino y Humano se da a ella y por Él posee a toda la Trinidad. No es extraño que entonces ese gozo y fruición le sepa a Divinidad, su alma se halla convertida en un cielo, ya anticipadamente está probando, sin duda, lo que después espera le han de dar. Un sabor tan divino lo capta el alma por estar desprendida de todo gusto y no se puede dar a conocer con palabras lo que ello sea, sino hay que decir que no se percibe cosa igual en toda la vida espiritual. Es algo que el corazón jamás probó.

Cuando el contacto se hace más hondo y más fuerte, esto no depende del alma sino del Espíritu Santo, una embriagadora dulzura invade todo el ser, de forma que es preciso decir: Señor, basta, que mi pobre naturaleza no puede soportar más. Aquí el amor tiene una particularidad que no es para explicarlo y hasta que no llega a tal unión no descansa, ni se siente satisfecho sino en ese contacto físico con el Ser amado. Esto es un misterio de amor que a nadie se puede descubrir, es propio de Dios, de su amor, excesivo, que pasa entre Él y el alma y es únicamente para ella y así dice: “Mi secreto para mí”. Tal vez objete alguno: “ese contacto permanente con Dios no puede ser”. No lo discuto. Dios lo sabe. Yo creo firmemente que para Él todo es posible. Lo que sé es que hablo de una realidad de tal grandeza que el alma no puede darlo a entender de otra manera que dándole el nombre de contacto sustancial. Dios esencialmente es amor, la sustancia del alma hallándose está transformada en amor, también puede decirse que es amor; para mí lo extraño sería que actuando el amor no se diera este contacto siendo así que la unión matrimonial lo exige. Esto es tan superior a todo lo que el hombre alcanza a imaginar que jamás le ocurre que en ello quepa engaño e ilusión. Si uno sueña y se ilusiona de que vive en un palacio cuajado de oro y de pedrería, pronto se da cuenta que las piedras preciosas, el oro y el palacio, están muy de lejos de él.

Aquí la realidad de la vida le está mostrando la verdad; vive de riquezas que están por encima de ella y cree firmemente que sólo Dios es el que se las da concediéndole la plenitud de los dones del Espíritu Santo. En efecto, únicamente por ellos puede disfrutar de un bien tan maravilloso. Por tanto ningún sabio dirá que esto “no puede ser”; si lo ha experimentado tendrá que estar de acuerdo conmigo y si no lo ha gustado que se calle y que sepa que hasta que la voluntad no lo saborea el entendimiento no lo puede comprender. Figuraos hasta donde llegará aquí el amor del alma. Sumergida en Él y con la boca aplicada al caño de la Fuente, le parece que da a Dios, a Cristo, su Esposo, por el Espíritu Santo todo el océano infinito de su amor.

El símbolo más acabado de esta unión del alma con Cristo, comprendo que es el sacramento del matrimonio que representa la unión de Cristo con la Iglesia, pero no se puede establecer comparación por ser aquí una cosa tan espiritual. “En aquel son dos en una carne” y en éste, dos en un Espíritu. Por eso el Señor me dio a entender que al tomar el Verbo la naturaleza humana individualmente no hubo unión matrimonial sino hipostática, porque el matrimonio requiere la unión de dos personas. En la Encarnación hubo unión matrimonial con la Santa Iglesia en cuanto “sin mancha, ni arruga” estaba personificada en la Virgen María que había sido preservada del pecado en virtud de los méritos previstos de su divino Hijo; pero no en cuanto a la Iglesia necesitada de redención, sino que se realizó ese matrimonio en la cruz con su pasión y muerte. El bautismo de sangre recibido por la Cabeza bañó a los miembros dejando al cuerpo purificado, a su cuerpo místico, la Santa Iglesia. De aquí que ésta recibiera la plenitud de los dones del Espíritu Santo oficialmente en el día de Pentecostés, después que Cristo subió a los cielos.

Cuando el alma se deja purificar por el amor, recae sobre ella individual y personalmente esta gracia maravillosa de su Madre la Santa Iglesia. ¿Qué le diremos al alma que escaló esta cumbre y recibió tal plenitud? ¿Qué consejo le daremos? Ninguno. Ella sabe de sufrimientos, de peligros, de tentaciones y luchas, de oscuridades y noches, ella ha sabido ser fiel cons-

tantemente y posee la divina sabiduría. Así sólo le diremos que persevere en el amor, que alabe, ame, y glorifique a Dios por nosotros y nos obtenga de Él sus misericordias para que también nosotros podamos conquistar tan gloriosa meta.

### *El reposo místico*

El matrimonio espiritual tiene tres etapas de progreso que son: los toques sustanciales ya referidos, el contacto físico habitual con la Divinidad de Cristo y el reposo místico en esta misma divinidad. Por los toques el alma es introducida en la tercera morada; es el paso de la Humanidad de Cristo a la Divinidad, a la unión plena. “Yo he venido, dice Él, para que tengan vida y una vida abundante”. Esta vida abundante de plenitud se la comunica por esa unión con la Divinidad. Más no se crea que por eso deja atrás a la Humanidad de Cristo. El alma aquí tiene el goce de las tres moradas porque Cristo se da a ella todo entero como es, Divino y Humano, como Dios y como Hombre y así posee la riqueza de estar como un niño en sus brazos contemplando la alegría de su rostro, gozando de su sonrisa y sus caricias; puede a la vez escondida en su interior disfrutar de los tesoros y bienes de su adorable Corazón y de su Santísima alma, cosas que no posee como propias quien no entra en la segunda morada y ahora en la tercera se hace suya la Divinidad. A medida que progresa en el amor, Dios se va descubriendo en el alma y se va dejando poseer. No es esto extraño. ¿Acaso el Verbo no vino a la tierra a tomar la Humanidad para darnos la Divinidad? ¿No se hizo Hombre para que nosotros llegáramos a ser dioses por participación?

Nosotros por la gracia tenemos ya cierta participación de la Divinidad; mas uniéndonos a ella por el desarrollo de esta gracia y del amor se nos da la plenitud de esa participación. De aquí viene que por Cristo el alma se une a toda la Trinidad, y así la manifestación trinitaria resulta una consecuencia natural de la perfecta unión con Él. En los toques sustanciales, es decir, durante ese período, la visión de los Tres no es siempre en la luz, tiene sus altos y bajos, pero al llegar a este reposo en la Divinidad todo parece que adquiere carácter permanente.

En lo íntimo del alma se nota esa participación del Inmutable cual si comenzara a eternizarse en Él. La tiniebla desaparece por completo y el alma se ve sumergida en la luz de Dios. Aunque todavía tiene que padecer, es debido a su condición de desterrada, a que aun se halla pasible y mortal, pero no a su estado que es de gozo y felicidad en Él.

Sufre a semejanza de Cristo que teniendo el gozo de la Divinidad soportó los mayores tormentos para salvar al hombre. Así sus padecimientos, cuanto Dios le envía, unidos a los de Cristo tienen un sentido especial de redención; son proclamación de los suyos en un miembro que le pertenece por entero. Con sus potencias se hallan purificadas, todo en ella está en calma; su paz es admirable porque su ser ha recobrado interiormente la armonía que le quitara el pecado por la caída de Adán.

Descansa en Dios con el reposo del que ha llegado a la meta y no tiene ya que caminar. Ama, adora, glorifica a Dios agradeciéndole sus bondades. Posee al que tanto había deseado y rebosante de júbilo lo contempla presente dentro de ella misma. Esta contemplación en la luz es maravillosa. La presencia inefable de Dios Uno y Trino llena todo su ser: de Dios Uno en su perfecciones infinitas, y de Dios Trino en la distinción de las Personas. Esta presencia trinitaria es permanente, porque aquí es perfecta la unión del alma con cada una de las personas y así puede contemplar el misterio trinitario en visión de fe en lo más escondido de su ser siempre que se retira y se interna en Él.

¿Cómo se puede llamar visión de fe si la fe es de lo que no se ve? Trataré de explicarlo según lo entiendo. Supongo que un niño ciegucecito tiene su padre ausente. Alguien le habla de él, de su bondad y amor de todas las riquezas que para él guarda. El niño lo cree todo y vive entusiasmado esperando su regreso a la familia. Llega un día venturoso y el niño tiene la dicha de disfrutar de la compañía de su amado padre, de gozar de sus caricias y tesoros. Sus ojos que no están capacitados para recibir la luz no pueden ver a su buen padre. ¿Pero no está palpando y percibiendo su presencia por todos los demás sentidos?

Pensad que esto le sucede al niño de amor. No ve a su Buen Padre Dios, por eso tiene que ejercitarse en la fe, que es de lo que no ve, mientras dure el destierro, pero lo está poseyendo en perfección de amor. La posesión es vista para el corazón. Está morando con Él, gozándose de su compañía y viviendo de su propia vida. Todo esto tiene para el alma valor de visión; mas como le falta la luz del cara a cara se ve precisada a llamar visión de fe. Podemos pues afirmar que aquello que en este mundo descorre en parte el velo de la fe no es la luz, sino la posesión del amor.

En el segundo grado esencial de contemplación, el desposorio místico, domina la oscuridad, y la contemplación generalmente es en tiniebla de fe. Era necesario que todas las luces distintas se apagarán para que sólo luciera la amorosa fe y por ella el alma se uniera a Dios en transformación de amor. La fe viva le da en substancia lo que después ha de poseer en la clara visión.

En este tercer grado de contemplación es luminosa porque habiéndose abrazado a Dios por el amor en fe, esa unión que por Él tiene le está comunicando cuanto se puede en esta vida, la posesión por la que el alma se engolfa en la luz de Dios en su resplandor divino. En esta luz contempla el misterio de la Santísima Trinidad en ella misma en el fondo de su ser. Este misterio inefable tiene presencia de Dios común a las Tres divinas Personas y presencia trinitaria especial propia de cada una de ellas por la distinción de las personas. Así dice el catecismo que el Padre no es el Hijo, ni el Espíritu Santo es tampoco el Padre, ni el Hijo.

El Padre en cuanto que es Dios tiene la misma presencia que el Hijo y que el Espíritu Santo, pero en cuanto es distinta Persona tiene presencia propia y así las demás Personas. Esto lo experimenta el alma en esa gran luz de un modo maravilloso. La presencia del Espíritu Santo es presencia de amor. Él es substancialmente el amor recíproco del Padre y del Hijo en su término; en su Beso eterno el alma lo contempla y se une a Él para amar al Padre y al Hijo al modo infinito. Este amor es amor matrimonial por el que el alma se une al Hijo y se abisma en el Padre que es el lecho nupcial donde Él descansa y

tiene sus amores con el alma. Ahí contempla con el Hijo al Padre y se siente como no es posible darlo a entender engolfada en la misma contemplación del Padre por la que da el Ser al Hijo y así le parece que Él lo está engendrando en su misma alma y dándoselo por la Encarnación redentora.

Estas maravillas del amor no son para declararlas, sino para gustarlas ahí dentro donde las tres moran y se manifiestan al alma llenándola de felicidad, haciéndola vivir siempre más plenamente de su misma vida trinitaria. Si el toque siendo breve trae tanta luz y riqueza ¿qué será este contacto permanente, cuando se ha hecho tan profundo y ha elevado al alma a tan sublime unión con la Augusta Trinidad? A esta luz de amor, la contemplación llega a su máximo desarrollo aquí abajo; el alma radiante de júbilo posa su mirada en los Tres y fascinada por su deslumbradora belleza pone sus complacencias, no en la dicha que experimenta, sino en ellos mismos perdiéndose en su unidad.

Como la gracia es el germen de la gloria y fruición que experimenta, el principio de las delicias de la visión eterna, así pienso que este resplandor divino es destello de la gran luz beatífica, la aurora de un día sin ocaso, de aquel día en que todos sumergidos en Dios entonaremos al Amor el canto de la alabanza y gratitud que no ha de tener fin.

### *El sueño místico*

Dejé anotado que el sueño místico es un fenómeno que se presenta en los tres grados esenciales de la contemplación. En todos ellos es provechosísimo. Así como en el sueño material la naturaleza descansa y recobra nuevas fuerzas, aquí también en la vida espiritual es muy necesario.

El alma descansa en Dios y sale de Él vigorizada. Pero en el tercer grado en esta morada tiene una particularidad muy señalada. Allí dije que adormecidas las potencias el alma reposa en Dios sin saber qué hace, ni si ama, y sale satisfecha de esta oración porque aunque le parece que no hizo nada tiene la convicción de que descansa en Él y esto le llena de bienes, y de contento haciendo florecer su vida interior. Por eso dice

el Esposo en el Cantar de los Cantares: “Dejad a la esposa que duerma hasta que ella quiera”. Si nos aproximamos a uno que duerme notamos que respira; si no respirara diríamos: está muerto. En efecto, su corazón se mueve, palpita. Ese movimiento es la expresión de la vida. Pero él no oye ni se da cuenta de esta respiración. Este sueño guarda alguna analogía con el de los primeros grados de oración. En este último el alma sabe lo que hace, percibe su propia respiración, puede decir con la Esposa: “Duermo, pero mi corazón vela”.

Todas sus potencias duermen, pero su amor profundamente unido al Espíritu Santo vela y penetra en las operaciones que Él realiza en el fondo de su alma. “El que guarda a Israel no dormita”. Su respirar es amar, es recibir y dar el amor. Aspira a Dios, al Verbo, lo introduce en su seno, se lo hace propio y lo vuelve al Padre. Como una María de Nazaret recibe al Verbo encarnado, se diría que místicamente encarna en ella y lo da al Padre hecho víctima, muerto y resucitado para la salud del género humano. Así el sueño místico en esta morada es una cosa maravillosa.

Todo duerme en el hombre menos el amor de los dos para que nada le estorbe y éste realice más holgadamente su labor. Así Él renueva su obra redentora. Su sueño es una constante elevación de Cristo inmolado hecho Hostia en un alma pequeña. Ahí en ella, en el altar de su corazón celebra perennemente Cristo su Misa por el Espíritu Santo. Reposar y dormir el sueño del amor es reconcentrar toda la actividad del ser en Dios, es cesar en sus propias operaciones para tomar parte en las divinas, es acumular energías y prestarlas al amor que es en definitiva el que nos une a Él y nos introduce cada vez más adentro en su Ser infinito descubriéndonos sus adorables misterios.

¡Qué dulce es la vida de amor! ¡Oh, qué pena me da que haya tan pocas almas que saben vivirla a fondo! Yo creo que de puro sencilla no aciertan a captarla. Por eso les es tan fácil a los niños de espíritu. ¡Jesús, enséñala a las almas como me la has enseñado a mí!

HNA. M.<sup>a</sup> CECILIA LARUMBE ARIZ, OP.  
Pamplona

# La belleza, epifanía de Dios

Ha sido mérito de Hans Urs Von Balthasar presentar la belleza como camino para recuperar la verdad y la bondad en un tiempo en el que con facilidad se renuncia al sentido de las cosas y a la exigencia moral. La belleza era el anhelo del mundo antiguo y el hombre moderno, oprimido por el egoísmo, se ha abandonado al insaciable deseo y a la tristeza destructora. En un mundo donde no se cotiza la belleza, la bondad ha dejado su puesto a la comodidad y a la verdad ha sido sustituida por la opinión de la mayoría.

Un mundo emancipado de toda dependencia extraña no acepta con facilidad la alteridad de Dios, Creador y de Jesucristo Redentor; mas sí acoge la forma humana de Dios, es decir, el hecho al mismo tiempo atrayente e inquietante de un Dios humanizado; ahora bien, para que esto no suceda a costa de la pérdida del misterio divino de Dios, es preciso, por ejemplo, redescubrir la clave estética de la vida cristiana. Quien busca el sentido de la belleza y se sorprende del encuentro del Todo divino en el fragmento humano puede seguir anunciando a un Dios hecho hombre, significativo para una humanidad celosa de su dignidad e independencia. La manifestación estética de Dios en el hombre, Jesucristo, es mediación para evangelizar al mundo humano, muy humano, en el que nos encontramos. Éste es el sentido de la carta a los Artistas del papa Juan Pablo II, fechada el 4 de abril de 1999.

Simplificando las cosas podemos decir que si el cristianismo del siglo XX ha subrayado, en primer lugar, la fuerza de la verdad revelada contra los reduccionismos ideológicos, convirtiendo a la ortodoxia en defensa ante el posible uso instrumental de la fe por parte de las pretensiones totalitarias de la razón adulta de la modernidad; y, en segundo lugar, el acerca-

miento de las verdades abstractas a la complejidad de la vida, mediante la ortopraxia de las diversas teologías atentas a mostrar la relevancia práctica del mensaje cristiano, provocando una contraposición a veces exagerada entre identidad y relevancia, entre ortodoxia y ortopraxia; el siglo XXI, una vez pasadas de moda las filosofías de la praxis, necesita un nuevo puente entre historia y verdad, entre fenómeno y fundamento.

He aquí la belleza como nuevo puente de encuentro con el hombre contemporáneo: se trata de manifestar cómo Jesucristo no sólo es verdadero y bueno, sino también bello (el pastor bello del evangelio de San Juan 10, 11 y 14, según el original griego) y cómo es su belleza lo que hace a Cristo atractivo y significativo para quien busca razones para vivir y vivir en comunidad. En los ámbitos de la ortodoxia y de la ortopraxia, busquemos hoy una síntesis entre ambas por el camino del amor a la belleza (*la filocalia*), que nos ayude a descubrir la faz de Jesucristo, verdadera puerta que libera al fragmento y lo redime para la eternidad.

### 1. *La Liturgia es belleza*

La belleza se capta sólo cuando se entra en la hondura de la realidad; además, hoy la belleza se pierde con frecuencia en el frenesí del activismo pastoral que impide las formas bellas en nuestras celebraciones litúrgicas; incluso, a veces, se han realizado adaptaciones de templos antiguos a las nuevas exigencias pastorales en contra del respeto exigido a verdaderas obras de arte. Por otra parte, no se soluciona la posconfirmación retrasando el sacramento, sino facilitando a los confirmados por el camino de la belleza verdaderas experiencias de Dios, caracterizadas por la armonía y el esplendor de la verdad y la bondad. Celebrar el misterio en el tiempo de los hombres es mediación de la experiencia ritual de Dios.

La racionalidad occidental tiene la necesidad de dejarse iluminar por la mística. Las celebraciones litúrgicas exigen su tiempo mistagógico, es decir, captar de algún modo lo que se ha gustado y experimentado. Hay que facilitar los itinerarios de la sorpresa espiritual, tiempos bellos de oración y de encuen-

tro con quienes reflejan a Dios o la visita a personas que necesitan con urgencia presencia divina o lugares que transmiten amor divino. A veces la cotidianeidad celebrativa es fraudulenta; en algunas celebraciones es evidente el mal gusto y el descuido; y sin embargo las formas rituales tienen una potencialidad enorme. El lenguaje ritual, no verbal, de la liturgia es poderoso, porque es un lenguaje de encarnación y de fe. La belleza litúrgica no es un hecho estético, sino profunda mediación de la verdad que nos salva, sobria en la exterioridad y sobreabundante en el sentido.

¿Debemos también resignarnos al relativismo en el arte celebrativo? ¿Debemos rendirnos ante las modas, el consumismo y los intereses del mercado en los elementos utilizados en el culto? ¿Vale la pena la mentalidad victimista en la desacralización sufrida por la liturgia, cuando en el fondo es un problema de impotencia para captar la simulación de lo sagrado en lo profano? El lugar de nacimiento, los espacios de nuestras grandes experiencias vitales ¿no siguen teniendo un valor cuasisagrado, aunque sea en el ámbito subjetivo? La vuelta a la corporeidad en el arte es una de las características más sobresalientes de nuestro tiempo, como aparece en la danza, en el mimo, etc., donde se muestra el cuerpo como símbolo fundamental y esta tendencia actual ofrece a la celebración litúrgica un campo a veces inédito y poderosamente expresivo y enriquecedor a la hora de expresar el misterio de un Dios encarnado. La metáfora viva es una gran posibilidad para el arte litúrgico contemporáneo, que nos ayuda a recuperar los grandes símbolos cristianos, como la Cruz, el cordero, los números, etc.

María ungió con unguento precioso los pies de Jesús en Betania; pero algunos protestaron diciendo: ¿porqué este unguento no se vendió en trescientos denarios para dárselo a los pobres? Mas Jesús dijo: dejadla, ha hecho una obra bella (Marcos 14, 6); me ha ungió para la sepultura y pobres los tendréis siempre con vosotros, mas a mí no siempre me tendréis. He aquí un gesto de gratuidad, que expresa puro amor por Jesús, sin interés alguno. En este sentido se sitúa la Liturgia, verdadera transfiguración reveladora de la gloria de

Dios en la faz de Cristo, como en el Tabor. Ésta es la belleza perfecta y ésta es uno de los nombres de Dios. Con razón, los tres discípulos, Pedro, Santiago y Juan, en esta experiencia de gracia, una vez hechos amadores de la belleza espiritual e iluminados los ojos de sus corazones (Ef. 1, 18), dijeron: ¡Es bello estar aquí! (Mat. 17, 4). Participaron de la luz santa que brota del rostro de Jesús. El santo, al hacer de su vida una obra de arte, es hombre bello y la gracia ilumina y hace hermosos a los hombres. La belleza es un verdadero símbolo que armoniza lo humano con lo divino.

## 2. *El artista cristiano*

En las verdaderas obras de arte hay un diálogo entre lo finito y lo infinito, donde aflora el misterio en formas y maneras densas, en las que en lo visible se ve lo invisible. Ahora bien, ¿no será que el artista religioso necesita vivir de algún modo la fe para poder plasmarla? Giotto, antes de pintar los frescos de Asís, vivió con los frailes, experimentando aquella espiritualidad que después supo reflejar en sus pinturas. En fin, lo que necesitamos es una relación creyente más profunda entre los hombres y mujeres de Iglesia y los artistas.

El artista cristiano debe superar el subjetivismo moderno, renunciando a códigos personalistas, que llevan a formas lejanas de la noción cristiana de lo sagrado. El artista, antes de realizar una obra cristiana, debe curar su amnesia de experiencias religiosas y llegar a una dimensión eclesial, litúrgica, comunitaria y ponerse al servicio de la Liturgia, la cual se sostiene en su riqueza de sentido y en sus formas simbólicas y pierde vigor con el psicologismo. Esto implica una ascesis de humildad en la que tiene que entrar el artista para tener en cuenta la tradición de la Iglesia.

¿Qué haremos? Hay que subir al monte Tabor. El celebrante, artista cristiano, no habla, se transfigura, como Jesús durante su estancia en el monte. Sólo la oración contemplativa nos capacita para mostrar que la vida cristiana no sólo es verdadera y buena, sino también es bella. Es en la experiencia de la transfiguración cuando se recibe la capacidad de

mostrar visiblemente, por ejemplo en la liturgia, el misterio de la gloria de Dios. Aquí se nos abre una puerta preciosa al enriquecimiento de nuestras celebraciones. Si cuidamos las artes sagradas, si nos preocupamos de facilitar la participación activa y fructuosa, serán acciones que penetrarán hasta lo profundo del corazón, suscitarán la emoción característica del misterio y harán surgir la alabanza y la acción de gracias. La liturgia es el vino nuevo, pero necesitamos los odres nuevos, donde se celebre y se manifieste la presencia esplendorosa de Dios en los hombres.

### 3. *El arte cristiano*

En una cultura de la inflación de la imagen han desaparecido de los templos católicos las imágenes, las cuales se han refugiado en los museos. ¿Cómo explicar esta otra paradoja de nuestro catolicismo? Existe una verdadera crisis del arte representativo en los espacios culturales, el cual ha sido absorbido por los espacios profanos. No sé si los responsables del culto católico se han concienciado suficientemente de esta realidad. Entre la imagen y el que la contempla surge una empatía que tradicionalmente fue tenida en cuenta por la Iglesia como cauce de evangelización y de experiencia religiosa; actualmente la experiencia religiosa propia del espacio cultural se ha cambiado por la experiencia estética característica del museo.

La reforma litúrgica nunca habló de eliminar las imágenes y pinturas de los templos, sino de respetar una jerarquía de valores, donde Cristo fuera el centro. Con todo, se constata que nuestras iglesias son frías y en nuestras celebraciones no se tiene en cuenta la estética. Los santos en los retablos son importantes mediaciones de la historia de nuestra religiosidad católica, verdadero testimonio de la publicidad de nuestra fe; por tanto no convido la frialdad religiosa del llamado arte conceptual del 68. Creyeron algunos ilustrados que era posible prescindir de la imágenes en los templos, mas se está desarrollando hoy una nueva corriente de arte sagrado que vuelve a la figura, abandonando lo abstracto exclusivo de los intelectuales.

Cuando se contemplan las imágenes, éstas nos transportan a la memoria y al deseo de nuestros intercesores, modelos y amigos, y cuando las besamos, expresamos respeto y veneración. En las imágenes de la Virgen, por ejemplo, aún reconociendo que no estamos ante un retrato, se concreta visiblemente la ternura maternal de Nuestra Señora y nos invitan a refugiarnos en ella, mientras la invocamos y nos dejamos llevar por ella a su Hijo, Jesucristo. Actualmente, nos damos cuenta que hay que recuperar las imágenes en el templo, no como lugar de exposición, sino como lugar de profesión de fe y de devoción.

Las imágenes de la Santísima Trinidad, de Cristo, de la Virgen María y de los Santos, son en definitiva memoria de la encarnación de Jesucristo, es decir, Dios ha decidido manifestarse en lo humano. Hay identidad entre el icono de Cristo y su representación, pues se trata de una revelación histórica de Dios. La veneración, pues, no va a la criatura, sino al Creador; no al objeto, sino a lo que representa. Por eso la estética cristiana no separa la belleza estética de la belleza de lo que expresa, es decir, la belleza no crea la verdad, sólo la refleja.

Cuando hablamos del arte cristiano nos referimos a la arquitectura, pintura, escultura, poesía, música, danza y otras artes más recientes. Y no queremos ocupar el puesto de los narradores de glorias pasadas, sino que necesitamos el coraje de la contemporaneidad. Es preciso hacer un acto de fe en el Espíritu Creador y es preciso también abandonar polémicas y lamentaciones pasadas e iniciar un diálogo con el arte actual y con los artistas contemporáneos. Valoremos los carismas y capacidades de cada uno, pues todo lo bueno procede de Dios. Perdamos el miedo a salir de casa y entremos en relación con el mundo a quien hay que evangelizar; cómo les hablaremos si los ignoramos y no los amamos. Vivamos el presente y no nos dejemos dominar por la nostalgia de glorias pasadas.

#### 4. *Formas litúrgicas actuales*

Este nuevo planteamiento aparece, por ejemplo, en la exigencia arquitectónica de una mayor relación entre las formas

y contenidos o una mayor presencia de lo sagrado en los nuevos templos. ¿Cómo saldremos del simple funcionalismo litúrgico para ofrecer celebraciones litúrgicas bellas y por ello atractivas y significativas? Es una pregunta que se hace el Cardenal Vicario de la Ciudad de Roma ante el proyecto de la construcción de 50 nuevas Iglesias con motivo del Jubileo para facilitar que el medio millón de romanos deje de celebrar los misterios de nuestra fe en espacios extraños con gran desazón espiritual y humana. ¿Por qué se han construido tantos templos fríos, donde no es fácil crear comunidad y la gente queda dispersa? La descristianización progresiva de la sociedad ha originado la desacralización de los mismos templos; abandonemos los psicologismos y volvamos al misterio. La originalidad en la arquitectura religiosa que prescinde de la tradición es vanidad; reflejemos, pues, la iglesia de Cristo que celebra, mientras peregrina en el tiempo, en el horizonte de la eternidad.

En el templo del santuario mariano de Neviges, en Alemania, las formas arquitectónicas invitan a la celebración ritual, pues el arquitecto, Gottfried Böhm, estuvo atento al espacio litúrgico y a su armonización con el entorno. Evidentemente, todo edificio crea una atmósfera, que es fundamental en los espacios celebrativos, en los cuales se realiza la experiencia mística. Además, la arquitectura exterior simboliza un camino por el que llegan los peregrinos. El arquitecto cristiano debe ofrecer símbolos; por ejemplo, las vidrieras de Neviges representan una rosa, la cual nos recuerda la Cruz y, en definitiva, la santa faz de Jesucristo.

Después del debate sobre la ética, bien venida sea la conversación sobre la estética, elevada al rango de cuestión religiosa. Pero la belleza litúrgica es una realidad más honda que el puro factor estético; se trata de una cuestión de gran importancia pastoral, más que cultural. Nos sumergimos en las consecuencias sugerentes de la Encarnación de Jesucristo. La corporeidad es la realidad cristiana más noble en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. La Eucaristía es verdadero cuerpo que se da; no un mero símbolo. Aquí radica el misterio de nuestra fe que nos levanta urgentemente por encima de toda vanalidad y vulgaridad celebrativas.

Es explicable en la cultura actual celebrar en lengua vernácula y cara al pueblo; comulgar de pie y en la mano; ello ha supuesto rupturas de símbolos y formas seculares, pero ha significado un acercamiento indudable al hombre. En consecuencia, ¿cómo debemos celebrar en estas nuevas formas ya irrenunciables de modo que no implique empobrecimiento espiritual, olvido del misterio y del anhelo de la vida eterna hacia la que peregrinamos? ¿Cómo comulgar en la mano sin que ello siga provocando falta de respeto y de adoración a la presencia eucarística? De nuevo aparece la belleza con el ámbito que nos puede salvar de la banalidad cultural. Donde prevalece la fealdad celebrativa, que no tiene que ver con la pobreza de las formas sino con su vulgaridad, se impide la relación con lo divino.

#### 4. *¿Qué belleza puede salvar al mundo?*

Dostoievski, en su novela *El Idiota*, pone en boca del ateo Hipólito esta pregunta. Sabemos que no basta denunciar las injusticias y las guerras de este mundo; tampoco es suficiente proponer nuevos planes pastorales y recordar las obligaciones del evangelio; es preciso hablar con el corazón rebosante de amor y aquella caridad que suscita entusiasmo; es preciso vivir los consejos evangélicos, no como exigencia, sino irradiando la belleza de una vida santa, porque sólo esto atrae y sorprende. Necesitamos antes de otra cosa subir al monte invitados por Cristo y allí ver el rostro de Cristo transfigurado. Nuestro problema principal, no es el pecado, sino la mediocridad, que nos impide verlo y salir de él. No somos generosos, pues vivimos en un mundo donde todo se vende y se compra; la costumbre nos impide mostrar la belleza de una vida santa, capaz de mostrar la belleza de la faz de Cristo.

¿Cómo relacionaremos la espiritualidad con la belleza, no sólo en lugares, sino también en gestos y en expresiones artísticas? Con motivo del Jubileo del Año Santo las diócesis más sensibles con las necesidades del hombre y con la urgencia de la nueva evangelización han establecido diversos itinerarios para entrar en contacto con las manifestaciones que narran

artísticamente la historia de nuestra fe católica. Por ejemplo, las Hijas de la Iglesia invitaron el verano pasado a los peregrinos a recorrer las calles de Roma para conocer la historia, el arte y el misterio encerrado en tantas muestras de la presencia cristiana antigua. Algunas diócesis sicilianas han preparado también algunos jóvenes para ayudar a los turistas a ver el contenido religioso de sus obras de arte, pues una lectura exclusivamente laica termina por ocultar el misterio en ellas encerrado, cuando no se tergiversa intencionadamente.

La Diócesis de Florencia, consciente que la pastoral del arte es plataforma de nueva evangelización, promovió en octubre de 1998 unas jornadas de oración y contemplación. 2.500 jóvenes, de los cuales 1.000 extranjeros de 35 países, fueron acogidos en 700 familias florentinas para seguir un curso de arte y fe, acompañados por 400 voluntarios y 60 guías; las mañanas en cinco itinerarios diferentes recorrían la ciudad; por las tardes en la Iglesia de Santa María Novella se impartían conferencias y se escuchaban testimonios pertinentes sobre formas del conocer, comunicar y servir. El esplendor artístico de Florencia, reflejo artístico y creyente del esplendor divino, es un regalo permanente que la ciudad hace al mundo. Objetivo del encuentro fue despertar la sensibilidad artística y aprender a mirar con atención y saber qué es lo que merece ser amado. Se aprende sólo lo que nos gusta y apasiona.

La belleza es capaz de sacarnos de nosotros mismos y de transportarnos hasta Dios mismo, con tal que las formas bellas sean mediaciones, y no fines; mediaciones de gratuidad. La belleza gratuita salvará al mundo, porque nos muestra el amor gratuito de Dios en celebraciones y solemnidades no interesadas. ¿Cómo nació en Italia la pintura naturalista, abandonando el hieratismo bizantino? Las nuevas experiencias religiosas de San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán despertaron en Giotto y en el Beato Angélico formas capaces de mostrar la compasión de estos santos ante Jesucristo Crucificado. Saber entrar en Florencia, una ciudad configurada en su tiempo por la belleza que surge del amor cristiano; entrar en el Convento de San Marcos y contemplar las obras del Beato Angélico, Fray Juan de Fiésolo. Ellos nos dicen la verdad que

procede de Dios; que no tenemos morada definitiva en este mundo; que nuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

Fray Angélico, siendo ya pintor conocido, entró a los 25 años en la comunidad de frailes predicadores observantes de Fiésole, donde comenzó a predicar con su pintura. Cuando su comunidad funda el convento reformado de San Marcos en Florencia, él es el encargado de convertirlo en espacio contemplativo. Desde 1439 a 1443 más de cincuenta frescos fueron realizados por él y sus colaboradores en el claustro, salas comunes, corredores y celdas. La finalidad de los frescos no fue la mera decoración, sino la formación religiosa de los frailes, creando espacios que los animaran a vivir siempre en el recogimiento interior de la presencia de Dios; así se advierte observando los espacios que ocupan.

Contemplemos en compañía de Santo Domingo de Guzmán, arrodillado, la Crucifixión del claustro bajo, frente a la puerta del Convento. Cristo está todavía vivo; sufre por amor y en paz; es la tranquila pasión, que dice Santa Catalina de Sena (oración 13). El Crucificado está ante nosotros; no podemos permanecer indiferentes; vemos la sangre que fluye y vivifica la tierra muerta. Santo Domingo abraza la cruz y con su mirada acaricia a Cristo, haciéndose uno con su Señor y Salvador. Entrar en el convento de San Marcos es advertir que en él se vive de Cristo Crucificado y que en él se predica sólo la Cruz de Jesucristo. Es este fresco de Cristo Crucificado se halla sólo el acontecimiento esencial: falta todo lo demás; basta adorar amando a Jesucristo Crucificado, que es centro de la historia y el hombre vive para adorarlo.

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, OP.  
*Salamanca*

## Bibliografía

FEDERICO MARÍA REQUENA, *Espiritualidad en la España de los años veinte. Juan G. Arinterro y la Revista "La Vida Sobrenatural" (1921-1928)*. Pamplona 1999. 291 pp.

La revista "La Vida Sobrenatural" tiene por fundador al P. Arinterro, O.P., en el año 1921. Ésta es fruto de sus experiencias místicas y a la vez una fuente que renovaba estas experiencias, sobre todo, por los testimonios de oración que llegaban a la revista. Decía el P. Arinterro que la lectura de los escritos que le llegaban era un momento privilegiado en que sentía la presencia de Dios de una manera gozosa. La "Vida Sobrenatural" es un tesoro de incalculable valor para conocer la historia de la espiritualidad española y también por el valor intrínseco de su doctrina espiritual, expuesta por los mejores autores de teología mística de la época.

En la primera parte del libro hay una aproximación al contexto espiritual de la revista y a la historia de la misma. En la segunda parte estudia el contenido doctrinal, que gira en torno a la mística y perfección y al Sagrado Corazón e infancia espiritual, seguido de un estudio de los autores más influyentes de la Revista y de su aplicación pastoral.

El libro termina con una conclusión que sintetiza la doctrina de la Revista. Esta doctrina es que todos los cristianos estamos llamados a la vida mística o unión con Dios y que el único camino para llegar a ella es la contemplación infusa que Dios da a todo cristiano generoso. Para afirmar esto se apoya en los grandes maestros de teología mística que ha habido en la Iglesia.

Creo que es un gran libro, al recorrer de forma científica la historia de la revista y su doctrina, expuesto todo el trabajo con claridad.—*Saturnino Plaza Aguilar*.

MICHEL GASNIER, *Los silencios de San José*. Cuadernos Palabra. Madrid, 1999. 223 pp.

Publicado el libro por primera vez en 1980, la edición que ahora reseñamos es la sexta. Ello es síntoma de su valía. Consta de una introducción (pp. 7-10) y de treinta capítulos. Viene a ser una biografía de este atrayente y poderoso Santo, pero presentada con gran verosimilitud y serio fundamento teológico. El laconismo de los Evangelios sobre el mismo –no dicen dónde nació ni dónde y cuándo murió– se amplía con las noticias y la doctrina contenida en los escritos de los Padres de la Iglesia, los Doctores y los Teólogos. Josefo y el Talmud suministran datos que permiten hacerse una idea aproximada de lo que sería la vida de un judío piadoso y observante de la Ley en el s. I de nuestra era. La encarnación de este ideal en S. José se hace trasparente, porque los Evangelios le califican de *justo*, palabra que equivale a *santo*, con toda la riqueza que tal calificativo encierra (p. 43). No ha de olvidarse la extraordinaria influencia de Santa Teresa de Jesús en el conocimiento y devoción a tal Santo.

Es admirable la habilidad del autor para componer cada capítulo a la sombra de un texto bíblico, tomado mayoritariamente del N.T. Se sirve también de pasajes del A.T., a veces demasiado lejanos de la figura del esposo de la Stma. Virgen, por ej., cuando recurre nada menos que al patriarca Noé. Sí resulta mucho más verídico el paralelismo que establece entre el patriarca José (el hijo de Jacob) y el esposo de María, por las funciones que ambos cumplen respecto del pueblo de Israel en Egipto el primero, y respecto de la Iglesia el segundo. Especialmente bello resulta el capítulo veintisiete, que describe la muerte envidiable de San José, acompañado por el que es fuente de la gracia y la vida, y por quien es mediadora de todas las gracias. Es una manera de subrayar el puesto eminentísimo de tal personaje en el campo de la Cristología y la Mariología. Recuerda naturalmente la contribución de los Papas modernos a la glorificación del gran Patriarca, y concretamente de Pío IX —que le declaró Patrono de la Iglesia universal, el 8 de diciembre de 1870—, León XIII y Benedicto XV, sobre cuyas sendas han caminado todos los Pontífices posteriores, pues no en vano es el mayor santo después de la Stma. Virgen. Como acontece casi en todos los libros, también en éste se han deslizado algunas erratas, v. gr.: Poner Elías en vez de Isaías (p. 28); “terrarius” en lugar de “ferrarius” (p. 35, nota 1); “moldeados” y no “moldeado”; “reelería” en vez de “releería” (p. 45); “los” por “lo” (p. 61, nota 2). Tales sombras en nada oscurecen el indiscutible valor del libro.—*P. Arenillas, OP.*

ALFONSO ÁLVAREZ BOLADO, *Teología política desde España. Del Nacional-Catolicismo y otros ensayos* (Bilbao 1999. Desclée de Brouwer). 472 pp.

El contenido de este libro es fundamentalmente un “palimpsesto” o reproducción de unos artículos escritos en la revista filomarxista “Cuadernos para el diálogo”, de carácter panfletario, fundada por un ex-ministro de Franco y embajador en el Vaticano, y como tal, campeón del nacional-catolicismo que cristalizó en el Concordato de 1953 el más clerical y favorable a la Iglesia de los del s. XX. El autor en su panorámica intelectual se mueve dentro de la línea de la “teología política” de Metz y de Moltmann, que dieron origen a la “teología de la liberación” en Iberoamérica, gloriosamente vencida al derrumbarse el muro de Berlín y desaparecer el comunismo en Rusia y naciones satélites, pues tomaba como modelo su ideal totalitario marxista en clave castrista. Y este régimen no ha dejado más que hambre, miseria, ruinas y escombros. El autor se gloria de haber patrocinado a la “teología de la liberación” (p. 430). Y esto es lógico dentro del Instituto de “Fe y secularidad”, que, para promover el diálogo con los sectores no cristianos, procuraba “secularizar” la Religión, es decir, vaciarla de su contenido evangélico tradicional.

Al autor le obsesiona seguir el proceso de la “libertad y la ilustración” (p. 258), como criterio dialogante con los no cristianos. Es decir, el autor tiene una marcada mentalidad “secularizante”, por lo que arremete contra el Nacional-catolicismo, nacido de la Cruzada nacional. Las citas que aporta del Cardenal Gomá son elocuentes sobre el origen de la mentalidad nacional-católica, porque la Iglesia española ante la persecución de los marxistas y anarquistas (iniciada en la revolución de 1934), se arrimó a los militares que se alzaron para restablecer el orden y la autoridad, y con ello salvar a la Iglesia católica. Los obispos en aquella circunstancia hicieron como los salidos de la persecución de Diocleciano que se cobijaron al amparo del

emperador Constantino, quien salvó al Cristianismo y adoptó como religión, como Franco salvó a la Iglesia española y la protegió para facilitar la “re cristianización” de España, pues creía que lo religioso y lo nacional eran los dos ingredientes esenciales de la historia de España. Con todo, el autor reconoce “los frutos positivos y reales de la Iglesia española durante este largo período de nuestra historia contemporánea” (p. 274).

Pero el autor cree que “la Iglesia es la *diaconisa* (sic) del encuentro con el mundo, y no monopolizadora del mismo” (p. 294). Y confiesa que “la Compañía de Jesús –a la que él pertenece– desde 1938 a 1957 cuadra globalmente en el marco del nacional-catolicismo” por mentalidad y agradecimiento, ya que el Régimen de Franco le permitió retornar a España, devolviéndole sus propiedades, lo que era muy justo y en consonancia con los ideales de la Cruzada de entonces. El autor dice que la “presencia teológica española en el Concilio Vaticano II fue pobre” (p. 275). Yo, que tuve la suerte de asistir a sus sesiones, no la encontré tan pobre. Lo que pasa es que los teólogos y obispos españoles, como los italianos, eran muy tradicionales con los esquemas de la neo-escolástica, y fueron arrollados por las “panzerdivisionen” de los teólogos centroeuropeos que trabajaban con esquemas de la teología historicista más actual. Los teólogos y obispos franceses estuvieron muy moderados, entre las dos corrientes, pues estaban acomplejados por la descalificación por la Santa Sede de la “nouvelle théologie” y el fracaso de los “pretres ouvriers” que terminaron en vulgares sindicalistas de segunda clase reclamando subida de salarios.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

Fray DÁMASO DE LA PRESENTACIÓN, *El Padre Cadete. Fray José M.<sup>a</sup> del Carmelo, ermitaño en un alcornoque de las Batuecas* (Madrid 1999. Ed. Edibesa). 238 pp.

*El Padre Cadete* se llama así porque en su mocedad, durante siete años (1780-1787), fue oficial cadete de las Academias militares de Segovia y Barcelona, estando destinado a San Roque en el asedio a Gibraltar de 1781 en tiempos de Carlos III. Nacido en Vigo en 1763, de un coronel que después fue Mariscal de Campo, oriundo de Galicia, pero de madre asturiana, señora del palacio de Miraflores de Noreña. Educado en una familia muy religiosa, y dirigido por los franciscanos de Oviedo, intentó hacerse cartujo en El Paular (Madrid), pero no le admitieron, y entonces, aconsejado por un misionero paúl, entró en los Carmelitas descalzos de Valladolid, haciendo después sus estudios en Segovia, Ávila y Salamanca. En 1797 logró su ilusión de retirarse al “desierto” de las Batuecas, un valle poblado de alcornoques y de jaras, pero repoblado con cedros, cipreses, tejos, moreras y nogales por la comunidad carmelitana que se estableció allí en 1595, y en el s. XVII tuvo alguno de los grandes teólogos “salmanticenses”.

Este libro es una segunda edición del publicado por un carmelita originario de la Alberca, cuyo abuelo conoció personalmente al P. Cadete. Éste, según la leyenda, vivió en el hueco de un alcornoque con un letrado que decía: “Morituro satis” (“Para el que ha de morir, basta”). Pero en estas páginas se dice que vivió sólo durante la cuaresma y en una choza de cortezas de alcornoque con una calavera adosada al hueco del árbol. Era ya una choza-capilla construida un siglo antes, una de las 14 que había en el valle de las Batuecas. También se dice que de cuándo en cuándo iba a La Alberca, donde había una residencia carmelitana de paso y también se trasladó a Plasencia

para dar Ejercicios Espirituales al Obispo y al seminario. Finalmente, hizo un viaje a Asturias a visitar a su madre enferma, viajando en un caballo con un mozo de acompañamiento. Cuando la desamorización de Mendizábal en 1835 fue cerrado el monasterio de Las Batuecas, aunque se permitió al P. Cadete seguir en él por estar enfermo, con algunos religiosos. En 1837 falleció dejando fama de santo ermitaño. El autor del libro exalta sus virtudes y transcribe muchas cartas en tono hagiográfico. Y como curiosidad podemos decir que el P. Arinterro estuvo especialmente vinculado con la familia del P. Cadete, pasando en el palacio de Miraflores de Noreña varios veranos, pues había sido director de una religiosa santa de esa familia a la que llamaba cariñosamente “la santina”.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

MIGUEL DE BURGOS NÚÑEZ, *Pablo, predicador del Evangelio* (Salamanca 1999. Ed. San Esteban-Edibesa). 368 pp.

La figura de S. Pablo sobresale sobre todas las de la época apostólica, porque con su mensaje “universalista” llevó el Evangelio al mundo helénico, librando al Cristianismo de convertirse en una secta adventista judaica. Por eso su título más excelso es de “apóstol de los gentiles”. En realidad, él puso en marcha las ideas que había defendido ya el protomártir Esteban, con su clara ruptura con la Ley mosaica para poder adaptar el mensaje evangélico a los oriundos de la gentilidad. Pablo de Tarso fue adoctrinado en las iglesias de Damasco y Antioquía, aunque él diga que “su Evangelio” lo recibió directamente de Dios. Y en esas iglesias había ya un fermento “universalista” creado justamente por los seguidores de S. Esteban, que fueron expulsados de Judea. S. Pablo es un convertido radical, pasando de la intransigencia farisea al universalismo del mundo helénico, que él conocía muy bien por haber nacido en Tarso, en Cilicia, una de las tres ciudades más cultas del mundo helénico. Allí fermentaron sus ideas cuando se retiró después de su conversión. Y de fanático perseguidor de los cristianos se convirtió en fanático seguidor de Cristo (“mi vivir es Cristo. No soy quien vivo, sino que es Cristo quien vive en mí”) sin medias tintas. Temperamentalmente era apasionado y un tanto rudo en el trato personal, por lo que no era fácil convivir con él. En su polémica con los adversarios de Galacia muestra su carácter violento y unilateral en sus planteamientos, llegando a llamar “perros” a los judaizantes, cuyo rito de la circuncisión puede compararse al de una castración.

En estas páginas se presenta con admiración y cariño a esta figura colosal de los orígenes de la Iglesia, quien empezó a tener influencia en ella a fines del s. II, a partir de S. Ireneo, pues antes parece se le miraba con prevención, y apenas se le cita, quizá porque lo utilizaba demasiado Marción. Por eso, el “paulinismo” resultaba sospechoso a los ortodoxos. El autor de este libro dice que para su bosquejo utilizará los datos de las Epístolas paulinas y los de los Hechos de los Apóstoles, aunque este libro aparece muy devaluado de hecho, conforme a la tesis de moda de que más que un libro histórico es una “novela rosa”, donde un autor anónimo irenista quiere destacar los orígenes pacíficos y concordantes de la Iglesia apostólica. Así, el autor considera como antihistóricos los relatos sobre la presencia del apóstol en la lapidación de S. Esteban, la escena de la conversión camino de Damasco, el primer viaje apostólico con S. Bernabé por el Asia Menor, la presencia y discurso del areópago, el que hubiera mandado circuncidar a Timoteo, el que hubiera sufragado los gastos de Nazireato en Jerusalén.

Y da por supuesto que murió en el año 62 (antes de la persecución de Nerón), como consecuencia de pena capital al fin de sus dos años de prisión atenuada. E, incluso, duda de que haya nacido en Tarso, y niega que fuera ciudadano romano (p. 332).

Respecto de las Epístolas, sólo admite como genuinas del apóstol 1 Tes, 1-2 Cor, Gal y Rom, Flp y Flm. Las dos magnas cartas de los Efesios y Colosenses (que parecen la culminación del pensamiento teológico de S. Pablo con su visión del Cristo cósmico y el himno de Ef 1, 1s., con su esquema cristológico muy superior a los otros de los esquemas de las Epístolas anteriores) serían de discípulos del apóstol, con lo que éstos habrían superado al Maestro en su profundidad teológica. Admite interpolaciones numerosas en las Epístolas que considera auténticas, y dice que el apóstol, al dictar sus cartas, dejaba amplia libertad a los amanuenses para consignar sus ideas. Supone que hay dos cartas en 1 Tes (p. 107), 4 en 1 Cor (p. 135), 3 en 2 Cor (p. 156), 3 en Flp (p. 163). Y dice que Rom “está escrita por Pablo y un equipo de expertos que tienen que repensar el Evangelio que han predicado” (p. 247). Incluso, dice que S. Pablo hizo cuatro copias de la misma: Una la envió a Roma por Febe, asistente de la iglesia de Cencreas, otra a Éfeso, insertando el c. 16 con los saludos, otra la dejó en Corinto, donde la redactó, y otra la llevó consigo a Jerusalén para poder polemizar con sus adversarios judaizantes (p. 258); y cree que, en realidad, Rom incluye 2 cartas diferentes yuxtapuestas (p. 262). Todos estos planteamientos son los usuales en la exégesis hiper-crítica novedosa moderna a base de esquemas subjetivos y sesgados. Se suele decir que los exegetas más que “ex-egetas” son *eis-egetas* pues “introducen” sus ideas en el texto comentado, para interpretarlo según la pre-comprensión ideológica del autor de turno. Lo que importa es decir algo nuevo que rompa con los moldes trazados por la exégesis crítica objetiva. Pero la ciencia no debe sacrificarse a los “snobismos”. El autor muestra gran erudición bibliográfica, y está al tanto de las últimas publicaciones, y supone que la clave para entender la teología paulina es “la cruz como acontecimiento de la gracia de Dios”, lo que está claro en la trayectoria del apóstol de las gentes.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

VARIOS, M.<sup>a</sup> Luz Pena Blanco. *Su compromiso con el evangelio*. Monasterio Santa Clara. 32660 ALLARIZ (Orense) 1998. 162 pp. 16,3 x 23,3.

Un libro, continuación de otro anterior, titulado “Una vida para la Iglesia”, en el que aparecen nuevos escritos suyos y una biografía renovada por los cuatro autores de la obra; encontramos también testimonios de otras personas que la conocieron. ¿Quién fue M.<sup>a</sup> Luz Pena Blanco, nacida en ALLARIZ (Orense) en 1923 y fallecida, al parecer, en 1989? La nota distintiva de su espiritualidad fue su amor por la Iglesia, en especial, por el cuidado espiritual de la santificación de los sacerdotes, que la llevó a pergeñar la Pía-Fundación Santa María Oferente, instituida por el Obispo de Orense en 1988. El quicio de su vida espiritual fue la práctica asidua de la oración, la frecuencia de los sacramentos y la devoción filial a la Virgen María, que la llevó a experimentar una profunda unión con Dios, cuyo fruto fue el deleite espiritual de los grandes amigos de Dios. A su obra “Santa María Oferente” entregó sus ahorros y sobre todo sus sufrimientos.—*Pedro Fernández Rodríguez, OP.*

---

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### La ira santa

No es fácil escribir sobre esta realidad, pues además del misterio de la justicia divina, la ira santa, la ira de los salmos imprecatorios contra el mal, se da con frecuencia la ira pecadora, que, confundiendo las cosas, se muestra tolerante con el pecado e intolerante con el pecador. Incluso, nos asustamos de los deseos y complacencias más o menos ocultos que aparecen a veces en nuestros corazones. Es muy difícil llegar a conocer el bien y el mal que hay dentro de nosotros y es nuestra obligación dejarnos iluminar y juzgar por la Palabra de Dios y por los Sacramentos.

No obstante, conviene reflexionar sobre la santa ira, reacción en contra del mal arduo, es decir, los pecados propios y ajenos, pues se constata hoy una acomodación excesiva por parte de algunos cristianos a situaciones de verdaderos pecados personales y sociales. La realidad del pecado para algunos es algo pasado de moda y nos cuesta reaccionar ante la realidad del mal. Por eso, ¿cómo entraremos en el combate espiritual fuera del cual no podemos ser verdaderos discípulos de Jesucristo?

Nos dice la fe: no tengas miedo a la muerte ontológica que supone dar la vida por el hermano, morir a uno mismo para perdonar o para pasar al hermano. No tengas miedo a negarte a ti mismo, coger la cruz y seguir a Cristo. Entra en humillación y llegarás a ser humilde, dándote cuenta que sólo Dios

es grande y lleva sobre sus hombros la historia; Él es el único que hace cosas grandes. No te preocupes, es cierto que quieres amar al que está cerca y no puedes; quieres tomar en peso tu vida y sigues en la frivolidad. Ésta es la verdad: algunas personas son iluminadas sólo cuando alguien da la vida por ellas, alguien que pasa por tonto. Nos dice el Evangelio: quien da la vida la recupera; el grano de trigo enterrado muere y entonces produce vida. En fin, para experimentar la vida hay que distinguir lo vil de lo santo, sino es imposible entrar en el reino; sin discernimiento no es posible ser santos.

### *Déjate iluminar por la Palabra de Dios*

El pecado nos debilita moralmente y puede convertirse en una fiera capaz de acobardarnos y someternos; por el contrario el deseo profundo de la voluntad de Dios nos permite vivir erguidos y fortalecidos por el gozo del Señor (Gén 4, 6-7; Hech 8, 10). Todos buscamos la vida y la pedimos a las riquezas y a los afectos, olvidando que la vida nos viene sólo del árbol de la Cruz de Cristo. Nuestra peregrinación en este mundo es tiempo de tentaciones; sin ellas nadie progresa espiritualmente y tampoco puede conocerse a sí mismo si no es tentado, ni nadie puede ser coronado si no ha combatido y vencido. “El reino de los cielos está en tensión y los violentos lo arrebatan” (Mat 11, 12).

La sangre de Jesucristo no fue derramada en vano y el celo de la casa de Dios le devora también hoy; por eso sigue echando del templo a los cambistas y vencedores; diciendo: “Mi casa es casa de oración y vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones” (Mat 21, 13). Jesucristo vino a este mundo a incendiarlo y a declarar la guerra al mal que aprisiona al hombre (Luc 12, 49. 51), y tiene deseos de que el mundo arda y se extienda el combate contra el pecado. Como el amor sin el temor de Dios no es verdadero, necesitamos advertir en la historia de los hombres y de la sociedad la mano poderosa de Dios sobre nuestras cabezas para vivir en el temor del Señor y ser protegidos por Él. El ciego de nacimiento no sufrió un castigo por sus pecados, sino para que nosotros viéramos la mano

de Dios en nuestra propia historia; los que murieron aplastados bajo la torre de Siloé, no eran más pecadores que nosotros; todo sucede para que nosotros conozcamos la voluntad de Dios y la cumplamos.

Es Dios quien hace justicia ya en este mundo y muchas menos catástrofes sucederían en la tierra si hubiera más santos y si los encargados de administrar justicia lo hicieran. Sabemos que todo pecado lleva en sí, además de la culpa, una pena; por eso en esta vida o en la otra purgaremos nuestros pecados. “Mostraré la santidad de mi nombre grande, profanado entre los gentiles, que vosotros habéis profanado en medio de ellos; y conocerán los gentiles que yo soy el Señor, cuando les haga ver mi santidad al castigaros” (Ez 36, 23). Cuando los convidados a la boda del hijo del rey no quisieron entrar en el banquete, el Rey montó en cólera, envió sus tropas y acabaron con aquellos malvados, prendiendo fuego a la ciudad (Mat 22, 7). No es Dios quien nos castiga, somos nosotros quienes nos destruimos con nuestros pecados.

La santa venganza consiste en una pena que se inflige al culpable para su salvación; por eso quien impone la pena ha de atender al ánimo y a la intención con que procede; si se desea el mal al culpable es completamente ilícita, pues deleitarse del mal ajeno es señal evidente de odio, que se opone directamente al amor. Y no podemos desear un mal a quien nos hizo a nosotros el mal, pues el amor todo lo excusa y todo lo perdona. Tenemos que vencer al mal con el bien, como nos dice San Pablo (Rom 12, 21), para no entrar en la espiral de la violencia, odiando a quien nos odia. Pero si la intención de quien impone la pena es la enmienda del pecador, la tranquilidad social, el triunfo de la justicia o el honor de Dios es lícita y buena la venganza. Sepamos que lo más violento de todo es el bien y Dios es piedra que salva o piedra que aplasta; ante Él no cabe la indiferencia.

Ama el bien y odia el mal. Haz el bien y destruye el mal. Bienaventurado quien escucha estas palabras y las cumple: “Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprendez de mí, que soy manso y humilde corazón, y hallaréis descanso para

vuestras almas, pues mi yugo es blando y mi carga ligera” (Mat 11, 28-30).

### *Descubriendo la sabiduría de la Cruz*

Pero si no estamos obligados a administrar justicia, ni tenemos suficiente caridad para corregir al prójimo, es que debemos entrar en el camino esplendoroso de la sabiduría de la Cruz, que nos enseña a no resistirnos al mal. Además, en la pasión por la justicia se puede esconder un amor apasionado a sí mismo e incluso un verdadero odio al prójimo, que se traduce en indulgencia excesiva consigo mismo y en crueldad con los demás. Por eso, el buen cristiano perdona siempre las injurias en vez de castigarlas, a no ser que la honra de Dios, el amor al prójimo o el bien común exijan la reparación de la injuria; cuando es necesario castigar al malhechor por el pecado cometido, lo hace con odio al pecado y amor al pecador.

Hay que ser tolerantes con el pecador e intolerantes con el pecado. Hay que dejar crecer juntos el trigo y la cizaña, no por amor a la cizaña, sino por amor al trigo, pues habría peligro de confundir el trigo con la cizaña, es decir, de arrancar el trigo al sacar la cizaña. Tolera el mal que no puedas corregir y destruye el mal, si en tus manos está. Ya es tiempo de defender la ciudad de Dios, los vigías deben ocupar sus puestos, los profetas son la boca del Señor y los sacerdotes el corazón de Dios. Es tiempo de decir con amor la verdad; no tengas miedo a quienes no te escuchen, a quienes te persigan; pronto mirarás sus sitios y no verás a nadie. Sé fuerte, el Espíritu te iluminará y fortalecerá en todo momento y lugar y el enemigo nada podrá contra ti. Pequeños seguidores del Señor, estad alerta, que pronto será la siega. La paciencia será nuestra fuerza; nuestra misión es amar, nunca juzgar; seamos astutos como serpientes y sencillos como palomas. Pequeños, descansad en mi corazón e interceded con la Virgen María por todos ante la misericordia del Dios Padre, dice el Señor.

No dejes crecer en tu corazón la violencia rencorosa, no seas agresivo; cuando no puedas con el mal que te rodea, refúgiate en el poder de la oración, de los sacramentos, pues la fe

vence al mundo. Cuando tengas que hablar, antes sitúate en la presencia del Señor, y Él pondrá en tu corazón y en tus labios las palabras adecuadas y hablarás con autoridad. Pero si no estás obligado a hablar calla; no pierdas el tiempo discutiendo o lamentándote, reza y evangeliza; retírate con frecuencia al desierto de tu corazón, donde Dios te habla. Descansa y goza del amor de Dios y se fortalecerá tu corazón. Así cuando salgas de tu celda, tendrás mirada compasiva, palabras de Dios, gestos de misericordia. Déjate salvar por Jesucristo; déjate ayudar por Nuestra Señora, la Madre de Dios. Cuanto te cueste amar a tu prójimo, reza por él y verás cómo, o te vuelves niño pequeño, capacitado para olvidarte del mal que te hacen y recordar sólo el bien que Dios te hace, o te vuelves hombre capaz también de hacer el bien.

*No tengas miedo a ser distinto, a ser cristiano*

La Iglesia en España vivió con gran ingenuidad –sin santa ira– el cambio político, debido sobre todo a la ruptura generacional con motivo del posconcilio. El error del catolicismo español en estas últimas décadas fue el optimismo ingenuo, muy común en el inmediato posconcilio; se creía que con el diálogo se arreglaba todo. En fin, se olvidó la existencia del pecado original y la profecía del Señor: como a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán. Quienes pensaban que podían estar con todos, al final se han quedado solos. Si afirmo esto es con la intención de aprender de los errores pasados, propios y ajenos.

La sociedad española comprende la importancia de los valores morales y espirituales en la estructuración de las personas y de la sociedad. Necesitamos quedar sorprendidos por la belleza de la obra de Dios en el mundo, observándolo en profundidad, en orden a no quedarnos en un panteísmo natural, sin llegar a descubrir el amor de Dios en sus obras. Si nuestro trabajo pastoral hoy es difícil, mucho más difícil será el de la próxima generación de sacerdotes, quienes necesitarán estar muy preparados doctrinal y sobre todo espiritualmente. En la Iglesia que está en España muchas instituciones está viviendo

todavía hoy de lo sembrado en tiempos pasados; por favor, seamos agradecidos con quienes nos han precedido en la Iglesia y en la nación españolas. ¡No quiero ser responsable del silencio y cobardía ante el odio que se ha sembrado sobre nuestro próximo pasado! Pero no es tiempo de nostalgias, sino de diálogo y sobre todo de nueva evangelización; para el diálogo se necesitará una base común; para la evangelización se necesitarán nuevos evangelizadores santos, capaces de entrar en una sociedad pluralista en lo religioso y en lo cultural.

Tengo una gran esperanza en Dios que reúne a esas multitudes de jóvenes en Santiago, en París, en Galilea, en Roma; que hace surgir nuevos seminarios de vocaciones sacerdotales y religiosas, donde ya se están formando los sacerdotes y consagrados del Tercer Milenio. Algo profundo está aconteciendo en el catolicismo; esta nueva generación está llenando el vacío creado por una generación insolente e ignorante de los caminos de Dios. Mientras fenecen instituciones antes compactas y ahora divididas, surgen con fuerza nuevas comunidades y grupos cristianos, llamados a ser sal, luz y fermento en la nueva sociedad; son nuevos oasis de fe, que con su identidad manifiesta nos hacen olvidar ese cristianismo ambiguo donde quedan sólo fragmentos de costumbres cristianas; necesitamos ver y oír los signos de la fe: el amor y la unidad. Todos los hombres y mujeres somos llamados a la salvación, es decir, todos podemos salvarnos si cooperamos con la gracia de Dios. Ayudemos a esta generación a pasar a la otra orilla, transmitiendo la fe, que nos da a todos el conocimiento y la experiencia del amor de Dios. ¡Apóyate en Jesucristo, apóyate en Nuestra Señora, la Virgen María, y tú mismo te quedarás sorprendido de lo que Dios hace con instrumentos pequeños, como tú y yo!

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, OP.  
*Director de Vida Sobrenatural*

# Espiritualidad del sacerdocio ministerial<sup>1</sup>

Venerables hermanos, grandes son los misterios que estamos celebrando, pues estamos conmemorando el cumplimiento de esta Escritura: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido” (Luc 4, 18). Lo que hoy celebramos es el gran misterio de la realización de esta profecía en Cristo y, de un modo participado, en cada uno de nosotros.

### *1. La Consagración Sacerdotal de Cristo*

En primer lugar, el misterio de la unción de Cristo, es decir, el misterio de su consagración sacerdotal y, por consiguiente, de su misión. Venerables hermanos, no deberíamos cansarnos jamás de meditar, ni acostumbrarnos a meditar el misterio de la consagración de Cristo y, por tanto, de su sacerdocio, pues nuestro sacerdocio no es más que una participación del suyo. La elevación hipostática de su humanidad constituye su unción-consagración sacerdotal, que debe ser siempre considerada en íntima relación con su muerte en Cruz y con su glorificación en la Resurrección. Los misterios de su encarnación, muerte y resurrección son los vértices, estrechamente relacionados entre sí, de un único e idéntico acontecimiento salvífico.

“La encarnación está ordenada a la muerte redentora que a su vez tiene como consecuencia la resurrección, la cual para

1. Homilía de Su Excelencia Mons. Carlo Cafarra, Arzobispo de Ferrara-Comacchio, en la Santa Misa Crismal del Jueves Santo de 2000. Agradezco a Mons. Cafarra el permiso para la traducción y publicación de su Homilía en nuestra revista, *Vida Sobrenatural*, concedido verbalmente horas después de su pronunciación. El Director.

el hombre Jesús significa la plenitud de la gloria. La glorificación significa el punto final de aquel camino que Cristo recorre desde la encarnación a la muerte”<sup>2</sup>. El “hoy” del que habla Cristo como tiempo en el que se cumple la profecía, el año de gracia del Señor, está constituido precisamente por el entero acontecimiento-Cristo, sucedido en los tres momentos fundamentales ya mencionados: encarnación, muerte y resurrección.

Orígenes, comentando el texto del Levítico, en el que se describe el día de la expiación (cf. Lev 16), dice: “Si, por lo tanto, pienso que el verdadero pontífice, mi Señor Jesucristo, en cuanto hombre verdadero, estaba con el pueblo todo el año, aquel año del cual Él mismo dice: me ha enviado a evangelizar a los pobres y a proclamar el año de gracia del Señor, es el día del perdón, advierto que una sola vez en este año, en el día de la propiciación, entra en el Santo de los Santos, es decir, cuando cumple la economía, penetra en los cielos y entra en el Padre, para hacerlo propicio al género humano y para rezar por todos aquellos que creen en Él”<sup>3</sup>. El año de gracia, el año jubilar, está constituido por el tiempo en el que dura la presencia visible del Verbo encarnado en medio de nosotros y el día de la salvación es el día de su muerte-resurrección.

Tratemos de captar mediante la inteligencia de fe la unidad de aquel año de gracia que está constituido por la encarnación –unción del Verbo, por su muerte y por su resurrección-. De hecho, cada uno de los momentos de este tiempo que cumple la Escritura profética posee eficacia redentora sólo en su intrínseca relación. El cumplimiento de la Escritura está anticipado en la encarnación, realizado en la muerte en cruz y perfeccionado en la resurrección. El Verbo, asumiendo una naturaleza en todo semejante a la nuestra, es libre con la libertad propia del hombre, es decir, aquella libertad que debe decidir responsablemente sobre el significado último de la vida de la persona y ciertamente de su muerte: “Entrando en el mundo –escribe el autor de la Carta a los Hebreos– Cristo dice: tú no has querido ni sacrificio, ni ofrenda, pero me has preparado un

2. J. ALFARO, *Mysterium Salutis*, Vol. V. Brescia 1971, p. 870.

3. *Homilía sobre el Levítico*, Roma 1985, pp. 215-216.

cuerpo... Entonces yo dije: Heme aquí que vengo... para hacer, oh Dios, tu voluntad" (Hebr 10, 5-7).

La muerte del Verbo encarnado en Cruz es en sí misma la oblación que el Verbo encarnado hace de sí mismo al Padre; acto de obediencia en la plenitud de amor. Es el único, verdadero, perfecto, sacrificio que expresa humanamente en forma perfecta la divina filiación del Verbo; es el evento en el cual cada uno de nosotros ha sido liberado de su condición pecadora. La resurrección, finalmente, ha sido la aceptación por parte del Padre de este sacrificio de Cristo; en la resurrección el acto de auto-donación hecho por el Verbo encarnado en la Cruz obtiene del Padre valor eterno. El resucitado vive permanentemente, participa eternamente en su humanidad de la vida gloriosa del Padre, en cuanto cordero inmolado: "Vi, un cordero inmolado, que estaba en pie" (Apoc 5, 6).

"Cristo resucitado no muere más, pero el acto por el cual se ha ofrecido a pasar por el sufrimiento y la muerte para entrar en la gloria, permanece también en el estado glorioso, incluso es propiamente entonces cuando él encuentra su perfección última, su plena realidad de sacrificio agradable y reconciliador... Su sacrificio no tiene necesidad de ser repetido, porque es siempre actual"<sup>4</sup>. Esto es el sacerdocio de Cristo: sacerdocio único, sin ascendencia, ni descendencia (cf. Hebr 7, 3). Sacerdocio único que se expresa en un sacrificio permanente, definitivo, irrepetible, indestructible. Permanece la Cruz, envolviendo toda la tierra.

## 2. *Nuestra Consagración Sacerdotal en Cristo*

Celebrando la unción de Cristo por parte del Espíritu, celebramos también hoy nuestra participación en la misma: nuestra unción, nuestro *dies natalis* como sacerdotes para el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Es un inmenso misterio en el que tratamos de introducirnos; es un don inmerecido: el don y el misterio de nuestra inclusión sacramental en el sacerdocio de Cristo. El eterno sacrificio de sí mismo, que Cristo

4. M. J. NICOLAS, *Théologie de la Résurrection*, París 1981, p. 335.

realiza en el cielo, no es un sacrificio diferente del sacrificio de la cruz. Es el mismo sacrificio en su plena realización. No tiene necesidad de ser actualizado: es siempre actual. Tiene necesidad de ser hecho presente en todo lugar y tiempo, para que cada hombre pueda participar de él. Y se hace presente, en concreto, en el sacramento de la Eucaristía: sacramento del sacrificio de Cristo, como dice Santo Tomás de Aquino. El tercer prefacio de Pascua dice: “Él no cesa de ofrecerse por nosotros e intercede como abogado por todos ante ti; sacrificado en la Cruz no vuelve a morir; con las señales de la pasión vive para siempre”.

La liturgia eucarística puede ser considerada adecuadamente desde dos puntos de vista. Desde el cielo, es la manifestación sensible en este mundo, en nuestra historia, del acto de ofrenda de sí mismo que el Cordero celebra eternamente; desde la tierra, es la participación del hombre en el acto con el cual Cristo “no cesa de ofrecerse por nosotros e intercede como nuestro abogado”. No existe, pues, diferencia sustancial entre la liturgia del cielo y la liturgia eucarística: en la eternidad nosotros haremos lo que hacemos ahora cuando celebramos la Eucaristía.

Y dentro de este gran misterio, *mysterium fidei*, que es la Eucaristía, es donde nosotros descubrimos la verdad plena de nuestro sacerdocio. ¿De qué modo, según la consideración descendente, la celebración eucarística es la epifanía del sacerdocio de Cristo ahora glorioso a la diestra de Dios Padre? Ciertamente, nosotros pensamos inmediatamente en las santas especies consagradas y en el acto de la transustanciación del pan y del vino. Y es adecuado pensar así; pero no es suficiente, pues el Cordero inmolado no se hace presente sólo en el acto con el cual se hace don sacramental; Él se hace presente también en la persona mediante la cual hace posible la presencia sacramental de su don, es decir, nuestra persona. En el sacrificio redentor de Cristo debemos considerar de hecho ya “el sacerdote que ofrece”, ya “la víctima ofrecida”, ya “el acto de la ofrenda”.

Existe, por consiguiente, en cada uno de nosotros una configuración permanente con Cristo, constituida por el carácter

sacerdotal: una unión habitual de nuestra persona con la persona de Cristo. Y existe una unión actual de nuestra voluntad con la de Cristo, que hace posible el acto de la consagración, el acto que transubstancia el pan y el vino. En virtud de esta doble unión-conformación con Cristo, en el ser (carácter sacramental) y en el actuar (acto consacratorio), Cristo se hace hoy presente en su ser, el Esposo que realiza el acto de entregarse por su Esposa (cf. Ef 5, 25-26). Cada uno de nosotros es sacramento vivo de Cristo que se da a sí mismo por la salvación del hombre. La gran teología católica ha acuñado una formulación del misterio de nuestro ser y actuar, que da vértigo: “en la persona de Cristo”. Esta formulación no significa “en nombre de Cristo”, y mucho menos, “en lugar de Cristo”, pues se trata de una específica identificación, sacramentalmente real, con el sumo, único y eterno sacerdote. Somos exactamente el “sacramento de Cristo-Esposo de la Iglesia”, en nuestro ser y en nuestro actuar.

Lo que acabo de afirmar vale sin duda alguna de modo eminente para cada uno de nosotros cuando celebramos la Eucaristía. Y de ello procede una consecuencia importantísima desde el punto de vista de la comprensión de nuestra vida sacerdotal. Lo que es primero y eminente en un determinado orden de cosas es principio, fundamento y explicación de todo el resto. Pues bien, la celebración eucarística es principio, fundamento y explicación de toda nuestra existencia sacerdotal. Es principio, porque de ella procede todo nuestro ministerio; es fundamento, porque sobre ella debe reafirmarse siempre nuestra existencia sacerdotal; es explicación, porque la celebración eucarística, en cuanto expresión eminente de nuestro carácter sacerdotal, es la única clave interpretativa verdadera de toda nuestra existencia. Podemos decir en pocas palabras: debemos permanecer siempre dentro de la celebración eucarística; esa es nuestra casa habitual. ¿Qué significa todo esto?

Digamos por de pronto que no significa la reducción de nuestro ministerio sacerdotal a la celebración de los divinos misterios. Nunca nos cansaremos de afirmar que la primera y más urgente expresión de nuestro ministerio es la evangelización, sin la cual la Iglesia no puede sencillamente ni siquiera

comenzar a existir. ¿Qué significa, pues, permanecer en la celebración eucarística? ¿Qué sentido tiene hacer de la celebración eucarística nuestro hábitat permanente? La respuesta la encontramos precisamente en la renovación de las promesas sacerdotales que haremos dentro de poco y se trata de un significado que tiene que ver con nuestro ser y con nuestro actuar.

### 3. *El sentido de nuestro ser y actuar sacerdotales*

Tiene que ver con nuestro ser. “¿Queréis uniros íntimamente al Señor Jesucristo y configuraos con Él?”, se os preguntará dentro de unos momentos. Éste es el significado que damos a la expresión permanecer en la celebración eucarística. Estar allí donde está Jesús: Jesús está sobre el altar con su cuerpo ofrecido y con su sangre derramada. Somos llamados a realizar una tal unión con Jesucristo que podamos eliminar cualquier desviación y sombra en nuestra relación con Él.

Estar con Jesús: Jesús que se da a sí mismo sobre el altar para la salvación del hombre. Somos llamados a realizar una tal unión con Cristo que nos permita vivir una experiencia profundísima de inmanencia estable de uno en el otro. Dios quiera, que en ningún corazón de los aquí presentes haya tanta tristeza que le lleve a pensar que estamos pronunciando palabras vacías y que la vida es otra cosa.

Mas afirmar que la celebración de la Eucaristía es nuestro hábitat permanente tiene también un significado eminentemente práctico, que tiene que ver con nuestro actuar sacerdotal y humano. Y de hecho, la pregunta antes enunciada continúa: “¿renunciando a vosotros mismos y reafirmando los sagrados compromisos que llevados por amor a Cristo aceptasteis libres y gozosos el día de vuestra ordenación con su Iglesia?”.

He dicho que la celebración de la Eucaristía es la única clave interpretativa verdadera de toda nuestra existencia. Nuestro drama se transforma en tragedia cuando introducimos en nuestra conciencia moral otras claves interpretativas diversas de la clave eucarística. ¿De qué depende en último análisis el proyecto con el cual todo hombre configura su vida?

De la idea que él tiene de libertad. Nosotros somos lo que pensamos sobre el significado de nuestro ser libres. Ahora bien, dos son las ideas de libertad que se enfrentan en el corazón de cada hombre, y por tanto también en nuestro corazón: la libertad en (obediencia) la verdad y la libertad en la negación de la verdad. En la relación entre libertad y verdad está el drama de la existencia humana.

¿Cuál es la verdad de nuestro ser? La celebración de la Eucaristía es el lugar donde aprendemos a responder a esta pregunta suprema. “En realidad solamente en el misterio del Verbo Encarnado encuentra verdadera luz el misterio del hombre... Cristo, que es el nuevo Adán, muestra también plenamente el hombre al propio hombre”<sup>5</sup>. Y ciertamente el hombre no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino es mediante la verdadera donación de sí mismo<sup>6</sup>. La verdad de nuestro ser sacerdotal es el amor que nos convierte en un don ofrecido para la salvación del hombre: en el don de Cristo, eucarísticamente siempre presente.

Venerados hermanos, os dejo meditar las consecuencias de esta definición eucarística de libertad como capacidad de entregarse. Verdaderamente, es grande el “don” y el “misterio” de nuestra configuración con Cristo en virtud de la cual cada uno de nosotros en Él y con Él puede decir en verdad: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado con la unción y me ha enviado a anunciar a los pobres una gozosa noticia... y predicar un año de gracia del Señor”. Amén.

Y vosotros, carísimos fieles, tened siempre una profunda veneración por vuestro sacerdotes: amadlos con verdadero amor. No pongáis dificultades a su ministerio con vuestra indolencia. Dios quiera se realice en la recíproca comunión del amor lo que afirmaba San Agustín de sí mismo: “eo feror quem fero”, es decir, “soy sostenido por aquellos que yo sostengo”. Así sea en verdad.

MONS CARLO CAFARRA  
*Arzobispo de Ferrara-Comacchio*

5. *Constitución Pastoral Gaudium et Spes*, n.º 22.

6. Cf. *Ibid.*, n.º 24.

# La vocación universal a la santidad en el P. Frassinetti

En 1852, el sacerdote italiano Giuseppe Frassinetti (1804-1868), publicó un breve, pero denso, libro ascético titulado *“Il conforto dell’anima devota”* (“El aliento del alma devota”). Lo más destacado de este tratado es que, gran parte de él, es una proclamación de la vocación universal a la santidad en la Iglesia, doctrina que ahora nos resulta conocida por la difusión que ha tenido a partir del Concilio Vaticano II, pero que, a mediados del siglo XIX, no era, en absoluto, común. En este trabajo voy a analizar las enseñanzas del P. Frassinetti sobre los temas que aparecen en el citado libro. Utilizaré la traducción al español, publicada en 1917, que se cita en la bibliografía.

## 1. *Concepto de Santidad (y santos)*

En primer lugar, hay que determinar con precisión la noción de santidad que estamos manejando, ya que este término se utiliza en la Iglesia en tres sentidos distintos:

- a) Posesión de la gracia santificante (“santo” = “justificado”).
- b) Bienaventuranza eterna (“santo” = “bienaventurado”).
- c) Plenitud de la vida cristiana y perfección de la caridad (sentido estricto).

El primer sentido del término se utiliza en el Nuevo Testamento, concretamente en las epístolas de San Pablo y en el Apocalipsis de San Juan, donde son llamados santos los cristianos cualesquiera (se supone que todos están en gracia).

El segundo sentido de santidad, más bien de “santo” como “bienaventurado”, lo utiliza la liturgia de la Iglesia en la fiesta

de Todos los Santos, en la cual, en todas las oraciones se da a los bienaventurados el nombre de “santos”.

El tercer sentido del término “santidad”, entendida como plenitud de la vida cristiana y perfección de la caridad, es la habitual en los textos del Magisterio de la Iglesia desde Pío XI y es el sentido estricto en que se toma en los libros ascéticos.

El P. Frassinetti, en su libro, advierte en seguida la necesidad de precisar el concepto de santidad:

“Deben distinguirse dos clase de santidad: 1.º La simple santidad, que consiste en la posesión de la gracia santificante y ésta la tienen todas las almas que no están actualmente en pecado mortal. 2.º La santidad perfeccionada, que consiste en la unión perfecta de nuestra voluntad con la de Dios, de modo que el alma aborrezca, no sólo el pecado mortal, sino también el venial advertido, y esté pronta a hacer cuanto claramente conozca que es de mayor agrado del Señor; aun en aquello que no se manda expresamente” (Cap. I, § III).

Todo el libro del P. Frassinetti que estoy considerando está dedicado a animar a los cristianos a esta santidad perfeccionada. En un largo párrafo describe con detalle en qué consiste:

“Esta santidad perfeccionada es propia de aquellas almas que, despojándose de todo afecto desordenado a las criaturas, viven resueltas a no desagradar a Dios en cosa alguna y en todo están prontas a hacer cuanto claramente conozcan que le es más grato. Huyen ellas, por tanto, aún de los pecados veniales y en aquellas cosas que no están expresamente mandadas ni prohibidas por la ley de Dios o de la Iglesia, siempre se inclinan a lo que les parece más del gusto de su Señor; pero se dice “cuando lo conocen claramente”, porque en general bien sabemos qué cosas agradan más a Dios en sí mismas, en tanto que muchas veces no acertamos a adivinar cuáles con respecto a nosotros le disgustan o complacen en casos particulares (...). Es necesario que os guardéis, no sólo de los pecados mortales, sino también de los veniales, estando resuelta a no cometerlos nunca advertidamente por ninguna causa o motivo, y que en todo, en todo, procuréis hacer siempre lo que os parezca más grato a vuestro Dios y más conforme a sus santísimos designios. De tal manera os veréis limpia de

todo afecto desordenado a las criaturas, vuestra voluntad se identificará con la voluntad de Dios y, en una palabra, seréis santa y perfecta. Y aquí se ha de notar que, consistiendo la santidad perfecta en la unión perfecta de nuestra voluntad con la divina, cífrase la perfecta santidad en el perfecto amor de Dios, puesto que sin duda alguna se cree que dos personas se aman perfectamente cuando entre ellas existe una perfecta unión de voluntad, formándose entre ambas a manera de un solo corazón” (Cap. I, § V).

En el párrafo anterior está definido con precisión el concepto de santidad en el sentido estricto de perfección de la caridad, que es en el que se utiliza en “casi” todo el libro. Pues, aunque resulte asombroso, el P. Frassinetti tiene un desliz en un capítulo posterior, en el que toma santidad en el sentido de bienaventuranza:

“Dios quiere que todos seamos santos, porque cuanto está de su parte anhela que todos vayamos al Cielo, y es sabido que en el Cielo no pueden entrar más que los santos” (Cap. III, § III).

Tomando el término “santidad” en el sentido estricto en que el P. Frassinetti lo toma, la última frase que acabamos de citar es claramente falsa. En efecto, está definido que:

“Las almas de todos los santos que han muerto antes de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, así como las de los (...) demás fieles muertos después de recibir el bautismo de Cristo en los que no había nada que purificar cuando murieron (...) o en caso de que tuvieran o tengan algo que purificar, una vez que estén purificados después de la muerte (...) inmediatamente después de su muerte y de la purificación de la que hemos hablado antes para los que tienen necesidad de ella (...), estuvieron, están y estarán en el cielo” (Benedicto XII: Constitución “Benedictus Deus”, 29 de enero de 1336).

Según lo anterior, es claro que hay bienaventurados que no han alcanzado la perfección de la caridad. Por ejemplo, los niños bautizados muertos antes del uso de razón, y los adultos que han muerto en gracia, pero sin que llegaran a la perfección. En ambos casos estas almas gozan o gozarán de la bienaventuranza eterna, pero no alcanzaron la plenitud de vida

cristiana, es decir la santidad, en el sentido preciso en que se tomará aquí. El P. Frassinetti anima a las almas, no simplemente a que trabajen en su salvación eterna, sino a que aspiren a las cumbres de la santidad:

«¿Pero tú, podría decirlo el demonio, tú has de pretender de Dios una gracia tan singular y extraordinaria como la de hacerte santa? ¿No deberías darte por contenta con el último lugar del cielo?». ¡Desatino y disparate! Oíd a San Agustín: “Ab Omnipotente petitis? Aliquid magnum petite”. Si pedís algo al Dios omnipotente, pedidle alguna cosa grande (...) ¿Por qué pues, querríais contentaros con el último lugar del Cielo? El alma que ocupe el último puesto en la celestial Jerusalén, había dado menos gloria a Dios sobre la tierra y le glorificará menos en el Cielo. ¿Y por qué pudiendo procurar darle mayor gloria en el tiempo y en la eternidad, os habéis de contentar con dársela menor? ¿No merece Dios que hagáis por Él cuanto podáis? El alma que en el Cielo tenga el último puesto estará allí plenamente contenta con haberlo ganado, porque en el Cielo no puede haber descontentamiento, pero mientras permanecemos sobre la tierra no debemos contentarnos con adquirirlo, antes debemos desear el conseguir en los cielos un puesto muy elevado con la práctica de la perfección cristiana para glorificar mucho a Dios en este valle de lágrimas y en aquella mansión de eterna dicha» (Cap. III, § XII).

Veremos en seguida que lo arriba afirmado no es una simple opinión del P. Frassinetti, sino que es doctrina católica.

## 2. *Universalidad de la vocación a la santidad*

El hecho de que Dios desea que todas las almas alcancen la santidad, en el sentido estricto precisado antes, es el más reiterado por el P. Frassinetti a lo largo de su libro:

“Deseo que esta obrita se adapte a la capacidad de todos, porque Dios quiere que todas las almas sean santas” (Prólogo). “Esta santidad perfeccionada es la que, sin duda, quisiera Dios en todos los cristianos (...) Sí, esta santidad es la única que a Dios satisface plenamente y hace al alma perfecta” (Cap. I, § VI). “Si Dios quiere que todos sean santos, a todos debe dar las gracias necesarias para que se santifiquen en cualquier

estado en que se hallen. Los varios estados que hay en el mundo se han establecido por disposición de la divina Providencia. ¿Y sería posible que hubiese ordenado algunos en los cuales no pudieran hombres y mujeres santificarse, siendo así que desea vivamente la santificación de todas sus criaturas racionales?” (Cap. III, § X).

Posteriormente, a principios del siglo XX, el llamamiento a todos a la santidad comenzó a aparecer en los documentos del Magisterio de la Iglesia:

“Y nadie piense que esto es tarea de unos pocos escogidísimos y que a los demás les es lícito establecerse en un grado inferior de virtud. Pues por esta ley, como es claro están obligados todos absolutamente, sin excepción alguna (...) para que se dé cuenta el pueblo que la santidad de vida no es beneficio singular, que se les concede a algunos haciendo exclusión de los otros, sino una suerte de todos y un oficio común” (Pío XI: Encíclica “*Rerum omnium*”, 25 de enero de 1923). “Todos, de cualquier condición que sean y en cualquier honesto estado de vida que hayan elegido, pueden y deben imitar al perfectísimo ejemplar de toda santidad propuesto a los hombres por Dios, que es nuestro Señor Jesucristo; y con la ayuda de Dios alcanzar también la cima más alta de la perfección cristiana, como el ejemplo de muchos santos nos lo demuestra” (Pío XI: Encíclica “*Casti connubi*”, 31 de diciembre de 1930).

Sin embargo, la proclamación más solemne de la vocación universal a la santidad, apareció en la constitución sobre la Iglesia, en el Concilio Vaticano II. En ella, por una parte se define el concepto de santidad y se invita a todos los fieles a alcanzarla:

“Los seguidores de Cristo, llamados y justificados en Cristo Nuestro Señor, no por sus propios méritos, sino por designio y gracia de Él, en la fe del bautismo han sido hechos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y por lo mismo, santos; conviene, por consiguiente, que esa santidad que recibieron sepan conservarla y perfeccionarla en su vida, con la ayuda de Dios (...) Fluye de ahí la clara consecuencia de que todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad” Concilio Vaticano II, Const. “*Lumen gentium*”, n. 40).

Por otra parte, la santidad no se presenta como un vago ideal, sino como una obligación para todos los cristianos:

“Quedan, pues, invitados y aún obligados todos los fieles cristianos a buscar la santidad y la perfección de su propio estado” (Concilio Vaticano II, Const. “Lumen gentium”, n. 42).

### 3. *Facilidad de la santificación*

El P. Frassinetti trata de persuadir a los fieles cristianos de que emprendan su aspiración a la santidad, por ello, argumenta para demostrar que el alcanzar de hecho la santidad, es fácil si confiamos en la ayuda divina:

“Reflexionando yo que muchas almas se hallan imbuidas en el peligroso error de creer que es difícil llegar a la santidad, me sentí impelido a escribir este librito procurando desengañarlas. He dicho que éste es un error muy peligroso, porque desalentadas con aquella supuesta dificultad de lograr la propia santificación, nada hacen para conseguirla, permaneciendo cuando menos en su estado de inercia y flojedad lastimosa, si es que no se precipitan por el derrumbadero de la iniquidad” (Prólogo).

En el Capítulo II de su libro, el P. Frassinetti razona que no es muy difícil alcanzar la perfecta unión con la divina voluntad:

“Si para lograr la perfecta unión con la divina voluntad no se requiere más que evitar el pecado, aún venial, y procurar en las cosas indiferentes por sí mismas el mayor gusto de Dios, para probar que no es muy difícil conseguir esta unión perfecta, es necesario que os demuestre que no hay grave dificultad en ninguna de estas cosas”.

Esto lo va argumentando a lo largo de las seis secciones del Capítulo II:

§ I. Se distinguen dos clases de pecados veniales.

§ II. Se designa cuáles sean los pecados veniales que impiden la unión perfecta con la divina voluntad.

§ III. Se demuestra que no es muy difícil el evitar los pecados veniales.

§ IV. Se prueba que en sí mismo es el pecado venial plenamente advertido más fácil de evitarse que el mortal.

§ VI. Se prueba que no es muy difícil el buscar en las cosas indiferentes el mayor gusto de Dios.

A continuación, en el Capítulo III se desvanecen objeciones que podrían aducirse contra la vocación universal a la santidad:

§ I. La práctica de los consejos evangélicos no es necesaria para la perfección cristiana.

§ II. Para conseguir la perfección cristiana no se requieren extraordinarios dones de gracia (aquí distingue entre santidad y gracias místicas extraordinarias).

§ III. La mayor parte de los hombres han de ser santos sólo para sí mismos (en este apartado establece la distinción entre santidad objetiva de un alma ante Dios y la cuestión de que esa santidad sea reconocida y apreciada por los demás).

Como conclusión de toda su argumentación afirma:

“Ved, pues que os engañáis suponiendo que quiera yo llevaros a la perfección por camino diverso del que han seguido los santos. Éstos no llegaron al alto grado de perfección en que los admiramos por medio de dones extraordinarios y de maravillas; llegan, sí, mediante el ejercicio de las virtudes cristianas y conformando en un todo su voluntad con la divina. Lo que hicieron aquellos prodigios y dones extraordinarios, fue hacerlos admirables a los ojos de los hombres, lo cual jamás ha sido necesario para la perfección (...). Concluyamos, pues, que para ser santos y aún grandes santos delante de Dios, no se requiere cosa alguna extraordinaria y, por tanto, el camino de la perfección cristiana queda muy llano por esta parte. A cualquiera es muy fácil dirigirse por él al reino de la Gloria” (Cap. III § VI).

#### 4. *Ocupaciones humanas y santificación*

El P. Frassinetti rebate la objeción que se podría hacer sobre la vocación a la santidad para los seculares basándose en sus ocupaciones humanas. Esto lo hace argumentando que esas ocupaciones no son un obstáculo para la santificación, sino un medio para lograrla:

“Pero no me contento con persuadiros que las ocupaciones de vuestro estado de ningún modo deben haceros perder la esperanza de alcanzar la perfección cristiana; quiero además probaros que mucho pueden ayudaros a conseguirla (...) ¿No sabéis que las ocupaciones y los trabajos indiferentes, cuando se toman y se llevan por amor de Dios, se dirigen y ofrecen a su gloria, son todos santos y meritorios? Creéis perder el tiempo para el Cielo empleándoos en comerciar, en contar, en trabajar todo el día ordenando la casa y la familia, y a la verdad podéis perder el tiempo haciendo estas y otras cosas semejantes sólo por fines humanos, sin pensar en modo alguno a la gloria de Dios; pero si de cuando en cuando ofrecéis al Señor todas vuestras ocupaciones (lo mejor será que se las ofrecéis todos los días) proponiéndos dirigirlo todo a su mayor gloria, se santificarán todas esas ocupaciones por su buen fin y todas ellas vendrán a seros utilísimas y os harán crecer en el amor de Dios y aumentarán para la vida eterna vuestros merecimientos. Y de este modo ¿no os ayudarán a conseguir la perfección cristiana? (...) ¡Oh, si todo lo hiciésemos por amor de Dios, si todo lo dirigiésemos a su gloria! Aún aquellas cosas que por sí mismas son fango y piedras, las veríamos convertidas en oro y joyas de vida eterna” (Cap. III, § XI).

Es sabido que el Concilio Vaticano II incluyó esta doctrina sobre el valor santificador del trabajo y las ocupaciones humanas en el capítulo de la Constitución sobre la Iglesia dedicado a la vocación universal a la santidad:

“Todos los fieles cristianos, en cualquier condición de vida, de oficio o de circunstancias y precisamente por medio de todo eso, se podrán santificar de día en día, con tal de recibirlo todo ello con fe de la mano del Padre Celestial” (Concilio Vaticano II, Const. “Lumen gentium”, n. 41).

##### 5. *Medios para alcanzar la perfección cristiana*

El P. Frassinetti, finalmente, señala los medios para lograr de hecho alcanzar la santidad. Indica únicamente dos:

“Sólo os señalaré dos medios, de los cuales suelen depender todos los otros. El primero os pondrá en el camino de la perfección cristiana; el segundo os servirá de guía segura para que

corráis por él. El primero es el deseo de conseguir la perfección cristiana y sin esto nada se hace. Nadie puede aprender un arte que no quiera aprender y sólo adelanta en él quien vivamente desea aprenderlo. Si queréis, pues, llegar a la perfección cristiana, tened muchos y vivísimos deseos de conseguirla. Ni creáis que huela a soberbia el deseo de lograr la perfecta santidad” (Cap. V, § I). “Pero este deseo no ha de ser irresoluto, como el de tantas almas que quisieran santificarse y nunca se deciden a ello(...) La perfección cristiana es un tesoro de valor infinito y de una belleza incomparable y no parece regular diferir su adquisición (...) Desead, pues, haceros santa con resolución verdadera y ponedla por obra al momento, porque es muy arriesgada cualquier dilación” (Cap. V, § II): “El segundo medio que os propongo os dirigirá por el verdadero camino de la perfección cristiana, sin dejaros ladear ni a derecha ni a izquierda y hará que hagáis buen uso de todos los medios necesarios y oportunos para alcanzar la perfección y de los cuales no os hablo. Un buen director, a quien debéis obedecer en todo y por todo, he aquí el blanco donde se han de dirigir vuestras miradas al entrar en la senda de la santidad, pedídselo a Dios y escogedlo bueno (...). A un buen director es a quien toca asignar a cada alma lo que ha de hacer para llegar a la perfección, observando lo más conveniente a sus circunstancias particulares. Diverso modo de vida aconsejará a la que vive en el claustro, a la que está en medio del mundo, a la soltera, a la casada, al comerciante, al campesino, al soldado, al literato, al ignorante y así a los demás, santificándose cada cual siguiendo el camino que le trace su director, aunque los unos no hagan lo que hacen los otros (...). También habéis de notar que si son diversos los métodos con que se puede llegar a la perfección no todos son necesarios y mucho menos a una sola persona (...) Al director corresponde dar las determinaciones y las reglas particulares, sin las cuales las generales serían infructuosas y acaso nocivas queriendo ponerlas en práctica sin consideración ni discernimiento” (Cap. V, § IV).

Después de toda la argumentación anterior, cabe pensar que será complicado el encontrar persona adecuada para esta misión. El P. Frassinetti afirma, basándose en la paternidad de Dios y el deseo que Él tiene de nuestra santificación, que el asunto no es difícil:

“Ya hemos visto que no es muy difícil el llegar a la perfección cristiana y si fuese muy difícil hallar un buen director, acaso pudiera decirse que no es tan cierto lo que llevo ya demostrado (...) Si estáis donde no haya más que un solo confesor y por la distancia no podáis dirigiros a otros, aquel confesor será bueno para vos, puesto que viendo el Señor vuestra buena intención y excelente deseo de haceros santa, lo hará bueno para vos aunque por sí mismo no lo sea (...). No cabe duda en que, cuando es posible, se debe escoger y no tomar el primero que se nos presente (...) Encomendaos a Dios para hacer con acierto tan importante elección y os aseguro que Él suplirá todo lo que os falte de previsión y discernimiento (...); veréis que buscando de esta suerte un buen director espiritual, la Divina Providencia os proporcionará el que más os convenga” (Cap. V, § VI y VII).

Leyendo las enseñanzas del P. Frassinetti en el libro que hemos considerado, nos podemos extrañar del poco eco que tuvieron y de lo desconocido que él mismo es, a pesar de que fue un precursor de las doctrinas del Concilio Vaticano II sobre la vocación universal a la santidad en la Iglesia. Quizá esto es debido al mismo título del libro: “El aliento del alma devota” (que parece más propio de un devocionario o de un libro con puntos para meditación, que de un tratado espiritual de esta importancia) y también la misma índole del libro, ya que no es una reflexión destinada a teólogos, sino un libro destinado primariamente a fieles (y de cualquier condición).

### *Bibliografía*

- FRASSINETTI, Jose: “El aliento del alma devota” (nueva traducción). Apostolado de la Prensa (Madrid, 1917).
- JIMÉNEZ DUQUE, Baldomero: “Universal vocación a la santidad en la Iglesia”, en “Comentario a la Constitución sobre la Iglesia”, BAC (Madrid, 1966), págs. 723-797.
- ROYO MARÍN, Antonio: “Teología de la perfección cristiana”, BAC (Madrid, 1954).

FRANCISCO GALLEGO LUPIÁÑEZ  
*Universidad Complutense. Madrid*

# La Cena del Señor

## IV. La Pascua del Éxodo

En los anteriores capítulos se habló de la celebración de la Pascua en tiempos de Jesús y de la celebración por el mismo Jesús de una cena, en la última noche de su vida, que fue, sin duda, una cena de Pascua. Se dijo que el ritual seguido era el mismo que se fijó cuando la reforma religiosa de Esdras (Esd 6, 9-22), la cual, a su vez, no era sino actualización de la proyectada por el rey Josías (620 aC). En el libro segundo de los Reyes se lee: *El rey Josías dio orden a todo el pueblo: Celebrad la Pascua en honor de Yahveh, vuestro Dios, como se halla escrito en este libro de la Alianza (2 Re 23, 21).*

Este libro de la Alianza no es otro, como también se dijo, que el libro del Deuteronomio, el cual, o fue encontrado en el templo de Jerusalén durante unas obras de reparación, como afirma el mismo libro de los Reyes, o fue escrito en aquel tiempo por personas partidarias de los proyectos del rey para apoyar sus reformas. En este libro del Deuteronomio se lee sobre la Pascua: *Guarda el mes de abib<sup>1</sup> y celebra la Pascua en honor de Yahveh, tu Dios, porque en el mes de abib te sacó de Egipto Yahveh, tu Dios, en la noche... No podrás comer en ella pan fermentado... a fin de que recuerdes todos los días de tu vida el día de tu salida del país de Egipto... No podrás sacrificar la Pascua en cualquiera de tus ciudades... sino tan sólo en el lugar que haya elegido Yahveh, tu Dios, para hacer allí habitar su Nombre... Sacrificarás la Pascua por la tarde, al ponerse el sol,*

1. *Abib*: Nombre cananeo del primer mes del año; corresponde a nuestro marzo-abril. Entre los Israelitas, los meses se regulaban por el curso de la luna. A este mes se le llamó más tarde, por influjo de la cultura babilónica, Nisán, nombre con el que hoy se le conoce.

*tiempo de tu salida de Egipto. La cocerás y la comerás en el lugar que Yahveh, tu Dios, haya elegido (Dt 16, 1-8).*

En este texto encontramos varias pistas acerca de la celebración. En primer lugar, el motivo: la salida de Egipto, y el tiempo: el mes de abib, por ser el de la salida, una fecha que habrá de recordarse siempre. En segundo lugar, el rito de la celebración: no comer pan fermentado y sacrificar y comer el cordero al atardecer.

Pero encontramos también un dato interesante que nos hace ver que dicho texto se refiere a la reforma de Josías: la Pascua habrá de celebrarse en el lugar escogido por Yahveh para hacer habitar allí su Nombre, es decir, en Jerusalén. Josías hizo destruir los numerosos santuarios dispersos en su reino y centralizó todo el culto en el único templo, el de Jerusalén.

Lo que el pueblo israelita conmemoraba en la fiesta de la Pascua era su salida de Egipto y su liberación del estado de esclavitud al que, según las tradiciones recogidas en los diferentes textos, estaba sometido. Cada año, al llegar el plenilunio de la primavera, había que conmemorar el hecho liberador. Fue en la noche de ese plenilunio cuando el pueblo alcanzó su libertad e inició el éxodo o marcha hacia la tierra prometida a sus antepasados los Patriarcas.

### 1. *La Pascua del Éxodo*

En el libro del Éxodo se encuentra el relato de la celebración de la Pascua en Egipto, preludeo y determinante de la salida<sup>2</sup>. Este texto (Ex 12, 1ss), leído por encima, tiene toda la apariencia de una narración histórica, o sea, de un hecho que sucedió realmente, tal como se narra, en un tiempo de la Historia, aunque sólo se tenga noticia de él por la Biblia. Como hecho "histórico", cualquiera que sea su dimensión, debió ocurrir hacia la primera mitad del siglo XIII aC, en tiempo del faraón Ramsés II (1290-1224 aC) o de sus sucesos Merneptah.

2. Relatos sobre la Pascua se encuentran tanto en los textos litúrgicos (rituales y calendarios) como en los que suelen llamar históricos, o sea, los que recuerdan otras celebraciones en el desierto, Guilgal, etc. Cf. SERRANO, V., *La Pascua de Jesús*, San Pablo, Madrid 1994.

En realidad, el referido texto no es sino el ritual de una celebración anual de los israelitas en el mes de abib. Este ritual está compuesto con materiales de diversa procedencia referidos al mismo hecho, cuyo recuerdo se mantenía vivo en el pueblo por las tradiciones contadas, una y otra vez, en el seno de las familias, así como por el culto celebrado en los santuarios locales.

Según dicho ritual, el día 10 del mes de abib, *primero de los meses del año*, había que escoger una res lanar por casa paterna, sin mancha, macho, de un año, la cual será degollada el día 14 al atardecer y con su sangre se untarán las jambas y el dintel de la puerta de la casa. Llegada la noche, se comerá asada al fuego, sin quebrantarle hueso alguno, acompañada de panes ázimos y de hierbas amargas. Los comensales habrán de estar con los lomos ceñidos, en los pies calzadas las sandalias y en la mano un bastón como quienes pronto tendrán que ponerse en camino. Por esto mismo, la comerán deprisa porque es la Pascua de Yahveh, el paso de Yahveh por la tierra de Egipto: *Cuando Yahveh, a media noche, hiera en el país de Egipto a todo primogénito, desde el primogénito del Faraón, que se sienta sobre su trono, hasta el primogénito del cautivo que yace en la cárcel, juntamente con todos los primogénitos de las bestias* (Ex 12, 29).

El ritual manda que sea recordado, en las sucesivas generaciones, dicho día del mes de abib como una institución perpetua y que sea fiesta en honor de Yahveh en la que no se realizará trabajo alguno (Ex 12, 14.16). Para mantener este recuerdo, el padre habrá de explicar a sus hijos el significado del rito que celebran: *Es el sacrificio de la Pascua en honor de Yahveh, quien pasó de largo por las casas de los israelitas en Egipto, cuando hirió a los egipcios y salvó nuestras casas* (Ex 1, 27). Termina el relato: *Y acaeció que aquel mismo día Yahveh sacó del país de Egipto a los israelitas* (Ex 12, 51). Empezaba así la difícil marcha hacia la libertad.

Si se lee con cierta atención lo que dice el texto que describe el rito de la Pascua, se advierte en seguida que, junto al rito de la cena del cordero, se describe, en términos parecidos, otro rito que nada tiene que ver con el anterior, el rito de los

panes ázimos. Como el del cordero, ha de celebrarse en el mes de abib, vinculando su celebración a la salida de Egipto por los clanes hebreos. Al igual que el anterior, será una institución perpetua y su significado habrá de transmitirse a los hijos.

Lo que en verdad narran estos textos no es el hecho histórico que determinó la salida de Egipto, sino la celebración de la Pascua en Canaán tal como se hacía desde el asentamiento de las tribus que llegaron del desierto por el este y trajeron esta tradición. Pero aún más que la celebración primitiva reflejan o marcan las líneas que habrán de seguirse después de las reformas de Josías y de Esdras. Aunque apuntan también a los orígenes de esta fiesta de la primavera.

En sus orígenes, el sacrificio del cordero y los panes ázimos eran dos fiestas distintas y durante mucho tiempo diferenciadas; correspondían a dos formas de cultura, también distintas, cuyo único punto de convergencia era celebrarse ambas en la primavera. La más antigua era, al parecer, la de la Pascua o sacrificio del cordero, propia de los pastores nómadas; a ésta se añadió después la de los panes ázimos, propia de los agricultores. Ambas fiestas son muy anteriores a la configuración de Israel como pueblo e indican, a su vez, que los clanes que lo configuraron tuvieron orígenes distintos: unos fueron pastores nómadas o seminómadas y otros agricultores sedentarios. A estos orígenes distintos corresponden los distintos relatos que se refieren a la fiesta. Lo que hizo el último redactor del libro del Éxodo fue yuxtaponer, sin ninguna explicación, ambos relatos, tal vez porque la costumbre y la celebración en los mismos santuarios ya los habían yuxtapuesto.

Mas si queremos conocer su primitivo origen, la raíz última de la que nacieron, tendremos que buscarlos en las costumbres de los pueblos que poblaban el área geográfica en la que Israel nació y se desarrolló.

## 2. *La pascua de los pastores*

Con la llegada de la primavera, parían las cabras y ovejas, el ganado menor de los pastores nómadas, y éstos se veían obligados a buscar nuevos pastos y nuevos pozos de agua. Antes de

separarse, se reunían al llenar la luna y, a su luz, aprovechando el descanso de las reses en los rediles, sacrificaban un cordero para impetrar la fecundidad de los ganados, pero también para proteger a las madres y a las crías de las dificultades y peligros de la transhumancia que iban a comenzar.

Con la sangre de la víctima eran untados los palos de las tiendas como conjuro contra el influjo maléfico de los demonios que, en la mentalidad de los nómadas, pueblan el desierto. A veces, este influjo maléfico se cargaba en un solo demonio al que llamaban “el Destructor”.

El cordero era asado en las brasas de la hoguera que encendían para templar el fresco de las noches del desierto; su comida era acompañada con tortas de pan hechas sobre las mismas brasas y con hierbas del desierto, cuyas cualidades ellos conocían perfectamente. Al amanecer, antes que el sol apareciera y llenara de su luz y su calor la estepa, con el fresco de esas horas, iniciaban la marcha.

Si comparamos este relato con el que hace el citado libro del Éxodo, nos damos cuenta de que el de la Pascua de la salida de Egipto no es sino la descripción de una fiesta típica de pastores y de que esta costumbre llegaría al pueblo de Israel a través de los clanes hebreos de pastores seminómadas. Igualmente se observará que el atuendo de los participantes en dicha Pascua es el mismo de los pastores y que el sacrificio del cordero, tanto en uno como en otro relato, lo realizan ellos mismos, en el lugar donde se encuentran y no en un santuario y por un sacerdote, como ocurría después.

Por otra parte, parece ser que los clanes hebreos que habitaban al este del delta del Nilo, al llegar la primavera, celebrarían en el desierto esta fiesta o una parecida, aunque no se dice en qué lugar del desierto. En la primera entrevista de Moisés y Aarón con el faraón le dijeron: *Así ha dicho Yahveh, el Dios de Israel: Suelta a mi pueblo para que me festejen en el desierto* (Ex 5, 1)<sup>3</sup>.

3. Cf. Ex 3, 18; 5, 3; 7, 16; 8, 4. 16. 23; 9, 1. 13; 10, 3. 7. 11. 24. 26. En estos textos se habla de tres jornadas de camino y de ofrecer un sacrificio a Yahveh en el desierto.

En este mismo capítulo 12 del libro del Éxodo hay un relato, que también se refiere a la fiesta de Pascua, pero que no encaja con el anterior y que pertenece, sin duda, a otra tradición. Según dicho relato, en las noches de luna llena del mes de abib amenazaban peligros demoníacos tanto a los primogénitos de los hombres como de los animales. En dicha noche nadie podía salir de su casa hasta la mañana siguiente. Para conjurar el peligro y librarse de su terror, se ofrecía un sacrificio y con la sangre de la víctima se untaban el dintel y las jambas de las puertas para lo cual había que usar un manojo de hisopo, planta considerada mágica (Ex 12, 21-23).

### 3. *La fiesta de los agricultores*

En los pueblos sedentarios, con la llegada de la primavera y el comienzo de la corta de la cebada, se celebraba también un rito religioso: la ofrenda de las primicias de la cosecha, cuyo fin era impretrar la fecundidad de los campos y la abundancia de las mieses. Durante los siete días siguientes sólo se podía comer pan sin levadura elaborado con los granos molidos de las espigas recién cortadas.

Al hecho de tener que comer sólo pan sin levadura se le han dado varias explicaciones. Una, lo relaciona con antiguas tradiciones que hablan de influencias maléficas si se mezcla la vieja levadura con la harina de las nuevas espigas. Otra, que, al iniciarse con la primavera el ciclo de la vida, el pan, alimento básico del hombre, debe estar elaborado con harina nueva sin mezclarla con nada de lo viejo. Se alegan también como explicación ciertas ideas sobre la pureza, muy extendidas en el Oriente Medio Antiguo, según las cuales se prohíbe en los días sagrados el uso de fermento por ser agente de corrupción.

Sin embargo, es posible que todo sea más natural y más sencillo. Por ejemplo, la falta material del tiempo necesario para elaborar el nuevo fermento, por lo cual en dicho días sólo se podían comer pan sin levadura. Es evidente que esta fiesta no pudieron celebrarla los clanes del éxodo durante su larga estancia en el desierto, porque ellos eran pastores y porque ni

siquiera la conocieran. Mas, a partir de su penetración en Canaán, el contacto con sus gentes y cultura les hizo cambiar de costumbres y adaptarse a las formas de vida imperantes en la región.

La fuente de la que tomaron dicha celebración pudo ser doble: o los mismos cananeos, con los que, por lo general, convivían de modo pacífico, o los clanes de su misma etnia que encontraron al penetrar en Canaán, clanes que habían bajado con otros grupos durante las migraciones arameas y se instalaron en esta tierra, sin continuar hasta Egipto, como hicieron otros clanes hebreos, los protagonistas del éxodo.

Ambas celebraciones, la de la Pascua y la de los Ázimos, aunque, como hemos visto, distintas en su origen y en sus ritos, tenían en común su celebración en la primavera y la finalidad de asegurar la fecundidad de los ganados y de los campos. Igualmente, ambas fueron relacionadas con la salida de Egipto y la liberación de la esclavitud.

El que aparezcan juntas en los relatos sobre la Pascua se debe, sin duda, a que, hasta la reforma ordenada por Josías, se celebraban en los mismos santuarios, lo que hizo que poco a poco se fueran yuxtaponiendo, como aparecen en dichos relatos. Esto facilitó su unión en la reforma de Josías, a partir de la cual sólo habrá una única fiesta, que una vez es llamada Pascua y otras Ázimos, la cual solamente podría celebrarse en Jerusalén.

#### 4. *Sacramento de liberación*

Así se ha llamado a esta fiesta de la Pascua. La explicación está en que como tal hecho histórico, sean cuales fueren sus dimensiones, se hace de nuevo presente en las fiestas culturales que cada año lo conmemoran, y se convierte, por ello, en fuente de gracias para el pueblo y en exigencia de nuevas intervenciones liberadoras por parte de Dios. Hay, pues, como se ve, una referencia al pasado, el hecho, pero también al presente que lo celebra, y al futuro del que se esperan nuevas intervenciones salvadoras.

Todas las tradiciones acerca de esta fiesta la relacionan con la salida de Egipto y con la liberación del pueblo de la esclavitud. Egipto representaba para los hebreos la tierra de la esclavitud y su abandono el comienzo de la libertad.

Las tradiciones de la Pascua presentan su celebración en la tierra de Egipto, la muerte de los primogénitos de los egipcios y la salida de los clanes hebreos como tres acontecimientos que ocurren en el breve espacio de una noche. Los tres, en la perspectiva del libro del Éxodo, tienen la misma significación: la libertad. El rito de la Pascua aparece como instituido para alcanzar e iniciar dicha libertad; por ello, su conmemoración en las sucesivas generaciones no es sino la celebración de la libertad alcanzada.

Conociendo las costumbres de los pastores nómadas y el significado de sus ritos, que fueron también costumbres y ritos de los pastores nómadas hebreos, cabe preguntar cuánto se instituyó en Israel su celebración con el nuevo significado de libertad. Una explicación posible podría ser ésta: los clanes hebreos instalados en Egipto celebraban cada año en la primavera, una fiesta en el desierto. En el año del éxodo, su peregrinación encontró dificultades especiales por lo cual decidieron no volver. Por esta decisión, la salida anual al desierto adquirió un nuevo significado: el de la liberación de la servidumbre que hasta entonces habían sufrido. Con este significado llevaron a Canaán la tradición de su salida, junto con las demás tradiciones de estos clanes.

Cabe también preguntar cómo pasó este significado a los clanes sedentarios cuyas tradiciones eran totalmente distintas. La respuesta, a mi parecer, se encuentra en la reunión en Sikem convocada por Josué después de su entrada en Canaán.

Josué, de la tribu de Efraim protagonista del éxodo, al penetrar en Canaán encontró tribus de la misma etnia y convocó una reunión. En ella expuso las experiencias vividas por su tribu, así como las maravillas realizadas por Yahveh, su Dios, en favor de ella. Terminado su discurso, planteó a los presentes un dilema: o servir a Yahveh, su Dios, o continuar rindiendo culto a los dioses extranjeros como lo habían hecho sus antepasados en Mesopotamia y Egipto. Al responder todos:

*Serviremos a Yahveh*, las demás tribus aceptaban las tradiciones de la de Efraim y se hacían solidarias de sus gestas y de la alianza sellada con Yahveh en el Sinaí (Jos 24, 1ss).

Según este pacto de Sikem, todas las tribus de Israel habían celebrado la Pascua en Egipto, habían sido liberadas de su esclavitud, atravesando el mar Rojo, participando en la marcha por el desierto, y todas habían estado al pie del Sinaí y sellado la alianza con Yahveh (Jos 24, 16-18). Por este mismo pacto, las tradiciones propias de cada tribu entraron a formar parte del acervo común del pueblo de Israel. Por eso, la interpretación religiosa que los de Efraim dieron a los viejos ritos de la Pascua, se hizo extensiva al rito de los ázimos de las tribus sedentarias. En los textos, como hemos visto, ambas tradiciones aparecen vinculadas a la salida de Egipto y a la libertad del pueblo.

Estas tradiciones, transmitidas de una generación a otra en el seno de los clanes y de las familias, celebradas año tras año en los santuarios locales y después en el templo de Jerusalén, adquirieron su expresión definitiva en la reforma de Esdras (s. V aC). Desde este momento, Pascua recordará siempre a los israelitas, que fueron esclavos en Egipto y que Yahveh, su Dios, los liberó con mano poderosa de la esclavitud.

Por eso, los judíos la llaman "*fiesta de nuestra liberación*".

VICENTE SERRANO, PBRO.  
*Madrid*

## Testigos

# P. José Merino Andrés (1905-1968) sacerdote dominico

## I. Gestación de una vocación religiosa

Escribo esta breve biografía del P. José Merino, mi Maestro de Novicios, como agradecimiento, deseando glorificar a Dios mediante la memoria de personas y acontecimientos que acompañaron mi juventud e influyeron en mi vida.

### 1. *Familia*

Nació el P. Merino el 23 de abril de 1905 en Madrid, en el seno de una familia profundamente cristiana, que habitaba en la calle Maldonado, 1, del castizo barrio de Lavapiés, cerca del Convento de los Dominicos del Olivar. Fue bautizado el 30 de abril en la parroquia de Nuestra Señora del Buen Consejo de la Santa Iglesia Catedral de San Isidro. En el hogar familiar conoció y comenzó a practicar las virtudes cristianas. Su padre, D. Mariano Merino González, nacido en Triollo (Palencia), fue un cristiano íntegro; su madre, Dña. Francisca Andrés Arteaga, nacida en Castillejas (Madrid), quien por quedar huérfana vivió de los 3 a los 12 años con unos tíos en Camporredondo (Palencia), educó a sus hijos en la piedad cristiana y en la entereza moral. Cuatro hijos nacieron en este hogar. El mayor, varón, murió a los 6 meses de meningitis; luego Maruja (María del Carmen), confidente y alma gemela del P. Merino, nació el 28 de marzo de 1903; el tercero fue Pepe, el protagonista de esta historia; y el cuarto, otro niño, Tello (Eleuterio).

Esta familia cristiana, que vivía de un negocio de ultramarinos, asistía diariamente a la Misa, participando en la Comunión, y practicaba la lectura espiritual y el rezo coti-

diano del Rosario en el hogar. Por Navidad se preparaba el Belén y ante él se cantaban villancicos; lo mismo se hacía en el mes de mayo en torno al altar improvisado a la Virgen Nuestra Señora. El 5 de mayo de 1913, a los 8 años, hizo el niño Pepe Merino la Primera Comuni3n en la Santa Iglesia Catedral de Madrid.

El 29 de octubre de 1916 muri3 D. Mariano, a los 52 a3os, quien no hab3a tenido mucho 3xito en los negocios, despu3 de una dolorosa enfermedad que acept3 y sobrellev3 como regalo de la voluntad divina. Su esposa se qued3 viuda con tres hijos peque3os: Maruja de 13 a3os; Pepe de 11 y Tello de 9. Con este motivo, dej3 la familia su nueva residencia en la calle Toledo y fue a vivir con sus t3os en la calle Fe. Nuevas dificultades pas3 D3a. Francisca, pues adem3s de atender a sus hijos y al negocio, ahora ten3a que ocuparse tambi3n de dos t3os suyos ya mayores. Pero ella siempre mantuvo la calma, diciendo a sus hijos: "No nos apuremos; estemos tranquilos, pues Dios proveer3". Esta precaria situaci3n hizo crecer en el coraz3n de Jos3 un gran amor a su madre y a sus dos hermanos.

Tello, enfermo de hidropes3a, muri3 el 7 de marzo de 1930 a la edad de 22 a3os. Antes de morir dijo a su hermano: "No llores para que no sufran mam3, ni Maruja; estoy contento, hermano, porque voy a ir al cielo a ver a la Virgen". Durante su enfermedad, su hermano Pepe fue su amigo, enfermero y director espiritual, cuid3ndole con exquisito amor y prepar3ndole a bien morir. Su hermana, Maruja, casada con D. Pr3xedes, tuvo tres hijos: Mar3a Teresa, Mar3a del Carmen y Jos3 Manuel, quienes llamaban cari3osamente "Tito" al fraile dominico. La guerra (1936-1939) sorprendi3 a la familia veraneando en Suances, a 30 kms. de Santander en la parte occidental de la provincia, mientras el comercio de Madrid era saqueado por los rojos; un amigo del marido de su hermana les socorri3 con lo necesario en aquella situaci3n; cuando fue liberada Santander pudieron venir hasta Salamanca y durante dos meses las Monjas Due3as Dominicanas acogieron a esta familia. La madre del P. Merino falleci3 el 4 de abril de 1947 y su hermana, Mar3a del Carmen, falleci3 el 10 de mayo de 1993, a los 90 a3os.

Me place advertir la densidad creyente de este hogar cristiano y la misión humana y espiritual desarrollada en él por el joven José Merino, quien cuidó a su hermana, con una flebitis al tener a su primera hija, y a su cuñado, entonces con úlcera de estómago. Para los pobres siempre tenía una ayuda; cuando no tenía dinero para darles, al menos rezaba un Padrenuestro por ellos. Dios le estaba preparando para su vocación de fraile predicador, donde él entregaría plenamente su vida por el bien de aquellos a quienes evangelizaba anunciando a Jesucristo. Las cartas que escribía a su familia reflejan la riqueza del afecto entrañable a los suyos y su constante afán apostólico, sosteniendo a su familia en la fe y en el anhelo del cielo ante las dificultades de la vida; les hablaba con frecuencia de paciencia y aceptación de la voluntad de Dios, de santificación e imitación de Cristo, en fin, de las virtudes cristianas. En una carta les dice: “Es preciso que leáis todos los días el librito que os dejé del Nuevo Testamento, aunque sólo sea un versículo”.

## 2. *Juventud*

Aunque José Merino adquirió una buena cultura general, sobre todo en los círculos de Acción Católica, no pudo terminar el Bachillerato oficial en el Instituto de San Isidro, debido a la situación familiar, obteniendo después sólo el título de maestría industrial. Se ejerció en la redacción literaria, pues antes de advertir en él la vocación religiosa había pensado ser cronista taurino, para lo que había conseguido un permiso de entrada a todas las corridas. Le gustaba mucho la Ópera, la Zarzuela, el Teatro y desde luego los toros y de estos pasatiempos culturales participaba cuando podía con sana alegría. Las vacaciones de verano las pasaba con su familia en Suances, aunque él más que frecuentar la playa se refugiaba en algunos acantilados para pasar horas en soledad y oración.

Fue Presidente de los jóvenes de Acción Católica en la parroquia de San Lorenzo, sucediendo a D. Tomás de la Carrera, quien le pidió aceptara este cargo, pues sus obligaciones familiares le impedían seguir. Asistió al Segundo Congreso Nacional

de la Juventud Católica los días 16-18 de diciembre, 1932, en Santander; volvió entusiasmado y con la idea de la vocación religiosa para ganar almas para Cristo, librándolas de la esclavitud del pecado. “Bien recordamos los santanderinos lo que fue aquel 18 de diciembre para la Iglesia Católica. Una gran parada de la Juventud Española. Más de cuatro mil jóvenes llegados en trenes y autobuses de las provincias vascas, gallegas y asturianas, de Madrid, de Santander. Delegaciones de Francia, Italia y Bélgica, adhesiones de América... Aquel juramento que brazo en alto hicieron los miles de jóvenes que llenaron el templo del Sagrado Corazón, con sus pechos encendidos en el fuego del Amor de los Amores que recibieron en sus almas. Juramento de defender hasta la muerte las doctrinas de Cristo Rey y las enseñanzas de la Iglesia y luchar por implantarlas en un patria católica, digna de sus grandezas históricas”.

En la Acción Católica desarrolló el joven José Merino sus cualidades humanas de trato y convivencia y sobre todo se apasionó por dar a conocer a Cristo a todos y lo hacía con simpatía arrolladora, ingenio y viveza. “Llevar almas de jóvenes a Cristo, inyectar en los pechos la fe; ser apóstol o mártir, acaso, mis banderas me enseñan a ser”, cantaban en su himno. En la Cuaresma de 1933 hizo José Merino sus primeros Ejercicios Espirituales en régimen de internado con un grupo de jóvenes de Acción Católica; aunque el Padre era viejito, el frío glacial, la comida escasa y las pláticas tremebundas, fue allí donde Dios le concedió clarificar su vocación religiosa y sacerdotal. Ciertamente no se sentía atraído por una futura profesión de sus estudios técnicos, mientras que la Acción Católica le estaba marcando apostólicamente.

Cuando el 11 de mayo de 1931, instaurada ya la Segunda República en España, quemaron algunos conventos en Madrid, José Merino con su cuñado Práxedes vieron arder el Colegio de los Padres Jesuitas de la Flor y al advertir en el suelo un crucifijo, sintió mucha pena y se dijo: “Seré jesuita para morir por Cristo Crucificado”. Con este motivo escribió a su Director espiritual, el P. Estanislao Obeso, entonces Prior en el Convento de Corias (Asturias) (1930-1933), que antes había sido Superior del Oratorio del Olivar, en Madrid. El Padre, futuro mártir en

la Cruzada residiendo en Montesclaros (Santander), le invitó a pasar una semana con él en Corias. Al final, vio claro que Dios le llamaba a la Orden de los Frailes Predicadores, cuya finalidad es evangelizar anunciando a Cristo mediante la predicación itinerante. El P. Obeso impulsó a José Merino a ir a Salamanca, a prepararse y tomar el hábito de los Dominicos; allí le encontramos a primeros de agosto de 1933.

### 3. *Fraile dominico*

A los 28 años entró José Merino en la Orden de los Frailes Predicadores, vistiendo el hábito de Santo Domingo de Guzmán en la tarde del 4 de octubre de 1933, año santo y fiesta del Rosario (primer domingo de octubre), en el celeberrimo Convento de San Esteban de Salamanca, profesando al año siguiente, también en la fiesta del Rosario, 7 de octubre de 1934. Era entonces prior de este Convento salmantino el P. Elías González Fierro (1930-1936) y Provincial de España, P. José Cuervo (1926-1934), residente también en Salamanca. Habían transcurrido sólo cinco años desde la muerte en este Convento del P. Juan González-Arintero, sabio y santo religioso, restaurador de los estudios místicos en España.

¿Por qué entró dominico en Salamanca José Merino? La M. Concha (Victorina de la Varga Andrés, Camporredondo, Palencia, 29-III-1900, Salamanca 15-II-1983), su prima dominica, había tomado el hábito en el convento salmantino de las Dueñas el 12 de diciembre de 1929. Su Vocación Apostólica, una vocación verdadera y, por tanto, irreversible, firmísima, la recibió en la Acción Católica, advirtiéndole la persecución de la Iglesia; y en el contexto de su familia y de su director espiritual dominico se decidió, movido por la gracia de Dios, a desarrollar plenamente sus anhelos apostólicos en la Orden de los Frailes Predicadores. Fue una vocación mayor con sus características propias. Junto con otros jóvenes madrileños había asistido a los Oficios litúrgicos del Triduo Sacro de 1933, en la Iglesia de San Esteban, emocionándose en algún momento hasta las lágrimas. En fin, comenzaron los tiempos de Postulantado, Noviciado y Estudiantado en el Convento y en

el artístico Templo de San Esteban; todavía no se había realizado la nefasta adaptación del Presbiterio, hecho lamentable sucedido en los años 1967-1968.

### *Noviciado*

En el Noviciado, donde profundizó su devoción a la Eucaristía, a Nuestra Señora la Virgen María y a Santo Domingo de Guzmán, estudió la Regla de San Agustín que entonces se aprendía de memoria en latín, las Constituciones de la Orden, las rúbricas del Oficio Divino y la historia de los Dominicos y sus santos; era el año de la introducción en la vida espiritual y en las costumbres y espíritu de la vida religiosa. El P. Sabino Lozano, Maestro de Novicios, ejercía su misión desde 1927, guiado por aquella consigna recibida del P. Juan González-Arintero, cuando nombrado aquél maestro de novicios tuvo que dejar Salamanca e ir a Corias (Asturias): “Vaya tranquilo, amado Padre, a cumplir la misión que le encomienda la obediencia. Procure sacar de cada generación de novicios por lo menos un alma de oración. Y verá cómo al correr de los años ha hecho por la Provincia de España más que al frente de la Cátedra de Teología, que se ve precisado a abandonar”. El Noviciado de la Provincia de los Dominicos de España estuvo en Corias desde la restauración del convento, año 1860, estableciéndose en Salamanca en 1931, una vez construido el pabellón del Estudiantado. La clave del magisterio del P. Lozano fue abrir el mundo de la oración a los novicios, clave en la formación de un religioso.

De enero a octubre de 1934 escribió fray José Merino un Diario íntimo, donde encontramos el reflejo de su espíritu. El Jueves Santo escribe: “¡Señor! ¿Qué más me pudiste dar? ¡Oh, Madre mía, María! Para buscar capitán, para hacerme soldado, encontré a Jesús, el Señor. ¡Bendita sea su piedad!”. El Viernes Santo pasó tres horas de rodillas y de ayuno. Sus lecturas preferidas en el noviciado fueron la Biblia, sobre todo los Evangelios y San Pablo, y la Evolución Mística del P. Juan González-Arintero. Estableció en el coristado la costumbre de hacer todos los Viernes del año el Vía Crucis, dirigido por él,

sacrificando parte del recreo posterior de la cena. En Cuaresma lo hacía él todas las noches.

Ya desde el Noviciado inició la costumbre de dedicar cada día media hora de oración privada después del desayuno; en el coro de la capilla permanecía de rodillas absorto, con la cabeza cubierta e inclinada y la Biblia junto a sus rodillas. Además las 2 horas diarias dedicadas a la liturgia coral, amén de la acción de gracias después de la misa, el rosario y la meditación diaria. Cultivó mucho el espíritu de piedad; era costumbre en la Orden de los Dominicos levantarse por la mañana con el Ave María: uno pasaba por los claustros cantando estas palabras, a las que cada uno respondía: *Gratia plena*. Durante su noviciado, un día abriendo su connovicio la puerta de su celda le encontró con el crucifijo en la mano y llorando. Quedó tan impresionado que sólo se atrevió a comunicar este hecho a dos personas.

Las cuestiones de Vida Espiritual que explicaba el P. Lozano a los novicios eran las siguientes: Vida cristiana, Vida mística, Cristo y el cristiano, el Espíritu Santo, la Oración, la Meditación, la Contemplación, Etapas de la Vida cristiana, la Inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma por la gracia y la Unión Conformativa. Los novicios quedaban empapados en la vida de la gracia, semilla bautismal, que se desarrolla mediante las virtudes y los dones del Espíritu Santo. La relación de fray José Merino con el Maestro de Novicios, P. Lozano, dotado de un temperamento distinto al suyo, fue normal, dadas las características del novicio, la servicialidad, la humildad y la misma edad. Digo esto porque eran famosas las pruebas a las que sometía a veces el P. Lozano a los novicios, sobre todo a aquellos en quienes advertía alguna reacción de soberbia. En este sentido, los novicios hablaban de la “semana trágica”.

### *Estudiantado*

Terminado el noviciado, el 7 de octubre de 1934, fiesta del Rosario, hizo fray José Merino la profesión temporal por tres años y pasó con sus connovicios al espacio del estudiantado,

comenzando los estudios preparatorios para su misión apostólica y sacerdotal en la Orden de los Dominicos. Dos años de filosofía, un año intermedio *De Locis*, y cuatro de Suma o de teología, siguiendo el texto de la Suma de Teología de Santo Tomás; él era el mayor del curso. El horario del estudiantado: las clases por la mañana y una o dos por la tarde, según los días; la recreación después de la comida, la cena y el descanso de la tarde. Era Maestro de Estudiantes, coristas se les llamaba familiarmente, el P. Marino Vea-Murguía. Entre sus profesores recordamos a los Padres Sabino Alonso Morán, Vicente Beltrán de Heredia, Vicente Berecibar, Alberto Colunga, José y Manuel Cuervo, Guillermo Fraile, Matías García, Alfonso Marqués e Ignacio Menéndez Reigada.

No fue fácil la adaptación de fray José Merino al nuevo ambiente de los estudios, que se impartían en latín. Un con novicio cuenta que un día, en clase de lógica mandó el profesor, que era P. Sabino Alonso, abrir el libro por una página concreta, cosa que él no hizo por haber estado en ese momento distraído. El profesor le preguntó por qué no había abierto el libro; a lo que respondió: por no haber oído bien la página. Entonces el profesor, muy comprensivo, dijo: “Cuando no entiendan algo, díganmelo, pues para eso está el profesor”. Entonces, fray Merino se levantó y dijo: “Padre, desde el primer día de clase un servidor no ha entendido absolutamente nada, pues Ud. da las clases en latín y yo no lo comprendo”. Todos los alumnos se rieron, menos el profesor, quien desde aquel día dio la clase en español.

Fray José Merino llevaba con frecuencia en la mano la Biblia traducida al español por el Dr. Félix Torres Amat. Dedicaba horas a la oración y se caracterizaba por una fe de carbonero, por lo que no era afecto a la exégesis científica, que entonces explicaban en Salamanca los Padre Alberto Colunga y Vicente Berecibar. En aquel tiempo la Apologética y la Introducción a la Sagrada Escritura se impartían en el año intermedio entre la filosofía y la teología.

Un día, en clase de Apologética, preguntó fray Merino al profesor, P. José Cuervo, que estaba tratando el tema de los anuncios proféticos referentes a la venida del Mesías: “Mire,

en clase de Introducción a la Sagrada Escritura (P. Vicente Berecibar) nos han dicho que las setenta semanas de Daniel no son un dato cronológico de profecía referente a Cristo, pues está hablando, no de Cristo, sino del Sumo Sacerdote Onías III". El profesor, un poco molesto, dijo: "Estos exegetas no dejan nada en pie". El P. Merino recordaba esta anécdota para probar cómo en la buena apologética hay que estar convencido del valor de los argumentos presentados.

Los 7 años que estuvo en formación pasó el tiempo simultaneando el estudio con la oración y el servicio, pues siempre fue el responsable de la enfermería del Noviciado y después de la enfermería del Estudiantado, no pudiendo dedicar el tiempo deseado al estudio; por este motivo tenía que conjugar la atención a los enfermos, que esperaban su visita, y el estudio; para ello aprovechaba los recreos para estudiar. Como enfermero mostró su entrega paciente al prójimo desvalido. Era una madre con los enfermos, que entonces eran muchos y algunos tuberculosos. Él mismo subía las bandejas de la comida, les hacía la cama y hasta les daba de comer, si era preciso. En su tiempo había tres máquinas de escribir en el estudiantado; sólo la de fray José Merino estaba en manos de quien la necesitara.

Los primeros días de enero de 1938, para amenizar un poco a los enfermos, entraron los enfermeros en la celda de fray Angel Cortabarría, entonces enfermo, y dijo fray Merino al abrir la puerta: "Aquí llegan los Reyes Magos". Corrigió el enfermo: ¿Cómo los Reyes Mayos, son cuatro? Y dijo fray Merino rápidamente: "El último es el camello", a lo cual dijo el interesado: "No, soy la estrella". Con esta alegría se trataba a los enfermos.

"El 31 de octubre de 1937, festividad de Cristo Rey, he pronunciado al fin mis votos solemnes. Ya seré dominico, por la misericordia de Dios, hasta la muerte. No puedo explicaros la alegría que en aquellos momentos y en el presente, llena mi alma".

El P. Merino buscaba en el estudio lo que pudiera servir para la oración y para la predicación, según el principio de las Constituciones de la Orden: "el estudio debe alimentar la oración y la oración debe impregnar el estudio". En estos años se

realizaban también ejercicios prácticos de predicación; ya antes de la Ordenación los mismos estudiantes predicaban durante la comida en el refectorio de Salamanca. Eran sermones preparados y aprendidos de memoria. De fray Merino se conservan algunos. Entre los libros más leídos aquellos años en el estudiantado están los libros espirituales de D. Columba Marmión y del P. Garrigou-Lagrange.

En las vacaciones navideñas aceptaba intervenir en las representaciones teatrales, con gran sentido escénico; además, hay que mencionar la preparación del Belén, la nove al Dulce Nombre de Jesús, la hora santa en la noche de San Silvestre y la fiesta de compañeros en el primer día del nuevo Año. Durante el curso, los jueves por la tarde solía haber paseo por fuera de la ciudad. Durante el verano los estudiantes descansaban en la Finca de la Maza, entre Calvarrasa de Arriba y Alba de Tormes; así se hizo durante cinco años, desde 1934 a 1939. El otoño de 1936 acompañó fray Merino a los apostólicos, expulsados de Corias por los rojos, y refugiados en “La Maza”. Y en el verano de 1938 fray Merino se dedicó a dar clases a unos niños que habitaban cerca de “La Maza”.

Fray José Merino fue Director de la revista “Ideales” de los Estudiantes dominicos de Salamanca en el curso 1938-1939, sucediendo en el cargo a fray Manuel Tuya, y antecediendo en la misma labor a fray Segismundo Cascón.

Un ámbito fundamental en la vida de los frailes de San Esteban, más en aquel tiempo, era el horario de la oración litúrgica, celebrada en lengua latina, sobre todo en los tiempos privilegiados de Navidad, Triduo Pascual, Triduo de Pentecostés (domingo, lunes y martes) y Jueves del Corpus Christi. El canto gregoriano según la forma propia de la Orden de los Dominicos era un elemento diario en la Santa Misa y en el Oficio Divino. La Solemne Novena a la Virgen del Rosario con asistencia de toda la Comunidad. Las cuatro procesiones mensuales por el claustro de abajo, de la Virgen María el primer domingo; del Niño Jesús el segundo domingo; del Santísimo Sacramento, el tercer domingo y de Santo Domingo el cuarto domingo; la Procesión semanal de difuntos por el claustro de arriba, el rezo del salmo *De Profundis* antes de entrar en el

refectorio a la comida y a la cena y la recitación procesional diaria del salmo *Miserere* después de la comida hasta la Iglesia, etc., daban un talante particular a la vida del fraile dominico.

#### 4. *Sacerdocio*

Fue ordenado sacerdote por el Sr. Obispo, Mons. Enrique Pla y Daniel, en el Catedral Nueva de Salamanca el sábado de Témperas de Pentecostés, 3 de junio del año de la victoria, 1939; el jueves siguiente, 8 de junio, Solemnidad del Corpus Christi, cantaba su Primera Misa en el Oratorio del Olivar (Madrid); anteriormente fue examinado sobre las Ordenes Sagradas y las rúbricas de la Misa. El P. Merino con la ordenación presbiteral recibió el don que tanto anhelaba para llevar a las gentes el Cuerpo, el Perdón y el Evangelio de Jesucristo. El 1 de octubre escribía a su familia: “Me encuentro ya transformado en sacerdote de Cristo. ¡Gracias al Señor! Pero ser sacerdote es ser santo, como me dijo un saladísimo aspirante de la parroquia de San Lorenzo. Y esto sí que me hace falta a mí y a todos los que anhelamos conseguir el bien de las almas. Pedid en la oración y en la comunión este gran ideal: ¡sacerdotes santos para un pueblo santo!”.

Ordenado de sacerdote el P. José Merino, continuó todavía dos años más de formación en Salamanca, terminando sus estudios teológicos. A principios de enero de 1940 suplicaron al P. Merino atendiera a los postulantes y novicios conversos, residentes en el Convento de Salamanca, en total seis. Y se ofreció con gozo y abnegación sorprendentes a darles clase de religión en el único momento posible, el descanso después de la comida. Algunos días estaba sólo un postulante, pues los demás estaban ocupados; éste le invitaba a descansar, pero respondía diciendo, que también los dos solos podían dar gloria a Dios con la clase. Este postulante recurría a él cuando lo necesitaba y varias veces lo sorprendió en la celda de rodillas, llorando ante un crucifijo; él se levantaba como si no pasara nada. Su celo por las almas era extraordinario. Cuando me veía, dice este fraile, su primera pregunta era: ¿cómo van las cosas del alma?

Un aspecto a resaltar en la vida sacerdotal del P. Merino fue su trabajo apostólico con los seglares y la importancia que daba a la participación del seglar en el quehacer eclesial. Los seglares ocuparon un espacio de importancia en la dinámica de sus misiones populares y en su labor de director espiritual. En este campo se adelantó a lo que hoy está viviendo la Iglesia, logrando una armonización adecuada entre el quehacer del clérigo y del seglar en las comunidades cristianas y en la vida de la Iglesia.

Los años de formación del P. Merino fueron tiempos de exaltación patriótica y de defensa de la religión católica, debido a las circunstancias históricas en las que vivió. Durante la cruzada española (1936-1939) varios religiosos estudiantes, compañeros suyos, estuvieron movilizados; otros fueron capellanes castrenses. A pesar de las carencias económicas y del contexto bélico, nunca se perdió la esperanza y el optimismo cristiano. En Salamanca el Alzamiento Nacional se produjo el 19 de julio hacia las 12 del mediodía.

¿Cuál fue el ambiente humano y religioso en el que vivió fray José Merino en Salamanca aquellos años de formación (1933-1941) en tiempos de la república, de la cruzada y de la victoria? Tres estudiantes y hno. converso murieron en el frente los años 1937-938 y recordamos con admiración a los mártires dominicos de los conventos de Las Caldas de Besaya, Corias, Madrid (Santo Domingo, Atocha y el Olivar), Montesclaros y Colegio de Navelgas durante la Cruzada. Es necesario también aludir a algunos estudiantes con ejemplos heroicos de virtud verdadera fama de santidad que habitaron entonces el estudiantado de Salamanca y murieron santamente, por ejemplo, fray Pedro Flórez (fallecido el 17 de marzo de 1941), fray Angel Iturbe (fallecido en Pamplona el 4 de septiembre de 1942), fray Jesús Larumbe (fallecido en Pamplona el 4 de septiembre de 1947) y fray Martín (Evelio) Rodríguez, a quien atendió como enfermero en el estudiantado y en la enfermería provincial de San Esteban, falleciendo el martes santo de 1943.

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, OP.  
*Salamanca*

# El don de oración en las almas pequeñas: sus grados de unión y transformación en Cristo

## X. El Matrimonio Espiritual - B y Reflexión final

### *La sonrisa del Amor*

Al hablar de la sonrisa divina del Amor acude a mi mente un recuerdo de mi infancia. Cierta día que me hallaba en el campo pude contemplar asombrada a un pajarillo hipnotizado por una culebra. El infeliz con las alas extendidas suspendido en el aire daba tristes gemidos como queriendo escapar del terrible enemigo que con fuerza irresistible le atraía hacia sí. Lentamente iba descendiendo hasta que desapareció entre un matorral donde le esperaba escondida la culebra. Si hubiera comprendido a tiempo lo que iba a suceder, tal vez hubiera tenido valor para ahuyentar al dañino animal y salvar al inocente pajarillo. Este hecho me va a servir para dar a entender mejor mi pensamiento.

También en mi infancia espiritual he podido contemplar con admiración a un pajarillo hipnotizado por el Amor. Permitidme que os hable ahora de él, así podréis comprender conmigo qué es la sonrisa divina y por qué sonríe el Amor. Se puede afirmar que el alma que ha recibido la tercera gracia contemplativa que es el don pleno a desarrollar, se halla hipnotizada por el Amor. En efecto, esa gracia, advertía al darla en otro lugar a conocer, es el encuentro de la mirada de Dios con la mirada del alma. Esta mirada queda ya desde entonces tan recogida, tan cautiva de la de Dios, de su infinito amor, que el alma cual pajarillo no puede escapar de la acción divina fascinadora de Dios. Todos los fenómenos místicos que se van

sucediendo a través de los años interpolados con las grandes purificaciones del amor, no son sino efecto de esa imantación sorprendente que va ejerciendo el Espíritu Santo para atraer a Sí al alma hasta hacerla presa. Por eso cuando Él ha conseguido introducirla en su seno, transformarla en Sí y hacerla toda suya, satisfecho sonrío el Amor.

Allí decía el alma: “Él me mira y yo le miro”; pero aquí puede añadir “Él me mira y me sonrío”. ¿Cómo capta el alma esta sonrisa inefable, glorificadora del Amor? Es porque está ya percibiendo la caricia de la sonrisa beatífica desde el destierro. No puede ya contemplar a Dios ni adentrarse en el fondo de su ser, sin adivinar esa sonrisa que parece posarse en el alma poniendo en ella sus delicias y complacencias. “Mis delicias, dice Él, son estar con los hijos de los hombres”. Esta felicidad le hace presentir las alegrías eternas y ya sólo ansía la expansión del cara a cara. Parece que al alma se le han cumplido todos los deseos; para sí nada más anhela.

De aquí brotan, de los deseos satisfechos del alma, sus ansias supremas de glorificar a Dios, de que Él sea por siempre en ella glorificado. Desde que se siente una cosa con Dios, no tiene otra ambición que la gloria de Dios y la salvación de sus hermanos los hombres todos del universo. Glorificar a Dios con Cristo y llevar al paraíso a todas las almas redimidas por Él. Éste es su ideal, en él concentra todo su vivir de desterrada. Después de sentirse una cosa con Dios le parece que aún le falta algo a su dicha y es el ser también una cosa con sus hermanos. Sabe que éste es el querer divino; ha oído las palabras amorosas que salieron del Corazón de Cristo en su oración pontifical cuando ya estaba de partida para el Padre. “Que todos sean una cosa así como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que también sean una cosa en nosotros”.

Al extender su mirada por el mundo ve a tantas almas alejadas de Dios, compara su felicidad con la desgracia que les amenaza y a semejanza del Apóstol quisiera ser anatema por sus hermanos; quisiera verse privada de sus delicias interiores y estar por ellos como Cristo con todo su cuerpo desgarrado para hacerles eternamente partícipes de su felicidad. Por eso aquí el dolor es tanto más dulce cuanto se ve más próximo a

la posesión de los gozos de la gloria; es dulce porque ve que ya no va a poder sufrir dentro de poco más por Dios, ni darle con él pruebas del amor que le tiene, y también le es dulce porque comprende mejor que nunca hasta qué punto el dolor ayuda a Cristo en su obra redentora.

Así el alma después de darse toda a Dios canta su dicha dándose a sus hermanos, trabajando para que ellos participen de la misma vida divina que ella con gozo indecible saborea. De este modo también ella sonríe al Amor; le sonríe y entona su “Magnificat” de agradecimiento no sólo porque habiéndole abierto las puertas de su Corazón y colmado de gracias lo contempla como San Esteban esperándole con su cielo abierto, sino porque tiene la confianza absoluta de que por su medio lo ha de abrir a innumerables almas que eternamente le amarán y glorificarán con ella.

Ved aquí la historia del pajarillo: es vuestra propia historia, mis queridas Hermanitas, si dejándoos hipnotizar por el Amor descendéis hasta las profundidades de humildad y abatimiento donde Cristo os espera, ese Cristo que fue simbolizado por la serpiente levantada en el desierto y al que debéis mirar constantemente. Entonces introducida el alma en su Corazón Divino con la muerte a sí misma halla la vida para sí y para los demás.

Miradle pues en la Cruz y en la Eucaristía: ahí tenéis al Amor; que Él cautive los ojos de vuestro entendimiento y corazón para que ya no os sea posible apartar de Él vuestra mirada a semejanza de los Apóstoles y discípulos cuando en el día de la Ascensión le contemplaban elevándose hacia los cielos. Quien vive hipnotizado por el Amor aunque tenga que entender en las cosas de la tierra lo hace sin que su corazón se aparte un momento de Él. Así siempre crece y se agiganta su amor hasta llegar a la unidad donde descansa y se prodiga la mutua sonrisa que ha de ser eterna.

### *Fecundidad e irradiación del Amor*

La fecundidad del amor brota de la contemplación. No hay fecundidad que pueda compararse a la de nuestro buen Padre

de los cielos porque ella es infinita. Pues bien, esta fecundidad tiene su origen en la contemplación. El Padre se contempla a Sí mismo y contemplándose, se ama y engendra a su Hijo. Amándose a Sí mismo ama a su Hijo y amando a su Hijo se ama a Sí mismo y todo lo atrae a Sí. Este amor es un amor de expansión. Por eso al amar al Hijo, a su Verbo, crea por Él todas las cosas y nos crea a nosotros capaces de amar y de recibir ese amor y así pide el mismo Salvador: “Que el amor con que me has amado en ellos esté y Yo en ellos”. Y realmente nos lo da y no sólo su amor sino a su mismo Hijo para que sea nuestro, nos salva y por Él nos abismamos en la Trinidad. Por lo cual dice San Juan: “Amó Dios tanto al mundo que le dio a su Unigénito para que todo el que crea en Él tenga la vida eterna”.

Ahora bien, ¿cómo lo hacemos perfectamente nuestro a este Verbo dado por el Padre? No veo otra manera más eficaz que por la contemplación. La contemplación de Dios también en nosotros engendra al Hijo porque eleva nuestro entendimiento a participar de las operaciones divinas y produce en nosotros amor. Entonces amamos a Dios con un amor salido de Él mismo y reflejado en nosotros. Un amor que es algo suyo que nos da al mismo Dios. Así concebimos por el Espíritu Santo a un Cristo de fe, de gracia, y de amor, a un Cristo que encarna místicamente en nosotros prolongando su encarnación redentora; de modo que la contemplación engendra el amor y el amor a Cristo, y no hay fecundidad mayor que la de tener por fruto de nuestro amor al Verbo encarnado, la de hacerlo nuestro y formar una cosa con Él perdidos en la unidad de Dios.

El alma hecha así amor por Cristo participa de la fecundidad del Padre, tiene virtud en sí para comunicar a los demás la vida que de él recibe. Está fecundada por Cristo y de ella se sirve para dar hijos a Dios y a su iglesia. En el cielo veremos cómo el alma que llega a la unión matrimonial con Cristo, aun sin saberlo ella, lleva al cielo un número incontable de almas. Quiera el Señor que estas almas abunden y se multipliquen en su Iglesia para alabanza y gloria de Dios y para progreso y expansión de la misma Iglesia. Esta fecundidad pienso que se realiza no tanto por el trabajo del alma sino por la actividad de su amor. Por ese amor que recibe y da a Dios.

Para dar a entender mejor lo que sobre esto he comprendido, me ocurre una idea. El verano pasado, un día en la recreación, una de las Hermanas que asiste a la universidad nos habló de la catástrofe ocurrida en Hiroshima por la explosión de la bomba atómica. A mí aquella conversación me interesó como me interesan todos los descubrimientos modernos de la ciencia, al arrancar a la naturaleza los secretos que en ella ocultó su Creador. En ella ha grabado Dios su huella, por eso me lleva a Él y me obliga a darle mayor amor. Sin el pecado la naturaleza me parece que hubiera sido la mayor colaboradora de la gracia. En la naturaleza encuentro simbolismos de las operaciones que el amor realiza en las almas pequeñas.

Al oír hablar a dicha religiosa sobre la desintegración del átomo y radioactividad de cierto gas que origina enfermedades y muertes, mi mente se iluminó y elevándose mi espíritu de las cosas materiales a las sobrenaturales pude contemplar desde nuestra terraza, no ya a la ciudad que parecía tenerla a mis pies, sino al Amor irradiando sobre el mundo entero la vida de Cristo por esas almas que ha hecho suyas y que las posee por el pleno don mutuo. Me pareció que no existe radioactividad tan maravillosa como ésta del Amor, cuando ha logrado disolver en Sí el ser del hombre. En efecto, el hombre es como “un fragmento de Dios”, un átomo salido de sus manos creadoras y que forma un todo con Él; pero por el pecado del paraíso quedó desintegrado de Dios ocurriendo la gran catástrofe de la humanidad; así separado de Dios y como petrificado se hizo átomo de pecado y por consiguiente pecador. Por eso advierte San Juan que ni el niño de un día está sin pecado; y Jesús dice del que peca que “se hace esclavo del pecado”.

La gracia al desenvolverse en nosotros y llevarnos a ese contacto sustancial con la divinidad de Cristo realiza la más estupenda desintegración del átomo de nuestro ser pecador, lo que nos trae la destrucción de los gérmenes del mal que aun pudieran subsistir en el alma; por ello queda reintegrada en Dios y con más ventajas que antes de la caída; sobre todo en su parte superior; puesto que la naturaleza no será totalmente restaurada hasta que sea glorificada en Cristo después de la resurrección del último día.

Separada de todas las criaturas, de todo lo que no es Él, encuentra a éstas, a todas las cosas, en Dios, donde a cada una da el valor que le corresponde, porque todo lo juzga a la luz de la sabiduría en que se halla engolfada. La desintegración feliz del pecado e integración del ser en Dios por Cristo es la gracia suprema que el hombre puede hallar sobre la tierra, gracia que le coloca por encima diría de los ángeles, pues le hace una cosa con Cristo, y por Él con los Tres, por haber tomado el Verbo su misma naturaleza. Cristo y la Trinidad hacen de esta alma un centro de vida trinitaria que el amor se encarga de irradiar por la Iglesia y el mundo entero y así podemos decir que la radioactividad del amor por la desintegración del átomo dicho e integración en Dios es infinitamente mayor que la de todos los gases creados; la de éstos sólo nos da una explicación, un símbolo de la divina cuando Dios se ha apoderado de nuestro pequeñísimo ser. De aquí que diga San Juan de la Cruz que un poquito de este amor puro es más útil a la Iglesia que todas las obras juntas. El amor de un alma que se fusiona con el de Cristo por el Espíritu Santo es amor de la Iglesia que florece y fructifica.

Creo haber dado a entender los maravillosos efectos de la contemplación, el término feliz y dichoso a que ella nos conduce. La contemplación que no lleva a este fin de hacernos una cosa con Cristo y a darnos en entrega de amor como Él al Padre por nuestros hermanos, no la tengo por verdadera. La contemplación de Dios no puede ser ociosa, ni egoísta, sino que encierra una actividad divina insospechada. No se puede contemplar con ojos de amor a un Cristo que trabaja, ora, padece y se inmola por las almas sin deshacerse en ansias de conquista, de entrega a este Dios para hacerlo nuestro y darlo a un mundo que va al caos porque vive vacío de Él.

Si tales bienes para nosotros y los demás nos traen la contemplación ¿por qué hay tan pocas almas contemplativas o que llegan a la perfecta contemplación? Pensando en ello he visto que, en resumen, es porque no se abajan bastante. Me explicaré: La contemplación, como creo que ya dije antes, no sólo es mirada de inteligencia sino de corazón, de amor, pero de un amor sobrenatural el cual Dios nos lo infunde en el

santo bautismo. Mas este amor no lo hallamos como viajero que en su marcha, a los primeros pasos tropieza con una fuente cristalina donde apaga su sed y se provee para el camino, sino que generalmente esa “agua” está escondida en lo más hondo de nuestro ser y el amor que flota en nosotros es el humano con el que debemos luchar, ya muchas veces nos pone impedimentos y a pesar nuestro en lugar de conducirnos a Dios nos lleva a las criaturas.

Para obrar a impulsos de ese amor sobrenatural, para hacerlo aflorar en nuestra vida es preciso ahondar en nuestro interior, bajar hasta esas profundidades donde él se encuentra apartando todo lo que nuestra naturaleza le impide salir a flote. Esto requiere un ejercicio hondo de humildad, de abajamiento personal lo que consigue fácilmente quien se hace pequeño. Puedo decir que el amor divino estaba en mí como el agua en estos pozos artesianos y que lo hallé descendiendo haciéndome pequeña. Desde entonces nada me ha costado la vida espiritual porque abierto el pozo se hace en nosotros como una fuente, que riega nuestro ser y “salta hasta la vida eterna”.

Nuestro amor humano no debe ser destruido sino invadido por el divino; fusionado con él produce efectos maravillosos, aniquila en nosotros el amor propio y nos hace obrar de un modo sobrenatural. Ejercitándonos así en este amor que es base de la contemplación obligamos al Espíritu Santo a que actúe en nosotros con sus dones. Entonces brota espontáneamente la vida mística tan necesaria para alcanzar la perfecta unión con Cristo y el desarrollo pleno de la contemplación.

Por faltar este ejercicio de amor parece que los dones del Espíritu Santo están en nosotros en estado latente sin dar su espléndido fruto, por eso Él, dentro, en nuestro ser íntimo, gime pues lo tenemos como con las manos atadas sin dejarle obrar a su placer. De aquí que sean pocas las almas que se sienten invadidas por ese amor que sumerge en las profundidades de Dios donde se ama y se contempla al Sumo Bien irradiando la vida divina. Es evidente que el carecer de estos grandes bienes radica en que no anonadamos nuestro ser ante Dios, no descendemos a esa región en que al corazón le es tan natural el amar como a nuestros pulmones respirar el aire que nos

rodea. Señor, dame almas pequeñas que me comprendan, almas sumergidas por Cristo en la Trinidad, que alegren a la Santa Iglesia y glorifiquen al Padre celestial.

### *El Matrimonio espiritual meta de perfección del cristiano*

No son meta de perfección los favores celestiales de que ya hablé en otro lugar, sino gracias actuales amorosas que el hombre no puede despreciar, antes se debe servir de ellas con agradecimiento como de medios que Dios le concede para crecer en la humildad y en el amor. Ni tampoco son los favores divinos sino efecto maravilloso del suave soplo del Espíritu Santo que encuentre el alma en amor para llevarla a la plena unión.

La meta de la perfección me parece que la señaló el mismo Jesús cuando dijo: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto". Es, pues, una meta sin limitación. Sin embargo, creo que la meta de perfección para el cristiano es el matrimonio espiritual con Cristo, ya que sin Él nadie puede ir al Padre y en esta unión halla el hombre la plenitud de la vida divina.

Después de la unión hipostática, que es la del Verbo con la naturaleza humana al hacerse Hombre, creo que no hay mayor unión con Dios que la de Cristo y su Iglesia. A esta unión matrimonial pienso que pueden aspirar todos los cristianos por formar una sola cosa con Cristo y su Iglesia. No se puede dudar que estén llamados a participar de este matrimonio cada uno según su capacidad. La unión que Cristo tiene con su Cuerpo místico debe alcanzar a los miembros. Si este matrimonio espiritual no se realiza en todas las almas no es por causa de Cristo sino porque ellas limitan su capacidad, ponen impedimentos al desarrollo de la gracia, no se prestan a las exigencias a veces purificadoras del amor, cosa tan necesaria en la ejecución de una obra tan grande. Sí, esta unión debería ser una cosa ordinaria entre los cristianos porque a ella les lleva el desenvolvimiento de la gracia recibida en el bautismo. ¿Cuanto más entre los religiosos consagrados a Dios, entregados a los intereses de Cristo y a la gloria del Padre celestial?

El amor comienza su labor purificadora por los sentidos, luego pasa a las potencias y por último penetra hasta lo íntimo del alma, hasta la sustancia de ella, donde parece que la gracia tiene su asiento y su sede. Quitados los impedimentos por esa purificación, la gracia se desborda como un torrente poniendo en movimiento el amor que en ella tiene su raíz, el cual forma con la gracia como un río que arrastra el ser del hombre, entra y se precipita en el Océano Infinito de la Divinidad, donde en contacto sustancial con ella, ama por el Espíritu Santo en la unidad de su amor. Por aquí se ve que todo el proceso que conduce al matrimonio espiritual es debido precisamente a la gracia y al amor. Esto nos manifiesta el empeño que ha de tener el cristiano para que en sí crezca y se desarrolle dicha gracia y amor. Empeño que le debe llevar a la recepción fervorosa de los sacramentos, la práctica de la virtud, la oración y especialmente en todo ello el ejercicio del amor; reconociendo sus miserias, su impotencia y su nada ante Dios.

Cuando aumenta la gracia se acrecienta el amor y viceversa. Se realiza como en los vasos comunicantes; cuando se vierte agua en uno de ellos sube el nivel del otro. Así aquí. Si nos ejercitamos en el amor, si lo actuamos fervorosamente, se eleva nuestra gracia, no menos que él, si conseguimos más gracia sube el termómetro de nuestro amor. Y hasta donde se eleva la gracia nos eleva a nosotros que es hasta tocar a Dios, hasta darle un beso en su mismo Ser con lo más íntimo del nuestro, que es como la boca con que besamos al Amor. Es maravilloso cómo Jesús me ha hecho comprender esta obra que el Espíritu Santo realiza en el alma pequeña. El río caudaloso, que decía, engrosado por la gracia y el amor arrastrando al alma hacia Dios, le da la muerte, como lo hacía el río material con cualquier ser vivo que tiene sus raíces hundidas en la tierra; un árbol, por ejemplo, al arrastrarlo su impetuosa corriente. De aquí que sea necesaria la muerte mística para que el alma se adentre en la Divinidad.

En el desposorio espiritual, el cual se logra al salir de sí e internarse en Dios, el alma está en la Divinidad como una esponja empapada en el agua, mas en la unión matrimonial la esponja desaparece, el ser del hombre se disuelve en Dios como

una cosa que en un líquido se deshace. Entonces su voluntad hecha una con la de Dios se adapta a todas sus disposiciones, toma todas sus formas como el agua en los recipientes y esto lo ejecuta con facilidad y sencillez sin encontrar en sí ninguna resistencia porque entre Dios y el alma ya no hay más que un solo querer; su ser está en conformidad con el divino. Su alimento a imitación de Jesús es hacer la voluntad del Padre y buscar su gloria. Que se cumpla su querer en todo y sea glorificado en ella. ¡Con qué paz y con qué suavidad lo desea perdida con Cristo y por Cristo en su divino Ser! Ya se ve cuánto nos conviene dejarnos arrastrar por ese torrente de “agua viva” que es gracia y energía y fortaleza de Cristo y con qué cuidado debemos apartar de nosotros todos los obstáculos que impiden a la gracia el hacernos llegar y sumergir en el Océano Infinito donde se realiza en cada uno de nosotros el misterio de Cristo y su Iglesia, el misterio del Hijo de Dios que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad para que nosotros tuviéramos la posibilidad de participar de su Divinidad como nos lo recuerda y pide todos los días la Iglesia en el Santo Sacrificio de la Misa al mezclar unas gotas de agua con el vino que ha de ser consagrado y convertido en el mismo Jesucristo.

*Reflexión final: el caminito de infancia contemplado desde la cumbre*

Al llegar descubriendo los grados de oración a la última cima, me hace la sensación de haber recorrido el camino dos veces: la primera conquistando terreno palmo a palmo y la segunda como si el Divino Espíritu me hubiera llevado otra vez por él en viaje de recreo. Según iba dando a conocer las etapas por las que el alma tiene que atravesar para llegar a la unión plena, parecía encontrarme en ellas cual si las fuera actualmente pasando; pero ahora experimentaba la diferencia gozosa de andar por terreno conocido. ¿Cómo encontré el caminito de la infancia?

Quisiera declararlo confidencialmente, antes de terminar este insignificante trabajo, a mis Hermanas las almas pequeñas. No fue buscando mi propia senda, sino un camino

común, el de todos los cristianos. Consideraba que no era yo un alma extraordinaria, privilegiada, para tener un camino especial propio, creía sencillamente que debía ir a Dios empleando los medios que en general Él ha puesto en su Iglesia para todos los hombres y así procuraba perderme en la oscuridad y silencio de esa vida común y ordinaria que ellos llevan. Mas pronto el Señor me hizo comprender a la vista de mi debilidad e impotencia, que era la más pequeña de todas las almas. Esto no me desanimó, al contrario. Pensé que en la familia del gran Padre de los cielos pasa algo semejante a lo que ocurre en las de la tierra, en ella hay hermanos mayores, medianos y pequeños. Entonces acepté con gusto el ser entre ellos la más pequeña. Esto me daba un derecho especial al amor y a las caricias de nuestro amoroso Padre celestial. Y no me equivoqué. Desde entonces comencé a correr con deliciosa alegría por el camino de infancia apeteciendo como dice San Pablo, como niños recién nacidos, la leche del Espíritu.

A esto debo mi oración contemplativa, no a mi virtud, ni a mis obras, sino a mi cualidad de hija chiquitita de Dios. En esto pienso que me guiaba la Virgen María; mi entrega filial a esta buena Madre me aprovechó mucho. Ella si duda me alcanzó del Señor este espíritu de infancia. La primera alma que encontré a mi lado en el caminito fue Santa Teresita. Providencialmente su vida (*Historia de un alma*) llegó a mis manos y al leerla y ver que se había santificado haciéndose pequeña, lloré de emoción. Mi amistad con ella muy pronto llegó a ser muy grande cual la de una hermana que veía a mi lado. Después he hallado a muchas almas pequeñas que siguen mi ruta buscando al Amor.

Las palabras de Jesús: “Cuán estrecho y angosto es el camino que conduce a la vida” pesaban sobre mí; pero desde que comencé a hacerme pequeña parecía que ese camino se había ensanchado y suavizado y así fui saboreando la verdad de estas otras: “Mi yugo es suave y mi carga ligera, y también: “gustad y ved cuan suave es el Señor”. Ahora en plena cumbre al contemplar desde ella el trayecto recorrido me parece convertido el caminito en una ancha carretera por donde corre la Misericordia y el Amor; por ella deben correr también todos los pequeños.

De tres modos hacen los hombres los viajes: por tierra, por aire y por mar y de cualquier forma que vayan nunca llevan vehículo de marcha tan rápida que pueda asemejarse a la empleada por el Amor; cuando toma al pequeño en el coche de su misericordia para portarlo a la ciudad de Dios. ¡Cómo quisiera borrar de los libros eso que a veces se lee: “Tú no has de ir por el camino de aquel otro, del que está a tu lado, sino por el tuyo, etc.”. A mí me gusta ir por donde van muchos, por la senda de todos, caminando con los hermanos y prestándoles mi ayuda. Pero no por la senda que se hayan trazado ellos sino Cristo y por ahí quisiera llevar conmigo a todas las almas principalmente a las más pequeñitas.

Por eso al contemplar el caminito convertido en carretera, en una ancha vía pública por donde puede ir en masa hacia Dios toda la humanidad, me ha hecho gracia y me ha llenado de alegría. Es la carretera abierta por el Salvador con su encarnación haciéndose Niño. Estaba el mundo tan cubierto de espinas y malezas que los hombres no hallaban paso por él para llegar al cielo. Esta carretera, que va por el calvario, está asfaltada con la Sangre de Cristo y pasa por tu casa, por tu misma puerta. Alma débil e imperfecta no pierdas tal oportunidad. Toma asiento en el elegante coche de la Misericordia y del amor que Cristo te ofrece. Pero es necesario para subir a él que lleves tu billete, ¿sabes cuál es? El de tu pequeñez. Reconoce que eres miserable, impotente, considérate como un niño y, con tus miserias y tu nada, entrégate por entero a ese Amor Misericordioso. Nada más se te pide para beneficiarte de las gracias y riquezas de Cristo.

Tres cosas hay que distinguir en este camino: lo esencial de él común a todos, lo personal y lo accidental. Lo esencial de él es Cristo, su gracia y amor, sus sacramentos, etc. Nadie va al Padre sino por Él. Lo personal, es la correspondencia a la gracia, en abajarse y situarse en posición de niño. También esto es algo esencial al caminito. “Si no os hicieréis como niños no entraréis en el reino de los cielos”. De una forma o de otra todos debemos hacernos como niños y cuanto más pequeños tanto antes Cristo, su Espíritu, su gracia y amor, en impetuoso torrente nos invaden y abisman en la Trinidad.

Lo demás, lo pasajero, lo accidental puede variar hasta lo infinito, hemos de aprovecharnos de ello para practicar la virtud, pero no pondremos en eso toda la fuerza de nuestro amor sino en Él. Muchas almas no adelantan más en la perfección porque ponen su camino en lo accidental, en lo suyo, en lo pasajero, y así dejan escapar muchas energías y no aplican toda la fuerza de su espíritu a lo sustancial, a la gracia y al amor que es lo que nos comunica la vida de Dios y lo hace a Él verdaderamente nuestro. Lo accidental puede contribuir a dar a las almas pequeñas diversa fisonomía, pero esto no implica que vayan por un camino distinto. Ved a los niños, en lo humano no hay ninguno de igual rostro, sin embargo todos ellos son niños y están sujetos al mismo período de infancia.

Lo mismo en lo espiritual, el hombre que se abaja cual niño, recibe un espíritu tan sencillo y amoroso que le hace hijo pequeño de Dios y este espíritu de Cristo es el Espíritu Santo que se adapta a la flaqueza del alma, el cual en todos es el mismo, porque Espíritu Santo no hay más que uno. San Pablo dice que hemos recibido espíritu de hijos por el que clamamos ¡Abba, Padre! No es extraño que al abajarse como niño se le dé este espíritu de ternura y amor de hijo pequeño para su Padre Dios. He contemplado el caminito que recorre este infante espiritual en sus tres aspectos principales: en el de la gracia, el amor y la oración y en todos ellos he visto que es Dios el que atrae al pequeño y derrama en él su misericordia y amor. “Con el pequeño, dice él, usaré compasión” y en este pequeño que pone su gloria y todo su empeño en abajarse, en achicarse cuanto puede, pues está persuadido que de ahí le viene todo bien, desborda Él su riqueza. Así por parte de este ejercicio de humildad y amor y por parte de Dios derroche de misericordia y correspondencia a ese amor. El pequeño que se anonada y el Todo que lo invade.

En el aspecto de la gracia intenté describir la operación que hace el amor en quien así se anonada. El hombre en gracia se asemeja a una vasija que flota en el agua. La gracia nos rodea por todas las partes, debería sernos una cosa tan sencilla el llenarnos de ella como al nuestro organismo henchirse de aire. Cuando una mano abaja la vasija, ésta comienza a

tomar agua, se llena y acaba por hundirse. Es lo que hace el pequeño, corre a la perfección porque al abajarse por amor, la gracia le va penetrando más y más hasta que, sumergido en ella, se abisma en la Trinidad. El pequeño es un náufrago de la gracia, lo suyo perece, pero él vive para Dios; puede decir con San Pablo: “Vivo yo más no yo. Cristo es el que vive en mí”. Cristo vive en él en perfección de amor porque él se dejó llenar de su gracia.

En el aspecto del amor que no se funda en palabras sino en obras, el pequeño corre igualmente hacia Dios sin que le detengan los obstáculos. Al abajarse y dejar lo suyo muere a sí mismo, y toma lo de Dios. Entonces todo le es fácil, lo que se opone a la Ley, a la voluntad divina, es lo nuestro, lo que llevamos como secuela de Adán. Sin esto es lo natural el cumplimiento de su divino querer; todo, al niño de amor le conduce al bien, corre el camino de los mandamientos con un corazón dilatado por la caridad. La manifestación de la Trinidad no se hace esperar porque Jesús es fiel en cumplir su palabra.

En el aspecto de la oración el caminito da excelentes resultados. Cuanto más se achica, reconoce su nada y su miseria, más sube, más crece en intimidad con Dios, más se une a Él y se pierde en su Ser infinito haciéndose una cosa con Él. Sí, el niño de amor por cualquier parte que vaya corre a la perfección. Por eso Jesús decía a un alma pequeñita: “Ámame y vete por donde quieras”. Al que se hace pequeño parece que el Señor ya no le da otra ocupación que la de amarle. Todo le sabe a amor. En todo lo que le empleen halla amor y se encuentra con el Amor.

### *El secreto del caminito*

El caminito de infancia es el gran descubrimiento moderno. No diréis que en lo espiritual estamos más atrasados que en lo material. La ciencia moderna no ha adelantado tanto descubriendo los secretos de la naturaleza, como la ciencia del amor las maravillas ocultas de Dios con nosotros. ¿Qué sabio ha inventado un aparato que sirva a la vez según la necesidad

y el gusto del hombre para recorrer la tierra, surcar los mares, y elevarse por las regiones del aire?

Lo que aun no han podido hacer los sabios en el orden natural lo están realizando, más sagaces, los pequeños en la esfera de lo sobrenatural. Ellos no sólo convierten su angosta senda en una ancha carretera por la que corren con marcha más veloz, que la que llevan los ricos cuando viajan en sus elegantes coches sino que se enseñorean del mar infinito de la gracia y elevan por las regiones del amor con más seguridad que los hijos de este siglo, cuando surcan los océanos en sus modernas y lujosas embarcaciones o cruzan los espacios en magníficos aviones. Es que abajándose logran grandes cosas. Conquistán el amor misericordioso de Cristo y entran en este misterio anonadante y desconcertante en el que Él tanto se abajó para unirse a nosotros.

Por eso llenos de confianza van a él sin que nada les detenga apoyados en sus divinas palabras: “Dejad que los niños vengán a mí”. Aquí se halla encerrado el secreto del caminito. hay que hacerse niño. Sí, basta hacerse niño de gracia, de espíritu, de amor, para tener el derecho de ir a Cristo amparado por esa misericordia infinita que abisma en el amor. Y aunque el mundo entero intente impedirte, si te haces pequeño tú irás a Él y su reino será tuyo. Irás porque la misericordia y el amor de su Corazón Divino te saldrán al paso en todas partes, esa misericordia y amor que no puede darse a conocer por ningún simbolismo humano, que es condescendencia y ternura para el pequeño que se le entrega. Por ella Cristo será tuyo, con Cristo su Espíritu toda la Trinidad. No olvides, la conquista de todo el cielo viene por la pequeñez: aprovéchala considérate niño.

Este descubrimiento no lo ha hecho ningún sabio sino el Salvador. Ya lo dijo: “De los niños es el reino”. Abájate pues hasta situarte en este plano. Mas, ¡ay!, esto es lo que muchas almas no quieren ejecutar. Hace poco oía hablar a una en este sentido. Reconocer, decía, las miserias, la nada, la propia ruindad, no me gusta ¡ese complejo de inferioridad después que Cristo nos ha elevado a tanta grandeza!

No nos engañemos. Cristo nos ha perdonado y borrado el pecado, nos ha concedido su gracia, pero no ha destruido la raíz de ese pecado, ni nos ha dado su gracia en pleno desarrollo, y ha hecho esto así para que nosotros trabajemos y la divinización sea fruto suyo y también de nuestra libre cooperación. Precisamente, para ponernos en posesión de la elevación que nos viene de Cristo es por lo que nos hemos de humillar como niños. Somos niños por ese complejo de debilidad que existe en nosotros aunque no lo queramos reconocer, y somos niños también porque la gracia se nos ha dado como en semilla o germen que ha de desarrollar hasta llevarnos a la plenitud del varón perfecto. “Somos nacidos de Dios por la gracia”, dice San Juan.

En el orden natural todos nacemos niños y en el sobrenatural también. Renacemos por la gracia, según lo dicho, hijos pequeñitos de Dios. La infancia espiritual está basada principalmente en estas dos verdades: La Paternidad de Dios sobre nosotros y nuestro ser de gracia, ser de hijo pequeñito, recibido de Él, que nace a una vida nueva, que ha de desenvolverse hasta la plenitud, hasta configurarse con Cristo, con su Hijo natural, con su Verbo encarnado. Cuando el alma se empapa bien en estas dos verdades parece que espontáneamente brota el amor de hijo tierno a su Padre Dios y con el amor, la confianza, la entrega, el abandono filial. Y cuanto más se abaja el alma si se tiene por pequeña y se arroja en sus brazos, en su seno paternal, más se agiganta en amor.

Por eso Santa Teresita no quería crecer y se mantuvo siempre niña hasta el final de la vida para dar lugar al amor. Y pienso que ésta hubiese sido su postura, su actitud aunque hubiese vivido hasta los cien años. ¿Cómo podrá realizar todo esto quien no reconoce ese complejo de debilidad, de impotencia, de miseria, fatal herencia de Adán?

En este mundo a ningún grande, quiero decir, a ningún hijo mayor vemos que se arroja en los brazos del padre o de la madre para que ellos lo abracen. Este es el privilegio de los pequeñitos. Y es el gran medio de desposarse, de liberarse de sí mismo, de sus miserias y debilidades, porque al invadirles el amor se revisten de su fortaleza dejando en Cristo, en su Sangre

redentora, en su misericordia infinita cuanto en su ser no estaba conforme con Dios. Y esto es de inmensa gloria para el Salvador, porque en ellos recoge un fruto que difícilmente logra en los que llevan su vida espiritual como mayores. Hay que abajarse y anonadarse, por tanto sin medida, para que haciéndose capacidad penetre también sin medida el amor que nos da la posesión de un Dios que es infinito.

*Medio fácil y eficaz para llegar a ser un niño de amor*

El Hijo de Dios para hacerse Hombre se hizo Niño de amor en María. El hombre para hacerse Dios por participación también tiene que hacerse niño de amor y para ello necesita de una Madre. Un orador predicando una vez sobre nuestra Madre Santa Catalina exclamó ponderando la grandeza de la Santa: después que Dios formó a Santa Catalina rompió el molde. Esto me ha recordado la gran misericordia de Dios sobre los pequeños. Después que el Espíritu Santo formó en el seno de María al Niño Jesús, pensó en formar a otros niños a semejanza suya y guardó el molde. Por eso Cristo, que sabía cuánto necesitábamos a su Madre, nos la dio en la Cruz, para que también fuese nuestra Madre y en Ella el Espíritu Santo nos hiciera niños de amor.

Donde moldea así a los pequeños este Divino Espíritu es en su seno virginal, en la intimidad amorosa de esta buena Madre. Por eso pienso que el medio más fácil y eficaz para comenzar el camino de la infancia es la entrega filial y confiada a su bondad y amor maternal. El alma se deja en manos de María por esa entrega absoluta e incondicional para que ella la forme en su seno según el agrado del Divino Espíritu que actúa en Ella y por Ella. Este período de formación en el seno de esta amorosa Madre es breve. Ella hace del alma pequeña imperfecta y débil que se le entrega un niño de espíritu, un niño de Amor y para el Amor. No han comprendido todavía las almas toda la gracia maternal que se halla encerrada para los pequeños en el Corazón de esta amorosa Madre.

Formado el niño, su infancia espiritual se desarrolla en el regazo de la Madre. La infancia espiritual mariana está inclui-

da en la infancia evangélica del alma con Cristo, es la misma pues para Él, forma al niño María.

Como las madres de la tierra a sus hijos tiernos esta buena Madre alimenta en su regazo al niño de amor de Ella misma, haciéndole vivir su propia vida que es la divina, capacitándolo de este modo para que él mismo pueda tomar luego por sí propio su alimento que es comunicándose con Dios a solas de Espíritu a espíritu, bebiendo en su fuente la plenitud de esa vida divina. Así esta Madre interviene, asociándonos por el Espíritu Santo a su vivir de amor, a su intimidad con los Tres, en todo el proceso santificador del alma hasta que consumada su unión matrimonial con su amado Hijo penetra ésta en la gloria.

Afirma cierto autor que “la infancia espiritual, de infancia no tiene más que el nombre”. Esto hace creer que en ella todo es viril. Tales palabras me ha parecido que podrían desanimar a ciertas almas pequeñitas que están llamadas a santificarse por ese camino y sólo ven en ellas flaquezas y miserias. Quien practica la infancia a fondo comprende que ésta tiene varias facetas y conviene distinguir. Me voy a fijar ahora en tres. Dos de ellas tienen de infancia cada una en su estilo, profunda realidad, en la otra todo es viril. La primera mira el alma en sí misma; la segunda en su relaciones con Dios, la tercera en los efectos que produce su intimidad y unión con Él.

La primera, que es por la que el alma a la luz de Dios comienza conscientemente su espiritualidad, es pura infancia. Ella al comprenderse débil y que es impotente para seguir el camino de los grandes Santos con sus austeridades y asombrosas penitencias, etc., se tiene por pequeña y le encanta el ideal puesto a su alcance de conseguir la santidad haciéndose un niño de espíritu de amor. Esto le obliga a anonadarse, a entregarse de lleno en su corazón a ese ejercicio de humildad que le constituye de veras en un hijo pequeñito de Dios y por Él entra en relaciones de intimidad con su Padre Dios. Este trato amoroso de filial confianza entre el Padre y el hijo pequeño es también pura infancia espiritual.

El alma que así se tiene por pequeña, abandonada al amor de su bondadoso Padre y en intimidad con Él, se va trans-

formando en Cristo uniéndose a toda la Augusta Trinidad. Esta obra que el Espíritu Santo realiza en ella es la de la virilidad del amor. Por eso se la ve practicar la virtud con perfección; hasta en las mismas caídas involuntarias; reacciona con heroísmo sacando provecho y convirtiendo en amor su propia flaqueza. Si miramos al alma bajo este aspecto se creería que la infancia es cumbre y no es así, sino que practicándola le invade el amor transformándola en Él. La infancia espiritual pone la mística, la contemplación, la santidad al alcance de las almas débiles e imperfectas. Es el método moderno que el Espíritu Santo emplea para transformar una vida. Dicen que la infancia espiritual apenas tiene fenómenos místicos. Pero ¿qué es toda ella sino la misma mística vivida intensamente por el alma? ¿Qué hace ésta al abandonarse al Amor sino ponerse a disposición del Espíritu Santo para que en ella actúe con sus dones? Él, tomando posesión de su ser, la invade y aniquilando cuanto podía oponerse a su obra la abisma en lo divino para que sólo viva para Dios.

Ninguna alma que esto lea por muy débil e imperfecta que sea puede desesperar de conquistar la cumbre, ni desanimarse ante sus miserias, sabiendo que ellas le ayudan a entrar por este camino de amor si las utiliza para humillarse y confiar más plenamente en Dios. Pido a la Virgen María atraiga a su Inmaculado Corazón las almas pequeñas, les alcance el don de oración y les enseñe a vivir como a mí esta vida de infancia evangélica para que en todas reine Cristo, su amado Hijo, glorificando a la Trinidad.

HNA. M.<sup>a</sup> CECILIA LARUMBE ARIZ, OP.  
*Pamplona*

## Información

# El espíritu y la historia de unos encuentros: los encuentros anuales de Teología Espiritual

Estaba a punto de comenzar el verano del año 92. En España ya había sido inaugurada la Exposición Universal de Sevilla y Barcelona se preparaba a iniciar los Juegos Olímpicos. Entre tanto, un pequeño grupo de alumnos del Colegio Español en Roma se reunía para hacer planes de futuro. Algunos de los de ese grupo habían terminado sus estudios de teología espiritual o en la Universidad Gregoriana o en el Teresianum, y les parecía importante crear algún vínculo estable con sus otros compañeros, para que el fruto de aquellos años no quedara disperso por la vasta geografía española.

No se sabía muy bien qué hacer ni cómo, lo único que se veía claro era la necesidad de mantener vivo el contacto, y para ello lo mejor era reunirnos, al menos, una vez al año en una fecha más o menos fija. En esos encuentros podríamos compartir lo que se hubiera hecho a lo largo del curso, y así, quienes siguieran en Roma con los estudios mantendrían vivo el lazo con las respectivas universidades y podrían informarnos de los planes de estudio, profesores, bibliografías, etc.; y quienes ya estuvieran en sus diócesis, cumpliendo distintas tareas pastorales, podrían aportar su propia experiencia, tanto si estaban relacionados con el mundo académico de las clases, los centros de estudios y los seminarios, como si estaban en parroquias o cumpliendo cualquier otra tarea pastoral encomendada por los obispos. Cualquier cosa nos podría ayudar a ver los frutos de nuestros estudios.

Así nacieron los encuentros de Teología Espiritual. El primero tuvo lugar en Madrid, en el mes de septiembre de 1993.

Para entonces ya éramos varios los que, de aquel grupo inicial, habíamos terminado la licenciatura, unos cuantos seguían con los trabajos de doctorado y otros ya estaban incorporados en sus respectivas diócesis en distintos trabajos pastorales: formadores del seminario, profesores, párrocos y hasta capellanes castrenses, pues alguno había que estaba haciendo la mili.

Desde el principio se vio necesario que los encuentros tenían que conjugar distintos elementos: reflexión, oración y celebración, entretenimiento, visitas culturales, intercambio de experiencias, programas de estudio, bibliografías, y también suficiente tiempo de convivencia entre nosotros. Según se han ido sucediendo estos encuentros, pensamos haber logrado una fórmula sencilla y práctica que permite que todo esto se consiga.

El segundo tuvo lugar en Balaguer, provincia de Lérida y diócesis de la Seu de Urgel. Vistas las dificultades para mantener el mes de septiembre como mejor fecha, decidimos trasladar los encuentros al mes de julio, en concreto a la primera semana de dicho mes.

Desde Balaguer se introdujo la costumbre de hacer una visita a los lugares más significativos de la diócesis anfitriona, esto nos hacía conocer un poco mejor su historia y, al mismo tiempo, sintonizar también con los modos de vivir la fe y las tradiciones espirituales más arraigadas en aquel lugar.

En Sigüenza, tercero de los encuentros, se visitó, por ejemplo, Buena Fuente del Sistol; en Oviedo, el cuarto, Covadonga; en Barcelona, el quinto, Montserrat; en Almería, el sexto, el santuario de la Virgen del Saliente; y, desde Vigo, el séptimo, peregrinamos a Santiago de Compostela. En todos estos lugares celebramos la eucaristía, oramos personal y comunitariamente, y algún guía cualificado nos introdujo en la historia y en la vida espiritual que manaba desde ellos.

Nuestros encuentros, por tanto, nos han ido abriendo a esa realidad viva del Espíritu y de la Iglesia, que se realiza y se hace presente de muy distintas maneras allí donde la fe echa raíces y crece hasta formar un árbol frondoso. Por eso nunca nos hemos encerrado en nosotros mismos, y nos ha gustado que se nos incorporasen otras personas. Cada vez que nos hemos

juntado, se ha invitado a algún especialista que, desde cualquier otra de las ramas de la teología, nos pudiera ayudar en una reflexión sencilla, pero profunda. De paso esto nos servía para mantener vivo ese espíritu académico que dio origen a nuestras reuniones anuales. Además, según han ido transcurriendo los años, hemos tenido interés en que nos acompañaran también otros teólogos o personas interesadas por la teología espiritual, provenientes de las distintas facultades de España o que estudiaron en Roma pero en años anteriores a los del grupo originario.

No es que tengamos grandes pretensiones, pero no renunciamos a que esta reunión anual vaya convirtiéndose poco a poco en un pequeño foco de reflexión y de encuentro, donde, desde la teología espiritual, podamos ofrecer a la iglesia española el fruto de un trabajo constante, que puede ayudar a mantener viva y también a renovar esa llama del Espíritu, que sopla donde quiere.

Somos conscientes de que los lazos que nos unen, crecieron y se afianzaron gracias a la amistad que surgió durante nuestros años de estudio, para la mayoría de nosotros, en la ciudad de Roma. Por eso en nuestros encuentros ocupan un lugar muy destacado los momentos de convivencia y de entretenimiento. A lo largo de los siete años en que nos hemos venido encontrando, no han faltado visitas que podríamos calificar como turísticas, aunque, sin duda, desbordan lo que se entiende por tal. Para nosotros contemplar las espléndidas obras de arte que los siglos han ido dejando como memoria del trabajo del hombre, nos ayudan a encontrarnos con un Dios que está vivo y labora junto a nosotros, para que la creación alcance el fin con el que ha sido pensada. De ahí que no nos haya interesado tan sólo conocer las llamadas obras de arte, sino que también hemos visitado lugares donde se trabaja y duro para transformar la tierra en frutos de toda especie, como en los invernaderos de Almería; y otros, como las canteras de Macael, donde el hombre saca, de lo más profundo de la tierra, las duras piedras de mármol con las cuales, luego, la habilidad del artesano creará espléndidas obra de arte; o con las que el ingenio del constructor fabricará distin-

tos elementos, necesarios para el normal desenvolvimiento de nuestra vida cotidiana: pavimentos, encimeras, lavabos, lápidas, utensilios de cocina, etc.

Nuestra espiritualidad, como veis, no se queda en la estratosfera, sino que vive del Dios hecho carne en Jesucristo y que cuenta con el hombre. Nos parece, por ello mismo, que también es importante conocer bien algunas de las costumbres más típicas de los sitios donde nos reunimos. Entre ellas, las tradiciones culinarias ocupan su lugar destacado. Así, una de las comidas o de las cenas en los días en que transcurre el encuentro suele ser de degustación de los manjares propios del lugar, eso sí sin caer en sibaritismos. En Asturias comimos buenas sardinas, buena sidra y buenos chorizos. En Andalucía, buenos pescaditos fritos. En Cataluña, las típicas butifarras y el excelente cava. Y en Galicia, unos mariscos de los que estaban al alcance de nuestros pobres bolsillos, etc.

Cuando uno está a gusto el tiempo parece que cunde más de lo habitual y el cansancio hace menos mella. Gracias a lo cual, aunque las jornadas sean largas e intensas, dan mucho de sí. Y en nuestros encuentros los ratos dedicados a intercambiar experiencias, a contarnos lo que hemos hecho a lo largo del curso transcurrido, a ponernos al día de lo que se ha hecho en las parroquias, seminarios, centros de estudio y demás lugares pastorales en los que se desarrolla nuestro ministerio pastoral, son muchos y muy fecundos. A veces se adentran en las noches, siempre tan propicias para la amistosa confianza, como Jesús con Nicodemo. Todo vale la pena cuando se está entre amigos.

De todos modos, estamos convencidos de que lo que deja más huella en cada uno de nosotros durante los días que pasamos juntos cada año, son las celebraciones. Desde luego las Eucaristías en lugares tan significativos como Covadonga, Monserrat, el santuario de la Virgen del Saliente y Santiago de Compostela, por citar algunas, nos han ayudado a fortalecer la comunión entre nosotros y con Aquél que es el origen y meta de todo; pero casi lo mismo podíamos decir del rezo de los Laudes o las Vísperas en los monasterios de Valdediós de Asturias, o de las benedictinas de Sarriá, o las de Vigo; aquellas

otras en Santa María del Mar en Barcelona o las del mirador con vistas al río Miño en la catedral de Tuy; y seguro que me olvido de otras igualmente significativas. Todo ello, completado por momentos sosegados de oración personal, que cada mañana solemos dejar al arbitrio de cada uno.

Estas cosas las queríamos compartir con los lectores de esta revista, porque, como decíamos unas líneas más arriba, no queremos encerrarnos sólo en el grupito de los que ya nos conocemos. Estamos abiertos a todos y, si quieres, estimado lector, tú también puedes participar en los próximos encuentros. Basta que tengas algún interés por la teología espiritual, bien porque te guste esta especialidad de la teología y la hayas estudiado, o bien porque pastoralmente comprendas su necesidad e importancia. Sería asimismo conveniente un mínimo de comunión con el espíritu del grupo, el cual hemos pretendido que quedara reflejado en este artículo que acabas de leer. Si reúnes estas condiciones y te animas, puedes participar en el próximo de nuestros encuentros. Será en Salamanca entre el 3 y el 7 de julio. Para asistir basta con que te pongas en contacto con el director de esta revista, el P. Pedro Fernández, OP., y él te dará todos los detalles que necesites saber.

No quisiéramos terminar sin agradecer la oportunidad que *Vida Sobrenatural* nos ha brindado para darnos a conocer a sus lectores y poder ofrecerles lo que somos y lo que hacemos. ¡Que Dios bendiga la labor de esta revista y a cuantos la hacen posible!

CARLOS AGUILAR GRANDE, PBRO.  
*Madrid*

## Bibliografía

HORST DIETRICH PREUSS, *Teología del Antiguo Testamento*. Volumen I, *Yahveh elige y obliga*, 478 pp.; Volumen II, *El camino de Israel con Yahveh*, 534 pp. Bilbao 1999. Ed. Desclée de Brouwer.

El subtítulo del primer volumen (“Yahveh elige y obliga”) da la clave en torno a la cual gira todo el libro; es decir, la idea central del Antiguo Testamento para el autor es la de la “elección” frente a la tesis del libro de W. Eichrodt, que la hace girar en torno a la idea de “Alianza”. En realidad, esta es como una concreción histórica del proceso de la “elección”, que según la perspectiva paleotestamentaria, arranca de la época patriarcal, pero que es confirmada en el Éxodo. Después de unas páginas sobre el origen de la “teología bíblica” (I, pp. 9-40), destacando las dos concepciones (la *historicista* y la *sistemática* de las ideas religiosas de Israel), el autor declara que no quiere hacer una historia de la religión de Israel, sino una “teología del AT de orientación y estructura sistemáticos” (I, 40), pero “una *sistemática* que no debe hacerse desde afuera del AT, sino desde el mismo AT” (I, 41), de modo que la *historia* debe integrarse en la *sistemática*, frente a la perspectiva de la “Teología del AT” de G. Von Rad. Y la idea central es que “el Dios que elige es el que salva y libera” (I, 80), destacando con sentido crítico el relato del paso del mar Rojo (p. 75), y suponiendo que el relato de Ex 19 incluye tres tradiciones (I, 118: las de J, E, P). Encuentra el nombre de Yahveh en un texto egipcio de los ss. XIV-XIII a.C. (I, p. 122), y considera “La teología de la *Alianza* como un producto tardío de la fe paleotestamentaria” (I, p. 134). La formulación del *Decálogo* es obra de la escuela *deuteronomista*, y no del propio Moisés, siendo artificialmente incrustada en la teofanía de Ex 19 (I, p. 175). Y declara que el monoteísmo estricto no aparece hasta los tiempos de la escuela *deuteronomista* (s. VII a.C.) pero se afirma especialmente en el exilio (I, p. 198). Da por supuesto que *Yahveh* era el dios de los beduinos de las estepas del Sinaí, como aparece en dos textos egipcios (I, p. 252), pero este *Yahveh* del desierto se apropió los atributos de *El cananeo* (I, p. 259).

El lector se encuentra en estas páginas con una excelente exposición sobre los diversos temas del A.T.: las historias de los patriarcas (II, pp. 13-38), la monarquía y la esperanza mesiánica (II, pp. 39-72), el templo y la ciudad de Dios (II, pp. 72-94), el sacerdocio y los levitas (II, pp. 95-118), los profetas (II, pp. 119-172), el culto de Israel (II, pp. 355-428), la escatología y la apocalíptica (II, pp. 429-478), y, proyección del pueblo elegido hacia las naciones (II, pp. 477-508). A nuestro entender este libro sirve de complemento a la conocida “teología del A.T.” de W. Eichrodt, y a la “Historia de la Religión de Israel” de Rainer Albertz, que acaba de aparecer en dos volúmenes. Siempre la exégesis germánica está señalando las más altas cimas esclarecedoras de los estudios bíblicos desde hace más de un siglo. Debemos felicitarlos de que estas obras de investigación se traduzcan a nuestra lengua, pues la lengua alemana es para la mayor parte de los lectores un “hortus conclusus” fuera

de la gran nación pionera y locomotora de la investigación bíblica.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

DAVID SÁNCHEZ RUBIO, *Filosofía, derecho y liberación en América Latina* (Palimpsesto 3). Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999. 23 x 15,5 cm. 311 pp.

Bajo el rótulo de Filosofía de la Liberación se conoce un movimiento intelectual latinoamericano que pretendía desvelar los procesos ideológicos, jurídicos, económicos y políticos que subyacen a una situación social de estructuras injustas en razón de que condenan a la marginación a abundantes sectores de la población. Ese movimiento surgió en la década de los sesenta. El objetivo de esas indagaciones era reavivar la conciencia de todos, para comprometerse en actitudes e instituciones que condujeran a romper un estado de cosas claramente injusto y contrario a la razón, e incluso al ideal cristiano de la justicia del reino de Dios. Todas esas actuaciones se comprendían bajo el concepto de liberación.

En esta obra se investigan algunos de aquellos movimientos, explicando las coordenadas de sus propuestas y haciendo una síntesis esclarecedora de sus presupuestos. En concreto, se centra en dos principales movimientos: uno, el que con el nombre genérico de filosofía de la liberación incluye la teoría de la dependencia, la teoría de la liberación y la pedagogía de Freire. Y el otro, un movimiento que surge en Brasil en la década de los ochenta y que se denomina Derecho Alternativo. Se presenta como un movimiento emancipador de las clases marginadas desde una interpretación y aplicación del derecho vigente de claro matiz revolucionario.

El autor pretende con su investigación construir una teoría de la liberación que, aunando los ideales de las corrientes citadas de liberación, proyecte una nueva forma de entender la justicia social, una teoría de los derechos humanos y una opción por una sociedad democrática. En concreto, en el ámbito de las transformaciones jurídicas, supone una opción que prima los criterios de legitimidad y justicia social sobre los de legalidad. Su trabajo se cumple sirviéndose de algunas ideas de Franz Hinkelammert y Enrique Dussel.

De este modo, el lector de la obra tiene aquí una introducción a lo que puede calificarse de filosofía de la liberación, aunque no se recensionen todos los pensadores o corrientes de pensamiento que militan bajo la idea de liberación. Y tampoco puede esperar el lector referencias a la llamada teología de la liberación, a la que aquí no se alude y que, además, se mueve en coordenadas bastante distintas de las que se exponen en esta obra.—*A. Osuna.*

IGNACIO ELLACURÍA, *Fe y justicia*. Estudio introductorio de Jon Sobrino (Palimpsesto 4). Bilbao, Desclée de Brouwer 1999. 23 x 15,5 cm. 232 pp.

Ignacio Ellacuría no sólo fue un mártir de la causa de la justicia en El Salvador, sino que además fue una persona relevante en la vida intelectual de nuestro tiempo y ejerció cargos de responsabilidad, como la de Rector de la UCA y mediador en el proceso político salvadoreño. En el presente volumen se nos ofrece un texto doctrinal que Ellacuría publicó en la revista mexicana *Christus*, en 1977 y que después fue reeditado en una obra en colaboración de la Editorial Desclée de Bilbao en 1980. Por tratarse de un texto de difícil acceso, y en espera de que un día parezca en sus Obras Completas que se han empezado a editar, se ha hecho una reedición con pequeñas anotaciones

marginales que sirvan al lector actual. El lector puede contar, en consecuencia, con un trabajo de Ellacuría acerca de las relaciones de fe y justicia, que expresa una idea clave de todo su pensamiento teológico y, también, de una profunda convicción que le llevó a organizar su vida como una defensa de los pobres, en los que él vio el rostro sufriente del crucificado.

Pero la obra contiene también una larga introducción de Jon Sobrino, que fuera compañero suyo en la Universidad durante dieciséis años y óptimo conocedor de la persona y la obra de Ellacuría. Nos ofrece en sus páginas una semblanza del hombre y del cristiano de honda intensidad espiritual y en la que abundan referencias a notas y escritos inéditos del biografiado. Digamos, pues, que tenemos aquí una clave hermenéutica de suma utilidad para entender el pensamiento de Ellacuría.—A. Osuna.

FRANCIS A. SULLIVAN, S.I., *¿Hay salvación fuera de la Iglesia? Rastreado la historia de la respuesta católica* (Religiones en diálogo 2). Bilbao, Desclée de Brouwer 1999. 17 x 19,5 cm. 251 pp.

La ocasión subjetiva de esta investigación del P. Francis Sullivan es un hecho deplorable que le afectó cuando era estudiante. Uno de sus profesores jesuitas, el P. L. Feeney, fue expulsado de la Compañía y, posteriormente, excomulgado por tachar de hereje a su obispo, quien admitía que cabía salvación fuera de la Iglesia.

El autor de estas páginas se ha propuesto hacer una investigación teológica del contenido de la expresión que formulara hace ya mucho tiempo Bonifacio VIII, pero ahora abstrayendo de los sucesos que contempló de estudiante y que tanto le impactaron a él y a otros jesuitas de su tiempo.

El método de la investigación es netamente histórico. Y no podía ser menos, pues los enunciados del lenguaje no tienen un significado absoluto, sino que tienen un contexto histórico y doctrinal. En consecuencia, se hace un escarceo de la doctrina de la salvación fuera de la Iglesia a través de los pensadores cristianos, desde los primeros siglos hasta los tiempos actuales. Como no podía ser menos, el punto central es la exposición del Concilio Vaticano II, en que la cuestión se plantea en términos que responden a nuestra inquietud actual.

Lo que se concluye de esta investigación es que todo enunciado dogmático está afectado de su circunstancia histórica y que, por tanto, su verdad hay que captarla en dependencia de la comprensión y la intelección que suscita cuando se la propone. Pero no se puede dar a esas expresiones un significado válido para planteamientos y aspectos distintos que no estaban contemplados en el momento de su formulación.

Tenemos, pues, en este volumen la traducción española de una obra teológica esclarecedora y bien fundada de quien ha sido muchos años profesor en la Universidad Gregoriana de Roma.—A. Osuna.

ISABEL AGÜERA ESPEJO-SAAVEDRA, *Diario de una maestra y de sus cuarenta alumnos* (Colección Serendipity, n.º 40). Desclée de Brouwer. Henao 6. 48009 Bilbao 1999. pp. 114. 13,7 x 21.

La autora pasó por momentos difíciles en 1990, al morir su marido; pero sus hijos y alumnos la siguen necesitando. Para ayudarles y ayudarse inicia un diálogo con ellos mediante la redacción del diario personal; así comparten mutuamente sus vidas. De este modo, la maestra advierte el

mundo interior de los niños: sus sentimientos, alegrías, miedos, problemas, convenciéndose que viven deprimidos a causa de lo que les rodea en la familia y en la sociedad. Por ello comienza a abordar en su diario temas que puedan responder a las cuestiones de los niños, tratando de ayudarles; implica también a los padres para que eviten lo que daña a sus hijos y colaboren en su desarrollo personal. ¿Cómo podrán concentrarse los niños en la escuela si no viven serenos y relajados? Es un libro fácil de leer y recomendable sobre todo para padres y maestros.—*M. Hernán.*

M. BASIL PENNINGTON, *La vida desde el monasterio*. Desclée de Brouwer. Henao, 6. 48009 Bilbao 1998. 64 pp. 13 x 20,9.

Este libro presenta la vida de los monjes en el monasterio, su hábitat natural, describiendo el trípode en el que se sustenta la vida monástica: la oración, el trabajo y la lectura. La plegaria de alabanza en el coro; el trabajo con él se dispone el cuerpo para el ocio contemplativo y se sirve a los hermanos, y la lectura en la que Dios mismo nos habla en su Palabra. La vida del monasterio, cuando transmite paz y gozo espiritual, es verdadero testimonio de fe cristiana. Es un libro que nos invita a seguir el camino de la alabanza y de la intercesión por los hermanos en la vocación que Dios nos haya llamado.—*M. Hernán.*

RAÚL BERZOSA MARTÍNEZ, *¿Qué es teología? Una aproximación a su identidad y a su método*. Desclée de Brouwer. Henao, 6. 48009 Bilbao 1999. 15 x 23. 226 pp.

El libro, que se presenta como una aproximación, tiene dos partes. La primera, aunque parece una historia de la teología sistemática es más bien una breve presentación de sus momentos más creativos; la segunda, más reducida que la anterior, entra en la problemática del método en teología sistemática. El libro viene enriquecido con dos apéndices bibliográficos correspondientes a las dos partes de la obra.

El profesor Berzosa Martínez se caracteriza una vez más por ofrecernos una buena síntesis de un problema siempre permanente en la vida cristiana, especialmente en sus pensadores: el deseo de conocer la verdad en la que uno cree, aunque al final se da uno cuenta que no por entender más creemos más, sino que el don de la fe es una participación gratuita en la ciencia divina, es decir, creemos para entender. Sorprendentemente dijo Jesús: “te bendigo, Padre, porque ocultaste estas cosas a los sabios y se las revelaste a los párvulos.—*Pedro Fernández Rodríguez, OP.*

ALEJANDRA SALAVERTA, *Cartas a mis hijos* (Libros MC). Ediciones Palabra. Paseo de la Castellana, 210. 28046 Madrid 1999. pp. 147. 13,2 x 20,1.

Una madre viuda escribe a sus hijos, por quienes ha aceptado con amor muchas dificultades para sacarlos adelante. Expone los problemas que van surgiendo, comunes a muchas familias en la sociedad que estamos viviendo. Con delicadeza y valentía, sin ceder en sus principios cristianos, ayuda a sus hijos a reflexionar y a rectificar. Su lectura es fácil y placentera, pues sus páginas rezuman espontaneidad, ternura y respeto. Muchas familias pueden encontrar en este libro ánimo y orientación para enfocar sus problemas y encontrar un modo concreto de transmitir la fe a los hijos, que es el primer derecho de los padres cristianos con su prole.—*M. Hernán.*

PEDRO BETETA, *La misión del Espíritu Santo explicada por Juan Pablo II*, pp. 264; ID., *El amor de Dios Padre por los hombres en la enseñanza de Juan Pablo II*, pp. 216; JESÚS ORTIZ, *Redescubrir hoy la Iglesia*, pp. 198. Ediciones Palabra, Madrid.

Los tres libros tienen características muy similares. Hacen una presentación detallada y muy objetiva del pensamiento de Juan Pablo II sobre cada uno de los temas enunciados en los títulos. El Papa Juan Pablo II es verdaderamente inabarcable; el deber de enseñar inherente su ministerio se transforma en fuente que mana sin cesar, que ofrece sin cesar algo nuevo acerca de los temas tratados, aunque sea la tercera, cuarta o quinta vez que vuelve sobre ellos. Esta capacidad de decir siempre algo nuevo sobre un mismo tema se muestra de manera palpable en las oraciones compuestas con finalidades diversas. Para pedir por las vocaciones sacerdotales y religiosas, el Papa ofrece cada año una oración. Un fenómeno semejante puede observarse no sólo en otras oraciones, sino también en cualquier tema. Con esto queda dicho que los libros son densos y que su lectura contribuye eficazmente a la renovación cristiana del pensamiento.—A. Bandera, *OP*.

JUAN PABLO II, *Abrid las puertas al Redentor*. Catequesis del Año Santo de la Redención. Ediciones Palabra, Madrid 1999. 314 pp.

Año Santo de la Redención fue el de 1983. Ya se comprende que el tema básico es la redención. Los aspectos principales de la enseñanza papal son muy bien presentados en un largo y excelente prólogo (pp. 9-33) de Mons. José Delicado Baeza, arzobispo de Valladolid, el cual cumple función complementaria de dar realce a los aspectos salvíficamente más importantes de las catequesis papales. Se ha convenido ya en dar el nombre de 'catequesis' a las Alocuciones de los miércoles en la Audiencia general. Sí. Son catequesis. Sólo que de altísimo nivel. Cada serie de ellas constituye un verdadero curso de teología, en el que nunca faltan novedades para los profesores que explican la misma o parecida materia en sus lecciones magistrales. La lectura del libro abre muchas puertas de entrada hacia el misterio de Cristo para recibir de Él una redención copiosa.—A. Bandera, *OP*.

ISABEL ORELLANA, *Pedagogía del dolor* (Serie Pensamiento 10). Madrid, Ediciones Palabra, 1999. 13 x 21 cm. 256 pp.

El dolor es una realidad crucial de las personas. Sirve de crisol para forjar las personas, pero, al mismo tiempo, educa y es acicate para acercarse a otros seres con los que podemos compartir esa experiencia. La autora de este libro habla desde una experiencia vital de sufrimiento, ha sufrido en propia carne la cruda experiencia de verse limitada, condicionada y coartada en la realización de sus ideales humanos. Y sus experiencias personales y las consiguientes reflexiones que le ha suscitado su dolor las pone ahora a disposición de los lectores, con el digno propósito de compartir todo lo que ella ha aprendido de su situación.

Desde las primeras páginas, el lector tiene la sensación de compartir las experiencias de una escritora con fina sensibilidad, de profunda cultura humanística y de honda religiosidad. Por otra parte, sus reflexiones no son meras meditaciones subjetivas, sino que abordan lo que llamaríamos el entorno del dolor: la medicina, la ciencia, la solidaridad, las limitaciones de la libertad, etc. La autora, estudiosa de temas de antropología, sabe usar a su

tiempo los conocimientos que tiene para ofrecer un texto en diálogo con el pensamiento moderno y transparente en su postura personal. Y, en casi todas las páginas, aflora también una comprensión religiosa del dolor; pues el dolor matiza mucho nuestra imagen de Dios y del misterio del amor que Él nos tiene.—A.O.

GREGORIO CELADA LUENGO, *Tomás de Aquino, testigo y maestro de la fe*. Salamanca, Editorial San Esteban, 1999. 14,5 x 24 cm. 307 pp.

Hoy son muchos los que desean leer y conocer lo que Santo Tomás enseñó, pero se sienten frenados al iniciar su estudio, pues les parece que sus escritos son áridos y sutiles hasta lo incomprensible. Se requiere una ayuda que nos ponga antes en contacto con el mundo que vivió, con su personalidad y con los problemas que tuvo que abordar; sólo así comprendemos la genialidad de sus doctrinas y el profundo espíritu religioso que dirigió su obra. Y esto es lo que nos facilita la presente obra de Gregorio Celada, dominico especialista en historia y conocedor de los escritos del Doctor Angélico. De su mano, nos es accesible entender unos tiempos, una iglesia y unos problemas teológicos que no son los nuestros y que, sin embargo, son imprescindibles para aprovecharnos de sus enseñanzas teológicas que sí son útiles para nosotros.

Los escritos de Santo Tomás están unificados por el único propósito de convertir en vida la palabra divina. Como ese objetivo es la empresa más noble que pueda imaginarse, el Doctor Angélico puso todo lo mejor de su espíritu y de sus excepcionales cualidades intelectuales al servicio de tal propósito. Esto le convirtió en el maestro más aceptado en la Iglesia en lo que respecta a nuestra comprensión de la revelación divina y guía seguro en nuestra comprensión de la misma. Él repitió con frecuencia que conocer a Dios y amarlo es la razón profunda de la existencia humana y donde la persona más se ennoblece. Por esta razón, todos sus escritos, aun aquellos dedicados a cuestiones filosóficas o científicas, tienen un sentido teológico, ya que como él dijo: “Nuestra sabiduría no consiste en conocer la naturaleza de los cuerpos ni el curso de los astros, ni cualquier cosa de este tipo, sino en conocer a Jesucristo” (Com, a Efesios I, lect. 9).

La teología de Santo Tomás está embebida de experiencias del espíritu y su motivación originaria es transformar al estudioso y ayudar a los demás en su búsqueda de Dios. Por eso, el teólogo es también un colaborador de Dios en la elevación del espíritu y en la transformación del corazón. La teología para él siempre fue un alimento espiritual. En su tiempo no existía la infeliz distinción, que luego se introdujo, entre teología académica y teología espiritual, como tampoco entre teología dogmática y teología moral, pues todo conocimiento de la palabra de Dios es una experiencia iluminadora y afectiva de las personas.

En la presente obra tiene quien nunca se ha acercado a Santo Tomás un poderoso incentivo a hacerlo y quien ya lo hizo pero desistió abrumado por las dificultades, tiene un fiel compañero que le ayudará a conocer y hacer amistad con el Santo Doctor.—A.O.

VICTORINO RODRÍGUEZ, OP., *Estudios de antropología teológica*. Madrid, Editorial Speiro, S.A. 1991.

E. P. Victorino Rodríguez fue un docto profesor de teología y eminente investigador de temas filosóficos y teológicos. Sus publicaciones están

dispersas por revistas españoles y extranjeras y por eso es de alabar que se le ofreciera la posibilidad de reeditarlas en un volumen de recopilación, bajo el rótulo de temas de antropología teológica. Para él la antropología era un foco de convergencia de estudios de metafísica, de psicología, de ética y de moral.

Este volumen es una continuación de otro anterior, también a modo de miscelánea de artículos ya publicados, y que llevaba por título *Temas claves de Humanismo Cristiano*. Por diversas razones, lamentamos no haber podido dado a conocer esta obra en el momento de su publicación, pero ha sido un descuido del que no somos culpables. Quizá algunos de los trabajos han perdido algo de la actualidad que tuvieron en el momento de su publicación, pero, por tratarse de cuestiones teológicas perennes, la investigación del P. Victorino sigue siendo digna de atención.

Como son trabajos algo dispares en su contenido y ensamblados sin un orden manifiesto, se nos ocurre aglomerarlos en torno a los siguientes temas. Hay tres trabajos de investigación en el pensamiento de Sto. Tomás: la diferencia sustancial de las almas humanas, la estructura metafísica de la persona humana y la inhabitación de la Santísima Trinidad. Otros dos están dedicados a exponer temas referentes a los derechos humanos: raíces metafísicas de los derechos humanos, y la declaración universal de los derechos del hombre ante la moral católica. Hay, además, una serie de trabajos en torno a lo que se designa como cuestiones de moral general: la verdad liberadora, ética y religión, fundamentación teológica de la conciencia, valor de la doctrina social de la Iglesia, fundamentación teológica de la conciencia y el humanismo maritainiano. Se pueden recoger otros bajo el rótulo de cuestiones de moral especial: manipulación genética, teología de la paz, dignificación del hombre por la gracia y ética política. Y, finalmente, dos trabajos de difícil encasillamiento: uno sobre la analogía metafórica y otro sobre la dignidad de la mujer.

E. P. Victorino define el carácter de sus investigaciones como una “visión teológica integral”, entendiendo por tal una investigación específicamente teológica, pero que asume los datos y razonamientos de la sana filosofía, o, mejor diríamos nosotros, de la filosofía tomista. En consecuencia su antropología es formalmente antropología teológica, en sintonía con el enunciado de Juan Pablo II: “la antropología cristiana es, en realidad, un capítulo de la teología”.

Las opiniones sustentadas en este amplio repertorio de trabajos se mueven en la línea del pensamiento teológico escolástico y tradicional y con un tono abiertamente apologetico frente a otras opiniones actuales de la teología. Y las tesis propuestas están dotadas de notable rigor intelectual y con una documentación muy superior a tantos escritos de teología divulgativa como hoy proliferan. Por eso, el estudioso de los temas de antropología teológica no perderá el tiempo leyendo estos inteligentes ensayos teológicos, esté o no esté conforme con las tesis aquí propugnadas.—A. Osuna.

M.<sup>a</sup> SIRA CARRASQUER y ARACELI DE LA RED VEGA, *Madres del desierto. Antropología. Prehistoria. Historia. Matrología*, T. I, Ediciones Espiritualidad Monástica. Monasterio de las Huelgas. Burgos 1999. 530 pp.

Las autoras son monjas cistercienses que colaboran en la realización de un gran proyecto, dentro del cual la persona de la mujer es tratada con espe-

cial atención. Ciertamente el proyecto en sí merece no sólo respeto, sino también aliento. La lectura del libro pronto suscitó en mí una sorpresa. En unas páginas escritas “A modo de presentación” (23-28), el lector se encuentra en seguida con una afirmación: El cristianismo de los tiempos apostólicos era un “discipulado de iguales”, donde no existían condicionamientos impuestos por el sexo o la sociedad... (cf. p. 24). Siguen, a pequeños intervalos, reflexiones un tanto agrias acerca del modo como los varones escritores tratan a la mujer o hablan de la mujer; cuando escriben historia se dejan llevar de no pocos prejuicios. El lector varón advierte que debe tener cautela cuando lee escritos de mujeres. Al cabo de unas páginas, todo se aclara. Las autoras señalan muy bien la fuente donde se inspiran. En la página 49, se lee lo siguiente: “Elisabeth Schüssler Fiorenza, realista ante la situación femenina, ve todavía lejano el momento de su total reconocimiento [del de la mujer] y afirma que en la Iglesia católica... las mujeres no solamente somos ‘la silenciosa mayoría’, sino la mayoría silenciada’. Donde puse puntos suspensivos, las autoras insertan su propio juicio, diciendo que eso ocurre no sólo dentro de la Iglesia, “sino también en cualquier campo ajeno a la religión”. Ciertamente hay muchas mujeres silenciosas y silenciadas. Pero Elisabeth Schüssler Fiorenza no pertenece a esta gran mayoría.

Dicho esto para explicar el ambiente general, reconozco gustosamente que se leen páginas interesantes sobre espiritualidad femenina, las cuales ganarían no poco liberándolas de ese ambiente, como de amenaza, que el lector varón experimenta. Hay bellas declaraciones sobre el encanto de la dualidad. Esperemos que el encanto se encuentre en el relato y que no sean necesarias las declaraciones explícitas.—A. Bandera, *OP*.

EUFRASIO CARRETÓN, *Vida espiritual en clave monástica*, Ed. Perpetuo Socorro, Madrid 1997. 382 pp. *Una recadera en el cielo. La sierva de Dios Sor María de los Ángeles Dávila*, El Monte Carmelo, Burgos 1999. 498 pp.

Dos libros muy diversos entre sí. Ambos pueden ser definidos como joyas de espiritualidad. El autor del primero es un benedictino, habituado a la contemplación litúrgica. La alabanza divina en la Liturgia de las Horas y sobre todo la celebración del misterio eucarístico dan un ambiente de vida en que el espíritu se desarrolla pujante.

El segundo libro después de un prólogo del cisterciense Damián Yáñez Neira, contiene una serie de pensamientos de la más honda e ‘infantil’ espiritualidad. Con ellos entra en escena un personaje que, si no me engaño, llegará a tener nombre en la Iglesia entera. Es una humilde y desconocida religiosa, gallega de origen y que pasó su vida en el monasterio de Religiosas Canónicas de San Agustín, en Palencia. Su nivel espiritual me parece de lo más alto que se puede pensar dentro de esa orientación espiritual. El tiempo dirá su palabra. Confío que irá más allá de lo que hoy se puede prever.—A. Bandera, *OP*.

HUMBERTO PASQUALES, S.D.B., *Fátima y Balasar. Dos tierras hermanas*. Centro Social y Cultural. Evora. 66 pp.

La Cartuja de Porta Coeli, de Valencia, ha publicado este breve escrito, traducido del portugués. La fraternidad entre Fátima y Balasar no tiene nada que ver con parentescos de familia ni de otro género. Fátima, es decir, la santidad que allí se manifestó y desde allí sigue manifestándose al mundo, sirve

como punto de partida para hablar sobre la santidad de una concreta persona que vivió en Balasar, diócesis de Braga. Esa persona se llama Alejandrina María da Costa (1904-1955), virgen seglar, cuya fama de santidad cuenta ya con refrendo de tan alto nivel como es el Decreto que reconoce y proclama la heroicidad de sus virtudes (dado el 12 de enero de 1996). Esperemos que no tarde en llegar la beatificación.

Alejandrina es un caso verdaderamente llamativo. Las experiencias místicas abundan en su vida como en los mejores tiempos de la espiritualidad. Desde el punto de vista humano, lo más llamativo en ella fue el sufrimiento. Lo que habría de ser su gran prueba comenzó el Sábado Santo de 1918 cuando, para defender su virginidad, se lanzó de una altura de cuatro metros. Después de un cierto tiempo, aquello degeneró en mielitis. En 1925 cayó paralizada en el lecho del que ya no pudo levantarse. La parálisis llegó a ser total. Durante los trece últimos años de su vida no tuvo otro alimento que el eucarístico. A pesar de estar totalmente anulada en lo humano, desempeñó apostolado intenso y dio muestras de poseer dones de intuición del corazón, de acontecimientos de futuro... Era la imagen viva de Cristo paciente, el cual le dio participación de su gloria el 13 de octubre de 1955. No es necesario decir que en Fátima el 13 de octubre es fecha inolvidable.—A. Bandera, *OP*.

GABRIELE CINGOLANI, *Gabriel de la dolorosa*. Ed. San Pablo, Madrid 1994. 142 pp.

En estas páginas se presenta la vida de Francisco Possenti nacido en 1838 en el seno de una familia acomodada en Asís, y bautizado en la catedral de Santa Clara de la localidad. Pero sus primeros años transcurrieron en Spoleto, donde su padre tuvo un alto cargo como asesor jurídico de la Delegación Pontificia. Educado en un Colegio de los Hermanos de la doctrina cristiana, realizó los estudios secundarios con los jesuitas. Al sufrir una grave enfermedad en la garganta. Hizo promesa de hacerse religioso o sacerdote secular, pero una vez curado, se olvidó de ella. Destacó en los estudios de la sección de letras. A sus 15 años un hermano suyo se suicidó, lo que le afectó mucho. Le gustaban las diversiones, la caza, pues era muy extrovertido y con excelentes cualidades de comunicabilidad social. Al agravarse la enfermedad en la garganta consideró como un milagro su curación y pidió ser admitido en los jesuitas, pero, aunque se aceptó su petición, no se decidió a entrar. Tenía un hermano dominico, y con él sintió en la basílica de Loreto una experiencia interior, en 1856 entró en el noviciado de los pasionistas, cambiando su nombre por el de Gabriel de la Dolorosa, pues era muy devoto de la Pasión del Señor. En 1859 inició sus estudios teológicos, al tiempo que se le agravó la enfermedad. En 1860 tuvo la primera hemoptisis, muriendo en 1862 a los 24 años de edad. Beatificado en 1908 por Pío X, fue canonizado en 1920 por Benedicto XV, siendo nombrado copatrono de la juventud católica italiana en 1926.

Su formación religiosa fue muy estricta conforme a los cánones de la época de una Congregación, cuya piedad giraba en torno al misterio de la Pasión. Cambió su carácter extrovertido, pues se convirtió en un tipo muy reprimido, tomando como modelo a S. Luis Gonzaga. Tenía un alto ideal de perfección, cuidando los detalles. Se dedicó a los pobres (p. 81), y quiso ser misionero entre infieles, lo que estaba de moda en las nuevas Congregaciones (p. 87), y se excedía en las mortificaciones y maceraciones, lo que perjudicó

mucho a su quebrantada salud (p. 97). Llevado de su ideal hizo voto de hacer en cada momento lo más perfecto, renunciando a sus méritos en favor de las almas del purgatorio (p. 100). Pidió morir joven y tuberculoso. Su piedad era excesiva, pues prodigaba sus besos a las imágenes de la Virgen y de los santos por los pasillos (p. 103), lo que parece reflejar una piedad femenina. Era un fanático del cumplimiento de la obediencia (p. 103); en tal forma, que cuando estaba enfermo, pedía permiso a sus superiores para cambiar de postura en la cama (p. 104). Todo es fruto de una formación religiosa demasiado formalista sin la libertad del Evangelio. Fue víctima de una formación represiva y despersonalizadora. Tenía muchos escrúpulos y tentaciones contra la fe, siendo atormentado por la aridez de espíritu. Total, una reproducción de la vida de S. Luis Gonzaga, su modelo, con una piedad poco varonil, por lo que no es fácil que atraiga a los jóvenes con inquietudes espirituales, que buscan ante todo la espontaneidad del Evangelio. El autor del libro emplea un estilo demasiado hagiográfico e hiperbólico en función de una idea de la vida religiosa demasiado edulcorada. Pero el protagonista fue un santo con virtudes heroicas dentro del esquema represivo de perfección que le inculcaron en el noviciado.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

ABELARDO LOBATO, *Dignidad y aventura humana*, Ed. San Esteban-Edibesa, Salamanca, 1997. 273 pp.

El autor declara que “la dignidad humana es una de las ventanas abiertas al infinito” (p. 9), y que “el hombre es el centro del mundo”, que necesita de la libertad para realizarse; y llama a Santo Tomás “Doctor humanitatis”, título que habría que dar al filósofo griego que decía que “el hombre es la medida de todas las cosas”. El Aquinatense fue considerado hasta el Vaticano II como el “Doctor communis”, pero ahora que se le ha arrinconado de la enseñanza en los centros de estudios eclesiásticos, porque se arrinconó a la teología escolástica (a pesar de que aparece recomendado en dos documentos conciliares, caso único fuera de la recomendación del Lateranense IV sobre Pedro Lombardo) y se le quiere confinar al desván de la historia como objeto de pura erudición, su figura de gigante debe ser mantenida, aunque sea en círculos minoritarios.

El autor destaca la dimensión del hombre como microcosmos con su racionalidad (p. 67). Pero la libertad tiene un riesgo (p. 161), pues el ser humano no está aislado del entorno social (p. 175) y la naturaleza es la base del desarrollo (p. 179) con la necesidad del trabajo (p. 206), pero al mismo tiempo tiene una dimensión religiosa (p. 235) como imagen del Creador (p. 244), lo que le lleva a la comunión con Él como fin (p. 259). De este modo su dignidad es el sello divino del hombre (p. 263), por lo que la trayectoria humana puede ser una aventura y una desventura (p. 265).

En la p. 27 dice que Séneca tenía 70.000 esclavos. Habría que quitarle tres ceros para aproximarse a la realidad. El autor recoge bellas formulaciones de los sabios helénicos como la Demócrito que “la verdad ama esconderse” (p. 28), o la de S. Gregorio Niseno, que uno debe “ser padre de sí mismo” (p. 35). Pero es Pico de la Mirándola el que escribe un libro “de hominis dignitate” (p. 36), y Pascal destaca que “el hombre es una caña pensante” (p. 37). En la p. 44 dice que Daniel pintó ante el rey asirio su sentencia de muerte; es en realidad, al rey babilonio Baltasar. Pero el autor destaca que “ser libre es vivir siendo artífice del propio itinerario” (p. 94), pues la

“nobleza del hombre le viene de su espiritualidad” (p. 80), y se sitúa entre el animal y el ángel (p. 83). Pero destaca con Sciacca que el “hombre es un desequilibrado” (p. 88), porque está internamente disociado. El autor destaca las aporías del ser humano, porque “la persona es el último fundamento de su dignidad” (p. 99). Esta es la idea central de este libro debido a un buen conocedor de la filosofía del Aquinatense.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

CORNELIO FABRO, *Santa Gemma Galgani*, PP. Pasionistas, Deusto-Bilbao. 556 pp.

Lo primero que hay que decir es que este libro no es una biografía de la santa de Lucca, sino que son consideraciones admirativas sobre los aspectos místicos de ella. Dice que tuvo 141 éxtasis, y algunos 12 veces al día (*sic.* p. 22), siendo el ángel custodio el que le comunicaba todo (p. 42), pues se le aparecía muchas veces al día, ofreciéndole una tacita de café, apareciendo hasta en la cocina (p. 44). El ángel solía gritar: “¡Viva Jesús!”, “¡Viva la cruz de Jesús!” (p. 46). La virgen luccana era muy devota de Gabriel de la Dolorosa, que se le apareció y le entregó el corazón de madera de pasionista (p. 47). El diablo se aparecía en forma de negroito (como a Santa Teresa, p. 48). Jesús se la aparecía y le decía que debía ser su Esposo de sangre, y que la quiere *crucificada* en el dolor con Él (p. 107), porque la cruz es la escala del paraíso y patrimonio de todos los elegidos (p. 108). El lector podrá hacerse un juicio sobre estos fenómenos y declaraciones para tener una idea de lo que era la protagonista, pero un psicólogo vería en todo ello puras alucinationes de una joven muy religiosa educada en el ideal de la Pasión de los “pasionistas”, que objetivaba sus deseos e ilusiones de perfección conforme a determinados esquemas obsesivos que destruyen la personalidad.—*M.G.C.*

Jean-Yves Leloup, *El Evangelio de María*, Ed. Herder, Barcelona 1998. Myriam de Magdala. 212 pp.

Dice Renán, que María de Magdala, una mujer histórica, es la segunda fundadora del Cristianismo, por haber traído la idea de la resurrección del galileo, que es la idea central de la nueva religión. La figura de María de Magdala tiene especial relieve en los escritos gnósticos, como la confidente del Maestro galileo, lo que hizo surgir celos en los apóstoles. En estas páginas se presenta un libro de este tipo, llamado “Evangelio de María”, encontrado en 1896, y escrito en copto sahídico. El breve texto aparece en su original copto con su traducción en francés y español, a partir de la versión francesa con un extenso comentario. El autor supone que esta María de Magdala es la misma María de Betania, hermana de Marta (p. 30). Los apóstoles aparecen acobardados sin ánimo para predicar el Evangelio por las oposiciones que van a encontrar, pues es un mensaje en contra de todas las esperanzas judaicas. Y María de Magdala los anima a cumplir su misión de voceros del Evangelio, ya que ha recibido especiales revelaciones del Maestro, que se le ha aparecido (p. 9). Y María comunica de parte del Maestro que “donde está el *nous* está el tesoro” (p. 10), y que deben enseñar el Evangelio sin reglas concretas (p. 13), sin duda aludiendo a las de las iglesias cristianas. La salvación está en la *gnósis* o “conocimiento”. Por su parte Pedro y Andrés están celosos de que Jesús transmita un mensaje por medio de María con interpretaciones esotéricas, que ellos no conocen (p. 17). El “Evangelio de María” presenta a Jesús como “Enseñador” según la versión del autor, pero en el original copto

dice "Salvador" (*sÔtêr*) (p. 54). La idea esencial del mensaje transmitido por María Magdalena a los apóstoles es que "el pecado no está en las cosas, sino en el mal uso de ellas" (p. 58). La prevención de los apóstoles contra María es similar a la que aparece en el "Evangelio de Tomás", escrito gnóstico del s. II, donde Pedro dice que hay que alejar a María porque "las mujeres no son dignas de la vida" (p. 119), a lo que responde Jesús que para ello la convertirá en "hombre" para que pueda entrar en el Reino de los cielos. El autor comenta todo esto en el sentido de que "hombre" designa al ser humano en general, no al específico de varón.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

FRANCISCO LUNA y LUCA DE TENA, *Nuestro Padre Dios*, Ed. Cuadernos Palabra, Madrid 1998. 169 pp. en octavo.

En estas páginas se presentan consideraciones piadosas sencillas y elementales en torno a la idea de Dios Padre. No tienen pretensiones críticas sobre el tema, sino presentar a los cristianos como "hijos de Dios", llegando a decir que "somos más hijos de Dios que de nuestros padres" (p. 12). Y con esta filiación, Dios "nos diviniza" (p. 13). Es una filiación espiritual, pues Dios vive en alma en gracia (p. 18). Pero Dios nos quiere santos (p. 58), lo que es fruto de la gracia. Pero es necesario identificarse con Cristo (p. 62), asumiendo la cruz (p. 41). Porque "somos hijos de Dios en Cristo" (p. 88). Y es necesario encontrarse con Cristo en el trabajo (p. 95), santificando la propia profesión (p. 97). La oración es un diálogo con el Padre a través de Jesús (p. 119). Pero "Dios quiere nuestro arrepentimiento" (p. 136), pues es infinitamente misericordioso (p. 136); pero es necesaria la confesión sacramental (p. 140). El conjunto de estos capítulos refleja las clásicas pláticas piadosas de los Ejercicios espirituales, por lo que será útil al que se dedique a este ministerio.—*Maximiliano García Cordero, OP.*

---

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### Tiempos de esperanza

El misterio de la Iglesia, sacramento de Jesucristo, no deja de sorprendernos y de despertar en nosotros la esperanza cristiana. La Iglesia, compromiso de fraternidad, libertad, justicia y paz, manifiesta que estos y otros valores humanos encuentran su verdad y plenitud sólo en Jesucristo. Por eso la Iglesia, que vive para la gloria de Dios y la salvación de los hombres, dialoga con las realidades humanas sin ceder a las modas mundanas. Es decir, la Iglesia está en el mundo sin ser del mundo y peregrina al cielo entre las persecuciones del Enemigo y los consuelos de Dios, mientras transmite la fe y la vida del evangelio.

Pero algunos cristianos, movidos por el optimismo ingenuo y utópico al olvidar las consecuencias del pecado original, se dejan atrapar por el mundo. Es verdad que debemos salir del gueto cristiano, pero antes de abandonar el cenáculo hay que conocer y apreciar la propia identidad católica; es verdad que hay que dialogar con todos, pero sabiendo que la evangelización sin componendas provoca también odio y persecución. La verdadera doctrina cristiana nunca es aceptada unánimemente por todos. Es imposible ser cristiano sin ser perseguido; es imposible ser cristiano y contentar a todos.

Las frustraciones y los pecados han producido un cierto número de cristianos cansados y envejecidos; ciertos musulmanes parecen más entusiastas y practicantes de sus creen-

cias que algunos cristianos europeos. Sin embargo, la Iglesia es siempre joven en sus raíces, en el Espíritu de quien recibe la vida y en los corazones que viven el evangelio. Ni el cansancio de los cristianos, ni la burocracia eclesiástica, podrán jamás apagar el Espíritu que aletea en la Iglesia, enarbolando siempre el estandarte de la Cruz de Cristo. El Espíritu no deja de animar la Iglesia en su forma histórica para que se manifieste en su ser de esposa del Verbo. Veamos a continuación algunas realidades brillantes que el Espíritu ha suscitado hoy en la Iglesia y alimentan nuestra esperanza.

### *El Concilio Vaticano II*

Entre los acontecimientos eclesiales que han caracterizado nuestro tiempo ocupa indudablemente el primer puesto el Concilio Vaticano II; gracias a su preparación, celebración y fructificación la Iglesia ha mostrado a los hombres el tesoro antiguo y nuevo que lleva en sus entrañas siempre fecundas. El Concilio Vaticano II ha sido una abundante efusión del Espíritu Santo en la Iglesia realizando el nuevo Pentecostés con cuya intención se celebró. La correcta lectura de esta afirmación implica distinguir entre el don estupendo del Concilio Vaticano II y su interpretación y aplicación en algunos sectores e instituciones.

Es cierto que después del Concilio se produce una crisis profunda en la mayoría de la Órdenes y Congregaciones Religiosas, sobre todo en las clásicas y más dinámicas de la Iglesia. Pero esto no ha sido fruto del Concilio, sino consecuencia de su mala interpretación; además, no caigamos en el fácil dilema de buenos y malos, amigos y enemigos, sino advirtamos que en el fondo nos encontramos con víctimas del espíritu personal del mal, que después de los concilios ha despertado siempre una lucha especial contra la Iglesia y sus instituciones más brillantes, como son los clérigos y el estado religioso. No destruyamos antes de tiempo la cizaña, sino practiquemos la paciencia y el amor, más fuertes que el pecado. Dios está suscitando ya nuevos clérigos y nuevos religiosos.

También es cierto que el Concilio ha fructificado en muchas realidades extraordinarias que están actualmente mostrando la permanente juventud de la Iglesia en el mundo. Escuchemos lo que el Espíritu dice a la Iglesia; abramos los ojos a lo que el Espíritu está realizando hoy en día junto a nosotros; no nos quedemos encerrados en nuestras experiencias de muerte, cuando la vida surge a borbotones en la Iglesia; no juzguemos la Iglesia por sus instituciones que están muriendo, sino por sus nuevas realidades que están naciendo y creciendo con esta pujanza propia de los regalos divinos. En la santa Iglesia la Palabra de Dios, los Sacramentos de Jesucristo, los carismas ordinarios y extraordinarios, los santos, etc., siguen vivos y produciendo vida.

En particular el Espíritu Santo ha despertado la vocación, la consagración y la misión de los fieles seculares, en cuyo campo se advierte cada vez más la importancia de la mujer, sobre todo, en algunos campos específicos del genio femenino. La participación y corresponsabilidad de los fieles bautizados en la vida de las comunidades cristianas, su multiforme presencia activa en la evangelización, en la celebración y en la pastoral al servicio de la salvación del hombre y de la gloria de Dios fundamentan una justa esperanza al inicio del tercer milenio. En este sentido, sobresale el hecho sorprendente de los movimientos eclesiales; evidente motivo de esperanza para la Iglesia y la sociedad, no obstante algunos defectos en ellos presentes, que con el tiempo y la conversión personal se irán corrigiendo. Los movimientos eclesiales están respondiendo a las necesidades de la Iglesia actual, como son la evangelización inculturada y las vocaciones cristianas, sacerdotal, religiosa y matrimonial, creando verdaderas comunidades de vida cristiana.

### *La Iglesia en el mundo*

El Espíritu Santo mueve a los católicos a salir de sí mismos y dar hoy una respuesta concreta ante hechos que hieren el corazón de Jesucristo y de su Iglesia, como son la división de los cristianos y la defensa de la vida y de la paz mediante, no

sólo la justicia, sino también el diálogo, el amor y el perdón. Gracias al Concilio Vaticano II el ecumenismo ha sido asumido como una dimensión necesaria de la vida de la Iglesia, y el servicio al bienestar del hombre es hoy considerado justamente como una realidad inherente a la evangelización o transmisión de la fe cristiana. Sin apertura al otro no hay diálogo y sin amor donación tampoco se da la evangelización. La fe que no se piensa no es nada; la fe que no se traduce en obras nada vale.

Después del primer milenio en el que la Iglesia de Jesucristo vivió en su mayoría unida, el segundo milenio, en cuyo final nos encontramos, ha sido el tiempo de las grandes divisiones, de las guerras de religión y de las grandes persecuciones contra los cristianos según el corazón de Jesucristo Crucificado y Exaltado. Pero como el motivo de la división de los cristianos no ha sido sociológico, sino sobre todo teológico, es decir, el pecado, la unidad no se conseguirá con profundas discusiones teológicas, ni tampoco cooperando en grandes proyectos sociales, sino sobre todo en el ámbito espiritual de la confesión de nuestro pecado y la conversión al amor que es más fuerte que la división. No se trata, pues, sólo de purificar la memoria de nuestros odios y guerras fratricidas, sino que es preciso acoger el perdón que sólo Dios puede dar.

El diálogo interreligioso en una sociedad libre y, por tanto, pluralista es otra invitación a la esperanza. La Iglesia Católica no puede renunciar al mandato que ha recibido de evangelizar a todas las gentes, pero tampoco el hombre puede renunciar al derecho y deber de buscar la verdad en libertad; estos principios nos obligan al diálogo con todas las religiones, sabiendo que la plenitud de toda la verdad y de toda religión se encuentra sólo en Jesucristo, único camino de salvación. El diálogo nos capacita para dar un alma al progreso material y aumentar el desarrollo moral de los pueblos. ¡Abrámonos a otras religiones y a otras culturas, sabiendo que al final triunfará la verdad de Cristo, siempre que los hombres, fuera de todo fanatismo e indiferencia, busquen integrarse en la verdad! El problema está tanto en el musulmán fanático como en el cristiano indiferente.

La sociedad civil, interpelada y herida hoy por tantos conflictos obliga a la Iglesia Católica a manifestar la originalidad y la racionalidad de su fe cristiana. No se discute el derecho que tiene todo individuo a ejercitar la libertad civil en un país democrático; lo que aquí nos planteamos es el concepto de persona humana y la estructura fundamental de la sociedad; no negamos ni el derecho y deber de buscar la verdad, ni tampoco la posibilidad de equivocarse, sino que afirmamos el derecho que asiste a la Iglesia y a los cristianos a proponer y defender respetuosamente su modo de pensar la persona humana y la sociedad. Por ejemplo, la institución del matrimonio, fundamento civil de la comunidad humana, comienza a ser negado en una sociedad enferma, donde las generaciones se ignoran y se combaten: estamos en un tiempo providencial en el cual el silencio de la Iglesia sería connivencia con el mal. ¡Seamos los cristianos defensores del hombre, fuera de todo oportunismo político!

### *La fuerza de la Iglesia es la caridad*

Ante los interrogantes sobre la bondad de Dios, provocados por tantos sufrimientos e injusticias, la Iglesia responde haciéndose presente allí donde hay un hombre, una mujer, que sufre, mostrando así que es verdad que Dios se preocupa del hombre. Mas para la Iglesia la atención al hombre necesitado es una promoción integral de la persona humana, en los niveles material, ético y religioso, pues es una opción que nace de la fe y del amor de caridad. Y la caridad es un acto, no de una agencia o de una ONG, sino de un cristiano en cuanto tal. En definitiva, no se trata de dar algo material, sino de dar la vida por el otro, lo cual es muy diferente; la caridad no es mera filantropía.

La Sierva de Dios, Madre Teresa de Calcuta, llamada por Dios a servir a los más pobres entre los pobres con el don del amor cristiano, sigue siendo una maestra excelsa en el arte cristiano de amar, es decir, amar al otro transmitiendo la vida, la fe y el amor de Jesucristo, sin necesidad de hablar a veces explícitamente de Él. Teresa de Calcuta no preguntaba a nadie

si era cristiano, hindú o musulmán; acogía a la mujer o al hombre en toda su dignidad y miseria; es el modo de amar a Jesús. Teresa iba en busca de los pobres, de todos, porque lo que hagáis al más pequeño, a mí me lo hacéis. No sólo vivía con los pobres, sino como los pobres. No era una asistente social; era una seguidora de Jesucristo.

Contempla a Jesucristo, mira a Teresa de Calcuta y tantos santos y te darás cuenta que no es posible que la vida sea sólo sufrimiento y mediocridad. Verás que Jesucristo tiene un proyecto hermoso para tu vida; advertirás que también tú puedes hacer algo por el prójimo; todo lo puedo en aquél que me conforta. Pero tienes que preguntar con sencillez, buscar con avidez, salir de ti mismo con humildad y amar dándote a los demás. Entra en una Iglesia, arrodíllate ante el sagrario y encontrarás todo esto que trato de decirte. La hora de adoración al Santísimo es el momento más importante del día; allí hallas luz, fuerza y capacidad de amar con perseverancia a esos pequeños que no pueden darte nada, porque nada tienen; no, perdón, te dan a Jesucristo, que se ha hecho pobre en cada uno de ellos; donde sufre un hombre, una mujer, allí sufre Cristo; allí está el cristiano, el que comulga cada día con Cristo y con el hombre.

Gracias, mi Señor y Redentor. El misterio de la Iglesia sigue siendo sal de la tierra, luz del mundo y fermento en tantos corazones humanos, como vemos en tantos acontecimientos del Año Santo. Gracias, porque tu Espíritu Santo sigue suscitando en la Iglesia hombres y mujeres, sensibles y dóciles a las mociones interiores, que siguen mostrando el rostro bondadoso de Dios al prójimo en sí mismo, haciendo las cosas ordinarias de cada día con extraordinario amor, gratuitamente. Pobres, siempre los tendremos con nosotros; injusticias, siempre las habrá; por eso el cristiano no sólo lucha por destruir las causas del dolor, sino que sobre todo convive con el dolor del prójimo y asume su misterio redentor en Jesucristo.

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, OP.  
*Director de Vida Sobrenatural*

# El camino de la belleza en el *Audi, Filia*

### *Introducción biográfica*

Las celebraciones del V Centenario del nacimiento de san Juan de Ávila siguen prolongándose durante este año 2000 con diversos actos conmemorativos. Algunos investigadores sostienen que nació en Almodóvar del Campo (Ciudad Real) el día de la Epifanía del año 1500, y no el mismo día de 1499 –como defiende la mayoría de autores–, por lo que aún estamos inmersos en los festejos del santo. Uno de los últimos eventos ha sido el Encuentro-Homenaje que el clero secular español rindió a su patrón el pasado 31 de mayo, en el que se dio lectura al mensaje enviado por el Santo Padre a los participantes, además, el profesor Tellechea disertó sobre el magisterio de Juan de Ávila.

Una breve pincelada biográfica suya ayudará a entender su concepción de la belleza, tal como aparece en el *Audi, Filia*. Juan tuvo una plácida infancia y adolescencia. A los 14 años se trasladó a Salamanca para estudiar en la Facultad de Leyes, y quizás en la de Cánones. Su vida estuvo marcada por el fervor espiritual propio de una época que en ocasiones tuvo ribetes de iluminismo, como el caso de sor María de Sto. Domingo. Abandonó las aulas tras sentir lo que Fr. Luis de Granada llamó un “muy particular llamamiento” de Dios, y volvió a su hogar, donde se refugió en la oración y en el recogimiento espiritual, hasta que en 1520 decidió marcharse de nuevo, esta vez a la Universidad de Alcalá, para estudiar Teología.

Recibió la ordenación sacerdotal en 1526, sin ver cumplidos sus sueños de partir como misionero a México. En 1533 logró salir absuelto de un proceso inquisitorial que le había conducido a la cárcel y a la deshonra.

En el sur de España alcanzó fama como predicador. Se relacionó con los espirituales más importantes de su época; y un grupo de discípulos –con los que fundó diversas instituciones sacerdotales, educativas y universitarias– se le unió en sus proyectos pastorales. No le faltaron envidias, dificultades y persecuciones, que marcaron su vida y sus obras apostólicas con el sello fecundo de la cruz de Cristo, que siempre le acompañó porque él mismo siempre la eligió. Pero, como recuerda el Papa, “ninguna dificultad, ni siquiera el agravio de la persecución, le pudo apartar de lo que era más esencial de su vida: ser ministro y apóstol de Jesucristo. Eso mismo quiso transmitir a otros muchos, trabajando con denuedo para que los sacerdotes, con una vida interior profunda, una formación intelectual vigorosa, una fidelidad a la Iglesia indefectible y un afán constante por llevar a Cristo a los hombres, respondieran adecuadamente al ambicioso proyecto de renovación eclesial de su tiempo”<sup>1</sup>.

Extenuado por su radical entrega a Dios en la oración, la penitencia y la caridad pastoral, en 1551 se retiró a Montilla, donde falleció en 1569, después de una prolongada y muy dolorosa enfermedad, que aceptó como el “vino generoso con que Dios obsequia a sus amigos”. Aunque entre 1624 y 1625 se llevó a cabo su proceso de beatificación, no fue beatificado hasta el año 1894. Pablo VI lo canonizó en 1970.

Juan de Ávila –recuerdan los obispos españoles–, fue “un verdadero guía y, a través de sus escritos, puede seguir siéndolo para nosotros, particularmente hoy, que tanta necesidad tenemos de oración y de maestros de oración”<sup>2</sup>. Una de sus obras fundamentales fue el *Audi, Filia*, libro del que bien podemos repetir lo que fray Luis de Granada decía de nuestro autor, que ‘las palabras que salían como saetas encendidas

1. JUAN PABLO II, *San Juan de Ávila, aliento y luz para los sacerdotes de hoy*, en *Ecclesia* LX/3001-02 (17 y 24 junio 2000) 12.

2. *San Juan de Ávila, Maestro de evangelizadores*. Mensaje de la Conferencia Episcopal Española al Pueblo de Dios en el V Centenario del Nacimiento de San Juan de Ávila (25-26 de noviembre de 1999), en *Ecclesia* LX/2978-79 (1 y 8 enero 2000) 14.

del corazón que ardía, hacían también arder los corazones en los otros”<sup>3</sup>.

### *El Audi, Filia*

En la cárcel de la Inquisición –donde estuvo el Maestro Ávila entre 1531 y 1533–, esbozó, a ruegos de su discípula Sancha Carrillo, gran parte de su *Audi, Filia*. Para evitar las variaciones al texto que había en los tan solicitados manuscritos –que ya corrían desde finales de los años treinta–, su autor decidió ampliar e imprimir el texto, pero aunque lo tenía preparado desde 1546, quiso esperar a conocer las disposiciones conciliares de Trento respecto a la justificación para hacer sus últimos retoques. Aún así, sin su consentimiento, un libro publicó en 1556 los *Avisos y reglas cristianas para los que desean servir a Dios, aprovechando en el camino espiritual. Compuestas por el Maestro Ávila sobre aquel verso de David: ‘Audi, Filia, et vide, et inclina aurem tuam’*. Además de comentar los versículos 11 y 12 del salmo 44 (45) –“oye, mira, inclina tu oído, olvida tu pueblo y la casa paterna, y codiciará el rey tu belleza”–, incluía unos capítulos apologéticos y otros de introspección cognoscitiva.

El título completo de esta primera edición consideraba la vida espiritual como una actitud de escucha activa ante la voz del Esposo, Cristo, que llama a todos al desposorio eclesial y a la perfección cristiana. Esta edición, “fue la obra de juventud de San Juan de Ávila, henchida del fervor religioso de Alcalá, de piedad intimista y con ansias de reforma y de purificación de la Iglesia. Leyó las obras de Erasmo y aunque luego se aparta de él, lo seguirá citando repetidas veces”<sup>4</sup>. Esta edición fue incluida en el famoso *Catálogo de libros prohibidos* que el año 1559 hizo el inquisidor Valdés, y se retiraron del mercado los ejemplares disponibles.

3. *Ibid.*, 12.

4. F. MARTÍN HERNÁNDEZ, *San Juan de Ávila, ¿erasmista?*, en *Ecclesia* LX/3001-02 (17 y 24 junio 2000) 6.

Juan de Ávila siguió trabajando en este libro hasta su muerte en 1569 y, aunque concluyó su proyecto, no se publicó hasta 1574, en edición póstuma y con el título de *Libro espiritual que trata de los malos lenguajes del mundo, carne y demonio, y de los remedios contra ellos. De la fe y del propio conocimiento, de la penitencia, de la oración, meditación y pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y el amor de los prójimos*.

Las enmiendas, adiciones y supresiones de las dos ediciones no son sustanciales, pero sí significativas, pues en ese *ínterin* el texto pasó por varios procesos de revisión, tanto por el propio autor (como consecuencia de las advertencias inquisitoriales, en la censura que previsiblemente hizo el dominico Fr. Juan de la Peña), como el de 1568 resolviendo las objeciones acerca de la justificación, que había planteado Fr. Alberto de Aguayola, de forma que en la segunda edición limó las expresiones de un paulinismo de corte erasmista-valdesiano, que habían podido ser malinterpretadas. La edición de Salamanca de 1575 recuperó el título de *Audi, Filia*.

En la *breve suma* que seguía al prólogo de la edición de 1574, el Maestro exponía la división de la vida espiritual según las etapas clásicas del itinerario cristiano. En el capítulo 82 trata de la mirada amorosa y misericordiosa de Dios, al que debe corresponder nuestra mirada (capítulos 85-87), para sentirnos entonces esclavos de su amor (capítulos 94s.), por lo que olvidamos nuestro pueblo y las maldades del mundo (capítulo 97-99) y, más aún, incluso la casa paterna –que representa nuestra propia voluntad– (capítulos 100-102). Deseando cumplir en todo la Voluntad de Dios, llegamos a la cumbre unitiva del crecimiento espiritual del alma (capítulos 103-113), en el desposorio espiritual, donde “el Rey está prendado de tu belleza”. El propio autor sintetiza el objetivo de estos últimos capítulos, diciendo que “se trata... de cómo la hermosura del ánima, que se pierde por el pecado, se recobra por los merecimientos de Jesucristo, nuestro Señor, y por la penitencia”<sup>5</sup>.

5. JUAN DE ÁVILA, *Obras completas*, I, BAC, Madrid 1970, 549. No indicando lo contrario, las citas de este trabajo pertenecen a la edición de 1574, e indicamos el capítulo seguido del versículo, tal como aparece en la obra de la BAC, actualizando la grafía y alguna expresión.

*El pecado como flujo y la penitencia como reflujó*

Una de las antinomias que se repiten continuamente en este Tratado es la del pecado y la vida en gracia. La primera está representada, simbólicamente, por la fealdad que hay en el mundo y en el interior de las personas, mientras que la segunda, antagónica de la anterior, conlleva la belleza del alma. El pecado rompe la armonía personal y cósmica.

Aunque Dios creó todas las cosas hermosas “para que así fuesen un pequeñuelo rastro de su hermosura inefable” (103/10788), el pecado del hombre perturbó esa belleza inicial, y lo hizo de tal forma que, “es tan imposible de ser quitada (la fealdad del pecado) por fuerzas de criatura, que todas juntas no pueden hermohear una sola alma fea” (107/11058). De ahí la necesidad ineludible de la gracia y de la justificación, “que es causa de hermosura” (107/11071).

De alguna forma, el crecimiento espiritual consiste en recomponer esa armonía con la adquisición de una belleza cada vez más transparente, a la vez que van desapareciendo las secuelas del pecado, que son las fealdades que tenemos adheridas en nuestras vidas. De esta forma, el alma, que había estado afeada por el pecado (capítulos 106s.), recobra la belleza inicial y aún otra mayor, pues es hermoheada con la sangre de Cristo crucificado (capítulos 108-113).

El medio instrumental de este proceso es la vida penitencial: sólo desde una actitud humilde, filial y con simplicidad de niños, podremos entender los misterios del sufrimiento humano y de la Pasión del Verbo encarnado. Efectivamente, con razón considera san Juan que “la doctrina cristiana no es doctrina de estoicos, que condenan las buenas pasiones” (74/7576) y, por eso, las lágrimas auténticas son las que nacen del dolor de los pecados, y conducen a la auténtica penitencia. El mismo Maestro Ávila, en su agonía, oraba de esta manera: “Señor, crezca el dolor y crezca el amor, que yo me deleito en el padecer por vos”.

El lenguaje nupcial propio del salmo 44 (45) y del Cantar de los Cantares acompaña todo el comentario que hace nuestro autor, pero es más incisivo a partir del capítulo 103, que es

el que inicia la sección última del libro, *et concupiscet Rex decorem tuum*. El *Audi, Filia* relaciona continuamente el amor y el dolor, y establece vasos comunicantes entre el Tabor y el Calvario, entre la Pasión y la Resurrección: el punto de convergencia se focaliza en la Cruz y en el Crucificado.

### *La belleza de Cristo*

El Maestro Ávila retoma la cuestión abordada en los antiguos Padres de la Iglesia sobre el físico de Jesús. Siguiendo a san Agustín concluye que nuestro Señor era bello por ser Dios y porque su alma humana estaba completamente limpia de pecado: su Corazón es puro y nos mira con mirada limpia. Así como “al Padre se le atribuye la eternidad, y al Espíritu Santo el amor, así al Hijo de Dios, en cuanto Dios, se le atribuye la hermosura, porque Él es perfectísimo, sin defecto alguno” (108/11144).

Aún así, Cristo “quiso disimular su hermosura, y vestirse, en su cuerpo y en lo de fuera, de la semejanza de nuestra fealdad, que en nuestras almas teníamos, para que así fuese nuestra fealdad absorbida en el abismo de su hermosura... y nos diese su imagen hermosa, haciéndonos semejantes a Él” (109/11263). Principalmente ocultó su belleza en su crucifixión (capítulo 110) para que nosotros obtuviésemos grandes bienes de sus padecimientos (capítulo 111). Pero incluso en las deformidades de su Pasión, “aunque mirado con ojos humanos parecía afeado, mas a los de la fe, muy hermoso” (113/11684).

Continúa sus razonamientos en el capítulo 113, “en el que se prosigue el modo como hemos de mirar a Cristo y como en Él todo cuanto hay es hermoso; y que lo que en el Señor parece feo a los ojos de la carne, como son tormentos y trabajos, es grande hermosura”.

A Cristo le movió su amor para con nosotros: “este amor, éste, fue el que le enflaqueció, venció y prendió, y le trajo de juez en juez... y tendió sus brazos con amor, tan extendido para con todos, que del centro de su Corazón salían replandecientes y poderosos rayos de amor, que iban a parar a cada uno de los hombres pasados, presentes y por venir” (78/8169).

Sólo el amor apasionado de Jesús en su Pasión puede superar las barreras, humanamente infranqueables, del desamor pasional del pecado y de sus consecuencias.

El capítulo 107 resume la historia de la salvación atendiendo a la radical novedad que supuso la belleza de Cristo. Considera el Maestro que ni lo natural ni lo veterotestamentario tienen ya poder salvífico, pues en ellos “no podía haber hermosura para ser codiciada de Dios, pues no había justificación, que es causa de la hermosura” (107/11069).

“Más amaste que sufriste –dice el santo, dirigiéndose a Cristo crucificado–, y más pudo tu amor que el desamor de los sayones que te atormentaban” (69/7055). La cruz no es simplemente el madero del suplicio de Cristo, sino el lugar donde se produce el admirable intercambio en el que Cristo pasa de la vida a la muerte, y los hombres pasamos de la muerte por el pecado a la nueva vida sobrenatural por el sacrificio de Jesús. Así, la Cruz es “el espejo en que os habéis de mirar, y muchas veces al día, para hermostrar lo que véreis de feo en vuestra alma” (69/7117).

Así pues, el Calvario se convierte para nosotros en Tabor, pues “mientras más abajado y afeado (esté Cristo), más hermoso es a los ojos de quien conoce que quien lo pasó no lo debía, mas lo pasó por honra del Padre y provecho de nosotros” (113/11759).

Con razón han insistido recientemente nuestros pastores que el “libro (del Maestro Ávila) más leído y mejor asimilado era la cruz del Señor, vivida como la gran señal de amor de Dios al hombre. Y la Eucaristía era el horno donde encendía su corazón en celo ardiente”<sup>6</sup>.

### *La gracia hermostra a la esposa*

En san Juan de Ávila los conceptos de *alma* y *cuerpo* no son unívocos, e incluso en las dos versiones del *Audi, Filia* hay un tratamiento diferente de estos términos. La esposa del salmo incluye metafóricamente tanto el alma personal como la

6. *San Juan de Ávila, Maestro de evangelizadores. Mensaje...*, 14.

misma Iglesia. La mayor honra para ambas es tener un Esposo crucificado y “lleno de deshonras” (3/161). En este sentido, exalta la virginidad, que ahorra dolores, cuidados y desasosiegos (105/10986).

Por tanto, sólo la Sangre de Cristo, que quita el pecado del mundo, hermosea el alma y tiene el poder de justificarnos: “convenía que, con su Sangre, hermoosease (Cristo) nuestra ánima fea” (108/11142); idea ésta que desarrolla en los capítulos 108 y 109. “De gracia, que no de deuda, se vistió nuestra fealdad; y de gracia y sin deuda nos vistió de esta hermosura” (112/11648).

Nuestro autor quiere dejar claro que la hermosura a la que se está refiriendo no es la meramente física del cuerpo o la simple exterioridad de la Iglesia, sino la hermosura profunda del alma y las entrañas eclesiales. Más aún, afirma -con expresiones que en ocasiones son machistas- que “cuando con la hermosura del cuerpo se junta fealdad en las costumbres, es abominable la tal hermosura, y tornada en fealdad verdadera” (103/10808). Dice Esquerda que “la gracia hace hermosa al ‘alma’ (al justo), porque indica el amor de Dios que hace al hombre semejante al mismo Dios, esposa (consorte) de Cristo, lavada y hermoorada por la sangre de Cristo”<sup>7</sup>.

Nosotros debemos apropiarnos de esa Sangre, cuyos frutos se nos dan con la gracia divina, que debe ser el soporte y fundamento de nuestro actuar. El capítulo 112 lleva por título “de cuanta razón es que nosotros miremos a este hombre, Cristo, con los ojos que lo miraron muchos... para quedar hermosos; la cual hermosura se nos da por su gracia y no por nuestros merecimientos”.

Cristo, además de ser Camino, Verdad y Vida, es Bello y generador de belleza. Si hermoso es lo que agrada al ser contemplado, el alma renovada y el nacimiento de la Iglesia -que son hermoizadas con la sangre del Redentor-, deleitan porque son bellas. El aforismo metafísico *ens, bonum, verum et pulchum convertuntur* podemos aplicarlo a la vida interior:

7. J. ESQUERDA BIFET, *Gracia*, en *Diccionario de San Juan de Ávila*, Monte Carmelo, Burgos 1999, 452.

teniendo nosotros el ser por participación –que es el fundamento de nuestra belleza–, también participamos de la belleza de Quien es la Belleza suprema y absoluta.

La belleza, como la bondad, es difusiva. Por eso el amor a Dios –reflejo del amor que Cristo nos tuvo–, debe manifestarse y expandirse en el amor servicial al prójimo. No es simple ni principalmente una hermosura carnal y estética, sino una hermosura esencial y metafísica, enraizada en lo más profundo y personal de nuestro ser.

Esto engendra una nueva mirada –la de Jesús–, en el ser humano: “el dar gracias a Dios en la adversidad, no mirando lo áspero que de fuera parece, mas la merced escondida que debajo de aquello Dios nos envía, es señal de hombre que tiene otros ojos que los de carne, y que ama a Dios, pues en lo que le duele se conforma con su voluntad” (26/2563ss.). Libre de pecado, el alma, para ser hermosa, necesita adquirir cuatro condiciones y ser así “codiciada” por Dios: debe tener todo lo que le corresponde, debe haber proporción en sus miembros, pureza de color y suficiente grandeza (capítulo 106).

En la primera edición aparece un párrafo que modificará en la edición de 1574. “Mirad, pues, a Cristo, porque os mire Cristo. Vos veréis a vos en Él, y Él verá a sí en vos, porque ni era propia de Él la imagen que tenía de tanta afección, ni es propia del alma la imagen hermosa que tiene, y así como no habíais de pensar que Él había hecho alguna cosa por la cual mereciese tomar sobre sí imagen de feo, así no penséis que habéis vos merecido la hermosura que Él os ha dado de gracia, que no de deuda nos vistió de su hermosura... porque cuando un alma atribuye a sí misma la hermosura que Dios le dio, es como fornicar consigo misma, pues quiere gozar de sí misma en sí, y no de Dios, que es su verdadero marido, del cual le viene el ser hermosa... y por eso le quita Dios su hermosura” (1ª ed./5183).

Cristo envuelve de belleza todo lo que asume y ama como algo propio, de forma que se recrea en la Iglesia y en las personas. “Dichosa cosa es enamorarse el ánima de la hermosura de Dios... mas enamorarse y aplacerse Dios en su criatura, esto es de maravillar y agradecer” (103/10746). Así, Dios está

prendado tanto de la Iglesia como de las personas, pues ambas se refieren a la sangre del Cordero inmaculado.

Concluye el *Audi, Filia* con el siguiente párrafo, que condensa todo nuestro tema sobre la hermosura: “Nosotros, que somos dichos *vestidura* de Cristo, porque le rodeamos y ataviamos con creerle y amarle y alabarle, somos tan blanqueados por Él que ningún hombre sobre la tierra nos pudiera dar la hermosura que Él nos dio, de gracia y justicia... aquellas (personas), digo, que confesando y aborreciendo con dolor su propia fealdad, piden ser hermoseadas y lavadas en esta piscina de sangre del Salvador, de la cual salen tan hermosas, justas y ricas, con la gracia y dones que reciben por Él, que bastan a enamorar los ojos de Dios, y que le sean cantadas con gran verdad y alegría las palabras ya dichas: *deseará el rey tu hermosura*” (113/11790).

JOSÉ LUIS LLAQUET DE ENTRAMBASAGUAS, PBRO.  
*Barcelona*

# Concordancias entre San Juan de Ávila y Santa Teresa de Jesús

En este trabajo pretendo exponer diversas concordancias en la doctrina espiritual de San Juan de Ávila (1500-1569) y de Santa Teresa de Jesús (1515-1582). Es sabido que la Santa escribió la segunda redacción del “*Libro de la Vida*” para que la viera San Juan de Ávila y emitiera un dictamen sobre su camino espiritual (cuenta de conciencia 53<sup>a</sup>, 7). En sucesivas cartas a lo largo del año 1568, Santa Teresa apremia a una de sus amigas para que haga llegar el manuscrito al Santo. Y se conservan también las dos cartas que él escribió a Santa Teresa, en la segunda de las cuales aprueba su camino y le da diversos consejos.

Por otra parte, un discípulo de San Juan de Ávila, el P. Juan Díaz, que poseía los manuscritos del Santo y fue el primer editor de sus obras, ingresó en el Carmelo Descalzo en vida de Santa Teresa. En una de sus cartas al P. J. Gracián, la Santa dice: «*El padre Juan Díaz (...) que está casi determinado de mudar estado en nuestra Orden u en la Compañía (...) dice que dará todo lo que tiene del maestro Ávila adonde entrase, que a mi parecer, si es como un poco que me dio a leer, serían de gran provecho los sermones*» (Carta 366, del 22 de mayo de 1581).

En consecuencia, no es de extrañar una cierta influencia o analogía en la doctrina de ambos santos en diversos puntos de sus escritos. Agrupo las citas en secciones, según el tema.

## 1. Dios tiene pocos amigos

La frase anterior es citada por algunos como perteneciente a un supuesto diálogo de Santa Teresa con el Señor, en que

la santa, con cierto desparpajo, habría dicho al mismo Dios que Él tiene pocos amigos porque los trata mal. Entre las personas que han dado como verdadero este supuesto coloquio de Santa Teresa, se encuentra Santa Teresita del Niño Jesús, quien en una de sus cartas lo menciona. En ningún escrito de Santa Teresa de Jesús se encuentra esta supuesta increpación de la Santa al Señor, si bien las dos afirmaciones de que el Señor trata mal a sus amigos y de los pocos amigos que tiene el Señor, sí se encuentran por separado en las obras de la Santa. Concretamente, la segunda afirmación:

*«Como me vi mujer ruin, e imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fueran buenos; y así determiné a hacer eso poquito que yo puedo y es en mí»* (Santa Teresa de Jesús: “Camino de perfección”, cod. de El Escorial, cap. 1. n. 2). *«Aquí probará el señor lo que le queréis. Acordaos que hay pocas almas que le acompañen ni le sigan en los trabajos; pasad por Él algo, que su Majestad os lo pagará»* (Santa Teresa: “Camino de perfección”, cod. de El Escorial, cap. 62, n. 2).

La idea expuesta en la cita anterior está muy desarrollada en San Juan de Ávila. Él afirma que en muchas almas el seguimiento de Cristo es interesado ya que, en cuanto hay dificultades dejan lo comenzado, con lo cual Dios tiene pocos amigos:

*«Él es el que mandó al mar que se alterase; Él mismo es el que manda a las tribulaciones que se levanten, Y aún eso es porque hay tan pocos que os sirvan, Señor. Piensan ellos que es gran descanso entrar con esta seguridad; van muy confiados y seguros que en nuestra compañía no se levantará la tormenta. Como les sale después al revés, dejan lo comenzado. Ésta es la causa por qué tienes tan pocos amigos(...)*

*Cuando Dios está con el ánima(...) es tanta la dulzura que recibe de la presencia de Dios, que no es de maravillar que desprecie cuanto hay en esta vida(...). De que Dios está ausente, que tienes trabajos, entonces se ve el que lo ama verdaderamente. Cuando te envía tristezas, tribulaciones, cuando viene un trabajo tras otro, entonces, sí es de ver la constancia de los que sirven. Dice Dios: “Esperé, esconderéme un poco y yo veré qué tal es el*

*amor de Fulano; veamos si anda tan diligente, veamos si anda tan contento, cómo lo hace en mi ausencia»*. (San Juan de Ávila: “Esto es honra: ser del linaje espiritual de Jesucristo”, Sermón en la fiesta de la Natividad de la Virgen).

## 2. La fuerza del amor

Esta expresión puede tener un precedente remoto en el cantar de los Cantares: «Es fuerte el amor como la muerte» Cant. 8,6) y más próximo en San Pablo. «La caridad de Cristo nos hace fuerza» (2 Cor. 5,14). San Juan de Ávila explaya esta idea de que el amor de Cristo a los hombre nos “fuerza” a corresponder también con amor:

*«¿Qué espada será tan fuerte, qué arco tan recio y tan bien flechado, que pueda penetrar a un fino diamante? La fuerza de Tu amor ha despedazado infinitos diamantes; Tú has quebrantado la dureza de nuestros corazones, Tú has inflado a todo el mundo en Tu amor»* (S. Juan de Ávila: “Tratado del amor de Dios para los hombres”, n.6).

*Mas este amor tan cruel, ¡qué piadoso será después a quien le abajó su cuello para recibir su martirio! No puede uno sentir las fuerzas del amor con que aquí atormenta, ni las con que después consuela»* (S. Juan de Ávila: “Epistolario espiritual”, carta 23 de la ed. Apostolado de la Prensa, 1941).

«En Santa Teresa se encuentra la misma expresión: *«¡Oh, alma amada de Dios!(...) Vela perdida de sí, enajenada por amarle, y que la misma fuerza del amor le ha quitado el entendimiento para poderle más amar»* (Santa Teresa: “Med. Cantares”, cap. 6, n.9).

Por otra parte la idea de que el amor de Cristo hacia nosotros nos mueve a corresponderle, se encuentra en ella con la expresión de “amor saca amor”:

*«Que siempre que se piense de Cristo nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes cuán grande nos le mostró Dios, en darnos tal prenda del que nos tiene; que amor saca amor»* (Santa Teresa: “Vida”, cap. 22, n.14).

### 3. *Cristo atado por el amor*

Ambos autores utilizan la idea de que el Amor de Cristo a los hombres le proporcionó la fortaleza para soportar el sufrimiento de la Pasión: «*¿Es porque veis a esta Majestad atado y ligado con el amor que nos tiene?*» (Santa Teresa: “*Exclamaciones*”, 12).

«*Y pues tal fuego de amor estaba metido en lo más dentro de aquella sacristía Anima, no es mucho que salga la llama de fuera, y que abrase y queme las vestiduras, que son su sacratísimo Cuerpo, lleno de tales tormentos, que dan testimonio del amor interior. Porque escrito está “¿Quién puede tener el fuego en el seno, que no se le quemen las vestiduras?” Y cuando de fuera le viéres que le atan las manos con crueles cordeles, entended que está preso de dentro con lazos de amor, tanto más fuerte que los de fuera, cuanto exceden cadenas de hierro a hilos de estopa. Este amor, éste fue el que le enflaqueció, venció y prendió y le trajo de juez en juez y de tormento de azotes a tormento de crueles espinas y le puso la cruz, encima y lo llevó al monte Calvario, donde Él fue puesto encima de ella y tendió sus brazos para ser crucificado en señal que tenía su Corazón abierto de amor*» (San Juan de Ávila: “*Audi filia*”, cap. 78).

El capítulo 79 del “*Audi Filia*” está todo él dedicado a este tema, concretamente trata “del abrasado amor con que Jesucristo amaba a Dios y a los hombres de Dios; del cual amor, como de fuente, nació lo mucho que exteriormente padeció y que fue mucho más lo que padeció en lo interior”. Y, a lo largo de su Epistolano espiritual, en ocasiones se reiteran estas ideas. Hay que recordar que San Juan de Ávila ha sido considerado un jalón imprescindible en la historia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

### 4. *Fines de la consideración de la Pasión del Señor*

En estrecha relación con lo anterior, tanto Santa Teresa como San Juan de Ávila, recomiendan vivamente la consideración de la Pasión de Cristo, para que ella nos obtenga fortaleza en las propias adversidades.

«No hay necesidad, no trabajo, ni persecución que no sea fácil de pasar, si comenzamos a partir y mascar de los suyos y ponerlos en nuestra consideración» (Sta. Teresa: “Camino de perfección”, cod. El Escorial, cap. 60, n.2).

San Juan de Ávila dedica varios capítulos del “*Audi filia*” a los frutos que se obtienen de la meditación de la Pasión:

«El fin de la meditación de la Pasión ha de ser la imitación de ella y el cumplimiento de la Ley del Señor. Y digoos esto porque hay algunos que tienen mucha cuenta de las horas que gastan en la oración y con el gusto de la suavidad de ella y no la tienen con el provecho que de ella sacan(...). Esta eficacia deseo que obre en vos el pensamiento de la sacra Pasión y que la améis tanto, que “traigáis su mortificación en vuestro cuerpo”» (S. Juan de Ávila: “*Audi filia*”, cap. 76). «Lo que tras esto habéis de sacar de la meditación de la sacra Pasión, para que poco a poco vayáis subiendo de lo bajo a lo alto, ha de ser medicinar las llagas de vuestras pasiones con la medicina de la Pasión del Señor» (S. Juan de Ávila: “*Audi Filia*”, cap. 77).

«Después (...) procuremos entrar en el “*Sancta Santorum*”, lugar más precioso y fin de los otros lugares. Y preguntáis cuál sea éste, digoos que el Corazón de Jesucristo, nuestro Señor, verdaderamente Santo de los Santos. Porque así como Él no se contentó con padecer en lo de fuera, sino amando de corazón, así no debéis vos de parar en mirar e imitar lo que de fuera padece, si no entráis en su Corazón para mirarlo y para imitarlo» S. Juan de Ávila: “*Audi filia*”, cap. 78).

A lo largo del epistolario espiritual de S. Juan de Ávila hay dispersos consejos ascéticos sobre el provecho que se sigue de la meditación de la Pasión y la forma de realizarla. En el “*Tratado del amor de Dios con los hombres*”, San Juan de Ávila insiste en el tema de la “locura” de amor de la cruz de Cristo.

##### 5. Vocación universal a la peregrinación cristiana

Esta doctrina, actualmente, resulta familiar por los documentos del Magisterio de la Iglesia que, a lo largo del siglo XX, la han inculcado: «Y nadie piense que esto es tarea de unos pocos escogidísimos y que les es lícito es establecerse en un grado inferior de virtud. Pues por esta ley, como es claro, están obligados

*todos absolutamente, sin excepción alguna(...) para que se dé cuenta el pueblo que a santidad de vida no es beneficio singular, que se les concede a algunos haciendo exclusión de los otros, sino una suerte de todos y un oficio común»* (Pío XI: Encíclica “*Rerum omnium*”, 26 de enero de 1923).

*«Todos de cualquier condición que sean y en cualquier honesto estado de vida, que hayan elegido, pueden y deben imitar al perfectísimo ejemplar de toda santidad propuesto a los hombres por Dios, que es nuestro Señor Jesucristo; y con la ayuda de Dios alcanzar también la cima más alta de la perfección cristiana, como el ejemplo de muchos santos nos lo demuestra»* Pío XI: Encíclica “*Casti connubi*”, 31 de diciembre de 1930).

Es sabido, sin embargo, que la proclamación más solemne de la vocación universal a la santidad, se halla en la Constitución sobre la Iglesia, en el Concilio Vaticano II. En ella, por una parte, se define el concepto de santidad y se invita a todos los fieles a alcanzarla: *«Los seguidores de Cristo, llamados y justificados en Cristo nuestro Señor, no por sus propios méritos, sino por designio y gracia de Él, en la fe del bautismo han sido hechos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza y, por la misma, santos; conviene, por consiguiente, que esa santidad que recibieron sepan conservarla en su vida, con la ayuda de Dios (...) Fluye de ahí la clara consecuencia de que todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad»* (Concilio Vaticano II, Const. “*Lumen gentium*”, n.40).

Por otra parte, la santidad no se presenta como un vago ideal, sino como una obligación para todos los cristianos: *«Quedan, pues, invitados y aún obligados todos los fieles cristianos a buscar la santidad y la perfección de su propio estado»* (Concilio Vaticano II, Const. “*Lumen gentium*”, n.42).

En el siglo XVI, en los escritos tanto de Santa Teresa de Jesús como de San Juan de Ávila, se encuentran invitaciones a aspirar a la perfección cristiana (e incluso a la contemplación infusa), dirigidas a todo cristiano.

*«Mirad que convida el Señor a todos; pues es la Verdad, no hay que dudar. Si no fuera general este convite, no los llamara Dios a todos y aunque los llamara no dijera: “Yo os daré de beber”.*

*Pudiera decir: venid todos; en fin, no perderéis nada, y los que a mí pareciese yo los daré de beber. Mas como dijo, sin esta condición, a todos, tengo por cierto que todos los que no se quedaron en el camino, no les faltará esta agua viva.*

*Parece que me contradigo; porque cuando consolaba a las que no llegaban aquí, dije así había muchas moradas. Así lo torne a decir, porque como entendió su Majestad nuestra flaqueza proveyó como quien es. Mas no dijo: “por este camino vengán unos y por éste otros”; antes fue tan grande su misericordia, que a nadie quitó procurarse venir a esta fuente de vida a beber» (Santa Teresa: “Camino de perfección”, cod. de El Escorial, Cap. 32,7 y cap. 33,1).*

Refiriéndose a las almas que se encuentran en las terceras moradas, dice la Santa: «No hay por qué se les niegue la entrada hasta la postrera morada, ni se la negará el Señor si ellos quieren» (Santa Teresa: “Moradas” 3<sup>a</sup>, cap. 1,5).

San Juan de Ávila, a su vez subraya el gran amor del Señor a los justos y el deseo que Él tiene de comunicarse con ellos en la oración.

*«Si vemos que este sol corporal se comunica tan liberalmente, y anda convidando a quien le quiere recibir; y a todos se da, cuando no le ponen impedimento; y si se lo ponen aún está como porfiando que se lo quiten; y si algún agujero o resquicio halla, por pequeño que sea, por allí se entra e hinche la casa de luz; ¿qué diremos de la suma Bondad divinal, que con ansia y fuerza de amor anda rodeando sus criaturas para darse a ellas y henchidas de calor, de vida y de resplandores divinos?» (S. Juan de Ávila: “Audi filia”, cap. 86).*

*«Todos los sedientos venid a las aguas y los que no tenéis plata, acercaos presto y corred; venid y comprad sin dineros y sin ningún truco, vino y leche. Primero dice: “agua” y luego “vino” y “leche”. “Agua” porque mata y refrigera la sed y ardor del cuerpo, refresca los miembros cansados y limpia todo lo sucio. “Vino” porque te hace salir de tu seso y tomar el seso de Cristo; quítate tu parecer y voluntad y date el parecer y la voluntad y querer de Jesucristo nuestro Señor y Redentor ¿Quién lo quiere recibir, que de balde se da? “Vino” porque da fuerza y da alientos para padecer y recibir trabajos por Cristo y alegra el cora-*

*zón y pone contento en todo lo adverso. Es también “leche”, porque así trata el Espíritu Santo al ánima del que lo tiene, como a niño que está a los pechos de su madre y rígelolo, gobiérnalo y regálalo como a niño; así es el ayo nuestro, defendedor nuestro, pedagogo de nuestra niñez. ¿Quién lo quiere? ¿Quién lo quiere, hermanos?» (S. Juan de Ávila: “El Espíritu Santo en las almas”, n.8).*

En la cita anterior, la referencia a la “leche” parece aludir a la contemplación infusa.

*«No sólo gozan los que este camino de la perfecta virtud siguen con diligencia, de ser librados por Cristo en los peligros que se les ofrecen, mas también de alcanzar y poseer tales bienes en su ánima que se les diga con mucha verdad: “El reino de Dios dentro de vosotros está”; el cual, como dice San Pablo, consiste en tener dentro de sí “justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”(…). Y pues esta perfecta virtud, ni es del demonio ni del espíritu humano, resta que sea infundida de Dios, invocado y servido como la fe de la Iglesia lo enseña»: (S. Juan de Ávila: “Audi filia”, cap. 38).*

De la cita anterior, parece deducirse que san Juan de Ávila enseñó que la plena perfección se encuentra únicamente en la vida mística.

FRANCISCO GALLEGO LUPIÁÑEZ  
*Profesor Titular de la Universidad  
Complutense. Madrid*

# La Cena del Señor

## V. Nuestra Eucaristía

Lo escrito en los precedentes capítulos es como pistas que deben conducirnos al conocimiento y comprensión de nuestra Eucaristía. Sin embargo, mal podemos comprenderla si desconocemos que la cena que Jesús celebró con sus discípulos fue una cena de Pascua, la que celebran todos los judíos en el plenilunio de la primavera, y no un rito nuevo que él inventara. Mas tampoco comprenderíamos el verdadero significado de dicha cena si no se tiene en cuenta el motivo de su celebración y su desarrollo ritual, o se olvida que hunde sus raíces en las costumbres y ritos ancestrales de los pastores nómadas y de los agricultores sedentarizados.

Se recordó en el capítulo II, que Jesús, al celebrar la cena de Pascua, conforme a las costumbres y ritos de su pueblo, pronunció unas palabras que no están en ningún ritual ni nadie antes las había oído, palabras que daban un sentido nuevo al rito ancestral. Mas al añadir, después de las palabras nuevas: *Haced esto en memoria mía*, manifestaba su voluntad de que tal rito fuera repetido y actualizado por sus discípulos.

El cambio de significado del viejo rito no era novedad; ya lo habían hecho los israelitas al convertir en determinante y origen de la liberación de su pueblo lo que para los pastores y los agricultores era culto a la naturaleza para conseguir la fecundidad de los ganados y de los campos.

Con el fin de lograr la comprensión y la vivencia de nuestra Eucaristía, escribí hace ya algún tiempo *La Pascua de Jesús*<sup>1</sup>

1. V. SERRANO, *La Pascua de Jesús*, San Pablo, Madrid 1993. Hay traducción al portugués: *A Páscoa de Jesús em seu tempo e hoje*, Paulinas, Sao Paulo 1997.

y con el mismo fin celebraba cada año, junto a un grupo de personas interesadas en la experiencia, la cena de Pascua, siguiendo textos y ritos contemporáneos o muy cercanos al tiempo de Jesús, tratando de reconstruir sus gestos y sus palabras y de revivir la cena que él celebró.

Esto mismo es lo que quisiera conseguir a través de esta serie de artículos que se vienen publicando en esta revista: los antecedentes remotos, los inmediatos y la realidad actual.

Pero en la celebración existen aspectos negativos, a veces bastante extraños, que tendrían que corregirse y actitudes que deberían acentuarse.

### 1. Aspectos negativos desde la exégesis

En el primer capítulo de esta serie titulado *La Cena del Señor* me preguntaba o preguntaba si el rito que nosotros celebramos, el rito que debe ser eje de nuestra fe y de nuestra vida, es en realidad respuesta al mandato de Cristo y actualización de su cena o un rito inventado por alguien, generalizado más tarde por la costumbre, pero que no tiene relación alguna con las palabras y gestos de Jesús.

Por las palabras que se pronuncian antes de la comunión: *Dichosos los llamados a la cena del Señor*, parece que lo que estamos celebrando es, en efecto, la cena del Señor; mas, al contemplar las diversas circunstancias que rodean a tantas celebraciones, la pregunta anterior sigue siendo actual: ¿Hacemos realmente lo que Jesús mandó hacer en memoria suya?

De otra forma: ¿en nuestras celebraciones de la eucaristía damos la impresión de estar actualizando la última cena de Jesús, de celebrar el misterio pascual, determinante de nuestra liberación de la esclavitud del pecado? ¿O, tal vez, la impresión es la de celebrar un rito, en cierto modo mágico, que suele emplearse para muchas cosas?

Cuando hago estas preguntas, es evidente que no me refiero a lo que dicen los libros que tratan sobre el tema, sino a las costumbres, a los criterios y modos de hablar de la gente, a los comportamientos de la mayoría de los asistentes y de

algunos celebrantes, incluso a lo que durante tanto tiempo se ha enseñado.

Se empieza por llamar a la celebración de la Eucaristía, aun en documentos oficiales y en los libros litúrgicos, “misa” o “santa misa”. ¿Qué puede sugerir o evocar esta palabra anodina o qué relación tiene con la cena que Jesús celebró? No puedo imaginar, ni se me ocurre pensar que Jesús en el cenáculo dijera una “misa”, o mandara a sus discípulos celebrar “en memoria suya” algo que él no había hecho. Y no comprendo que se hayan sustituido palabras llenas de evocaciones y sugerencias: “cena del Señor”, “Eucaristía” o “fracción del pan”, como la llamaban los primeros cristianos, por una que nada dice, ni nada sugiere.

En el lenguaje ordinario se habla de “decir misa” o de “oír misa”, lo cual parece indicar que lo importante no es comprender y vivir el misterio, participando en él, sino cumplir el formulismo del rito tanto por el que celebra como por los que asisten como simples espectadores u oyentes.

Por su contenido y significado, parece que la Eucaristía debería celebrarse sólo el domingo, día primero de la semana judía, porque en dicho día Jesús resucitó<sup>2</sup>. En “*el día primero de la semana*”, dicen los Hechos de los Apóstoles, Pablo se reunió en Tróade con sus colaboradores, y tal vez con la comunidad local, para “*partir el pan*” (Hch 20,7) Es también lo que recuerda el mártir Justino cuando escribe en su “*Apología*” que los cristianos se reúnen para celebrar la Eucaristía “*el día que llaman del sol*”.

Sin embargo, ahora el rito se celebra todos los días, pero no como acto de una comunidad reunida para celebrar gozosamente su fe, sino como una cierta obligación del sacerdote, como un acto de piedad de quienes asisten o como rito impetratorio e infalible de diversas gracias. En muchos casos, no hay comunidad sino una masa de gente silenciosa; en otros, los asistentes son escasos y, en algunos, como yo he visto, el sacerdote celebra solo, lo cual produce el efecto de un rito extraño, absurdo, bordeando con lo mágico. También

2. Cf. Mc 16, 9; Mt 28, 1; Lc 24, 1; Jn 20, 1.

me parece una deformación, el que, por supuestas razones pastorales, un mismo sacerdote diga en el mismo día varias “misas”.

Otro defecto que, a mi juicio, se comete es, por parte de los sacerdotes, pronunciar las palabras de la consagración inclinados sobre las ofrendas, con un tono de voz como misterioso, como un conjuro en virtud del cual el pan y el vino se convierten en Cuerpo y Sangre de Cristo. ¿Puede imaginarse a Jesús en el desarrollo de la cena, cuando tiene que presentar la “masá”<sup>3</sup> a los asistentes: *“Este es el pan de la pobreza que comieron nuestros padres en el país de Egipto...”* y dice: *“Esto es mi cuerpo”*, levantándose, pues estaban recostados, inclinarse sobre la mesa y pronunciar sobre la “masá” dichas palabras con un tono entre misterioso y mágico? Ni el evangelio lo dice, ni remotamente lo sugiere. Y no creo que nadie lo imagine. Tampoco lo sugiere la plegaria eucarística, que es un relato de la institución.

Otro defecto importante es separar la comunión de la celebración. Al dar la comunión con formas guardadas en el sagrario, y no con pan que ha debido consagrarse en la celebración, no sólo se rompe la unidad del rito, sino se priva a los asistentes, aunque ciertamente comulguen, de participar plenamente en la Eucaristía.

Por otra parte, se invalida el sentido de las palabras de la consagración: *Tomad y comed...* cuando se dan formas que no han sido entonces consagradas.

## 2. Precepto eclesialístico

Relacionado con lo anterior está el precepto eclesialístico de “oír misa entera todos los domingos y fiestas de guardar”, como decían los viejos catecismos y repite el nuevo Catecismo de la Iglesia Católica (nº 2042) Esto, el precepto, es lo que ha quedado grabado en el recuerdo y en la conciencia de muchos, y viene a ser la razón de su asistencia dominical. Mas no dice mucho en favor de los cristianos y de su fe.

3. Pan sin levadura de la Pascua, los ázimos de Ex 12, 15.18 etc.

Los primeros cristianos no tenían tal precepto y, sin embargo, participaban en la Eucaristía. Cuando el mártir Justino, antes recordado, expone, en su defensa del cristianismo, cómo se celebraba en el siglo II, no habla de precepto alguno, sino de los motivos o razones por las que los cristianos tenían “*reunión general el día del sol*”<sup>4</sup>.

Nunca he llegado a entender por qué la celebración del misterio central de nuestra fe, el cumplimiento del mandato de Jesús en su última noche, tiene que ser objeto de un precepto y no convicción gozosa de participar en él como miembro de la comunidad cristiana que lo celebra, orando con los demás, escuchando con ellos la Palabra que ilumina todos los caminos, cantando su fe, acercándose alegre al banquete del Cuerpo de Cristo. Porque lo que en realidad celebramos siempre es el misterio pascual, la resurrección de Jesucristo, expresión de su triunfo y del nuestro sobre el pecado y la muerte. No celebramos otra cosa.

Es indudable que existen otros aspectos en nuestra celebración de la Eucaristía que nos exigen una reflexión sincera. Por ejemplo convertirla, como se viene haciendo desde la Edad Media, en parte de cualquier programa de fiestas. Así, junto a los bailes y las corridas de toros, figura la “misa”, que además es “solemne”. Otras veces es un acto social que, debido a nuestras costumbres y formas de cultura, ha de cumplirse en determinados momentos de la vida; o un rito para alcanzar, por el número de celebraciones, por su ocurrencia en determinados días o por la intercesión de los santos, o de ciertos santos, determinados favores o remedio a concretas necesidades. En el fondo es lo mismo que hacían los paganos con sus ritos y sus dioses.

Esta reflexión nos la impone la exigencia de vivir consciente y alegremente nuestra fe en un mundo que se descristianiza y ante una sociedad, queramos o no, pagana, así como el reto que supone a quienes nos llamamos cristianos el comienzo de un siglo nuevo y del tercer milenio de la aparición del cristianismo.

4. *Apología*, 67.

El resultado de estas y otras deformaciones ha sido, a mi juicio, una trivialización del acto fundamental con el que debemos celebrar nuestra fe, el hecho pascual, así como la pérdida de toda relación a lo que Cristo hizo y mandó hacer en memoria suya. Por ello, con demasiada frecuencia, se convierte en acto rutinario, para quien la celebra y para quienes a ella asisten, y pocas veces se transmite la impresión de algo sobrenatural y trascendente, de ser aquello mismo que hizo Jesús y mandó hacer “en memoria suya”.

No son palabras al viento las que Juan Pablo II viene repitiendo desde el comienzo de su pontificado sobre la necesidad de una nueva evangelización. Sin embargo, como la experiencia de estos años demuestra, han sido prácticamente ignoradas y no se han traducido a realidades concretas que reflejen la transparencia del evangelio y las enseñanzas y comportamiento de Jesús. Pero no me parece necesario insistir sobre lo ya expuesto pues se alargarían estas reflexiones, que, como cualquiera puede juzgar, no son impresiones personales, sino datos que ofrece la realidad de cada día<sup>5</sup>.

### 3, *Actitud previa*

En la celebración de nuestra Eucaristía existen dos partes bien definidas: la liturgia de la Palabra y la liturgia Eucarística, unidas ambas por una profesión de fe, que puede considerarse respuesta a la Palabra e introducción al misterio Eucarístico. Las dos dicen relación a la liturgia judía: a la sinagoga, la primera, a la de la Pascua, la segunda.

Para penetrar en su significado y poder vivirla después, tenemos que referirnos necesariamente a Cristo, quien durante su vida entre nosotros participó en ambas formas de la liturgia judía y les dio un sentido nuevo. Aunque, en realidad, toda nuestra vida como cristianos tendría que estar referida a Cristo. La pérdida de esta referencia en el pensamiento y comportamiento personal y colectivo de quienes se llaman cris-

5. Cf. V. SERRANO, *Cuando cae la tarde*. Reflexiones ante un fin de siglo. San Pablo, Madrid 1996, 113-120.

tianos y, sobre todo, de quienes dicen ser representantes de Cristo, explica los muchos y graves errores cometidos a lo largo de la Historia y el actual retroceso del cristianismo en nuestra sociedad.

La primera referencia tiene que ser al comienzo de la celebración y en la liturgia de la Palabra. Si queremos comprender cuál ha de ser nuestra actitud en esta parte, hemos de imaginar a Jesús de Nazaret, su pueblo, yendo a la sinagoga para celebrar, *según su costumbre* (Lc 4,16), el “sabbat”. Jesús se había instalado, después de su bautismo y la experiencia del desierto, en Cafarnaúm, encrucijada de los caminos que venían de Siria y de la Transjordania para llegar a los puertos del Mediterráneo, un lugar estratégico para el anuncio de la “Buena nueva” de la llegada del Reino de Dios.

Un día decidió volver a Nazaret, tal vez para anunciar allí el mismo mensaje que proclamaba en el entorno del lago de Genesaret, o tal vez por nostalgia del ambiente y del lugar donde había pasado la mayor parte de su vida. El caso es que, cuando caía la tarde, al comienzo del “sabbat”, se dirigió a la sinagoga que tantos recuerdos le traería de su niñez y de su juventud<sup>6</sup>.

Estando en la sinagoga, como uno de tantos, el jefe de la misma le ofreció hacer la lectura y él aceptó. Es posible que influyera para esta invitación la fama que de Jesús había llegado hasta la aldea escondida entre las montañas de la baja Galilea, las noticias de lo que hacía en Cafarnaum. El texto era del libro de Isaías. Jesús se levantó, se dirigió a la mesa, abrió el rollo y leyó; leyó en hebreo, la lengua en que está escrito el libro, y comentó en arameo, la lengua que entonces se hablaba en toda Palestina y era la lengua de Jesús. Todos le miraban expectantes. Terminada la lectura, dijo: *Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír...* (Lc 4,21) No sólo leyó y comentó; también oró con los demás y como los demás cantó los salmos.

6. Para los judíos, el día comienza la tarde anterior cuando en el cielo aparecen las primeras estrellas, es decir, la tarde del viernes nuestro.

La segunda referencia es en la liturgia Eucarística. Aquí tendríamos que imaginar a Jesús, acompañado de los discípulos que han venido con él desde Galilea y de las mujeres que acompañaban siempre al grupo, subiendo desde Betania, por el camino de Beffagé, a Jerusalén para celebrar allí, como estaba mandado, la Pascua. Al mismo tiempo, evocar los sentimientos que despertarían en unos y otros la cercanía de la ciudad, al divisar sus murallas, al pisar sus calles, ante el bullicio y la animación de gentes tan variadas y venidas de tantas partes que, como ellos, habían subido a la fiesta. Sin duda, cantarían emocionados los salmos graduales:

*¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor. Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén... Te saludo con la paz! Por la casa del Señor, nuestro Dios, te deseo todo bien (Sal 122, 1-2. 8-9).* El evangelio recuerda que cuando se acercaban “a la bajada del monte de los Olivos, comenzó la muchedumbre de los discípulos a alabar alegres a Dios a grandes voces... diciendo: *¡Bendito el que viene, el Rey, en nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en lo más alto del cielo!* (Lc 19, 37 s).

Luego, contemplar la celebración: el ambiente festivo de la sala, las lámparas de aceite iluminando con su luz trémula la estancia, los reunidos, los ritos, los gestos, las actitudes, los rostros, y escuchar las palabras, sobre todo las que Jesús pronunció en un momento determinado y que nadie antes había escuchado: *Esto es mi cuerpo... Ésta es la copa de la nueva alianza en mi sangre...* Haced esto en memoria mía (1 Cor 11, 24-25)<sup>7</sup>. Y escuchar también las oraciones y los cantos de esta noche y la acción de gracias final: *Alabad a Yahveh todas las naciones; aclamadle todos los pueblos (Sal 117, 1); Dad gracias a Yahveh porque es bueno, porque su amor es eterno...* (Sal 118,1).

También los primeros cristianos daban gracias a Dios en sus reuniones. En una instrucción catequética, probablemente

7. Este es el primer texto eucarístico que conocemos, anterior a cualquiera de los relatos de los evangelios. Tiene traza de ser un texto litúrgico que Pablo pudo recibir de las comunidades a las que había estado vinculado: Damasco y Antioquía de Siria.

del siglo 1, la “Didajé”, se dice: *Te damos gracias, Padre nuestro... Como este pan que hemos partido estaba disperso sobre los montes y se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia desde los confines de la tierra en la unidad de tu reino*<sup>8</sup>.

En esta evocación, aunque no esté reflejada en los textos litúrgicos, no podemos olvidar los discursos de Jesús en la velada que siguió a la cena, tal como están recogidos en el cuarto evangelio. En ellos, ante la inminencia de los acontecimientos, como una despedida dolorosa, va desgranando sus sentimientos más hondos, su amor hacia los discípulos, su ternura. Sus palabras van cayendo despacio, como si le costara separarse de ellos. Les da ánimos ante la separación, les llama amigos y les asegura que todos conocerán que son discípulos suyos si se aman entre sí. Al mismo tiempo, les anuncia que, aunque él se marche, no los va a dejar huérfanos; les enviará el Espíritu Santo, como les había prometido, pero un día retornará.

Cualquiera comprende que estas referencias no son a algo ficticio e imaginario, evocación subjetiva de un hecho distante en el tiempo y ajeno a nuestra realidad, sino a un hecho en el que también nosotros participamos, porque en aquella cena, entre aquellos hombres y mujeres que con Jesús celebraban la Pascua, estábamos nosotros, todos los que a lo largo de los siglos habríamos de creer en él. Los cristianos en la Eucaristía, al igual que los judíos en su celebración de la Pascua, no nos limitamos a recordar un hecho distante en el tiempo, sino actualizamos en el hoy nuestro ese mismo hecho trascendente que ha supuesto un cambio profundo en la historia de la Humanidad.

Si olvidamos o suprimimos estas referencias, la Cena del Señor o Eucaristía se convierte en algo extraño, en un rito rayano con la superstición y la magia, es decir, con lo que mucha gente entiende como “misa”. Pero lo que Jesús quería y manifestó en sus palabras fue que lo que acababa de celebrar lo celebraran sus discípulos, todas las comunidades, en cualquier

8. Didajé IX, 4.

tiempo y lo repitieran *en memoria suya*, con el nuevo sentido que él le dio.

Esto es lo que nosotros, en la encrucijada de la Historia en que nos encontramos, por coherencia con nuestra fe, por nuestra responsabilidad como cristianos, ante un mundo que se ha alejado de Cristo, debemos recuperar despojándolo de todas las extrañas adherencias que, con el paso del tiempo, por unos u otros motivos, se le fueron agregando y desfigurando. Es evidente que, como he escrito en otra parte, hay demasiadas misas y pocas Eucaristías.

Sería maravilloso si viviéramos la Eucaristía. Estoy seguro de que entonces sí tendría sentido hablar de un nuevo siglo y del tercer milenio cristiano, de nueva evangelización. Sería como respirar el aire puro, como sumergirnos en la luz de un nuevo amanecer. Como aquel amanecer en que hombres y mujeres, cuyos nombres no conocemos, anunciaron por vez primera, adondequiera que iban, la “buena noticia” de la salvación por Cristo (Hch 8, 4).

San Pablo escribió a la comunidad de Corinto que él había fundado: *Siempre que comáis este pan y bebáis esta copa anunciáis la muerte del Señor hasta que él venga* (1 Cor 11, 26). Esto es precisamente lo que nosotros proclamamos al terminar la consagración: *Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección ¡Ven, Señor Jesús!* Es nuestra celebración.

VICENTE SERRANO, PBRO.  
*Madrid*

## Testigos

### P. José Merino Andrés (1905-1968) sacerdote dominico

#### II. Misionero Popular y Maestro de Novicios

##### 5. *Misionero Popular (1941-1950)*

El primer destino del P. José Merino, al terminar la carrera eclesiástica en Salamanca, fue La Felguera, una villa fabril de Asturias, a donde le envió el P. Provincial, Esteban González Vigil, residente en Palencia, según carta recibida por aquél el 13 de agosto de 1941; allí permaneció el curso 1941-1942. Dios le había preparado para ser uno de los grandes misioneros en la España de la posguerra, de tal modo que llegaría a decir: “Mi vocación es ser misionero popular”. Pero el choque con la Felguera fue para él un riesgo de parálisis apostólica, fenómeno hoy tan repetido en religiosos. Con este motivo escribió al P. Sabino Lozano, Maestro de Novicios en Salamanca, y al P. Domingo del Pilar, Prior entonces de Corias (Asturias), después de haber desarrollado un gran apostolado misionero y popular en la Diócesis de Corias-Cáceres, cuyo obispo era entonces Mons. Francisco Barbado Viejo, O.P.

El P. Lozano contestó así al P. Merino: “A ver si logra abrir camino al Señor en la roca dura de esos mineros. ¡Pobres! Haga lo que pueda por ellos. Pienso que bajo montañas de prejuicios está el espíritu humano nunca tan malo. Hay que ser comprensivos para ser compasivos”.

Más en concreto le respondía el P. Domingo del Pilar: “Como ese inmenso “queso” de La Felguera tenemos miles. Pero juzgo, Padre Merino, que no estamos en tiempos de mirar dicho queso, sino de roerlo, no en una especie de labor de zapa, sino tomando la despensa por asalto. Como Ud., sigo creyendo

en la eficacia de la Acción Católica, pero estimo que la eficacia espiritual de ese gran ejército, como el grueso de la infantería, ha de ir precedido de la artillería y los refuerzos de choque. Y esto es lo que precisamente debemos ser nosotros. Y mientras no nos resolvamos a serlo, pasaremos la vida mirando el queso o lo que es igual: viendo cómo el demonio se come la merienda que el Señor nos tenía reservada. No quiero con esto, P. Merino, restar méritos a quien tiene más que yo. Pretendo únicamente conectar la buenísima voluntad que Ud. tiene con un programa de acción más externo y eficaz, que Dios bendice, y que ya le había indicado yo en otra ocasión análoga... la predicación apostólica, la propagación del Rosario, la Acción Católica. He aquí tres ideales que deberían ser para nosotros la misma cosa”.

Refiero ahora dos hechos significativos de su estancia en La Felguera: “A mi particularmente me consoló muchísimo ayudándome a tener una gran resignación cristiana en esos años duros de la posguerra, que habían dejado huella profunda en mi vida por la pérdida irreparable de mi esposo y mi hermano, asesinados por los marxistas en plena juventud”. “Un día, a las tres de la tarde, yendo a visitar la Capilla de los Padres, al abrir la puerta sentí unos grandes sollozos. Cuál sería mi sorpresa al encontrarme con una escena conmovedora y que ya nunca se borró de mí. Delante del Crucifijo grande se hallaba un hombre y a su lado el buen P. Merino ayudándole y animándole como él sabía hacerlo. Aquellas lágrimas y sollozos llegaban hasta lo más hondo”.

En la década de los años 40 resurgió en le dominicos de la Provincia de España un poderoso movimiento de misión popular, que se manifestó especialmente en dos centros: uno en el Convento de Padrón (La Coruña), con el P. Antonio Solís, y otro en Extremadura con el P. Domingo del Pilar; el P. José Merino se unió al principio a este segundo centro; el objetivo del Obispo de Coria-Cáceres, Mons. Francisco Barbado Viejo; O.P., era establecer la Cofradía del Rosario y la Acción Católica en las parroquias de la diócesis. De estos dos núcleos misioneros, nació en 1946 la comunidad misionera de la Provincia

de España, instituida en el Capítulo Provincial de 1946, cuyo reglamento se firmó en Madrid el 22 de enero de 1948.

La primera misión popular en la que participó el P. Merino fue en Aldea Moret, un pueblo minero de Cáceres en 1942. El punto clave de la misión fue el Vía Crucis, el día anterior a las Confesiones generales; un misionero llevaba la Cruz con la capucha puesta; el otro, el P. Merino, leía las estaciones y entonaba los cantos de penitencia. Las mujeres con los niños terminaron llevando también a los hombres a la misión. El P. Merino conoció el bien inmenso que supone una buena misión, al experimentar sus frutos. El Sr. Obispo había dicho a los misioneros: “se acordarán de esta misión siempre para bien o para mal”; efectivamente se acordaron para bien; fue un éxito y al final Mons. Barbado Viejo hizo la visita pastoral, como colofón de la misión. Sin un gran corazón no se puede ser misionero popular, decía el Obispo. Después vinieron otras misiones: Valencia de Alcántara (Cáceres), Ciudad Rodrigo, Peñaranda de Bracamonte, Mogarráz (Salamanca), Corcos del Valle (Valladolid), Caleruega (Burgos), Realejo de Abajo, Granadilla (Tenerife) El Paso (La Palma), Palencia, Madrid, Alcuéscar 1946 (Cáceres), Priesca 1944 (Asturias), Andalucía, etc. En la misión de Pereña (Salamanca), por ejemplo, acompañaron a los Padres José Larrínaga y José Merino las Damas Catequistas, conocida asociación apostólica que funcionó en España ya en la segunda República para enseñar el Catecismo a los pobres.

Como misionero itinerante recorrió los pueblos y ciudades de España, la Península y Canarias con la pequeña imagen de la Virgen de Fátima, llevando el perdón a los pecadores, el consuelo a los afligidos y la alegría del rezo del Rosario en familia a todos. Su predicación misionera y popular fue siempre referente a los misterios de nuestra fe, particularmente la oración, la Eucaristía y la devoción del Rosario, del que decía es el corazón de María que se abre para mostrarnos sus misterios, pues la Virgen María se comió el Evangelio y nos regaló el Rosario. Con esmero entendía lo mismo a pobres que a ricos, santos que pecadores, sanos que enfermos. Era servicial con todos y con alegría socorría a los pobres en la medida de sus posibilidades. Predicaba también sobre la cuestión social, repi-

tiendo: “lo que sobra a los ricos pertenece a los pobres”. A este respecto, algún rico se quejó al párroco diciendo: “Con lo que predica ese fraile nos van a robar lo que tenemos”. Esto sucedió en Alcuéscar, 1946 (Cáceres). En una misión de La Felguera predicaban los Padres Antonio Solís y José Merino y la gente decía, refiriéndose al estilo y contenidos de la predicación: “el P. Solís predica a los hombres y el P. Merino a las mujeres”.

El proceso de la misión popular, tal como la concebía el P. Merino, fue el siguiente: Rosario de la Aurora, al amanecer; la Misa con plática a las 9; Meditación de espiritualidad para los grupos de la Parroquia a las 10; misión infantil a las 12; acto general y central de la misión a las 7 de la tarde, con dos sermones: el doctrinal y el moral, que terminaba a las 8.30 con la bendición del Santísimo; los tres últimos días el sermón para hombres al final del día. El Vía Crucis el Viernes por las calles del pueblo, a ser posible, era solemne y uno de los actos preferidos del P. Merino. Ya desde el segundo día el P. Merino era asiduo al Confesionario, donde se recoge el primer fruto de la predicación. las visitas domiciliarias se hacían por la mañana. Después de la comida en la Iglesia, ante el Santísimo, preparaba sus conferencias misionales. No eran misiones de terror, sino misiones centradas en el anuncio de Jesucristo, los sacramentos, la gracia de Dios, la conversión, el perdón de los pecados y la alegría de vivir en amistad con Dios. En cada misión buscaba un grupo de jóvenes como auxiliares. Como frutos de la Misión establecía la Acción Católica, la devoción al Rosario y la unión del pueblo con su párroco.

Después, en el Capítulo Provincial del verano de 1942 fue destinado como encargado mayor de la Enfermería Provincial que se estaba remodelando en el Convento de San Esteban de Salamanca con el importe de la venta de la casa San Antonio de Texas; en este tiempo fue también Capellán del Frente de Juventudes en Salamanca y convirtió a la Iglesia Católica a un japonés, que apadrinó D. Joaquín Ruiz Giménez. El año 1926, siendo prior de San Esteban el P. Domingo Fernández Viella, ya se había adaptado una zona del Convento para enfermería, con su capilla, conocida todavía hoy con tal nombre. Los cursos 1943-1947 estuvo el P. Merino de nuevo en La Felguera

como superior y desde el 6 de junio de 1947 hasta febrero de 1949 residió en el Convento de Atocha (Madrid), como superior, ayudando a su reconstrucción, pues había sido pasto de las llamas con la Iglesia en 1936.

#### 6. *Misionero en Méjico*

El 23 de febrero de 1949 salía el P. José Merino de su querido Convento de Atocha, camino de Méjico en compañía de los Padres Francisco Fernández de Viana, Ventura López y Santiago Rodríguez; su residencia mejicana fue el Convento de Santo Domingo de la Capital (1949-1950), donde dejó buenos recuerdos de sus experiencias misioneras, pero donde sufrió también por el modo de salir de Atocha (el mismo día 23 de febrero fue nombrado superior de Atocha al P. José Manuel de Aguilar), por la situación socio-política del pueblo mejicano y por el talante de algunos misioneros; en Méjico no era permitido entonces el hábito talar, que él tanto amaba; los frailes colaboraban económicamente con la Provincia de España y llevaban un estilo de vida religiosa diferente del que entonces se llevaba en España, no obstante la estupenda labor apostólica que estaban desarrollando allí. ¡Todo esto fue un choque duro para el P. Merino, dotado de un espíritu muy observante y religioso!

Sobre su ida a Méjico escribe él: “El P. Provincial proyecta; sólo Dios sabe si podremos coordinar tantos detalles. Por viajar no siento ilusión alguna. Por cumplir mi deber y salvar las almas ayudando con mis pobres fuerzas a la venida del Señor, estoy encantado”. En Méjico se dedicó principalmente a las misiones populares (sólo en la Diócesis de Tamaulipas 25 misiones en 1949 con motivo de las Bodas de plata Sacerdotales del Obispo, Mons. Serafín Armora), novenas, ejercicios espirituales y otras formas de predicación y dirección de almas. Llevaba también en las misiones de Méjico una imagencita de la Virgen de Fátima, que atraía a las gentes a escuchar su palabra. Con este motivo, en una procesión en Aguascalientes, iba el P. Merino con su imagen blanca de la Virgen acompañada por mucha gente y ante tal espectáculo un mestizo, a la puerta de su comercio, dijo, dándose un golpe en la frente: “Pues

ahora sí que nos las han dado todas en la mera torre con la gachupina ésta: ¡Viva la Virgen de Guadalupe!”

En una de estas misiones, en Tampico, Tamaulipas, visitó el P. Merino el lazareto de leprosos que allí había. Les celebró la misa, predicó, confesó a cuantos quisieron, les dio la mano y los abrazó, sin miedo a contagio alguno, pues su amor confiaba plenamente en Dios y quería mostrar este amor a aquellos enfermos, acostumbrados a vivir alejados de todos. En esta misma misión un acto extraordinario fue la misa en la Catedral para los enfermos, a quienes la Virgen decía en boca del P. Merino: “Dame, hijo, tus dolores y calamidades, para que los ponga en la patena de la misa y Él los ofrezca a Dios Padre unidos al magno sacrificio de su Cruz y logremos así la conversión de los pecadores de Tamaulipas y del mundo”.

El P. Merino era un gran catequista popular y sabía llegar a la gente. Conocía muchas anécdotas moralizantes, de las que se servía para anunciar a Jesucristo; algunas de éstas fueron acogidas en los números 11 al 20, ambos inclusivos, del Boletín del P. Merino. Sus temas de predicación preferidos eran: la gracia, la vida interior, la oración, el amor de Dios y del prójimo; la presencia de la Santa Trinidad en el alma, etc. “En la predicación la gente se porta como niños, por muy señores que parezcan”. Su modo de ser sencillo, humilde, amable, simpático, atrayente afectivo, lo ponía al servicio de su apostolado. Convencía y contagiaba entusiasmo y fervor. Su rostro era atractivo; su mirada bondadosa; su predicación celosa y enérgica. Fue gran promotor de vocaciones religiosas, sacerdotales y matrimoniales.

De su tiempo de misionero popular es ésta plegaria suya: “Señor, por tu amor, por el cumplimiento total de tu santa ley, en obediencia ciega a tu voz que me habló, emprendí esta senda de rosas y espinas que me ha traído a ti. Señor, ten piedad de mis errores y equivocaciones. No te había conocido a ti, Señor. Pero te vi un día y desde entonces fui cristiano, es decir, alma en cruz”. Su apostolado, acompañado de María, enseñaba a servir mejor a Jesús, a amar más a Dios Padre y a ser templos vivos del Espíritu Santo. Sabía que para conseguir algo de una persona más que pedírselo o mover su voluntad era la oración y a ella se entregaba.

Durante sus misiones en España y Méjico fue acompañado por los Padres Larrínaga, Solís, Enrique Fdez. etc. Con este Padre misionó en Méjico la difícil zona petrolera de Tampico y Ciudad Madero, Tamaulipas. Realmente, el P. Merino acogió en su corazón al pueblo sencillo mejicano. Estando en Sto. Domingo de la Ciudad de Méjico le pasó esta anécdota: llamó alguien a la puerta del Convento a la hora de la comida, salió el P. Merino y se encontró con un borrachín, el cual al advertir que el P. Merino olía a vino, le dijo: “Pues he de decirle, Padrecito: a mí también me cumple”. En 1951 participó en la Misiones de Palencia (España); eran diez los centros misionales y él dirigió el centro de San Pablo, siendo ya Maestro de Novicios. Recuerdo las misiones en Los Corrales de Buelna el año 1958, estando yo en la Caldas de Besaya. El P. Merino se entregaba con todas sus fuerzas a la misión, pues decía: “Merece la pena dar la vida por el reinado de Dios”.

#### 7. *Maestro de Novicios (1950-1966)*

El Capítulo Provincial de 1950 ordenó trasladar el Noviciado a Palencia debido al gran número de estudiantes teólogos en San Esteban de Salamanca, floración vocacional espléndida fruto de quienes entregaron su vida a Dios durante la Cruzada española; anteriormente, en 1945, se habían trasladado ya los estudiantes filósofos a los Conventos de Vergara (Guipúzcoa) y las Caldas de Besaya (Santander). La Crónica del Convento de San Pablo en Palencia registra el acontecimiento. “El 22 de septiembre de 1950, reunida la Comunidad en el Coro, y presidiendo el M. Rvdo. P. Provincial, Fray Aniceto Fernández, se dio lectura a las ordenaciones siguientes”. Después de otros asuntos, se comunicó: “Por rescripto de la Sagrada Congregación de Religiosos se autorizó al Reverendísimo Maestro de la Orden, Fray Manuel Suárez, para trasladar el Noviciado de religiosos clérigos del Convento de San Esteban de Salamanca al de San Pablo de Palencia. Nomenclación por el Maestro de la Orden de Maestro de Novicios a favor del Rvdo. P. Fray José Merino Andrés”; tenía entonces el P. Merino 45 años. El 23 de septiembre fueron admitidos

cincuenta postulantes a la toma de hábito, que al día siguiente recibieron de manos del P. Provincial.

Seis años antes el Convento de San Pablo había hecho un convenio con el Ayuntamiento y Diputación de Palencia por el cual el Convento cedía una parte de la huerta para zona habitacional y los religiosos recibían a cambio el edificio llamado Palacio de Justicia, espacio en el cual estuvo el antiguo noviciado de San Pablo. Así pues, el nuevo edificio se adaptó para vivienda de la Comunidad y donde ésta había vivido anteriormente quedaba reservada para noviciado. Las dos edificaciones quedaban unidas al sur por un nuevo refectorio y la sacristía del antiguo templo y al norte quedaba entre los dos edificios un patio amplio y más al norte una extensa huerta para la recreación exterior de los novicios. Además, en 1955 como el edificio del noviciado resultó ya pequeño se amplió el mismo edificio hacia el norte, renovando también el oratorio, la biblioteca, el salón de actos, las salas de visitas y la recreación. En los años 90 el terreno que ocupaba el noviciado fue cedido por el Convento a la Ciudad de Palencia, por lo que se derribó el edificio y se construyó en el mismo espacio el actual Conservatorio de Música.

¿Tenía cualidades para el cargo de Maestro de Novicios el P. Merino, quien hasta entonces se había dedicado sobre todo a las Misiones Populares? Parece ser que la intención de P. Provincial, P. Tomás Sánchez Perancho, residente en Madrid, era que el P. Merino se preparara en la misión de Méjico para ir después de Vicario Apostólico a las Misiones del Perú, y el propuesto para Maestro de Novicios, P. Javier Ariz, había sido enviado a Santa Sabina, en Roma, para prepararse para este nuevo encargo; al final, sucedió al revés, pues el P. Sabino Lozano, Maestro de Novicios cesante, sugirió el nombre del P. Merino para sucederle en el cargo. Para el P. Merino fue uno de los mayores sacrificios de su vida, abandonar su apostolado como misionero popular. El 24 de septiembre fue la primera toma de hábito de la primera promoción del P. Merino; llegaba la hora y el nuevo Padre Maestro de rodillas, con los brazos en cruz, pidiendo al Señor alejara de él tal responsabilidad.

El método pedagógico del P. Merino, de la escuela del P. Juan González Arintero, como el P. Sabino Lozano, fue de mucha relación directa con los novicios, en orden a inculcarles el amor a Cristo, a la Iglesia, a la Orden. El quicio de su formación espiritual fue la invitación a la oración. Acostumbraba a decir: “Quien no hiciere oración, forzosamente habrá de entregarse a las cosas del mundo, pues el corazón humano no puede estar sin amar, y si no se ama a Dios se amará forzosamente al mundo”. Sabía que el grado de oración es el grado de santidad y para el dominico es también el nivel de su predicación, pues Santo Domingo envió a sus hijos a predicar lo antes contemplado. Repetía con frecuencia: “Seamos frailes de oración; con oración llegaremos a ser santos; sin ella, será imposible”. Y recordaba un dicho del P. Lozano: “Además de la Misa y del Breviario una hora de oración; pero si estamos muy ocupados, en lugar de una hora de oración que sean dos”.

Muy entregado a su misión, nunca tuvo el P. Merino vacaciones, ni solía ausentarse del noviciado, a no ser por motivo apostólico o alguna breve visita familiar; el 22 de septiembre de 1963 estuvo en Cistierna (León) predicando en mi primera Misa Solemne; era gran consolador de los novicios, como nuestro Padre Santo Domingo de sus hijos. En una ocasión las religiosas dominicas de Santa Catalina de Valladolid quisieron retenerle más tiempo para confesarse algunas con él, quien estaba preocupado porque decía: “mientras estoy fuera el diablo siempre me hace alguna jugada a los novicios”; pero comenzó a llover torrencialmente y ni siquiera la superiora, M. Mercedes Vélez, un taxi encontró, teniendo que pernoctar el P. Merino en el monasterio. Su doctrina era profundamente trinitaria. Animaba a ser generosos en la entrega al Señor; dejándolo todo sin presunción y sin pedir nada a cambio, como los apóstoles.

Un compañero de estudios del P. Merino, enjuiciando su labor como Maestro de Novicios, aludió a algunos puntos débiles, como su preferencia por los novicios mayores; sus carencias intelectuales, pues era un fraile más pastoral que de estudio, más carismático que de gobierno; su excesiva insistencia en la oración y su poco aprecio a la celda y a sus ocupaciones en ella; pietismo devocional; además, le sorprendía que fuese

confesor habitual de los novicios aunque tuviera permiso de la Santa Sede para ello, y apego al cargo, dada la pena que tuvo al dejarlo; efectivamente, dos grandes sacrificios en su vida fueron aceptar ser Maestro de Novicios en 1950 y dejar de serlo en 1966; pero no fue apago al cargo, sino clarividencia sobre el desastre que se avecinaba.

El magisterio del P. Merino sobre los novicios fue más espiritual que doctrinal, lo cual era propio de su oficio; incluso era director espiritual de los novicios. Las clases del P. Merino eran piadosas y ejemplarizantes; alguien vio en ellas el estilo de las misiones populares o de los Ejercicios Espirituales. El conocía sus limitaciones y acentuaba, por eso, su entrega a Dios y al prójimo con su gran corazón. Decía: “Mi corazón es una gran casa de huéspedes en la que todos caben”, que adquiría colorido paternal en las navidades y en los regalos de la noche de reyes. En fin, quien conoció su rica personalidad, en cualidades humanas y sobre todo en dones sobrenaturales, se verá obligado a admitir su buena disposición natural y sobrenatural para ser Maestro de Novicios.

En los Ejercicios Espirituales que él dio a sus primeros postulantes –primera Bandera, como él llamaba a las promociones del noviciado con sentido apostólico–, les dijo el primer día, 15 de septiembre de 1950: “En este noviciado no va a haber Padre Maestro, sino Madre Maestra y la Madre Maestra será la Virgen Santísima; efectivamente, la pequeña imagen de la Virgen de Fátima que le acompañó en sus misiones por España y Méjico, fue la Madre Maestra; el último día de Ejercicios Espirituales comentó a los postulantes el pasaje del lavatorio de los pies (Juan 13,1-8) y les dijo: “Nuestra vida tiene que ser un continuo servicio a los demás”. En el noviciado los días 13 de cada mes nos levantábamos a las 6 de la madrugada al son de “las mañanitas” y esta imagen, con su corona de oro y piedras preciosas y su palio de cordobán, presidía el rosario de la aurora en el que participaban todos los novicios antes de ir a los maitines conventuales; durante el invierno la procesión era por el templo y en el buen tiempo por la huerta.

El P. Merino, Maestro de Novicios, fue la prueba de que existen otras fuentes de conocimiento teológico, además del

conocimiento racional filosófico-teológico, como son la oración, profunda y prolongada, y la práctica del Evangelio de Jesucristo, según la experiencia de Santo Tomás de Aquino en la Capilla de San Nicolás en la Iglesia de Santo Domingo de Nápoles, el 6 de diciembre de 1273. Algunos han hablado del poco discernimiento vocacional y de su insuficiente formación teológica. pero una vez más debemos juzgar las cosas por sus frutos y no por los prejuicios. El P. Merino, quien solía decir a sus novicios: “ más que muchos conocimientos importa tener algunos convencimientos”, preparaba diariamente durante tres horas ante el sagrario su clase de espiritualidad y algo encontramos en él que nos tenía envelesados y transformaba nuestras vidas; bien sabía él que la ciencia espiritual se aprende más rezando que estudiando; con razón hablaba de la abundancia de su corazón.

“Hablando con los religiosos, especialmente con los Frailes Predicadores, les exhortaba con fuerza y vehemencia, que brotaba del afecto de su corazón, a que se dedicaran con alma y cuerpo a la conversión de las almas. Le disgustaba que se dedicaran demasiado a estudios solamente especulativos y decía que preferiría que tantos sudores, vigiliias, trabajos y dificultades necesarios para estos conocimientos puramente teóricos, los emplearan en un esfuerzo tan urgente para inflamar las voluntades en el amor de Dios”. (*Del Proceso de Canonización de Santa Rosa de Lima, 1586-1617*). Con todo el P. Merino decía a los novicios: “Que nadie os diga nunca que yo no os he mandado estudiar. Estudiad muchísimo. Pero junto al estudio está la entrega a los demás, sacrificándose siempre por el prójimo”.

La Biblioteca de uso personal es algo que se encuentra en la celda de un fraile Dominicó. En la Celda del P. Merino se encontraban libros, algunos dedicados, como el *“Triduo ante Pascha et Dominica Resurrectionis”*, editado por el Rvdmo. P. Manuel Suárez en 1949 y dedicado al P. Merino por el P. Felipe Castro y Fray Benigno de la Riva; los Salmos, publicado por el P. Maximiliano García Cordero; la Vida de Jesucristo, del P. Remigio Vilariño, S.J.; Misericordias del Señor, mes consagrado a su Corazón divino, de Fray Luis de Granada, con una introducción del P. Paulino Álvarez, O.P.; Vida de María la

Madre de Dios, de Miguel Willam; Experiencias misionales, del P. Ramón Sarabia, Redentorista, regalado al P. Merino por su Maestro de Novicios a quien sucedió en el cargo con la dedicatoria: “Al P. José Merino para que escriba también sus memorias de misionero”; En el Corazón de las Masas, de René Voillaume, con la siguiente dedicatoria. San José, 1960. Al M.R.P. José Merino, el Noviciado de Caleruega en unión de anhelos y oraciones”; un libro que mucho recomendaba leer a los novicios era “La Evolución Mística”, del P. Arintero, que muchos compramos ya en el noviciado.

El horario diario del Noviciado era denso y había poco tiempo de disposición libre. Comenzaba a las 7 de la mañana con el canto de Maitines, Laudes y la Santa Misa con media hora de acción de gracias. En la charla de espiritualidad, por la mañana, que él llamaba “zapatillas de andar por casa”, por él preparada ante el Santísimo, nos llevaba a las cumbres místicas con sencillez y naturalidad, hablándonos de Jesucristo, de la vida de la gracia, de la oración y de sus grados; se servía también de los apuntes del P. Lozano. Las clases sobre la Regla de San Agustín, que se aprendía de memoria en latín, las Constituciones de la Orden y sobre la Vida religiosa y sus votos, eran otras lecciones fundamentales del Noviciado, que se impartían por la tarde. El “desfile de modelos” era como él conocía la lectura del santo de cada día, sirviéndose del “Año Santo” de Fray Justo Pérez de Urbel, con su comentario al final. Después del canto de las Completas a las 10,30 pasaba el P. Merino rociando con agua bendita las celdas de sus novicios, según costumbre mariana de la Orden. Los Dominicos por la mañana teníamos la academia de predicación, para la que preparábamos sermones durante la semana. Los jueves teníamos paseo externo; con frecuencia íbamos al Puente Don Guarín y él nos acompañaba.

Cuando despedía a sus novicios recién profesos en la estación de la Renfe de Palencia, camino del Convento de Las Caldas de Besaya (Santander), donde se iniciaba el estudio de la filosofía durante tres años, acostumbraba a darnos la consigna ESO, cuyo significado es: estudio, servicio y oración. Esta despedida era siempre difícil para el P. Merino y para muchos de los novicios. Lo que sorprendía en él era su riqueza huma-

na, que atraía y se convertía en un cauce estupendo de la gracia. ¡Que riqueza humana la del P. Merino! Por ejemplo, todos los años antes de los Reyes Magos viajaba a Madrid a conseguir de los familiares y amigos regalos para sus novicios.

#### 8. *Últimos años de Maestro de Novicios*

Los años cumbres en el número de las vocaciones en España fueron los años cincuenta, pero a partir de 1968, debido a las interpretaciones falsas y aplicaciones erróneas del Concilio Vaticano II, vino la hecatombe vocacional y sobre todo la infidelidad a los sagrados vínculos sacerdotales y religiosos de algunas personas consagradas, que tanto tiene que ver, según se dice, con la situación actual de las Órdenes Religiosas. En este contexto se pudieran presentar, consultando los catálogos de Frailes de la Provincia de España, las cifras de casi mil novicios que pasaron por el corazón del P. Merino desde 1950 hasta 1966, comparando los que profesaron, los que cantaron misa, los que abandonaron y los que, gracias a Dios y no a nuestros méritos, permanecemos en la Orden.

En 1957, debido al gran número de novicios, se dividió el noviciado, unos en Palencia con el P. Merino, otros en Caleruega con el P. Andrés Hernández, su ayudante en Palencia. Este mismo año se inauguró el Convento y el Colegio Apostólico de la Virgen del Camino (León). El curso 1963-1964 no hubo noviciado en Palencia, pues se decidió dedicar un curso más de postulante a quienes terminaban los años de Escuela Apostólica. Finalmente, en septiembre de 1966 se trasladó definitivamente el noviciado a Caleruega y con el traslado cesó el P. Merino como Maestro de Novicios, siendo nombrado maestro emérito.

Los años inmediatamente después del Concilio Vaticano II, 1966-1968, nuevas corrientes ideológicas comenzaron a irrumpir con una fuerza arrolladora también en la mayoría de las casas religiosas de España. Esta nueva tendencia arremetió también contra el P. Merino, calificándolo de “anticuado”, “no actualizado”, “pasado de moda”; por este motivo, aunque es cierto que estaba enfermo, nombraron otro Maestro de Novicios. El, tan parco en juicios sobre los demás, sobre los

superiores que tantas dificultades han tenido sobre todo desde aquellos años para ver la voluntad de Dios, sufrió mucho en aquellas circunstancias; ¡y gran discernimiento tuvo al ver que los nuevos derroteros el noviciado eran equivocados! En fin, él supo tomarlo con elegancia, pues sabía bien que es Dios quien conduce siempre la historia para bien de los elegidos. Además, también se dijo lo mismo del P. Lozano, su Maestro admirado, cuando dejó el Noviciado: “es ley de vida”, decía el P. Merino.

Personalmente, recuerdo una visita a Palencia y vi tristeza en sus ojos, en su corazón; una mirada triste y contenida en paz. ¡No iba a estar triste con la hecatombe que vino entonces sobre la Provincia de España y sobre muchos novicios suyos, que abandonaron los sagrados votos! Y tengamos en cuenta que la Iglesia dispensa de los votos, pero no juzga sobre la responsabilidad de esos abandonos, porque eso sólo corresponde a Dios.

La presencia del P. Merino en el Convento de San Pablo de Palencia influyó en el desarrollo de la devoción al Rosario en el templo de los dominicos, según el deseo de la Virgen de Fátima; a los novicios les solía decir: “La Orden Dominicana sube y baja como un termómetro según el entusiasmo que tenga por predicar el Rosario”. Promovió una suscripción popular para una corona de la Virgen, juntamente con una carroza y su palio; también colocó una imagen de la Virgen de Fátima en la espadaña del templo; fueron muchos los mantos de la Virgen que le regalaron, creó la Asociación de la Virgen de Fátima, que cuidaba la solemnísima Novena en el mes de Mayo. Recordamos también el nuevo sagrario y su deseo, después cumplido, de picar las paredes de la Iglesia de San Pablo, que se encontraban en mal estado, para que apareciera la piedra natural.

El P. Prior puso en una ocasión en venia al P. Merino, subprior, porque en su ausencia permitió a la comunidad levantarse algo más tarde con motivo justificado y con su legítima autoridad de subprior. Con todo, él asumió con paz la desmesurada corrección pública. De todos modos, cuando refiero limitaciones de los hombres, prefiero fijarme no en la condición humana, sino en los caminos elegidos por Dios.

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.  
*Salamanca*

# Arcanos misteriosos del Sagrado Corazón de Jesús

*“No sé yo que haya en la vida espiritual ningún ejercicio de devoción más propio para elevar al alma a la más alta perfección” (Santa Margarita María Alacoque).*

### 1. *Las Moradas exteriores del Sagrado Corazón*

Todo le está permitido al que ama; por eso, santamente osado, pretende arrancar secretos tan ocultos y escondidos, que bien pudiera llamarse temeridad semejante atrevimiento, sino supiese que sólo Dios-Amor es quien le ha de franquear la puerta para encontrar lo que desea. El alma, corriendo tras la fuente de las aguas vivas que es Vuestro Corazón amante, en hallando manantial tan deseado, corre sedienta a abismarse en él: mas como sabe que es manantial oculto y misterioso y que está situado en lugar tan alto, cava muy hondo para encontrarlo, siguiendo una ley evangélica; y cavando profundo se halla con su nada y en ella se le descubre el manantial buscado, donde podrá hartarse hasta la vida eterna. Éste es, deífico Corazón, lo que ha de hacer el corazón que pretende beber en las aguas purísimas de Vuestra divinidad, y ver allí la secreta relación que existe entre esa nada y ese todo y el poder que tiene para imponer dolores y gozos el que es todo.

Cuando atentamente se considera el interior del Sagrado Corazón de Jesús; cuando se penetra siquiera un poco en ese paraíso de dolores, entonces queda el alma suspensa y asombrada, al advertir y entender tanto, si bien al mismo tiempo ese ver es lo mismo que nada y esa nada sinónimo de todo; mas sintiendo lo que no comprende, ve cosas asombrosas, en su aparente imposibilidad. Lo que más atrae del alma las miradas,

oh Corazón divino, son esas heridas y espinas, siempre presentes, que misteriosamente os punzan y atormentan en lo más interior de vuestro Corazón. En ellas veo simbolizados los atributos todos de Vuestra real victoria. Y veo, Corazón de Jesús, veo en esas heridas un amor que se atreve a pretender y que consigue lo que fuera imposible si, el ser divino en quien se alimenta, no empleara por decirlo así toda su divinidad en cooperar a la obra místicamente dolorosa de su amor.

Yo veo, Corazón amante, unas llagas tan hondas y dolorosas que, penetrando donde el corazón y el entendimiento humano se pierden, quedarán siempre abiertas por la fuerza de la caridad; yo veo, dulcísimo Corazón, que esas llagas, que esas heridas, que esas centellas, se atreven con divinos tormentos a martirizar mística y espiritualmente al que es impasible por esencia. También os veo, Corazón dolorido, tan fuertemente oprimido que exhaláis quejas de un padecer incomprensible, porque es un padecer de Dios. ¡Oh, divinas opresiones, causadas por la esencia de la misma divinidad! ¡Quién podrá comprender cuánto dolor encerráis, y quién atinará a entender el dolor encerrado en ellas, siendo Él la causa de donde proceden! ¡Oh, misterios incomprensibles y ocultos! ¡Calle la lengua, enmudezca el entendimiento y sólo hable el corazón en su propio y particular lenguaje!

No es esto todo, soberano Corazón de Jesús. Aún querréis descubrirme otro tormento que os aflige. También advierto que esas heridas os abrasan y queman, haciéndoos de nuevo exclamar aquella queja, que más que de vuestra boca de vuestro Corazón procede, cuando en la Cruz decís, manifestándonos lo que dentro lleváis: ¡Tengo sed! ¡Oh, mi buen Jesús, ¿no habrá nadie que derrame en Vuestro sediento Corazón una gotita de agua que la mitigue? Pero si alguna llega hasta allí, al caer en tal hondas llagas, quema y abrasa a la par que consuela. ¡Oh, gotita de agua misteriosa, ¿qué poder es el que tienes para obrar cosas tan grandes en el Sagrado Corazón de Jesús?

Esa gotita de agua es la sangre que el amor y el dolor arrancan al corazón compasivo ante las padecimientos de Jesús. Por eso comprendo que abraza y queme, porque al fin es sangre, y que consuele, porque es también amor. Dejadme, Corazón

deífico, dejadme contemple admirada el lugar misterioso donde se fraguan tantos arcanos, donde en el silencio divino y profundo que allí reina con igual armonía, se actúan las obras más incomprensibles, que en él penetre y que, oculta y escondida entre las sombras que encumbren tan altos misterios, me pierda aun sin entenderlos en su profundidad inmensa.

Dejadme, Corazón de Jesús, que mi corazón sea el agua que mitigue Vuestra devoradora sed y que abrasado él mismo en los ardores que oprimen al Vuestro, exclame como Vos. ¡Tengo sed, de amar y padecer! Y escuchando Vos ésta su queja, le aneguéis para siempre en este piélago infinito, de vuestros dolores, que son vuestros dolores, que son vuestros amores.

### *Primera Morada*

El divino Corazón de Jesús es el manantial de todo bien, el cual se comunica a los hombres con un amor indecible, es decir, incomprensible. Es el medio más llano y rápido para llegar el alma a una alta perfección y a una íntima comunión y comunicación con Dios. Este divino Corazón, con tal que uno sea fiel, le lleva e introduce en las diferentes moradas o mansiones de su Corazón divino, en las cuales le purifica, le santifica, le destruye y, al destruir el propio yo, empieza a edificar el sólido edificio de la más alta perfección.

Dos clases de moradas, me parece, tiene este divino Corazón: unas exteriores, otras interiores. En las primeras tienen su mansión personas de buena voluntad, que empezando a entrever el sendero que lleva al cielo, se deciden generosamente y con mayor ganancia a andar por los caminos espirituales, mortificando la naturaleza viciada y proponiéndose plantar y edificar virtudes. Como en este principio de la vía purgativa son muchas las dificultades que se ofrecen, las pasiones están vivas y el demonio alerta para impedir el bien, es mucho lo que este divino Corazón trabaja para ir las sacando poco a poco, por la suave violencia de su gracia y amor, de entre tantas espinas y abrojos de inclinaciones malas y violentas pasiones.

Como su amor es incansable y su caridad infinita, viéndolas con buena voluntad, las recoge en la primera de sus mora-

das exteriores. Allí usa a veces de vivos remordimientos de conciencia, usa también de los atractivos poderosos de su gracia; humíllase este divino amante, hasta el punto de ir como mendigando el amor de su criatura, facilitándole y allanándole las dificultades que se le presentan. No hay duda que si la virtud es costosa al principio, se allanan y suavizan las asperezas en las almas que merecen el inmenso beneficio de empezar a conocer el deífico Corazón de Jesús; pero esto mismo es para él ocasión de profundos y amargos dolores, pues en sus moradas todas hay un sello de padecer que es, por decirlo así, el que fructifica y consigue los copiosos frutos que alcanzan las almas en cada una de ellas.

Sufre el divino Corazón de Jesús, en primer lugar, porque ofreciendo amorosamente este refugio a todos, aun de entre los que de buena voluntad empiezan el camino de la virtud son muy pocos los que se aprovechan de este medio facilísimo de adelantar en sus buenos deseos, y se ve tristemente abandonado y también menospreciado; sufre, además, porque ama mucho a esas personas y ve que tropiezan y caen por falta de no acudir a donde seguramente caminarían con mayor pres-teza y ganancia. Paréceme que esta falta de conocimiento consiste en no empezar la vida espiritual asentada y sostenida en el cimiento profundo de las oración. El Corazón de Jesús hasta en sus moradas más inferiores no se da a conocer sino en el secreto retiro del trato del alma con Dios, así quien quiera tener entrada en ellas ha de emprender esta práctica, tan olvidada generalmente hoy en día, aun de aquellas almas que hacen profesión de piedad y devoción.

Éste es uno de los tormentos que a Él afligen y causa por qué abriendo con tal liberalidad su Corazón a todos, deseando con ansias de Dios, que se enriquezcan allí las almas, se halla tan pobre y desamparado. Aquéllos, pues, que en el principio de la vía purgativa entran en esta primera morada del Sagrado Corazón han de disponerse ante todo para el santo ejercicio de la oración mental. En ella aprenderán a conocer a Dios y a sí mismos, y este conocimiento propio que se encuentra en el Sagrado Corazón tiene por finalidad animar y alentar al alma, la cual, por más sumida en miserias que se vea, ve en

ella la omnipotente misericordia de Dios tan dispuesta siempre a hacer sus mercedes, y siéntese impulsada a salir del abismo de sus miserias para que en ella ejercite el Señor el acto más propio de su grandeza y majestad, que es perdonar liberalmente a su ofensor.

Éste es el fruto propio de las almas que penetran en esta primera morada del Sagrado Corazón. ¡Feliz el alma que sepa aprovechar las gracias encerradas en ella! ¡Feliz si, recogida allí, considera atentamente que el principio de sus males provino del olvido de Dios y de la dignidad de su ser cristiano! ¡Feliz si, animada por las luces que allí recibe, se propone entrar dentro de su corazón, es decir, meditar atentamente en el Sagrado Corazón de Jesús las raíces de sus caídas y sus obligaciones con Dios! ¡Feliz, por último, si, haciéndose libremente esclava del mansísimo Jesús, se resuelve a seguirlo, porque merecerá entrar en la...!

### *Segunda Morada*

En ella recibe una vida nueva. El conocimiento de la grandeza de Dios, adquirido en la primera, la llena de un respeto santo y temor amorosamente filial, por el cual se aleja del pecado voluntario; además, la vista de sus miserias la humilla en presencia de su santidad infinita, pero este ver va acompañado de una grande confianza en la divina misericordia, cuyas disposiciones le merecen las gracias encerradas en esta Segunda Morada. En ella le enseña el Sagrado Corazón los copiosos frutos de la redención, el amor infinito que le impulsó a sacrificar su vida y honra para abrirla el cielo; y la anima a pelear contra sus pasiones a fin de alcanzar una gloriosa victoria. Desde entonces se hace entrever la paz y sosiego santo que consigue el alma siendo señora de sí y, aunque aún no atina a comprender cuál sea este descanso, ve entre nieblas que hay un lugar donde reposa el alma por la muerte de las pasiones.

En esta Segunda Morada, después de haber comprendido la gloria encerrada en el vencimiento propio, y haberse resuelto a trabajar con hechos seriamente en su santificación, empieza el deífico Corazón de Jesús a manifestarle amor y ella a verle

bajo nuevas formas, amorosas y misericordiosas; entonces es cuando le enseña lo que le ha costado y comienza ella a dolerse de sus culpas, no sólo porque le hacen perder gloria, sino sobre todo porque ofenden ese único amor; entonces la vista exterior de ese Corazón coronado de espinas, llagado y adornado con el trofeo de la Cruz, parece que le habla al corazón y sólo con esta vista siéntese el alma movida a tristeza y dolor por los pecados pasados.

En esta Segunda Morada purifica mucho nuestro Señor al alma por la contrición y le concede mayor generosidad para combatir; ella por su parte, si es fiel, aunque le espanta en cierto modo la difícil tarea de la perfección, se siente más fuerte y dispuesta a ella, porque recibe del Sagrado Corazón gran fortaleza. Paréceme que está allí colocada exteriormente, pero resguardada en la llaga de su Corazón, recibiendo la sangre que de ella brota, la cual la purifica y comunica un generoso vigor. El fruto que pretende Nuestro Señor saque el alma de esta Segunda Morada es, primero, dolor de sus pecados, mirando más la persona ofendida que el daño que a ella resulte; segundo, gran generosidad en la modificación de sus pasiones y ahondar en el conocimiento de los dolores de Jesucristo en su pasión, cobrando aliento en ellos para alcanzar una victoria completa.

En la oración ejercita sus potencias, quedando cautivo el entendimiento por la consideración de los dolores de la pasión; el cual, al sentirse tan penetrado, mueve a la voluntad que se inflama en la detestación de cuanto ofende y disgusta a Dios; y la memoria, avivando este recuerdo, mantiene lo captado por el entendimiento y aumenta los ardores de la voluntad. Si para el alma hay en esta morada dulzuras, que cierto las hay, las alcanza tan sólo por medio de las amarguras del Sagrado Corazón de Jesús, que ciertamente sufre, porque entonces todavía el alma le entiende poco y aún no corresponde a su amor con la largueza y generosidad que este divino Corazón le pide. ¡Oh, Dios mío, qué océano tan insondable es el de los interiores tormentos de Vuestro déficio Corazón! ¡Qué misterios encierra Vuestro divino padecer y cómo entender que el mismo amaros y corresponderos la criatura sea para Vos fuente y origen de amargura y dolor!

*Tercera Morada*

En esta morada entra el alma por la práctica de las virtudes y corresponde a la vía iluminativa. En la Primera ha visto lo que es el pecado y la grandeza del Dios ofendido. En la Segunda la ha purificado el Sagrado Corazón por la contrición y le ha dado un generoso vigor para combatir contra sus pasiones. En la Tercera le enseña la práctica de las virtudes en su mismo divino y amante Corazón. La introduce con más sosiego y reposo en la oración, enseñándole en Él, el modelo perfecto de vida interior. Le comunica también mayor facilidad para vivir en la presencia de Dios, según el atractivo de cada uno, pero acostumbra empezar en esta Morada a inclinar el alma a cierta sencillez y simplicidad en sus actuaciones, preparándola así a lo que desea hacer de ella en las otras Moradas más interiores. En ésta le da a gustar cuán suave es el Señor y se le pueden aplicar aquellas palabras del Salmista: “Correré por el camino de tus mandatos, cuando me ensanches el corazón” (Salmo 118,32).

En efecto, más habituada a la interior mortificación de las pasiones y fortalecida con el auxilio sensible de la gracia, que le comunica el Sagrado Corazón, corre por el camino de los mandamientos de Dios con un corazón dilatado por el amor y la confianza. En el retiro de la oración le hace gustar cuán suave es el Señor; le da luces claras sobre la práctica de las virtudes y empieza a descubrirle su amante Corazón. En esta Morada, ya el alma más purificada, participa en mayor grado de las influencias divinas del Sagrado Corazón, quien a veces se le suele comunicar, aun cuando no sea más que de paso y como a intervalos, por no estar todavía bastante apartada de los objetos sensibles, que ejercen alguna influencia en ella. Su comunicación con el alma en la oración suele ser por luces e inteligencia de las verdades de la fe. Actúa y trabaja con sus potencias, pero la memoria y el entendimiento sólo hacen sus operaciones hasta llegar a mover su voluntad, lo que fácilmente consiguen. A veces se inflama ésta mucho con el conocimiento de alguna verdad y empieza a menospreciar real y

verdaderamente los goces de este mundo, por lo que le da a gustar de sí el Sagrado Corazón.

Entonces es cuando su pobre corazón empieza a no encontrar sosiego sino en la posesión de Dios y comprendiendo su importancia para todo bien se agarra más fuertemente al poder y gracia de Nuestro Señor. En esta Morada glorifica a Dios de un modo más espiritual y, aunque parece cosa contradictoria, su gloria radica y se identifica más con los dolores y penas del Sagrado Corazón. En efecto, al introducirla en ella, pretende darse a conocer al alma con sus perfecciones y amor infinito y, como en este conocimiento cuanto más ve más le queda por descubrir y penetrar, de ahí un padecer espiritual y divino del Sagrado Corazón, aumentado por la ignorancia de la misma alma que le ocasiona, pues si lo llegase a conocer este conocerle le serviría de alivio, consuelo y descanso. ¡Qué insondables son, Jesús mío, tus caminos! ¡Qué misteriosa tu comunicación con las almas! ¡Qué profunda y secreta tu providencia! Ciegas al alma para sufrir Tú y permites y quieres que su gloria y el consuelo que ésta te proporcione, tenga su asiento y proceda de las interiores penas y dolores de tu amante Corazón.

#### *Cuarta Morada*

Así preparada el alma entra en la Cuarta Morada exterior del Sagrado Corazón. En ella le aguardan combates, pero también se le prometen gloriosas victorias; a veces le arrancarán sangre del corazón las luchas y peleas que le aguardan, pero la tiene colocada Nuestro Señor entre la Cruz que ostenta en su Corazón y las espinas que coronan al mismo, dándole de este modo a entender que, si quiere descansar, tiene que escoger primero la Santa Cruz como lecho de su descanso, y si desea gozar de los dulces abrazos del esposo tiene antes que coronarse con las agudas espinas de la mortificación, cifrando en ellas su alegría. Esta Morada del Sagrado Corazón es toda una lucha y combate, no como la Primera y la segunda, donde pelea directamente con sus pasiones en rebeldía contra la razón, sino con el enemigo que le tiende lazos y escollos en los cuales trata de aprisionarla.

Parece que el Divino Corazón da licencia al enemigo para atacarla en el lugar mismo de su refugio, viéndose acometida de dudas, tentaciones y luchas tan grandes, que le parece está todo perdido. Tiene, sin embargo, como un faro luminoso siempre ardiendo y encendido, que no permite el Señor llegue a ocultarse, como en otras Moradas, que es el de la fe, la cual luce brillante para alentarla, mostrándole el puerto seguro a donde se encamina. Además, a veces, invocando ella como los Apóstoles el auxilio divino diciendo: *Sálvanos, que perecemos*", suele recibir aquella misma respuesta a modo de repreensión que tranquiliza y pacifica: *"Alma de poca de fe ¿por qué temes? Y con este ¿por qué? se serena y recobra la paz.* La manera de comunicación que tiene el Divino Corazón con el alma en esta Morada es muy oculta y escondida. Está muy cerca de ella, aunque ésta ignore su presencia; sólo siente una fortaleza santa que le anima a combatir generosamente, y Nuestro Señor va actuando ocultamente en ella cosas grandes, dejando que la tentación le sirva de crisol donde se purifica y ennoblece su ser.

En la santa oración Jesús suele dar entrada en el alma, sobre todo en los intervalos que tiene de paz, un mayor conocimiento de su Corazón, aunque todavía sea sólo de los actos exteriores de su vida. Encuentra también gran alivio en la meditación de la Pasión y acostumbra Nuestro Señor darle mayor inteligencia de sus dolores y tormentos, con lo cual le hace más llevadera su Cruz. Detiene al alma bastante en esta Morada por ser la tentación fuego lento, que purifica y santifica más de cuanto pueda decirse; también le sirve para prevenirla con humildad a mayores donaciones de gracias, que en las interiores Moradas le están destinadas. Hay un no sé qué de suave y amargo en esta mansión del sagrado Corazón, una luz entre tinieblas que hace adelantar mucho al alma, poniéndola indiferente para todo lo que no es Dios.

### *Quinta Morada*

En esta Morada el Sagrado Corazón hace padecer al alma de otro modo. Antes de acrisolarla en el fuego de las interiores

tribulaciones del espíritu, con pruebas procedentes del mismo Dios, la somete a un fuego activo y doloroso con el fin misericordioso de destruir en ella las inclinaciones y deseos naturales; así empieza el sólido edificio de su perfección, asentado en el sólido cimiento de su nada. Con esta finalidad, para desprenderla aun de lo más santo y justo, le hace beber el cáliz de los desengaños: en quien pensaba encontrar apoyo, halla abandono; sus beneficios son remunerados con ingratitud; sus intenciones, las más rectas, son mal interpretadas; en fin, en todas partes donde mira encuentra espinas que la punzan y dardos que la hieren.

Y todo esto viene dispuesto por el inmenso y misericordioso amor del deífico Corazón de Jesús, cuyo fin es mostrarle por propia experiencia que todo es vanidad, excepto amar y servir a Dios; y que quien se apoya en el vano brazo de la criatura merece caer con la misma que la sostiene. En la oración, su comunicación con ella es sólida, firme, establecida en la fe, sin apoyo sensible, ni luz aparente, y este carecer de apoyo y vivir en tinieblas engendra en ella, sin embargo, una firme esperanza en sólo Dios, asiéndose tan fuertemente de los brazos de su Providencia que, aun viéndose rodeada de tropiezos por fuera y por dentro como en la entrada de un camino estrecho y escabroso, confía totalmente su vida al Señor.

En esta misma Morada, después de haberse el alma establecido firmemente en ella, recibe del Sagrado Corazón pruebas evidentes y ciertas de su misericordioso amor; le comunica tal paz, que no se altera ni siquiera en medio de pruebas y contradicciones, y le concede asiento y firmeza tales que en ella originan gran tranquilidad interior. Además, si es fiel, llega hasta desnudarla de los afectos sensibles a las criaturas, llegando a serle indiferente sus menosprecios y amores. De este modo, se inicia en el alma una soledad santa, donde la visita del Amado, comunicándole dones que la llenan de júbilo al verse despreciada como vil. Así comienza el Sagrado Corazón a ser Señor de su corazón, que se va disponiendo a sus amores y, aunque no le encierra, no obstante dale a entender cuán grande sea la hoguera de amor que le abrasa, comunicándoselo con tal viveza, que parece sacarla de sí misma.

*Sexta Morada*

Así prevenida, penetra el alma en esta Morada, haciéndose al entrar en ella gran mudanza en su interior. Se ha visto en la anterior abandonada de las criaturas, pero visiblemente sostenida por el infinito poder de Dios, y ahora encuéntrase totalmente sola, abandonada en profundas y densas tinieblas. Entonces exclama con la esposa de los Cantares: “Si habéis visto a mi Amado, decidme dónde se encuentra”. Y no hallando el lugar donde Él descansa, sufre, gime, padece y entra en agonía. ¡Oh, corazón deífico de Jesús, qué profundos son tus caminos y qué insondable tu providencia! ¿Quién se atreverá a penetrarlos y quién aún menos podrá comprenderlos?

Esta Morada del sagrado Corazón, toda de dolor y angustia para el alma, es toda asimismo de amor, tanto más sólido y verdadero cuanto más despojado de cuanto halaga a los sentidos. El deífico Corazón pretende en ella hacerla morir místicamente para luego darle en lo interior de su corazón una nueva vida llena de luz. Pero hasta llegar a esto ¡por qué agonías tiene que pasar!

Unas veces camina por extensos y asolados desiertos, donde no encuentra ni una gota de agua, que apague los ardores de la sed de amor que la devora; otras hállase como sumida en profunda y espantosa cueva, donde le parece va a ser presa de horribles animales que la rodean; a veces anda entre tan temibles precipicios, y es tan estrecha la senda por donde camina, que parecele se le desvanece la cabeza y sin remedio va a quedar sepultada para siempre en el abismo; otras empieza a subir la empinada senda de la montaña de la mirra y son tantas espinas y zarzas que la hieren que, cierto, desfallecería, si no tuviera la vista fija en la Cruz, símbolo de sus esperanzas y aliento de su flaqueza, que descubre en lo alto de la montaña santa.

Pero, si mira bien, esa cruz erizada está de espinas, y en ella no se encuentra el cuerpo, aunque sea sin vida, de su adorable Redentor. No obstante, tras de esa cruz, despojada y solitaria, anhela ir, y sólo en su vista halla fuerza. Y cuando después de reiteradas luchas, sudores, agonías, y de morir cien

veces viviendo, llega ya abrazarse con ella, entonces el divino Corazón de Jesús realiza la mística crucifixión del alma en su Corazón amante; así la deja enclavada en una cruz toda de amor, en sus tres potencias, que allí quedan para siempre así mismas muertas, sin otra vida que la que el divino Corazón la quiere comunicar; entonces inicia el canto de su liberación.

Sus sentidos coronados con las espinas de la mortificación han bebido hasta las heces el cáliz de la amargura; y su corazón taladrado por el encanto de Amor divino se encuentra paralizado en su actuar, a no ser para amar al único Amor de los amores; y así entre angustias, dolores y amarguras, exclama como Cristo en la Cruz: “Dios mío. Dios mío, ¿por qué me has abandonado?; y en un supremo esfuerzo de amor añade: “Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu”, acto verdaderamente heroico de un alma que, abandonada al quehacer de Dios, le confía entera y llanamente su vida; amor verdaderamente depurado de todo interés y mira de sí mismo, que le hace olvidar sus quehaceres para que sólo brillen los atributos de Dios en su justicia o en su misericordia; tan grande es el acatamiento del querer divino que puede exclamar después: “Todo está consumado” y con esto muere místicamente el alma en el Corazón Sagrado de Jesús.

El alma queda así reducida a la nada, empezando en ella el sólido edificio de su perfección, pudiendo decirse que desde entonces tendrá una parte más pasiva y el Corazón de Jesús más activa. Todo este obrar lo hace de un modo muy espiritual e interior, comenzando este trato y comunicación de corazón a corazón, que en el porvenir formará el fundamento de la paz inalterable del alma. Pero ¿quién podrá decir cuáles son en esta Morada sus operaciones secretas, los toques que recibe en la oración santa, las llamadas con las que le invita a excederse a sí misma, subiendo a penetrar los secretos de su Divinidad? Casi puede decirse que hay ciertos movimientos interiores del alma hacia Dios, y de Éste en su bondad misericordiosa hacia aquélla, que siempre quedarán ocultos y escondidos entre quien los recibe y quien los da.

Si embargo, Corazón divino, no quedan ignorados de todos los inmensos e ingeniosos medios de que tu amor se vale para

levantar al alma y llegarte tú hacia ella; descorre un poco el velo de tus amorosos afanes y vean todos hasta qué punto te consumes en caridad, En efecto, aun entre las tinieblas de que rodea al alma en esta Morada por efecto de sus secretas comunicaciones, la ilumina con resplandores divinos. Entre las angustias y agonías que la oprimen, hácela gustar una paz y alegría inalterable, sin que ésta disminuya su sufrir, ni éste su alegría y consuelo, siendo esto uno de los arcanos más incomprensibles de su actuar en las almas. Pero, Jesús mío ¿cómo expresar esas íntimas y dulces a la paz que amargas uniones tuyas con el alma? ¿Esos transportes de amor, ese sufrir por amar a éste no poder excederse en sí mismo? ¿Ese verte y no verte? ¿Ese silencio y elocuente hablar de tu Corazón divino? ¿Ese oír y entender cosas incomprensibles, sin oír, ni entender tampoco nada?

¡Oh, Jesús! ¿No será mejor callar y dejar en el silencio lo que sólo ha de comprender aquél a quien Tú se lo quieras comunicar? Callaré, pues, y que hable tan sólo tu Corazón en el retiro y silencio de las obscuridades y tinieblas de esta tu sexta Morada en la cual, aun con obrar tanto, no es más que pálido reflejo de lo que tienes aparejado en tus interiores Moradas. ¿Qué harás con el alma cuando en ellas la introduzcas e internes?

M. MARÍA SERAFINA LEMERY, VSM  
*Monasterio de las Salesas de Burgos*

## Información

# Informe sobre un viaje por China (18-VII a 31-VIII-1996) y la Canonización del Beato Francisco Fernández de Capillas, O.P., Protomártir de China

### 1. CANONIZACIÓN DEL BEATO FRANCISCO FERNÁNDEZ DE CAPILLAS, O.P., PROTOMÁRTIR DE CHINA

El 10 de marzo de 2000, S.S. Juan Pablo II decretó la canonización de 120 mártires de China. De ellos 6 son dominicos españoles. La canonización tendrá lugar el 1.º de octubre de 2000.

Los 6 mártires dominicos aunque separados en el tiempo por un siglo († 1648, 1747-1748), forman un grupo homogéneo por su nacionalidad española, por su pertenencia a la provincia dominicana del Santo Rosario, fundada en Manila en 1587 para la evangelización del Extremo Oriente, y por la actividad misionera en el sureste de China, en la provincia de Fukien.

Todos ellos, salvo Francisco de Capillas, murieron en Fochow, China, unidos en la misma fe, en los mismos sufrimientos y en la misma familia, la dominicana.

Sus restos se veneraban en la iglesia de Santo Domingo de Manila, que fue destruida en la guerra mundial de 1941. Su fiesta en la Familia Dominicana de España se celebra el 15 de enero; en otros lugares se celebra el 6 de noviembre, junto con otros mártires de Oriente.

Francisco Fernández de Capillas nació el 11 de agosto de 1607 en Baquerín de Campos (Palencia) y en 1623 entró en la

Orden en el convento de San Pablo de Valladolid. Siendo diácono, en 1631 partió para Manila, donde fue ordenado sacerdote el 5 de junio de 1632.

Durante 10 años se dedicó al ministerio en Filipinas. En noviembre de 1647 Francisco, después de haber prestado servicio sacerdotal a dos enfermos, es apresado y conducido tres veces al tribunal. En la cárcel continúa su misión. Fue sometido a la dislocación y a la fragelación. Sacado a la fuerza por la noche el 15 de enero de 1648 mientras rezaba con otros los misterios dolorosos del Rosario, fue decapitado en la ciudad de Fogán.

Los cinco misioneros siguientes desplegaron su actividad apostólica en los años 1715-1747 en un período de persecución iniciado en 1728 y recrudecida en 1746. Era la época de los emperadores Yung-Cheng y del hijo K'ien-Lung.

El edicto de condena, emanado del Virrey el 18 de diciembre de 1746, tiene las siguientes acusaciones: *“Pedro Sans, por ser jefe de la religión cristiana que enloquece a hombres y mujeres con una falsa doctrina, sea pronto decapitado. Francisco Serrano, Joaquín Royo, Juan Alcober y Francisco Díaz, por haber inducido y engañado al pueblo con la misma falsa doctrina, son declarados reos de descapitación. Mientras tanto esperan en la cárcel un decreto ulterior”*.

Con la confirmación del Emperador, el obispo Sans fue ajusticiado el 26 de mayo de 1747. Por autoridad del Virrey, el 28 de octubre de 1748, en la misma cárcel, el obispo Serrano y el presbítero Royo fueron asfixiados; los hermanos Alcober y Díaz estrangulados. Todo sucedió en la ciudad de Foochow o Fuzhou, capital de Fukién.

El Beato Pedro Sans i Jordá, Obispo (1680-1747), nació en Ascó (Tarragona) el 1 de septiembre de 1680. El Beato Francisco Serrano Frías, Obispo Electo (1695-1748), nació en de Guenejea (Granada) en 1695. El Beato Juan Alcober Figuera, Presbítero (1694-1748), nació en Granada el 21 de diciembre de 1649. El Beato Joaquín Royo Pérez, Presbítero (1691-1748), nació en Hinojosa (Teruel) en septiembre de 1691. El Beato Francisco Díaz del Rincón, Presbítero (1713-1748), el más joven del grupo, nació en Écija el 2 de octubre de 1713.

## 2. INFORME SOBRE UN VIAJE POR CHINA

*“Felices vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. En verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron”. Mt 13, 16-17.*

*Macerata, 14 de septiembre de 1996*

*Hermanos: Si pudiera resumir nuestra peregrinación por la China en una sola frase, ésta de Mt 13, 16-17 sería la más adecuada, pues fue exactamente esto lo que vivimos durante estos 40 días: un tiempo de muchas alegrías y sufrimientos, pero de gran ayuda para nuestra conversión. La única cosa que puedo hacer es agradecer a Dios que me concede la gracia de ver sus maravillas y de participar de ellas en primera persona.*

*Es muy difícil, en este momento, pasar al papel una experiencia tan profunda como fue la de este período; las palabras no consiguen expresar aquello que yo gustaría deciros personalmente, no obstante... intentaré ordenar las ideas.*

### *Antecedentes*

Desde que este viaje fue concebido hubo muchos problemas, llegándose incluso a pensar en no realizarlo. Al principio, debía ser un viaje con el seminario de Macerata y el de Taiwan, juntos, en el cual nosotros seríamos enviados de dos en dos por toda China para encontrarnos con el clero chino. Esto estaba en el más absoluto secreto; pero en el momento de hacer los visados de ingreso de los seminaristas, el gobierno chino ya conocía nuestras intenciones y prohibió la entrada de seminaristas en Taiwan en la China Continental. ¿Cómo lo habrán sabido? Así quedamos sólo nosotros, los de Macerata, 20 seminaristas más el rector, D. Mario, y 4 seminaristas de Taiwan más el rector, D. Antonio. No siendo posible hacer la misión de dos en dos, hemos hecho el viaje el grupo entero siguiendo la ruta turística prevista por el gobierno chino.

Otra dificultad fue el problema del dinero: hacer este viaje tan largo costaría millones, y aún teníamos la incertidumbre

de si podríamos o no encontrar a estos obispos. Nuestros catequistas dudaban de si sería realmente ventajoso, además de cómo presentar a la diócesis de Macerata estos gastos astronómicos (?). Nosotros no teníamos todo este dinero. Después de muchas dudas y oraciones, se llegó a un acuerdo y el viaje fue confirmado prácticamente dos días antes de partir.

Y aquí se ha dado un “pequeño milagro”: en el mismo día en que nosotros partíamos de Macerata –18/07– el seminario recibió de una familia una herencia dejada por uno de sus miembros y esto fue la cuantía que cubrió todos nuestros gastos. Casi, casi se puede afirmar que no es verdad aquello que dice el proverbio: –el dinero no cae del cielo–. A veces cae, sí, y de los modos más inesperados posibles, porque nadie puede controlar la fantasía y la creatividad del Padre Eterno.

### *El viaje*

Establecida la ruta, según aquello que quería el gobierno, y según las ciudades en las que queríamos encontrar a estos obispos y padres, partimos pidiendo a Dios que nos ayudase a vivir estos 40 días como una verdadera peregrinación.

De hecho, D. Antonio (de Taiwan), que ya conocía bien la región, nos guió en la 1.<sup>a</sup> parte del viaje. Él conocía a estos obispos y sabía donde estarían, por eso procuró organizar una ruta en estas regiones, pero el problema continuaba: no sabíamos si sería posible encontrarlos, porque existen muchas reservas por parte del gobierno local. Hago aquí un paréntesis para hablar un poco sobre la *situación actual de China*:

– La China siempre fue gobernada por emperadores y sus dinastías que guerrearon entre sí por la conquista del poder. Esto duró hasta 1917 cuando Tsun Ian Tsng (se escribirá así?) proclamó la república, terminando con siglos de guerras entre dinastías.

– El cristianismo, por su parte, entra en China en el siglo V, a través de seguidores de Nestorio, que lo difundieron en la región (nosotros visitamos, en Xián, una estela nestoriana del siglo V, que atestigua este hecho). Dependiendo del empera-

dor, la religión cristiana era más o menos difundida, perseguida o aceptada. Después de 1917, existía libertad para profesar la fe, y también libertad para la Santa Sede en la elección de obispos que estuviesen en comunión con Roma.

– Más tarde, en 1944, entró Mao Tsé Tung y después su famosa revolución cultural. Con la instauración del régimen comunista China fue casi completamente destruida. Mao decía que, para construir un nuevo país, era necesario cancelar todas las cosas antiguas (la tradición) y cualquier tipo de sistema político ya existente. El cristianismo fue una de las primeras cosas a eliminar, porque según el comunismo el Papa es un jefe político de estado, y, por tanto, no se puede admitir que un jefe de estado interfiera en las decisiones del partido local. Aquí, muchos obispos, sacerdotes y religiosas fueron encarcelados y torturados (muchos de ellos hasta la muerte), para obligarles a renegar de su comunión con Roma y de su fe en Jesucristo.

– Pero no fue atacado sólo el catolicismo. Mao perseguía también otras religiones, cristianos separados (por ejemplo, los protestantes), además de destruir también la religión local, el taoísmo. Él atacó los grandes monumentos chinos, que significaban siglos de historia, en nombre de una “nueva era”, de la cual él sería el gran líder que levantaría a China a la gloria y a la hegemonía política mundial (en otras palabras, era un loco). Basta decir que muchos monumentos que visitamos fueron reconstruidos en los años 70-80, porque los originales han sido destruidos por él procurando cancelar la interferencia del pasado, de la tradición.

– Esta confusión sirvió para cancelar casi definitivamente la palabra *moral* del diccionario chino. De hecho, anulando las bases tradicionales (y religiosas), se ha construido una sociedad cuyos valores son fragilísimos, donde crece siempre más la prostitución y el homosexualismo masculino y femenino. Nosotros veíamos esto en los hoteles donde estábamos. Son casas de prostitución de alto lujo (eran todos de 4 y 5 estrellas). Las chicas (as “meninas”) son contratadas por los hoteles para servir a los turistas y si tú no te defiendes de ellas,

pasan al ataque. Nuestros pobres ángeles de la guarda tuvieron que luchar mucho para conservarnos intactos. Por las carreteras se ve una pobreza casi peor que las favelas brasileiras. Los jóvenes permanecen sentados todo el día por las calles periféricas esperando que pase alguien que los llama al trabajo, y allí viven en el ocio y en el vicio.

– El consumismo americano (monocultura) a su vez ha invadido China, acabando por destrozar la tradición que quedaba. Se ven Mac-Donalds por todas partes, Chiken-in, grandes shopping-centers, grandes almacenes, los jóvenes con walkman, etc. y prostitución, droga y tráfico de todos los tipos.

– Otro problema que se vuelve cada vez más grave es la política del *hijo único*, instaurada por el gobierno para contener el aumento de población. Un matrimonio no puede tener 2 hijos, si no pagará una multa muy fuerte (a menos que el gobierno le permita tenerlo). El tercer hijo es impensable. Si aconteciera y la mujer, si quiere tener el hijo (no está dispuesta a abortar), debe irse para el interior del país donde la cosa no es tan controlada, por causa de las grandes distancias. Además de esto, después de que nazca, debe dejar el hijo allá (o sea, abandonarlo), porque no podrá registrarlo como hijo suyo. Este tercer hijo nunca podrá ser considerado como legítimo, legalmente es una persona inexistente. Y no es sólo eso: si el gobierno descubre este hijo, el matrimonio pierde el empleo y debe pagar una multa altísima. Así el número de abortos, de infanticidios y métodos de esterilización y control de natalidad crece de día en día.

– Este problema actualmente se refleja en las zonas rurales, porque la agricultura subsistía gracias a las familias numerosas. Actualmente por falta de mano de obra, las personas viven miserablemente, o entonces abandonan los campos para irse a las ciudades. Este éxodo ya provocó y continúa provocando una concentración de población muy grande en áreas con mucha miseria (algo así como ocurre por ejemplo en São Paulo, Río de Janeiro, Brasilia, etc.).

– Sin embargo, el cristianismo sembrado en esta región, gracias al martirio de tantos santos, da aún sus frutos.

Tiempos atrás, cuando se vio que era imposible destruir la religión cristiana, el gobierno intentó controlarla evitando la interferencia externa, o sea, bloqueando sus lazos con Roma e impidiendo la entrada de misioneros extranjeros. Y así nació la llamada Iglesia Patriótica China, donde el gobierno escoge y nombra los obispos y párrocos, establece los seminarios que preparan a futuros presbíteros, es controlada en su libertad la Iglesia para actuar según aquello que el gobierno piensa y quiere. El objetivo era criar una iglesia independiente, cismática, ya que era imposible destruirla. Era imposible por causa de la fe de este pueblo; el cristianismo sobrevive principalmente por causa de la devoción a Nuestra Señora y el rezo del rosario. Los cristianos encarcelados no podían ni siquiera mover los labios, porque si alguien percibiese que estaban rezando, eran torturados. Entonces ellos rezaban el rosario mentalmente, evitando ser descubiertos. Las iglesias han sido destruidas, pero el pueblo rezaba el rosario en las casas esperando..., esperando... Es esta esperanza lo que ha motivado esta fe viva, que sobrevive aún hoy. Actualmente el gobierno permite la reconstrucción de algunas de estas iglesias (son poquísimas, no obstante) y la eucaristía puede ser celebrada todos los días, teniendo una afluencia muy grande de personas. Muchos de ellos aún se acuerdan de los períodos de crisis pasados, y del testimonio de los religiosos torturados en esa época. Estos martirios sirvieron para ellos como un memorial, tanto que pasaron a sus hijos estos hechos educándolos en la fe. Actualmente esta minoría de cristianos están fomentando la Iglesia, y seguramente están ellos preparando el anuncio del Evangelio en aquella tierra.

– El gobierno intentó –y aún intenta– impedir por todos los medios la comunión y relación con Roma. Hace algunos años intentó crear un cisma, y para eso convocó a los obispos chinos para “proponerles gentilmente” la separación definitiva de Roma. Estaba presente un obispo llamado Matías (que nosotros conocemos), famoso entre el clero. Este obispo es considerado por todos como el *Pontífice de China*, porque él fue el último obispo elegido por el Vaticano antes de la revolución de Mao, en 1949, y es el único de aquellos tiempos que

aún vive. Tiene 83 años. Siempre que el gobierno escoge a un obispo, llaman a Mons. Matías para ordenarlo, porque está en comunión con Roma. En el momento en que los obispos, asustado por las amenazas del gobierno, pensaban ya en hacer tal declaración de independencia con relación a Roma, Mons. Matías se levantó y dijo que jamás renegaría de su fidelidad a Roma, porque una iglesia sin Pedro no podría ser verdaderamente Iglesia. Los otros obispos, viendo su posición, se sintieron animados y la propuesta del gobierno no fue aceptada. Al día siguiente, Mons. Matías anunció su renuncia, porque el gobierno le había dicho que él estaba enfermo ¡?!. Pero es un hombre que no tiene miedo a nadie ni para confesar su fe, y que no conserva el mínimo odio hacia aquellos que lo torturaron durante 26 años en la prisión. ¡Si esto no es amor al enemigo, entonces no sé que significa amor!

Para tener una idea, en la época de las persecuciones, este obispo celebraba la eucaristía, cuando la iglesia fue invadida por los comunistas, que le dieron un martillo para que con él destruyera la estatua de la Virgen María, delante de los fieles; si él no lo hacía ya le estaban apuntando con un revólver para matarlo. Mons. Matías les dijo que si ellos, que eran ateos, no tenían el coraje de destrozar la imagen, él, como cristiano, tenía muchos más motivos para no hacerlo. Por eso podían matarlo allí si quisieran, porque él no renegaría de su fe. No lo mataron, pero el resultado han sido 26 años de prisión con torturas monstruosas. Este hombre no abre la boca para hablar mal de sus perseguidores ni para juzgar al gobierno o decir que irán todos al infierno. Reza por ellos, sin odio ni deseos de venganza, y dice que todo lo que le aconteció fue para que se manifestase la misericordia de Dios. Hoy vive en una pequeña aldea a orillas del río Azul, perdido en medio de gente pobre, ya viejecito, sin los dientes; el pueblo lo ama con gran veneración, a causa de su santidad y su vigor (aún hoy es obispo y trabaja mucho en la diócesis). Este caso es aún hoy recordado por muchos ancianos que lo habían asistido, y es uno de aquellos hechos de los que yo decía más arriba que sirve para educar en la fe a las generaciones más jóvenes.

La iglesia política china es considerada, por tanto, la iglesia “oficial” del gobierno; junto a ella tenemos la “Iglesia paralela o de las catacumbas”, que serían estos presbíteros y obispos que han permanecido fieles a Roma. Mas... atención: Ésta es la imagen que el propio gobierno chino crea con la intención ideológica de causar una división en la opinión pública. En verdad nosotros vimos una cosa interesantísima: esta tan jaleada división, en realidad hoy no existe o casi no existe, porque la mayoría de los obispos elegidos por el gobierno sin la aprobación oficial de la Santa Sede, tienen su corazón en Roma, y, a escondidas, piden siempre la Bula del Papa, y ésta les llega concedida. Nosotros hemos visto incluso, ciudades donde un obispo de la llamada “Iglesia oficial” vive en la misma casa con los otros obispos “extra oficiales”, o sea, elegidos en secreto por el Vaticano. Además, el obispo “oficial” (elegido por el gobierno) había pedido la bendición y la aprobación del Papa, que la concedió. El gobierno seguramente conoce estos hechos, pero prefiere no intervenir.

El Papa prefiere no hablar de dos Iglesias paralelas en China. Él dice siempre que este término debe ser evitado, porque es exactamente ésta la idea que el gobierno chino quiere presentar al mundo: la de una Iglesia dividida en sí misma y que por tanto no serviría como punto de referencia. Yo uso aquí este lenguaje para poder explicarme, pero no es ésta la verdadera realidad.

El hecho es que estos obispos, “oficiales” o “paralelos”, están fuertemente controlados. En todas nuestras visitas, era siempre necesario avisar a la Asociación para el culto religioso, entidad creada por el gobierno para mejor maniobrar el clero local y los misioneros extranjeros; entonces la entidad mandaba un “ángel de la guarda”, que normalmente se presentaba como un sobrino del obispo, un parroquiano fiel a la Iglesia, de comunión diaria, etc., etc.; pero que era un agente que debía controlar o inspeccionar durante la visita, ya fuera nuestras preguntas, ya fueran las respuestas que nos dieran estos santos hombres. Algunas veces, cuando nosotros preguntábamos algo sobre la relación de la Iglesia China con Roma, estos “angelitos” presentes no dejaban al obispo res-

ponder. Entonces ellos nos daban catequesis bellísimas sobre la cruz gloriosa, el sufrimiento, y terminaban diciendo que para China, lo mejor sería que no hubiera dependencia de Roma, dado que el Papa no conoce la realidad local. El otras palabras, el *mensaje final* de nuestros “amiguitos” terminaba así: ¡Roma no nos interesa; aléjense de esto, no sea que los manden de vuelta para Italia sin aviso previo y no los dejaremos entrar aquí nunca más!

Sin embargo, en la ciudad de Wuhan, nosotros visitamos el obispo oficial, y queríamos visitar también al otro “paralelo”, que sabíamos que vivía en el seminario. Con mucho cuidado conseguimos llegar al seminario donde residía; pero los agentes ya estaban atentos a esto y escondieron al obispo, diciendo que él no estaba allí. El problema fue que un día antes, D. Antonio había combinado, en secreto por teléfono, un encuentro con él, y Mons. Odoro nos dijo que estaría dispuesto, si fuera posible, a celebrar con nosotros una eucaristía. En cierto momento, visitando el seminario, el obispo se hizo ver de lejos en el fondo de un pasillo. Pero inmediatamente el guía nos cambió el camino llevándonos para otra parte del seminario, y comenzó a hablar de otras cosas. Era clara la intención de no dejarnos hablar con este hombre, que el gobierno considera *peligroso* a causa de sus aptitudes en favor de la Iglesia Romana y de su vida de santidad. Yo no sé cómo los agentes habían conseguido saber ciertas cosas: seguramente tienen más espías de los que podemos imaginar.

El caso más delicado se dio en la ciudad de Nan-King. Tuvimos problemas porque no querían dejarnos visitar ni al obispo católico, ni al pastor protestante. El obispo tiene apenas 5 padres para su inmensa diócesis. Vino del seminario de Pekín, naturalmente mandado por el gobierno para controlar la diócesis. Observación: Parece ser que los seminarios oficiales forman a los presbíteros que deban seguir la misma línea ideológica del gobierno, pero los obispos siempre consiguen manejar aquí y allí las cosas, enseñando bien la teología. Ciertamente, no obstante, que la presión es muy grande; pero los seminaristas sobreviven, a pesar de la gran miseria, dentro de los semi-

narios, que parecen “favelas o barracas”. El número de vocaciones es grande, gracias a Dios; pero no es suficiente.

Bien, continuó hablando de Nan-King...: al final continuamos visitando los diferentes lugares; pero el encuentro con el pastor protestante provocó el furor de los agentes que dijeron que nosotros nada teníamos que hacer allí, una vez que éramos católicos romanos. Pero nuestro interés era conocer la realidad y darles también una palabra de solidaridad y ha sido eso lo que hemos hecho.

El gobierno chino creó una “Confederación de *Iglesias Cristianas*”, que sería un grupo homogéneo de todas las Iglesias Cristianas separadas; así, en aquel templo, un día se celebra el culto protestante, otro día el anglicano, etc. Los pastores de diferentes Iglesias Cristianas entran de acuerdo para celebrar los cultos, y el gobierno consigue así eliminar las diferencias y controlar las situaciones en un único bloque. *Problema*: los fieles no aceptan las mudanzas del gobierno “un poco violentas y precipitadas”. Esto está ayudando a mantener las diferencias y la identidad de cada una de las Iglesias, evitando la destrucción de su propia identidad. Como veis, la lucha no es solamente contra Roma, sino contra todo aquello que, según el gobierno, podría crear ideologías contrarias al partido comunista. Los pastores allí sufren mucho para mantener las tradiciones del culto, y principalmente para ayudar a los fieles a superar estos problemas de adaptación. La consecuencia ya se está haciendo sentir, pues la nueva generación comienza a no percibir la diversidad de los cultos y, por tanto vienen considerando a todas estas Iglesias cristianas como un bloque único homogéneo, lo cual está destruyendo la vitalidad de estos grupos, que lucha a duras penas para sobrevivir a la imposición del gobierno chino.

Nuestra guía turística de Nan-King, que preparó el encuentro, al día siguiente no continuó con nosotros porque, extrañamente, amaneció enferma. No sabemos lo que aconteció, pero tememos que haya perdido el empleo. Además de eso, el día anterior se manifestó muy curiosa por saber y conocer el motivo de nuestro entusiasmo y este cristianismo del que ella nunca había oído hablar. Y, en el autobús, se ha hecho un kerig-

ma y uno de los seminaristas de Taiwan dio su experiencia en chino. Ella quedó impresionada con lo que oyó, nos habló de sus problemas, de su miedo a morir, y dijo que quería mantener contacto con nosotros y conocer la religión cristiana. No hemos sabido más, pero es probable que el conductor del autobús hablara de esto. El hecho es que al día siguiente, en lugar de esta guía, han venido otras dos, de las cuales una era guía, y la otra ¡?!... lógicamente una agente del gobierno.

Aquí nos dijeron claramente que, si continuásemos así, el viaje sería interrumpido y deberíamos regresar a Hong Kong. Esta situación aconteció más o menos en todos los lugares por donde pasamos y nos ha ayudado mucho a ver lo que significa una verdadera fe, probada a fuego, que forma hombres maduros y genera santidad de vida. Continuamos el viaje haciendo un poco de turismo (que de hecho hemos hecho bastante):

El viaje en China ha tenido dos etapas:

1.<sup>a</sup> etapa: 18 de julio - 10 de agosto, Shanghai-Nan-King-Wuhan, crucero por el río Azul (6.000 kms. de extensión) Chenynging-Xián-Pekín. 11-13 de agosto, pausa para una peregrinación a Macao.

2.<sup>a</sup> etapa: 14 - 17 de agosto: "Ingreso en la China hasta la *Isla de Shangchuan*, lugar donde murió San Francisco Javier. Todavía hemos pasado por algunas ciudades como Zhaoking, lugar donde el P. Matteo Ricci, jesuita nacido en Macerata, murió, y donde había iniciado la primera comunidad cristiana. Hemos visitado la casa donde él vivía, que hoy, por desgracia, está cayendo a trozos porque el gobierno no tiene interés en reconstruirla. 18 - 24 de agosto: Macao. 25 - 30 de agosto: Hong-Kong.

Hemos llegado a Shanghai el 19 de julio. Al día siguiente hemos iniciado una pequeña peregrinación hasta un santuario Mariano, Ntra. Señora Auxiliadora de los Cristianos. Allí hemos celebrado la eucaristía, y realmente la palabra de aquel día me ha impresionado muchísimo: Is 42, 1 y ss. (primer canto del Siervo), donde se dice: "El siervo no gritó, ...no apagará la llama que aún humea...".

Aquí yo he visto un retrato de nuestra situación y de la situación de los cristianos chinos. Nosotros estamos *evangeli-*

*zando en el silencio*, una vez que los extranjeros no pueden evangelizar públicamente en el territorio, por imposición del gobierno. Desde el comienzo, cuando estábamos viajando hacia Roma, D. Mario ya nos decía que aprovecharíamos el tiempo para rezar mientras estuviéramos en tierras de China: ésa es la única –y la más importante– cosa que podemos hacer. Además de esto, el silencio era claro, porque no sabíamos hablar el idioma chino. También tenemos el hecho de esta “llama que aún está humeando”. Es muy importante porque la Iglesia en China aún existe, sobrevive a duras penas, a pesar de las persecuciones. Esto es fantástico, queridos hermanos. Yo muchas veces, pienso ya haber recibido, al menos un poco de fe. Pienso... Pero ante un misterio como éste, donde se ven personas ignorantes, pobres, perseguidas por causa de Cristo, y que *esperan aún...* yo me preguntaba si de verdad yo tengo fe. Pienso que no la poseo, dado que a la primera amenaza de sufrimiento ya comienzo a dudar de todo. Esta gente esperaba contra toda esperanza, porque saben que existe Dios y que no quedarán desamparados.

Muchas veces el Señor mismo se encargó de humillarme, como, por ejemplo, cuando nos hemos encontrado con el obispo Matías, de quien ya os he hablado. Este hombre vive en un cortijo. Cuando nos vio entrar, y supo que éramos seminaristas, comenzó a llorar y a decir solamente: “Estoy muy conmovido, no sé qué decir (nos habló en italiano)...”

Nos abrazaba y nos pedía que cuando fuéramos presbíteros, nos acordáramos de él y regresáramos allí para ayudarlo (observación... era una referencia directa a nosotros, los cinco diáconos entre los cuales uno era yo, gracias a Dios). En este encuentro, D. Antonio me pidió que diera mi experiencia, y aquí estuvo el problema. Ha sido la primera vez en mi vida que no sabía qué decir y cómo hacer allí mi profesión de fe; yo no sentía más deseo que de llorar. Viendo aquel hombre sufrido, martirizado durante 26 años en la cárcel, con sufrimientos horribles, y sin odio alguno en el corazón, yo pensaba: “¿qué sufrimientos debo yo contar aquí? ...¡Qué es lo que yo he experimentado hasta hoy que pueda compararse a la experiencia de fe de este santo?”.

Y en aquel momento toda mi vida me parecía como un juego de niños; mis supuestos sufrimientos me parecían cosa sin importancia. Cuando finalmente conseguí decir dos palabras, este hombre ha comenzado a llorar diciendo que él tenía una santa envidia de nosotros, porque éramos jóvenes y podríamos hacer mucho por la Iglesia; él ya era viejo y desgraciadamente yo no podía seguir ayudando, ni andar más por los lugares para anunciar el Evangelio.

Esto ha sido para mí una gran humillación. Vosotros que me conocéis bien, y sabéis que soy una persona orgullosa... El hecho es que allí, en aquella situación, una persona aprende a organizar la vida de un modo más relativo. Es Dios la causa primera de todo y da a cada uno según las necesidades del momento. Si también Él a mí me concediera la gloria de sufrir por causa del Evangelio, sé que me daría también la gracia de vivirlo en paz de espíritu. ¡Ojalá yo pudiese ser digno de soportar estos sufrimientos sin renegar de Aquel que me creó y me llamó a la existencia!

¡Ojalá yo tuviera coraje para rezar como nos contaba el rector del seminario de la ciudad de Xián! Él permaneció 26 años en la cárcel, y decía que en los momentos de sufrimientos más terribles, rezaba siempre con la misma oración de Cristo en Getsemaní: "Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz sin que yo lo beba; pero hágase tu voluntad".

Este es mi problema: "Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo...". Es la frase más difícil de rezar en el Padrenuestro, para mí. Es aquí donde yo siempre encuentro motivos para discutir con Dios, entrar en acuerdo intentando quitar un poco para Dios y un poco para mí. ¡Qué difícil, sino imposible, entrar en su voluntad! Este viaje me ayudó mucho en este sentido a reflexionar sobre mi vocación de cristiano y de presbítero de la Iglesia. Fue el tiempo en el que yo pedí a Dios, apenas esto: que me ayudase a entrar en la cruz con alegría, y Él me está ayudando. Aún menos mal que el Padre Eterno no es sordo; basta pedir y él atiende. ¡Bendito sea Dios!

Otro momento importantísimo de este viaje ha sido en Pekín. Allí hemos visitado la Gran Muralla, una tumba de la dinastía Ming, el palacio imperial de verano, el templo del cielo,

la ciudad prohibida... Pero principalmente dos lugares han tenido para mí un particular significado: la Plaza Tian An Men (o plaza de Paz Celestial) y el Sepulcro del Padre Matteo Ricci.

1. La plaza es inmensa, muy moderna. En su centro hay un obelisco, que ha sido el punto donde los jóvenes que allí se reunían fueron asesinados. A un lado de la plaza hay un gran mausoleo donde está sepultado Mao Tse Tung, y del otro lado, en frente, colocaron una fotografía gigantesca de este hombre, que el comunismo adora como a Dios. También han colocado un reloj inmenso que se ve desde todos los puntos de la plaza y que señala la cuenta regresiva de los minutos y segundos que faltan para el 1 de julio de 1997, cuando Hong Kong será devuelto a China. Es una neurosis: esperan ansiosos este momento. No es extraño que nadie se quiera quedar allí en Hong Kong. Es un punto diverso en relación a Macao donde siempre ha habido otro clima, a pesar de que también tienen miedo los macauenses. Cuando estábamos allí este reloj marcaba 28 millones de segundos.

Pero lo que me ha impresionado fue el hecho de recordarme las imágenes de la masacre de aquellos millares de jóvenes. Esta plaza tiene el color rojo de la sangre de estos jóvenes asesinados sin piedad. Allí hemos rezado el rosario por ellos y pidiendo a Dios que abra una puerta para la evangelización. Yo, particularmente, pedí a Dios la gracia de hacer que Juan Pablo II pueda reunir allí a los jóvenes chinos. Es imposible pensar eso; pero Dios es Señor de los imposibles. ¿Quién sabe?

2. En segundo lugar ha sido el sepulcro del Padre Matteo Ricci. También ha tenido un particular significado para mí porque es un punto de relación con el seminario de Macerata. Este hombre dio su vida por la evangelización de China; este jesuita muy culto, conocedor de la geografía, astronomía y matemática, llevó a China los conocimientos de Occidente. Es tan famoso allí, que aún hoy en las escuelas se estudia con los libros traducidos o escritos por él. En su muerte, el gobierno imperial le tributó el funeral de un emperador; a causa de su posición (en esto aparece que los jesuitas tenían una buena presencia en China). Desgraciadamente Matteo Ricci hoy es considerado únicamente cómo un hombre de cultura y no

como un hombre de fe cristiana. Esta segunda imagen ha sido cancelada en China, y hoy su sepulcro se encuentra en el jardín de la Universidad de Pekín, como una piedra de tropiezo para los chinos que no saben cómo destruirla (ni el mismo Mao tuvo coraje para destruirla, porque los chinos le habrían creado problemas). La solución ha sido prohibir visitar el lugar. De hecho no querían dejarnos entrar allí para rezar. Pero... uno de nuestros seminaristas de Macerata, Timothy, que es chino, conoció en Macerata, hace algún tiempo, a un profesor de la Universidad de Pekín, que aún era muy joven. Le telefoneó pidiendo que nos ayudase. Así, al día siguiente, las puertas estaban abiertas, a pesar de la presión contraria. Allí dentro, por lo menos, no estaba el agente del gobierno que controlara todos nuestros movimientos. La visita ha sido rapidísima, el tiempo suficiente para abrir una palabra al azar, que ha salido la interpretación de la parábola del sembrador (Mt 13, 16ss.), y que apareció muchas veces a lo largo del viaje. Son numerosos los milagros que Dios nos mostró en este tiempo, abriendo puertas donde todo estaba cerrado.

Otro momento bellissimo ha sido en la segunda etapa del viaje, en la Isla donde murió San Francisco Javier. Allí, en la capilla donde su cuerpo estuvo sepultado durante tres meses, hasta que los portugueses lo trasladaron a Goa (en la India), nosotros hemos celebrado la eucaristía. Él murió mirando hacia el continente chino, hacia la gran China y sin poder entrar. Más tarde su hermano jesuita, el Padre Matteo Ricci, iría a evangelizar al pueblo.

Hermanos, son aún tantas las cosas que podrían ser escritas... Ya he escrito demasiado, lo reconozco; pero, si vosotros supierais qué importante ha sido este viaje y las maravillas que hemos visto. Este viaje ha sido para mí un tiempo para calcular mis fuerzas. Me explico: el primer día en Shanghai, la palabra al azar, antes de dormir, ha sido: Lc 14, 28-35: "quién es el que teniendo que guerrear... no ve primero si tiene condiciones de combatir contra el enemigo? (leed el texto, que es mejor).

Pues, bien, antes de pasar al diaconado, el Señor me ha dado un tiempo, 40 días, para reflexionar, algo así como la

experiencia del pueblo hebreo en el desierto. De hecho también en China hacía un calor insoportable; muchas veces queríamos agua y no había un lugar cercano para comprarla. La comida también ha sido causa de murmuración: todo lo que ellos comen es agridulce, o sea, carne de cerdo con miel, pescado con miel, patatas fritas con miel, ensalada de tomate con azúcar... ¡horrible!... La vida común también ha pesado mucho: es mucha penitencia, “el estar juntos las 24 horas del día con los mismos compañeros de cinco años de seminario; aquí se comienza a ver la distancia que existe entre el simple amor humano y el amor al enemigo. Como veis, había las mismas murmuraciones que en el pueblo en el desierto; pero ahí ha sido también el tiempo y el lugar donde Dios me habló al corazón, me dio fuerzas y me mostró que es posible dar la vida por el evangelio y por la Iglesia.

Doy gracias a Dios, que me ha permitido hacer este viaje, y que ha reforzado con señales muy concretas la vocación a la que Él se ha dignado llamarme a mí, indigno siervo: la de ser testigo de su amor en medio de esta generación. Para terminar, hago mías las palabras del Salmo 11, que me es particularmente querido, porque estoy perfectamente de acuerdo con esta elección gratuita, que Dios me ha concedido, llamándome a su santo servicio:

“Los que a Yahveh teméis, dadle alabanza!...

...porque él no despreció

ni desdeñó la miseria del mísero

ni le ocultó su rostro,

mas le escuchó cuando le gritó”. Sal 22, 24-25.

En el amor de Jesucristo, que dio su vida por nosotros, os saludo a todos con el ósculo santo. ¡Rezad por mí! Vuestro hermano en Cristo,

PEDRO PABLO

*Italia*

## Bibliografía

JUAN FELIX BELLIDO, *La conquista de la libertad. Vida de San Felipe Neri*, 213 pp. Colección Testigos. Ed. Desclée de Brouwer. Bilbao 1998.

El título del libro (“La conquista de la libertad”) tiene poco que ver con su contenido, pues se trata únicamente de la “Vida de San Felipe Neri”, apóstol de la caridad, que era “conocido por sus extravagancias” (p. 12), pues se rasuraba sólo media barba, y saltaba todos los convencionalismos sociales. Nacido en Florencia, fue formado espiritualmente en el convento dominicano de San Marcos a la sombra del recuerdo del terrible Savonarola, que quería imponer una teocracia en la ciudad con la ayuda del rey de Francia, al que saludaba como “nuevo Ciro” y libertador de la Iglesia. Tuvo tratos con San Ignacio y San Francisco Javier, pero no podía soportar la rigidez militar de la Compañía de Jesús (p. 64). Llevado del amor a los pobres, se dedicó a recogerlos en el Jubileo de 1550, fundando un albergue de peregrinos, a los que lavaba los pies (p. 73). A la edad de 36 años decidió hacerse sacerdote (p. 80), teniendo buenas relaciones con los grandes músicos de la época (Palestrina), a los que reunía en su “Oratorio” al que asistían personas piadosas con inquietudes espirituales (p. 100). Y cuando Palestrina estaba muriendo, Felipe le cantó uno de los motetes que aquel había compuesto (p. 10”). Uno de sus discípulos fue el gran historiador Cardenal Baronio (p. 114). Quiso ir a la India a continuar la obra misionera de San Francisco Javier (p. 121). Fue amigo de San Carlos Borromeo (p. 132), e intervino para salvar a los gitanos, a los que se quería enviar como galeotes en las naves para la proyectada batalla de Lepanto (P. 143). En 1575 el Papa Gregorio XIII aprobó la fundación del “Oratorio”, y el Papa Clemente VIII fue discípulo suyo y amigo. Rehusó el capelo cardenalicio (p. 15). Murió en 1622, y fue canonizado en 1622 con Santa Teresa, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y San Isidro Labrador en tiempos de Gregorio XV. En resumen, un gran santo dedicado a las obras de caridad a pesar de sus extravagancias, aunque a éstas se las define como “conquista de la libertad”.—*Maximiliano García Cordero, O.P.*

CÉSAR IZQUIERDO, (Ed.), *Teología fundamental. Temas y propuestas para el nuevo milenio*. (Biblioteca Manual Desclée 24). Desclée de Brouwer, Bilbao 1999. 15,5 x 24. 750 pp.

Formando parte de la excelente serie de manuales de la editorial Desclée aparece esta *Teología fundamental* (= TF), fruto de la colaboración de “los catorce... principales especialistas” de esta materia en España, se nos dice en la contraportada del libro. Se trata del grupo de profesores de las diversas facultades y centros teológicos que vienen reuniéndose, desde 1983, cada dos años en las Jornadas de TF.

En el grueso volumen se presentan los temas centrales de la TF, agrupados en torno a cuatro núcleos. I. *El hombre llamado a creer* en el que M.

Gelabert estudia “La apertura del hombre a Dios y su posible manifestación histórica”, A. Jiménez Ortiz “la increencia” como negación de esa apertura y F. Conesa “La relación entre la revelación cristiana y las religiones como manifestaciones de esa apertura”. En el núcleo II, *Revelación y fe*, A. González Montes expone la “Teología de la revelación”, A. Martínez Camino estudia “La fe como forma específico de conocer”; J. L. Illanes y J. J. Alemany, reflexionan, respectivamente sobre los temas de “Cristo, como lugar y signo de la revelación” y sobre la “Iglesia, lugar y signo de la revelación”. *Razones para creer* es el III apartado con los temas “La credibilidad de la revelación”, “La fe en diálogo con la razón, la cultura y las ciencias” y “Apologías y literatura estudiados, respectivamente, por L. Lago Alba, L. Oviedo y J. M. Odero. En la cuarta y última parte se abordan tres *Cuestiones de epistemología teológica*: J. Vidal Taléns estudia la “Teoría del conocimiento, C. X. Quinzá Lleó y J. J. Alemany, la “Hermenéutica y textualidad” y Izquierdo “El dogma y las fórmulas dogmáticas”.

El libro se abre con una breve presentación del promotor y coordinador de la publicación C. Izquierdo y con un primer capítulo en el que S. Pié-Ninot estudia la “Identidad de la TF del Vaticano II a la Encíclica “Fe y Razón” y termina con un apéndice en el que J. L. Illanes hace una crónica de los 20 años de “Jornadas de TF” que están en el origen de este impresionante e importante manual de TF; siguen finalmente una breve noticia de los autores de libro y un índice onomástico.

Hay una elevada calidad teológica en el conjunto del libro y hemos de elogiar ante todo la audacia y el trabajo de su coordinador C. Izquierdo. El lector encontrará aquí los temas básicos de la TF repensados con seriedad por profesores españoles que han reflexionado largamente y también escrito sobre estos temas. El lector de este espléndido manual llegará a conocer la situación actual de la TF, su profunda renovación de los últimos treinta años y propuestas para el futuro.—*Luis Lago Alba*.

HANS JONAS, *Pensar sobre Dios y otros ensayos*. Traducción de Ángela Ackermann. Herder, Barcelona 1998. 14 x 21,5 cm. 261 pp.

Hans Jonas se dio a conocer como especialista en el pensamiento antiguo. Pero, a partir de los años setenta, se dedicó al estudio de la antropología filosófica, sobre la que ha publicado algunas obras. El volumen presente es una colección de artículos dispersos de este último período de su vida y que, al ser de difícil acceso por ser publicados en revistas y tiempos distintos, ahora se nos ofrecen en un volumen de recopilación.

Los trabajos publicados versan sobre temas de filosofía de la biología, de antropología, de técnicas y de ética y la crítica a la ciencia. La obra será de interés para quienes estén interesados por similares temas filosóficos o por un estudio más directo del pensamiento de este profesor en Canadá y en Estados Unidos.—*Antonio Osuna*

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?

“Iba Jesús con sus discípulos a las aldeas de Cesarea de Filipo y en el camino les preguntó: ¿Quién dicen los hombres que soy Yo? Ellos respondieron: unos que Juan el Bautista; otros, que Elías; y otros que uno de los profetas. Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo? Tomando la palabra Pedro dijo: Tú eres el Mesías” (Mc 8, 27.29).

Si recorremos las opiniones más comunes hoy sobre Jesucristo encontramos un cuadro diversificado: para algunos Cristo es un mito o una idea gnóstica que adorna la vida e impulsa el compromiso al representar una grandeza sobrehumana, aunque irreal; para otros Cristo fue un hombre extraordinario, fascinante, un genio religioso, filosófico, social, político, que ha transformado la historia; ha descubierto verdades que alimentan la condición religiosa del hombre; ha mostrado el primado del mundo interior sobre el exterior; ha afirmado la absoluta igualdad entre todos los seres humanos; ha impulsado en la historia la liberación de todos los oprimidos; finalmente, hay quienes afirman que Cristo es un hombre que ha existido, pero que no podemos saber nada cierto sobre él, porque los documentos pertinentes nos hablan sólo de un hombre idealizado por las primitivas comunidades cristianas.

Nosotros no nos proponemos ahora criticar estas opiniones, pues nuestra misión es anunciar la fe de la Iglesia, mos-

trando la diferencia existente entre las opiniones del mundo y la realidad de Jesucristo, don de lo alto que nos hace crecer en la esperanza, en el amor y en la coherencia de la vida. Características de las opiniones de la gente sobre Jesús son el pluralismo y la necesidad de clasificar a Jesús, para que deje de ser alguien necesario, superior. Por el contrario la respuesta de la Iglesia es única, pues la respuesta de Pedro es la de todos. Quien cambia esta fe pierde su puesto en la comunidad cristiana. Además, la respuesta de la Iglesia subraya la absoluta unicidad de Jesucristo, el Hijo Unigénito de Dios. Y es único por su mesianidad, por su resurrección y por su divinidad.

### *Jesucristo ayer, hoy y siempre*

Jesús es el Mesías que esperábamos; el único salvador. Jesús ha resucitado y vive en medio de su Iglesia; la Iglesia tiene su encanto; ya está encantada, parafraseando a San Ambrosio. Y como Cristo está vivo, se abre para el hombre un futuro de vida. Además, Jesús es el Hijo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad. En la mentalidad judía, cerradamente monoteísta, no cabía la Encarnación del Verbo; no era posible la confesión de Santo Tomás, que el pueblo fiel sigue proclamando durante la consagración eucarística: "Señor mío y Dios mío". La postura más grande del hombre ante Jesucristo, no es la estima, el agradecimiento, sino el amor, la adoración, el silencio. Mas Jesús seguirá siendo signo de contradicción, porque es preciso se manifieste lo que hay dentro de muchos corazones. Hay una barrera entre los creyentes y los incrédulos, que es Jesucristo Mesías, Hijo de Dios y vencedor de la muerte.

Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Ésta es la pregunta fundamental del Año Santo que estamos celebrando y la respuesta es, en primer lugar, de la Iglesia, tal como acontece cuando una comunidad cristiana reza la confesión de la fe en la celebración del Sacramento del Bautismo o en el Sacramento del Sacrificio Eucarístico; pero es también y simultáneamente una respuesta personal, individual, de cada uno de nosotros, pues la comunidad implica una asamblea de perso-

nas creyentes y entregadas a la voluntad de Dios. El Jubileo es tiempo de gracia y salvación mediante el reconocimiento de que Jesucristo es un acontecimiento único, decisivo, irrepetible, absoluto en su singularidad.

¿Quién es Jesucristo para ti? ¿Quién es Jesucristo para mí? Estas son las preguntas definitivas, porque después de todo vivimos solos en la presencia de Dios y la respuesta no será la solución de un teorema, sino fruto de la docilidad al Espíritu Santo. Nadie puede decir Jesús es el Señor, sino con la fuerza del Espíritu. Ahora bien, tratando de advertir qué realidades de Jesucristo son las que más me llaman la atención me encuentro sobre todo con la Oración de Jesús en el Huerto de los Olivos abandonado por sus discípulos, juntamente con el momento de su muerte abandonado por el Padre, en una soledad absoluta, la terrible soledad del pecado del hombre; además, sé que estos acontecimientos de la vida y muerte de Jesucristo son histórico-salvíficos, es decir, permanentes. Pero, ¿cómo entrar hoy en comunión con Jesucristo en el misterio de su vida y su muerte? ¿Cómo entrar dentro de mí mismo y desde mi interior comenzar a apoyarme definitivamente en Jesucristo?

### *El misterio de Jesucristo*

La afectuosa contemplación de la personalidad arcana e inaudita de Jesucristo nos invita a pasar más allá de su naturaleza humana en orden a conocer y adorar la profundidad de su misterio divino-humano, hallando en Él nuestra salvación. “Lo llamarás Jesús, pues Él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mat 1, 21). “En ningún otro hay salvación, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvados” (Hech 4, 12). Estamos en el campo difícil de la miseria y de la grandeza del hombre, en el combate entre el bien y el mal, entre la Iglesia y el mundo, en cuanto realidades irreductibles.

Nos encontramos ante la urgencia de anunciar la salvación al hombre contemporáneo, que al pensarse naturalmente bueno y sin el don de la fe, se encuentra bien como está; basta en su

opinión olvidar algunos falsos problemas como el pecado, el sufrimiento del otro, incluso la muerte del vecino. En fin, la pregunta por la salvación hoy día para unos es superflua; para otros, imposible. Mas la salvación evangélica, fruto del amor misericordioso de Dios Padre, es interior y trascendental, pues nos libera de la falsedad, de la insignificancia, del pecado y de su esclavitud, de la muerte y del deterioro de la condición humana. Y para entrar dentro de la Historia de la Salvación es importante saber qué hizo Jesucristo para salvarnos.

En Jesucristo todo es salvífico, pero su obra de salvación alcanzó la cumbre en su misterio de muerte y resurrección. La Oración de Jesús en el Huerto nos muestra el misterio de la redención de Jesucristo en su mayor profundidad, juntamente con el momento de la muerte de Jesús. En ambos momentos hay un diálogo secreto entre el Hijo y el Padre. Todo comienza con la Encarnación del Hijo, el quicio de todo el misterio de Cristo, cuando se realiza esa kénosis o vaciamiento de sí mismo por parte del Verbo eterno en orden a elevar al hombre a naturaleza redimida; el Hijo aceptó quedar privado de su gloria, no de su divinidad. Una vez el Verbo hecho hombre, entra en la voluntad del Padre con gritos y lágrimas (Hebr 5, 7) para liberar al hombre de la muerte del pecado y de su maldición eterna. Entonces fue cuando Jesús experimentó una tristeza mortal (Mat 26, 38).

“Entrando en combate, oraba más intensamente y sudó gruesas gotas de sangre, que corrían hasta el suelo” (Luc 22, 44): “Padre si quieres, aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. ¿Cuál era este cáliz, que motivó su intenso y profundo dolor, que le llevó a sudar sangre? ¿Fue acaso el miedo a la muerte? Esta explicación es ofensiva para Cristo, si lo comparamos a sus discípulos que murieron mártires y aceptaron valientemente la muerte, sabiendo que al entregar ellos la vida temporal recibían la eterna. Además, ¿no hablaba Cristo de su muerte como de su hora y del tiempo de su gloria y de la glorificación del Padre? ¿Por qué entonces esta tristeza mortal y este sudor de sangre?

Este cáliz, cuyo contenido iba a beber Cristo, era el cúmulo de los pecados de los hombres y toda la infamia y el desa-

mor de la humanidad hacia su Creador y Redentor. Cristo en la Cruz asumió ante Dios y ante los hombres todos nuestros pecados. En el umbral de la muerte se le pedía cargar con la culpa de nuestros pecados, muriendo no como inocente y santo, sino como pecador y maldito, blasfemador de Dios. ¿Cómo el Hijo santo iba a aparecer ante su Padre identificado con el hombre blasfemo, si toda su vida en la tierra fue un alimentarse con la voluntad del Padre?

“Está claro que el Hijo, por su naturaleza y su persona absolutamente santas, se estremeció y se horrorizó ante la eventualidad de comparecer ante su Padre como culpable y blasfemo” (P. MATTA EL-MASKÎNE, *La nueva creación del hombre*. Monasterio de las Huelgas, Burgos 2000, pág. 52). Cristo no se resistió al mal, a que se le atribuyera a título personal el cáliz de los pecados y escándalos de la humanidad, sino que se resistió a perder su relación filial con el Padre. ¿Cómo iba a admitirlo? Jesucristo, el totalmente santo, se resistía a dejar de amar al Padre. Aquí entra en juego todo el misterio de la Encarnación, el Misterio Pascual, cargando sobre sí la carne pecadora del hombre? “Que no se haga mi voluntad sino la tuya” y entonces se realizó la gloria del Padre en la obediencia del Hijo y nosotros quedamos salvados en la esperanza.

Admiro en los hechos y en los dichos de Jesús su entereza. Acepta la voluntad del Padre hasta el final; acepta a los hombres y mujeres hasta sus últimas consecuencias; en sus discursos, no obstante su sencillez, todo tiene sentido y de nada se puede prescindir. No podemos fraccionar las condiciones para ser sus discípulos, pues para seguirle es preciso antes negarse a sí mismo y coger la propia cruz y para coger ésta hay que conocerla y no rechazarla; tampoco podemos quedarnos con alguna de las bienaventuranzas excluyendo las demás, pues unas se apoyan en las otras. Lo mismo sucede con los diversos misterios de la vida y muerte de Jesucristo; su Misterio Pascual comienza con el misterio de su Encarnación y terminará en la Parusía final, después de habernos hechos partícipes de su Espíritu Santo.

En ningún otro momento, como cuando medito en estos misterios de Cristo, me siento pecador e ignorante en las for-

mas de ser cristiano; pero, no obstante, en mi lejanía de la santidad de Cristo me alegro profundamente de poder experimentar su bondad y la Providencia de Dios Padre y el consuelo del Espíritu y le doy gracias a Dios Padre, Hijo y Espíritu por el don del sacerdocio y de la vida religiosa. ¡Qué gozo ser todo de Dios y para siempre! En medio de mis debilidades y pecados siempre triunfa la fuerza de la gracia de Dios, particularmente mediante la intercesión poderosa de Nuestra Señora, la Virgen María, madre de los consagrados. Es verdad que no es fácil para el hombre vivir en medio de los hombres, cada uno movido por la propia pasión. Mas esto me permite entrar en humildad y no perder nunca de vista que sólo Dios es grande y que las cosas grandes sólo Dios las hace. Además, cada día me sigue sorprendiendo el misterio del amor, ser amado y poder amar. Dios siempre me ha confortado con el suficiente número de personas que me ayudan queriéndome y con el suficiente número de personas que me ayudan no queriéndome. Así permanezco en la humildad y desde allí puedo ser amado y amar hasta la muerte de mí mismo.

### *El misterio del prójimo*

En definitiva, el objetivo del Jubileo del Año Santo es estar más cerca de Dios y, por lo mismo, más cerca de los hombres y mujeres, más cerca del prójimo que sufre. En Jesucristo, en su vida y en sus obras, se advierte una extrema generosidad; nadie tiene mayor amor que el que da su vida por los amigos; nadie tiene mayor amor que el que perdona setenta veces siete, es decir, siempre, a quien le ha ofendido. Aquí se comprende la gran necesidad de cristianos, que tiene nuestra sociedad. ¡Cuántos hombres y mujeres no son amados, han sido abandonados y sobre todo aislados para que no podamos verlos y así no nos molesten, ni siquiera con su presencia! El cinismo de nuestra sociedad no está sobre todo en no mirar al que sufre, ni perdonar al que se ha equivocado, sino en prescindir, alejar o juntar a quienes viven en el sufrimiento y en la marginación. El cristiano verdadero, por el contrario, desarrolla sensibilidad hacia los pequeños, los últimos, en los que Jesucristo se sigue haciendo presente.

La gracia del Jubileo, lluvia de gracias sobre peregrinos arrepentidos de sus pecados, es llegar a conocer a Jesucristo y quedarnos sorprendidos y admirados por lo que hizo y dijo y comprobarlo en la historia y en nuestra vida. El Cristianismo es la mayor de todas las revoluciones; ni la revolución inglesa, ni la francesa, ni la rusa hubieran sido posibles sin la fuerza mesiánica de Jesucristo, que ha hecho presente a Dios en la historia, y nos ha puesto a todos en búsqueda de la justicia por el camino del amor y del perdón. Mas la fuerza de Jesucristo no es la violencia de las revoluciones humanas, sino el amor que perdona y se acerca al prójimo más necesitado, como vemos en la historia de los santos. El mandamiento del amor, ama al prójimo como a ti mismo, que no es pasión –pobre del que así lo juzgue–, es el poder más fuerte de este mundo y es preciso alimentarlo amando a los hombres, la vida, la naturaleza.

Hay un libro del húngaro Mallasz que relata la vida de una hebrea en un campo de concentración, siempre sonriente, no obstante la pérdida de la dignidad a la que cada día era sometida. Las compañeras querían trabajar con ella, por su modo extraordinario de ser, pues fue capaz de no resistirse al mal. Para mí esto es el cristianismo, esto ser cristianos; que la realidad en la que vivamos por más injusta que sea no puede quitarnos la sonrisa de los labios, la bondad del corazón y la compasión de la mano que se acerca al necesitado; aceptar el mal y destruirlo con amor dentro de nosotros, sin devolver jamás mal por mal. Cuando Jesús dice que el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza, está afirmando que el sentido de nuestra vida no está en el éxito, en el amor posesión, en el dinero, en la tecnología; cuando el hombre grita en el dolor, siempre está Dios detrás; viviendo en la presencia de Dios, nada se pierde, todo tiene significado. Si tengo el amor de Dios dentro puedo caminar en medio de la injusticia sin angustiarme, puedo aceptar la misma muerte sin destruirme.

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, OP.  
*Director de Vida Sobrenatural*

# Preguntas existenciales y vida contemplativa

Desearía, a través de este artículo, facilitar algunas pistas para poder realizar, fructuosa y adecuadamente, una reflexión a propósito de la vida personal y comunitaria de los posibles lectores y lectoras de nuestras comunidades contemplativas. Me es muy grato, de entrada, indicar que muy sugerentemente, en las Constituciones de las religiosas Concepcionistas Franciscanas, por ejemplo, en el título primero, al tratar los elementos fundamentales de la Orden de la Inmaculada Concepción nos recuerdan que, dichas religiosas, “siguiendo más de cerca Jesucristo bajo la acción del Espíritu Santo, *viven el Evangelio según la Regla y forma de vida* (Const. 1,1). En efecto, la “Regla y forma de vida” características en toda la familia franciscana se hallan íntegramente contenidas en las páginas del Santo Evangelio donde, a través de la contemplación asidua, aprendemos a preguntarnos, día a día, a propósito de los grandes interrogantes de la humanidad y, también, a formularnos las preguntas más radicales y más fundamentales a propósito de la existencia humana; aprendiendo, a la vez, a escuchar desde la oración cotidiana las cuestiones, más candentes y más profundas, formuladas por nuestro corazón.

### 1. *Interrogantes desde la tierra*

Si intentamos penetrar en lo más íntimo y profundo de nuestro corazón hallaremos, simultáneamente, alegría y dolor, certezas y preguntas abiertas. seguramente nos preguntaremos cómo es que coexisten dolor y alegría y, sobre todo, nos preguntaremos como pueden conciliarse la felicidad humana

con la realidad de la muerte. Dado que, si bien es verdad que Dios, en Jesucristo, nos ha redimido y salvado, ¿cómo es que no nos libró, también, del dolor, de la violencia, de las injusticias, de la muerte en el mundo presente?, ¿por qué parece que Dios calla?, ¿por qué siendo omnipotente no manifiesta el esplendor de la verdad y el fulgor de su omnipotencia?, ¿es verdad que Dios nos lleva paternalmente en su corazón?

No se extrañen que formule, desde este artículo, interrogantes de tanta profundidad y de tanta transcendencia. Son preguntas de gran densidad que todos llevamos en lo más profundo de nuestro corazón, que lo inquietan y muchas veces lo hacen pensativo y frágil, extremadamente expectante ante la realidad de la vida, del dolor y de las enfermedades y, sobre todo, ante el mal y la muerte en su misterio más profundo y más real. Pero, pensándolo bien, todas estas preguntas que acabo de formular nacen en el corazón humano y se dirigen hacia Dios, casi como pidiéndole cuentas de todo lo que está pasando, excesivamente centrados en el propio "yo". Pero, ¿y si, con humildad, intentásemos invertir los términos, y pasar de interrogar a ser interrogados; pasar a ser interrogados por Dios y por su Palabra?, ¿por qué no le permitimos a Dios que nos dirija sus preguntas? Pensemos cuáles podrían ser las preguntas de Dios... Situémonos, pues, ante su mirada penetrante y creadora, llena de amor y de misericordia; supliquemos al Dios y Padre de Misericordia lograr aprender a convivir con nosotros mismos, aceptando humildemente nuestra permanente inestabilidad espiritual, nuestra fragilidad y nuestras incoherencias, pidiéndole que con sus dones nos madure y favorezca nuestro progreso espiritual.

Debemos reconocer, en efecto, que nos cuesta excesivamente creer en la gran noticia del Evangelio; nos cuesta aceptar que de la muerte nos venga, precisamente, la Vida. Esta realidad tan cruda nos repugna pero, necesariamente, debe ser así, de este modo, pues no hay otra salida viable. Y quizás esta repugnancia sea debida a no querer aceptar el camino del amor hasta la muerte. Esta realidad tan cruda nos muestra, además, la condición trágica del pecado, y la necesidad de aprender a amar a través de una ayuda que nos venga de lo alto; dado que

la dificultad de creer que el Hijo de Dios haya muerto en la Cruz, es la confirmación más elocuente de la necesidad de la muerte humana para poder acceder a la vida eterna.

## 2. *La respuesta contemplada en Cristo Crucificado*

Obviamente, el núcleo central del mensaje cristiano, está en el anuncio, gozoso y entusiasmador, de la compasión de un Dios que se hace cargo del pecado y de la muerte para levantar y salvar a cada uno de nosotros. En este sentido, el paso más decisivo de nuestro progreso espiritual será llegar a intuir, por la fe, que Dios está a nuestro lado, y que por medio de Jesucristo, en el misterio de la Encarnación de la Palabra, participó del dolor humano; por la cual cosa debemos afirmar que Dios no mira, como si fuese un espectador neutral, el espectáculo del dolor y de la miseria humana, sino que *sufre* por nosotros, y con nosotros, porque nos ama infinitamente. El “dolor de Dios” no es, de ninguna manera, incompatible con sus perfecciones divinas, ya que se trata del sufrimiento de un amor que nos comprende y ama infinitamente; es la “com-pasión” activa y libre, fruto de un amor infinito sin medidas. El Dios que se nos revela y se manifiesta en N.S. Jesucristo en el árbol de la Cruz, es el rostro de un Dios misericordioso, entrañable y lleno de ternura, capaz de piedad hasta el punto de “sufrir” realmente por los pecados del mundo. Nuestro Dios es un Dios humilde que, en perspectiva bíblica y franciscana, vemos que manifiesta y revela su omnipotencia en el amor y en su aparente debilidad ante el pecado y miseria humana, dejándose crucificar. El nuestro, es un Dios que, por amor, acepta sufrir el peso de nuestros pecados, y el dolor mismo que el pecado introduce en nuestro mundo. Precisamente en la muerte de Jesús en la cruz, la sabiduría de Dios nos enseña a sacar bien del mal, a sacar vida eterna y redención de la muerte más horrenda, a contemplar la cruz como el árbol de la Vida.

Sería óptimo que llegásemos a comprender, con espíritu contemplativo, el gran misterio de la muerte y resurrección de Cristo como lo más nuclear de nuestra fe. Debemos, ciertamente, edificar nuestra fe y experiencia de consagración

religiosa en la solidez de la “roca del misterio pascual”, donde chocarán los embates de las olas de nuestras dudas y resistencias, sobre todo en aquellos momentos cuando, (como San Pedro), afirmamos con excesiva facilidad, y con miras meramente humanas: “De ninguna manera, Señor, a Ti esto jamás te pasará” (Mt 16,22); es el momento en que resistimos la gracia, y no nos dejamos atraer por el don de Dios; es, en definitiva, cuando no pensamos como Dios y seguimos los dictados y sugerencias de Satanás, o los caprichos egoístas del propio “Yo”, llenos de amor propio.

Cuando la sombra de la cruz, inevitablemente se proyecta en nuestras vidas (ya que no existe vida cristiana consagrada), nos sentimos frecuentemente agitados y experimentamos gran turbación interior; pero solamente se realizarán fructuosamente los frutos de la cruz, si aceptamos, cordialmente, como Jesús, todas las consecuencias de la cruz, y estamos dispuestos a perdonar, del mismo modo que Cristo crucificado lo realizó en el Calvario. Y para poder superar la aparente absurdidad de la vida solamente hay un camino posible: rendirnos sin reserva alguna en las manos humildes del Dios crucificado; *puesto que, Jesús en la cruz es la Custodia Silenciosa en la cual descansa el sentido de la vida y de la historia humana. Y, ¿cómo llegamos a una tal conclusión?*

Solamente podemos responder de este modo cuando nos sentimos amados con profundidad por Alguien que es mucho más grande que todos nosotros; y podemos responder así cuando sentimos, también, la atracción de Dios, y habiendo gustado de los misterios de la fe, no podemos prescindir ya de ellos. Se trata de reconocer que, al final de todas nuestras preguntas existenciales, sin ninguna respuesta satisfactoria en perspectiva humana, hay un Misterio santo que nos fascina, y que en la Palabra de la Cruz se nos revela luminosamente el misterio de Amor más extraordinario: la Trinidad del Amor, que nos acoge en su seno invitándonos en su misterio de comunión para introducirnos en los abismos de su amor; es entonces que nuestra experiencia religiosa se convierte en celebración contemplativa y en acción de gracias, porque somos amados por Él aprendiendo a “vivir escondidos con Cristo en Dios” (Col 3,3).

Entonces, las grandes cuestiones que afectan a la humanidad ya no las contestamos nosotros, sino que la respuesta la hallamos donde Dios ha hablado con su silencio: en la cruz de Cristo, la custodia silenciosa.

Dios, ciertamente, en su misterio de comunión y presencia, nos acompaña compasivamente en nuestro dolor y dificultades, ayudándonos a saber sobrellevar el peso. A este Dios de misericordia lo hallamos siempre en la Iglesia, que anuncia cada día el Evangelio y administra los sacramentos. En efecto, los sacramentos son la presencia sensible de Jesús y en el primero de ellos, el bautismo, somos acogidos en el corazón mismo de la Trinidad divina; entonces la vida y el amor de las Tres personas divinas nos es comunicado en nuestro corazón, por la cual cosa la fe recibida y profesada en el bautismo ilumina de un modo muy especial todas las preguntas existenciales de nuestro corazón, y nos posibilita poder encontrar respuestas adecuadas y válidas para poder sostenernos ante el dolor y la muerte. De hecho es solamente en el marco de esta fe iluminada por la cruz de Cristo donde podemos comprender cuál es la vocación de cada uno, y cuáles son las condiciones para saber discernir y vivir la voluntad de Dios, profesando responsablemente, consecuentemente, la fe del bautismo junto con las exigencias de la profesión religiosa libremente aceptada; adhiriéndonos incondicionalmente, y sin reservas, a las Tres personas divinas, que son comunión del Dios único y verdadero.

### 3. *La celebración de la Palabra y de los Sacramentos, fuente de la contemplación*

Cada vez que en la liturgia profesamos el Credo, estamos llamados a contemplar el Misterio de Dios, y a confiarle todas nuestras inquietudes y preguntas. Además del Símbolo de los Apóstoles (que es el Credo de nuestra fe), en el bautismo nos es dado también el gran tesoro de la Iglesia contenido en las *Sagradas Escrituras*, inspiradas por el Espíritu Santo, “que habló por boca de los profetas”. No en vano todas las Escrituras dan testimonio sobre Jesús, y la Iglesia las interpreta sabia-

mente a la luz de su Misterio de muerte y resurrección. La veneración y el conocimiento amoroso de las Escrituras, forma parte irrenunciable del proyecto de las comunidades contemplativas, puesto que la Palabra de Dios es el principio renovador de nuestra vida de fe, y continuamente la nutre y regenera. La Palabra divina es, también, la fuente cristalina que ilumina las preguntas de nuestro corazón y nos recupera espiritualmente para no cansarnos en el camino de la vida de Ella, de la Palabra, sacamos continuamente “cosas antiguas y nuevas” (Mt 13,52) y a la vez, en comunión con Ella, “penetramos las cosas escondidas desde la creación del mundo” (Mt 13,35), porque “en el principio ya existía la Palabra” (Jn 1,1). Y para acoger esta “Palabra que ya existía desde el principio”, se hace totalmente necesario el *silencio contemplativo*, que es aquella capacidad que nos posibilita entrar en lo más profundo e íntimo de nuestro corazón para escuchar los latidos de las preguntas verdaderas. Para poder recibir fructuosamente en nuestros corazones la luz de Dios que nos habla, hemos de proseguir el ejemplo de María, nuestra Madre, la cual ante la multiplicidad de acontecimientos desconcertantes e imprevistos que surgieron a lo largo de su vida guardó contemplativamente, en lo más íntimo de su corazón inmaculado, las cosas que entendía, junto con las que todavía no entendía. La “dimensión contemplativa” de nuestra vida, inspirada en las actitudes de María Madre de Dios, nos es totalmente necesaria para poder perseverar con fidelidad asidua en el camino de la fe, cuando ésta se ve tantas veces atacada por las circunstancias tumultuosas que configuran y marcan nuestro mundo actual.

De la fe recibida en el bautismo, profesada en nuestra vida religiosa, confesada en el Credo y alimentada por la Palabra de Dios y por la Eucaristía, emerge el sentido real y profundo de la vida religiosa contemplativa, que muy bien podría sintetizarse afirmando rotundamente que *Cristo lo es todo para nosotros*; sí, Cristo nos concede la paz a nuestro corazón inquieto, y desde la misma cruz nos promete cada día: “tu estarás conmigo en el Paraíso”; esto nos da la esperanza cierta que, un día, efectivamente, estaremos con Él, cuando crucemos el umbral de la esperanza. Y esta Promesa de Dios, Su Palabra,

se hace cada día carne en la Eucaristía, que es el centro y motor de nuestra vida comunitaria, estímulo en nuestro caminar y semilla de contemplación. En la celebración del Memorial del Señor se realiza admirablemente lo que Cristo anunció: “todo lo atraeré hacia Mí” (Jo 12,32), el cual nos continúa atrayendo desde su cruz salvadora, porque quiere unirnos en el misterio de comunión trinitaria. En la Eucaristía, pues, se nos ofrece Él, cada Día, como pan de la vida que nos sostiene en nuestro caminar por la vida cotidiana, siendo nuestro entrañable compañero que, sosteniéndonos con la fuerza de su gracia, nos promete a todos y a cada uno de nosotros: “no tengáis miedo, que yo estaré con vosotros cada día, y hasta el fin del mundo” (Mt 28,20), a través de la Eucaristía y de su Palabra.

La Eucaristía y la Palabra de vida, son dones extraordinarios que diariamente recibimos en la *Traditio* de la Iglesia, son los dones maravillosos, inmerecidos e inesperados, que poco a poco van cambiando nuestro corazón, y nos convierten en personas de oración contemplativa, a través de la cual nos aferramos a Dios como hiedra en los momentos que nos parece resbalar; una oración que es también gratitud contemplativa ante la palabra de Dios a través de nuestro silencio y disponibilidad para escucharlo con amor y acogida. La oración vivida en estas perspectivas, es dejarse introducir en el misterio de la Trinidad Santísima, accediendo a través de Cristo, en el Espíritu, hacia el Padre. Hoy más que nunca, necesariamente, hemos de aprender a rezar *en* Dios, escondidos en Cristo, que es fuente de la Vida, dejándonos amar por Él, del todo y confiadamente, con espíritu de alabanza y acción de gracias perseverando, sobre todo, en la escucha atenta de su Palabra, realizada habitualmente a través de la *Lectio divina*, que nos abre nuestro corazón a Dios para poder agradecerle adecuadamente sus dones y renovar nuestro *sí* incondicional a su invitación y a su llamada. Debemos desarrollar el estudio en comunidad y la lectura sagrada, para lograr recibir con atención y amor todas las palabras y actitudes de Jesús, el Hijo; potenciar también la meditación para buscar y saborear el mensaje perenne de salvación y vida que viene del silencio del Padre, y que a través de la vivencia de la contemplación nos sitúa fructuosa-

mente bajo la acción del Espíritu Santo para poder entrar en el corazón mismo de la Trinidad Santísima, y allí aprender a vivir según los designios de Cristo, que es la Palabra del Padre, ungida por el Espíritu Santo. Solamente de este modo, y a través de la experiencia cotidiana de la Palabra saboreada y vivida, las comunidades contemplativas podrán acoger el gran don que Dios nos concede diariamente, comunicándonos su Palabra, para poder discernir a su luz, cuál es su voluntad divina, y cuál es su designio para nuestras vidas y comunidades.

Y si alguna vez nos falta esta docilidad, apertura y disponibilidad; cuando no buscamos a la luz de la Palabra divina cuál es la voluntad del Padre, entonces hemos de resituarnos nuestra vida religiosa a la luz del sacramento de la penitencia, ya que para el discernimiento correcto de la voluntad divina en nuestras vidas y comunidades, es totalmente necesaria la pureza de corazón. Afirma Jesús: “Dichosos los limpios de corazón, son ellos los que verán a Dios” (Mt 5,8). Hemos, pues, de purificar nuestro corazón para preparar nuestra experiencia contemplativa en la vida de cada día, y obviamente para la vida eterna y definitiva. En efecto, debemos purificar fructuosamente las intenciones de nuestro corazón por medio del sacramento de la penitencia, que es una extraordinaria *confessio laudis*, a través de la cual reconocemos los dones innumerables que nos ha concedido nuestro Padre celestial; y es también una *confessio vitae* en la cual reconocemos humildemente aquello que no va bien, y a la vez nos lamentamos sinceramente de todas aquellas cosas que hubiéramos deseado que no sucediesen; y es también una *confessio fidei*, a través de la cual confesamos nuestra fe en el perdón y en la misericordia infinita de Dios, nuestro Padre. Acabo recordando que es bueno, muy bueno, necesario e irrenunciable, realizar con frecuencia esta triple confesión: *confessio laudis*, *confessio vitae et confessio fidei*, saboreando existencial y contemplativamente la misericordia del Padre, acogiendo su perdón. Entonces viviremos con más facilidad guiados por el don de Dios que nos conforta y nos hace sentir, con especial certeza, la presencia viva y real de Cristo en nuestros corazones, el cual nunca cesa de cumplir sus promesas, y dar cumplimiento a

nuestra esperanza. Más todavía, reconfortados diariamente en la mesa de la Palabra y en el altar de la Eucaristía, nos sentimos ayudados por la fuerza de la gracia en el crecimiento mutuo de la fe, esperanza y caridad; y nos sentiremos más impulsados a compartir nuestros dones personales a favor de la vida de nuestra comunidad, la cual debe vivir, para ser realmente creíbles en la Iglesia, con un estilo de gran sobriedad y austeridad de vida, la cual, no solamente ha de ser una imitación y prolongación de las actitudes de Cristo pobre y crucificado, sino también una forma elocuente de contestar y denunciar los falsos modelos que quiere imponernos nuestra sociedad consumista.

La comunidad es, finalmente, el lugar más adecuado para desarrollar esta vida de sobriedad y sencillez; y es también el lugar más eminente para poder realizar, en autenticidad evangélica, el proyecto de Dios en nuestras vidas, puesto que en las relaciones cotidianas del día a día, vividas en el marco de la pequeñas comunidades, se hace muy difícil el poder sostener las máscaras que ocultan la realidad de nuestra personalidad. Además, cada uno de los miembros de la comunidad está llamado a ser verdadero y transparente ante Dios, ante su propia conciencia, y ante su comunidad; por eso siempre debemos esforzarnos para salir al encuentro del hermano y dar el primer paso hacia la reconciliación y el diálogo, sin esperar que sean los otros los que den primero, venciendo la tentación del mutismo y la dureza de corazón (tan habituales en nosotros), para poder ser reflejo de la fidelidad y ternura de Dios. Este es quizás el sacrificio más grande que podemos ofrecer a Dios: nuestra paz y concordia fraterna; que son maneras muy concretas, y extremosamente difíciles, de seguir a Cristo en la vida de cada día.

FR. VALENTÍ SERRA DE MANRESA, OFM.CAP.  
*Santuario de N.S. de Pompeya*  
Barcelona

# La Contemplación dominicana

“Esta ciencia sagrada se adquiere más por la oración y la devoción que por el estudio”. *Antífona de la fiesta de San Alberto Magno*

“Si las otras órdenes se dedican al estudio, lo hacen por libre elección; para nosotros los dominicos la evangelización resulta casi imposible si no estudiamos”. *Cardenal Fr. Tomás de Vio (Cayetano) Maestro General de la Orden Dominicana*

El gran escritor francés Jean Guitton nos dice: “El problema de Dios no me parece un problema de exigencia, sino un problema de existencia. No se trata de saber lo que deseamos, lo que tememos. Se trata de saber lo que es, lo que existe. Y, para decir las cosas tal como las creo, yo pienso *que Dios existe*. Uno de mis maestros, M. Albert Rivaud, al morir, le dijo a su esposa: “*La Existencia de Dios... es... cierta*”. Yo también lo creo. Y a mi modo de ver, esto es para todos nosotros más temible que consolador. También aquí, el problema no estriba en saber si el ateísmo es placentero y saludable, sino en saber si es verdadero” (JEAN GUITTON, *Lo que yo creo*, editorial Acervo, Barcelona 1973, p. 82).

Si Dios no existe o si está identificado con la naturaleza (panteísmo) no hay posibilidad de diálogo con él y de que él entre en nosotros y de que se cumplan las palabras de Jesús que nos relata S. Juan en su Evangelio 14,23: “*Si uno me ama y observa mi palabra, mi padre lo amará y vendremos a establecer nuestra morada en Él*”.

“*Entendemos por contemplación la respuesta teológica de fe, esperanza y amor con la cual el hombre se abre a la revelación y a la comunicación con el Dios viviente por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo*”. (Congregación de Religiosos e Institutos

seculares, *La dimensión contemplativa de la Vida religiosa*, Introducción). *Fijar en El (Dios) la mirada y el corazón, es a lo que nosotros llamamos contemplación, y este acto llega a ser el más alto y el más lleno de espíritu, el acto que todavía hoy puede y debe jerarquizar la inmensa pirámide de la actividad humana*” (Pablo VI, 7/XII/1965).

Y podemos añadir: *“Como acto unificante del impulso del hombre hacia Dios, la contemplación se manifiesta en la escucha y meditación de la Palabra de Dios, en la comunión de vida divina que se nos transmite en los sacramentos y particularmente en la eucaristía, en la oración litúrgica y personal, en el constante deseo y búsqueda de Dios y de su voluntad; todo esto se realiza bajo la progresiva purificación, luz y guía del Espíritu Santo para poder encontrar a Dios en todo y en todos los hombres así en alabanza de su gloria”* (cf. Ef. 1,6).

Vamos a intentar ver, cual es el modo característico de vivir la contemplación un dominico-ca, es decir, un discípulo de Cristo según el carisma de Santo Domingo de Guzmán.

### 1. Principio informador del proyecto de Santo Domingo

Los primeros discípulos de S. Domingo, nos lo presentan como un “hombre evangélico”. Domingo –nos dice el Beato Jordán de Sajonia<sup>1</sup>–: “se manifestaba en todas partes evangélico en las palabras y en las obras”. Aquí, encontramos la síntesis de la personalidad de Santo Domingo y del ideal que dejó en herencia a sus hijas e hijos. Domingo, hombre evangélico, es recordado por sus compañeros como hombre muy celoso de la salvación de los hombres; asiduo a la oración; animado de un gran espíritu de penitencia; amante de la pobreza y de la vida común; observante de la Regla; discreto, paciente, pacífico, amable, misericordioso.

Estas son algunas de las virtudes que sus compañeros atribuyen a Santo Domingo. ¿Pero cual es el principio informador que anima el proyecto vital y fundacional de Domingo? El

1. B. JORDÁN DE SAJONIA, *Libellus de Principiis Ordinis...* Romae 1935, n. 104.

alma que anima la vida de todos los santos es la caridad. Ésta es la gran fuerza que les impulsa; es la luz que los guía en todas sus obras. La caridad es también el principio general que anima la espiritualidad de todos los cristianos y de todas las familias religiosas. La caridad, una en su principio y en su objeto, varía según los diversos modos con los cuales el hombre intenta servir a Dios y a los hermanos.

También en Domingo la caridad tiene un carácter particular. En él, el amor de Dios es sobre todo amor a la Verdad Divina; es "*caritas veritatis*". Este amor es la idea madre, que mueve y guía toda su vida y hace de El un contemplativo y un apóstol. Cristo, Verbo Encarnado, Sabiduría y Revelación del Padre, "luz que ilumina a todo hombre"<sup>2</sup>, es el centro de la vida de Domingo, el objeto de sus deseos, el alma de su actividad apostólica.

El carisma propio de Domingo y de la Orden por él fundada lo podemos individuar en el "*sermo sapientiae*", del cual habla el Apóstol Pablo en la carta a los Corintios<sup>3</sup>, que es don de conocer y de hacer conocer los más altos misterios de la fe, de conocer y de hacer conocer aquella "sabiduría misteriosa de Dios, que desde antes de los siglos, había destinado para nuestra redención... y que ha manifestado por medio de su Espíritu"...<sup>4</sup>.

Todas las Ordenes –dice el Señor a Santa Catalina de Sena brillan por alguna virtud especial–... aún cuando todas las virtudes tienen vida de la caridad... Tu Padre Domingo ha querido que sus hermanos no tuviesen otro pensamiento que el Honor mío y la salvación de las almas, mediante la luz de la sabiduría. Y es precisamente de esta luz de la que él ha hecho el fin principal de su Orden, para extirpar los errores que estaban difundidos en su tiempo. Él tomó el oficio del Verbo mi Unigénito Hijo. En el mundo parecía un apóstol; con tanta verdad y luz sembraba mi palabra, haciendo desaparecer las

2. Jn 1, 19.

3. I Cor 12, 8.

4. I Cor 2, 6 y ss.

tinieblas y dando la luz. Él fue una luz que yo mandé al mundo por medio de María....<sup>5</sup>.

La *Caritas Veritatis* expresa el proyecto de Santo Domingo; es el modo dominicano de amar a Dios; constituye por tanto la nota específica de la espiritualidad de los hijos de Santo Domingo y es el principio informador de toda su vida: *una vida consagrada al culto de la verdad, verdad amada, estudiada, contemplada, vivida, predicada y defendida*. El lema que encontramos en el escudo de la Orden: *Veritas*, sintetiza el programa de la vida dominicana, toda su razón de ser, toda su historia. La auténtica historia de la Orden es la historia de la fidelidad al ideal de Santo Domingo. Los protagonistas son los apóstoles de la verdad: los grandes predicadores y los misioneros de todos los tiempos: son los *maestros de la verdad*: desde S. Tomás hasta los grandes teólogos; son los *mártires de la Verdad*: desde S. Pedro Mártir hasta los mártires de nuestros días.

Y aún cuando la inspiración le vino a Santo Domingo de las necesidades de su tiempo, su ideal es permanente, porque no está condicionado a un momento histórico particular. El Conocimiento y la difusión de la Verdad es la tarea principal del cristiano de todos los tiempos ya que es la tarea que se propuso Cristo, el cual vino al mundo “para dar testimonio de la Verdad”<sup>6</sup>. Todos hemos oído hablar muchas veces de lo que decía Santa Teresa del ideal dominicano, que era eterno.

## 2. *La Contemplación de la Verdad Divina*

El ideal de Santo Domingo está sintetizado en la conocida fórmula de Santo Tomás: “*Contemplata aliis tradere*.” Se suele citar esta frase con demasiada ligereza. Voy a intentar ubicarla dentro de la Suma. En la cuestión 188 de la II-II, Santo Tomás se pregunta si hay diferencia entre las distintas religiones (órdenes religiosas o familias religiosas). Va dando distintas respuestas a problemas concretos y en el artículo 5 de esta cuestión se pregunta expresamente si se puede instituir una

5. Cf. SANTA CATALINA DE SIENA, *El Diálogo*, cap. 158).

6. Jn 18, 37.

Orden religiosa para estudiar. La respuesta es muy interesante para nosotros dominicos y dice así: “Como hemos dicho, la vida religiosa puede estar ordenada a la vida activa y a la vida contemplativa. Ahora bien, entre las obras de la vida activa, las más importantes son las que tienen por objeto la salud de las almas, como la predicación, etc. Por lo tanto, por tres razones es propio el estudio de las letras de la vida religiosa. *Primero*, porque es exigido por la vida contemplativa misma, a la que presta una doble utilidad: *utilidad directa*, iluminando el espíritu, pues la vida contemplativa, de la cual tratamos ahora, está principalmente ordenada a la contemplación de las cosas divinas, y en esta tarea el hombre es dirigido por el estudio. Por eso en el Salmo se dice en alabanza del varón justo que “medita día y noche en la ley del Señor”; y en el Eclesiástico: “Este investiga la sabiduría de todos los antiguos y dedica sus ocios a la lectura de los profetas”.

Presta, además, a la vida contemplativa una *utilidad indirecta*, apartando los peligros, o sea, los errores en los que caen con frecuencia en la contemplación de las cosas divinas los que ignoran las Escrituras. Y así se lee del abad Serapión que, en su simplicidad, cayó en el error de los antropomorfitas, o sea, el de aquellos que creen que Dios tiene forma humana. A este propósito, dice S. Gregorio: “Algunos, pasando, bajo pretexto de contemplación, los límites de su capacidad, caen en perversos errores y, en vez de procurar ser humildes discípulos de la verdad, vienen a ser maestros del error”. Por eso, se lee en el Eclesiástico: “he pensado privar mi cuerpo de vino para llevar mi alma hasta la sabiduría y evitar la necesidad”.

En segundo lugar es necesario el estudio de las letras a las órdenes religiosas fundadas para la predicación o para los ministerios parecidos. Por eso S. Pablo escribe del obispo, a quien pertenecen estos ministerios: “Guardador de la palabra fiel, que se ajuste a la doctrina, de suerte que pueda exhortar con la doctrina sana y argüir a los contradictores”. –Y no es dificultad el que los Apóstoles hayan sido enviados a predicar sin haber estudiado–, pues dice S. Jerónimo: “A ellos el Espíritu Santo les sugería todo lo que el estudio y la meditación diaria de la ley pueden dar”.

Finalmente, es necesario el estudio de las letras a las órdenes religiosas por su conveniencia respecto a lo que es esencial a todas ellas. Sirve en primer lugar, para frenar la concupiscencia de la carne. Y así, escribe S. Jerónimo: “Ama el estudio de la Escritura y no amarás los vicios de la carne”. Y es que aparta el espíritu de esos malos pensamientos y mortifica la carne por el trabajo que el estudio supone, según el Eclesiástico: “Las vigiliass de la honradez marchitan la carne”. Destruye, además, el amor a las riquezas, por lo que se lee en la Sabiduría: “Junto a ella, nada me parecieron las riquezas”. Y en Malaquías se lee: “No hemos necesitado nada de esto –o sea, los bienes exteriores– teniendo, para nuestro consuelo, los santos libros entre las manos”. Forma también en la obediencia, pues dice S. Agustín: “¿Qué perversidad es esta de no querer conformar las obras con lo que se lee, siendo tan aficionados a leer? *Por consiguiente, es claro que es perfectamente legítimo fundar una orden dedicada al estudio de las letras.*

Después de esta apología del estudio, Santo Tomás se plantea, en el artículo 6 de esta cuestión, que es donde se encuentra la famosa frase de Santo Tomás (*contemplata aliis tradere*), el problema de si son superiores las órdenes dedicadas a la vida contemplativa o las entregadas a las obras de la vida activa. Y la respuesta es la siguiente: “Hemos dicho ya que la diferencia entre las órdenes religiosas *primariamente* se ha de tomar del fin que intentan, y *secundariamente*, de los ejercicios que emplean para alcanzarlo. Y a estos mismos elementos hay que atender para determinar la excelencia de una orden, pues será más excelente que otra sólo en lo que difieran. Sin embargo, no se puede hacer del mismo modo la comparación, pues la comparación de los fines es absoluta, porque el fin se intenta por sí mismo, mientras que la comparación de los ejercicios es relativa, pues el ejercicio no se hace por sí mismo, sino por el fin. Por consiguiente, una orden será superior si se ordena a un fin en sí mismo superior, bien porque sea un bien mayor; bien porque la orden persigue varios bienes. Si dos órdenes tienen el mismo fin, hay que atender, para ver la superioridad, no a la cantidad de medios que tengan, sino a su adaptación al fin. Por eso se lee de San Antonio que prefería la dis-

creción, que todo lo ordena, a los ayunos, vigiliias y demás observancias.

Por otra parte, la vida activa tiene dos clases de obras: unas que proceden de la plenitud de la contemplación, como la enseñanza y la predicación. Por eso, dice S. Gregorio que “a los perfectos, cuando salen de la contemplación, se aplica la frase de la Escritura: “Les subirá a la boca el recuerdo de tu suavidad”. Estas obras, pues, son preferibles a la simple contemplación, ya que es más perfecto iluminar que ver la luz solamente, y *comunicar a los demás lo que se ha contemplado*, que contemplar sólo. Pero la vida activa tiene otra clase de obras, que consisten totalmente en la ocupación exterior, como dar limosna, recibir huéspedes, etc. Y éstas son menos excelentes que las obras de la contemplación, a no ser en caso de necesidad como hemos dicho.

Por consiguiente, entre las órdenes religiosas ocupan el primer puesto las dedicadas a la enseñanza y la predicación, que son las más próximas a la perfección episcopal, pues aquí, como en todo, “lo ínfimo de un orden superior se continúa con lo que es supremo del orden siguiente”, como dice Dionisio. –El segundo lugar pertenece a las órdenes contemplativas. –Y el tercero, a las órdenes consagradas a las ocupaciones exteriores. La superioridad dentro de estos grados y con los mismos fines se ha de buscar en el acto a que se ordenan. Así, entre las obras de la vida activa es más importante redimir cautivos que recibir huéspedes, y entre los actos de la vida contemplativa sobresale la oración sobre la lectura. Y todavía puede haber preminencia de una orden por estar dedicada a más actos o por tener medios más aptos para conseguir su fin”<sup>7</sup>.

Se trata por tanto de contemplar, de alcanzar la Verdad en la escucha y en la comunión con Dios y de dar a los otros el fruto de la propia contemplación. “La vida propia de la Orden –se lee en la Constitución fundamental de los frailes domini-

7. SANTO TOMÁS DE AQUINO, II-II, q. 188, aa. 5 y 6. El texto latino famoso completo es éste: “Sicut enim maius est illuminare quam lucere solum, ita maius est *contemplata aliis tradere* quam solum contemplari” II-II, q. 188, a. 6 c.

cos— es la auténtica vida apostólica: una vida en la que la predicación y la enseñanza nacen de la abundancia de la contemplación”.

Hay dos momentos esenciales en la vida dominicana: a) la *conquista de la verdad* y b) la *comunicación de la misma*. Son dos realidades o mejor dos momentos esenciales de la vida del dominico: la continua conquista de la verdad y la comunicación de la misma. Son dos momentos inseparables, ya que uno tiene razón de ser por el otro y viceversa. La conquista de la Verdad desemboca necesariamente en la predicación y en el anuncio de la Palabra; el anuncio procede de la abundancia de la contemplación.

El alma dominicana es antes de nada contemplativa. Antes de ser maestra, es discípula de la Verdad; antes de ser padre y generadora de la verdad en los otros, es ella misma engendrada por la Verdad. Ella “vive la verdad en el amor” —como nos dice S. Pablo— con el fin de hacer crecer la humanidad en dirección de Cristo”<sup>8</sup>. Vivir en sí mismo la verdad evangélica es el presupuesto para hacer crecer a los otros en Cristo.

“El fraile predicador —escribe el B. HUMBERTO DE ROMANS— alcanza en la contemplación lo que después ofrece en la predicación... por tanto cuanto más contemplativo es uno, tanto más apto, más capaz, más preparado para la predicación”<sup>9</sup>. “El predicador de la Palabra de Dios —dice el B. JUAN DE VERCELLIS— medite por el día y por la noche la ley del Señor y esfuércese por alcanzar abundantemente en las aguas de la Sagrada Escritura la Verdad que deberá comunicar para la salvación del prójimo”<sup>10</sup>.

*Hay varios tipos o clases de contemplación.* Aquí voy a fijarme solamente en tres que son los que más nos interesan en orden a lo que estamos estudiando:

a) La contemplación, que es *conocimiento intelectual y abstracto de Dios*: es la contemplación de los misterios de Dios propia del teólogo.

8. Ef 4, 15.

9. UMBERTO DE ROMANS, *De vita regulari*, Vol. I, Roma, p. 48.

10. Litterae Enciclicae Magistrorum Generalium O.P. Monumenta O.P. histo. V, Romae 1900, p. 121.

b) La contemplación que es *conocimiento afectivo*, fruto de la meditación de los misterios de Dios a la luz de la fe vivificada por la caridad.

c) la contemplación propiamente dicha: la *contemplación infusa*, que procede de la fe y está iluminada por los dones del Espíritu Santo.

El dominico para poder realizar la propia vocación dominicana necesita los tres tipos de contemplación. La “plenitud de la contemplación”, sin embargo, de la que debe nacer el auténtico espíritu dominicano es la contemplación infusa. A ésta están ordenadas sea la contemplación intelectual sea la contemplación afectiva.

### 3. *La contemplación, don del Espíritu Santo*

El dominico debe dedicarse al estudio asiduo de la Sagrada Doctrina. La verdad que él ama y que es su pasión y su vida, no es la fría verdad, que ilumina el entendimiento; sino la Verdad completa: es Cristo, la Verdad que salva; es la Verdad que se ha madurado en el estudio, hecha viva y concreta en la meditación, asimilada y vivida en la contemplación propiamente dicha.

La sabiduría divina no es la sabiduría que se puede conquistar con la fuerza de la razón ni tampoco en la investigación teológica iluminada por la fe. Es la sabiduría infusa, don de Dios a los santos, a sus amigos, a quien intenta vivir en perfecta comunión con él; es conocimiento de amor que capacita para penetrar en los misterios de Dios y hacer conocer y amar a Dios también a los otros.

La contemplación infusa, es un conocimiento intuitivo, un conocimiento vivo y concreto de Dios, que tiene su origen y su fin en el amor. No es una simple elevación de la mente a Dios, ni una consideración especulativa de la Verdad divina; su objeto no es Dios creador; no es la causa primera y el fin último de todo; sino que es Dios, que es mi Padre; es el Dios, que me ha amado hasta el extremo de enviar a su propio Hijo; es Cristo, mi hermano y mi Salvador, que ha sufrido y muerto por mí; es Dios fuente de mi beatitud. Aún cuando sea un acto del enten-

dimiento la contemplación es también efecto de un acto de amor; de una comunión vital con Dios y desemboca en un crecimiento en el amor. La contemplación consiste en una misteriosa percepción de la presencia de Dios. Es un conocimiento amoroso y casi experimental de Dios; un ver a Dios, un poseer y ser por él poseído: es la visión de Dios posible en esta tierra, siempre a la luz de la fe.

El conocimiento de Santo Tomás fue más fruto de la contemplación que del estudio. “Mira al glorioso Tomás –dice el Señor a Santa Catalina– que con el ojo del entendimiento se ha consagrado totalmente a la contemplación de mi verdad, de la que él sacó la luz sobrenatural y la ciencia divina, que él alcanzó más mediante la oración que mediante el estudio humano”<sup>11</sup>. Del mismo Santo Tomás nos dice su discípulo Reginaldo que “su ciencia maravillosa no solamente la debía a la grandeza de su genio, sino más bien a la eficacia de su oración. De hecho todas las veces que quería leer, escribir o dictar empezaba por encerrarse en el secreto de la oración y rezaba con lágrimas para obtener de Dios la inteligencia de los misterios... Así como la inteligencia y el amor se compenetran en el alma, así él encontraba en estas dos facultades el curso de una acción recíproca. Su oración llena de fervor unía a su alma a las cosas divinas, y mediante esta oración, su entendimiento obtenía la gracia de la contemplación. Y lo comprendía tanto mejor y con mayor profundidad en cuanto más su corazón se unía con amor más ardiente a las verdades ya antes alcanzadas con la luz del entendimiento”<sup>12</sup>.

#### 4. *Prepararse al don*

Si la contemplación infusa es un don de Dios, ¿cómo puede depender la vida y el apostolado de una fuerza y de una luz, que son don del Espíritu Santo? La Sabiduría es don de Dios, pero Dios no niega este don a quien se lo pide y a quien lo

11. El Diálogo, cap. 1589.

12. GUGLIELMO DI TOCCO, *Historia B. Thomae de Aquino* in “S. Thomae Aq. Vitae fontes”, Alba 1968, n. 31.

merece. Dios no exige jamás lo imposible. Si al dominico ha dado la vocación de contemplativo y de apóstol, no le puede negar los dones necesarios para que pueda realizar en el modo más adecuado los deberes de su propia vocación.

Dios concede sus dones a quien se los pide con fe y amor y se dispone a recibirlos. “Pedí –se lee en el libro de la sabiduría– y me fue dada la inteligencia, la invoqué y vino a mí el espíritu de sabiduría”. Hemos de estar atentos porque el texto continúa con estas palabras: “La he preferido a los cetros y a los tronos, me parecían sin valor las riquezas en comparación con ella... Todo el oro del mundo comparado con ella es como arena.... La amé más que a la salud y a la belleza; prefería poseerla a ella que a la luz... Todos los bienes me han venido junto con ella”<sup>13</sup>.

La Sabiduría es celosa, se entrega sólo a quien la prefiere a cualquier valor terreno, a quien la prefiere al poder, a las riquezas, a la belleza e incluso a la salud. Dios no niega su gracia a quien hace todo lo que puede y está en sus manos para alcanzarlo<sup>14</sup>. Dios presente en todas las cosas con su potencia creadora, está de un modo muy especial presente en el alma del justo con su gracia, que perfecciona la naturaleza y la hace partícipe de su misma vida (cf. I, c. 43, a. 3 c.).

13. *Sabiduría*, 7, 7-11.

14. Santo Tomás en la II-II, c. 177 a. 1, c. nos dice textualmente: “Y como el Espíritu Santo no falta en cosa que pertenece al bien de la Iglesia, por eso provee a los miembros de la Iglesia del don de la palabra, no sólo para que uno hable de modo que pueda ser entendido por diversos individuos, lo que pertenece al don de lenguas, sino también para que hable con eficacia, lo que pertenece al “don de locución”. Y esto de tres maneras: *Primera*, para instruir el entendimiento, lo que tiene lugar cuando habla para “enseñar”. –*Segunda*, para mover el afecto, de manera que haga escuchar con gusto la palabra de Dios, como sucede cuando uno habla tan bien que “deleita” a los oyentes. Lo cual no debe pretender ninguno para su propio provecho, sino para atraer a los hombres a que oigan la palabra de Dios. –*Tercera*, para mover al amor de las cosas que en las palabras están significadas y las cumplan, lo que sucede cuando uno habla de modo que “emociona”. Para lo cual el Espíritu Santo se sirve de la lengua humana como de cierto instrumento, pero El es quien acaba interiormente la obra. De donde S. Gregorio dice: “Si el Espíritu Santo no llena los corazones de los oyentes, en vano la voz de los maestros suena en los oídos”.

También los dones del Espíritu Santo, comprendido el don de Sabiduría, están en todos los cristianos en virtud del bautismo. Solamente el pecado hace perder estos dones. Esta Sabiduría está presente en todos los cristianos incluso en los que no tienen cultura teológica y se manifiesta en el llamado “buen sentido cristiano”. Cuanto más crece la caridad y cuanto más íntima es la comunión con Dios, tanto más crece la sabiduría y la capacidad de contemplar los misterios divinos.

Según Santo Tomás son tres los escalones que facilitan la contemplación infusa: a) el ejercicio de las virtudes morales; b) algunos actos que disponen mejor al alma, como son el estudio, la escucha de Dios, la oración, la meditación; c) la contemplación de los efectos de la acción divina en la creación y en la vida de los creyentes y hombres de buena voluntad, en cuanto de la excelencia de la obra se puede ascender a la Sabiduría del Creador.

De la oración no voy a decir nada pues aquí creo que saben Uds. más que yo. Sí quería insistir en el estudio y recordar el artículo 5 cuestión 188 que ya citamos antes, de la II-II de la *Suma de Teología* de Santo Tomás de Aquino. Creo que debería ser un propósito que teníamos que tomar juntos. Creo que aquí hay materia abundante para dialogar.

Las virtudes morales abren el camino a la sabiduría, porque purifican el ánimo y lo disponen a la acción del Espíritu Santo. “El principio de la Sabiduría es el temor del Señor... Si deseas la Sabiduría observa los mandamientos; y entonces el Señor te la concederá. El temor del Señor es Sabiduría e instrucción”. El temor del Señor nace del amor e induce a cumplir la voluntad de Dios e induce a observar los mandamientos; la adhesión a la voluntad de Dios es luz y sabiduría, es conocimiento de los misterios de Dios.

“La Sabiduría que viene de lo alto –dice Santiago– es incontaminada, pacífica, humilde, dócil, llena de misericordia y de buenos frutos y ajena al juzgar y a la hipocresía” (Santiago 3,17).

En estas características de la Sabiduría Divina –“la Sabiduría que viene de lo alto”– encontramos indicadas las virtudes morales necesarias para el que quiere ser discípulo de

la sabiduría. El que quiere alcanzar la Sabiduría debe tener la pureza interior, debe estar libre de pecado y poseer una transparencia espiritual. “La sabiduría no entra en un alma, que hace el mal, ni habita en un cuerpo esclavo del pecado” (Sabiduría, 1, 4).

El discípulo de la sabiduría debe ser además “pacífico”, operador de paz; “humilde”, condescendiente para con los otros; “dócil”, disponible a la obediencia y abierto al diálogo; el sabio es humilde, sabe que de todos puede aprender (Contestación de Sócrates ante la respuesta de la Sibila). Debe ser también misericordioso; caritativo, lleno de obras buenas, de “buenos frutos”; no juzga, es simple y sincero, “sin hipocresía”. El amante de la Sabiduría debe evitar la mentira; su boca está consagrada a la Verdad. “Si la mentira –escribe S. Alberto– es pecado en la boca de todo hombre, en la boca de un maestro de verdad es sacrilegio”<sup>15</sup>.

Para poder llegar a la mesa de la sabiduría es necesario sobre todo hacerse “pequeños”, librarse de la obsesión y de la presunción de la propia “grandeza” y de la “propia sabiduría”. El Padre se esconde a los sabios y entendidos de este mundo y se revela a los pequeños” (Mt. 11, 25). La simplicidad de corazón, la humildad, abren el camino que conduce a la sabiduría. Por eso el apóstol S. Pablo nos dice “ si uno piensa ser sabio en este mundo que se haga necio para poder llegar a ser sabio” (I. Cor. 3, 18).

El dominico que intenta hacer todo lo que está en sus manos para merecer la gracia, que intenta quitar todo rastro de orgullo, que se hace “pequeño”, practica las virtudes morales, cumple todos los deberes de su propio estado y procura conformar su propia voluntad con la voluntad divina, ¿cómo le negará el Señor sus dones? Preparaos –escribía el beato Juan Teutónico (1248), cuarto Maestro General de la Orden– a la infusión de los dones divinos, para consagrarlos a su difusión”.

15. A. MAGNUS, *In Jonam Prophetam*, c. IV, Lion 1651. vol., p. 130.

### 5. *La vida apostólica*

¿Cuál es la relación entre la contemplación y la actividad apostólica del dominico? ¿Qué es lo que debe prevalecer en la vida dominicana? ¿Es necesario sacrificar la contemplación a la acción o por el contrario sacrificar ésta a aquélla? ¿La contemplación es un medio subordinado al fin, que es la acción apostólica? Se ha discutido mucho sobre esto y creo que es necesario precisar algunos puntos.

La contemplación –lo decimos ya ahora– no es un medio, respecto de la acción apostólica: es su causa. La vida apostólica para Santo Tomás, no se contrapone a la contemplación, sino que es la unión de la contemplación y de la acción apostólica. En la vida dominicana el dualismo acción y contemplación viene superado no sólo en los efectos, sino en la estructura de la unidad de la vida apostólica, en la cual la acción emana de la abundancia de la contemplación. La vida apostólica del dominico es *contemplación*, que fructifica en la acción; es *acción*, que nace (se origina) de la plenitud de la contemplación.

En el acto contemplativo S. Tomás distingue tres fases: la primera, la *del amor*, que nos mueve a contemplar, a sumergirnos en Dios; la segunda, la *contemplación*, la mirada intuitiva de la verdad; la tercera, la *necesidad de hacer conocer a los otros aquello que ha sido contemplado* (II-II, c. 180, a. 7 ad 1). La plenitud de la contemplación consiste propiamente en el desbordamiento; no es un acto del entendimiento, no es el vértice de un conocimiento científico, como el máximo del conocimiento posible en esta tierra; es un acto de la voluntad, un acto que sigue al conocimiento intuitivo; es la necesidad de hacer conocer y de hacer amar a los otros la verdad contemplada. El amor, que es el primer motor de la contemplación, es también su coronamiento. “*Ex ipsa enim divinarum affectione provenit manifestatio eorum*” (*De Veritate*, c. 26, a. 3 ad 18).

El celo apostólico es así una consecuencia necesaria de la contemplación. Dimana del conocimiento vital del Dios hecho hombre y de la contemplación del plano divino de la salvación

universal. El cúlmen de la vida apostólica es propiamente el momento de la comunión con Dios cuando en el contacto con la Divinidad, en el conocimiento experimental de Dios, el apóstol viene lleno de luz y de amor y se convierte en capaz de hablar de Dios y en nombre de Dios; se convierte, como dice el B. HUMBERTO, "*Os Domini*", en la boca de Dios (U. DE ROMANS, *De Vita Regulari*, II, p. 385).

La vida dominicana, en el proyecto de Santo Domingo, es el anuncio del mensaje evangélico con la vida y la palabra, en cuanto efusión de la contemplación; o mejor es la contemplación, que se derrama por la salvación de los hombres. Para el dominico la contemplación es algo fuertemente dinámico, una fuerza que empuja. Dante diría "*L'alta vena*" que "empuja"; es la *Caritas Christi* que urge (II Cor. 5, 15); es la *caritas veritatis* por su propia naturaleza efusiva. La contemplación en la vida dominicana no es un acto, es un sistema de vida. No es solamente preparación para el apostolado, como generalmente se piensa, sino que es la linfa que alimenta continuamente la acción apostólica. La vida del apóstol es una oración continua. Realiza aquel rezar "continuamente" querido por S. Pablo (I Tes. 5, 17 y cf. Rom 12, 12).

Cuando se dice que Santo Domingo dedicaba el día al prójimo y la noche a Dios o que hablaba con Dios o de Dios, no es necesario pensar en una repartición de su tiempo o en una división escueta de su compromiso. Ya que cuando estaba con los hermanos la mente suya estaba orientada (dirigida) a Dios, y cuando estaba con Dios, en la oración, su corazón estaba con sus hermanos para los que pedía la misericordia de Dios. Sea cuando reza o contempla, sea cuando predica o se acerca a sus hermanos Dios está siempre en el primer lugar. Dios es la razón de ser de su contemplación y de su acción. La acción está siempre guiada por la luz de la contemplación (cf. II-II, c. 45, a. 3).

Como Cristo estaba siempre atento a las insinuaciones (sugestiones) del Padre y, estando con los hombres, no dejaba de estar con el Padre, el dominico está constantemente en comunión con Dios. En el silencio, en la meditación, en la contemplación, el Padre le sugiere el modo más oportuno para

alcanzar (llegar al) corazón de los hombres e indicarles a ellos el camino de la salvación. El apóstol del Evangelio debe poder decir con el Maestro: “Mi doctrina no es mía sino de aquél que me ha enviado” (Jn 7, 16. “Yo os enseño lo que he visto en mi Padre” (Jn. 8, 38). “Porque yo no he hablado de mí mismo; el Padre mismo, que me ha enviado, es quien me mandó lo que he de decir y hablar, y yo sé que su precepto es la vida eterna. Así, pues, las cosas que yo hablo, las hablo según el Padre me ha dicho” (Jn. 12, 49-50).

La contemplación y la acción apostólica en la vida dominicana no son dos actos sucesivos; son actos simultáneos. El apostolado dominicano no es una vida activa en contraposición a la contemplación; y ni siquiera es una juxtaposición de contemplación y acción; sino que es un acto contemplativo activo, en el cual sin embargo predomina la contemplación. La contemplación es al apostolado así como el alma es al cuerpo. El objeto de la predicación, del apostolado, es siempre lo “contemplado”, que no cesa de ser contemplado en el momento en que viene comunicado a los otros. La palabra, los gestos, la acción propiamente dicha no son más que signos (señales), los cuales nos permiten manifestar “lo contemplado”.

La predicación, por tanto, esencialmente es contemplación; no es otra cosa que la contemplación que se difunde (irradia), desemboca en la acción (II-II, c. 179, 180, 181). De la contemplación se pasa a la acción, de amor de Dios se pasa al amor de los hermanos, del coloquio con Dios al coloquio sobre Dios, sin solución de continuidad y sin perder nada. El paso de la vida contemplativa a la vida activa –dice Santo Tomás– viene no a modo de “sustracción” sino a modo de “adición” (II-II, c. 182, a. 1 ad 3). El amor de Dios no disminuye por el hecho de que se derrame en los hermanos. Es siempre Dios el que es amado en los hermanos.

La acción apostólica del dominico no interrumpe la contemplación, sino que es su prolongación. Así como el fruto está vivo si no se arranca del árbol, así también la acción apostólica es viva y vital, capaz de transmitir la vida, sólo si no se separa de su fuente, la contemplación. La contemplación para el dominico es el principio y el fin de su vida; no es un acto, sino

un sistema de vida; es el estado propio de su vida. El dominico es siempre un contemplativo. También en el momento de la acción, también cuando está en medio de la gente, cuando habla, cuando discute o testimonia con la palabra y con la vida el Evangelio; el dominico está sobre todo con Dios. Su corazón está en Dios.

El contacto con la gente es un momento muy importante y delicado para el apóstol: es el momento de la siembra; el momento en el cual él transmite la verdad; el momento en el que injerta la vida divina que se derrama en él. Es el punto de llegada de un fatigoso camino; el acto final de un compromiso que ha comprometido toda su vida y todas sus energías. Es el momento en el que el apóstol da el fruto –bajo este aspecto se puede considerar como el momento de la recolección– fatigosa y amorosamente madurado en su espíritu, en una vida de sacrificio, de dedicación y de fidelidad a la gracia. En este momento, de un modo particular, el apóstol debe vivir en comunión con Dios, cuya gracia es indispensable para fecundar la semilla que viene depositada en el alma de los hermanos. Y aquí el estudio de la Palabra de Dios es fundamental para presentar el mensaje de Dios y no nuestro propio y personal mensaje.

JUAN JOSÉ GALLEGO SALVADORES, OP.  
Valencia

# La Pascua de Jesús

## VI. Nuestra Eucaristía

En el capítulo anterior se ha recordado que nuestra Eucaristía está compuesta por dos ritos distintos: la liturgia de la Palabra y la liturgia Eucarística, y que ambas hunden sus raíces en la liturgia judía sinagoga y de la Pascua; que para vivirla plenamente, teníamos que hacer referencia en nuestras actitudes a las actitudes de Cristo cuando asistía a la sinagoga o cuando celebraba la cena de Pascua. Es evidente que estas actitudes podemos, en cierto modo, trasladarlas a la celebración de los restantes días, mas es el domingo, “Día del Señor”, cuando la Eucaristía tiene su pleno sentido. En cualquier caso, tenemos que evitar la pasividad, la rutina, la vulgaridad, la insensibilidad, la frialdad que tantas veces planean sobre su celebración.

### 1. ACTITUDES PREVIAS

Más que una preparación exterior debe haber una disposición interior que cree el clima adecuado. Debería empezar antes de dirigirnos a la iglesia, recordando que vamos a participar en el misterio pascual, el misterio central de nuestra fe; que el domingo es fiesta en la que todo debe tener aire de fiesta, día de reunión de la comunidad y día de encuentro.

*Encuentro con Dios* que nos concede seis días para que, con nuestro trabajo, construyamos con él el mundo y, con nuestra vida, escribamos la historia; pero el domingo ha de ser de descanso para que podamos dialogar con él.

*Encuentro con nosotros mismos* que solemos olvidar que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 26), y somos, a pesar de las tensiones y problemas de cada día, hombres

libres. Lo que entristece es que nos sintamos a gusto como masa, como número de una estadística, como pieza de una máquina.

*Encuentro con los demás*, con esos hombres y mujeres que están a nuestro lado y apenas conocemos. Las grandes ciudades de nuestros días, a pesar de sus aglomeraciones y ruidos, son como vastos desiertos en los que el hombre se ve solo y perdido. Los primeros cristianos se llamaban entre sí hermanos y se sentían hermanos.

Estos tres encuentros han de ser consecuencia de otro anterior: del encuentro con Cristo resucitado y glorioso, presente en medio de la comunidad de quienes creen en Él (Mt 18, 20). Éste es el motivo de nuestra reunión y celebración, por lo que nuestra actitud ha de ser de alegría. La misma alegría que experimentaban los peregrinos en las grandes fiestas de subida a Jerusalén, a divisar las murallas, al penetrar en la ciudad, al pisar los atrios del templo, debería ser nuestra alegría al dirigirnos a la “casa del Señor, donde estaremos en la cercanía de Dios, envueltos por su santidad.

Mas existen otros motivos para esta alegría: la reunión con los hermanos, la presencia de Cristo en la comunidad reunida en su nombre, la escucha de la Palabra de Dios que se convierte en Palabra viva para cada uno de los presentes, la participación en un banquete sacrificial en que la comida y bebida son, como Jesús había prometido en Cafarnaum, su Cuerpo y su Sangre.

## 2. LITURGIA DE LA PALABRA

Partes de esta celebración, después del saludo, el acto penitencial y la oración en nombre de la comunidad, son: el anuncio de la Palabra, la homilía y la oración de la comunidad abierta a los problemas de todos los hombres.

### 1. *Saludo y acto penitencial*

Cuando la comunidad está reunida, el cántico de entrada, que recuerda los salmos de subida a Jerusalén, crea el clima de la celebración, un clima de alegría de toda la comunidad.

El sacerdote saluda y desea a todos los dones y la bendición del Señor. Nuestra respuesta: *“Y con tu espíritu”* no puede ser una fórmula rutinaria y distraída, sino palabras que salgan del corazón. Porque también el sacerdote necesita la acción transformadora del Espíritu; al igual que nosotros, tiene sus luchas y sus cansancios. Con frecuencia ha de caminar por sendas solitarias, cargado con el fardo de los problemas, de los sufrimientos y de las miserias de los demás.

También él está amenazado por la vulgaridad del ambiente, por la presión de una sociedad materialista y consumista, por la rutina de repetir las mismas palabras y los mismos gestos. Necesita, y nosotros necesitamos, que no se marchite su ilusión primera, que la generosidad de su primera entrega se conserve intacta y fresca.

Después somos invitados a reconocer nuestros pecados. En la carta primera de Juan se dice: *Si confesamos nuestros pecados, Dios que es fiel y justo nos los perdonará y nos purificará de toda iniquidad. Mas si decimos que no hemos pecado, dejamos a Dios por mentiroso y su Palabra no está en nosotros* (1 Jn 1, 9s). Es el momento de recordar nuestros egoísmos, ambiciones, falta de comprensión y de amor, la dureza de corazón, las rutinas, los cansancios, todas nuestras miserias, que, sin embargo, no debe empañar nuestra alegría, pues estamos abriendo nuestro corazón a un Padre que nos perdona porque nos ama.

A la invitación, respondemos: *Yo confieso ante Dios todopoderoso... y ante vosotros, hermanos, que he pecado...* Yo confieso... Pedimos que intercedan por nosotros Santa María Virgen, los santos, los hermanos que están junto a nosotros recitando las mismas palabras, haciendo la misma confesión. Nuestras palabras no pueden caer muertas como las hojas de los árboles en otoño. No podemos cerrar nuestro corazón a la luz, al perdón, al amor de Dios. Por eso, exclamamos con júbilo: *Gloria a Dios en el cielo...*

## 2. Oración

El sacerdote invita a orar: *Oremos...* Hay una pausa de silencio para el recogimiento. La oración que recita es la de la

comunidad reunida, la de la Iglesia esparcida por los cuatro puntos cardinales y presente en nosotros; una Iglesia que afirma su fe, su esperanza y da testimonio de su amor, que aguarda con impaciencia la manifestación gloriosa de Jesucristo: la Iglesia viva. Terminada la oración, todos contestamos: *Amén*. Es decir, hacemos nuestra la oración.

Deberíamos pedir al Señor que nos enseñara a orar como pueblo de Dios, a salir del mundo estrecho en que con frecuencia se desenvuelve nuestra vida, a sensibilizarnos sobre tantos problemas y sufrimientos como existen en el mundo. Deberíamos pedirle también que nos enseñara a alabarle, a bendecirle, a darle gracias, a expresarle nuestro amor y nuestra alegría; a abrir nuestro corazón para sentir el calor de su mirada y de su palabra.

### 3. *Proclamación de la Palabra*

Más que lectura de unos textos que, a veces, se hace mal, deprisa, sin la debida entonación, debe ser proclamación de la Palabra de Dios. Es lo que se dice al final de cada una de las lecturas.

Convendría recordar la bella parábola del sembrador (Mc 4, 1-20), y preguntarnos: ¿Qué clase de terreno soy yo, y dónde ha caído la semilla de la Palabra? ¿Cómo la he escuchado? Porque la Palabra de Dios hay que escucharla siempre, cuando se proclama en la reunión de la comunidad y cuando la leemos en el libro donde ha quedado remansada.

Esta Palabra es la historia siempre repetida de los hombres, nuestra propia historia, la de nuestros tumbos y de nuestras caídas; pero es igualmente la historia de las intervenciones salvadoras de Dios en la vida atormentada de los hombres, el testimonio de su presencia y de su amor.

Si los oídos del espíritu están abiertos, percibiremos en ella la voz de Dios y descubriremos su presencia en los acontecimientos y en los hombres; descubriremos a Cristo que pasa por los caminos de nuestra vida y nos invita a seguirle; oiremos el paso de todos los que nos han precedido.

Pero a veces, bastantes veces, en lugar de la Palabra de Dios las que llegan hasta nosotros son palabras humanas, palabras sin vida, palabras muertas.

Para poder escuchar la Palabra, para oír sus múltiples resonancias, para que sea semilla depositada en los surcos de nuestro corazón y luego espiga dorada al viento del mundo, hay que hacer silencio en el propio corazón.

En un salmo se dice: *Tu palabra es lámpara para mis pies, luz en mi sendero* (Sal 119, 105). Lámpara, luz... Todos sabemos que nos hace falta la luz, que es densa la oscuridad. Una luz, aunque sea pequeña, rompe la oscuridad y orienta el paso de quien camina en la noche. Esa luz necesaria es la Palabra.

### 3. CONFESIÓN DE LA FE

El Credo es a la vez asentimiento y respuesta a la Palabra que se acaba de escuchar y afirmación de la fe ante el misterio que se va a realizar. Es como un puente que une la Palabra proclamada y la Palabra encarnada que se hace presente en el altar.

Necesitamos afirmar nuestra fe. Vivimos tiempos difíciles, tiempos de crisis y negaciones, de incredulidad. Por una parte, nuestra sociedad se ha vuelto pagana, aunque ciertas estadísticas no lo quieran reconocer; y, por otra, en algunos sectores de la Iglesia hay falta de coherencia entre los comportamientos personales y la fe que se dice profesar. Por eso, necesitamos tener una fe tan fuerte como las duras encinas que desafían el vendaval.

En este momento hemos de sentirnos unidos a tantos hermanos nuestros que en el pasado y en el presente han arrojado dificultades, persecuciones y hasta han dado su vida por ser fieles a su fe. Ellos dejaron en el polvo del camino las huellas de su paso y en el aire la luz de su fe y su esperanza.

No podemos confesar nuestra fe como por rutina, con desgana. La confesamos de pie, es decir, dispuestos a hacer frente a las dificultades, a las presiones de una sociedad materialista, a nuestro propio cansancio; dispuestos a seguir a Cristo, sin mirar hacia atrás. Porque nunca tenemos suficiente fe,

deberíamos pedir al Señor, como los apóstoles: *Aumentanos la fe* (Lc 17, 5).

#### 4. LITURGIA EUCARÍSTICA

Las ofrendas, la consagración, la comunión y la acción de gracias, integran esta liturgia.

##### 1. *Las ofrendas*

Despiertan el recuerdo de la descripción que hace el mártir Justino en su *Apología: Los que tienen y quieren, cada uno según su libre determinación, dan lo que bien les parece, y lo recogido se entrega al presidente y él socorre de ello a huérfanos y viudas, a los que por enfermedad y por otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles, a los forasteros de paso.*

Me imagino una reunión cristiana de aquel tiempo llevando en sus manos el pan, el vino, el aceite para las lámparas, los dones para los pobres y las necesidades de la comunidad. Esto es su auténtico sentido, no el de recoger dinero. Las ofrendas deben expresar la fe, el amor y la esperanza de la comunidad cristiana. Son símbolos de nuestra vida que, como el pan y el vino en la acción eucarística, se ha de transformar en Cristo.

##### 2. *Tomad y comed*

El prefacio es como la obertura de la consagración. El sacerdote, después de saludar, invita a levantar el corazón y a dar gracias al Señor. El breve diálogo ha de establecer una comunión de pensamiento y sentimientos entre el que preside y la comunidad, entre ambos y Cristo. La obertura termina con las palabras: *Bendito el que viene en el nombre del Señor...*

El sacerdote, con las manos extendidas, inicia la plegaria eucarística con un relato que evoca el momento en que Jesús, la noche de Pascua, instituyó la Eucaristía: *Porque él mismo, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y dando gracias te bendijo, lo partió y se lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad*

*y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros.*

Estas palabras traen el recuerdo de la promesa de Jesús en Cafarnaum: *Yo soy el pan de vida... Quien come de este pan vivirá para siempre. El Pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo* (Jn 6, 48.51); el recuerdo de la cena de Pascua, la mirada atónita de los presentes, la mirada y los gestos de Jesús.

El relato evoca también el final de la cena, la acción de gracias, cuando Jesús toma la copa de la bendición, la tercera del ritual, y se la ofrece a quienes con él celebraban la Pascua: *Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados.* Según la tradición de Pablo y Lucas, Jesús añadió: *Haced esto en memoria mía.*

No sé qué sentirían los discípulos al oír estas palabras de su Maestro, al ver los gestos de sus manos y el brillo de sus ojos, pero ¿qué sentimos nosotros al escucharlas? Deberían desencadenar un proceso de recuerdos, de vivencias, de exigencias, mas, tal vez, a fuerza de pronunciarlas y de oírlas, pierden su fuerza y su sentido, y caen en el vacío de las fórmulas, de los ritos, de la rutina. Las primeras palabras nos llevaban al cenáculo y a Cafarnaum, estas nuevas nos llevan hasta el calvario, donde fue derramada la sangre de la alianza nueva.

El evangelista Lucas, al relatar la muerte de Jesús, escribe: *Todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, se quedaron allí, mirando todo desde lejos* (Lc 23, 49). No quiero pensar que también nosotros, al celebrar la Eucaristía, nos quedemos a distancia y nos limitemos a oír y mirar. Con frecuencia, los comportamientos dan a entender eso.

### 3. *Padre nuestro*

Los sacrificios antiguos solían terminar con un banquete sagrado. Al finalizar la plegaria eucarística, el sacerdote invita a prepararnos para participar en el banquete del sacrificio diciendo todos juntos la oración que Jesús enseñó. Deberíamos decirla con los brazos abiertos. Así oraba Jesús y oraban los

primeros cristianos. Brazos abiertos son señal de un corazón abierto.

Es una oración muy bella, pero suele decirse de cualquier manera, con palabras monótonas, atropelladas, distraídas, que dejan escapar su esencia, que pierden todo su significado, que se vuelven vulgares, deslucidas, marchitas como flores ajadas. Una oración para repetirla despacio, para meditarla, para saborear cada palabra. Es como una ventana abierta a la luz de la mañana, a los horizontes lejanos, a la dulce esperanza.

#### 4. *La paz*

Han quedado flotando en el ambiente las últimas palabras: *No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal*, cuando el sacerdote, con los brazos extendidos, continúa: *Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos la paz en nuestros días*.

Nuestro mundo necesita la paz; la Iglesia necesita la paz; nosotros necesitamos la paz. Pero lo que cada día nos llega no es precisamente la paz, aunque se hable de paz, se discuta de la paz, se celebren congresos por la paz. El profeta Jeremías sobre los problemas de su tiempo en Judá decía: *Pretenden curar a la ligera los quebrantos de mi pueblo diciendo: Paz, paz, cuando no hay paz* (Jr 6, 14).

La verdadera paz sólo nos viene de Jesucristo. En su última noche, como despedida, dijo a los discípulos: *Os dejo la paz; os doy mi paz. Mi paz no es como la del mundo* (Jn 14, 27).

Tampoco entre nosotros hay paz. Las luchas, las divisiones, las ambiciones nos han hechos olvidar la dolorida petición de Jesús: *Padre, que todos vivan unidos, como tú estás en mí y yo en ti...* *De este modo el mundo creará que tú me han enviado* (Jn 17, 21). El sacerdote, y con él la comunidad, pide: *Concede a tu Iglesia la paz y la unidad*, e invita a todos a darse como hermanos la paz.

Las liturgias primitivas hablan de “beso de la paz”, de “beso santo”. El beso era signo de la unión de los hermanos en Cristo que alaban a su Padre en el seno de la asamblea de creyentes. El tiempo de Jesús era señal de bienvenida, de deferencia (Lc 7, 45). Para nosotros debería ser expresión limpia

de nuestra fe, de nuestra alegría por ser hermanos e hijos amados de Dios.

### 5. *Comunión*

Es el momento cumbre de la celebración. El sacerdote levanta y muestra a la comunidad el pan consagrado: *Éste es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo*. Y añade: *Dichosos los llamados a la Cena del Señor*.

Mas a esta invitación muchos de los presentes, como los invitados de la parábola (Lc 14, 16-24), no responden, se quedan en sus sitios. A veces, me pregunto: ¿Por qué?, y no encuentro respuesta. O sí la encuentro. Es consecuencia de haber perdido la referencia a la cena y a las palabras de Jesús, de haber separado la comunión de la acción eucarística, de considerar la comunión como un acto de piedad personal. Se olvida que toda la acción sagrada culmina en el banquete donde la comida y bebida son el Cuerpo y la Sangre de Cristo; un banquete al que Dios, nuestro Padre, nos invita a todos. ¿Entendería alguien que en la cena de Pascua hubiera algunos que contemplaran en silencio cómo los demás comían alegres el cordero?

Nos reunimos como comunidad de fe para la escucha de la Palabra, pero, sobre todo, para participar en la comunión de la Palabra viva, Cristo. Si esto no se comprende, carece de sentido la celebración. Ninguno somos dignos, pero esto Dios lo sabe mejor que nosotros y, a pesar de ello, nos invita. ¿Por qué nos acercamos de cualquier manera, sin dar valor y trascendencia a lo que hacemos? Es necesario no acercarse cuando la propia conciencia halla un pecado grave.

Tomad y comed... Dichosos los llamados a la Cena del Señor. En el libro de la Apocalipsis se lee: *Escribe: dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero* (Ap 19, 9).

### 5. ACCIÓN DE GRACIAS

En la cena de Pascua, finalizado el banquete que sigue a la parte ritual, hay una acción, de gracias. Jesús y sus discípulos cantaron la segunda parte del "Hallel", los salmos 115

al 118: *Acuérdate, Señor, de nosotros y bendícenos... Nosotros alabamos al Señor ahora y por siempre... Alabad al Señor todas las naciones... Dad gracias al Señor porque es bueno, porque su amor es eterno.*

También en la Eucaristía, terminada la liturgia eucarística, hay una oración de acción de gracias de la comunidad. Pero antes debería haber un tiempo de silencio, de largo silencio. Lo necesitamos; en nuestras vidas hay demasiadas palabras, demasiado ruido. El silencio es el ambiente en que podemos escuchar la voz de Dios que habla en el silencio. Es la única respuesta ante el misterio de fe que se acaba de celebrar. Mas podríamos hacer nuestras las palabras que se encuentran en una oración muy antigua: *Te has dignado darnos parte de tu Cuerpo y de tu Sangre. Tú has sabido conquistar nuestros corazones.*

Dicha la oración de acción de gracias, el sacerdote pronuncia la bendición sobre los asistentes y los despide deseándoles la paz. Salimos a la calle, a la vida de cada día, a compartir con los demás problemas, luchas, preocupaciones, dificultades, alegrías, esperanzas, poniendo la luz de nuestra fe como una lámpara en medio de la oscuridad. *Vosotros sois luz del mundo. No se enciende una lámpara y se la tapa con una vasija. Al contrario, se la pone en alto para alumbrar a todos los que están en la casa. Así debe alumbrar vuestra luz ante los demás... (Mt 5. 14-16).*

La experiencia vivida debe permanecer en nuestro corazón. Ha sido la celebración gozosa de nuestra fe que exige una transformación diaria, iluminados por la Palabra que escuchamos, apoyados en la fuerza del Pan que recibimos. La luz del sol baña todo: el cielo, la calle, las cosas. También la luz ha de estar en nuestros ojos y en nuestro corazón. *¡Es el Día del Señor!*

VICENTE SERRANO, PBRO.  
Madrid

## Testigos

# P. José Merino Andrés (1905-1968), sacerdote dominico

## III. Espiritualidad y fama de santidad

### 9. *Director espiritual*

Una vez cesado el P. Merino como Maestro de Novicios se dedicó más intensamente a la Dirección Espiritual, al Confesonario y a los Ejercicios Espirituales a diversas comunidades religiosas contemplativas, mientras entró en un sufrimiento profundo por las señales terribles de la presencia del Diablo en la Iglesia del posconcilio. No es que hubiera quedado en el pasado o su espíritu hubiera envejecido, sin poder asimilar los cambios conciliares. Como hemos comprobado últimamente, las cosas no eran tan sencillas y el P. Merino fue un verdadero profeta de la hecatombe que iba a padecer la Iglesia Católica después del Concilio Vaticano II, sobre todo con la infidelidad de tantas personas consagradas; con motivo de estos sufrimientos le sobrevino una hipertensión muy acusada, que originó dolores de cabeza continuos. Así hasta el mes de septiembre de 1968, cuando se vio obligado a cancelar los compromisos de Ejercicios Espirituales ya aceptados. Fue una gran purificación espiritual que Dios dispuso en su vida para probar su espíritu y disponerlo para el encuentro con Él en la vida eterna.

La mucha correspondencia del P. Merino manifiesta su apostolado de dirección espiritual con personas consagradas, sacerdotes y seglares. Merecería la pena clasificar su correspondencia para analizar las características y los principios con los que ejercía ese estupendo ministerio de la Dirección Espiritual, tan relacionado con el ministerio del Sacramento de la Penitencia. Le gustaba cultivar grupos selectos y les hablaba

de la unión con Dios a través de la obediencia y sobre todo de la conformación de nuestra voluntad con la voluntad divina. Transmitía el deseo de la santidad. El trato con estas personas fue siempre serio y delicado en orden a favorecer en ellas el gobierno interior del Espíritu Santo; se adaptaba a su situación y las elevaba hasta la voluntad de Dios, infundiendo en sus espíritus la confianza en la asistencia constante de Dios. Su entrañable corazón sabía entristecerse con el triste y alegrarse con el que estaba contento, acompañando a todos en las consolaciones y en las desolaciones.

De su labor en el confesonario, divinamente humana y humanamente divina, podrían hablar muchas personas que experimentaron sus buenos consejos y su fuerza espiritual; aun en casos de pecados graves era siempre indulgente. Como buen dominico, recogía los frutos principales de sus Misiones Populares en el confesonario. Muchas personas experimentaron el gozo del perdón sacramental, pues el Sacramento de la Penitencia es recibir la misericordia de Dios para vivir en su amor. Recomendaba siempre media hora de acción de gracias después de la comunión y la oración mental diaria. Y aconsejaba con frecuencia a quienes vivían en comunidad: “Si santo has de ser, los tuyos te han de hacer”.

Otro campo donde manifestaba sus cualidades como Director Espiritual fueron los Ejercicios Espirituales, a los que se dedicó hasta el final de sus días. La actividad apostólica del P. Merino desbordó siempre su misión principal, el Noviciado. El 24 de enero de 1967, abandonado ya el cargo de Maestro de Novicios, escribe a un antiguo novicio suyo, ya sacerdote: “Yo estoy mejorcillo de mi tensión. Tengo a la vista una buena ristra de Ejercicios Espirituales que con la ayuda de Dios daré”.

En política, después de haber experimentado la Segunda República y sobre todo La Cruzada Española, era lógico su afecto al régimen de Franco, cuya trayectoria personal y política fueron católicas y al servicio del pueblo español y de la Iglesia. No compartía las actitudes de algún sector del clero en contra de Franco, en tiempos del Papa Pablo VI. Sus convicciones fueron profundas, ajenas a las frivolidades en las que algunos clérigos incidieron en el posconcilio.

*10. Sus últimos años (1966-1968)*

El P. Merino en su afán de no hacer sufrir callaba siempre sus dolencias y no cesaba en su entrega al apostolado; ésa fue una de las causas de su prematura muerte, ya que ni los religiosos, ni sus familiares, fueron conscientes de lo grave de su enfermedad hasta que prácticamente ya no hubo remedio. Cuando le operaron en su juventud de una malformación ósea, no dijo nada a la familia; la operación fue grave, porque afectó a la pleura, y la fístula producida no llegó a cerrar, ni cicatrizar nunca y supuraba constantemente; esto originó un tumor pleurítico, que él asumió siempre con fortaleza de ánimo y humor, pues alguna vez decía con gracia: “Tengo la transverberación de Santa Teresa”. Pero nunca se quejaba, ni tampoco hablaba del tema; tenía por lema sufrir santamente y no hacer sufrir a nadie. Recuerdo que en mi noviciado éramos conscientes de que alguna enfermedad tenía el P. Maestro, pues no se levantaba por la mañana a Maitines y Laudes; pero nunca nos habló en público del tema, ni lo dio mayor importancia. En cierta ocasión puso sobre la herida tierra de la sepultura de San Martín de Porres, pero en vez de mejorar se le infectó. Después decía: “Es una cruz que Dios me ha dado y en adelante jamás intentaré quitármela”.

Sobre el dolor escribía él a su familia: “El dolor es el buril con que se graba en el alma la eterna verdad. Moneda para comprar la vida eterna. Las penas de la vida con su peso ayudan a volar. Son como las alas de un pájaro; sin ellas pesa menos, pero no vuela al cielo. Adelante, pues, con las dificultades y tropiezos que la vida, Dios mío, pone ante nosotros para santificarnos. Ojos, pues, abiertos y a sacar de cada contrariedad o sufrimiento, como las abejas de cada flor, la miel de la santificación. Este mundo es un mero laboratorio de Dios en el cual, a fuerza de operaciones y reacciones, consigo por el sufrimiento, la humillación, el sacrificio, las lágrimas, las risas, los fracasos y, finalmente, por la muerte, el fruto apetecido: ser hijos adoptivos de Dios y herederos del cielo”. “Aprovechad con avaricia las horas de sufrimiento, porque ellas son negociaciones acertadísimas de gracia y de

gloria". "Pasarán las nubes de hoy y algún día descubriremos los amorosísimos secretos por los que Dios permitió o dispuso estos males en las cosas materiales, buscando como buen Padre sólo nuestro bien". Y decía a los novicios: "Mirad, santificación es igual a sacrificación; sin sacrificarse no se consigue nada. No olvidemos que en el cielo sólo se puede entrar por la puerta estrecha".

Llevó siempre una vida sacrificada, como se advirtió sobre todo en su última enfermedad; quiso apurar el cáliz hasta el máximo, aceptando plenamente la muerte y permaneciendo en una paz inalterable. Una uremia intensa y obstrucción grave intestinal, prolongada en el verano y otoño de 1968, consumieron su vida corporal; en el otoño quedó postrado en cama debido a vómitos continuos, que le impedían comer normalmente. Un día, después del almuerzo, un ataque de apoplejía le inmovilizó parte de su cuerpo, producido por una dosis elevadísima de urea. Los médicos se vieron impotentes para diagnosticar el remedio adecuado; el proceso era irreversible. El estado del enfermo creó una situación dolorosa en la comunidad, que no encontraba cómo aliviarle físicamente; el único consuelo fue advertir sus buenas disposiciones morales, aceptando se cumpliera en sí la voluntad divina. En el desarrollo de la enfermedad siempre dio señales de sumergirse en el sacrificio de Cristo. Decía: "deseo morirme pronto"; él, que tanto había ayudado a los enfermos, deseaba no molestar a nadie. Con todo, en una ocasión dijo al P. Aurelio Naranjo: "Pídele a Dios me conceda un poco tiempo para expiar mis pecados". Cuando este religioso, entonces capellán de las Dominicas Dueñas Reales de Medina del Campo, le visitó de nuevo, le dijo: "Ya está todo purificado".

En aquellas últimas semanas de su vida sufrió un verdadero purgatorio; incluso, en una situación de intensa sed, se negaba a tomar líquidos. Pero ¿de qué pecados necesitaba purificar su corazón el P. Merino? Durante su última enfermedad, le visitó el P. Dionisio Medivilla, quien nos dice que en esta conversación salieron temas de su ida y estancia en México, de algunos juicios sobre su labor como Maestro de novicios y de las novedades posconciliares. ¡Eran espinas que llevaba en

su corazón! Y Dios, como de costumbre, quiso que su hijo predilecto purificase estas heridas, aceptando plenamente la muerte y abandonándose como hijo pequeño en el corazón de Jesucristo, quien lleva la historia del hombre con omnipotencia y suavidad. La unción del amor de Dios comienza a prepararnos para el cielo en el purgatorio de la tierra.

“No podemos silenciar la muerte ejemplar del P. José Merino, que a lo largo de 16 años estuvo ejerciendo el cargo de maestro de novicios, ocurrida el 6 de diciembre de 1968”, escribe el cronista del Convento de San Pablo, Palencia; murió exactamente a las nueve y veinticinco minutos del día señalado; tenía 63 años, de los cuales pasó 35 en el convento. Así terminó su peregrinación por la tierra, quien cuando hablaba del cielo solía exclamar: ¡qué será aquello! ¡qué será aquello! Un artículo suyo en honor de la Virgen, publicado en la revista de los Dominicos de la Vicaría de México, terminaba: “Así, caminar por la tierra junto a Ella para morir como fieles siervos a los pies de Ella”.

Las exequias se celebraron el 7 de diciembre de 1968 a las 11,30 de la mañana. Asistieron 140 religiosos y numeroso público seglar, no obstante el frío y la lluvia. La imagen de la Madre Maestra presidía el funeral. Ante la tumba sus novicios cantaron: “Somos arada al pie del altar. Sabremos dar la vida hecha espiga y hecha cielo”; fue el adiós a aquel regalo del cielo que muchos tuvimos la suerte de conocer y amar. En 1984 falleció Fray Benigno de la Cruz, gran amigo del P. Merino; con este motivo se exhumaron los restos del P. Merino, hallándose el hábito completo con rosario y estola intactos; de su cuerpo quedaban los huesos; éstos con lo demás se metió en una bolsa de plástico precintada y una tarjeta firmada por el P. Prior y dos testigos, donde se declaraba el contenido. Todo ello se puso en la parte cimera del nicho de la derecha, fila segunda, en el panteón de los Dominicos en el Cementerio Municipal de Palencia, Ntra. Sra. de los Ángeles.

### *11. Espiritualidad del P. Merino*

El contexto espiritual del P. Merino fue el propio del Fraile Dominicano: amor a Jesucristo y a su Iglesia; amor a la Orden

de Santo Domingo y aceptación completa de su patrimonio espiritual; y entrega a una vida de oración, donde se encuentra el amor de Dios para amar a los demás mediante el anuncio apostólico de la Palabra de Dios en plena obediencia al Vicario de Jesucristo; la Orden de los Dominicos fue fundada al servicio del Papa.

El P. José Merino aprendió a vivir la vida religiosa como dominico en la comunidad, en el coro y en la celda. Es la trilogía que informó su vida y le preparó para ser un apóstol: estudio, servicio, oración. Tres virtudes caracterizaron su vida: piadoso con Dios, mortificado consigo mismo y caritativo con el prójimo. La vida de la gracia era para él una realidad radiante y alegre. Toda su vida fue un enamorado de Cristo, de la Virgen y de los santos. Deseaba que los demás se chiflasen también por Cristo. Su piedad viril, sólida y profunda se gestó en sus tiempos de Acción Católica, en aquellos años difíciles de la República y de la Cruzada, en servicio a Cristo y defensa de la Iglesia, y se desarrolló en la escuela arinteriana de Salamanca. Un Fraile bueno, seguidor de Jesucristo por las huellas de Santo Domingo de Guzmán. Gran contemplativo y por ello activo.

La Comunidad era el contexto de su vida religiosa, ejercitando la convivencia, la comprensión, la caridad, el servicio. Vivía inmerso en la comunidad. En la recreación se mostraba siempre cordial y gracioso, comunicativo y abierto. Convertía la convivencia en búsqueda espontánea de unión y armonía. Su presencia irradiaba distensión.

El Coro era para él un baño de gracia. Salía transformado, pues para ello no era preciso entender siempre el latín, sino convertir la liturgia en oración celebrada con devoción, es decir, entregándose a la voluntad divina. Era puntual y permanente en la asistencia coral. Su oración privada era preparación y fruto de su oración comunitaria. Saboreaba con gozo la liturgia dominicana, tan sobria y devota al mismo tiempo.

En la celda concentraba su actividad en el estudio y en la oración. *In cella multa pax, foris plurima bella*, reza el adagio antiguo. La soledad y el silencio de la celda era el tiempo de su reciedumbre humana y espiritual. Era muy amante de la clau-

sura, característica del Fraile Predicador llamado a dar a los demás lo antes recibido en la contemplación.

Su espiritualidad fue eminentemente eucarística y sacerdotal; se distinguía por su adoración al Santísimo. La misión del sacerdote es consagrar e identificarse lo más posible con Jesucristo. Del amor a Cristo brota el amor y el servicio del sacerdote al prójimo. Actualizaba la misa en una inmolación constante. Ver celebrar la Misa al P. Merino era una lección espiritual en la que nos introducía en la contemplación del misterio; lentamente elevaba la forma consagrada y el cáliz en adoración profunda; no perdía gesto, ni movimiento; todo era unción sobrenatural; parecía endiosado; se transfiguraba. Estaba acostumbrado a aquel modo de celebrar y es lógico que la concelebración eucarística no le gustara.

El recuerdo más grabado del P. Merino en mi espíritu es verle celebrar la Misa y la media hora de acción de gracias. Concluida la misa, se postraba ante el Santísimo y allí quedaba inmóvil, como si su alma estuviera fundida con Cristo. En la procesión eucarística mensual de los Terceros Domingos, tradicional entre los Dominicos, el P. Merino parecía en el cielo. Recordando su talante celebrativo, me vienen a la memoria aquellas palabras que decía a los novicios: “Hemos de comenzar a labrar la talla de un Cristo vivo con nuestra madera para que el día que tengamos la inmensa dicha de pronunciar las palabras de la consagración podamos decir con verdad participada: “Esto es mi cuerpo. Ésta es mi sangre”.

Otra dimensión de su vida espiritual fue la devoción tierna a la Virgen María, sobre todo en el misterio de su maternidad divina. ¡Cuánto gozaba el 24 de diciembre, en el canto de la Calenda, donde se anuncia solemnemente el nacimiento de Jesucristo de la Virgen María! Decía en una carta: “Si me buscáis en el cielo me encontraréis contemplando el misterio del nacimiento de Jesús”. Efectivamente, ante el Belén navideño, que tanto le gustaba montar cada año, pasaba horas rezando los misterios gozosos, cantando villancicos, contemplando silenciosamente el misterio del inmenso amor de Dios a los hombres, mostrado en quien nació para morir en la Cruz perdonando nuestros pecados; efectivamente la Navidad termina

en la Pascua. El P. Merino descubrió en la devoción mariana del Rosario el arma que la Virgen dio a Santo Domingo y a su Orden para vencer la corrupción y la herejía y salvar de ellas a los hombres; llamaba al rosario “llavecita de oro” que nos abre las puertas del cielo. Solía despedirse: “Os abraza con grandísimo cariño en nuestra Madre del Rosario”. completaba su devoción mariana con el amor a la Iglesia y al Papa, como buen fraile dominico.

Fue también un apóstol de la vida interior con el ejemplo y la palabra. Recuerdo haberle visto con frecuencia de rodillas ante el Sagrario, con la capucha puesta y la cabeza inclinada en profunda oración. Todos los días por la mañana se retiraba algunas horas al Corillo que daba a la Capilla del Rosario y Santísimo en la Iglesia de San Pablo de Palencia. En sus viajes, si iba solo, rezaba con frecuencia el Rosario. La vehemencia observada en su predicación era fruto de su vida sobrenatural. El fuego que ardía en su corazón lo transmitía por su voz.

En definitiva, fue un apóstol de la Palabra y un celebrante de los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Había comprendido en la escuela de San Pablo que todos somos llamados a ser miembros del mismo cuerpo, la Iglesia de Jesucristo. Lleno de amor por Cristo y en comunión con Él supo infundir este amor a los demás. Comprendió que todos estamos llamados a la santidad y sentía en su corazón un gran amor por la Iglesia, sembrando en muchos el ejercicio del apostolado seglar. Solía decir: “Nos salvamos salvando a los demás”. Estaba dotado de don de gentes, y de un poder bondadoso y persuasivo en la predicación. Tenía gran facilidad de palabra; su lenguaje era sencillo y atractivo. La inspiración de su oratoria era fruto de su honda vida interior.

Un aspecto que repiten con frecuencia los que le conocieron es que era un fraile que mezclaba la santidad con su buen humor; fue un santo con gracia y salero, pues confiaba plenamente en la Providencia bondadosa y amorosa de Dios Padre en medio de los avatares de este mundo. Su gozo íntimo de contacto con Jesucristo lo mostraba en su vida diaria. Antes de la Misa se mostraba cordial y ello no era un obstáculo para

verle adorante cuando elevaba la Hostia consagrada: el alma endiosada y la mirada fija en el Santísimo Cuerpo de Jesucristo. En sus diversos ministerios se advertía siempre en él una entrega constante y entusiasta. Con todo era muy sacrificado consigo mismo, muy reservado con los propios sufrimientos y enfermedades y plenamente entregado y comprensivo con los demás.

### *12. Fama de Santidad y Favores*

Su personalidad tan destacada fue motivo de pareceres contrapuestos en los diversos conventos en los que vivió. Padebió calumnias y persecuciones incluso de los buenos, que sobrellevó con bondadosa paciencia; en fin, es una tradición espiritual que para tener eficacia apostólica fuera es necesario encontrar dificultades dentro del Convento. Pero ¿qué defectos tuvo el P. Merino? Para evitar su figuración idealizada me parece importante colocarle en este mundo en medio de sus carencias y limitaciones, de modo que resalte más el poder de la gracia sobrenatural en su vida. Los defectos de los presuntos santos son un contrapunto en favor del poder transformador de la gracia. Una vez se enojó con el P. Enrique Fernández al decirle que sus predicaciones eran simples y no adaptadas al talante mejicano; después, confiesa el religioso mencionado, me pidió perdón y se postró en el suelo cuan largo era; me extraña ese juicio sobre la predicación del P. Merino, conociendo la idiosincrasia mejicana. Personalmente siendo novicio en Palencia, pasó un fraile por el Convento y habló algo en contra del P. Merino; cuando él se enteró sí se molestó. Pero ¡cómo quedarme en estos recuerdos, cuando son tantas las maravillas que advertí en él, viviendo lo sobrenatural con tanta naturalidad!

“Yo creo que el P. Merino tenía una estructura de santo. Y la expresaba en sus sermones, en sus obras de piedad y en su convivencia. Y siempre en beneficio de las gentes, a las que deseó llevar el consuelo, el perdón y la alegría del mensaje de Jesús. Tenía tiempo para todos, aunque lo robase a su descanso... El P. Merino vivía lo que predicaba y predicaba lo que

vivía. Tenía rostro de pensador y su mirada bondadosa dejaba intuir firmeza espiritual y mística” (D. Ramón García Argüelles, médico).

“El religioso más ejemplar y evangélico que he conocido. En él se conjugaba lo sobrenatural con sus atrayentes dotes naturales. De temperamento abierto, comunicativo y generoso, la gracia encontró un terreno abonado para hacerle un santo... Era muy exigente consigo mismo, pero muy indulgente con los demás. No se escandalizaba de nada y lo disculpaba todo. Todo lo veía desde el ángulo de la caridad. El Evangelio exige negarse a sí mismo, bendecir y amar a los que nos hacen mal y dar lo nuestro a los necesitados. El P. Merino fue en ello ejemplar, pues no tenía nada suyo y lo que tenía para su uso lo ponía a disposición de los demás (P. Maximiliano García Cordero, profesor de Salamanca). “Todo lo que sé o he oído del P. Merino es bueno y digno de conocerse para edificación de muchos” (P. Eulalio Calzón Ruiz).

En Sama hubo unas misiones que dejaron huella imborrable. Predicaban el P. José Merino y el P. Antonio Solís. Éste decía con gracia: “Yo soy el malo y el P. Merino el santo”. Se compenetraban muy bien. Su predicación era muy emotiva y sus sermones deseados por todos, pues resultaban amenos por las anécdotas y gracejo con que hablaba. Al verlo celebrar Misa, se comentaba: da la impresión de ver a un santo. Y así era en realidad” (Una religiosa dominica de la Anunciata).

“El P. Merino era un santo, pero un santo salao, que no es fácil encontrarlos de esta especie; muy amante de Dios y de la Virgen, hombre muy de Dios... Nos dijo muchas cosas santas; para mí fue un cielo anticipado... Puedo certificar que fue un santo auténtico y estoy seguro está en el cielo. Yo al menos me encomiendo a él; no me pega rezar por él” (Un novicio suyo). “Le venero como santo. Le tuve de Superior en La Felguera y pude comprobar que era modelo de todas las virtudes” (Un padre Dominic). “Yo, por mi parte, creo ciegamente en su santidad y me encomiendo frecuentemente a él, le canonicen o no” (Un novicio suyo). Ya en La Felguera afirmaba la gente: “El P. Merino es un santo”. Misionero incansable, religioso de cuerpo entero, sacerdote ejemplar. Antes de su muerte la gente

decía del P. Merino: “Un Santo en la tierra”. Y cuando murió la prensa palentina resumía su vida en una frase: “El P. Merino, un dominico para el cielo”.

“Me dicen que se va a iniciar el Proceso de Beatificación del P. José Merino. Yo lo avalo de todo corazón y con gusto testificaré en su causa. Porque el P. Merino, siendo excelente sacerdote, religioso y dominico, sabía unir a una gran exigencia de vida interior, una alegría que irradiaba a todos y que hacía gratos los sacrificios para lograrla. Dios quiera que este proceso vaya adelante. Y que la Orden ponga todo su esfuerzo para honrar a uno de sus hijos más eximios. El P. Merino tiene talla de santo. Y la Iglesia necesita siempre de estos testigos que le animan por el camino de la santidad. Camino difícil que se facilita cuando se une a la exigencia interior la alegría que multiplica sus fuerzas” (Mons. Felipe Zalba Elizalde, Obispo que fue en Perú, novicio suyo).

“El P. Merino no ha muerto; ha cambiado de estancia. Ahora está con más posibilidades. Tiene mucho y bueno que dar. Lo atesoró ya desde la tierra. No seáis tacaños en pedir. Estoy seguro que él está esperando poder favoreceros. Conectad con él hoy, mañana o pasado mañana. Siempre. Él era una Madre además de Padre, como valorábamos sus novicios. Y una madre no se cansa nunca de esperar” (Un novicio suyo). “Su muerte supuso un gran vacío. Pero sabemos que nos puede ayudar. Y, de hecho, lo hace ahora mejor que cuando aún vivía” (D.<sup>a</sup> María Ignacia González Piñera, sobrina política del P. Merino).

“Los favores que hemos recibido del P. Merino no son para publicarlos, porque a los que los lean les parecerán cosas sencillas. Mas para nosotras han sido grandes. He tenido una herida en una pierna que no se curaba. El médico no le daba importancia; pero yo estaba preocupada porque llevaba con ella casi un año. Y fue encomendarme al P. Merino y se curó rápidamente”.

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, OP.  
*Salamanca*

# Arcanos misteriosos del Sagrado Corazón de Jesús

*“No sé yo que haya en la vida espiritual ningún ejercicio de devoción más propio para elevar al alma a la más alta perfección”*  
(Santa Margarita María Alacoque).

## 2. *Las Moradas interiores del Sagrado Corazón*

Paréceme que tiene este divino Corazón una *Morada intermedia* entre las exteriores e interiores, en la cual introduce al alma para prepararla a penetrar sus interiores secretos. Después de haberla hecho pasar por las tinieblas y obscuridades de la sexta morada exterior, la deja en grande paz, mucho silencio y mayor compañía; en ésta se dispone el Sagrado Corazón a hacer una transformación mediante la cual, haciéndola como perder su propio ser, queda sólo en ella aquél primer sello, que imprimió la divinidad en la hechura de sus manos. Con este fin empieza por rodearla de su majestad infinita, abismando de un modo incomprensible a la criatura, de suerte que pierda toda propia personalidad.

Entonces, al encontrarse perdida en un abismo infinito, se apodera de ella un santo e indecible temor; no se siente vivir aunque se obren en ella todas las operaciones de la vida; y este vivir sin vivir y morir sin morir engendra unas agonías dolorosas, que en su dolor vivifican, atormentan y destruyen la vida. En fin, hállase el alma en un caos oscuro y tenebroso, aunque esas tinieblas encierran una luz clarísima, puesto que es la que le hace ver lo que no se puede ver, ni se puede palpar, ni se puede sentir, en una palabra, la nada. Su memoria ha vuelto entonces, por el obrar del Sagrado Corazón, a la nada y en nada ha quedado reducida. Su entendimiento está también

perdido en el insondable abismo de la nada; su voluntad, perdida para nunca más encontrarse, queda hecha una misma nada en la voluntad eterna de su Dios. Sus sentidos se han transformado en nada y así, como ciega, muda, sorda y sin luz en el entendimiento, ni recuerdo en la memoria, ni sentimiento en la voluntad, abismado todo su ser y reducidas sus potencias a la nada, puede decirse que ha desaparecido y en nada se ha convertido.

¡Oh, feliz y mil veces feliz el alma así anonadada en el pié-lago sin fin de esa nada salvadora! ¡Oh nada, fecundísima en obras grandes! ¡Oh nada, promovedora de actos heroicos! ¡Oh nada, origen y manantial de todos los bienes! ¡Quién pudiera reducir a esa nada todas las criaturas! ¡Quién pudiera perder de ese modo los ingenios de los humanos entendimientos y quién abismar en ella las voluntades y afectos de todos los corazones! Entonces reinaría una sola voluntad, regiría un solo entendimiento, y recordaría una sola memoria eterna, sin fin, ni principio, que eres Tú, ¡oh, Dios mío, verdad infalible, bondad suma y amor eterno!

Es muy interior el obrar del Sagrado Corazón en esta morada suya; pero donde sus operaciones son aún más ocultas es en el retiro de la santa oración, en la cual cuanto más perdida esté, más presente está el ser divino y, por lo tanto, mayor intimidad de comunicación se establece. El alma así anonadada está muy dispuesta a recibir las impresiones de la divinidad, porque cuanto menos hay de ella mayor lugar queda al ser infinito; además, la humildad y abatimiento propio, que de este estado se desprenden, atraen las miradas del Sagrado Corazón, el cual queda enamorado y deseoso de empezar Él su obra, sin estorbos, ni impedimentos.

### *Primera Morada*

Entonces es cuando principia a darle conocimiento de lo que es su Corazón, de cuánto amor encierra, de las diferentes formas que éste toma para atormentarle, pero sobre todo de los distintos sentimientos de amor doloroso que encierra su Corazón deífico, con lo cual la introduce en la Primera de sus

Moradas Interiores, donde ante todo le hace patente sus dolores amorosos y sus amores dolorosos. En cuanto a ella, goza ya de una paz inalterable, de un sosiego que nada turba, y de un padecer igualmente desconocido hasta entonces, pero que iguala al amor y al gozo que uno y otro le proporcionan. ¡Oh, arcanos insondables del Corazón divino de mi Jesús! ¡Oh, secretos impenetrables del mismo! ¡Ojalá se rasgara el velo que os oculta a la multitud, pues si todos os vieran claramente, todos os amaran y ninguno os ofendiera!

En esta primera Morada Interior del Sagrado Corazón es donde participa al alma los incomprensibles misterios de sus interiores dolores. Rasga el velo que los encubre y empieza a introducirla en ese piélago insondable del padecer y sufrir. Le hace patente unas agonías que oprimen su Corazón divino y que, comunicándole a ella misma sus angustias, llegan a sumirla en un padecer tan hondo e interior que, por decirlo así, la penetra toda, hallándose como empapada en dolor. Otras veces, el divino Corazón le enseña unas heridas interiores y ocultas que le abrasan: una sangre que de ellas brota y quema; unos suspiros por el dolor arrancados que acongojan. Ve asimismo una soledad tan grande en el padecer, que le embarga profunda tristeza. Ve las consecuencias en su Corazón hecho víctima en el Sacramento, las miserias, las inconstancias, la ingratitud, el olvido de los hombres y, sobre todo, ve cuánto le hace sufrir no ser comprendido de la mayoría de las almas: este no conocer los hombres Corazón tan amante es uno de sus dolores más interiores y está Él tan solo al padecer de esta manera, que está como oprimido y acongojado.

Enseña también en esta morada otra forma de sufrir, comprendido de poquísimas almas, porque como en ella hay mucho que penetrar, ver, sentir y entender pocas llegan a entrar hasta lo más interior. Padece Nuestro Señor de una manera en el Sacramento como víctima, que es difícil expresar y casi sólo puede sentirse. Sufre por verse sumido y rodeado de tantas vilezas del mundo; pena por ver almas incluso espirituales conaturalizadas con las bajezas de esta tierra miserable y hasta contentas de vivir entre ellas; sufre al ver su posesión eterna despreciada; en fin, no puede decirse lo que es, sólo puede

sentirse, cuando en esta morada lo participa el Señor al alma. Entonces, también ella se siente acongojada, las ataduras de este cuerpo se le hacen penosísimas, las miserias del corazón humano la ahogan y quisiera verse libre para volar y descansar en Nuestro Señor; si no le viera a Él sufrir tan prolongado martirio, desconocido para la mayoría de las almas aún espirituales que, contentas y satisfechas con una vida arreglada y recogida, llegan hasta encontrarse muy bien en este mundo, donde nada echan de menos.

Martirio incomprensible, que atormenta día y noche aquél Corazón grande por excelencia, con tormentos que sólo se igualan al amor infinito que los origina; martirio oculto, olvidado, desconocido y, sin embargo, poderoso para arrancar suspiros y quejas a Aquél cuya infinita bienaventuranza forma la alegría de los cielos; martirio, sin embrago, entendido de algunas almas que a imitación suya tanto más padecen cuanto que nadie las entiende, quedándoles sólo el consuelo de sufrir en unión del Corazón divino, sabiendo que es el medio de asemejarse a Él y que si en este mundo las quiso elegir para declararlas y enseñarlas lo que a tan escasas hace patente, es de esperar que también allá eternamente en la gloria, querrá darles parte de su misma vida bienaventurada. ¡Oh, infinitos misterios del amantísimo Corazón de Jesús, cuánto enseñan tus dolores! ¡Oh, quién pudiera mostrarlos a todos los hombres y supieran todos agradecerlos! ¡Oh, Jesús mío, no soporta el corazón que tantos amores y tantas amarguras queden ocultos y escondidos a las almas! Descubridlos, pues, Corazón divino, vean todas ellas lo que encierra y en las llamas, que le oprimen, abránsense.

### *Segunda Morada*

En la segunda morada interior va descubriendo sus amorosos secretos. Esta morada es, por decirlo así, de confidencias amantes y secretas. Descubre en ella lo que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni la lengua del hombre puede expresar, porque en tratándose directamente del amor del Sagrado Corazón el silencio es más elocuente que todas las palabras, y pudiera llamarse temeridad, atreverse a decir cosa alguna.

Va entrando el alma en esta morada, pareciendo que no es dueña de sí misma; el divino Corazón la ha conquistado y su amor tiene tal fuerza e imperio sobre ella, que ya no obra por sí misma, sino déjase arrastrar dulcemente, llevada por la suave violencia de este verdadero verdugo, quien la impone unos dolores y a veces la asalta con tal fuerza que, saliendo el alma de sí, sufre por no saber dónde la lleva aquella fuerza superior.

En esta morada todo el padecer que impone va directamente dirigido por el amor, clavándola unas saetas que la atormentan y tiranizan con tan atractiva suavidad que la dejan ansiosa, y más ansiosa, de mayor padecer. En este padecer, el más activo es el que le proporciona la vista del amor, que le abrasa y consume su Corazón Sacratísimo, quien le suele manifestar con tanta claridad las obras misteriosas del mismo, en su interior, que no puede menos de abrasarse y consumirse ella también, y sufre lo que no es dado expresar por ver tan desatendidos, olvidados, desconocidos y despreciados los amores y los dolores de este Corazón amante. ¡Oh, Jesús, cuánto podría decirse aquí!, pero ¿qué sería de todos modos en comparación con la realidad? Más vale ciertamente, Dueño amado, más vale callar que expresar tan poco, y mejor te glorifica el silencio que la mayor elocuencia que, como al fin elocuencia humana es, nada entiende, ni concibe de cosas tan altas, como los amores de vuestro Corazón divino.

### *Tercera Morada*

Hay otra morada interior en el Sagrado Corazón de Jesús, toda de despojo interior; cuando introduce en ella al alma, le hace participar de aquella agonía de muerte y de aquellas congojas que en la cruz oprimían a su Corazón deífico y le obligaron a exclamar: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado?* Pero a imitación de su Esposo, en medio de las congojas que le proporcionan los despojos que va obrando en ella el divino Corazón, conserva una paz y una tranquilidad tan grandes, que llega hasta verse reducida al extremo abismo de la nada, sin perder ni la confianza, ni la paz y sosiego, hasta

que ya cuando pobre de todo y de sí misma, y aun podría decirse que de Dios, animada y confiada en su mismo aniquilamiento y pobreza espiritual, como rebosando en el gozo de su Señor, exclama a imitación del deífico Corazón de Jesús, abandonado en la cruz: *Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu*, a fin de quedar pobre hasta de Él; y en este total abandono y entrega descansa suavemente, encontrando una anticipada bienaventuranza. En esta morada del Sagrado Corazón todo es soledad, silencio y un recogimiento de potencias y sentidos que nada turba.

#### *Cuarta Morada*

Otra morada interior tiene el amante Corazón de Jesús, a la cual puédensele aplicar aquellas palabras del salmista: *In pace in idipsum dormiam, et requiescam*. En ella encuentra el alma esa paz y reposo, que la hace dormir en un dulce y descansado sueño. Sueño que es la imagen del sosiego y sumisión de todas las potencias, mediante el cual queda el alma en una tranquilidad santa reclinada en el seno de su Amado, es decir, en el Corazón deífico, centro de sus amores, donde libre ya de cuidados queda embriagada en su amor.

Este amor, a veces, la enajena por la esperanza de la posesión eterna de su único Amado, en la cual la ha constituido y afirmado el mismo Dios. Esperanza que tiene por base y fundamento el amor origen de todos los amores: el amor infinito del divino Corazón. *Quoniam tu, Domine, singulariter in spe, constituiste me*. Ciertamente, entonces puede el alma libremente descansar, durmiendo en esta morada el dulce sueño de la unión, pudiendo decir aquellas palabras: *Duermo, pero mi corazón vela*, pues su dormir es amar y su amar obrar por los intereses de la gloria de Dios. Cuando introduce al alma en esta mansión de su Corazón, la pone en un estado como pasivo, recibiendo las influencias que directamente obra en ella este divino Corazón, el que la va asemejando en cuanto es posible a su mismo ser, pues Él es por excelencia el centro del sosiego, de la paz y de ese sueño misterioso, en que el alma embriagada posee, goza y se une con su único bien.

Todo esto se obra en el alma a semejanza de lo que obra en el Corazón de Jesús la divinidad sobre su santísima humanidad, la cual está como anonadada, perdida y transformada en ella, teniendo sobre la misma tan completo poder, que sus obras son obras de un Dios y, por lo tanto, divinas: así del alma que queda tan perdida, aniquilada y anonadada, en el ser divino del Sagrado Corazón de Jesús, que puede decirse propiamente que no obra ya por sí misma, sus obras son las del Sagrado Corazón; su entender, el entender del Corazón divino; su acordarse, aquella memoria eterna, pues al dejarse en este Corazón deífico y entregarse del todo quedaron sus potencias libremente esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, sin tener ya más voluntad y querer, que el de encontrarse sin uno y sin otro; y entonces hallando la paz en su total pérdida duerme y descansa para siempre en la esperanza y confianza de la eterna posesión de Dios.

#### *Cuarta Morada*

Otra morada interior tiene el Sagrado Corazón de Jesús, que es toda de soledad, y bien se le pueden aplicar al alma que allí introduce aquellas palabras del profeta: *Llevaré al alma a la soledad y allí le hablaré al corazón*. Hay muchas soledades en el divino Corazón, pero en ésta está el alma tan sola que puede decirse no la acompañan ni sus mismas potencias ni sentidos. Las primeras las tiene tan ligadas, que es como si Nuestro Señor las hubiera tomado como propias a fin de obrar en ellas directamente. Los segundos están como muertos, de suerte que los objetos exteriores no obran en ellos ninguna impresión que puedan comunicar al alma. En fin, se encuentra entonces ésta en su mayor pureza y ser espiritual y, por lo tanto, en mejor disposición para su comunicación con Dios.

Sin embargo, este mismo estado de soledad y muerte es para ella manantial de un padecer muy interior y profundo, porque como mejor dispuesta para conocer a Dios y con mayor comunicación y trato con Él, a medida que ambas cosas se aumentan, se aviva más y más el fuego del amor divino en su corazón y, como éste no puede estar ocioso y tiende siempre a

obrar por el Amado, siente este deseo con fuerza y al mismo tiempo el estado de soledad impotente a que la tiene reducida el divino Corazón la deja como en una ineptitud y reposo que en su misma paz y sosiego la fomentan un sufrir, que crece y se desarrolla a medida del amor y del reposo de sus potencias.

La manera de comunicación que en esta morada tiene con ella el divino y amante Corazón es muy alta y espiritual a semejanza de aquella que entre sí tienen las divinas personas, pues una en otra se ven, se entienden, se conocen y se aman. Esto parecida-mente hace el Sagrado Corazón con el alma. Además, le participa el ser de su vida, que es el sufrir, de suerte que queda anegada en un amor tan doloroso, que la deja cada vez más impotente, y parece como que sólo tiene libertad para padecer con Él, quien por su parte le da grande entrada en los arcanos secretos de sus misteriosos dolores; e introduciéndola en ese mar insondable queda en él perdida por amor. Recibe también en esta soledad luces que la ilustran, pero como el ser del Sagrado Corazón es caridad, y ella se hace una misma cosa con Él, parece que sólo la ilustra Nuestro Señor en favor de los demás, de suerte que a imitación del amante Corazón enriquece a los demás, quedando ella en interior pobreza, desnudez, soledad e impotencia.

### *Quinta Morada*

Otra morada hay en el deífico Corazón, que es toda de silencio; a ella no llegan ni el ruido y las agitaciones de las criaturas, ni las sensaciones de los objetos creados. Sólo Dios obra allí directamente en el alma y su obrar es imponiéndola divinos tormentos y santos amores. Su estado en esta mansión del Sagrado Corazón se asemeja a aquellas aguas tranquilas y pacíficas, que corren sin ruido, ni estrépito, en las noches apacibles de la primavera, en las cuales se refleja con claridad y limpieza la luna en toda su hermosura; así del alma cuando penetra en esta morada. El silencio que en ella reina no se ve turbado por las agitaciones turbulentas de las pasiones, ni de los afectos a las criaturas y a las cosas sensibles; pacífica y serena escucha al divino Corazón, que en esta retirada e interior

mansión le habla en el recogimiento de ella, y como en agua serena y tranquila se reflejan en ella, con toda la paz y silencio que reinan en el Sagrado Corazón, esos divinos destellos, que como rayos suaves y tranquilos la iluminan sobre los dolores, amores y perfecciones todas de su Corazón deífico.

En esta morada la principal ocupación del alma es amar y padecer en un silencio profundo y recogido. El amante Corazón le comunica, así en la oración como fuera de ella, luces muy claras, pero todas tienden a aumentar el padecer en su interior; padecer que, aguijoneado por el amor que la abrasa, llegaría a ser insostenible, si el que es la fortaleza invencible no la sustentara y sufriera en ella y por ella. Son grandes los frutos que el alma recoge en esta mansión del Sagrado Corazón y grande también la gloria que da a Dios. Su unión con el divino Corazón es estrechísima y se encuentra como crucificada con Él. El silencio que reina en su alma por nada se ve turbado; sólo tiene una mira, amar y padecer, y padecer para amar.

### *Sexta Morada*

Otra morada tiene muy oculta y escondida en su Corazón deífico, en la cual reduce al alma a una clase de impotencia e ineptitud grandes, y sus potencias las deja como en un profundo sueño. Cuando así reduce al alma, empieza a obrar directamente en ella el Sagrado Corazón, de suerte que está en un estado como pasivo y el Sagrado Corazón activo. Entonces es cuando se enciende en santos deseos, cuando arde en abrasados amores; cuando sus ansias por la gloria de Dios y el bien del prójimo la mueven a actos heroicos; cuando padece también un como martirio santo y divino que la tritura y oprime. Entonces gime y goza a un mismo tiempo; entonces, aniquilado su entendimiento, ve y entiende, si así puede decirse, con el entendimiento del Sagrado Corazón, el que la ilumina con tan claras luces, que lo oculto se le hace patente y lo invisible claro y visible, obrándose todo esto por un espíritu superior con quien el suyo ha quedado unificado; de suerte que ni ella misma comprende, ni entiende, cómo se obran esas cosas en su interior, puesto que puede decir, no tiene otra parte que la

de dejar libre corriente al espíritu que la mueve, lo cual engendra en ella humildad y anonadamiento, que la tienen aniquilada en la presencia de Dios y aun también de las criaturas.

Ve que Dios hace en ella y por ella cosas grandes, pues si las negara, negaría al mismo tiempo el obrar del divino Corazón de Jesús, en cuyas manos es como un instrumento; pero como se encuentra en esa impotencia y profundo sueño espiritual, no deja de reconocer que todo es de Dios y que ella, no sólo no tiene parte alguna en esas gracias y favores de Nuestro Señor, sino que a veces ve con tal claridad su miseria y pobreza espiritual, que se asombra de cómo Dios puede y quiere valerse de tanta miseria para hacer tanto; aunque, sin embargo, bendice esa misma miseria y la ama cada vez más, sabiendo que a ella debe haber atraído las miradas de Nuestro Señor; y esta consideración la enciende en un amor y en una confianza que la enajenan de amor.

### *Séptima Morada*

También tiene este deífico Corazón una morada toda de pobreza de espíritu. El alma que en ella penetra ha de participar de aquella pobreza del Sacratísimo Corazón de Jesús, que quiso desprenderse de todo, poniendo en aquella hora sagrada de su agonía en la cruz en manos del Padre eterno, al mismo tiempo que su espíritu, sus triunfos, sus victorias, sus méritos, sus dolores, sus amores, para que de ellos se sirviera el Padre cómo y en favor de quien fuere su voluntad, a gloria suya y bien de los hombres.

Asimismo, del alma a quien el Sagrado Corazón de Jesús introduce en esta morada; santamente ávida de conformarse con Él y de ser a su imitación verdaderamente pobre, renuncia a favor de la obediencia cuanto tiene y puede tener en méritos, buenas obras, deseos, afectos, aspiraciones aún las más santas, oraciones e intenciones, así en vida como en muerte, para no tener ya ni siquiera sus buenas obras de las que pueda disponer; y así verdaderamente pobre de criaturas, de aspiraciones y de todo cuanto encierra la vida espiritual sólo tiene amor y dolor, aunque también de esto puede decir que está

pobre, puesto que el amor y dolor que su corazón encierra puede decir que no es suyo, sino obra del Sagrado Corazón, que ama y padece en ella.

En esta morada consigue el alma, mediante esta pobreza, una paz inalterable y diríase divina, pues en la pérdida y despojo de todo lo ha hallado todo y así descansa sin cuidados y vive en el olvido de todo y de sí misma; acto verdaderamente grande por el cual merece que el Sagrado Corazón sea el móvil de todos sus actos y movimientos.

### *Octava Morada*

Otra morada muy oculta y escondida tiene el divino Corazón de Jesús en la cual se comunica al alma que en ella introduce por diferentes uniones que con ella tiene. A veces la une estrechamente consigo por medio del padecer, mediante el cual, anegada y perdida en ese océano de sus interiores dolores, hállase hecha una misma cosa con el dolorido Corazón de Jesús; sufre, padece, agoniza, hállase sin encontrarse, queda perdida y se encuentra al mismo tiempo; y se siente a veces unida tan estrechamente con Él, que bien puede decir, que su ser está refundido en el piélagos sin fin de la divinidad del Sagrado Corazón.

Otras veces se une con ella con una comunión toda de amor; en la cual se establece una comunidad y comunicación de sentimientos y afectos, mediante la cual, se hace el alma una misma cosa con su Amado. Ámale, siente su amor, abrá-sala interiormente ese divino volcán de caridad, siente latir amorosamente los latidos de ese Corazón todo amor, y en ese sentir, conocer y abrazarse, piérdese por amor en el amor infinito, únese por amor en el amor infinito, únese por amor en el amor, manantial de todos los amores, y queda como unificada en el mismo ser de caridad del Sagrado Corazón.

Hay, además, en esta morada del Corazón divino de Jesús otra manera de unión, que por ser muy interior se puede decir poco de ella. Ésta es mediante una comunión del Corazón déi-fico con el de su criatura y un trato y confianza que a nada se le iguala. En esta unión es cuando el divino Corazón de Jesús,

llo y abrasado en caridad, dice al alma, que le ha ganado por uno de sus ojos y por uno de sus cabellos; y por eso la introduce a la participación de su propia vida y la une a las operaciones de su divinidad en su humanidad sacratísima; entonces es cuando le dice al oído interior de su corazón esas palabras de vida eterna, profundas en su sentido y llenas de santas enseñanzas, las cuales oídas y comprendidas por el alma, sácanla fuera de sí misma, y la llevan a la transformación en el divino Corazón de Jesús, verificándose aquellas obras interiores y misteriosas entre Dios y su criatura, que siendo como una participación de la visión gloriosa de Dios no se puede decir de ellas, sino aquellas palabras de San Pablo: *que se ve lo que el ojo del hombre no vio; se entiende lo que su oído nunca oyó y lo que el entendimiento humano jamás penetró.*

Otra unión hay también en esta morada, por la cual haciéndose una completa soledad en el alma viene a hacerla compañía en ella el amante y deífico Corazón de Jesús; parece entonces que, haciéndola descansar del tráfico y agitaciones del mundo, la hace sentar apaciblemente en el santo retiro y desierto de su interior, donde le hace probar una paz que sobrepuja toda alegría; la enseña con un silencio más elocuente que todas las palabras y en su soledad siente y ve a Dios con una fuerza suave y poderosa a la par, que va aniquilando y matando su propia vida, para que en ella sólo reine e impere el deífico Corazón. Entonces se encuentra el alma sola, no pudiendo todas las criaturas sacarla de su retiro y soledad; el mundo parece a su vista desaparecer; nada ve, nada oye, nada la mueve, sino ese ser supremo que tan poderosamente la atrae; y en esa soledad, en ese retiro, en ese silencio, descansa dulcemente recostada en su Amado, suavemente unida a Él, que únicamente la atrae, la mueve y la domina.

### *Novena Morada*

Otra morada interior tiene el divino Corazón donde reduce al alma a su mayor sencillez, refiriéndolo todo a una pura y simplicísima unión de amor. En ella la asemeja lo más posible a sus operaciones con su divinidad, puesto que cuanto

mayor simplicidad haya en ella, tanto más se asemeja al Señor simplicísimo por esencia.

Su trato con el divino Corazón se parece también lo más posible a esa comunicación que tienen entre sí las divinas Personas, quienes por un acto puro y simplicísimo de su voluntad se ven, se conocen y se aman, y en este amor y por él se hallan, por decirlo así, radicados todos los demás actos de sus atributos; así del alma a quien el Corazón de Jesús introduce en esta morada suya todo en ella se simplifica y se reduce al amor en la unidad; y en este solo acto purísimo hállanse encerrados todos los demás propios de su mayor perfección, glorificando y enaltecendo más con esto sólo a Dios, que cuantas obras pudiera hacer. Dios sea bendito.

M. MARÍA SERAFINA LEMERY, VSM.  
 Monasterio de las Salesas. Burgos

### **Novedad Editorial**

El director de nuestra revista acaba de publicar un libro sobre el *Sacramento de la Penitencia*. Editoriales San Esteban-Edibesa. Salamanca-Madrid 2000, pp. 346.

Pedidos a Editorial San Esteban: Precio especial a suscriptores de VIDA SOBRENATURAL, 2.500 ptas.

## Información

# Estado actual de la causa de Canonización del P. Arintero

El proceso de canonización del Siervo de Dios, P. Juan Tomás González Arintero, sigue su curso normal, teniendo en cuenta las características de esta causa (cfr. Vida Sobrenatural 598 (1998) 298-304; 603 (1999) 235-237). Quien desee informarse directamente en la Congregación de los Santos (Ciudad del Vaticano) puede hacerlo, señalando el n° del protocolo correspondiente al P. Arintero, Prot. 877.

### 1. Características de la Causa del P. Arintero

Entre las principales características actuales del proceso de canonización del P. Arintero, que están determinando su iter, sobresalen dos: primera, su *Positio super vita et virtutibus* fue aceptada por la Congregación de los Santos el 30 de marzo de 1993 y, segunda, se trata de una causa que carece todavía de un milagro estudiado y reconocido por la Congregación de los Santos. Es decir, si normalmente transcurren unos 8 años entre la aceptación de la *Positio* y su estudio por la comisión de 8 consultores teólogos debido a la cantidad de causas que están esperando en la Congregación (en mayo de 1999 había 2.303 causas), quiere decir que, Dios mediante, será el próximo año, 2001 ó el 2002, cuando sea examinada la excelente *Positio* del P. Arintero, redactada por el P. Armando Bandera, O.P. y supervisada por los Relatores, P. Valentino Macca (1985-1988) y Michaëlis Machejek (1988-1993), ambos Carmelitas Descalzos, en orden al reconocimiento de la heroicidad de las virtudes del P. Arintero.

Es sabido que junto con los 8 consultores teólogos que examinan la *Positio* actúan también el Relator de la Causa (los dos

relatores de la causa del P. Arintero han fallecido) y el Promotor de la Fe. Al voto afirmativo de los consultores teólogos y del promotor de la fe ha de seguir el voto también afirmativo de los Señores Cardenales de la Congregación, que tienen a su disposición los informes y los votos de los consultores. Si el parecer de los purpurados es positivo y se trata de un mártir se prepara el decreto de beatificación que firmará el Papa, pero si se trata de un confesor, antes de preparar el decreto de beatificación, deberá verificarse si se ha producido o no un milagro por su intercesión.

Por tanto, una vez reconocida la heroicidad de las virtudes del P. Arintero, si faltara entonces un milagro estudiado y reconocido por la Congregación de los Santos de nuevo se detendrá la Causa y ahora definitivamente hasta que no se produzca y se reconozca un milagro atribuido a la intercesión del P. Arintero, pues se trata de una condición ordinariamente necesaria para proceder a la beatificación. Además, sabemos que cada año la comisión de los 8 teólogos consultores examinan 10 causas con milagro y 10 sin milagro; es decir, el milagro siempre es un motivo para facilitar el estudio de la *Positio*, pues además de las 20 causas anuales existen otras causas que por diversos motivos legítimos se adelantan y son examinadas algunos viernes durante el año. El procedimiento antiguo de la Congregación de los Santos para comenzar una causa consideraba más los hechos significativos, pero hoy basta la fama de santidad y el examen de sus virtudes heroicas; por eso, aunque actualmente se facilita el inicio de una causa, puede detenerse después y definitivamente.

## 2. *Una conversación en la Congregación de los Santos*

El 6 de junio de 2000 mantuve una agradable conversación en la Congregación de los Santos con el Promotor de la Fe, Mons. Sandro Corradini. El año anterior, 2 de junio, me entrevisté también con Mons. Corradini con la misma finalidad, informarme sobre la situación de la Causa del P. Arintero. Con más frecuencia, debido a la redacción de la *Positio* de la Sierva de Dios, María Angélica Álvarez Icaza, entregada en la Congre-

gación el 1 de septiembre de 2000, he conversado sobre estas cuestiones con Mons. José Luis Gutiérrez, Relator, y con el P. Ambrosio Eszer, O.P., Relator General. También con el Postulador de la Causa del P. Arintero, P. Inocencio Venchi, O.P.

Según la información recibida, a principios de junio de 2000 la *positio* del P. Arintero ocupaba el n° 19 en espera de ser examinada, y sin milagro; en consecuencia, el turno para el P. Arintero pasaría al año 2002, sino se produce anteriormente algún milagro o alguna intervención especial; de hecho si se confirmara un milagro su causa sería examinada inmediatamente.

En nuestra conversación comprobé una vez más cómo la base previa de un proceso de canonización es siempre la fama de santidad, mientras que las virtudes heroicas responden a la prueba necesaria referida a la vida del presunto santo, y el milagro es la señal de la fama actual de santidad o la voluntad de Dios en relación con la prueba después de su muerte; en concreto, la fama de santidad y las virtudes heroicas son la base y el milagro la cumbre, en cuanto muestra la intercesión del presunto santo ante las necesidades de los fieles cristianos y de todos los hombres.

En consecuencia, es urgente que el pueblo cristiano conozca y admire al P. Arintero como testigo de vida santa, como ejemplo de santidad cristiana y como intercesor ante Dios. Como fundamento de este conocimiento y admiración están los medios que expongan al público la vida del P. Arintero, quien sobresale como maestro en cuestiones místicas y como maestro en la dirección espiritual, aspectos que prueban la actualidad del P. Juan Tomás González Arintero al inicio del siglo XXI, cuando los cristianos o serán místicos o no serán.

La praxis de la Congregación de los Santos es retrasar algo a los Siervos de Dios que carecen de milagro, pues no interesa aumentar el número de venerables que no puedan ser beatificados en un espacio prudente de tiempo. Con respecto al milagro hay que notar que los milagros válidos para una Causa de Canonización son sobre todo los milagros físicos, pues no es suficiente que se produzca el milagro, sino que se pueda analizar y probar que verdaderamente se trata de una inter-

vención milagrosa, inexplicable según las leyes naturales de la ciencia. Y estos milagros Dios los concede cuando hay un pueblo que reza y pide gracias y favores. “Pedid y recibiréis”, dice Jesucristo (Mat. 7, 7). Y se ha constatado que los milagros se dan más en el segundo, tercer y cuarto mundos, que en el primero, porque también dice Jesucristo: “Te doy gracias, Padre, porque escondiste estas cosas a los sabios y a los inteligentes y se las ha revelado a los pequeños” (Mat. 11, 26).

### 3. *Medios para seguir colaborando en la Causa del P. Arintero*

Todos sabemos que para que una causa siga adelante es preciso que haya detrás alguien que mueva y promueva y, definitivamente, una organización. En relación con la causa del P. Arintero se advierte más fidelidad a las obras iniciadas por el P. Arintero, sobre todo la Vida Sobrenatural y sus escritos, que en la promoción de su conocimiento devocional y de un movimiento de oración ante la intercesión del Siervo de Dios.

Una vez publicados en 1996 los *índices de la revista Vida Sobrenatural*, fundada por el P. Arintero el año 1921, esperamos salga de la imprenta este año 2000 un volumen sobre el *Archivo del P. Arintero*; se trata de dos instrumentos privilegiados, Revista y Archivo, para conocer la obra e influencia del P. Arintero en la historia española del cristianismo en el siglo XX, sobre todo en la teología y vida místicas. Tenemos en la imprenta también un *Devocionario del Amor Misericordioso y de María Mediadora*, donde se recogen las devociones más propagadas por el P. Arintero entre los fieles.

Es gratificante escribir estas páginas sobre el P. Arintero en este año jubilar, cuya primera finalidad es anunciar a todos los hombres, a todos los cristianos, la llamada a la santidad. El P. Arintero en su prólogo general a su magna obra *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia* (Salamanca 1911, pp. 31-32), fechado el 8 de septiembre de 1910, enseña: “Hemos procurado mostrar cómo la misteriosa *evolución mística* –mediante la cual se crece verdaderamente *en gracia y conocimiento del Hijo de Dios*– es la razón capital de todas las otras evoluciones con que el místico organismo de la Santa Iglesia y cada uno de sus

miembros van progresando en todo, merced al continuo influjo que de su divina Cabeza reciben”. Desde el año 1900, hace un siglo exactamente, comenzó el P. Arintero a hablar en público de la llamada universal a la santidad, como principio que orienta y anima todas las demás realidades de la Iglesia, que es, como él dice, el supersacramento o gran instrumento de santificación. El P. Arintero ha sido un maestro en la exposición y en la experiencia en los aspectos eclesiales y místicos de la santidad.

El P. Arintero “ha sido un gran eclesiólogo y en el contexto hispano, el mayor escritor místico del siglo XX. Para él, la eclesiología y la mística no representan dos sectores separados, sino dos aspectos de la misma realidad, porque su eclesiología es esencialmente mística y ésta es genuina sólo en una perspectiva eclesial y como contribución al desarrollo de la Iglesia. El P. Arintero elaboró una eclesiología en el quicio de la santidad, que a su vez merece este nombre sólo cuando alcanza de hecho los niveles místicos. Los escritos del P. Arintero tienen un valor científico y al mismo tiempo son esencialmente autobiográficos; él escribió en torno a las realidades vividas; su eclesiología nunca se hubiera podido escribir prescindiendo de su vida”. (P. A. Bandera, *L’Osservatore Romano*, 6-V-1992, p. 4).

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.  
Salamanca

## Bibliografía

NICOLÁS GARCÍA GARCÍA, *Autenticidad* (Cl. Suero de Quiñones, 24002 León 1997).

El autor, suscriptor de la revista “Vida Sobrenatural” desde sus tiempos de seminarista en los años 30, ofrece al lector un conjunto de 63 meditaciones en torno a lo que es lo verdadero, lo justo y lo bello. El tema, en definitiva, es la humildad y su objetivo es aprender a ser humildes, ocupando cada quien el puesto que le corresponde y dando a cada uno lo suyo. Un libro contracorriente en tiempos de la tolerancia indiferente, pero de suma actualidad para todos, sobre todo para los cristianos.

Hoy se habla demasiado de ser sinceros y justos. No basta con no ser mentirosos, hay que ser y andar en verdad en la propia identidad manifiesta. Estas páginas invitan a una lectura reposada y meditada, pues Dios resiste al soberbio y exalta al humilde, de tal modo que la victoria final será siempre del humilde David frente al soberbio Goliat. ¡Entremos en combate espiritual contra el amor propio, de donde nace la soberbia y el egoísmo!

Confieso que lo que más admiro en este libro es la actitud verdadera, confesante, del autor, verdadero sacerdote. Pero, ¡cuánto sufrimiento advierto en algunas personas, verdaderos mártires, en diócesis, conventos y familias, cuando la frivolidad se ha establecido en algunas instituciones, que por ello se han vuelto estériles y están feneciendo! En fin, Dios nos ayude a ser pacientes y con la mirada fijamente amorosa en Jesús demos la vida haciendo siempre el bien sin rehuir el mal.—*Pedro Fernández Rodríguez, O.P.*

*Diccionario de las religiones*, Dir. por el Cardenal Paul Poupard. Trad. del francés por Diorki. Editorial Herder. Provenza 388. 08025 Barcelona 1997. 16,5 x 23,7. pp. 1889.

La buena acogida del público a la primera edición en francés y español explica la presente reimpresión en lengua castellana. Este diccionario es un instrumento estupendo para entrar en el diálogo inter-religioso, guiados por el Decreto *Nostrae aetate* del Concilio Vaticano II, en el contexto de la cultura posmoderna, en la que junto a la frivolidad materialista encontramos al permanente *homo religiosus-symbolicus*, necesitado de religión.

“Este diccionario es el fruto de una colaboración entre el Instituto Católico de París, el Centro de Historia de las Religiones de la Universidad Católica de Lovaina la Nueva, el Centro de las Religiones de la Universidad de Lieja y el Departamento de Ciencias de las Religiones de la Sorbona. Un comité de redacción se ha ocupado de seleccionar los artículos, elegir a los autores, coordinar las colaboraciones, perfilar las bibliografías y establecer las relaciones entre los temas” (p. 9). “De esta forma la obra que hoy presentamos ofrece, en forma de léxico, y por orden alfabético, diversas contribuciones de desigual extensión referentes a las religiones” (p. 6).

El Diccionario, coordinado por Jacques Vidal del Instituto Católico de París, está estructurado en cinco sectores: ciencias de las religiones (responsable, Jacques Vidal); Religiones antiguas (responsable, Julien Ries, Universidad Católica de Lovaina y Centro de Historia de las Religiones de Lovaina la Nueva), Biblia y judaísmo (responsable, Edouard Cothenet, Instituto Católico de París); El cristianismo y su historia (responsable Yves Marchasson, Instituto Católico de París); y Religiones actuales de África, Asia y Oceanía (responsable Michel Delahoutre, Instituto Católico de París).

El uso del Diccionario está facilitado no sólo por la introducción por sectores, al inicio, sino también al final por el complemento bibliográfico, la lista de artículos tratados por cada autor y el índice analítico sectorial. El cuadro de colaboradores es amplio.—*Pedro Fernández Rodríguez, O.P.*

ISIDOR BAUMGARTNER, *Psicología Pastoral. Introducción a la praxis de la pastoral curativa*, Trad. del alemán por Gorka Hurtado (Biblioteca Manual Desclée, 13). Desclée de Brouwer. Henao, 6. 48009 Bilbao 1997. 14,7 x 23. pp. 757.

Muchos ven en la Psicología y terapia curativa una respuesta ante el dolor; pero la condición humana no se arregla plenamente con la terapia psíquica convencional; queda siempre el resto incurable y sobre todo la muerte, como agravio erradicable. Por eso, quienes conocen a Jesucristo y la historia de los santos anhelan una Iglesia terapéutica, que haga discursos sobre la curación y realice los signos evangélicos de la transmisión de la fe.

El autor, en amplio prólogo, coloca las señales del camino que él intenta recorrer en este libro en orden a clarificar el consejo espiritual o pastoral curativa, distinta de la mera psicoterapia. Comienza con un análisis crítico de cinco autores en el ámbito de la psicología pastoral contemporánea, concluyendo con unos criterios sobre un concepto productivo de la psicología pastoral en el campo de la teología práctica. El cuidado del alma tiene algunas características en relación con el cuidado del cuerpo, hoy tan desarrollado. La curación del dolor físico es sólo una parte de la curación cristiana, la cual lleva incluso a ser capaces de advertir el sentido creyente de una enfermedad incurable y de la misma muerte temporal.

Recuerda el autor el modelo de Jesús en su praxis curativa y salvífica y aboga por el redescubrimiento de una pastoral de este tipo en la Iglesia y en las comunidades cristianas, descubriendo posibilidades no sólo en la misión tradicional de la diaconía, sino también en la celebración litúrgica y en la vida de comunidad. Después de presentar en la primera parte la Psicología pastoral como pastoral curativa, estructura las siete partes restantes en torno al discurso o relato de Emaús (Lucas 24, 13-35). Entiendo que se trata de una lectura sugerente y práctica, no sólo para los pastores de comunidades, sino para todos los cristianos, pues esta psicología pastoral apunta hacia una "comunidad curadora de almas".—*Pedro Fernández Rodríguez, O.P.*

JOSÉ M.<sup>o</sup> GARCÍA ESCUDERO, *El escándalo del cristianismo. El Credo que ha dado sentido a mi vida*, Desclée de Brouwer. Bilbao 1999. 238 pp.

El título estridente del libro no parece corresponder al contenido del mismo, pero hay que entenderlo en el contexto histórico en que fue compuesto hace 23 años, justamente después de haber terminado el Concilio Vaticano II (p. 12). El autor declara que reproduce su primera edición sin

modificaciones (p. 12). El autor es un intelectual periodista y jurista que se formó en el grupo de los “propagandistas” de la escuela del Cardenal Herrera, es decir, en la del “Debate” anterior a la guerra civil, por lo que es un católico militante de primera línea, y como tal aparece en todas sus publicaciones. Respecto del fenómeno del “Mundo mejor” dice que es utópico y no es posible ni deseable (p. 36). Él primero vivió en zona roja durante la guerra civil, y se pasó a la nacional, incorporándose como voluntario al frente, y como tal, participó en la llamada “Cruzada” tal como lo entendían los católicos participantes en la guerra civil. Y así declara: “a nuestra manera dimos testimonio de nuestra fe (p. 38), afirmando que el “Nacional-Catolicismo era vida y entrega” (p. 40). Y como tal, colaboró en la política de los vencedores con puestos directivos de gran responsabilidad.

Pero conforme a la moda de los tiempos post-conciliares rechaza la “moralina, a base de los mandamientos” (*sic*, p. 34-45), y la moral tradicional cristiana como “farisaica” (p. 45), lo que está en contra de los postulados de los “propagandistas” de la escuela del Cardenal Herrera, y se queja del catolicismo en que fue educado como “frígido y árido” (p. 47). Eran los tópicos de los catolicismos progresistas post-conciliares, llegando a decir que la Religión que se les enseñaba era “un catálogo de negativismos” (p. 53). Pero reconoce que “aquellos cristianos (tan mal formados religiosamente según el autor) sabían al menos morir por la cruz” (p. 65), por lo que eran “cruzados” auténticos. Seguramente que los católicos “progresistas” postconciliares no mostrarían tal valor ante la persecución, porque parecen avergonzados de su fe, acomplejados ante el “secularismo” de moda.

Recoge las palabras de Pío XII de que el catolicismo español era “íntegro, recio, profundo y apostólico” (p. 102). Rechaza el esquema social y económico marxista, que es “el modelo de la Teología de la liberación” (p. 162), pues olvida “la dimensión trascendente del Cristianismo (p. 164), lo que sería el mayor fraude al mismo (p. 166). Y declara que Jesús no tuvo intenciones revolucionarias temporalistas y su mensaje “al lado del profetismo ardoroso del Bautista no pasaría de ser el de un social-demócrata” (p. 169), que rechazó la “tentación política” (p. 169). El libro termina con una maravillosa meditación sobre la muerte (p. 216), después de comentar la rebelión de los jóvenes del 1969 en sentido negativo.—*Maximiliano García Cordero, O.P.*

CHARLES DE FOUCAULD, *Al hilo de las horas. Nueva antología de escritos espirituales*. Desclée de Brouwer. Bilbao. 279 pp.

El autor de estos escritos es el famoso anacoreta, que tuvo una vida muy peregrina, debida a ser un inadaptado, que quiso vivir el ideal evangélico de modo radical por encima de las leyes de la prudencia al estilo del “Poverello” de Asís, pero en clave más trágica. Nacido en 1858 en Estrasburgo, recibe la primera comunión y confirmación en Nancy en 1872; pero en 1874 pierde la fe. Después de frecuentar un colegio de jesuitas, ingresa en la Escuela militar de Saint Cyr, convirtiéndose en 1878 en sub-teniente. Con su regimiento se trasladó a Argelia en 1880, participando en operaciones militares en la región de Orán. Exploró el sur de Marruecos, de Argelia y de Túnez. En 1886 se convirtió al catolicismo en París. En 1990 se trasladó a Siria, donde hizo el noviciado en la Trapa. Se le propuso para los estudios de sacerdocio, pero quería vivir como hermano lego o “fámulo” con una r égimen especial, pobre y humildemente. En 1892 pidió dispensa de los votos para seguir su camino

espiritual. En 1897 entró como criado en el Convento de las Clarisas de Nazaret. En 1898 residió como tal en las Clarisas de Jerusalén. Quiso fundar una congregación de ermitaños y comprar un terreno en el monte de las Bienaventuranzas junto al lago de Genesaret, donde pensaba vivir como capellán. En 1900 se ordenó de subdiácono, siendo ordenado sacerdote en 1901. Se trasladó a Orán, donde instaló su fraternidad. En 1904 se trasladó al sur de Argelia para tener contacto con los tuaregs, y 1905 se instaló en el Hoggar, Argelia, queriendo evangelizar a sus habitantes. En 1916 vivía en una ermita donde fue asesinado.

En estos distintos lugares fue haciendo anotaciones de vida espiritual con el ideal de vivir el Evangelio con humildad y pobreza. Su muerte trágica le otorgó una aureola en torno a este "Quijote" que empalmó con los ermitaños de los primeros siglos de la Iglesia, que huían de la vida ordenada y convencional, siempre inquieto en su ideal de perfección por encima de todo convencionalismo. En estas páginas se refleja su delicadeza espiritual y sus sueños de perfección evangélica.—M.G.C.

TERESA DE JESÚS, *Las misericordias de Dios. Su vida contada por ella misma*. Cuadernos Palabra. Madrid, 1997. 557 pp.

La autobiografía comprende cuarenta capítulos, que van enmarcados entre un prólogo y un índice que reproduce los capítulos con sus títulos correspondientes. El autor del prólogo es Jesús Arellano, "lector asiduo de escritores clásicos y modernos". Como tal prólogo lleva por título: "Leer a santa Teresa de Jesús. Un acontecimiento muchas veces decisivo", inmediatamente se le ocurre a uno que está pensando en la conversión de Edith Stein. Y así es, pues se trata de un caso esplendoroso del poder "comunicador" —como ahora se dice— que tiene la Santa de Ávila. Esa influencia benéfica se da incluso en las traducciones a otras lenguas. Subraya que Pedro Antonio Urbina ha logrado una versión actualizada excelente, de modo que puede parangonarse con la fuerza de las ediciones críticas, a la vez que conserva la viveza y donosura del lenguaje original de la Santa. La impresión tipográfica es muy buena y sumamente apta para el manejo y la lectura. Se cierra el libro con una nota literal de fray Domingo Báñez, O.P., quien advierte que la fecha de 1562, que da la Santa, corresponde a la primera redacción, que no estaba dividida en capítulos. La que aquí se ofrece —dice él— corresponde a la de 1565, "en la que añadió muchas cosas que sucedieron después de aquella fecha, como es la fundación del monasterio de S. José de Ávila" (p. 548, nota 11). El ejemplar que reseñamos tiene un terrible nubarrón, que ojalá no afecte a toda la edición: están en blanco las páginas 166-167; 170-171; 174-175; 178-179; 182-183; 186-187; 190-191. Aunque recomendamos con todo entusiasmo la lectura de esta autobiografía, recomendamos a quienes la adquieran que comprueben si estas lagunas existen en el ejemplar que compren para evitar la desagradable sorpresa que yo me he llevado—P. Arenillas, O.P.

# Índice general del año 2000

## EDITORIAL

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, P., O.P., <i>El Jubileo, un tiempo de gracia</i> . . . . .	3-7
— <i>Cristianismo, año 2000</i> . . . . .	81-85
— <i>Fátima, un signo del cielo en el siglo XX</i> . . . . .	161-165
— <i>La ira santa</i> . . . . .	241-246
— <i>Tiempos de esperanza</i> . . . . .	321-326
— <i>Y vosotros ¿quién decís que soy yo?</i> . . . . .	401-407

## DOCTRINA

AGUILAR GRANDE, C., Pbro. <i>¿Hay que reformar el Sacramento de la Penitencia? Notas para una reflexión</i> . . . . .	23-35
BANDERA, A., O.P., <i>Dolores Dávila Sestelo (Hna. Ángeles del Niñito Jesús). Una cima del espíritu escalada por sendas de pequeñez</i> . I. <i>Tiempos de formación cristiana</i> . . . . .	96-115
II. <i>Vocación religiosa y espiritualidad</i> . . . . .	166-187
CAFARRA, C., Arzobispo, <i>Espiritualidad del sacerdocio ministerial</i> . . . . .	247-253
FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, P., O.P., <i>El Jubileo en torno al corazón de Pedro</i> . . . . .	8-22
— <i>La vida religiosa en el umbral del tercer milenio</i> . . . . .	188-200
GALLEGO LUPIÁÑEZ, F., <i>La vocación universal a la santidad en el P. Frassinetti</i> . . . . .	254-263
— <i>Concordancias entre San Juan de Ávila y Santa Teresa de Jesús</i> . . . . .	337-344
GALLEGO SALVADORES, J.J., O.P., <i>La contemplación dominicana</i> . . . . .	417-433
LLAQUET DE ENTRAMBASAGUAS, J.L., Pbro., <i>El camino de la belleza en el Audi, Filia</i> . . . . .	327-336
ROYO MARÍN, A., O.P., <i>Los gozos del cielo</i> . . . . .	86-95
SERRA DE MANRESA, V., OFMCap., <i>Preguntas existenciales y vida contemplativa</i> . . . . .	408-416

## LITURGIA

SERRANO, V., Pbro., I. <i>La Cena del Señor</i> .....	36-42
II. <i>El Seder</i> .....	116-123
III. <i>La Pascua judía</i> .....	201-209
IV. <i>La Pascua del Éxodo</i> .....	264-272
V. <i>Nuestra Eucaristía</i> .....	345-354
VI. <i>La Celebración</i> .....	434-443

## TESTIGOS

ARTOLA, A. M., CP., <i>La muerte mística en la vida de Sor Rosa María March, O.P.</i> .....	210-215
FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, P., O.P., <i>P. José Merino Andrés (1905-1968), sacerdote dominico.</i>	
I. <i>Gestación de una vocación religiosa</i> .....	273-284
II. <i>Misionero Popular y Maestro de Novicios</i> .....	355-368
III. <i>Espiritualidad y Fama de santidad</i> .....	444-454
GALMÉS, L., O.P., <i>El joven Juan Roig y Diggle, mártir</i> .....	124-134
PASCUAL REIG, R., FSC., <i>San Jaime Hilario Barbal, mártir</i> .	43-54

## ESCUELA DE VIDA

LARUMBE ÁRIZ, M. C., O.P., <i>El don de la oración en las almas pequeñas: sus grados de unión y transformación en Cristo</i>	
VII. <i>El Desposorio Espiritual</i> .....	55-64
VIII. <i>Consecuencias del Desposorio Espiritual</i> .....	135-141
IX. <i>El Matrimonio Espiritual</i> .....	216-225
X. <i>El Matrimonio Espiritual B y Reflexión final</i> .....	285-303
LEMERY, M. S., VSM., <i>Arcanos misteriosos del Sagrado Corazón de Jesús</i>	
I. <i>Las Moradas exteriores del Sagrado Corazón</i> .....	369-381
II. <i>Las Moradas interiores del Sagrado Corazón</i> .....	455-467

## INFORMACIÓN

AGUILAR GRANDE, C., Pbro., <i>El espíritu y la historia de unos encuentros: los encuentros anuales de Teología Espiritual</i>	304-308
FARBIZU, J.M., O.Ss.T., <i>La Orden de la Santa Trinidad y de cautivos, 1198-1998</i> .....	142-148
BANDERA, A., O.P., <i>En la sintonía de un Sínodo "diferente"</i> .	149-154
FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, P., O.P., <i>La belleza, epifanía de Dios</i>	226-235
— <i>Estado actual de la Causa de Canonización del P. Arintero</i>	468-472
PEDRO PABLO, <i>Informe sobre un viaje por China y la Canonización del Beato Francisco de Capillas, protomártir de China</i> .....	382-398

— *Calendario oficial del Año Santo* . . . . . 65-70

**BIBLIOGRAFÍA**

AGÜERA ESPEJO-SAAVEDRA, I., *Diario de una maestra y de sus cuarenta alumnos* . . . . . 311-312

ÁLVAREZ BOLADO, A., *Teología política desde España. Del Nacional-Catolicismo y otros ensayos* . . . . . 237-238

BAUMGARTNER, I., *Psicología pastoral* . . . . . 474

BELLIDO, J. F., *La conquista de la libertad. Vida de San Felipe Neri* . . . . . 399

BERZOSA MARTÍNEZ, R., *¿Qué es teología? Una aproximación a su identidad y a su método* . . . . . 312

BETETA, P., *La misión del Espíritu Santo explicada por Juan Pablo II* . . . . . 313

— *El amor de Dios Padre por los hombres en la enseñanza de Juan Pablo II* . . . . . 313

BURGOS NÚÑEZ, M. de, *Pablo, predicador del Evangelio* . . . . . 239-240

CABARRÚS, C. R., *La mesa del banquete del reino. Criterio fundamental de discernimiento* . . . . . 156-157

CARRASQUER, M.<sup>a</sup> S. - RED VEGA, A., *Madres del desierto. Antropología. Prehistoria. Historia. Matrología* . . . . . 315-316

CARRETÓN, E., *Vida espiritual en clave monástica* . . . . . 316

CELADA LUENGO, G., *Tomás de Aquino, testigo y maestro de la fe* . . . . . 314

CINGOLANI, G., *Gabriel de la Dolorosa* . . . . . 317-318

COSTACURTA, B., *Con la cítara y con la honda. Subida de David hacia el trono. Temas bíblicos* . . . . . 73-74

CRESPO, A. L., *Celibato por el reino de Dios. Orientaciones educativas* . . . . . 157

DE LA PRESENTACIÓN, Ft. D., *El P. Cadete. Fray José M.<sup>a</sup> del Carmelo, ermitaño en un alcornoque de las Batuecas* . . . . . 238-239

DÍAZ, C., *Apología de la fe inteligente* . . . . . 156

EGGER, K., *Iglesia y minorías étnicas* . . . . . 73

ELLACURRÍA, I., *Fe y justicia* . . . . . 310-311

ESQUERDA, J., *Diccionario de la evangelización* . . . . . 80

ESTAÚN, P., *Gentes con ideales, Historias montaÑeras* . . . . . 57-158

FABRO, C., *Santa Gema Galgani* . . . . . 319

FOUCAULD, CH. DE, *Al hilo de las horas. Nueva antología de escritos espirituales* . . . . . 475-476

GARCÍA ESCUDERO, J.M.<sup>a</sup>, *El escándalo del cristianismo* . . . . . 474-475

GARCÍA GARCÍA, N., *Autenticidad* . . . . . 473

GAFO, J., *La Homosexualidad: un debate abierto* . . . . . 71-72

GASNIER, M., *Los silencios de San José* . . . . . 236-237

GNILKA, J., *Pablo de Tarso. Apóstol y testigo* . . . . . 77-78

HAMMAN, A.G., <i>El martirio en la antigüedad cristiana</i> . . . . .	71
QUERÉ JAULMES, F., <i>El misterio de la Pascua</i> . . . . .	74-75
HONAS, H., <i>Pensar sobre Dios y otros ensayos</i> . . . . .	400
IZQUIERDO, C., <i>Teología fundamental. Temas y propuestas para el nuevo milenio</i> . . . . .	399-400
JUAN PABLO II, <i>Abrid las puertas al Redentor</i> . . . . .	313
LELOUP, J.-I., <i>El evangelio de María</i> . . . . .	319-320
LOBATO, A., <i>Dignidad y aventura humana</i> . . . . .	318-319
LORDA, J. L., <i>Avanzar en teología. Presupuestos y horizontes del trabajo teológico</i> . . . . .	158
LUNA Y LUCA DE TENA, F., <i>Nuestro Padre Dios</i> . . . . .	320
MARÍN DE SAN MARTÍN, L., <i>Juan XXIII</i> . . . . .	79-80
MARQUÉS SURINACH, J., <i>Dios en ti y tú en Dios</i> . . . . .	157-158
MOYA, L., <i>Sobre la marcha</i> . . . . .	158
NICOLÁS, J.M., <i>Creer en la providencia</i> . . . . .	158
NORMAN, L., <i>Misioneros, Dios contra los hombres</i> . . . . .	80
ORELLANA, I., <i>Pedagogía del dolor</i> . . . . .	313-314
ORTIZ, J., <i>Redescubrir hoy la Iglesia</i> . . . . .	313
PAREDES, J. - BARRIO, M. - RAMOS-LISSON, D.- SUÁREZ, L., <i>Diccionario de los Papas y Concilios</i> . . . . .	159-160
PASQUALES, H., SDB., <i>Fátima y Balasar. Dos tierras hermanas</i> . . . . .	316-317
PENNINGTON, M. B., <i>La vida desde el monasterio</i> . . . . .	312
PREUSS, H. D., <i>Teología del Antiguo Testamento</i> . . . . .	309-310
REQUENA, F. M. <sup>a</sup> , <i>Espiritualidad en la España de los años veinte. Juan G. Arinterro y la revista "La Vida Sobrenatural" (1921-1928)</i> . . . . .	236
RODRÍGUEZ, V., <i>Estudios de antropología teológica</i> . . . . .	314-315
ROYO, A., <i>Santa Teresa de Lisieux. Doctora de la Iglesia</i> . . . . .	158-159
SALAVERTA, A., <i>Cartas a mis hijos</i> . . . . .	312
SÁNCHEZ RUBIO, D., <i>Filosofía, derecho y liberación en América Latina</i> . . . . .	310
SCHNACKENBURG, R., <i>La persona de Jesucristo reflejada en los cuatro evangelios</i> . . . . .	78-79
SEBBA, A., <i>Madre Teresa de Calcuta. Más allá de la imagen</i> . . . . .	75-76
SESE, B., <i>Pierre Theillard de Chardin</i> . . . . .	72-73
SULLIVAN, F. A., S.J., <i>¿Hay salvación fuera de la Iglesia? Rastreando la respuesta de la Iglesia católica</i> . . . . .	311
TERESA DE JESÚS, <i>Las misericordias de Dios. Su vida contando por ella misma</i> . . . . .	476
VIVES, J., <i>Examen de amor. Lectura de San Juan de la Cruz</i> . . . . .	156-157
<i>Diccionario de las religiones</i> . . . . .	473
<i>Noticias Cristianas (publicaciones cristianas)</i> . . . . .	155-156
<i>Una recadera en el cielo. La Sierva de Dios Sor María de los Ángeles Dávila</i> . . . . .	316
VARIOS, M. <sup>a</sup> Luz Pena Blanco. <i>Su compromiso con el Evangelio</i> . . . . .	240